

AKAL

# HISTORIA DE RUSIA

Paul Bushkovitch







**Akal / Historias**

Paul Bushkovitch

# **Historia de Rusia**

*Traducción:* Herminia Bevia y Antonio Resines



**akal**

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

Mediante una impactante e imparcial panorámica de la historia rusa desde el siglo IX, Paul Bushkovitch nos ofrece un profundo y objetivo análisis de la evolución política de una de las mayores potencias mundiales, así como de los cambios habidos en su literatura, arte y ciencia. Dejando de lado a héroes y villanos para centrarse en lo que hoy son hechos, y no especulaciones, el autor hace un relato vívido, a veces crudo, que permite comprender el radical giro experimentado por este gigante como consecuencia de la caída de la Unión Soviética en 1991. De este modo, los precedentes de la Revolución de 1917, acontecimiento crucial como lo sería posteriormente la Guerra Fría, se presentan como bloques llenos de significado único, relevantes en sí mismos, y no como un mero preludio de lo que en un futuro se manifestaría como el peso pesado de la historia rusa: el poder bolchevique. Una obra definitiva en la que el lector encontrará los más novedosos datos referidos a la etapa soviética que han permitido un nuevo acercamiento al pasado y al presente rusos.

**PAUL BUSHKOVITCH**, catedrático de Historia en la Universidad de Yale, es autor de *Peter The Great: The Struggle for Power, 1671-1725*, *Religion and Society in Russia: The Sixteenth and Seventeenth Centuries* y *The Merchants of Moscow, 1580-1650*. Sus artículos han aparecido en *Slavic Review*, *Russian Review*, *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* y *Kritika*, y es miembro del consejo editorial de *Cahier du Monde Russe*.

Diseño de portada

RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

*A concise History of Russia*

© Ediciones Akal, S. A., 2013

para lengua española

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4346-1

## Abreviaturas

BRBML Beinecke Rare Book and Manuscript Library

LOC Library of Congress

LOC PG Library of Congress, Prokudin-Gorsky  
Collection

NASM Smithsonian National Air and Space Museum

NYPL New York Public Library

YCBA Yale Center for British Art

## Agradecimientos

Los primeros capítulos de este libro fueron escritos en la universidad escocesa de Aberdeen durante un semestre de residencia de posgrado gracias al respaldo del Carnegie Trust for Universities of Scotland. El comienzo habría sido mucho más difícil sin el apoyo de la beca Carnegie y la Universidad de Aberdeen. He contraído una deuda de gratitud especial con Paul Dukes, Robert Frost, Karin Friedrich, Jane Ohlmeyer y Duncan Rice, mis anfitriones, de distintas formas, en una etapa memorable. Durante años, mis colegas han leído y comentado amablemente muchos de los capítulos, haciéndome saber cuándo iba bien encaminado y cuándo no. Mi agradecimiento a Nikolaos Chrissidis, Laura Engelstein, Hilary Fink, Daniel Kevles, John MacKay, Edgard Merton, Bruce Menning y Samuel Ramer, tanto por la lectura y los comentarios como por su contribución bibliográfica. Muchos capítulos se han beneficiado de años de conversaciones sobre la cultura rusa con Vladímir Alexandrov, Katerina Clark, Nikolái Firtich, Harvey Goldblatt, Vladímir Golshtein, Andrea Graziosi, Charles Halperin, Moshe Lewin, Alexander Schenker y Elizabeth Valkenier. Valerie Hansen y Frank Turner han sido de más ayuda de lo que pueden imaginar. Y, como de costumbre, la de Tatjana Lorkovic ha sido incalculable.

También me gustaría dar las gracias a Tom Morehouse del New England Air Museum, Maria Zapata de la Hass Art Library de la Universidad de Yale, David Thompson y Maria Singer del Yale Center for British Art, y a Kathryn James y E. C. Schroeder de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library de la Universidad de Yale. Su cortesía y profesionalidad han sido inapreciables en la búsqueda de



imágenes adecuadas.

Maija Jansson sufrió, durante la larga gestación y el parto de esta obra, al tener que lidiar con un autor despistado y, con frecuencia, hosco. Leyó el manuscrito entero, algunas partes varias veces, y no dejó de recordarme que debía terminarlo, como así ha sido. A ella le dedico el resultado.

## Prólogo

Rusia no es una idea. Es un país específico, que ocupa un lugar concreto en el globo, posee una lengua y una cultura propias, y tiene una historia muy particular. No obstante, fuera de sus fronteras, ha representado una idea, no un lugar —una idea acerca del socialismo—, durante la mayor parte del siglo xx. Se han producido enardecidos debates en relación con su política, economía y cultura, en su mayor parte dirigidos por y para personas que no conocían el idioma ruso, jamás habían visitado el país y sabían muy poco sobre Rusia y su cultura. Hasta los mejor informados escribían y hablaban partiendo de presuposiciones sobre si un orden socialista era o no deseable. En algunos casos se trataba de meros propagandistas, pero incluso los más serios, aquellos que estudiaron el idioma e intentaron entender al país, comenzaban planteando interrogantes derivados de sus hipótesis sobre el socialismo. El resultado fue una reducida agenda de estudio: ¿Era o no eficaz una economía planificada? ¿Cuántos prisioneros políticos había? ¿Cómo era posible que los soviéticos hubieran sido capaces de enviar a un hombre al espacio? ¿Cómo debía denominarse el sistema: socialismo, comunismo o totalitarismo? ¿Era el «comunismo» consecuencia de la historia de Rusia? ¿Fue la *intelligentsia* rusa la que abrió, intencionadamente o no, el camino al comunismo? ¿Hizo inevitable la modernización gradual de Rusia lo ocurrido en 1917? En todas estas discusiones, la historia anterior a la revolución no era más que un preámbulo.

El desmoronamiento de la Unión Soviética generó en Rusia una auténtica oleada de obras históricas. Estas incluyen numerosas monografías sobre gran variedad de temas, muchas

biografías y una abrumadora cantidad de publicaciones sobre los archivos y registros del régimen soviético, incluyendo las deliberaciones de sus líderes. El objetivo de estos trabajos era arrojar luz sobre áreas hasta entonces inaccesibles a la investigación y, como es natural, los primeros escritos postsoviéticos se tuvieron centrados en los temas más controvertidos o misteriosos. Los prioritarios fueron los alusivos al pacto Ribbentrop-Molotov de 1939, la colectivización y la hambruna, la correspondencia privada de Stalin y otras cuestiones similares. En esta tarea participaron historiadores occidentales, que ofrecieron una visión completamente novedosa de temas contenciosos de la historia soviética, aunque el resultado dista mucho de ser perfecto. A medida que los documentos y monografías publicados siguen fluyendo dentro y fuera de Rusia, surgen más y más preguntas que los historiadores habituados a los politizados debates de la época de la Guerra Fría ni siquiera se habían planteado. Paradójicamente, parece más difícil en lugar de más fácil comprender el periodo soviético de la historia rusa. Este libro refleja esta dificultad y el lector comprobará que hay muchos interrogantes sin respuesta.

Curiosamente, el hundimiento de la Unión Soviética ha tenido tanto o mayor efecto en lo escrito acerca de la historia de Rusia antes de 1917. Ahora no es ya un preámbulo, sino todo un milenio de tiempo que no acaba en la experiencia soviética, por importante que esta pueda ser. En este caso, la marea de nuevas publicaciones, predominantemente de autores rusos, abarca casi todos los periodos y aspectos previos a 1917. Existen biografías no solo de zares y emperatrices, sino también de personajes políticos importantes o mediocres y de gente bastante corriente. Ha cobrado vida la historia

local, ofreciendo el tipo de conocimiento concreto sobre la diversidad del país que ha sido algo cotidiano en otros países durante largo tiempo.

En su historia como en su presente, Rusia es una mezcla de varios elementos. Hasta el siglo <sup>xv</sup> el pueblo se hacía llamar, y llamaba a su Estado, «Rus», no Rusia («Rossíya»), e incluía muchos territorios que hoy no están dentro de sus fronteras. Desde el principio, dio cobijo a pueblos que no eran rusos, ni siquiera eslavos, pero que los rusos aceptaban como parte integrante de su sociedad. En 1917, los zares y millones de colonos rusos de la estepa y de Siberia habían adquirido tierras que superaban con mucho a las marcadas por las fronteras medievales originales. Y el Estado soviético conservó la mayor parte de esa superficie. Por consiguiente, su historia ha de extenderse hasta más allá de las fronteras de la Federación Rusa de nuestros días, e incorporar las diversas encarnaciones de Rusia así como su diversidad.

Rusia, una sociedad económicamente atrasada hasta el siglo <sup>xx</sup>, compartía muchos rasgos con casi todas las sociedades preindustriales: agricultura primitiva, pocas y pequeñas ciudades, y analfabetismo generalizado. El sino histórico de Rusia era convertirse en la mayor unidad política contigua del mundo y expandirse, eventualmente, por la totalidad del norte de Asia. El territorio distaba tanto de Europa occidental como del mundo mediterráneo. A pesar de que abarcaba inmensas superficies, su densidad de población fue muy baja hasta finales del siglo <sup>xvii</sup>. Durante los primeros 700 años, su condición de país periférico se vio reforzada por su adhesión a una fe cristiana minoritaria, la ortodoxa, en lugar de a alguna de las Iglesias occidentales. Entonces, bajo Pedro el Grande, Rusia se incorporó en una sola generación a

la cultura occidental y en adelante tomó parte en todas las fases de la misma, empezando por la Ilustración. La evolución cultural era más simple y rápida de lograr que el cambio social y político, lo que dio lugar a una sociedad con una cultura moderna y una estructura social y políticamente arcaica. La acelerada industrialización de Rusia a partir de 1860 generó, a su vez, tensiones que llevaron a la propagación de ideas occidentales no necesariamente dominantes en Occidente. Así, durante la mayor parte del siglo xx, el marxismo, una ideología nacida en Renania a partir de la filosofía de G. W. F. Hegel combinada con la economía británica y el socialismo utópico francés, reordenó la sociedad rusa sin dejar de ser marginal en los países donde había surgido.

En el propio Occidente, Rusia era simplemente algo remoto. Para el poeta inglés John Milton, era «la región con reputación de ser civilizada más septentrional de Europa». La visión de Milton reflejaba el modo en que los europeos vieron a Rusia desde el Renacimiento en adelante, como el «Nordeste» de Europa, más que el «Este». Hubo de llegar el siglo xix para que Rusia pasara a ser el «Este» para los europeos y también para muchos rusos. En el siglo xix, eso no suponía ningún halago: implicaba que Rusia, como los países que Occidente estaba por aquel entonces colonizando, era un país bárbaro, despótico y sucio, y que sus habitantes probablemente fueran inferiores en algún sentido. Los europeos no aprendían ruso y no estudiaban el país, como tampoco los norteamericanos, hasta el comienzo de la Guerra Fría. Incluso después de que Tolstói y Chaikovski se integraran en el panteón occidental, el país en su conjunto continuó siendo un misterio, como insistía Winston

Churchill. El carácter único del orden soviético no hizo más que incrementar ese elemento de secreto. Por contraste, la Revolución francesa se produjo en pleno corazón de Europa occidental, impulsada por un pueblo cuyo idioma se había convertido en el lenguaje principal de las comunicaciones internacionales. La Revolución rusa se produjo en un país remoto, y pocos fuera de él conocían el idioma o comprendían en absoluto su historia. Aunque los bolcheviques crearon una sociedad nueva siguiendo los patrones de una ideología occidental, esta continuó siendo un enigma para Occidente.

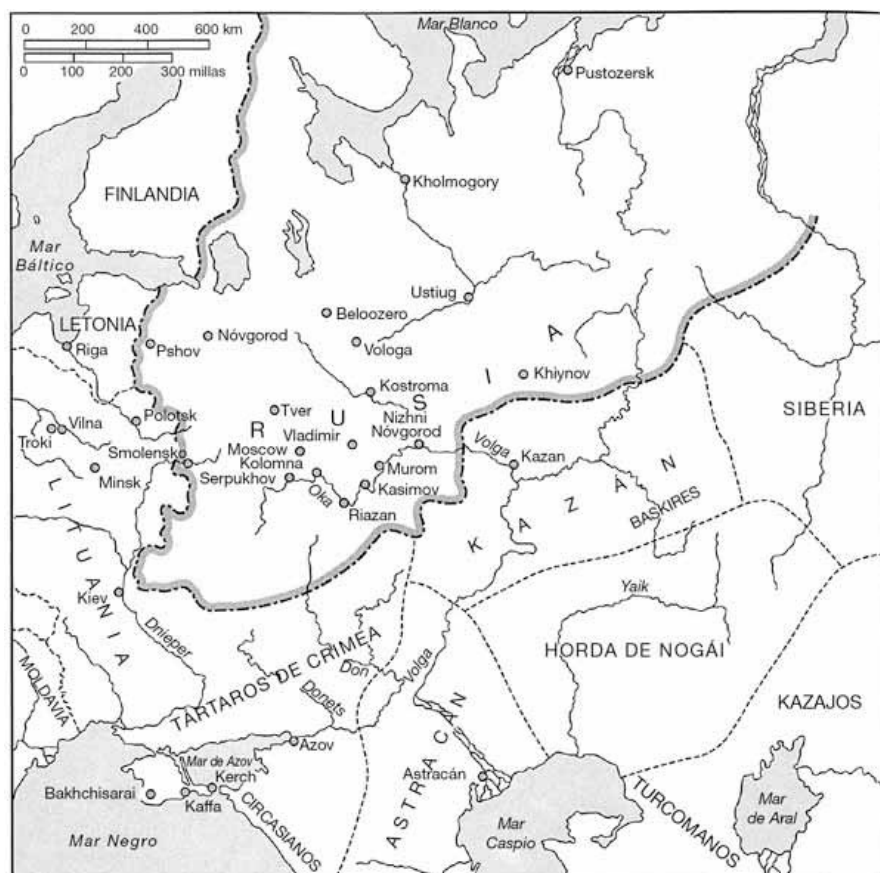
Si la Revolución rusa no hubiera contado con simpatizantes en el extranjero, quizá la sociedad soviética no habría sido otra cosa que un sistema peculiar estudiado por un puñado de devotos. Su impacto, sin embargo, fue tremendo, y todavía perdura. China, el país más populoso del mundo, es gobernado aún por un partido comunista que no muestra inclinación alguna a compartir el poder, cualesquiera que sean sus políticas económicas. El comunismo fue el tema central de la política mundial durante dos generaciones del siglo xx. La consecuencia inevitable fue que desde los comentaristas occidentales, periodistas o académicos, hasta los turistas corrientes, observaban una idea, la versión soviética del socialismo, no un país puntual con una historia concreta. Tras el fin de la Unión Soviética, la historia de Rusia no tiene que ser ya la de la propagación de otra idea. Se ha convertido en la historia ininterrumpida de un pueblo diferenciado en una localización específica. El presente libro constituye un intento de reflejar ese cambio. Pretende, sobre todo, narrar la historia y explicarla cuando sea posible. En muchos casos, es difícil encontrar explicaciones, aunque es de

esperar que el lector encuentre temas sobre los que reflexionar en una historia que solo puede calificarse de dramática.

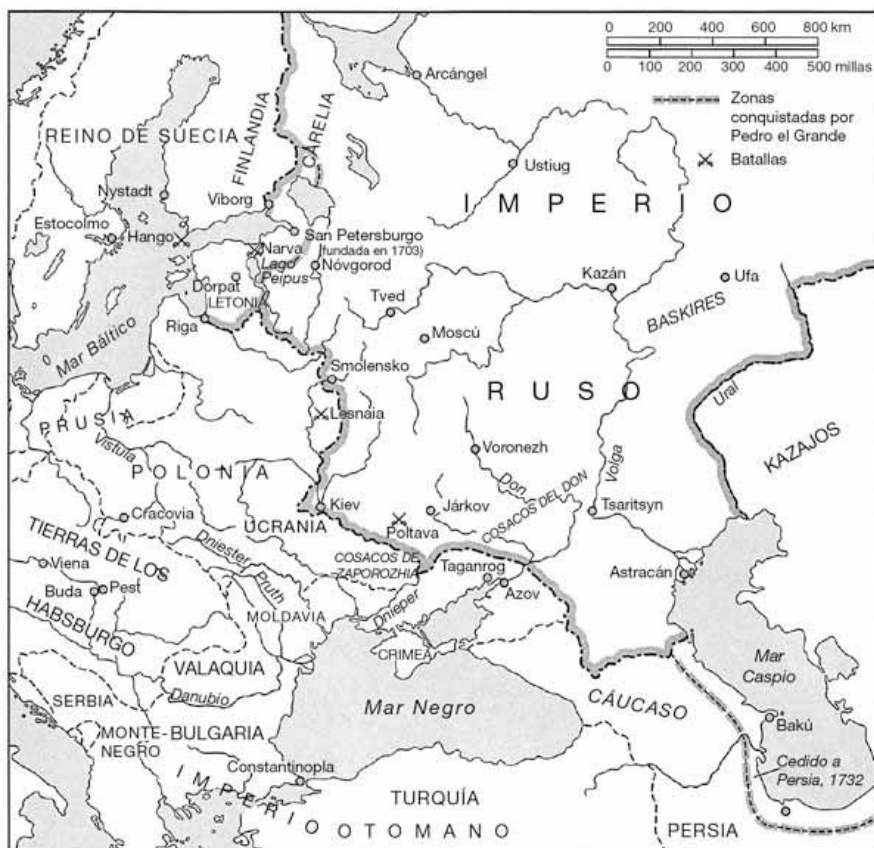




Mapa 1. La Rus de Kiev en el siglo XI.



Mapa 2. Rusia en la primera mitad del siglo XVI.



Mapa 3. Rusia en tiempos de Pedro el Grande.



Mapa 4. Rusia en 1796.



Mapa 5. Rusia en 1913.





Mapa 6. La Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial, 1941-1945.

## Rusia antes de Rusia

La historia de Rusia comienza en una agrupación de sociedades que los académicos han dado en llamar la Rus de Kiev, antecesora de la Rusia moderna. Rus era el nombre que sus habitantes se habían dado a sí mismos y a su tierra, y Kiev era su capital. En términos modernos, abarcaba toda Bielorrusia, la mitad de Ucrania, el centro y el noroeste de la Rusia europea. Los pueblos de estos tres Estados modernos son los eslavos del Este, que hablan todos un idioma íntimamente emparentado derivado del eslavo oriental de la Rus de Kiev. Al oeste, sus vecinos eran en general los mismos que hoy: Hungría, Polonia, los pueblos bálticos y Finlandia. Hacia el norte, la Rus de Kiev se extendía hacia el océano Ártico: los agricultores eslavos acababan de emprender su expansión hacia el norte profundo.

Al este, estaba Bulgaria del Volga, un pequeño Estado islámico turco surgido alrededor del 950 a.C., en torno a lo que es el Tartaristán moderno. Más allá se hallaban los Urales y Siberia, vastos bosques y llanuras habitadas por pequeñas tribus que vivían de la caza y la recolección. El centro de la Rus quedaba en la ruta que iba desde Nóvgorod, al sur, hasta Kiev, a lo largo de los principales ríos. Allí, en la región cuyos suelos eran los más ricos, estaba la capital, Kiev. Aún más al sur, comenzaba la estepa.

Las tierras de la Rus de Kiev se encontraban en el área forestal de la gran llanura del este de Europa. No hay montañas, ni siquiera colinas relevantes que rompan estas planicies situadas entre Polonia y los Urales. En el sur, en torno a Kiev, crecían los árboles de hoja caduca –roble,

hayas, castaños y álamos—, mientras que más al norte los bosques predominantes eran de coníferas: pino, abeto y abedul. En el sur estaba el mejor suelo, oscuro y húmedo, donde se abrían los campos entre los árboles más próximos a la estepa. En la parte norte, el suelo era arenoso y, a menudo, pantanoso, por lo que la agricultura era más escasa y se concentraba en torno a lagos y a cauces de los grandes ríos. Esos grandes ríos eran las arterias de la vida. El Dniéper, el Dvina, el Volga, el Oka y otros menores próximos a Nóvgorod (el Vóljov y otros) constituían rutas hacia el sur y el este a través del Ladoga hasta el mar Báltico. Al menos en los meses de verano, cuando los ríos no estaban congelados, príncipes y guerreros, comerciantes y campesinos podían moverse libremente.

En el oeste y el este de la Rus de Kiev, las fronteras eran las establecidas por el control político y la etnia. En el sur, la frontera étnica y política era básicamente ecológica. Al sur del territorio de Kiev, hasta los mares Caspio y Negro, se extendía la gran estepa: praderas con pocos árboles y la «tierra negra», seca pero no árida. La larga hierba ocultaba numerosos animales —antílopes, caballos salvajes e incluso panteras—, mientras que los ríos sustentaban a miles de patos y gansos salvajes, además de esturiones y otras clases de peces. Siglos después, el escritor ruso Gógol escribía acerca de la estepa: «Cuanto más me adentraba en la estepa, más hermosa se volvía [...] El arado jamás había tocado las infinitas olas de vegetación salvaje. Solo los caballos, que se ocultaban en la hierba como si fuera un bosque, la habían doblegado al pisarla. Nada hubiera podido ser mejor en la naturaleza. Toda la superficie de la tierra era como un océano verde y oro, en el que restallaban diversas flores» (*Taras Bulba*). De



hecho, se trataba de una extensión de la gran estepa eurasiática, que llega hasta Manchuria y hoy abarca Mongolia, el norte de China, Xinjiang y Kazajistán. Desde tiempos inmemoriales había sido tierra de tribus y grandes imperios nómadas: primero los escitas iraníes y los sarmacios o sármatas de la Antigüedad clásica, después reemplazados por los temibles hunos y una oleada tras otra de pueblos turcos. Estos nómadas no vagaban sin rumbo, sino que realizaban con regularidad una migración anual recorriendo una distancia mayor o menor. Se mantenían cerca de los grandes ríos –Danubio, Dniéper, Don y Volga– en busca de pastos de invierno o de verano para sus animales. Los nómadas no intentaron establecerse en los bosques, pero les servían para obtener botines y esclavos, y cuando podían también imponían tributos a las poblaciones allí asentadas. Durante siglos, esa había sido la relación entre nómadas y campesinos en la totalidad del norte de Asia y más allá. La estepa y sus nómadas habrían de ser un elemento crucial en la historia de la Rus de Kiev y posteriormente, en el siglo XVIII, de Rusia.

La arqueología nos revela mucho sobre los asentamientos y la vida de los primeros eslavos del Este. Fueron, sin lugar a dudas, el grupo predominante a lo largo del eje central de la Rus, de Kiev a Nóvgorod, desde al menos el 800 d.C., y siguieron desplazándose hacia el norte y el este colonizando nuevas tierras. Construyeron aldeas y fortificaciones de adobe con empalizadas de madera, y enterraban a los muertos con las herramientas y armas necesarias para sobrevivir en el otro mundo. Por otras fuentes, podemos hacernos una idea acerca de sus divinidades: Perún, dios del trueno y el cielo era, al parecer, la deidad suprema; estaban también Veles, el dios

del ganado vacuno; Striborg el dios del viento, y los más oscuros dioses de la fertilidad, Rod y Rozhanitsa. En torno a Kiev han aparecido círculos de piedra, aparentemente lugares de culto, pero el paganismo eslavo no dispone de un texto escrito (o no se ha descubierto) que pudiera darnos alguna pista sobre sus auténticas creencias.

Reconstruir la historia política de los primeros eslavos no es menos complicado. La leyenda dice que Rurik el Vikingo llegó desde más allá del mar con dos hermanos para gobernar Nóvgorod en el 862 d.C. Esta es una leyenda fundacional clásica en muchas culturas y, como tal, fue crucial para la subsiguiente dinastía reinante. La *Crónica primaria*, la crónica más temprana de la Rus de Kiev (1116), que narra dicha leyenda, es vaga en cuanto al asentamiento de los descendientes de Rurik en Kiev. Se supone que el vikingo Oleg descendió por los ríos y tomó la ciudad en el 882, pero no especifica su relación con Rurik. ¿Existió en realidad alguno de ellos? El príncipe Ígor, supuestamente hijo de Rurik, fue una persona real que gobernó desde Kiev (913-945), hasta que una tribu rebelde le mató. El antecesor del clan seguía siendo Rurik, que dio nombre a la dinastía reinante, los Rurikovich.

La dinastía de los Rurikovich era, en origen, escandinava, como sugieren la leyenda y antiguos nombres: Oleg, del noruego, Helge, e Ígor, de Ingvar. Nuestra única fuente escrita, la *Crónica primaria*, los llama varangios o varegos, uno de los nombres utilizados por los escandinavos en Bizancio. En otros lugares señala que se llamaban rus, no varangios. Más adelante, el texto sitúa Rus en el área de Kiev, pero muy a menudo llama Rus al Estado en su conjunto y a sus habitantes. El autor servía a sus gobernantes,

identificando a los príncipes con el pueblo y creando un galimatías virtualmente imposible de desentrañar. En cualquier caso, está claro que los primeros Rurikovich fueron escandinavos y que su aparición en Rus formó parte de la expansión de estos pueblos en la era de los vikingos. Por desgracia, las evidencias arqueológicas no encajan demasiado bien en las leyendas de la *Crónica primaria*. Los yacimientos vikingos de esos primeros siglos se concentran en la orilla sur del lago Ladoga y en la pequeña ciudad de Ladoga la Vieja. Las historias de la crónica trataban de situarlos en Nóvgorod, pero Nóvgorod no llegó siquiera a existir hasta alrededor del 950 d.C., después de que la dinastía de Rurik se hubiera ya establecido en Kiev. Y en la propia Escandinavia no existían sagas que narraran triunfos y combates vikingos en Rusia comparables con las de la conquista de Islandia y las islas Británicas. En las tierras que una vez fueron la Rus de Kiev, no hay ni una piedra rúnica en memoria de los grandes guerreros y sus muertes, como las que cubren Escandinavia y las islas occidentales por las que pasaron los vikingos. Lo único que podemos decir con seguridad es que un grupo de guerreros cuya sede, con su comunidad escandinavo-eslavo-finlandesa, probablemente era Ladoga, llegó a Kiev alrededor del 900 d.C. y empezó a gobernar esa área, estableciendo rápidamente su autoridad sobre la vasta superficie de la Rus de Kiev.

El mundo en el 950 d.C. era muy diferente a como podemos imaginárnoslo hoy. Europa occidental constituía una amalgama empobrecida de débiles reinos menores y dinastías locales. Había transcurrido un siglo desde los tiempos del gran Imperio carolingio, y la sociedad feudal clásica de la Europa medieval solo empezaba a dar sus

primeros pasos. En Francia, los grandes señores y barones regionales debían una lealtad exclusivamente retórica a su rey. La gran potencia del momento en el norte era Dinamarca, ya que los reyes daneses controlaban buena parte de Inglaterra y los vikingos tenían pequeños reinos en Escocia e Irlanda. El emperador reinaba sobre Europa, y en Italia el papado seguía sometido a él, mientras que los gobernantes regionales de Alemania e Italia se iban haciendo más y más independientes. La mayor parte de la península Ibérica estaba en manos de los árabes, con unos cuantos principados cristianos en el norte, que sobrevivían a duras penas.

Las grandes potencias y centros de civilización eran el califato árabe y el Imperio bizantino. Pocos siglos antes, los árabes habían llevado el islam hasta los más remotos rincones de la Eurasia del Este, Asia central y España, y el califato abasida de Bagdad era el centro de ese mundo. Fue el gran periodo de la cultura medieval árabe, los tiempos de la traducción de Aristóteles y otras obras de la cultura griega, y de los comentarios y desarrollo árabes de las ideas y la ciencia griegas. El califato era inmensamente rico y los muchos escondites de monedas encontrados en tierras de la Rus dan testimonio de su comercio con los vecinos del norte. Para la Rus de Kiev, Bizancio fue aún más importante. Los griegos se habían recuperado de la tremenda conmoción de las conquistas árabes de los siglos VII y VIII, y en el 900 d.C., un Bizancio redivivo era el amo de Anatolia y del sur de los Balcanes. La suya era una civilización compleja: una sociedad cristiana con una rica cultura monástica y a la vez heredera de la Antigüedad clásica. Mientras los monjes pasaban los días en contemplación y repitiendo sus liturgias, sus parientes y protectores releían a Homero y Tucídides, Platón y

Demóstenes. Los laicos escribieron la historia del imperio no a modo de crónicas monacales en lenguaje simplificado como las de Europa occidental, sino en puro griego de Ática de acuerdo con los antiguos. Además, el Imperio bizantino era un Estado burocrático según el viejo modelo romano, dependiente de la ley y la documentación romanas escritas. A los niños se les enseñaba todo ese material desde temprana edad, de acuerdo con la secuencia de temas y textos ya estipulada en tiempo de los romanos. Y es que los bizantinos no se llamaban a sí mismos griegos, sino que se consideraban romanos, *Rhomaioi*, y para ellos su país seguía siendo Roma.

Los bizantinos no eran vecinos cercanos de la Rus de Kiev y las comunicaciones resultaban complejas. El contacto más íntimo se produjo con los nómadas turquistanos de la gran estepa. Aproximadamente a partir del 750 d.C., la estepa estaba gobernada por los cátaros, un pueblo nómada que tenía su centro en el bajo Volga y exigía tributo a las tribus del sur de la Rus. El pueblo cátaros, o jazar, era un caso único: sus gobernantes, los kagan, se habían convertido del paganismo al judaísmo y poseían copias de la Biblia hebrea. Los imperios nómadas tenían una vida breve: a mediados del siglo x reemplazaron a los cátaros los pechenegos (patzinakos) túrquicos, suplantados un siglo después por el pueblo kipchak, o poldovski, como los apelaban los rus. En la estepa, los kipchak vivían en una serie de grupos, cada uno en uno de los grandes ríos, los más destacados de los cuales fueron el Dniéper, el Donets del Norte y el Don para la Rus. La migración anual a los pastos de invierno o de verano implicaba el paso de grandes manadas de caballos, ganado vacuno, ovino e incluso camellos, seguidas por los kipchak con tiendas de lona montadas sobre carros. Su religión era el

antiguo paganismo túrquico centrado en el cielo y los antepasados. Más al este, los kipchak se dispersaron por el bajo Volga y el Cáucaso, y comerciaron con las ciudades bizantinas de Crimea. Durante largo tiempo, los rus y los kipchak se atacaron mutuamente, casi cada año, robándose animales, esclavos y rehenes los unos a los otros. Las relaciones no fueron solamente hostiles, ya que los príncipes de la Rus tomaban esposas de entre las hijas de los jefes kipchak, que a su vez desempeñaban un papel activo en las luchas internas de la dinastía Rurikovich. Algunos kipchak se convirtieron finalmente al cristianismo, al parecer por influencia de los rus o los griegos.

#### GUERREROS Y CRISTIANOS

En el siglo x, la Rus de Kiev apenas podía considerarse un Estado. Era más bien una aglomeración de tribus – polianos/rus alrededor de Kiev, eslovenos en Nóvgorod, kriviches o viatiches en el territorio entre ambos, y varios más– gobernadas desde Kiev por un príncipe de la dinastía de Rurik y su banda de guerreros, o *druzhina*. Las tribus rendían tributo a los príncipes de Kiev, que las visitaban ocasionalmente con tal fin. Por lo demás, la inmensa mayoría de los habitantes eran campesinos dispersos en los claros de los bosques, sin más señor que los príncipes de Kiev. Continuaba siendo un mundo pagano, como sugiere la leyenda de la muerte del rey Oleg. Esta cuenta que un mago predijo que el rey moriría a causa de su caballo. Oleg sacó al caballo a pastar y olvidó la profecía. Años después, cuando le comunicaron que el caballo había muerto, la recordó. Oleg salió a ver el cadáver del animal, tirado en un prado. Cuando posó el pie sobre la calavera del caballo para lamentar su muerte, salió de ella una serpiente y le mordió. Así pues, la

profecía se cumplió.

Estos príncipes de Kiev dedicaban su tiempo a guerras que en realidad eran incursiones de pillaje contra los cátaros, sus sucesores los pechenegos y el premio más codiciado de todos, los bizantinos. Bordeaban las costas en botes hechos con troncos hasta la misma Constantinopla, a la que atacaron en varias ocasiones antes de firmar tratados con el emperador que regulaba su posición como comerciantes. La princesa Olga, viuda del príncipe Ígor, se convirtió al cristianismo durante esta época, quizá tras un viaje a Constantinopla. Reinó alrededor del 962 d.C., pero su hijo no compartía sus creencias. Sviatoslav, hijo de Ígor, fue el último jefe guerrero puro de la Rus; dedicó su vida a combatir a los griegos y otros rivales en el Danubio y en la estepa. Durante sus campañas, dormía en el suelo con la silla de montar como almohada y cortaba tiras de carne de caballo cruda, que asaba para comérselas. Murió en la estepa cuando regresaba a casa de una incursión en Bizancio, y los pechenegos convirtieron su calavera en un recipiente para beber.

Su hijo Vladímir (972-1015) empezó siguiendo los pasos de su padre. También él era un gran guerrero y conservó el control sobre las tierras de Kiev, distribuyendo a sus muchos hijos para que gobernaran sobre territorios distantes. Intentó instaurar sus creencias paganas y construyó en Kiev un templo dedicado a Perún, el dios del trueno, y otras deidades. No tardó, no obstante, en virar hacia la religión de su abuela Olga: el cristianismo de Constantinopla. Las crónicas registran varios relatos sobre su conversión, probablemente todas ellas falsas, aunque no por eso dejan de ser parte de la concepción de Rusia desde el pasado hasta la actualidad. Una historia afirmaba que la decisión surgió a raíz

de un ataque contra la ciudad bizantina de Chersonesus, en Crimea. La incursión terminó en un pacto: los griegos conservaban su ciudad, pero Vladímir tenía que casarse con una princesa bizantina y convertirse al cristianismo. Otra versión narra que sus vecinos le propusieron que se convirtiera a su religión. Primero llegó un musulmán de la Bulgaria del Volga y al parecer resultó muy persuasivo, hasta que Vladímir se enteró de la prohibición de bebidas alcohólicas. «El placer de Rus es la bebida», le dijo al búlgaro, y le mandó retirarse. Entonces Vladímir se volvió hacia Roma, cuyos rituales y fastos le parecieron atractivos, pero el problema era que los antecesores de los rus habían rechazado el cristianismo latino. Entonces llegó un cátaro, pero el judaísmo fracasó debido al exilio de los judíos, claramente una indicación de la ira de Dios. Luego apareció un «filósofo griego» y le explicó brevemente el cristianismo, el contenido del Antiguo y el Nuevo Testamento, haciendo hincapié en la caída y redención del hombre. Resultó muy convincente, aunque el príncipe quería una prueba definitiva, por lo que envió una delegación a Bulgaria, Roma y Constantinopla. Los ritos de musulmanes y latinos carecían de belleza y no obtuvieron su aprobación. A continuación, los rus fueron a Constantinopla y asistieron a la liturgia en Santa Sofía, la gran catedral construida por Justiniano. Contaron que se habían sentido tan impresionados que no sabían si se hallaban en la tierra o en el cielo. El ganador fue el cristianismo tal como lo entendía Bizancio. Esto determinó el lugar que la Rus de Kiev, y más adelante Rusia, habrían de ocupar en la cultura europea durante siglos.

Vladímir ordenó que el pueblo de Kiev fuera bautizado en el río Dniéper, pero la nueva religión tardó en prender



fuera de los principales centros. El propio Vladímir renunció a sus concubinas y se casó con la princesa bizantina, pero muchos de sus valores no dejaban de ser parte del mundo pagano del príncipe guerrero. En una ocasión, varios años después de su conversión (996 d.C.), sus guerreros empezaron a quejarse de que en los banquetes tuvieran que comer con cucharas de madera, no de plata. El príncipe replicó: «No va conmigo tener guerreros con plata y oro. Obtendré plata y oro con mis guerreros, como mi padre y su padre antes que él», pensamiento no exactamente propio de un gobernante cristiano. En las ciudades y sus inmediaciones, sin embargo, el cristianismo se fue abriendo camino poco a poco. La clerecía griega de Constantinopla aportó las cabezas visibles de la nueva Iglesia, los metropolitanos de Kiev, pero otros obispos eran nativos. La fundación del Monasterio de las Cuevas en la década del 1030, dedicado a la Dormición de la Virgen (catedral de la Asunción), supuso la aparición del primer conjunto monástico en la Rus, una institución clave para la cristiandad bizantina. El monasterio generó no solo sus propios santos, sus fundadores Antonio y Teodosio, sino también los obispos para las heptarquías exteriores a Kiev. El monasterio de las Cuevas, y otros que no tardaron en surgir en torno a Kiev y Nóvgorod, también suministraron bibliotecas y la escritura que produjo la *Crónica primaria* y otros registros. Aunque, por supuesto, su función esencial era espiritual. Fueron los monjes quienes aportaron el carisma para extender una nueva religión.

Esa nueva fe tenía que encajar en una sociedad muy diferente a la del sofisticado mundo urbano. La introducción del cristianismo no trajo consigo otros aspectos de la civilización bizantina, ya que la tradición de las Iglesias

orientales era de liturgia vernácula. En la Rus de Kiev, la misa no se celebraba en griego, sino en un dialecto búlgaro del siglo IX que los estudiosos llaman eslavo antiguo eclesiástico. Por aquel entonces, las lenguas eslavas eran muy similares unas a otras, por lo que era un idioma perfectamente comprensible en Kiev. El uso del eslavo eclesiástico implicaba que la liturgia, las Escrituras y otros libros sagrados fueran traducidos al eslavo. Constituía una ardua tarea, pero eliminaba la necesidad de estudiar griego, salvo en el caso de unos pocos monjes ilustrados. Buena parte de la literatura cristiana y toda la seglar o bizantina continuaban siendo desconocidas en la Rus de Kiev y otras sociedades posteriores. Los rusos descubrirían la Antigüedad griega en el siglo XVIII a través de Occidente.

En estos primeros siglos, las relaciones entre Roma y Constantinopla eran complicadas. El famoso anatema mutuo del papa y el patriarca de Constantinopla en el 1054 no supuso la ruptura decisiva que creyeron los historiadores posteriores, y para el pueblo de la Rus pasó prácticamente desapercibida. Uno de los metropolitanos griegos de Kiev llegó a escribir un breve texto en el que denunciaba a los latinos, pero los escritores nativos no se sumaron a él y la *Crónica primaria* guarda silencio sobre lo acontecido. Solo con la Cuarta Cruzada, la destrucción y conquista del Imperio bizantino por los ejércitos de los cruzados de Europa occidental en 1204, tomó consciencia la Rus de la división y de a qué bando debían lealtad. Los cronistas dejaron constancia de la ocasión con gran y sanguinario detalle: las masacres contra el pueblo y la profanación de sus iglesias. El pueblo de la Rus no era solo cristiano, era cristiano ortodoxo.

El cristianismo ortodoxo determinaría el carácter de la

cultura rusa hasta el siglo XVIII y, en ciertos aspectos, incluso hasta más tarde. Para el observador occidental siempre ha sido un problema, aparentemente familiar, sin serlo en realidad. La mayoría de los occidentales saben más sobre el budismo que sobre la Iglesia ortodoxa, ya que esta no forma parte del quehacer cotidiano ni se habla de ella en el transcurso de una educación normal. Las analogías no son de gran ayuda. La ortodoxia no es el catolicismo con sacerdotes casados.

Las discrepancias surgidas entre los ortodoxos y la Iglesia católica occidental en la Edad Media eran de un orden diferente a las que posteriormente dividieron a la Iglesia occidental en tiempos de la Reforma. Las cuestiones teológicas no eran la clave del debate: en alguna medida se exageraban para ofrecer explicaciones más convincentes del motivo de las hostilidades. Las distinciones sobre cómo debía expresarse en el credo niceno la doctrina de la Trinidad, esto es la adición católica de las palabras *filioque* («y el hijo») a la mención del «Espíritu Santo, que procede del Padre», no representan una disparidad sustancial con la actual noción de la Trinidad. El principal problema en el 1054 tuvo que ver con la gobernanza de la Iglesia. El siglo XI fue el de la emancipación gradual del papado del poder de los emperadores del Sacro Imperio Romano, y el camino elegido fue la centralización del poder eclesiástico en la persona del papa. Las tradiciones de los patriarcas del Este eran las de una Iglesia conciliar. Solo los patriarcas reunidos y el resto de la alta clerecía podían sentar doctrina o resolver cuestiones relativas al gobierno de la Iglesia. El patriarca de Constantinopla no era un papa. Otras cuestiones menores, como el celibato de los sacerdotes en Occidente, derivaron de

estas decisiones básicas. Una clerecía célibe quedaría al margen de los enredos de los poderes seculares; un sacerdote casado formaba parte de su sociedad local.

Aparecieron muchas diferencias entre las Iglesias occidental y oriental concernientes a temas difíciles de especificar. Incluían distinciones culturales y de actitud, más que cuestiones de dogma o creencias básicas. La idea de que el edificio de la iglesia y la liturgia eran puntos de encuentro de los mundos divino y humano, espíritu y materia, era y es clave en la vida y la devoción del creyente ortodoxo. La prédica, el examen minucioso de la conducta en los sermones y la confesión no eran claves, aunque se practicaran en cierta medida. La vida monástica ortodoxa estaba mucho menos organizada, ya que los monasterios no formaban órdenes con una cabeza visible y las reglas eran mucho menos detalladas y específicas. Al mismo tiempo, el monasticismo ortodoxo poseía un prestigio y un carisma a los que el más reverenciado católico ni se aproximaba siquiera. En lo que se refiere a la historia de la Rus hasta el siglo <sup>xvi</sup>, sabemos más sobre monasterios que sobre obispos, muchos de los cuales no son, para nosotros, más que nombres. Por el contrario, los anales de la Iglesia occidental medieval están repletos de santos y poderosos obispos. Finalmente, la Iglesia oriental mantenía una actitud bastante distinta respecto a la educación. Para los católicos occidentales de la Edad Media, la gran empresa intelectual era la interpretación del corpus de los escritos de Aristóteles a la luz de la revelación y las enseñanzas de la Iglesia. Los ortodoxos, salvo algunos bizantinos tardíos imitadores de Occidente, no se preocuparon de la filosofía ni la ciencia aristotélicas. Se trataba de conocimientos externos, no malos en sí mismos, pero no de la verdad final. La verdad

estaba en el cristianismo, idealmente estudiado por monjes aislados no solo de las tentaciones del mundo, sino también de las obras de los escritores seculares. Esta actitud encajaba bien en la sociedad bizantina, con su floreciente cultura laica, pero no tan bien en la Rus. En ella, y posteriormente en Rusia, no existía cultura laica del tipo bizantino, por lo que solo floreció la cultura monástica cristiana.

#### *DRUZHINAS* Y PRÍNCIPES

El hijo de Vladímir, Yaroslav el Sabio, gobernó la Rus de Kiev desde 1016 hasta su muerte en el 1054, tras un comienzo contencioso y violento en el que dos de sus hermanos, los príncipes Borís y Gleb, murieron a manos de su hermano mayor Sviatopolk, rival de Yaroslav. Se convirtieron en los primeros santos rusos. El Estado de Yaroslav no era ya la primitiva banda de guerreros del siglo anterior, que gobernaba sobre tribus distantes. Kiev se había convertido en una ciudad importante con un palacio principesco, donde Yaroslav gobernaba con su séquito, la *druzhina*, y varios «hombres distinguidos», los boyardos. Todos ellos vivían en Kiev, aunque al parecer poseían tierras en los alrededores y otros lugares. La *druzhina*, la antigua y selecta tropa de guerreros, pareció organizarse mejor. Sus miembros se asentaron y se transformaron en un ejército y grupo de consejeros, dejando de comportarse como simples guerreros. No estaban solos en el panorama político, ya que los habitantes de Kiev también desempeñaban ocasionalmente algún papel: se reunían en la plaza principal de la ciudad para formar una veche o asamblea popular.

Conocemos ciertas cosas sobre la sociedad y el sistema legal de la Rus de Kiev porque poco después de la muerte de Yaroslav, sus hijos compilaron un código de leyes y

reglamentos denominado la «Justicia de Yaroslav», un documento breve pero ilustrativo. La mayoría de sus disposiciones parecen reflejar tradiciones ya existentes, aunque los hijos de Yaroslav introdujeron novedades en los primeros artículos: prohibieron la venganza de sangre en casos de asesinato. En su lugar instituyeron un elaborado sistema de compensaciones. El asesino debía pagar una cantidad determinada si mataba a un boyardo o a un hombre distinguido, menos por un miembro de la *druzhina*, menos aún por una persona corriente o un campesino, y casi nada por un esclavo. En general, si mataba a una mujer el criminal tenía que pagar la mitad que por matar a un hombre del mismo nivel social. La legislación dedicaba mucho espacio a listar las multas por insultos de todo tipo, desde calumniar a una mujer a dañar la barba de un hombre. Los jueces de estos y otros casos habían de ser las administraciones de los principados, que así desempeñaban un rol mucho mayor que el de simples gestores económicos. La «Justicia de Yaroslav» debió de escribirse para ellos, dado que buena parte del texto se ocupa de complejas reglas sobre la deuda-esclavitud, varias formas de esclavitud temporal o limitada y las relaciones con la comunidad de la aldea. Se trataba de un código legal plenamente ajustado a la sociedad de la Rus y, ni que decir tiene, no se parecía en lo más mínimo a la ley bizantina. El Estado de Kiev tampoco estableció una jerarquía de administradores basada en documentos escritos imitando a Bizancio. En la Rus, las normas básicas podían estar registradas sobre el papel, pero la administración, que quedaba en manos de un reducido grupo de sirvientes de la casa del príncipe, se basaba en la comunicación oral, las tradiciones y un puñado de textos escritos como la «Justicia

de Yaroslav».

El reinado de Yaroslav representó una cima de estabilidad en la Rus. Los príncipes noruegos se refugiaron en el reino durante las guerras civiles en sus respectivos países, y una de sus hijas se casó con el rey de Francia. En la década del 1050 infligió una derrota decisiva a los pechenegos, que mantuvo la frontera de la estepa en paz durante una generación. Impulsó la construcción de la catedral de Santa Sofía y el monasterio de las Cuevas, así como otras fundaciones. Sus hijos y sobrinos gobernaron territorios distantes sin demasiados problemas. Las relaciones con los griegos se regularizaron, aunque en ocasiones hubiera roces. El primer (y durante largo tiempo único) metropolitano nativo de Kiev, Hilarión (1051-1054), le alabó como un nuevo Constantino y un nuevo David. La calma, aparentemente idílica, no habría de durar mucho.

A la muerte de Yaroslav, estallaron nuevas disputas, aunque se restauró una unidad que persistió durante el reinado del nieto de Yaroslav, Vladímir Monomaj, y su hijo, Mstislav (1125-1132). A mediados del siglo XII empezaron a emerger varios centros de poder. El propio Kiev y las tierras que lo rodeaban estaban en declive, así que la ciudad y el título de gran príncipe de Kiev se convirtieron en la recompensa para las potencias regionales enfrentadas. En el nordeste, el núcleo que más adelante sería Rusia, se alzó como primera potencia el principado de Vladímir. En 1169, su príncipe gobernante, Andréi Bogoliuvski, saqueó la ciudad y adoptó el título de gran príncipe de Kiev. Cayó víctima de una conspiración de sus propios boyardos en 1174. La dinastía Vladímir, a través del hermano de Andréi, Vsévolod (1176-1212), gobernó el nordeste durante varios siglos. Su

atención se centró en otras cosas, ya que los príncipes de Vladímir tenían rivales en el oeste y el sur, en especial en Galich, cerca de la frontera con Polonia. Los territorios de la Rus de Kiev comenzaron a disgregarse.

Asimismo, la creciente vitalidad de los núcleos locales dio lugar a Nóvgorod, una ciudad única en la historia medieval rusa. Nóvgorod había sido la segunda sede de la Rus de Kiev, la legendaria primera parada de la dinastía vikinga. La riqueza de este importante enclave, que comerciaba en el mar Báltico en el siglo <sup>XI</sup>, se vio reflejada en la catedral de Santa Sofía construida alrededor del 1050. El primer Nóvgorod fue el destino típico de los primogénitos: a menudo, los príncipes de Kiev delegaban el gobierno del lugar en sus hijos mayores. En el siglo <sup>XII</sup>, no obstante, Nóvgorod emprendió su propia senda. Los habitantes expulsaron al príncipe en 1136 y eligieron a otro. A partir de ese momento, le trataron como a un general electo más que como a un gobernante. Antes de 1136, los príncipes habían nombrado un delegado con el título de *posadnik*: la asamblea popular, la veche, elegía al *posadnik* de entre los boyardos de la ciudad. En 1156, el pueblo escogía incluso a su arzobispo entre tres candidatos propuestos por la clerecía local. Aunque esta práctica iba en contra del derecho canónico bizantino, el metropolitano de Kiev jamás la cuestionó.





Ilustración 1. Vladímir, la catedral de la Dormición, del siglo XII (*ca.* 1900).

Nóvgorod se convirtió en una original polis entre los Estados principescos de la Rus medieval. No era una república comercial, como la Florencia medieval o las ciudades flamencas, dado que quienes se sentaban en el consejo ciudadano no eran los mercaderes, banqueros y fabricantes de tejidos. En Nóvgorod, los artesanos y comerciantes seguían siendo gente humilde, presente en la veche pero con escasa influencia real. Los boyardos, ricos terratenientes con mansiones en la ciudad y grandes posesiones en las tierras que la rodeaban, constituían la elite. Muchos de los más acomodados controlaban también los

bosques del norte, que eran la verdadera fuente de la riqueza de Nóvgorod. Desde 1200, los habitantes de Nóvgorod dejaron de viajar al oeste con sus mercancías. La Liga Hanseática, o Hansa Teutónica, integrada por las ciudades comerciales del norte de Alemania, había conseguido hacerse con el control del comercio en todos los países que rodeaban el mar Báltico. Los alemanes se desplazaban a Nóvgorod para comprar pieles, cera de abeja para velas y otros productos forestales. Las pieles, que obtenían un buen precio en Occidente, iban de simples ardillas a martas de los bosques del norte. En contrapartida, Nóvgorod compraba telas inglesas y flamencas y gran cantidad de artículos menores a las ciudades occidentales.

Con la llegada del siglo XIII, la Rus de Kiev era un único Estado solo nominalmente. El gobernante del propio Kiev era un extranjero o un príncipe menor. Aparte de Nóvgorod, cada territorio contaba con una dinastía nacida de la vieja dinastía de Kiev, la de los Rurikovich. Dado que la Rus de Kiev no reconocía la primogenitura, había que considerar a todos los hijos de un príncipe, y el tío más mayor también podía aspirar a gobernante legítimo.

Emergieron innumerables pequeños principados, al tiempo que varios centros regionales de poder –Vladímir, Smolensko, Chernígov y Galich– mantenían bajo su control a los príncipes menores. Se trataba de sociedades agrícolas, cada una de ellas con una pequeña elite de boyardos que gobernaban a los campesinos y asesoraban al príncipe. Sin embargo, algunas de las ciudades, en especial Smolensko, establecieron vínculos comerciales más amplios. Las ciudades iban enriqueciéndose y en los centros regionales, como Vladímir, se irguieron magníficas iglesias de piedra. También

se levantaron monasterios con iglesias y muros de piedra cerca de las ciudades. Llegaron de Bizancio constructores y pintores de iconos, y los rus comenzaron a aprender de ellos.

Los contactos con Bizancio eran fáciles de establecer, ya que la única institución que quedaba allí era la Iglesia. Un griego, como metropolitano de Kiev, solía encabezar el sínodo que supervisaba la totalidad del territorio. La clerecía griega y los sacerdotes y monjes de la Rus tenían la ardua tarea de cristianizar al pueblo y crear una nueva cultura que no desentonara con la nueva religión. La cristianización fue lenta, y fuera de las ciudades había pocas iglesias. Mientras Kiev se transformaba a toda prisa en una importante sede de la nueva fe, los pueblos de las provincias seguían celebrando enterramientos en los que los guerreros eran sepultados con sus armas, caballos, esclavos y comida para su viaje al más allá. En el 1071 se produjo una oleada de resistencia, con incidentes y revueltas, encabezada por los sacerdotes paganos en Nóv gorod y algunas ciudades del nordeste. En estas circunstancias, los clérigos se concentraron en cuestiones muy básicas. Conocemos estas preocupaciones gracias a una serie de preguntas formuladas a mediados del siglo XII al obispo Nifont de Nóvgorod. Los clérigos intentaron imponer las normas del matrimonio cristiano (que dictaban qué primos podían casarse entre sí) y otras que regulaban la conducta sexual. Muchas de estas cuestiones tenían que ver con el momento del año: esto es, si el coito entre esposos era apropiado durante la Cuaresma o cuándo era adecuado para los sacerdotes. La purificación ritual, tanto para los clérigos como para los legos, ocupaba más espacio que el propio sexo. Qué animales eran «limpios» y cuáles no, o la prohibición de comer animales estrangulados, eran asuntos destacados en

estos debates. El castigo para los diversos pecados consistía en la denegación de la comunión y una penitencia más o menos larga. La exposición de la doctrina cristiana a los laicos se mantenía en el nivel más elemental posible.

Hasta los textos de la época conservaron elementos precristianos. La *Crónica primaria*, obra de monjes cristianos, denunciaba las costumbres paganas de los antiguos habitantes de la Rus, pero en las mismas páginas glorificaba a sus gobernantes precristianos, narrando historias como la de la muerte de Oleg sin añadir ningún comentario. Los príncipes de la dinastía gobernante solían ser mencionados por su nombre pagano hasta alrededor de 1200. No sabemos ni los nombres bautismales de la mayoría de los príncipes. En *Historia de Ígor*, una breve crónica de una fallida incursión contra los kipchak que data del final de este periodo, se llama a los rus «hijos de Dazhbog», el dios del sol, pero el relato concluye con alabanzas a los príncipes y guerreros que luchaban por los cristianos contra los paganos. Los viejos hábitos continuaron en vigor casi hasta el fin de la Rus de Kiev.

La nueva cultura trajo consigo, además del cristianismo, la escritura y varios tipos de literatura devocional bizantina. La más difundida y anclada en la liturgia (accesible, por tanto, a los analfabetos) era la dedicada a las vidas de santos bizantinos. Enseguida, la propia Rus empezó a glorificar a sus propios hombres santos. Son estos textos, más que ningún otro, los que mayor información ofrecen sobre el mundo religioso de la Rus de Kiev.

Los primeros santos nativos fueron los príncipes Borís y Gleb, hijos menores de Vladímir asesinados en 1015 por su hermano Sviatopolk el Maldito durante la lucha por la

sucesión tras la muerte del padre. A finales del siglo <sup>x</sup><sub>i</sub>, los dos eran objeto de reverencia y sus cuerpos fueron trasladados a un santuario cercano a Kiev. La festividad comenzó a incorporarse a la liturgia y el venerable monje Néstor, del monasterio de las Cuevas, escribió una historia de la vida y muerte de ambos hermanos. Borís y Gleb eran difícilmente aceptables como santos cristianos: aunque llevaron una vida intachable y murieron jóvenes, fue su muerte la que les convirtió en santos, pero no eran mártires de la fe. Sviatopolk no desafió al cristianismo; se limitó a eliminar a rivales en potencia en una lucha política. El mensaje del texto de Néstor realza la humildad y mansedumbre de los dos jóvenes, la maldad de su asesino y, por implicación, la necesidad de armonía y virtud en las dinastías gobernantes.

Las biografías de los fundadores del monasterio de las Cuevas, los santos Antonio y Teodosio, eran más convencionalmente cristianas. La vida de Antonio fue la de un ermitaño que buscó la salvación y la proximidad a Dios en la oración, la adversidad y el ayuno. El retrato de Teodosio era el de un abad, higúmeno en la Iglesia oriental, que también huyó de las tentaciones del mundo, pero sentó una gran institución para que otros pudieran seguir el mismo camino. Fue él quien buscó una regla de observancia ritual y vida monástica desde el monasterio de Studion en Constantinopla, quien construyó la iglesia, los muros y edificios, y supervisó a los monjes hasta el día de su muerte. Pese a que hoy está ya dentro de los límites de la ciudad, el monasterio de las Cuevas, como su prototipo de Constantinopla, no estaba muy alejado de Kiev. Los monjes de Teodosio se aislaban del mundo, en parte, para servirle mejor. En posteriores textos, realizan actos de heroico

ascetismo, pero también demuestran al pueblo de Kiev la superioridad del cristianismo ortodoxo prediciendo el futuro y curando a los enfermos, a menudo en competición directa con representantes de la fe latina, el cristianismo armenio y el judaísmo, así como con brujos paganos. Según la descripción de Néstor de la vida de Teodosio, el higúmeno no se andaba con contemplaciones a la hora de condenar actos de los príncipes de Kiev que, en su opinión, eran injustos. En el 1073, los príncipes Sviatoslav y Vsévolod depusieron al gobernante legítimo, su hermano mayor Iziaslav. Los usurpadores enviaron a buscar a Teodosio para que se uniera a ellos en un banquete de celebración de su triunfo, pero el monje replicó: «No me sentaré a la mesa de Belcebú, a comer alimentos empapados de sangre y asesinato».

En Kiev, el hijo de Vladímir, Yaroslav, hizo construir la catedral de Santa Sofía en el 1037. Consagrada a la sabiduría, emulaba a la gran iglesia de Constantinopla, la catedral del siglo VI del emperador Justiniano. La posterior reconstrucción oculta el aspecto original del exterior, que probablemente siguiera el patrón griego de la época. La planta básica era una nave con un transepto de igual longitud (la «cruz griega»), que daba al edificio un aspecto compacto, y el techo estaba rematado con cilindros que sustentaban las cúpulas. Estas habrían sido las bóvedas hemisféricas bizantinas, no las de característica forma de cebolla de posteriores iglesias rusas. Santa Sofía de Kiev era una creación mucho más modesta que su grandioso prototipo. Se ajustaba al estilo bizantino medio al recurrir a varias cúpulas más pequeñas en lugar de a la enorme bóveda central diseñada por los arquitectos de Justiniano.

Santa Sofía de Kiev estaba conectada con el palacio real

por galerías, con un espacio reservado para el príncipe y su familia, un rasgo bizantino posteriormente abandonado en la Rus. Los magníficos mosaicos y frescos, que todavía existen, también seguían el modelo griego con múltiples inscripciones en esta lengua. En lo alto (presumiblemente) figuraba Cristo como Pantocrátor, gobernador del universo y, debajo, las imágenes de los apóstoles, la Madre de Dios y la Eucaristía, aún presentes. Las paredes narraban la vida de Cristo, su Madre, sus profetas y santos. Este orden, que situaba a Cristo en el Cielo, describía un movimiento descendente desde el mundo de lo espiritual hasta lo terrenal. Pasaba por la Madre, los apóstoles y la Eucaristía, tres vías por las que el espíritu de Cristo llegaba a la tierra y a todos los hombres. La estructura física de la iglesia encarnaba la presencia de Cristo en el mundo como consecuencia de la Encarnación.

Santa Sofía de Kiev, como las iglesias griegas y de otros estilos de la época en la Rus, supuestamente contaba con una hilera de iconos a lo largo del altar. No era aún la gran pantalla de iconos de posteriores iglesias rusas, y por tanto la catedral quizá contuviera solo una docena o así de imágenes. Hoy existen pocos iconos que puedan clasificarse con seguridad como pertenecientes a la catedral de Kiev. Sobreviven más iconos del siglo XII, el más famoso de los cuales es la imagen de la Madre de Dios, un icono griego (probablemente de Constantinopla) que llegó hasta la catedral de la Dormición de la Madre de Dios de Vladímir, en el nordeste. Es una obra típica del periodo, con María cubierta de hermosas vestiduras, con el niño Jesús en brazos. De nuevo, la figura visible de la Encarnación y la presencia de Cristo en el mundo, que es el centro de la interpretación ortodoxa de su papel. La imagen física en sí era crucial para

la fe en la presencia de Cristo. Como lo formulaba el monje bizantino san Teodoro el Estudita: «Si la reverencia hacia la imagen de Cristo se subvierte, se subvierte también la encarnación de Cristo».

Mientras los campesinos desbrozaban la tierra y cuidaban de sus cosechas, una nube se cernía en el horizonte. En 1223, apareció un pueblo nuevo y extraño en las estepas del sur. Los kipchak se apresuraron a buscar aliados entre los príncipes de la Rus. El ejército combinado salió a enfrentarse a los recién llegados y se topó con ellos en el río Kalka, justo al norte del mar de Azov. Los extranjeros eran mongoles que destruyeron por completo las fuerzas de los kipchak/rus y siguieron avanzando para saquear el área de Kiev. «Regresaron del río Dniéper y no sabemos de dónde vinieron o adónde fueron. Solo Dios sabe de dónde llegaron contra nosotros por nuestros pecados», dice el cronista de Nóvgorod. Regresarían.



## Moscú, Nóvgorod, Lituania y los mongoles

Tras la gradual desintegración de la Rus de Kiev, las potencias regionales que la suplantaron empezaron a disgregarse. En estos siglos, los territorios de Nóvgorod y el viejo nordeste empezaron a conformar una cultura y un lenguaje específicos que podemos llamar rusos. Aunque el antiguo término Rus persistió hasta ser reemplazado por el de Rusia (Rossíya) en el siglo xv, en este periodo empezamos a llamar *Rusia* al país y *rusos* a sus habitantes. En estos siglos, Rusia, como los demás territorios de la Rus de Kiev que caerían ante Lituania, experimentaron un cataclismo representado por la invasión mongola, que habría de dar forma a su historia durante los siguientes tres siglos.

El Imperio mongol fue el último y más grande de los imperios nómadas surgidos en la estepa euroasiática. Fue, en gran medida, obra de Temujin, un jefe que unió a las tribus mongolas en 1206 y adoptó el nombre de Gengis Kan. A su modo de ver, el Eterno Cielo Azul le había otorgado el poder de gobernar sobre todos los pueblos que vivían en tiendas. Era, por tanto, el gobernante legítimo de todos los nómadas de Asia interior. La estepa no era suficiente. En 1211, Gengis Kan avanzó hacia el sur superando la Gran Muralla e invadió el norte de China. Después, sus ejércitos se desplazaron hacia el oeste y a su muerte, en 1227, habían añadido a sus dominios todo el interior y centro de Asia.

El asombroso éxito de los mongoles se debió a su capacidad para equilibrar las ventajas de la sociedad nómada y los beneficios de las civilizaciones sedentarias. La unidad básica de su sociedad era el clan, y en cada clan las mujeres se

ocupaban de los animales y los hombres aprendían las artes bélicas. Gengis Kan movilizó a la totalidad de su pueblo para la guerra. Los mongoles eran soberbios jinetes, guerreros disciplinados y experimentados y conquistadores implacables. Sin embargo, no podían sitiar ciudades con la caballería, por lo que reclutaron hombres de China y Asia central, que sabían cómo fabricar y usar armas de asedio. Esta combinación fue imbatible. Las ciudades ricas que intentaban resistirse, como Khwarezm (Corasmia) en Asia central, eran exterminadas. Sembrando el horror a su paso, los ejércitos mongoles ocuparon Irán e Iraq y se apoderaron del resto de China. Un tifón les impidió tomar Japón; únicamente en Vietnam, la resistencia humana fue suficiente para derrotarlos.

La batalla en el Kalka había sido parte de una acción de reconocimiento. En 1236 todas las fuerzas del ejército mongol bajo el mando del nieto de Gengis Kan, Batu, hijo de Jochi, se desplazaron hacia el oeste. Con unos 100.000 guerreros a su disposición, Batu rindió primero la Bulgaria del Volga y a los kipchak. A continuación, en una serie de campañas de 1237 a 1240, destrozó Vladímir y demás enclaves del nordeste. Arrasó Kiev, aniquilando a sus habitantes o vendiéndolos como esclavos. Desapareció el viejo centro de la Rus de Kiev y no se recuperaría hasta transcurrido un siglo y medio. Batu prosiguió su camino hacia el oeste, derrotó a un ejército reunido a toda prisa en el este de Alemania y giró luego hacia el sur, hacia Hungría, un terreno apropiado para una hueste de nómadas. Allí pasaron el invierno los hombres de Batu, mientras en Europa cundía el pánico. De repente, en la primavera de 1242, murió el supremo kan Ogodei. El ejército retornó a Mongolia para

tomar parte en la sucesión y no volvió.

El gran Imperio mongol no tardó en dividirse en cuatro grandes kanatos (o *ulus*): China, Asia central, Irán con Iraq, y la estepa occidental. El último era el dominio de Jochi, herencia de su hijo Batu el Conquistador. Los estudiosos persas y otros posteriores lo denominaron la Horda Dorada, mientras que los rusos se limitaban a llamarlo Horda (u *Orda*, un campamento militar en mongol). La Horda Dorada era un Estado nómada con su centro en el bajo Volga, en la ciudad de Sarái, cerca de donde se alzaría Stalingrado. Como pueblo nómada, llevaba a cabo la migración anual: pasaban el invierno cerca de las desembocaduras de los ríos y se movían hacia el norte con el deshielo. Este había sido el patrón seguido por los kipchaks y por los cátaros antes de ellos, pero la Horda Dorada pertenecía a otra escala. Se extendía desde Rumanía en el oeste hasta las tierras del este de Kazajistán, e incluía Corasmia, objeto de disputa con los ulus centro-asiáticos de Chagatai Kan. Como la mayoría de los Estados nómadas, la Horda Dorada incluía tierras agrícolas a lo largo de las fronteras. Una de ellas era Corasmia, además de los principados de Bulgaria del Volga, Crimea y la Rus, tanto los del sudoeste como los del noreste. En los principados de la Rus, los kanes designaron sus propios recaudadores de impuestos, pero finalmente se limitaron a exigir al gran príncipe de Vladímir, supremo gobernante del noreste, que enviara su tributo anual a Sarái. La Horda exigía tributos y obediencia, nada más. El centro de atención de los kanes de la Horda Dorada no estaba en las tierras de la Rus, sino en el sur, y en las disputadas zonas limítrofes con Asia central (Corasmia) y Persia (Azerbaiyán). Eran territorios ricos, que contaban con importantes rutas comerciales. En

comparación, los bosques de pinos del norte de la Rus, con su escasa población, no eran especialmente deseables.

Así pues, los principados de la Rus, y en especial los del nordeste y Nóvgorod, estaban dentro de los límites de un vasto imperio euroasiático. Los estudiosos se refieren a menudo a este periodo llamándolo «gobierno mongol», pero el término es equívoco, ya que, de hecho, la población de la Horda Dorada no incluía a casi ningún mongol propiamente dicho, salvo la familia de los Kan. Batu había incorporado a los kipchak y a otros pueblos túrquicos a su ejército y en breve lo único que quedó de los mongoles fue el nombre *Tatar*, el nombre de uno de los principales clanes mongoles. En Rusia llegó a identificar a los nómadas de la Horda y a los pueblos descendientes de ellos. El idioma de la Horda no era el mongol, sino el kipchak túrquico, *lingua franca* de la estepa y de Sarái, la capital de invierno de la Horda. Sarái era una gran ciudad, en buena parte compuesta de tiendas de lona y considerada un lugar de paso importante en la ruta comercial que iba desde Europa hasta el interior de Asia y China. La población incluía toda clase de gente: tártaros, griegos, latinos, armenios, persas y muchos de los musulmanes de Asia central. Había hasta un obispo ortodoxo de Sarái, que se convirtió en una eparquía del metropolitanato de Kiev. Los mongoles se habían mostrado tolerantes con las diferentes creencias, y la Horda mantuvo esta política incluso después de su conversión al islam bajo Uzbek Kan en la década de 1330.

La vida de los habitantes de la antigua Rus de Kiev no experimentó grandes cambios durante los siglos sucesivos. Los príncipes peleaban entre sí por territorio y poder, las ciudades se rehicieron poco a poco y las iglesias fueron reconstruidas.

El tributo debido a la Horda debió de ser una carga, pero no lo suficiente como para impedir la recuperación de las áreas devastadas. En el nordeste, el principal objeto de las pugnas políticas era el Gran Principado de Vladímir, que no solo otorgaba el control de la ciudad y sus tierras sino, teóricamente, autoridad sobre todo la región incluido Nóvgorod. El Gran Principado de Vladímir formaba ahora parte del regalo del Kanato de Sarái. Alejandro Nevs ki, que gobernó Vladímir (1252-1263), ascendió al trono al cabo de más de una década como príncipe electo de Nóvgorod. Viajó a Sarái para ver al kan y que este confirmara su título. A partir de 1304, no obstante, Vladímir dejó de ser un centro de poder independiente y, como antes Kiev, pasó a ser la recompensa de la lucha entre los príncipes del nordeste de Tver y Moscú. Por último, la dinastía moscovita se apropiaría de las posesiones y el título de Vladímir, proceso que generó el Estado ru so. Las rivalidades medievales resultan aburridas al lector moderno, pues supusieron una inacabable cadena de pequeños conflictos militares y diplomáticos, apelaciones a autoridades superiores y breves, y rápidamente subvertidas, alianzas.

Moscú aparece por primera vez en fuentes escritas en 1147 como una pequeña fortaleza: Al parecer, fue Daniel, príncipe de Moscú (*ca.*1280-1303) y nieto de Alejandro Nevski, quien consolidó el pequeño territorio a lo largo del río Moscova. Su hijo Yuri Danílovich amplió su posesión, pero su poder se vio limitado por el ascenso del príncipe de Tver, Miguel Yaroslávich, al trono de Vladímir en 1305. A partir de ese momento, Moscú y Tver se enzarzaron en amargas disputas por el trono, que desembocaron en la ejecución, inspirada por Moscú, de Miguel de Tver en 1318.

Con el tiempo, se transformó en un santo especialmente reverenciado en Moscú. Los asesinatos y las denuncias ante la Horda continuaron hasta que el hijo de Yuri, Iván Kalita, que significa ‘bolsa de dinero’, se asentó finalmente en el trono de Vladímir en 1328 gracias a Uzbek Kan, y lo conservó hasta su muerte en 1340. Su éxito garantizó para Moscú la posición de cabeza entre los principados del nordeste. Con el tiempo, sus descendientes llegaron a ser grandes príncipes de Moscú y Vladímir. La nueva ciudad había eclipsado a Vladímir, e Iván procedió a fortificar Moscú con el primer kremlin de madera.

No solo pasaron a manos de Moscú el título de Vladímir y la soberanía sobre los príncipes rusos del nordeste. La conquista y destrucción de Kiev por los mongoles había dejado al metropolitano de Kiev, cabeza visible de la Iglesia, sin hogar, hasta que Maximos, un metropolitano griego, trasladó su residencia a Vladímir en 1299. Su sucesor fue Pedro (1306-1326), que no era griego, sino un noble del sudoeste de la Rus, que se identificaba con Moscú, y a su muerte fue enterrado en la catedral de la Dormición del Kremlin. Iván Kalita convenció al sucesor de este, el griego Theognosto, de que permaneciera en Kiev. Los príncipes moscovitas tenían de su parte a los metropolitanos de Kiev y toda la Rus.

La posición de Moscú estaba ya lo bastante consolidada a mediados del siglo <sup>xiv</sup> como para dominar la política de la zona. Había incorporado una serie de principados menores y ejercía su hegemonía sobre casi todos los demás. Solo Nóvgorod conservaba verdadera libertad de acción. Los límites al poder de los príncipes de Moscú no radicaban en sus vecinos, sino en los kanes de la Horda Dorada. Sin embargo, aunque poco a poco, la situación estaba cambiando

en favor de Moscú. Dimitri Ivánovich, nieto de Iván Kalita, heredó esa ventaja cuando ascendió al trono de Moscú y Vladímir en 1359. Sus primeros años estuvieron dedicados a la construcción de un nuevo kremlin de piedra blanca en Moscú y a los enfrentamientos con otros príncipes de Rus y Lituania. Derrotó a una partida de pillaje de la Horda en 1378, en un momento en el cual esta tenía problemas internos, ya que el emir Mamái, comandante del ala occidental de la Horda, había llegado a hacer sombra al propio kan. Para recobrar su prestigio y poder, y los de la propia Horda sobre un vasallo revoltoso, Mamái atacó a Dimitri en 1380. En contra de lo previsto, la batalla de Kulikovo, cerca del alto Don, supuso una sonada victoria para Dimitri, que a partir de entonces fue conocido por todos como Dimitri Donskói, que significa ‘del Don’.

Posterioros historiadores han magnificado enormemente el significado de esta batalla. Por mucho que fuera la primera victoria importante sobre los tártaros desde 1240, no liberó a Rusia de la Horda. Mamái fue eliminado políticamente tras la derrota y en 1382, el nuevo kan, Tojtamish, se dirigió con un ejército gigantesco hacia el norte. Dimitri optó por retirarse en esta ocasión. Tojtamish tomó Moscú y lo quemó hasta los cimientos. Dimitri, que falleció en 1389, no vivió lo suficiente como para presenciar el desenlace. Dos años más tarde, el gran conquistador Tamerlán, ya dueño de Asia central, se volvió contra la Horda Dorada y derrotó a Tojtamish. Fue un golpe mortal, dado que llegó en un periodo de crecientes disensiones entre los diversos jefes y grupos tribales de la Horda. Continuaron los ataques y las grandes campañas de los tártaros, pero sin mucho éxito. En la década de 1340, la Horda empezó a disgregarse, aunque la

supremacía teórica del viejo kanato sobre Rusia duró hasta 1480.

Los principados del nordeste de la Rus, ahora controlados por los príncipes de Moscú, no fueron los únicos componentes en la formación del Estado ruso. El otro fue Nóvgorod, que ya poseía su propio estilo de gobierno en el siglo XII. Su economía característica, basada en los bosques del norte y el vínculo comercial con la Hansa Germánica, le proporcionaba una riqueza que sus vecinos debían de envidiar. Por añadidura, su situación significaba que su subordinación a la Horda Dorada era, en buena medida, teórica. Durante la mayor parte del siglo XIII, los habitantes de Nóvgorod admitieron la soberanía del gran príncipe de Vladímir, que designó a un virrey para dirigir el ejército de la ciudad-Estado, esta vez mediante un tratado formal con su soberano. En la década de 1290, el pueblo de Nóvgorod alteró aún más el equilibrio de poderes: elegiría a su *posadnik*, su alcalde, para una legislatura de un año, de entre el «Consejo de los Señores», compuesto por representantes de cada uno de los cuatro «extremos» de la ciudad. Dado que era posible reelegir al mismo hombre, el nuevo sistema era todavía más oligárquico, pero más independiente del príncipe o sus diputados.

La historia política de Nóvgorod quedó registrada en sus crónicas y en las de sus vecinos. También conocemos que la vida cotidiana era algo diferente a la de cualquier otra ciudad medieval rusa. En la década de 1930, los arqueólogos encontraron uno de los yacimientos medievales más extensos jamás excavado, con la ayuda improvisada de la Wehr macht alemana, que destruyó la mayor parte de la ciudad moderna durante la Segunda Guerra Mundial. Docenas de viviendas y



talleres, pajares y pilas de basura nos han suministrado un interesante retrato de la vida en la Nóvgorod medieval. El suelo empapado del lugar preserva material orgánico, incluyendo las calles pavimentadas con troncos que recorrían la ciudad. Han salido a la luz zapatos de cuero, recipientes y herramientas de madera, así como objetos de piedra, cristal y metal. Los caminos de troncos ofrecen a los arqueólogos una herramienta de inmenso valor: una secuencia que constituye una base de datos para la dendrocronología (fechado mediante los anillos de los árboles). Merced a los troncos, los hallazgos pueden datarse en Nóvgorod con un grado de precisión muy elevado. Quizá el hallazgo más notable y totalmente inesperado fuera el que se produjo en 1951, cuando una estudiante que trabajaba en el yacimiento encontró un cilindro de corteza de abedul envuelto en barro. Su lucidez le permitió descubrir que la corteza, una vez desenrollada, mostraba un texto escrito con un objeto punzante. Fue la primera de las inscripciones en corteza de abedul, de las que hoy existen miles de procedentes de Nóvgorod y cientos de otros yacimientos medievales rusos. No se trataba de composiciones literarias, sino de simples cartas, órdenes a los sirvientes, recordatorios de las esposas a sus maridos, etiquetas para cestas (como «centeno» o «cebada») y registros de deudas.

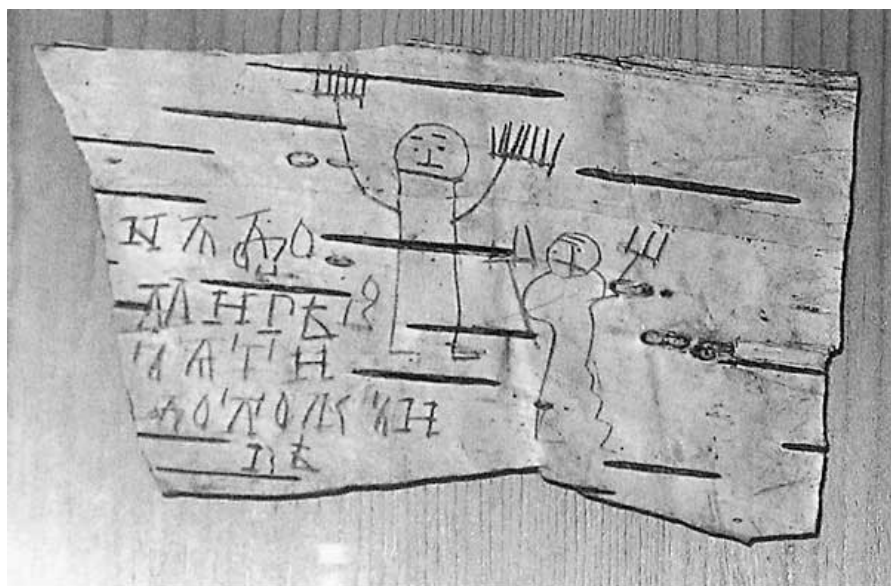


Ilustración 2. Ejercicio de escritura de un niño del Nóvgorod medieval  
(documento 210 en corteza de abedul).

Todas estas evidencias nos hablan de una ciudad densamente poblada. Las viviendas se construían en recintos cerrados por vallas de madera, con una casa más grande para el amo y varias chozas para los siervos o artesanos. Todas tenían pajares y cobertizos para los animales, el forraje, y las herramientas de la familia. Las casas de los grandes boyardos y sus servidores se mezclaban con humildes viviendas con un taller de herrero o carpintero. Los juguetes infantiles y los omnipresentes cilindros registran las ocupaciones de los niños o el hilado y tejido a cargo de las mujeres. Algunos de los documentos en corteza de abedul son más curiosos: reflejan los ejercicios de niños al aprender a escribir, ocasionales oraciones y postales entre monjas. Revelan una sociedad con cierto grado básico de alfabetización, en la que hombres y mujeres podían escribir cartas sencillas, aunque la mayoría no pudiera leer complejos textos religiosos en eslavo eclesiástico.

Nóvgorod fue un activo centro cultural de importancia, como testimonia la considerable producción de manuscritos de los clérigos de sus catedrales y monasterios que han perdurado hasta nuestra época. Un reflejo de la riqueza de Nóvgorod era la construcción de iglesias y el patrocinio de pintores de iconos del lejano Bizancio, como Teófanés de Creta (*ca.* 1350-1410). Teófanés es el responsable de algunos de los frescos más notables del Nóvgorod medieval, en la medida en que podemos juzgarlo por lo que ha escapado a los estragos del tiempo, la guerra y la política. Sus imágenes crean una sensación de luz mística en torno a sus sujetos, quizá por influencia de las enseñanzas entre el monacato bizantino conocidas como *hesychasm* (calma, tranquilidad).

La localización de Nóvgorod lo situaba en un contexto internacional diferente al de Vladímir y Moscú. Una generación antes de la invasión mongola, Nóvgorod se enfrentó a enemigos igual de feroces y quizá, en última instancia, más peligrosos que los nómadas de Asia interior: los cruzados de Europa occidental. Llegaron en dos grupos. El más grande, menos peligroso para Nóvgorod, estaba integrado por cruzados alemanes: los Caballeros Teutónicos y los Portadores de Espada de Europa occidental. Se trataba de órdenes monásticas de guerreros célibes, unidos para luchar contra los adversarios del cristianismo. A finales del siglo <sup>XII</sup>, expulsados de Palestina por los victoriosos musulmanes, volvieron su atención hacia la costa este del mar Báltico, donde varios pueblos nativos del área (viejos prusianos, lituanos, estonios y finlandeses) seguían siendo paganos, no alcanzados por el cristianismo tanto en su forma oriental como en la occidental. Allí los caballeros de la Orden Teutónica recibieron tierras de un duque polaco, que

simpatizaba con ellos, en las lindes con las tierras prusianas y construyeron sus primeros castillos. Sometieron y exterminaron sistemáticamente a los paganos prusios en nombre de Cristo, atrayendo a campesinos alemanes para que ocuparan su lugar. En el plazo de dos generaciones, la Prusia oriental de la política del siglo xx pasó a ser territorio alemán gobernado por la orden.

Prusia acabaría por convertirse en un problema para Polonia, pero para Nóvgorod la amenaza eran sus aliados. Alrededor de 1200, los caballeros alemanes ocuparon tierras cerca de Riga y empezaron a someter a lo que hoy son Letonia y Estonia, convirtiendo a los nativos en sus arrendatarios y, al final, en sus siervos. Todo el poder estaba en manos del arzobispo de Riga y la Orden de los Portadores de la Espada. Estos se sumaron a los Caballeros Teutónicos en 1237 como la subordinada Orden Livona, lo que reforzó el gobierno de los alemanes. La jerarquía social y étnica resultante perduró a través de varios cambios políticos hasta entrado el siglo xx.

Los habitantes de Nóvgorod se encontraron con un nuevo y dinámico vecino, en sustitución de las débiles tribus estonias de anteriores siglos. Para empeorar las cosas, se ponía en marcha otra cruzada. Suecia también estaba movilizándose hacia el este, conquistando gradualmente a las tribus finlandesas. Según se desplazaban al este a lo largo de la costa finlandesa, los suecos comenzaron a ser una amenaza para la vital ruta comercial hanseática, que atravesaba el golfo de Finlandia y el río Neva. En 1240, el sueco Earl Birger, un hombre más poderoso que el propio rey de Suecia, desembarcó un ejército en la orilla sur del Neva, territorio de Nóvgorod. La tribu finlandesa de los ingrianos, enviados

hacia el sur hasta Nóvgorod para prestar ayuda, y el recién elegido príncipe Alejandro de Vladímir, se enzarzaron en la lucha. Los suecos fueron empujados al mar y Alejandro pasó a ser conocido para siempre como Alejandro del Neva, o Alejandro Nevski. Dos años después, derrotó a los caballeros de Livonia sobre el hielo del lago Chud, en la frontera de Estonia, en una batalla que, aunque de escasa trascendencia en su día, dio lugar a una magnífica película del siglo xx de Sergéi Eisenstein con música de Sergéi Prokófiev. Los novgorodianos medievales sabían lo que era importante: el apelativo del príncipe siguió siendo Nevski, en memoria de una batalla auténticamente crucial para el comercio de Nóvgorod, mientras que su triunfo sobre los cruzados quedó relegado a unas pocas líneas en la crónica. Los caballeros livonianos tenían otras preocupaciones que distrajeron su atención de la próspera y poderosa ciudad de Nóvgorod. Esa preocupación era Lituania, principal enemigo de los caballeros, tanto en Prusia como en Livonia.

De los pueblos del este del Báltico, solo Lituania consiguió conservar su independencia. Mientras los Caballeros Teutónicos avanzaban inexorablemente hacia sus nuevos territorios, las tribus lituanas se unieron bajo un solo líder. El gran príncipe Gediminas (1316-1341) transformó Lituania en una potencia digna de tener en cuenta. Estableció su capital en Vilna, más próxima a sus recientes adquisiciones, tierras que hoy comprenden la totalidad de Bielorrusia. Su hijo Algirdas (1341-1377) logró aún mayores éxitos: añadió Bolina, Kiev, Chernígov y partes de Smolensko a sus dominios. Lituania se había convertido en extensión, si no en población, en el país más grande de Europa. Los príncipes lituanos de la casa de Gediminas gobernaban más

de la mitad de lo que habían sido los dominios de la Rus de Kiev, a excepción de Nóvgorod y el nordeste de los príncipes de Vladímir, y Galitzia en el sudoeste, invadida por los príncipes de Polonia.

La organización sociopolítica de Lituania era una inusual amalgama de culturas, lenguajes y religiones. El idioma lituano carecía de alfabeto y no fue usado por el nuevo Estado para llevar registro de las cosas. En su lugar, las cancillerías lituanas utilizaron una variante de la lengua eslava del este de la Rus de Kiev. Desde el punto de vista de la religión, los príncipes lituanos seguían siendo paganos, aunque la conquista de las tierras ortodoxas del sur introdujo un factor nuevo. Los príncipes lituanos pusieron a sus parientes y a otros nobles lituanos a cargo de las nuevas tierras, y muchos de ellos se convirtieron a la ortodoxia. Estos príncipes menores y nobles ortodoxos lituanos crearon una nueva elite en el territorio de la antigua Rus de Kiev, y los viejos boyardos descendieron al estatus de señores locales. No obstante, el gran duque de Lituania siguió siendo pagano, por tanto, objetivo del celo de cruzados de los Caballeros Teutones.

Los caballeros constituían una amenaza no solo para Lituania, sino también para Polonia, reunificada gracias a los esfuerzos de Casimiro el Grande (1333-1370). En 1385, los polacos se enfrentaron a una doble amenaza: la creciente presión de los caballeros y la sucesión al trono. La «regente» de Polonia, Jadwiga (Eduviges de Anjou-Hungría), carecía de esposo, y los nobles escogieron a Jogailos (Jagellón), gran duque de Lituania, como consorte y rey. Jogailos había de aportar una ayuda incalculable contra la Orden Teutónica, pero primero tenía que convertirse en cristiano católico. Su

conversión y matrimonio, acompañados de un acuerdo de unión en 1385-1386, dieron lugar a una nueva organización sociopolítica, la alianza polaco-lituana, que dominaría la política de Europa del Este hasta el siglo XVII. Se trataba de una unión de dos Estados, cada uno de los cuales conservaba sus propias instituciones y su administración bajo el mismo monarca. El impacto más inmediato de la elección de Jogailos como rey de Polonia fue la creación de un Estado capaz de derrotar a la Orden Teutónica. La victoria de Polonia y Lituania se produjo en la batalla de Grunwald (Tannenberg) en 1410. Fue el punto de inflexión en una lucha prolongada, y a mediados del siglo XV la Orden Teutónica había quedado reducida al vasallaje ante la Corona polaca.

El matrimonio de Jogailos reorganizó Lituania. Con el envío de un obispo a Vilna, comenzó la conversión del pueblo lituano al catolicismo. La mayoría de la población eslava continuó siendo ortodoxa, y los nobles y príncipes conservaron sus posiciones durante las siguientes décadas. La división religiosa en el seno del Estado lituano habría de tener efectos de gran alcance en siglos posteriores. De momento, el principal resultado fue favorecer el nacimiento de las nacionalidades bielorrusa y ucraniana, como la rusa a partir de la anterior Rus de Kiev. Con el creciente poder de Lituania, las tierras que rodeaban Kiev revivieron y nuevamente se erigieron en corazón de la cultura ortodoxa. La ciudad de Kiev, el monasterio de las Cuevas y otros recuperaron sus tradiciones, y pidieron a Moscú y a Vladímir copias de los viejos textos, la *Crónica primaria* y las obras del monasterio. Así nació un nuevo núcleo religioso y cultural que habría de tener un profundo impacto sobre Rusia.

La lucha política y militar con sus muchos rivales no era la única preocupación de la dinastía moscovita. De 1354 a 1378, la sede del metropolitano de Kiev y toda la Rus estuvo en manos de san Alejo, nacido en una familia de boyardos en Moscú como Fiódor Biakont. El largo primado de Alejo coincidió con un movimiento de renacimiento monástico, que disfrutó de su patronazgo, así como del de los príncipes de Moscú.

La Rus de Kiev había tenido muchos monasterios, ya que casi todas las ciudades importantes tenían varios, al igual que algunos pueblos menores. En 1337, el monje Sergio de Rádonezh decidió establecer una ermita imitando a los padres del desierto de la Antigüedad tardía y los monjes del bizantino monte Athos. Encontró un bosque a unos 46 kilómetros al norte de Moscú y no tardaron en unírsele otros eremitas. Fundaron un monasterio dedicado a la Santísima Trinidad con Sergio como líder. El nuevo monasterio hacía hincapié en la importancia de la vida de los monjes: rezos comunales, asistencia a los rituales litúrgicos, comidas y trabajo en común. Todas las donaciones iban a parar a la congregación, supervisada por un hegúmeno (un abad en terminología occidental), que dirigía la comunidad con firmeza y humildad. Esta forma monástica, con una poderosa inspiración bizantina, se extendió rápidamente por todo el nordeste de Rusia. Cuando le llegó la muerte a Sergio en 1392, había inspirado a muchos seguidores que fundaron numerosas comunidades, como el monasterio de San Cirilo (discípulo de Sergio) en el norte de Beloózero. Más entrado el siglo xv, los santos Zosima y Savati recorrieron el camino hasta las islas Solovetski, en el mar Blanco, para construir el tercer gran monasterio ruso.





Ilustración 3. Monasterio de la Dormición de la Madre de Dios (Kirillo-Belozerski), alrededor de 1900.

Rusia empezaba ya a contar con sus propios santos, ya que a Borís y Gleb se sumaron los metropolitanos Pedro y Alejo, y especialmente san Sergio de Rádonezh. Las reliquias de los dos metropolitanos en la catedral de la Dormición (Asunción) del Kremlin y las de Sergio en el monasterio de la Trinidad eran ya objeto de peregrinaciones y motivo de relatos sobre acontecimientos milagrosos. Los tres no tardaron en ser incorporados a la liturgia, y Moscú dispuso de sus propios santos para rivalizar con los de Kiev y Vladímir. Los tres santos aumentaron el prestigio moscovita, en especial los cultos políticos de los metropolitanos. La devoción por

Sergio, Cirilo de Beloózero y otros santos monásticos era menos política. Los monasterios eran el centro carismático de la piedad ortodoxa y durante 200 años prácticamente todos los santos rusos fueron monjes o metropolitanos.

El ideal monástico impregnó, incluso, los escritos sobre seglares. La *Oración sobre la vida y muerte del príncipe Dimitri Donskói* ensalzaba a este no tanto por su gran victoria sobre los tártaros como por su ejemplar vida cristiana, su abstinencia sexual tras el nacimiento de sus hijos, sus ayunos y vigiliat nocturnas en la iglesia. Se trataba de virtudes monásticas, no principescas. El texto dista mucho de las vidas anteriores de príncipes santos, como Borís, Gleb, Miguel, Tver o, especialmente, Alejandro Nevski. Esta *Oración* fue el modelo de todas las posteriores narraciones sobre príncipes virtuosos hasta finales del siglo <sup>xvi</sup>.

El mayor logro del renacimiento de los monasterios, y quizá el único capaz de despertar el entusiasmo en tiempos modernos, fue el impulso que supuso para la arquitectura y la pintura de iconos. Al principio, las iglesias de los monasterios eran bastante modestas, con una planta cuadrada y un techo sustentado por cuatro columnas interiores. El diseño era ubicuo y combinaba la necesaria simplicidad con la economía en el empleo de recursos. También facilitaba la disposición de la elevada estructura de iconos, que comenzó a imponerse en esta época en las iglesias de los monasterios rusos. La alta pantalla pronto se hizo universal: iba desde el suelo hasta casi el techo y cerraba al acceso al altar de la congregación. En el centro se hallaban las «puertas santas», o del zar (*tsarskie vrata*), a través de las que entraba el sacerdote tras la consagración del pan y el vino para la eucaristía. El orden en el iconostasio no era aleatorio. En el estrato inferior,

a la altura de los ojos o por debajo, estaba el nivel «local»; a la derecha de la puerta central se erguía la imagen del santo o la festividad a los cuales estaba consagrada la iglesia. Así, una destinada a san Nicolás contaría con una imagen del santo, y una de la resurrección dispondría de otra dedicada a la resurrección de Cristo. La siguiente hilera, por encima del nivel de la mirada y particularmente visible para la congregación puesta en pie, era la «Déesis», pieza esencial de la pantalla. En el centro, sobre las puertas, la figura habitual era una de Cristo en Majestad, sentado en un trono rodeado de símbolos de gloria. A ambos lados se sientan Juan Bautista y la Virgen María; los tres unidos constituían una imagen de la encarnación, así como de la intercesión de Cristo por la humanidad pecadora. María y Juan hacen una ligera reverencia ante Cristo, como pidiéndole misericordia. A los costados de esta composición central aparecían los cuatro apóstoles. Encima de estos grandes iconos estaba el «nivel festivo», que contenía las principales celebraciones del año cristiano, empezando por la Anunciación en marzo (no en Navidad, como cabría haber esperado). Arriba, de nuevo en formato más grande, aparecían los profetas y patriarcas del Antiguo Testamento, a veces en dos filas. En el centro solía haber otro icono de la Madre de Dios, flanqueada por David y Salomón, y los profetas. La idea básica que pretendían transmitir estas representaciones era la presencia de Cristo en el mundo y su encarnación para salvar a la humanidad. La mampara de iconos, como la iglesia que la rodeaba, era el punto de reunión del mundo del espíritu y el visible. No era un concepto novedoso en la Iglesia ortodoxa, pero el movimiento monástico había encontrado un modo de expresarlo con mayor profundidad y claridad.

Así, los iconos empezaron a hacerse más numerosos y, si cabe, más importantes. Teófanos el griego llegó a Moscú desde Nóvgorod en la década de 1390 y trabajó con pintores locales. El más importante de ellos fue el monje Andréi Rublev (*ca.* 1370-1430), cuyas obras colgaban en los iconostasios de muchos monasterios en torno a Moscú e incluso en la catedral de la Anunciación del Kremlin. Los iconos de Rublev muestran menos esa rigidez hierática de la vieja escuela y cierta calidez en el rostro de Cristo y los rostros de los santos, que parecen casar bien con el carácter introspectivo de la renovada piedad monástica. Como manifestaciones de esa piedad, los iconos de Rublev fueron un ejemplo para sus discípulos e imitadores, y el nuevo estilo se extendió más allá de los monasterios. El trabajo de Rublev y sus coetáneos supuso un avance que sentó las bases del icono ruso de los siglos siguientes.

A lo largo del siglo <sup>xiv</sup>, Moscú había establecido su hegemonía sobre el nordeste, pero solo su hegemonía. A la muerte de Vasili I (1389-1425), Tver continuó siendo una china en el zapato. Nóvgorod seguía su propia política, y una serie de principados del norte eran, a todos los efectos, independientes. Lituania desempeñaba un papel importante, y a menudo hostil, a pesar del matrimonio de Vasili con una princesa lituana. No obstante, Vasili conservó el poder e incluso amplió sus territorios. El mecanismo de expansión era simple: cuando Moscú se anexionaba un territorio, la elite integrada por los boyardos locales y terratenientes era cooptada directamente por el ejército y la administración de Moscú, y sus propiedades les eran confirmadas. Si la resistencia era inusitadamente intensa, las posesiones eran confiscadas o la elite local era trasladada a otro lugar, donde

se les entregaban otras tierras, aunque rara vez eran necesarias medidas tan extremas.

El éxito de Moscú y la lealtad de su elite de boyardos se vieron so metidos a una prueba límite en los tormentosos y sangrientos acontecimientos del reinado de Vasili II (1425-1462). Tenía solo diez años al morir su padre, y su derecho a reinar fue cuestionado de inmediato por su tío Yuri en el norte de Galich. La reacción de Yuri desencadenó un conflicto civil, que ganó con rapidez y le sentó en el trono de Moscú. Victorioso, Yuri exilió al joven Vasili en Kostroma, junto al Volga. Entonces entraron en escena los boyardos de Moscú. Muchos se mudaron a Kostroma con sus séquitos, mientras que otros se limitaron a abandonar a Yuri. Aislado en el Kremlin, Yuri huyó al norte y murió en 1434. Recogió el testigo su hijo mayor, Vasili Kosoi, que significa 'el Bizco', proclamándose heredero legítimo del trono. Tras muchos avances y retrocesos, el gran príncipe Vasili derrotó a su primo, Basili Yurévich, en 1436, y además hizo que le dejaran ciego. Este acto de crueldad no sería el último, ya que el segundo hijo de Yuri, Dimitri Shemiaka, sustituyó a su hermano como líder de los rebeldes. Una inesperada derrota del gran príncipe Vasili a manos de una partida de invasores tártaros en 1445 ofreció una oportunidad a Shemiaka, que tomó Moscú y dejó ciego a Vasili como venganza por su hermano. Los boyardos de Moscú, inicialmente amistosos, se aliaron de nuevo con Vasili, y Shemiaka, huyó al norte. Entabló un último combate en 1450, perdió de nuevo y se refugió en Nóvgorod, donde murió en 1453, según la crónica, al comer un pollo envenenado por un agente del gran príncipe.

Estas oscuras y confusas pugnas se produjeron de forma

relativamente aislada, porque la Horda estaba experimentando grandes cambios. Fatalmente debilitada por las campañas de Tamerlán, empezó a desintegrarse. Crimea se desgajó en 1430 y en 1436 Kazán se constituyó en kanato independiente en el medio Volga. Al igual que la anterior Bulgaria del Volga, era una sociedad agrícola con un sector nómada en el sur y una cultura musulmana con vínculos religiosos con Asia central. De la Horda Dorada solo quedaba la «Gran Horda», un pequeño grupo de tribus nómadas. Llevaban a cabo incursiones en los territorios lituanos y rusos, pero no eran ya capaces de gobernar en Moscú. Vasili II estableció un kanato independiente en Kasimov, al sudeste de Moscú junto al río Oka, cuyos guerreros tártaros sirvieron a la dinastía moscovita durante los siguientes 200 años.

El gobierno de los mongoles, o más precisamente de la Horda Dorada sobre Rusia, había durado algo más de dos siglos. Las primeras conquistas habían sido muy destructivas, pero los posteriores efectos económicos quedaron en buena medida limitados al pago de tributos. La inclusión de Rusia en los dominios de la Horda quizá incluso fortaleciera el comercio de Rusia con Oriente, a juzgar por las pruebas arqueológicas, monedas y utensilios de la Horda y sus vecinos del este y el sur hallados en ciudades rusas. El episodio mongol también suministró material para inacabables especulaciones actuales sobre la supuesta influencia de los «mongoles» en Rusia. Para los teóricos raciales de Alemania y otros lugares, hizo a Rusia «asiática». De hecho, la Horda tuvo pocos efectos rastreables en la sociedad rusa. La religión fue una barrera infranqueable para ambos bandos y las dos sociedades eran incompatibles: Rusia era una sociedad sedentaria, bastante simple, y la Horda era un Estado con

instituciones relativamente complejas, específicas de una sociedad nómada. En China, Asia central y Persia, los mongoles se movieron entre pueblos sedentarios y fueron asimilados por ellos, pero no fue así en Rusia. La geografía rusa impedía un resultado semejante. Algunos historiadores modernos realzan mucho el carácter «oriental» del Estado ruso, aparentemente un legado de los mongoles. El problema de estas teorías es que carecen de fundamento empírico. Los términos e instituciones que posiblemente llegaron a Rusia desde Mongolia a través de los túrquicos (como *tanga*, una especie de impuesto sobre la venta, y *yam*, un sistema de mensajería que dependía de aldeas con estatus especial para abastecer a los mensajeros y sus caballos) eran organismos marginales. Eran piezas añadidas a un Estado formado por el gobierno de la familia de un príncipe sobre una sociedad agrícola. Por último, la idea de la influencia básica de los mongoles depende de la noción de servilismo y del despotismo innato de los asiáticos. No es una descripción precisa de la unidad sociopolítica mongola ni, como veremos, del Estado ruso que emergió a partir de 1480.

Para la Iglesia ortodoxa, los acontecimientos fueron tan trascendentales como la caída de la Horda. Después del fallecimiento del metropolitano Alejo, la Iglesia griega eligió al búlgaro Cipriano como su sucesor. La misión de este era mantener unidas bajo su jurisdicción las tierras ortodoxas de Lituania, Moscú y Nóvgorod, como habían estado en tiempos de Kiev. No era tarea fácil, ya que tanto Lituania como Moscú aspiraban al control, pero Cipriano era un personaje poderoso en la Iglesia y la política, además de un erudito. A su muerte, en 1431, recibió la circunscripción el griego Photios, que identificó sus intereses con los de Moscú.

Photios murió en 1431, justo cuando comenzaban las turbulencias dinásticas en Moscú. Su desaparición privó al gran príncipe Vasili de un aliado crucial en el peor momento posible. Por desgracia, su sustituto fue otro griego, Isidoro, que llegó a Moscú en 1434. El Imperio bizantino estaba en los últimos estertores, reducido a la ciudad de Constantinopla y unas pocas islas. En un vano esfuerzo por obtener ayuda de Europa occidental, el emperador Constantino XI aceptó debatir acerca de la unión eclesial con Roma. Isidoro abandonó Moscú a toda prisa para acudir a Italia y sumarse a los prelados griegos y su discusión. En realidad, Roma propuso una simple rendición y en el Concilio de Florencia, en 1439, los obispos de Grecia, incluido Isidoro, cedieron bajo la presión del emperador. Aceptaron la supremacía del papa y la posición latina sobre el *filioque*. Entre los griegos, la noticia prendió la mecha en la oposición, en especial en los monasterios, renovados centros de la fe ortodoxa desde el siglo XIV. La rendición en Florencia dividió a Bizancio en lugar de fortalecerlo y la ayuda occidental jamás llegó en la cantidad suficiente. En 1453 el ejército de Mehmed el Conquistador derribó los muros y puertas de Constantinopla y puso fin a un milenio de civilización bizantina. Los sultanes convirtieron Estambul en la gran capital de un Imperio islámico y la iglesia de Santa Sofía en una mezquita.

Cuando el rumor de la caída de Constantinopla llegó a Moscú, los asuntos de la Iglesia rusa llevaban ya tiempo resueltos. Isidoro volvió a Moscú con las noticias de Florencia, y en 1443 los obispos rusos se reunieron con él para estudiar la situación. Rechazaron por unanimidad su sometimiento a Roma, depusieron a Isidoro y le sustituyeron por el obispo Iona de Riazán bajo la dirección del gran



príncipe Vasili. La Iglesia ortodoxa rusa quedó separada de la griega al haber escogido a un líder sin consultar a Constantinopla, entonces en manos de los unionistas. La autocefalia de Rusia, como se conoce su independencia eclesial, no fue algo planificado. Fue consecuencia de la necesidad, la única respuesta al dilema representado por la apostasía de los griegos en Florencia. En su testamento, Iona especificó que cuando fuera restaurada la ortodoxia en Constantinopla, aunque fuera bajo los turcos, Rusia regresaría a la obediencia a los obispos griegos. Fue una esperanza piadosa que no habría de quedar satisfecha, ya que los rusos siguieron eligiendo a su propio metropolitano. Para los príncipes de Moscú, esta fue una gran oportunidad, ya que significaba que serían los únicos gobernantes seculares con voz en los asuntos de la Iglesia en Rusia.

El gran príncipe Vasili II murió a los cuarenta y siete años de edad, en 1462. Había salido victorioso de una feroz lucha con su propio tío y sus primos, y mantuvo la hegemonía de Moscú. Había animado a la Iglesia a que reafirmara su ortodoxia y su independencia de los griegos. Su hijo mayor, Iván, tenía veintidós años, edad suficiente para gobernar por derecho propio. Como el futuro no tardaría en confirmar, el joven príncipe demostró estar listo para aprovechar la oportunidad que su padre le había legado.

## El nacimiento de Rusia

Cuando el siglo <sup>xv</sup> tocaba a su fin, Rusia nació como Estado, dejando de ser un grupo de principados emparentados. Precisamente en este periodo, empezó a ser de uso habitual en los escritos el término moderno *Rossía* (una expresión literaria tomada del griego) en progresiva sustitución del *Rus* vernáculo y tradicional. Si hubiese que elegir un momento para anunciar el nacimiento de Rusia a partir del principado de Moscú, este sería el de la anexión final de Nóvgorod por el gran príncipe Iván III (1462-1505) en 1478. Con esta acción, Iván fundió los dos principales centros políticos y eclesiásticos bajo un solo gobernante. En la siguiente generación, él y su hijo Vasili III (1505-1533) se anexionaron el resto de los territorios. En el oeste y el norte, las fronteras que establecieron son, a grandes rasgos, las de la Rusia actual, mientras que en el sur y el este el límite lo marcaba en su mayor parte la linde ecológica entre el bosque y la estepa. A pesar de la posterior expansión, este territorio fue el núcleo de Rusia hasta mediado el siglo <sup>xviii</sup>, y albergó la mayor parte de la población y los centros del Estado y la Iglesia. Los rusos seguían siendo un pueblo disperso a lo largo de ríos que fluían entre grandes bosques.

En el sur y el este, sobre todo fuera de los bosques, en la estepa, los vecinos de Rusia eran los kanatos tártaros, que surgieron en la década de 1430 por la desmembración de la Horda Dorada: Kazán, Crimea, en la península del mismo nombre, y la Gran Horda, que dominaba la estepa. A su vez, la Gran Horda se disgregó alrededor de 1500 para formar el Kanato de Astracán en el bajo Volga y al este la Horda de

nogái. Aún más al este, el Kanato de Siberia ejercía su dominio sobre la minúscula población de la vasta llanura de los ríos Obi e Irtysh. Estos Estados eran organizaciones sociales complejas. Los habitantes de Kazán, el único que ocupaba parte de la zona boscosa, se asentaron cerca de los ríos y cultivaron la tierra como los rusos, aunque con un apéndice nómada al sudeste, donde comenzaba la estepa. Los nogáis eran nómadas puros. Crimea y Astracán ocupaban un lugar intermedio: su población estaba compuesta fundamentalmente por habitantes de la estepa, pero Astracán era una ciudad y Crimea tenía ciudades y cultivos. Su emplazamiento hizo que disfrutara de un bullente comercio e íntimos vínculos políticos con su gran vecino del sur, el Imperio otomano.

En aquella época, los otomanos se encontraban en el ápice de su poderío. Mehmed el Conquistador, que ya dominaba la mayor parte de Anatolia y los Balcanes, tomó en 1453 Constantinopla, la antigua capital de Bizancio. En 1516, los turcos se desplazaron hacia el sur, capturando rápidamente el Levante y Egipto, el norte de África y Mesopotamia. Así nació el último gran imperio de Eurasia occidental, que no tardó en dirigir su mirada hacia Europa central. La derrota de Hungría en la batalla de Mocha (1524) abrió el camino hacia Alemania, y en 1529 los otomanos sitiaron la misma Viena. De momento, los turcos otomanos no prestaron gran atención a Rusia. Sus grandes adversarios eran Irán y el Sacro Imperio Romano. En todo caso, Crimea y sus habitantes, desde 1475 vasallos otomanos, se interponían entre Rusia y los turcos. Los sultanes de Estambul querían contar con la caballería de Crimea para las guerras turcas en Hungría e Irán, no desperdiciarla en ataques contra un

Estado menor muy al norte. A la vez, los sultanes de Crimea otorgaban considerable libertad a sus vasallos: Iván III logró alcanzar un acuerdo con los pueblos de Crimea que se mantuvo hasta bien entrado el siglo <sup>xvi</sup>. Rusia continuó desempeñando un papel importante en la política de la estepa, mandando y recibiendo enviados, e implicándose en las inacabables pugnas y rivalidades entre dinastías y clanes gobernantes.

En el oeste, Rusia tenía un único enemigo: Lituania, ahora unida a Polonia. El Estado polaco-lituano resultante constituía la fuerza hegemónica en Europa del Este, más populoso que Rusia y más poderoso que cualquiera de sus vecinos. Y a Polonia, tras derrotar a los Caballeros Teutónicos y rechazar a los tártaros y los turcos al sur, solo le quedaba Rusia como rival. El poder polaco derivaba no solo de la debilidad de sus vecinos, sino también de su estructura política, ya que el creciente papel de la Dieta otorgaba una función clave a los magnates y la nobleza. La Dieta proporcionaba a sus miembros una participación importante en la prosperidad del Estado, pero seguía habiendo un rey para garantizar el orden y la dirección a seguir. Esa constitución supondría, más adelante, su ruina, pero en 1500 era más fuerte que la de sus vecinos, y los ejércitos de Polonia dominaban en el campo de batalla ante la mayoría de sus enemigos.

Los otros vecinos del oeste de Rusia no eran muy significativos. La Orden Livona era demasiado pequeña y descentralizada como para tener peso en los asuntos políticos, y Suecia (Finlandia incluida) formó parte del reino unido de Dinamarca, Noruega y Suecia hasta 1520. El centro de gravedad de los tres reinos estaba en Dinamarca, que quedaba

demasiado al oeste para prestar mucha atención a la remota frontera entre Finlandia y Rusia. El comercio continuó a través tanto de Livonia como de Finlandia, e incluso aumentó su importancia, pero con escaso efecto político en general.

La situación permitió a Rusia incorporarse al escenario de la política europea en un momento excepcionalmente favorable. Los kanatos tártaros estaban enzarzados los unos con los otros y con los otomanos, mientras que Livonia y Suecia, por diferentes motivos, apenas tuvieron impacto alguno sobre la consciencia rusa. Rusia solo tenía un rival im portante, Polonia-Lituania, el foco principal de su política exterior. El contrincante era suficientemente poderoso como para representar una amenaza para el nuevo Estado de Iván III, desafío al que este se enfrentó con habilidad.

El Estado ruso nacido a finales del siglo xv era mucho más grande y complejo que el principado medieval de Moscú, incluso en sus fases finales. Un Estado nuevo exigía nuevas instituciones y terminología. El gran príncipe empezó a hacerse llamar «soberano de toda la Rus» o incluso «autócrata», esto último para resaltar su independencia de la Horda y cualesquiera otros aspirantes. Iván III no gobernó solo, no más que sus predecesores. Príncipes menores y boyardos de los territorios recién anexionados –Yaroslavl, Rostov y Gediminovich– formaron una elite gobernante ampliada en torno al príncipe de Moscú. Era pequeña al principio: en tiempos de Iván III contaba con 18 integrantes, que se convirtieron en 45 en 1550. La mayoría de los miembros de edad de estos clanes constituían la Duma, o Consejo del Gran Príncipe, y ostentaban el rango de boyardos, o bien el título inmediatamente inferior e

intraducible de *okol'nichii*[\[1\]](#). Apenas una institución formal, la Duma se reunía con el príncipe en palacio y discutían asuntos de importancia relacionados con la ley, la administración, la guerra y la paz. Los hombres de esta clase gobernante alcanzaban el rango de boyardos y otros cargos por tradición o mediante un complejo código jerárquico, *mestnichestvo*, que regulaba el lugar que ocupaban en las jerarquías de la corte, el ejército y el gobierno. Dicho sistema estipulaba que ningún hombre de rango y destino inferiores a los de sus antecesores debía servir al príncipe.

El gran príncipe podía aplicar cierta manga ancha respecto al sistema de precedencia, ya que no dictaba exactamente quién de cada clan debía recibir qué rango. Únicamente imponía que algunos hombres de cada una de las grandes familias tenían que sentarse en la Duma y ostentar el título de boyardo. En teoría, los príncipes podían nombrar a cualquiera para la Duma, pero en la práctica escogían a miembros de las mismas familias año tras año, añadiendo otros nuevos solo ocasionalmente. Estos hombres no eran meros servidores del príncipe, sino aristócratas de inmensa riqueza con enormes propiedades, lo más selecto de una clase terrateniente mucho más amplia. La principal obligación de un noble ruso era servir en el ejército, sobre todo en la frontera, ya que la administración del Estado estaba en manos de un reducido grupo de funcionarios y asistentes del príncipe.

Algunos de estos funcionarios eran grandes boyardos, como los tesoreros, habitualmente elegidos dentro del clan griego Kobriny, o los *ma yordomos* y jefes de caballerizas, que gestionaban el palacio del Kremlin y la casa del príncipe. Para ayudar a estos aristócratas estaban los secretarios,

hombres de más bajo estatus de la casa del príncipe, en ocasiones de origen tártaro. La mayoría trabajaban para el Tesoro, donde alrededor de una docena de empleados y copistas mantenían los registros de política exterior, las leyes y testamentos de los príncipes, cuidadosamente conservados con pieles, joyas, ingresos por impuestos en plata y otros objetos valiosos en el sótano bajo la iglesia palaciega del Kremlin, la catedral de la Anunciación. En tiempos de Iván III había, más o menos, una docena de tales secretarios, y el Estado continuaba siendo, esencialmente, la casa real: las oficinas estaban en las habitaciones del palacio.

Pese a su papel dominante en la política rusa, el Kremlin y su elite no eran la totalidad de Rusia. Varios millones de campesinos, la mayoría de ellos aún libres y casi todos arrendatarios de la Corona, representaban a la gran masa de su población. Cultivaban alimentos, criaban vacas y gallinas y complementaban su magro sustento con bayas, setas y animales salvajes de los bosques. Esta situación se aproximó rápidamente a su fin cuando los monasterios y los boyardos empezaron a acechar esas tierras. Los grandes príncipes tenían que recompensar a sus aliados leales, en especial en territorios recientemente anexionados, además de mantener un ejército a caballo. El ejército tenía que buscarse la vida en las posesiones privadas de los miembros de la caballería. Como los príncipes carecían de dinero para pagarles, entregaban tierras a cambio de favores. La única restricción sobre dichas concesiones era que no se podían vender o heredar sin conocimiento del príncipe. Este sistema recibió el nombre de *pomest'e*, y tanto grandes boyardos como humildes provincianos recibieron tierras. La clase terrateniente de los hombres de la caballería pertenecía a dos

grandes grupos: la «corte del soberano», que servía en Moscú (al menos en teoría) inmediatamente por debajo de los boyardos, y los «gentilhombres de ciudad» de las provincias. Normalmente, estos tenían sus posesiones sobre todo en un área local y servían juntos en la caballería. La elite militar era la corte del soberano. El crecimiento del Estado, y de su ejército, exigía una continua manipulación de la nobleza, pero los perfiles básicos que comenzaron a definirse a finales del siglo <sup>xv</sup> se mantuvieron hasta finales del siglo <sup>xvi</sup>. Luego, el sistema del *pomest'e* se extendió hasta las fronteras del sur, con un considerable aumento de la clase terrateniente a expensas de los campesinos libres. Esto influyó mucho en los levantamientos que estallaron en las siguientes décadas.

Los señores residían, sobre todo, en ciudades pequeñas, y los boyardos vivían en Moscú. Unos cuantos núcleos, como Moscú, Nóvgorod y Pskov eran verdaderas ciudades, que apoyaban a los comerciantes que hacían negocios en Europa del Este o el Cercano Oriente. Con una economía en buena medida agrícola, a Rusia no le faltaban artesanos ni comerciantes. Tampoco era un país de campesinos al borde de la subsistencia aislados de todos los mercados. El inmenso territorio y su dispersa población dictaban el intercambio entre regiones: casi toda la sal, por ejemplo, provenía del cinturón norte de la taiga hasta muy entrado el siglo <sup>xvii</sup>. Quienes hervían el agua para extraer la sal, hicieron grandes fortunas. Los más notables fueron los Stroganov, que amasaron una fortuna suficiente para financiar los primeros pasos de la conquista de Siberia. Nóvgorod y la vecina Pskov seguían siendo importantes centros de comercio con el norte de Europa a través del mar Báltico, pero su capacidad se veía restringida por los ríos pequeños y la ausencia de grandes



bahías en el extremo este del golfo de Finlandia. En 1553, el capitán y explorador Richard Chancellor rodeó Noruega hasta el mar Blanco y arribó a la desembocadura del río Dvina septentrional. Este viaje abrió un corredor directo para grandes barcos hacia Europa occidental, y el zar Iván el Terrible animó a la English Muscovy Company a llevar sus mercantes todos los veranos a aquel puerto del norte. El Dvina y otros ríos facilitaban el largo viaje desde Moscú hasta el nuevo puerto de Arcángel, y a los ingleses se sumaron pronto los aún más emprendedores holandeses. Moscú era el eje del comercio ruso y la ciudad creció deprisa durante toda la década de 1500. Para los holandeses e ingleses, el intercambio comercial con Rusia no era insignificante: en 1600, los holandeses que comerciaban con Arcángel habían ganado tanto dinero que pudieron abrir la nueva Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que a continuación se lanzó a la conquista de lo que hoy es Indonesia. El comercio con Rusia financió en parte la mayor aventura de los holandeses.

Frente a este telón de cambios sociales y evolución económica, los gobernantes rusos y su corte no permanecían ociosos. Durante toda su vida, Iván III libró una lucha constante por ampliar el poder y los territorios de los grandes príncipes de Moscú. La anexión de Nóvgorod fue su mayor victoria, pero no la única. Explotó la insatisfacción de los pequeños príncipes de Lituania a lo largo de su frontera occidental, consiguió la adhesión de varios de ellos y redondeó y confirmó estas adquisiciones mediante la guerra. Absorbió al antiguo rival de Moscú, Tver, en 1485, y estableció su influencia sobre los dos últimos territorios independientes de Riazán y Pskov, con lo que su hijo no

tendría después problemas para anexionárselos. Igual de importante: puso fin a dos siglos y medio de dependencia rusa de las hordas tártaras. En 1480, el kan de la Gran Horda envió su ejército hacia el norte, a Moscú. Iván y muchos de sus boyardos dudaron si enfrentarse a los tártaros o limitarse a huir más al norte. Con cierto apoyo de la Iglesia, partió para enfrentarse a ellos en el río Ugra, un pequeño afluente del Alto Don. Al cabo de unos días de vigilarse unos a otros, los dos ejércitos se retiraron para volver a casa. Este acontecimiento, la «gran oposición del Ugra», fue a partir de entonces considerado en Rusia como el fin del dominio por los tártaros. Iván ocupó agresivamente el espacio dejado por la fragmentación de la Horda, implicándose en la política dinástica de Kazán. Con el tiempo, las intrigas de Iván con los tártaros habrían de tener grandes consecuencias.

Iván III de Moscú pasó a autodenominarse gobernante de «toda la Rus», pero su nuevo y mayor Estado requería de una capital mejor defendida y más adecuada. Para este fin, Iván recurrió a Italia, centro de la arquitectura, la ingeniería y la fortificación europeas. Ya había estado en contacto con Italia desde su matrimonio en 1473 con Zoé (Sofía) Paleólogo, hija del último gobernante bizantino del Peloponeso, ya que Zoé se había refugiado de los turcos en la corte papal. En Moscú había otros griegos que mantenían contactos con sus compatriotas y familiares italianos. Por intermediación de ellos, Iván invitó a arquitectos e ingenieros para reconstruir el Kremlin de Moscú y sus iglesias. El resultado fue que el Kremlin de ladrillo rojo oscuro, el lugar quintaesencialmente ruso para el observador moderno, con sus antiguas iglesias y sus torres en punta, no fue en absoluto obra de los rusos, sino, con pocas excepciones, de maestros

italianos.

El anterior Kremlin del siglo <sup>xiv</sup> había tenido muros de piedra blanca, según el estilo nativo usual en las fortalezas rusas. Dentro de los muros había viviendas de madera para príncipes y boyardos, así como iglesias de piedra. Iván no quería modificar la forma básica de estas, que poseía un significado espiritual que una planta occidental no podía tener. Aristóteles Fioravanti de Bolonia resolvió el problema: construyó una catedral de la Dormición nueva y más grande en el Kremlin, recurriendo a la técnica italiana y conservando la forma rusa. Luego, él y otros –Marco Rulfo y Pietro Antonio Solari de Milán, Aloisio da Caresano– se dedicaron a trabajar en los muros. Uno de los constructores le escribió a un hermano en Milán que el príncipe de Moscú quería un castillo «como el milanés» (referencia al de los Sforza), y fue eso, más o menos, lo que obtuvo el príncipe. También iniciaron un nuevo palacio en el estilo italiano del norte, partes del cual todavía sobreviven. Solo las iglesias se construyeron de acuerdo con el modelo ruso, si bien por italianos, con la única excepción de la catedral de la Anunciación, la capilla de palacio. Hoy, la obra de los italianos es visible en los muros y en el «Palacio de las Facetas», una de las principales salas de audiencia. Los demás fragmentos de viejo palacio y los elementos renacentistas de las iglesias fueron fuertemente «rusificados» en posteriores reparaciones. La adición en el siglo <sup>xvii</sup> de techos en punta en las torres de la muralla ocultó a todos los efectos el modelo milanés, pero el palacio debía de lucir un aspecto italiano en 1520.

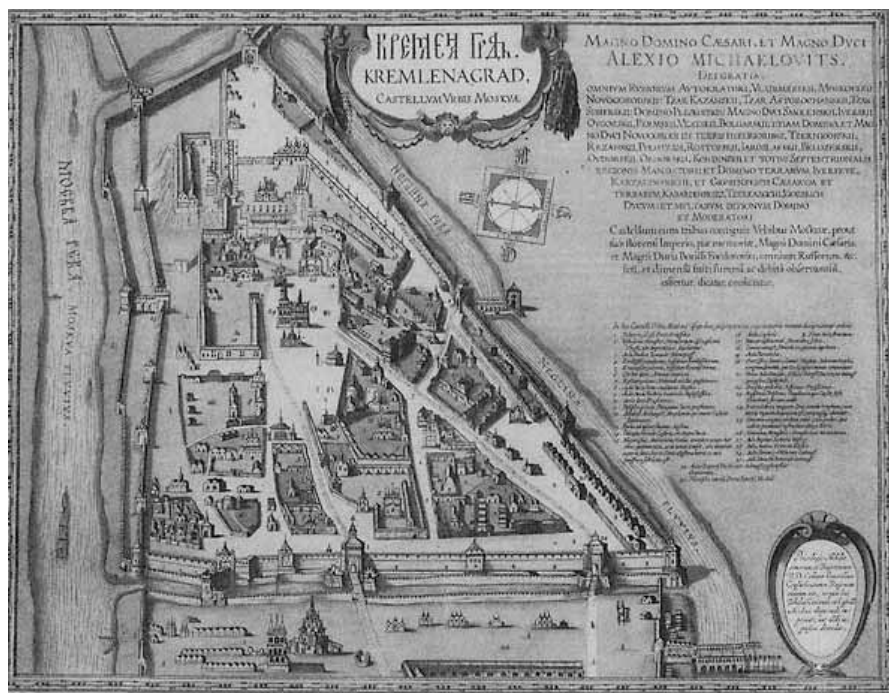


Ilustración 4. El Kremlin de Moscú en un atlas del siglo XVII. El dibujo muestra las torres de techo bajo, que siguen el ejemplo de las del castillo Sforza. Los remates en punta, que tan familiares nos resultan hoy, fueron añadidos en la década de 1670.

La nueva Rusia, con su Kremlin italianizado, quizá copiara su arquitectura aunque solo fuera durante una generación, pero su cultura siguió siendo firmemente religiosa y ortodoxa. El contexto, no obstante, había variado. El nacimiento del nuevo Estado le pisaba los talones a un gran cambio en el estatus de la Iglesia ortodoxa, la instauración de la autocefalia en 1448. La cambiante situación de la Iglesia y de Rusia exigía una nueva concepción de su papel en el plan divino de la salvación. La Iglesia encontró su respuesta en la «gran oposición» de Iván III en 1480. Había que concebir a Rusia como un «nuevo Israel», y a los rusos como un nuevo pueblo elegido con su capital en Moscú, el nuevo Jerusalén.

Al igual que los antiguos israelíes, los rusos eran el pueblo elegido por Dios para recibir la fe correcta. Como Israel, Rusia estaba rodeada por todas partes por enemigos descreídos: los católicos suecos y polacos al oeste, los musulmanes tártaros por el sur y el este. Para su supervivencia era crítica, como para el antiguo Israel, una sólida adhesión a la doctrina correcta y la puntillosa obediencia de sus mandamientos. Esa fidelidad y esa conducta garantizarían su persistencia, porque Dios pondría a sus enemigos en sus manos, como había hecho por el rey David. Si lograban conservar la fe, evitarían el sino del antiguo Israel hasta que Cristo regresara a la tierra.

Aferrarse a la creencia correcta, sin embargo, planteaba serias dificultades en los últimos años del reinado de Iván III. Por primera vez desde la conversión de san Vladímir en el 988, la Iglesia rusa se enfrentaba a enemigos internos y disputas en su seno sobre asuntos de fe. En Nóvgorod, un pequeño grupo de clérigos empezó a debatir la formulación ortodoxa del concepto de la divinidad de Cristo, las manifestaciones comunes de devoción relacionadas con los iconos y el monasticismo. Dado que, al parecer, cuestionaban las nociones cristianas de la Trinidad, sus oponentes, sobre todo san José de Volokolamsk, los tildaron de judaizantes, exagerando su grado de disensión y calumniándolos como enemigos del cristianismo. El grupo consiguió algunos seguidores en Moscú, incluso entre los cargos del Kremlin, antes de ser suprimido en 1503, y sus líderes murieron en la pira por herejes. Estas fueron las primeras ejecuciones por herejía en la historia de Rusia. La Iglesia ortodoxa, que no encontraba defensa alguna de tal acto en sus tradiciones, tuvo que mirar a Occidente, a una descripción de la Inquisición

española en palabras del embajador imperial, para justificar las ejecuciones.

Se generalizó la controversia sobre la vida monástica, que comenzó al mismo tiempo y duró una generación. Esta disputa distaba mucho de ser un debate sobre arcanos entre los monjes, ya que el monasticismo era clave para la ortodoxia tal como salió del periodo medieval. Dentro del propio Kremlin se encontraban el monasterio del Milagro de San Miguel y el convento de la Ascensión, cuyas actividades eran parte integral de la vida en la corte. La ciudad de Moscú tenía docenas de pequeños monasterios en el interior de sus murallas y varios grandes en el exterior. A un día de viaje en dirección norte, el monasterio de la Trinidad y de San Sergio era foco anual de la peregrinación de toda la corte en la fecha de la conmemoración del santo en septiembre. Todas las ciudades rusas de cierta importancia se jactaban de tener uno o más monasterios en su interior o sus alrededores. Durante buena parte de la primera mitad del siglo <sup>xvi</sup>, los monjes rusos discutieron sobre el tipo apropiado de vida monástica, algunos poniendo el acento en el ascetismo individual y la vida sencilla. Ambos estilos formaban parte de la tradición ortodoxa, ejemplificada en el trabajo y las enseñanzas de san José de Volokolamsk y san Nilo de Sora (Nil Sorski). Con el tiempo, algunos de sus seguidores póstumos pusieron en cuestión la idea misma de la posesión monástica de tierras como obstáculo para llevar una vida de santidad.

La controversia fue exclusivamente rusa, pero su Iglesia no estaba del todo aislada del resto del mundo. Los hermanos ortodoxos seguían constituyendo la mayor parte de la población de los Balcanes bajo dominio turco, y los grandes

monasterios del monte Athos aportaban el liderazgo religioso. El escritor más prolífico sobre el tema fue un griego llamado Miguel Trivolis (1470-1556), que como monje adoptó el nombre de Máximo. Maksim el Griego, como era conocido en Rusia, había pasado su juventud en Venecia y Florencia, pero finalmente acabó por rechazar la cultura secular del Renacimiento en aras del monasticismo ortodoxo. En esta decisión siguió los pasos de Savonarola, con cuyas enseñanzas estaba familiarizado. En Rusia redactó una colección enciclopédica de citas y ensayos, que iban desde temas como los errores del islam hasta la posición correcta en lo relativo a la posesión de tierras por parte de los monasterios. Su moderada crítica a esta práctica y otras desviaciones respecto a las nociones entonces dominantes entre los altos clérigos condujeron a su condena y exilio en la década de 1530. Incluso exiliado, no dejó de ser una figura importante en la Iglesia y, al final, el joven Iván IV ordenó que fuera liberado. Sus escritos fueron muy reproducidos y considerados una fuente de autoridad sobre dichos asuntos durante el siguiente siglo.

El sucesor de Iván III, Vasili III (1505-1533), no ascendió al trono como primogénito, sino por la decisión de Iván de transferírselo a él. Era hijo de la segunda esposa de Iván, la griega Sofía Paleólogo. Tras ciertas dudas, Iván le escogió antes que a su nieto (su hijo con su primera esposa había muerto). Buena parte de los esfuerzos de Vasili se concentraron en mantener y expandir la posición de Rusia en el mundo. La rivalidad territorial con Polonia-Lituania concluyó en una guerra, que ganó Rusia con la captura de Smolensko en 1514. Smolensko era el último territorio etnográficamente ruso que no estaba bajo el dominio de

Moscú. Además, su conquista ofreció al Estado una fortaleza importante muy al oeste de la capital. Pese a que esa guerra culminó en una tregua, estableció la frontera ruso-polaca durante un siglo. Las relaciones con los kanatos tártaros, por contraste, incluían una desconcertante cadena de intrigas y contraintrigas, así como inacabables ataques tártaros en busca de esclavos y botín en la frontera sur. Por esa época, Vasili adoptó la práctica de movilizar al ejército en esa frontera del sur todos los veranos, existiera o no un estado de guerra, ya que no había otro modo de impedir las incursiones anuales, que constituían una parte importante de la economía nómada.

El mayor desafío de Vasili, no obstante, no fueron los tártaros ni Polonia, sino sus propios problemas dinásticos. Como primera esposa había tomado a Solomonía Saburova, que no era una princesa extranjera como su madre, sino hija de un boyardo prominente. El matrimonio fue un éxito en todo menos en un aspecto práctico: no hubo hijos. Después de mucha controversia y consultas con la Iglesia, presionó a Solomonía para que ingresara en un convento y el matrimonio se disolvió en 1525. Entonces, Vasili se casó con la princesa Elena Glínskaya, hija de un príncipe lituano cuyo clan había buscado refugio en Moscú tras intentar, sin éxito, desafiar a su soberano. Los Glinski, que afirmaban descender del tártaro emir Yedigei, un gran guerrero que luchó contra Tamerlán a comienzos del siglo <sup>xv</sup>, continuaron siendo una familia poderosa en el exilio ruso. En 1530, Elena dio a luz a su hijo Iván, al que la historia acabaría llamando Iván el Terrible.

#### IVÁN EL TERRIBLE

Como tantos otros epítetos, «terrible (*grozny*)» fue



acuñado en el posterior romanticismo, no en el siglo <sup>xvi</sup>. Ni siquiera los más encarnizados opositores rusos de Iván lo utilizaron jamás. De hecho, en el lenguaje de la época, la palabra rusa *grozny* habría significado ‘quien sobrecoge’ («el terrible» es una traducción equivocada) y tenía connotaciones moderadamente positivas. Sea como fuere, la prematura muerte de Vasili en 1533 sentó al niño Iván en el trono del gran príncipe de Moscú y toda la Rus. El gobierno del país exigió la regencia por parte de su madre y varios destacados boyardos. Los grandes clanes boyardos, los Glinski, Shuiski, Belski y Obolenski, compitieron por el poder en la corte y no dudaron en exiliar y asesinar a los perdedores. La muerte de la madre de Iván en 1538 espoleó todavía más las intrigas, y solo el matrimonio y la mayoría de edad del joven príncipe impuso cierta calma en las agitadas aguas.

Poco después de su matrimonio con Anastasia, hija del boyardo Yuri Romanov-Koshkin, Iván fue coronado por Macario, cabeza de la Iglesia como metropolitano de Moscú, en 1547, en la catedral de la Dormición. Macario le coronó no solo como gran príncipe, como su padre, sino también como zar, título que en última instancia deriva de César. Zar era el nombre popular que daban los eslavos a los emperadores romanos y bizantinos, una proclamación de igualdad en rango entre aquellos gobernantes así como con los del Sacro Imperio Romano en el oeste. Zar era también el término ruso para el título del kan de la Horda Dorada y sus sucesores en Crimea, así como el del sultán otomano. Y, todavía más importante, era el apelativo de David y Salomón en el Antiguo Testamento eslavo. Por si a alguien se le escapaba ese detalle, Iván hizo que se decoraran las paredes de las salas de audiencias con escenas del Antiguo

Testamento. Allí, los reyes («zares» para los rusos) del Antiguo Testamento rodeaban a Josué en la conquista de la tierra de Canaán. En adelante, los gobernantes rusos fueron zares, pares del emperador occidental, el sultán y los reyes del Antiguo Testamento.

Así comenzó un reinado de una actividad sin precedentes, que duró 35 años desbordantes de tragedias y victorias, derramamientos de sangre y derrotas. Incansable en la persecución de sus objetivos, Iván dejó su sello en futuras generaciones. Poco después de su coronación, se lanzó a la primera de sus grandes empresas. En los años de la regencia, la influencia de Moscú sobre Kazán se había reducido, permitiendo que esta cayera de nuevo en manos de kanatos hostiles. Iván partió para poner fin a la amenaza e instaurar a un kan favorable a Moscú. Después de varios intentos fallidos de tomar la ciudad, se limitó a anexionársela cuando cayó en manos del ejército ruso en 1552. Iván tenía veintidós años, y no se detuvo allí. Sus ejércitos continuaron Volga abajo hasta Astracán, que ocuparon junto con sus territorios. Estas conquistas originaron una situación novedosa entre los rusos, ya que dentro de sus fronteras nunca había existido un volumen importante de población no cristiana. Tras la captura de Kazán, Iván ordenó a los tártaros que quedaban en la ciudad que abandonaran los muros de la fortaleza, asentando en su lugar a rusos y alzando una catedral. Parte de la elite tártara entró al servicio de los rusos y en su mayoría se convirtieron a la ortodoxia, pero muchos más huyeron a Crimea. El zar enroló a miles de tártaros en su ejército como mercenarios militares. Otros terratenientes menores, ciudadanos y campesinos, así como las otras nacionalidades del kanato –chuvash, mari y udmurt–, obtuvieron un estatus

especial. En lugar de los impuestos habituales, pagaban el *yasak*, una especie de tributo al zar. Más allá de estas medidas, los rusos no hicieron otra cosa por subyugar a los tártaros y a otros pueblos del Volga. No hubo intento alguno de imponer una conversión en masa. Prácticamente, todos los tártaros y baskires seguían siendo musulmanes. Como siempre, acudían a las mezquitas para las oraciones del viernes, enviaban a sus jóvenes a Samarcanda y otras ciudades de Asia central para que adquirieran los conocimientos necesarios para convertirse en imanes, y leían el Corán. No hubo ningún equivalente a la expulsión de los moros de España al final de la Reconquista.

Con Astracán se logró el control de la cuenca entera del Volga y las tierras circundantes. En la década de 1560, los rusos contaban con un fuerte sobre el río Terek, al pie del Cáucaso, que miraba hacia las altas cumbres. Iván estableció relaciones con los montañeses circasianos del Cáucaso, los chechenos y otros pueblos. La conquista del Volga, fundamentalmente una respuesta a la situación local de la frontera con Kazán, colocó a Rusia en una nueva posición sociopolítica. Por primera vez en la historia, su dominio del Volga cortó el acceso de la parte occidental de la estepa euroasiática a su parte principal en el este. Los pueblos nómadas siguieron cruzando el Volga en ambos sentidos hasta el siglo XVIII, pero controlados por Rusia.

En el transcurso de la década de 1550, Iván adquirió experiencia y madurez. En 1553, por ejemplo, sufrió una grave enfermedad y algunos de los boyardos se manifestaron contrarios a aceptar a su hijo como heredero legítimo. Esta crisis pasó y la paz volvió a la corte. Iván gobernó con los boyardos, bajo la influencia de su mentor espiritual Silvestre,

arcipreste de la iglesia de palacio, la catedral de la Anunciación, y su secretario y favorito, Alekséi Adashev, un hombre de bajo rango en la clase de los terratenientes pero competente y capaz de trabajar con los grandes clanes de los boyardos. Al parecer, el zar y su gobierno colaboraban con bastante armonía. Juntos ampliaron el aparato estatal en Moscú y las provincias, y reorganizaron el ejército. La paz duró poco: en 1558, con el objetivo de anexionarse Livonia, el zar Iván inició una guerra que proseguiría tras su muerte y tendría profundos efectos sobre Rusia. En 1558, Livonia era un país en crisis, generada por la Reforma y el fin de la Orden Livona que lo había gobernado desde el siglo XIII. Al disolverse el Estado, varios grupos de caballeros empezaron a dirigirse a las potencias vecinas en busca de apoyo: el primer grupo miró hacia Polonia. Iván ya había formulado demandas sobre la zona basadas en cuestiones dinásticas espurias. De hecho, reclamaba Livonia como tierra de sus ancestros, algo que nunca había sido. En invierno de 1558 decidió realizar un ataque preventivo para contrarrestar una posible implicación de Polonia. El ejército ruso entró en Livonia y ocupó Dorpat (Tartu) y la importante ciudad de Narva, justo al otro lado de la frontera rusa. Estos dos enclaves, y en especial el segundo, eran el objetivo principal de Iván. Posteriormente, en el momento más bajo de su carrera militar, se ofreció a renunciar a todo si se le permitía conservar la ciudad de Narva.

Al principio, la fortuna favoreció a los ejércitos rusos, pero precisamente este éxito despertó, como era inevitable, la oposición de Polonia-Lituania. Mientras los rusos triunfaban y los mercantes ingleses empezaban a llegar a Narva, Iván cultivó la amistad de la reina Isabel de Inglaterra; incluso le

propuso varios planes matrimoniales. Sin embargo, a medida que pasaban los años, Rusia fue incapaz de mantener el necesario esfuerzo militar. El ejército polaco derrotó a los rusos en varias batallas importantes y, para complicar más las cosas, los nobles del norte de Estonia pidieron ayuda a Suecia. Las fuerzas suecas desembarcaron en Reval en 1561, lo que transformó la contienda en una lucha a tres bandas.

En estas circunstancias, la armonía política de la corte rusa empezó a evaporarse. Por lo que se ve, Adashev y Silvestre siempre habían albergado dudas sobre la aventura de Livonia y, a raíz de las derrotas rusas, algunos boyardos, el más importante de los cuales era el príncipe Andréi Kurbski, se trasladaron a Polonia. La mujer de Iván, Anastasia, murió en 1560, e Iván escogió como segunda esposa a la hija del príncipe circasiano Temriuk, que eligió como nombre bautismal María. La muerte del metropolitano Macario en 1563 eliminó la última influencia contemporizadora sobre el zar. Iván comenzó a recelar de los grandes boyardos, que sospechaba eran desleales a su política e incluso a su persona. Hizo ejecutar o exilió a varios de ellos. Muchos, sostenía, se habían mostrado reacios a apoyar a su hijo como heredero del trono cuando había estado enfermo en 1553. En diciembre de 1564, Iván abandonó de repente el Kremlin, llevándose consigo a su familia, sus sirvientes más próximos y dignos de confianza, y el tesoro. Primero viajó al sur, a uno de los pequeños palacios de la periferia, y después se dirigiría hacia el noroeste, rodeando la ciudad e instalándose en Aleksandrovo, una pequeña ciudad a unos 160 kilómetros de Moscú. Permaneció allí varias semanas, sin mantener comunicación alguna con la capital. Entonces, envió un mensajero a Moscú. La noticia debió de estallar como una

bomba entre la población: el zar de toda Rusia, furioso a causa de la traición y las malas artes de los boyardos, anunciaba su abdicación del trono. Solo el populacho de Moscú quedaba libre de sus sospechas: no sentía ira alguna hacia él. Al cabo de unos días, el pueblo y los boyardos, guiados por la Iglesia, enviaron una legación a Aleksandrovo para rogarle que cambiara de opinión. Iván consintió y regresó a Moscú.

El viaje invernal a Aleksandrovo y la vuelta marcaron el inicio de cinco años de derramamiento de sangre y sublevaciones, el periodo que bautizó a Iván para sucesivas generaciones como «el Terrible». La famosa película de 1944 de Sergéi Eisenstein sobre Iván concluía su primera parte precisamente en este momento: la petición del pueblo en Aleksandrovo. El retrato de Eisenstein resulta muy ambiguo, y los historiadores no han dejado de debatir sobre las medidas políticas y la personalidad de Iván. Algunos han sugerido que era un paranoico, pero hay pocos datos para analizar su personalidad. Solo sabemos lo que hizo, no lo que pensaba ni lo que sentía.

A su regreso de Aleksandrovo, Iván dividió el país y el Estado en dos partes, reservándose los ingresos y la administración del norte, Nóvgorod y buena parte del centro de Rusia como su Opríchnina[2]. Se trataba de una porción de territorio separado dentro del Estado, con una Duma de boyardos aparte y un ejército propio. Dejó el resto del país a los boyardos y a la antigua Duma boyarda. En parte una maniobra militar, la Opríchnina sirvió a Iván como base política desde la que atacar a los boyardos que él consideraba indignos de confianza. Las ejecuciones se producían después de terribles torturas, y comunidades enteras, como la de los

terratenientes de la región de Nóvgorod, fueron exiliadas a la frontera del Volga. Las protestas de la Iglesia no sirvieron de nada. En 1568, Iván hizo deponer y poco después matar al metropolitano Felipe. Su cargo y los de sus defensores fueron a parar a eclesiásticos complacientes. Algunos líderes de la Opríchnina fueron asesinados y en 1570 Iván hizo ejecutar a casi 2.000 personas en Nóvgorod, entre ellas nobles y gente de la ciudad. En 1572, tan repentinamente como había comenzado, prescindió de esta política, prohibiendo incluso el uso del término Opríchnina.

Con la desaparición de la Opríchnina, la política interior Rusa quedó relativamente en calma, una calma solo interrumpida por extraños episodios como la abdicación temporal de Iván en 1575 a favor de Simeón Bekbulatovich, vástago de kanes de Astracán que se habían convertido a la ortodoxia, o la muerte del heredero de Iván, Iván Ivánovich, en 1581. La historia, quizá cierta, dice que el zar Iván golpeó a su hijo en un ataque de ira y el heredero murió allí mismo. Cuando su vida se aproximaba a su fin, Iván compiló largas listas de sus víctimas y envió grandes regalos a los monasterios con instrucciones de que rezaran por el alma de quienes habían perecido por orden suya. La guerra en Livonia se había estancado, pero Esteban Báthory, el recién elegido rey de Polonia, consiguió expulsar a los rusos y dividirse Livonia con Suecia en 1580. El único triunfo de Iván fue el subsiguiente fracaso de Báthory al intentar tomar Pskov tras un largo asedio.

Iván murió en 1584 mientras jugaba al ajedrez en el palacio del Krem lin. No había obtenido nada palpable de su guerra con Livonia, salvo un país arruinado por los excesivos impuestos necesarios para financiar una campaña fallida. Sus

éxitos previos quedaron ensombrecidos por el de sorden y el derramamiento de sangre de los años de Opríchnina, aunque sus conquistas en el Volga fueron una adquisición permanente y crucial. En los últimos años de la vida de Iván, otra expedición muy distinta amplió todavía más los límites de Rusia. En 1582-1583, el cosaco Yermak, animado más por los Stroganov que por Iván, cruzó los Urales hasta el oeste de Siberia, siguiendo el curso de los ríos hasta la capital del kanato tártaro de Siberia. Allí, unos cuantos miles de tártaros gobernaban otros pueblos nativos de los Urales y las regiones subárticas. Yermak tomó la ciudad, estableció un fuerte en las inmediaciones que se llamaría Tobolsk, y proclamó el dominio ruso en nombre del zar. Iván y sus sucesores se apresuraron a mandar una pequeña guarnición y un gobernador, y el tercio occidental de Siberia pasó a sus manos. Rusia se extendió luego hacia el este, hasta la longitud del Karachi actual, y en la década de 1640, ulteriores exploraciones y conquistas expandieron Rusia hasta el océano Pacífico. La verdadera importancia de esto se apreciaría más adelante, pero entonces pareció una fuente inagotable de abastecimiento de pieles de marta y otros animales que vender a holandeses e ingleses, todo ello con grandes beneficios para los comerciantes del norte de Rusia y la tesorería del zar.

#### EL PERIODO TUMULTUOSO

A la muerte de Iván, el país se recuperaba lentamente de los desastres de los últimos 25 años de su reinado. Le habían sobrevivido dos hijos, el mayor, Fiódor, de Anastasia, y Dimitri (nacido en 1582), de su cuarta esposa, María Nagaia. Fiódor, que al parecer padecía ciertas limitaciones tanto en su capacitación como en su salud, fue desposado con Irina



Godunov, la hermana de Borís Godunov, un boyardo que había ascendido desde sus orígenes modestos en la clase terrateniente, pasando por la Opríchnina. Con la llegada de su cuñado al poder, Borís estaba en posición de convertirse en la personalidad dominante del entorno del zar. Primero, sin embargo, tenía que librarse de poderosos boyardos rivales que veían la posibilidad de recuperar su posición en la corte. De hecho, prácticamente todos los clanes boyardos que habían sufrido bajo el reinado de Iván regresaron a la Duma al comenzar el reinado de Fiódor, si es que no lo habían hecho ya. Borís no perdió el tiempo a la hora de marginarlos uno tras otro, obligando a algunos de ellos a exiliarse. Su segundo problema era la presencia del zarévich Dimitri, ya que Fiódor e Irina solo habían tenido una hija, que había muerto siendo una niña. Borís había hecho venir a médicos de los Países Bajos para examinar a Irina, pero sin resultado. Tras la muerte de Fiódor, el trono pasaría presumiblemente a Dimitri, pero en 1911 murió, se supone que al apuñalarse por accidente con una espada de juguete. Esa fue la conclusión de la investigación oficial. Por supuesto, persistió el rumor de que Borís había ordenado su muerte en secreto y el misterio ha quedado sin respuesta hasta el presente. Desde luego, la muerte de Dimitri hizo posible todo lo que aconteció después.

En 1598, murió el zar Fiódor. Bajo la guía de Godunov, su reinado había tenido cierto éxito. Una breve guerra con Suecia recuperó el territorio originalmente ruso del golfo de Finlandia, perdido en la Guerra Livona. Este resultado no afectó a la propia Livonia, pero al menos Rusia había recuperado el estatus previo a 1558. El gobierno de Godunov también reforzó la presencia de la Iglesia. Convenció a los

patriarcas ortodoxos griegos no solo de que reconocieran la autocefalia, sino también de que otorgaran al metropolitano de Moscú el título de patriarca en 1588-1589. Mucho más importantes, de hecho trascendentales, fueron a la larga los cambios en la sociedad rural rusa. Pese a la ampliación de territorios en el sur y al floreciente comercio, Rusia incorporó una nueva y ominosa institución: la servidumbre del campesinado. Prácticamente todos los campesinos del centro y el noroeste de Rusia perdieron su libertad. A finales del siglo XVI, se convirtieron en esclavos de la clase que ostentaba el poder: grandes terratenientes boyardos, pequeños terratenientes, así como la Iglesia. La ley rusa nunca definió los detalles del estatus del siervo, excepto por la salvedad de que sus propietarios podrían recobrarlos si huían. Al principio, este derecho del propietario solo permanecía vigente unos cuantos años, pero a partir de 1649 se convirtió en perpetuo. Otras relaciones entre amo y siervo pertenecían al ámbito de las costumbres. Los campesinos pagaban una renta, como habían venido haciendo antes, en especie o en moneda, pero los servicios laborales se convirtieron también, durante un tiempo, en algo casi universal. Por fortuna para los campesinos, la mayoría de los señores estaban muy lejos, en las ciudades o en el propio Moscú, y solo los grandes boyardos podían permitirse numerosos administradores para sus propiedades. La ausencia de los amos en el lugar de residencia permitía a la comunidad de la aldea gestionar por sí misma los pagos y la administración, así como la mayoría de los demás asuntos. No obstante, los siervos quedaban bajo la bota del señor cada vez que este decidía ejercer su poder. En el norte y en las fronteras este y sur, donde había pocos o ningún señor, los aldeanos –alrededor del 25 por 100 del

campesinado ruso— eran libres, pero hasta ellos tenían miedo al futuro.

Con Fiódor muerto, Borís estaba empeñado en hacerse con todo el poder. La desaparición de todos los herederos de Iván había puesto fin a la dinastía que había reinado desde los tiempos del rey Vladímir de Kiev. Había otros príncipes del linaje de Rurik, pero en vez de sumergirse en la genealogía en busca de un heredero, la elite rusa optó por elegir un nuevo zar. El patriarca convocó una Asamblea Nacional, que incluía a los boyardos, clérigos mayores, representantes de los terratenientes de provincias y comerciantes de Moscú. Había varios candidatos posibles entre los boyardos, incluido el clan Romanov, boyardos prominentes durante dos siglos y parientes de la primera esposa de Iván el Terrible, Anastasia, y el zar Fiódor. Borís consiguió reunir apoyos suficientes entre la Duma, la Iglesia y otros círculos para respaldar su candidatura, y la Asamblea Nacional no tardó en proclamar a Borís Godunov zar de toda Rusia.

Como se pudo ver después, fue una victoria vana. Entre sus primeras acciones estuvo exiliar a los Romanov y a sus aliados. Ordenó a Fiódor Nikitich, cabeza de los Romanov, hacer votos monásticos, eliminándolo de la política, y obligó a la esposa de Fiódor a entrar en un convento. Pronto, la Duma estuvo integrada únicamente por parientes y partidarios de Borís y otros cuantos demasiado tímidos o asustados para oponerse a él. Borís habría podido esperar a que las intrigas siguieran su curso y conseguir finalmente una corte más armoniosa, pero no tuvo ocasión de hacerlo. A comienzos de la década de 1600, se produjo una gran hambruna que acarreó miseria y malestar. Los campesinos

libres y los cosacos de la frontera sur empezaron a soliviantarse. A continuación, apareció un nuevo elemento en la persona de Grishka Otrepiev, un monje secularizado de una familia de pequeños terratenientes. Afirmaba ser el zarévich Dimitri, que milagrosamente había escapado de la muerte y había permanecido oculto desde 1591. Otrepiev había visitado Polonia unos años antes y realizado allí la misma demanda. Convenció al poderoso magnate Jerzy Mniszech de sus posibilidades y se casó con la hija de este, Marina. Otrepiev organizó un ejército de nobles polacos, descontentos con su propio rey y listos para la aventura, que cruzó a Rusia en 1604. Los logros fueron escasos al principio, aparte de animar a algunos cosacos y campesinos locales a seguirle. Borís envió un ejército para capturar al aspirante al trono, pero, a comienzos de 1605, los jefes militares se pasaron al bando del «Falso» Dimitri, como fue conocido a partir de entonces. Borís tenía aún muchos recursos que explotar, pero su repentina muerte lo trastocó todo. El camino a Moscú quedó expedito. En junio de 1605, Grishka Otrepiev entró en el Kremlin como el zar Dimitri, con un séquito de polacos y el respaldo de muchos boyardos rusos, además del de los cosacos, muchos de ellos simples bandidos locales. La historia de Borís induciría tanto a Pushkin como a Músorgski a niveles artísticos aún más elevados, pero para su coetáneos, su reinado inauguró una década y media de agitación y guerra, el Periodo Tumultuoso.

El Periodo Tumultuoso (*smuta* o ‘confusión’) fue resultado de la aceleración y la inusual violencia de las batallas entre facciones en la corte del zar tras la muerte de Iván IV junto con las rebeliones de los cosa cos y los campesinos. Estas revueltas agrarias se centraron a lo largo de

la frontera sur, ya que los nuevos colonos provenían de aldeas del interior donde el campesinado había sido recientemente sometido a la servidumbre. En el sur, los campesinos y los cosacos seguían siendo libres, pero tenían razones para creer que no tardarían en encontrarse de nuevo en el papel de siervos. Pare empeorar las cosas, muchos de los nuevos caballeros terratenientes del sur, asentados allí para contar con caballería en la frontera, estaban también descontentos, temerosos de caer en el campesinado y convencidos de que la política del Estado favorecía a los boyardos y no a ellos. Estos dos conflictos en lo más alto y lo más bajo de la sociedad rusa no fueron las únicas causas de los problemas, ya que el resultado de los acontecimientos iniciales fue el colapso generalizado del orden en la sociedad rusa. El gobierno central perdió el control de la situación y se dejó a las provincias a su suerte, algunas de las cuales optaron por obedecer las órdenes enviadas desde Moscú, y otras por no hacerlo. Los gobernadores no tardaron en comprobar que, incluso con cierto grado de respaldo local, se habían quedado solos, y fueron improvisando lo mejor que supieron. El país empezó a verse recorrido por bandas armadas, incluyendo algunos polacos y ucranianos que habían llegado a Rusia con Dmitri y algunos cosacos rusos, muchos de ellos simples bandidos locales. En Moscú, diversos gobiernos efímeros intentaron organizar un ejército para controlar la situación, pero sin éxito.

El reinado del «zar Dimitri» fue corto. En el plazo de un año, la población de Moscú se rebeló y tomó al asalto el Kremlin, despedazando al pretendiente y matando a muchos de sus seguidores. Quemaron su cuerpo y dispararon los restos con un cañón apuntado hacia Polonia. Marina salvó su vida

ocultándose bajo la falda de una de sus camareras, pero no tardó en ser capturada. Detrás del motín estaban el príncipe Vasili Shuiski y otros boyardos. Vasili ascendió al trono en mayo de 1606 con ayuda de un pequeño grupo de boyardos. Esto no hizo más que ahondar el caos, ya que estalló una vasta rebelión campesina en el sur del país y surgieron nuevos aspirantes al trono. Después de que Vasili consiguiera derrotar a los campesinos al año siguiente, el «ladrón de Tushino», otro impostor, fijó su residencia en la aldea de ese nombre, al oeste de Moscú, y sometió a asedio la capital. Marina Mniszech y su padre aparecieron en el campamento de Tushino y fingieron reconocerle como el auténtico zar Dimitri, de nuevo milagrosamente salvado de la muerte. El ladrón de Tushino había dejado de ser un simple campesino rebelde, ya que contaba con el respaldo de varios regimientos polacos y había atraído a su campo a varios boyardos rusos. La elite estaba dividida otra vez, y para empeorar aún más las cosas, el rey Segismundo de Polonia se presentó ante Smolensko con un enorme ejército. Desesperado, Vasili Shuiski recurrió a Suecia, con la que firmó un tratado en 1609. El pacto puso en sus manos el ejército mercenario que buscaba, aunque bajo mando sueco. A cambio, tuvo que ceder el territorio ruso del golfo de Finlandia a su nuevo aliado. Los polacos derrotaron al ejército ruso y a los mercenarios suecos, que se pasaron al bando de Segismundo. El régimen de Shuiski se derrumbó en 1610 y siete boyardos establecieron un gobierno provisional en Moscú. Muchos de los boyardos y nobles, conscientes del poderío polaco, decidieron respaldar la candidatura de Vladislav, hijo de Segismundo, al trono de Rusia. Las negociaciones con el rey de Polonia fueron haciéndose más difíciles para los boyardos

rusos y algunos se resistieron a aceptar sus condiciones. Segismundo respondió encarcelándolos. El ejército polaco ocupó Moscú, mientras la anarquía reinante llegaba a su apogeo. El ejército del rey se limitó a agregar sus fuerzas a las ya numerosas bandas polacas de soldados, que vagaban por el campo compitiendo por el botín con cada vez más cosacos rusos, campesinos rebeldes y simples bandidos. Para la población, era difícil distinguirlos, ya que sus objetivos y métodos eran esencialmente los mismos. En muchas zonas, los habitantes huyeron al bosque o más allá en busca de seguridad.

Algunas áreas del país se opusieron al régimen patrocinado por Polonia. El monasterio de la Trinidad soportó meses de asedio antes que reconocer el nuevo orden en Moscú. El Volga y el norte empezaron a unirse con el beneplácito y apoyo de la Iglesia. En Nizhni Nóvgorod y otros lugares, el comerciante Kuzmá Minin y los señores locales organizaron un ejército de voluntarios y un gobierno provisional. En el verano de 1612, el ejército al mando del príncipe Dimitri Pozharski poseía la fuerza suficiente como para moverse hacia Moscú. En octubre, derrotó a los polacos ante los muros de la ciudad y accedió al Kremlin. Mientras la guerra y la anarquía seguían imperando, los líderes del ejército, los restantes boyardos y la alta clerecía convocaron una Asamblea Nacional para elegir un nuevo zar. Una vez más, rechazaron el principio dinástico a favor del consenso de la elite y la población en su conjunto. Los cosacos se mostraron especialmente elocuentes y la elección recayó en Miguel Romanov, de dieciséis años de edad e hijo del antiguo enemigo de Borís Godunov, Fiódor Romanov, que se había convertido en el monje Filaret. El zar Miguel fue coronado en

julio de 1613. Dado que su padre, Filaret, estaba encerrado en Polonia, el liderazgo del gobierno recayó en la madre de Miguel, la monja Marfa, y sus parientes, favoritos y los boyardos que habían respaldado a Minin y Pozharski. Hicieron falta cinco años más para derrotar a los polacos y expulsar a los suecos de Nóvgorod y el noroeste. En el sur, la rebelión fue apagándose muy lentamente. La primera esposa del falso Dimitri, Marina, se asoció con el jefe cosaco Iván Zarutski, y ambos mantuvieron aterrorizada a la población del bajo Volga durante años hasta que el nuevo ejército del zar los derrotó finalmente y ejecutó a Zarutski. Marina moriría al poco tiempo en la cárcel. La sociedad rusa había sido aplastada, Smolensko había pasado a manos polacas y la costa rusa del golfo de Finlandia había sido cedida a Suecia en Stolbovo en 1617. Regiones enormes quedaron devastadas y despobladas. El Periodo Tumultuoso, no obstante, había llegado a su fin, dando paso a una nueva era.

[1] De *okolo*, ‘alrededor’, ‘próximo’; es decir, alguien «en torno» a la persona del príncipe.

[2] Del ruso antiguo *oprish*, que significa ‘separar’ o ‘apartar de’.



## Consolidación y revuelta

El final del Periodo Tumultuoso trajo a Rusia paz y una nueva dinastía de zares, que permanecería en el trono hasta 1917. En las décadas siguientes, se produjo la restauración del orden social y político que habían existido antes, por lo que Rusia presentaba un aspecto muy similar al que tenía el día que la Asamblea Nacional había elegido zar a Borís Godunov. Pero bajo la superficie de las costumbres e instituciones recuperadas, se agrupaban a toda velocidad anteriores tendencias, y aparecieron nuevos cambios. La servidumbre constituía un marco rígido que determinaba la vida de la mayoría de los rusos. Retardó, pero no impidió, las transformaciones económicas y el crecimiento. En el otro extremo de la sociedad rusa, en la corte y entre los altos sacerdotes, se estaban produciendo alteraciones con respecto a los sentimientos religiosos y a la cultura que habrían de tener efectos a largo plazo.

El rápido aumento de la población significaba una mayor prosperidad, e hizo que Rusia absorbiera y conservara sus nuevas adquisiciones en Siberia y las estepas del sur. Su creciente incorporación a los florecientes mercados europeos representaba riqueza para los comerciantes y los habitantes de las ciudades. La reconstrucción del gobierno no fue una simple restauración del antiguo sistema y las viejas instituciones. El chirriante aparato de los despachos del Estado en Moscú consiguió a duras penas mantener el control sobre un área enorme con una población indómita. Ese control, en el contexto ruso, era siempre algo relativo, ya que este fue también el siglo «rebelde» de la historia rusa: no solo

por el Periodo Tumultuoso, sino por las revueltas urbanas en Moscú y otros lugares, la primera gran rebelión de los cosacos y campesinos del legendario Stenka Razin, y las sublevaciones, políticamente cruciales, de los mosqueteros a finales del siglo. En todos los casos, sin embargo, las autoridades consiguieron reinstaurar el orden y, a partir de 1613, el Estado se estabilizó.

A largo plazo, los cambios culturales fueron más importantes que el crecimiento económico o el triunfo político. Es difícil describirlos, ya que carecen del dramatismo de la posterior transformación a manos de Pedro, y estaban dentro de los límites de una cultura predominantemente ortodoxa. Estos cambios en el seno de la ortodoxia, que fueron una respuesta a las necesidades religiosas, sociales y políticas de los rusos, llegaron gracias a una íntima integración con la Iglesia ortodoxa de Kiev, a través de clérigos y monjes fundamentalmente ucranianos, y de los libros y las nuevas ideas que llevaron consigo a Moscú. Durante medio siglo, desde la década de 1630 a la de 1690, Kiev fue un centro de gran influencia sobre el pensamiento y la vida rusos. Al mismo tiempo, los acontecimientos políticos en Polonia —la revuelta de los cosacos ucranianos— desembocaron en una guerra y, en última instancia, el equilibrio político del este de Europa se decantó a favor de Rusia. La política y la cultura de Polonia y sus pueblos serían cruciales para los asuntos rusos durante la mayor parte del siglo XVII.

Ninguno de estos cambios a mejor fue visible en los años inmediatamente posteriores a 1613 en la corte del primer Romanov, el zar Miguel (1613-1645). Este reanudó los nombramientos a la Duma y otros cargos según el sistema

de precedencia, como habían hecho sus antecesores. La corte no era exactamente la misma, ya que la experiencia del Periodo Tumultuoso había enseñado a los boyardos la necesidad de un consenso. Durante 60 años, las intrigas cortesanas carecieron de la naturaleza desesperada y asesina que había dejado su marca en el siglo previo. El padre de Miguel, Filaret, regresó de la cautividad en Polonia en 1619 y fue elegido de inmediato patriarca de la Iglesia. En pocos años fue el gobernador de facto, cosoberano junto con su hijo. El principal empeño de Filaret era vengarse de Polonia, objetivo que los boyardos no compartían. En 1632 intentó recuperar Smolensko mediante regimientos de mercenarios contratados en Europa occidental. La guerra fue un desastre y Filaret murió en 1633, lo que permitió a su hijo y a los boyardos poner fin al conflicto. El zar Miguel, que pudo gobernar sin la supervisión de su padre, centró su atención en otros temas.

La restauración del orden y la paz también permitió la recuperación del campo. A la muerte de Miguel, había quedado reparado la mayor parte del daño producido en el Periodo Tumultuoso. El gran logro de su reinado fue la construcción de varias líneas de fortalezas en los principales cursos fluviales y en las colinas a lo largo de la frontera sur. En los bosques que se extendían entre los fortines, se talaban los árboles y se dejaban enredados en el suelo para impedir el paso a la caballería tártara. Las defensas fueron una gigantesca empresa, que recorría más de 1.600 kilómetros desde la frontera polaca hasta los Urales. Su propósito, impedir las incursiones de los tártaros, funcionó lo suficientemente bien como para permitir al campesinado y a los pequeños terratenientes mudarse al sur y cultivar por

primera vez grandes extensiones de la rica tierra negra de las estepas. El zar entregó tierras a los soldados-colonos para mantener la línea de fortificaciones. A lo largo de la hilera de fortalezas, se desarrolló toda una nueva sociedad de pequeños propietarios y campesinos-soldados. Más allá, en plena estepa frente a los tártaros, estaban los cosacos junto a los ríos del sur, el Don, el Volga y el Iaik más al este. 100 años después de las conquistas de Iván el Terrible, la estepa septentrional empezó al fin a aportar riqueza y poder a Rusia.

El siglo XVII fue también el primer siglo de servidumbre, de principio a fin, pero tanto la agricultura como la población rusa se recuperaron con rapidez del Periodo Tumultuoso y el comercio floreció. La reocupación de las áreas devastadas permitió alimentar a una población en expansión, y a lo largo del siglo, pese al aumento generalizado de los precios en Europa y la demanda creciente, el coste de los alimentos en Rusia permaneció prácticamente fijo. Sabemos poco sobre la vida del campesino ruso en estas fechas más allá de estos datos generales, pero, al parecer, la comunidad aldeana, tal como la conocemos más tarde, había tomado ya forma al acabar el siglo. Los campesinos de las aldeas mantenían las tierras de su señor, y ellos mismos se encargaban de distribuir las entre las familias. El artesanado se extendió, no solo en las ciudades sino incluso en las aldeas. Al acabar el siglo, hombres cuyo estatus legal era el de siervos empezaron a incorporarse a las filas de los comerciantes y empresarios. Siberia era controlada por Rusia como nunca hasta entonces y la frontera con China, situada a lo largo del río Amur, quedó definida por un tratado de 1689. Todos los años visitaba Moscú una modesta caravana de mercancías chinas, que a lo largo de los años aportó beneficios tanto a los

mercaderes como a los zares.

El incremento de la población, el comercio y el Estado hicieron que Moscú se convirtiera rápidamente en una gran ciudad. A mediados del siglo XVII, en el interior de la ciudad vivían alrededor de 100.000 habitantes. La mitad de estos moscovitas formaban parte del ejército o del complejo palaciego: los soldados de los regimientos de elite de los mosqueteros (entre 10.000 y 15.000), sus familias y los sirvientes y empleados de la casa real. Estos servidores palaciegos formaban barriadas enteras, que abastecían al zar de telas y de cuberterías de plata, cuidaban de sus centenares de caballos y cocinaban la comida de sus gigantescos banquetes. Varios miles de moscovitas eran siervos de los grandes aristócratas, los más ricos de los cuales albergaban a varios cientos en sus casas de Moscú en 1650. La otra mitad de los habitantes constituía la auténtica población urbana, comerciantes e innumerables artesanos de todo tipo, junto con los clérigos, los trabajadores asalariados, los pordioseros y toda la diversidad de gentes que vivían en una gran ciudad. Habitaban en calles estrechas y tortuosas con casas de madera, que hacían a la ciudad vulnerable a frecuentes incendios. Solo las iglesias más importantes eran de piedra, y únicamente los boyardos y unos cuantos altos funcionarios o comerciantes se hacían construir casas de piedra o ladrillo. Estas viviendas, situadas en el fondo de patios rodeados por altas vallas de madera, disponían de establos y almacenes repletos de alimentos y bebidas traídos del campo por los sirvientes del amo. Los boyardos levantaban sus casas siguiendo la norma tradicional rusa, no la europea, y las dividían en alojamientos para mujeres y para hombres.

Fuera de los muros de la ciudad, al noroeste, había todo

un asentamiento de extranjeros, el «suburbio alemán», compuesto por comerciantes, oficiales mercenarios y muchos otros que cubrían sus necesidades. Establecido en 1652 por iniciativa de la Iglesia, que temía la corrupción extranjera, el suburbio alemán era una réplica a pequeña escala del norte de Europa, con una iglesia luterana de ladrillo que tenía una torre de techo puntiagudo, calles regulares con casas de ladrillo, tabernas y una escuela. Los «alemanes» (entre los que había también holandeses, ingleses y escoceses) eran los extranjeros más numerosos, y finalmente serían los más importantes, pero Moscú era una ciudad bastante cosmopolita. Los monjes y sacerdotes ucranianos, que llevaron una nueva variante de la ortodoxia a Rusia, encontraron un hogar en las iglesias y monasterios moscovitas. Los griegos tenían también su propio monasterio, y los comerciantes de esa nacionalidad se mezclaban con armenios y georgianos del Cáucaso. Otros pueblos más exóticos provenían de las fronteras del sur y de más al este: circasianos que servían al zar, kalmukos y baskires, que traían cada año enormes manadas de caballos para vender, todo tipo de tártaros e incluso «tadzhiks», los comerciantes de Chiva y Bujará procedentes de la lejana Asia central.

La prosperidad económica llegó de la mano de la recuperación y el desarrollo del Estado. A finales de siglo, había ya en las docenas de despachos varios cientos de funcionarios, que intentaban administrar el vasto territorio de Rusia. Habían desarrollado complejos procedimientos y prácticas, mantenían registro de los decretos del zar que definían su cometido y anotaban sus propias decisiones en innumerables rollos de papel almacenados en los archivos. Como la mayoría de los Estados modernos jóvenes, la

administración rusa se centraba en la recolección de impuestos, la administración de justicia y (cuando era necesario) el reclutamiento militar. En las condiciones de Rusia, eran tareas un tanto intimidantes. Para recaudar impuestos entre los campesinos, Moscú intentó averiguar y registrar cuánta tierra poseía cada casa y la calidad de su suelo. Las autoridades centrales contaban con recursos para supervisar a la población con fines fiscales cada 15 o 20 años en el mejor de los casos, y no del modo más eficiente. Dada la escasez de administradores locales, Moscú enviaba a sus funcionarios a unos cuantos centros de distrito, confiando en que los terratenientes y los ancianos le proporcionaran información sobre cada aldea y cada propiedad familiar. Es evidente que todo el mundo, terratenientes y campesinos por igual, tenían interés en infravalorar sus propiedades, y los recaudadores solo podían inspeccionarlas en los casos más evidentes de evasión. Eran los ancianos de las aldeas quienes entregaban los impuestos, muchos de los cuales se seguían pagando en especie. La única fuente garantizada de ingresos era el monopolio del zar sobre la venta de vodka y otras bebidas alcohólicas, ya que eran recaudados en ciudades y mercados y a menudo se vendían a gra nel a comerciantes y otros empresarios.

No resultaban más sencillos los intentos de administrar justicia. La Rusia anterior a Pedro no era un territorio sin ley arbitrariamente gobernado, como con frecuencia la retrataron posteriores liberales. En realidad, los funcionarios de las oficinas de Moscú que administraban justicia pecaban de pura pedantería legal, tanto o más que de arbitrariedad. Se ajustaban al Código Legal de 1649, el mismo que seguían en las provincias tanto los funcionarios como los pequeños

terratenedores. El principal problema era que los despachos de Moscú (y después el zar) eran los únicos tribunales para la mayoría de las causas. La vida de estos gobernadores no era fácil: en buena medida, ellos y sus escasos subordinados dependían de la opinión de los vecinos del acusado y la víctima para encontrar pruebas en la investigación de casos criminales. Se esperaba de los gobernantes provinciales que controlaran áreas del tamaño de pequeños países europeos con un puñado de ayudantes y, a todos los efectos, ninguna fuerza militar. Moscú solamente destinaba funcionarios y soldados para gestionar con eficacia las fronteras más lejanas y mantener en ellas el orden. Aunque los gobernadores locales y las oficinas centrales intentaban ofrecer un tribunal de primera instancia para disputas sobre la propiedad de tierras y casos relacionados con grandes crímenes, la falta de funcionarios fuera de Moscú y de unas cuantas capitales de provincia situadas en zonas fronterizas, forzaba al gobierno a depender de la cooperación de los habitantes locales, con resultados variopintos. Incluso con mano de obra extra, las fronteras remotas seguían siendo difíciles de controlar y a menudo las consecuencias eran desastrosas.

A la muerte de Miguel en 1645, los boyardos y la clerecía proclamaron a toda prisa a su hijo mayor, Alekséi Mijaílovich, como su sucesor. Nuevamente, se trataba de un zar joven: tenía solo dieciséis años, dado que había nacido en 1629. Durante la primera década, aproximadamente, la constelación de boyardos que le rodeaba determinó el desarrollo de los acontecimientos. Alekséi se casó con María, hija de Ilyá Milovslavs ki, aliado del tutor del zar, el poderoso boyardo Borís Morózov. Morózov, a su vez, se casó con la hermana de María, consolidando su posición en la corte y su



influencia sobre el joven zar. El sistema impositivo de Morózov, que implicaba sustituir el impuesto sobre la sal por los habituales impuestos sobre la venta, no tardó en generar una crisis. En julio de 1648, los moscovitas se rebelaron, mataron a varios boyardos importantes y exigieron la cabeza de Morózov. Alekséi consiguió salvarle y la revuelta se fue apaciguando. Parte del compromiso resultante fue una renovada Asamblea Nacional para confirmar un nuevo Código Legal: en 1649, las imprentas publicaron la primera compilación legislativa de Rusia, el Código de 1649. Morózov retornó a la corte, pero fue Ilyá Miloslavski, el suegro de Alekséi, un hombre a que el zar temía más que amaba, quien asumió el poder. Poco después, Miloslavski encontró un adversario en el patriarca Nikón, que ascendió al trono patriarcal en 1652. Emprendió cambios en la Iglesia que conducirían a un cisma, pero su rol político no desmerecía del eclesiástico. Rusia se enfrentaba a una nueva crisis, en esta ocasión una crisis exterior.

Rusia no era el único país que defendía sus fronteras mediante bandas de cosacos. También Polonia-Lituania mantenía fuerzas irregulares en el río Dniéper frente a Crimea. Los cosacos se asentaron en las islas que había más abajo de los rápidos (Zaporoski). Estos cosacos zaporogos eran en origen campesinos ucranianos, por tanto, de religión ortodoxa. Habían llegado a la frontera huyendo de la servidumbre impuesta, aunque en este caso huían también de la opresión religiosa: la, en general, tolerante Polonia no hacía extensiva esta actitud a los ortodoxos. La jerarquía ortodoxa en Polonia-Lituania se rindió a Roma en 1596 y se instauró una nueva fe, la de los Uniates, sobre la base de la anterior Iglesia católica. El rey declaró ilegal la ortodoxia, confiscó los

edificios de esta creencia y se los entregó a los Uniates. En 1632, un nuevo rey polaco derogó en parte la política de su padre. Hizo público un compromiso que permitía la presencia de un metropolitano en Kiev y el culto ortodoxo en algunas áreas. No fue suficiente, sin embargo, porque los campesinos ucranianos, convertidos en siervos, consideraban opresores políticos, además de sociales, a sus amos, fundamentalmente polacos. En el invierno de 1648, los cosacos ucranianos eligieron como hetmán (comandante) a un noble poco destacado llamado Bohdan Jmelnyski. Su hueste cosaca empezó a avanzar hacia el noroeste desde Zaporoski, proclamando su liberación de la opresión religiosa y de otros tipos. El ejército polaco, organizado a toda prisa, fue aniquilado por completo. Las tierras ucranianas se alzaron en masa; tanto campesinos como cosacos mataron y exiliaron a los señores polacos, a los Uniates y a los judíos.

Jmelnyski estaba en condiciones de derrotar al ejército del rey en el campo de batalla, pero sabía que pronto necesitaría aliados. Inicialmente, buscó el respaldo de Crimea, pero era una alianza difícil de mantener porque los intereses de ambos eran muy diferentes. El hetmán se dirigió entonces al zar Alekséi, rogándole que apoyara a sus hermanos ortodoxos. El mensaje no fue bien recibido en Moscú. Los emisarios de los cosacos ucranianos llegaron poco después de la revuelta de 1648, y ni el zar ni los boyardos tenían el menor deseo de ayudar a campesinos rebeldes de países vecinos. Además, tanto el zar Miguel (en sus últimos años) como su hijo Alekséi pretendían alcanzar un acuerdo con Polonia para forjar una alianza contra Crimea. Durante cinco años, mientras ofrecía vagas promesas a los cosacos, el zar tanteaba al rey polaco. En la primavera de 1653, el hetmán

volvió a mandar embajadores a Moscú y propuso a Alekséi el dominio sobre la hueste de cosacos ucranianos. Esta vez el zar aceptó, al parecer por consejo del patriarca Nikón. En enero de 1654, una embajada del zar firmó un acuerdo en Pereiaslav, Ucrania, con el hetmán: colocaba a los cosacos «bajo su alta mano», reafirmando al mismo tiempo su recién ganada autonomía, ahora en el seno de Rusia. Mediante este pacto, Rusia también se comprometía a entrar en guerra con Polonia, un conflicto que modificó radicalmente el equilibrio del poder en Europa del Este.

La guerra habría de durar 13 años, hasta 1667. Alekséi disponía de un nuevo ejército, ya que había contratado a oficiales occidentales para crear regimientos de soldados rusos según el modelo europeo. En los primeros años de la contienda, el ejército ruso recuperó rápidamente Smolensko y llegó hasta Vilna. Tras considerables tiras y aflojas, y la muerte de Jmelnyski, Rusia y Polonia firmaron un tratado en 1667. Polonia recuperaba territorio, pero se trataba de una clara victoria para Rusia: Smolensko siguió siendo rusa y la Ucrania al este del Dniéper, incluyendo Kiev, continuó formando parte del hetmanato autónomo bajo el zar. Aunque los rusos aún no se habían dado cuenta, Polonia había dejado de ser la gran potencia de Europa del Este. La sublevación de los cosacos y la guerra habían causado demasiado daño al tejido social y político del Estado polaco-lituano. Su economía y su población permanecieron estancadas durante los siguientes 100 años, dejando el campo libre a los rusos.

Rusia no salió del todo indemne. Durante la guerra, se produjo una adulteración de la moneda de plata con monedas de cobre, lo que provocó la «revuelta del cobre» del pueblo moscovita en 1662. Para restaurar el orden, el zar

tuvo que recurrir a los regimientos de infantería al nuevo estilo bajo el mando de oficiales mercenarios extranjeros. Mucho más grave fue la agitación en el Don, que culminó en la gran rebelión de los cosacos en Stenka Razin en 1670. Los sucesos en Rusia, similares en algunos aspectos a la revuelta ucraniana, carecían del componente religioso o étnico; de hecho, muchos de los pueblos nativos de la frontera sur se unieron a Razin. Además, los cosacos rusos eran más plebeyos que los ucranianos, entre cuyos líderes había nobles. Sembraron el terror en la corte del zar, se apoderaron de Astracán y otras ciudades del Volga masacrando a nobles y oficiales por igual. En 1671, los ejércitos zaristas derrotaron finalmente a Razin, lo capturaron y lo llevaron a Moscú, donde fue ejecutado. Como demostró la revuelta, la expansión hacia la estepa sur supuso una enorme ampliación del territorio ruso, de su potencial agrícola, su población y su poder, pero también añadió tensiones a la sociedad rusa.

La estepa del sur y sus habitantes solo eran una parte del amplio conjunto de territorios y pueblos que hicieron de Rusia una sociedad cada vez más multinacional. El territorio cedido a los suecos en 1619 había supuesto la pérdida de algunos grupos finlandeses menores, los ingrianos y carelianos, que habían ocupado parte de la región de Nóvgorod desde que existía historia escrita. Los intentos de los suecos de convertir a los ortodoxos carelianos a la fe luterana y la llegada de terratenientes suecos a aldeas de campesinos libres trajeron consigo una importante migración a través de las fronteras rusas hacia las tierras en torno al lago Onega e incluso hacia el sur, hasta Tver. Los ugrofineses continuaron viviendo en zonas del norte de Rusia, pero hasta 1654 las localidades rusas más pobladas incluían a tártaros, baskires,

chuvash y otros pueblos del Volga, incorporados al dominio ruso en el siglo <sup>xvi</sup>. Seguían manteniendo un estatus diferente: pagaban el *yasak*, en vez de los impuestos rusos habituales. Esta condición propia continuó tras la imposición de la servidumbre, con la paradójica consecuencia de que el campesinado tártaro no fue sometido a ella. Las autoridades rusas aceptaban, aunque no favorecían, el islam, y no pusieron en marcha campañas organizadas de conversión. Los conflictos se desataban a causa de las tierras, al ir asentándose entre ellos cada vez más campesinos rusos, sobre todo entre los baskires que protagonizaron varias pequeñas rebeliones. Más al sur, la aparición en la década de 1630 de los kalmucos, budistas mongoles que huían de las luchas intestinas de su lugar de origen, rompió las relaciones entre los nómadas justo al otro lado de la frontera rusa. Como budistas, los recién llegados mantenían tensas relaciones con los pueblos de Crimea y los musulmanes de la zona. Los kalmucos fueron importantes aliados del zar ruso: aceptaron su dominio general y le suministraron tropas para las guerras en el extranjero y las sublevaciones internas. Además, los circasianos eran leales y se ponían del lado del zar contra los rebeldes de Razin.

El Tratado de Pereiaslav de 1654 aportó al Estado ruso un nuevo elemento bajo la forma de hetmanato o atamanato ucraniano. La hueste cosaca, inicialmente democrática, se transformó en una sociedad gobernada por una elite hereditaria de funcionarios. De acuerdo con el pacto de Pereiaslav, los cosacos siguieron eligiendo al hetmán. Este nombraba a los funcionarios, administraba justicia (según las viejas leyes polacas), gestionaba el propio Tesoro y estaba al mando del ejército cosaco, todo ello sin consultar al zar. El

zar mantenía guarniciones en Kiev y otras grandes ciudades, cuyos mandatarios ejercían también control sobre las ciudades menores, aunque estas conservaron sus gobiernos electos. La Iglesia ucraniana fue un asunto más complicado, ya que el metropolitano de Kiev no estaba sometido a la jurisdicción de Moscú, sino a la del patriarcado griego de Constantinopla, que hasta 1687 no aceptó al patriarca de Moscú como su cabeza visible.

La incorporación del hetmanato a Rusia tuvo efectos muy profundos, porque fortaleció los vínculos entre Kiev y Moscú en un momento en que se estaban produciendo cambios en la Iglesia ortodoxa rusa. Estos cambios llevaron a la elite de la clerecía rusa a adoptar los modelos de devoción ucranianos, pero también encendieron la chispa de un cataclismo que desembocaría, finalmente, en un cisma. Ya en tiempos del zar Miguel se habían apreciado síntomas de renovación en la Iglesia. Surgieron voces entre los clérigos quejándose de que los sacerdotes rusos no hacían lo suficiente por transmitir la ortodoxia a sus congregaciones. Nadie ponía en duda el carácter central de la liturgia, pero los reformadores aspiraban a una enseñanza más sistemática, lo que significaba un clero más cultivado y una literatura religiosa más variada. Cuando el zar Alekséi ascendió al trono, el líder de la nueva tendencia era su mentor espiritual, Stefan Vonifatev. Entre los miembros del grupo estaban Nikón, el metropolitano de Nóvgorod, y Avvakum, un sacerdote de aldea de la región del Volga que había llegado a ser arcipreste en una de las principales iglesias de Moscú. Aunque contaban con el favor del zar, hasta 1652 no progresaron gran cosa.

El mayor contacto con la Iglesia ortodoxa en tierras ucranianas dio a los rusos nuevas ideas. Los ucranianos

estaban enzarzados en continuas batallas para defender la fe ortodoxa, reforzándola en la mente y el corazón de los creyentes. El clero de Ucrania contaba en la Academia de Kiev con un nuevo tipo de educación, desconocido en Rusia, derivado de los modelos jesuitas. Ponía el énfasis en el lenguaje y la retórica, las artes de la persuasión, así como en la filosofía. La Academia de Kiev enseñaba a sus pupilos no solo el eslavo, sin también el latín, que seguía siendo el idioma de los estudiosos tanto en la Europa católica como en la protestante. En 1649, el zar Alekséi trasladó a Moscú, como enseñantes y también para la edición y publicación de textos litúrgicos y devocionarios, al primer grupo de monjes ucranianos. En 1652 murió el patriarca Iósif, y los clérigos eligieron a Nikon como su sustituto por sugerencia discreta del zar. El patriarca Nikón examinó los libros con especial fervor y el año siguiente empezó a editarlos con el texto corregido. Estas correcciones estaban pensadas para adaptar los textos rusos a las versiones griegas (y ucranianas), que consideraba de mayor autoridad. Las nuevas versiones exigían unos cuantos cambios en las prácticas devotas cotidianas, como la manera de hacer la señal de la cruz. Durante siglos, los rusos la habían hecho manteniendo estirados los dedos índice y corazón (lo que simbolizaba la naturaleza dual de Cristo) y plegando los demás, mientras que los griegos mantenían plegados juntos los dos primeros dedos y el pulgar (por la Trinidad). Nikón impuso la modalidad griega, argumentando que la versión rusa menoscababa a la Trinidad. Dado que la tradición rusa (y la griega antigua) sostenía que toda la liturgia y sus prácticas asociadas recreaban el sacrificio de Cristo en vez de limitarse a recordarlo, estos pequeños actos estaban llenos de significado.

Sin embargo, algunos de los aliados previos de Nikón en el movimiento reformista del arzobispo Avvakum se negaron a dar su conformidad. Pasado un tiempo, Avvakum declaró que se había enterado de los cambios en la Semana Santa de 1653: «Vimos que el invierno se aproximaba, los corazones se helaron y las piernas empezaron a temblar». Avvakum persistió en su rechazo y comenzó a predicar contra los nuevos textos. Nikón y el zar le exiliaron a él y a sus seguidores tan lejos como les fue posible: hasta Siberia, al este del lago Baikal.

El exilio en 1655 de Avvakum y sus partidarios del clero pareció poner fin a la controversia. Nikón prosiguió con sus reformas de la liturgia y su patrocinio de maestros y académicos ucranianos en Moscú. Era un personaje poderoso, que no perdonaba la menor oposición o desaire; en 1658, uno de los favoritos del zar insultó al sirviente de Nikón durante la recepción a un príncipe de Georgia que estaba de visita. Nikón anunció que abandonaba el trono de patriarca. Quizá esperara disculpas del zar y el boyardo en cuestión, pero no las hubo, así que se retiró a su recién fundado monasterio de Nueva Jerusalén, al oeste de Moscú. Sus acciones provocaron una crisis: no abdicó de su cargo, sino que se limitó a dejar de lado sus obligaciones. El zar Alekséi envió emisarios para que le convencieran de que regresara, pero se negó a hacerlo.

Mientras Nikón se hacía de rogar, las autoridades eclesiásticas seguían sacando nuevas versiones de los textos con ayuda de los ucranianos. Publicaron nuevas traducciones de los padres de la Iglesia griegos, esta vez partiendo de textos griegos impresos en Occidente en vez de manuscritos bizantinos. Los ucranianos, que predicaban en la corte en las ocasiones importantes y las principales fiestas del calendario



ortodoxo, transmitieron sus habilidades a unos pocos clérigos rusos. Toda esta actividad innovadora tenía lugar en torno a la Iglesia, pero en el extremo opuesto de la sociedad rusa se preparaba una tormenta. Los nuevos libros empezaban a sembrar el descontento en las provincias, y los sacerdotes y monjes locales recordaron a Avvakum y sus protestas. Los disidentes comenzaron a ganar apoyos, cada vez más amplios, entre los grupos de ascetas surgidos desde la década de 1640 en las ciudades y aldeas del alto Volga. Alekséi y los obispos se vieron obligados a tomar medidas. En 1666-1667, justo cuando la guerra polaca se acercaba a su conclusión, convocaron un concilio de la Iglesia rusa, al que asistieron dos de los patriarcas ortodoxos y otros clérigos griegos. El concilio depuso formalmente a Nikón, que se negó a reconocer su autoridad, y seleccionó a un sucesor. Los patriarcas griegos también intentaron convencer a Avvakum de sus errores, recordándole que en todo el mundo los ortodoxos hacían la señal de la cruz con tres dedos. Este argumento no surtió el menor efecto: Avvakum replicó que la fe de los demás pueblos ortodoxos era impura y solo los rusos habían conservado la fe verdadera. El concilio le condenó y aprobó las modificaciones en los textos. Nikón se exilió en el norte, en el monasterio Ferapóntov, pero su causa a favor de la reforma había tenido éxito. Los nuevos libros se convirtieron en el estándar y la mayoría de los rusos –obispos, clérigos y la población de Rusia central– adoptó los nuevos rituales, aunque la disidencia no desapareció. Avvakum se exilió en Pustozersk, un pequeño reducto al norte del círculo ártico, pero no dejó de escribir hasta su ejecución en 1680. Sus enseñanzas se difundieron por las aldeas del norte, en los Urales y Siberia, así como en el Don y la frontera sur. El zar

Alekséi y sus sucesores enviaron soldados para obligarlos a volver a la ortodoxia. En 1678, en lo más remoto de Siberia, algunos de los Viejos Creyentes, como acabaron llamándolos, probaron una nueva táctica: al aproximarse los soldados, toda la comunidad se reunió en una iglesia de madera y la incendiaron, muriendo abrasados. Esta medida complicó enormemente la persecución, ya que la Iglesia y el Estado solo podían vencer si los Viejos Creyentes regresaban a la ortodoxia. Su muerte, sin haber llegado a la reconciliación, significaba un fracaso. El resultado fue un estancamiento; mientras, la Vieja Creencia siguió propagándose. Ya eran decenas de miles sus partidarios y el movimiento seguía logrando nuevas adhesiones. A medida que aumentaba su número, también crecían los desacuerdos entre ellos sobre muchos temas. Por ejemplo, algunos condenaban los suicidios en masa y otros no. Los grupos más radicales formaron sus propias Iglesias disidentes, sin sacerdotes ni obispos, y celebraban sencillos servicios dirigidos por un «instructor». Algunas comunidades eran indistinguibles en todo menos los rituales de los monasterios ortodoxos. Todos los Viejos Creyentes rechazaban la autoridad de la Iglesia y el Estado, y algunos proclamaban que la dinastía de los Romanov era el Anticristo. Pacífica más que rebelde, no obstante, la Vieja Fe sembró el temor tanto entre los zares como entre los obispos durante los siguientes 200 años. Había nacido una tradición de disensión y resistencia innegablemente nativa.

El concilio de 1666-1667 había restaurado el orden en la Iglesia, salvo en las remotas zonas salvajes donde los Viejos Creyentes buscaron refugio. En la corte, los cambios en la práctica religiosa se ahondaron y extendieron, trayendo

consigo nuevas formas culturales. En 1664 apareció un nuevo personaje, el monje bielorruso formado en Kiev Simeón Pólotski. Simeón se ganó enseguida el favor del zar y de muchos boyardos, y Alekséi le nombró tutor del heredero al trono. Cuando murió el zarévich, en 1669, Simeón siguió siendo una figura importante. Predicaba en la corte y fuera de ella, escribía versos de celebración para ocasiones especiales, así como panegíricos y epitafios de consuelo para los grandes boyardos. Dirigía un colegio en el que los hijos de los clérigos y funcionarios estudiaban latín y eslavo eclesial, y aprendían a escribir y predicar según las reglas de la retórica clásica. El trabajo de Simeón fue sintomático del cambio cultural que estaba experimentando la elite rusa. A partir de las décadas de 1660 o 1670, unos pocos boyardos empezaron a hacer que sus hijos aprendieran polaco y latín. Libros que habían dejado de ser exclusivamente religiosos, comenzaron a circular entre la pequeña elite cortesana, los funcionarios y unos cuantos clérigos de Moscú. Textos de geografía política y física, historia sagrada tal como se entendía en Occidente, y otros introdujeron nuevos conceptos y vocabulario en Rusia, aunque carecieran del aparato intelectual que los habían hecho nacer en Europa. Entre los clérigos, los lectores de estos textos cultivaron los estilos de escritura que estaban de moda en Varsovia y Kiev: panegíricos, versos religiosos, sermones y demás formatos. Los sermones, en especial los sermones impresos de Simeón Pólotski, encontraron también su público fuera de Moscú y la elite cortesana. En los últimos años del reinado de Alekséi, el zar y su favorito y ministro de exteriores, Artamón Matvéyev, patrocinaron representaciones de teatro barroco en Rusia. El autor era el pastor luterano Johann Gregory, del suburbio alemán, y los muchachos que

hacían de actores, pupilos de su escuela, pero los textos estaban en ruso y las representaciones incluían hasta interludios de ballet. Los intereses del zar Alekséi iban más allá del teatro: encargó un telescopio al embajador danés o, en palabras del zar, «un tubo inventado por Tycho Brahe». El teatro desapareció tras la muerte de Alekséi, pero su hijo y sucesor Fiódor (1676-1682) prestó gran apoyo a Simeón Pólotski, permitiéndole montar su propia imprenta, en la que editó sus sermones y su Salterio en verso.

Las nuevas formas culturales estaban ya firmemente arraigadas en la década de 1680. El patriarca Joaquín (1675-1690) impulsó en 1685 el establecimiento de la Academia Eslavo-Greco-Latina, el primer colegio más o menos europeo en Rusia. Joaquín tenía ideas muy claras sobre Occidente, ya que era un firme oponente de las Iglesias católica y protestante. Entre sus motivos para prestar apoyo al proyecto, estaba combatir lo que interpretaba como tendencias católicas de los seguidores rusos y ucranianos de Simeón Pólotski. Para dar clases y gestionar el centro, designó a dos griegos, los hermanos Sophronius y Joannikius Likhudes, que enseñaban lo que habían aprendido en Italia y las escuelas griegas de los territorios otomanos, es decir, el currículo jesuita europeo basado en la filología y la explicación de Aristóteles. Los griegos llevaron la cultura occidental a Rusia en no menor medida que los ucranianos.

Todas estas innovaciones en la cultura y la religión, obra de la corte y la elite eclesiástica, se difundieron con bastante lentitud entre el resto de la población y en las provincias. Las innovaciones no parecen haber sido impulsadas por una sola facción o un grupo, sino que más bien parecen una iniciativa compartida por la elite en su conjunto, aunque más

destacada en la vida de algunos individuos que en la de otros. A pesar de que la religión y la cultura no llegaron a producir discordias en la corte, otros factores la convirtieron en escenario de grandes dramas políticos. La relativa armonía de las décadas posteriores al Periodo Tumultuoso comenzó a desmoronarse a partir de 1671.

En los primeros años de reinado del zar Alekséi, las figuras dominantes en la corte eran su hasta entonces tutor y cuñado, Borís Morózov, su suegro, Ilyá Milovslavski, y, entre 1652 y 1658, el patriarca Nikón. La muerte de Morózov en 1661 dejó a Milovslavski como única personalidad sobresaliente, pero al ir creciendo y madurando, Alekséi comenzó a depender menos de su suegro, cuyo comportamiento era a menudo violento. Milovslavski murió en 1668, después de que el zar firmase la paz con Polonia en contra de los deseos de muchos boyardos. Nombró al artífice de dicha paz, Afanasi Ordín-Nashchokin, como cabeza visible del Departamento de Diplomacia. Ordín-Nashchokin, un noble de provincias que sabía idiomas extranjeros y contaba con el favor real, obtuvo el rango de boyardo. Él y el zar compartían el objetivo de que la paz con Polonia se transformase en una genuina cooperación contra los otomanos. Una alianza semejante era aún más necesaria desde el establecimiento de la supervisión soviética en Ucrania. La guarnición rusa de Kiev situó a Rusia en una nueva posición en Europa del Este, ahora cara a cara con Crimea a través de la estepa. El país se enfrentaba al poderío de los turcos, y el zar y su ministro querían contar con aliados polacos, lo que despertaba recelos en los boyardos. Por desgracia, la arrogancia con la que Ordín-Nashchokin imponía la política de reconciliación con Polonia en Ucrania

generó rebeliones, y Ordín-Nashchokin cayó en desgracia. En 1670, el zar Alekséi encontró un nuevo responsable diplomático que comprendía la exigencia de alianzas contra los turcos y se llevaba bien con los ucranianos. Eligió al coronel de mosqueteros Artamón Matvéyev, nuevo favorito del zar, que había intervenido varias veces con éxito como emisario ante los cosacos.

La necesidad de un nuevo director de la política exterior llegó al mismo tiempo que se planteaba una importante cuestión dinástica. En 1669 moría el zarévich Alekséi Alekséyevich, suceso que vino rápidamente seguido por la muerte de su madre, María. El segundo hijo era Fiódor (nacido en 1661), un muchacho capaz e inteligente pero de pésima salud. El tercer hijo superviviente, Iván (nacido en 1666), era disminuido físico y (al parecer) mental. Además, Alekséi había perdido ya varios hijos, en su mayoría siendo niños, y sin otra esposa no tenía garantías de lograr la sucesión. La nueva esposa, con la que Alekséi se casó en 1671, fue Natalia Naryshkina, hija del coronel de uno de los regimientos de mosqueteros. Los Naryshkin estaban relacionados con el nuevo favorito de Alekséi, Artamón Matvéyev, con el que habían servido en Moscú y otros lugares. Natalia dio un hijo al zar el 30 de mayo de 1672, un niño sano al que bautizó con el nombre de Pedro. Matvéyev contaba ya con una razón más para gozar del favor del zar y mantener aliados en la familia de la zarina.

Matvéyev no solo gozaba del beneplácito del zar a través de sus conexiones con los Naryshkin. Gestionó las complicadas relaciones con los cosacos ucranianos, Polonia y demás vecinos de Rusia, y colocó a los miembros de su círculo en casi todos los puestos clave del Estado ruso.

Satisfacía fielmente todos los deseos del zar, aunque en desacuerdo con él en ocasiones, y defendía las propuestas de ambos en la Duma. Alekséi no le concedió un monopolio sobre el poder: la administración de palacio y la casa real quedó bajo la égida de Bogdan Jitrovo, otro favorito del zar en sus últimos años, aunque Jitrovo parecía esquivar las grandes cuestiones políticas. En palabras del embajador danés, Matvéyev era el «reyezuelo» de Rusia. Esto no podía por menos que provocar los celos de los boyardos, pero Matvéyev siguió siendo una autoridad suprema mientras el zar vivió. En enero de 1676, Alekséi murió de repente a los cuarenta y siete años de edad.

El ascenso al trono de Fiódor, con solo quince años, y enfermizo, reintegró el poder a los grandes boyardos. En un margen de semanas, expulsaron de los principales despachos a los fieles de Matvéyev y organizaron el exilio de este. Los más influyentes eran el príncipe Dolgoruki e Iván Miloslavski, primo del zar por parte de madre, y, en la sombra, la más poderosa de todos era la princesa Irina, tía del joven zar. Mientras Matvéyev se preparaba para su exilio siberiano, sus enemigos presentaron un cargo de hechicería contra él. La acusación era una demencial mezcla de espectaculares delitos, que le atribuían antiguos servidores. Al final, se reducían a la lectura de un libro tomado prestado de la Oficina de Farmacia, que probablemente contuviera capítulos dedicados a la astrología medicinal. Algunos Naryshkin, hermanos de la zarina Natalia, fueron acusados de un intento de asesinar al zar unos años antes durante una sesión de práctica de arquería. Las terribles torturas a las que fueron sometidos los sirvientes de la familia Naryshkin dieron lugar a extensos testimonios, pero sin confirmar nada

sustancial. Tras la intervención de la zarina viuda Natalia, la princesa Irina puso fin a los procesamientos. Matvéyev fue desterrado de nuevo a un lugar aún más remoto y varios de los Naryshkin fueron exiliados a sus propiedades. Durante unos pocos años, los enemigos de Matvéyev se adueñaron de la corte, imponiendo una especie de regencia boyarda sobre el joven zar. La zarina Natalia permaneció retirada mientras criaba a su hijo con la vista puesta en el futuro.

Fiódor era físicamente débil, pero tenía una voluntad sorprendentemente poderosa. A la muerte de Irina en 1680, se casó por primera vez y empezó a emanciparse de la tutela de los boyardos. Su nueva esposa lucía incluso vestimentas polacas, y la salud de Fiódor se rehizo. Cuando ella murió de parto un año después, todo pareció perdido. Sin embargo, Fiódor siguió adelante, innovó los atuendos de la corte y, a finales de 1681, inició la reforma militar y abolió el sistema de precedencia que, en teoría, había gobernado la corte, la administración y el ejército durante dos siglos. Tenía sus propios favoritos y puso las reformas en manos del príncipe V. V. Golitsin, uno de los más grandes aristócratas de Rusia. Fiódor permitió a Matvéyev regresar a sus propiedades próximas a Moscú y levantó la orden de exilio contra los Naryshkin. En febrero se casó con Marfa Apráksina, una joven descendiente de terratenientes menores de provincias. Este matrimonio introdujo en la corte a sus hermanos menores, Pedro y Fiódor, aún niños, ahora encaminados a fines mayores. La salud del zar empeoró y falleció el 2 de abril de 1682, sumergiendo a Rusia en una crisis.

De nuevo, la crisis estaba motivada por el problema de la sucesión. Fiódor no tenía hijos, y su hermano de mayor edad, Iván, tenía quince años, era débil y tenía mala salud.



Aparentemente, ningún boyardo consideró que reuniese las condiciones para ser gobernante, lo mismo que el patriarca Joaquín. La alternativa era Pedro, por aquel entonces de cuatro años de edad. La elección de Pedro significaría que el clan Miloslavski, los parientes maternos de Iván, perdería toda posibilidad de acceder al poder, ya que la madre de Pedro era una Naryshkin y aliada de Matvéyev, que acababa de regresar de su amargo exilio.

La muerte del zar Fiódor coincidió con rumores de descontento entre los mosqueteros, soldados que guardaban el Kremlin y habían constituido el núcleo de la infantería antes del advenimiento de los regimientos al estilo europeo. Sus quejas se centraban en las prácticas opresoras de sus coroneles, pero alguien les convenció de que su verdadero enemigo eran los Naryshkin y Matvéyev. Los mosqueteros entraron al asalto en el Kremlin y exigieron que les fueran entregados sus enemigos. Aterrorizados, los boyardos recomendaron la rendición y Matvéyev fue lanzado desde lo alto de las escaleras sobre las picas levantadas de los mosqueteros. Varios Naryshkin fueron perseguidos y asesinados, aunque Natalia consiguió salvar a su padre y a su hermano mayor. Los soldados ramparon por la ciudad, dando muerte a dos de los príncipes Dolgoruki y a otros de los que se sospechaba que estaban a favor de Pedro y su familia. Al cabo de unos días, los clérigos y los boyardos se unieron y proclamaron cozares a Iván y Pedro. Los disturbios concluyeron, pero en el horizonte habían aparecido dos nuevas estrellas, el príncipe Iván Jovanski y la princesa Sofía.

Jovanski se convirtió en el niño bonito de sus soldados, y durante un tenso verano pareció a punto de ejercer el poder supremo tras la fachada de los dos zares niños. Jovanski, no

obstante, salió derrotado en su maniobra y fue Sofía, hermana de Iván y hermanastra de Pedro, quien ascendió al poder. En septiembre, cuando los mosqueteros ya se habían tranquilizado, hizo detener y ejecutar a Jovanski, y durante los siguientes siete años gobernó como regente de Rusia. Su favorito, en realidad su primer ministro, fue el príncipe V. V. Golitsin, que había ganado terreno recientemente bajo el zar Fiódor.

Ya desde el principio, Sofía presidió una corte fragmentada en facciones. Inicialmente, consiguió marginar a sus parientes Milovslavski y gobernar solo con Golitsin. Para Pedro, entonces y más tarde, su enemigo y el de su madre era el clan Milovslavski. Natalia no cejaba en su empeño de conseguir todo el poder para su hijo. A medida que este crecía, ella iba sellando alianzas con los boyardos, el príncipe Borís Golitsin (primo de V. V. Golitsin) y el más exótico príncipe Mijaíl Alegukovich Cherkaski, un boyardo originalmente perteneciente a los circasianos del norte del Cáucaso, que servía a los zares rusos. Las relaciones eran tensas: Cherkaski llegó a sacar un cuchillo durante una disputa con V. V. Golitsin, nada menos que en el patio del monasterio de la Trinidad.

Pedro era todavía demasiado joven para participar en estas intrigas y discusiones. Pasó esos años fuera de Moscú, en Preobrazhenskoe, una aldea al este de Moscú donde su padre había construido una pequeña dacha de madera. Allí, Pedro empezó a «jugar» a los soldados, formando a sus servidores y cortesanos en regimientos de infantería al estilo europeo y haciendo que los instruyeran oficiales europeos. A Pedro le fascinaba la artillería y también aprendió a usarla en estos años. No tardó en contar con una fuerza entrenada de varios

cientos de hombres, su propio y personal regimiento. Aún más significativo fue su descubrimiento de las embarcaciones.

Fue él mismo quien contó la historia, muchos años después. En un viejo pajar, Pedro se fijó por casualidad en un pequeño bote, construido de modo diferente a los botes rusos. Pedro estudiaba matemáticas, probablemente con fines militares, con Frans Timmerman, un comerciante holandés, aficionado a la astronomía, al que preguntó por qué el bote no se parecía a los botes rusos típicos. La respuesta fue que estaba construido para navegar contra el viento. Pedro se quedó fascinado por la respuesta. Timmerman dio con un marinero holandés, que arregló la embarcación y mostró al joven zar cómo navegar contra el viento. Pedro, cautivado al instante, llevó el bote a un lago cercano para practicar. También le pidió al joven príncipe Yákov Dolgoruki (o Dolgorúkov), que estaba a punto de partir para Francia en una misión diplomática, que le trajera a su vuelta instrumentos de navegación. Dolgoruki regresó en 1688 con un astrolabio, y así comenzó la relación amorosa de Pedro con los barcos y la navegación, una relación que habría de durar toda su vida.

Entretanto, Sofía había comprometido a Rusia en una nueva política exterior. Quería perpetuar la confrontación con los otomanos, siguiendo en este aspecto los pasos de Matvéyev pero, al contrario que este, decidió hacerlo en íntima alianza con Polonia. La oportunidad llegó con la fundación por Austria, el papado, Venecia y Polonia de la Santa Liga en 1682, cuyo objetivo era luchar unidos contra los turcos. Después de largas y agotadoras negociaciones, Sofía se unió a la Santa Liga en 1685-1686 y colaboró militarmente con Jan III Sobieski, rey de Polonia y vencedor

en el gran asedio de Viena de 1683. El papel asignado a Rusia en la coalición era derrotar a Crimea. Así pues, en 1687 Golitsin condujo un gran ejército ruso hacia el sur, desde el hetmanato ucraniano a través de la estepa hasta Crimea. Tuvo que batirse en retirada, porque los tártaros quemaron la árida estepa, privando a sus caballos de pastos. Su único logro fue reemplazar al hetmán Samoilovich, aliado de los Naryshkin y contrario a la guerra, por el complaciente Iván Mazepa, un nombre que volvería a sonar. Un nuevo intento en 1689 produjo el mismo resultado, e incluso circularon rumores de que Golitsin había llegado a un acuerdo secreto con el enemigo. A su regreso, Sofía intentó presentar la campaña como un éxito, recompensando a las tropas y ordenando la celebración de liturgias triunfales, pero Pedro se negó a permitirlo.

Pedro, que tenía ya diecisiete años, permanecía alejado del Kremlin en Preobrazhenskoe. De repente, el 7 de agosto de 1689, uno de sus chambelanes fue arrestado en Moscú y por la ciudad corrió el rumor de que Sofía iba a hacer que mataran a Pedro. Uno de los mosqueteros partió a caballo para prevenir a este, que se levantó de la cama con el camisón puesto y saltó sobre un caballo. Con sus servidores y cortesanos más próximos, cabalgó toda la noche hasta el monasterio de la Trinidad, donde no tardaron en reunirse con él su madre y los aliados boyardos de esta. Durante las siguientes semanas, no hubo actividad bélica, pero a fin de mes quedó claro que la mayoría de los boyardos, la casa del zar, el patriarca y los oficiales mercenarios extranjeros estaban de parte de Pedro. Ni siquiera los mosqueteros respaldaban a Sofía. Pedro regresó triunfante a Moscú y envió a Sofía al convento de Novodévichi, al sudoeste de Moscú. Pedro, con

sus parientes Naryshkin, ostentaba ahora el poder con seguridad, ya que Iván no era una amenaza y murió en 1696. Nadie hubiera podido preverlo, pero Rusia estaba el borde de una transformación fundamental.

## Pedro el Grande

El reinado de Pedro el Grande fue testigo de la mayor transformación en Rusia hasta la Revolución de 1917. Al contrario que la Revolución soviética, la modificación introducida por Pedro en Rusia tuvo escaso impacto sobre el orden social, ya que la servidumbre continuó en vigor y los nobles siguieron ocupando el papel de amos. Lo que alteró Pedro fue la estructura y la forma del Estado, convirtiendo al gobierno tradicional de los zares en una variante de la monarquía europea. A la vez, transformó profundamente la cultura rusa, una contribución que junto con su nueva capital, San Petersburgo, ha perdurado hasta nuestros días.

Los primeros años del reinado de Pedro mostraron pocas indicaciones de que se acercaban nuevos acontecimientos. El retiro de Sofía en 1689 cedió el control a la madre de Pedro, a sus parientes Naryshkin y sus aliados, que al parecer se llevaron mal una vez alcanzado el poder. Eudoxia, esposa de Pedro, dio a luz en 1692 a un hijo suyo, Alekséi, con lo que la sucesión pareció asegurada. Pedro se mantenía entre bambalinas entrenando a sus soldados, bebiendo con los oficiales extranjeros en los suburbios alemanes y navegando en sus veleros. Pedro estaba lleno de excentricidades, que no tardaron en aparecer. Medía casi 2,15 metros, pero tenía los huesos finos y hombros estrechos y era bastante apuesto. Se afeitó la barba pronto, pero conservó un delgado mostacho. Su capacidad para el alcohol era asombrosa y quizá tuviera alguna relación con los incontables «cólicos», y otros trastornos de estómago, que su frió durante toda su vida. A veces padecía ataques de ira histérica que solo su segunda

esposa (Catalina) era capaz de aplacar. Sus relaciones con las mujeres eran sorprendentemente morigeradas. Su principal diversión era cualquier cosa que tuviera que ver con embarcaciones, lo que le llevó a viajar al norte, hasta Arcángel en 1693 y a ver el mar por primera vez. Su madre, Natalia, le escribió una carta prohibiéndole salir al peligroso mar, y él obedeció. Entonces, en febrero de 1694, murió Natalia. De inmediato, Pedro dejó de aparecer en las ceremonias del Kremlin, y todo el ritual de la corte rusa, que se remontaba a 200 años atrás, llegó a su fin. Pedro viajó a Arcángel de nuevo, y esta vez se hizo a la mar en un barco holandés.

Durante estos años, Pedro entabló amistad con dos miembros del suburbio alemán que habrían de dar forma a su política durante los siguientes años. Uno era Patrick Gordon, por aquel entonces en la cincuentena; un escocés católico que había servido en el ejército ruso desde 1661, fundamentalmente como especialista en fortificaciones y artillería. Gordon era un firme defensor de la guerra turca y desempeñó un papel crucial en la instrucción de los regimientos del ejército al estilo europeo. El otro era François LeFort, un suizo de Ginebra, también oficial mercenario, pero cuya relación con Pedro era más personal que la de Gordon. LeFort, promotor de muchas fiestas y borracheras, fue quien presentó a Pedro a Ana Mons, la hija de un tabernero alemán. Estas relaciones no eran simplemente amistades. Tanto Gordon como LeFort eran los favoritos del zar y sus consejeros políticos informales, y Ana consolidó la influencia de LeFort.

Cuando Pedro regresó a Moscú de su primer viaje breve por mar en el otoño de 1694, decidió renovar la campaña rusa contra los turcos, en buena medida sumisos desde que

había llegado al poder. A los boyardos no les hizo gracia su decisión, pero él se limitó a ignorarlos y lanzó un ejército hacia el sur a lo largo de los ríos Volga y Don, hasta Azov, el fuerte turco situado en la desembocadura del Don en el mar de Azov. El asedio fue un fracaso, en buena medida porque los turcos podían reabastecerse desde el mar; así que Pedro se hizo construir una flota de guerra. La hizo en Voroneth, en el Don, tierra muy adentro, empleando carpinteros y constructores de buques holandeses. Hizo venir oficiales de los Países Bajos, Venecia y Francia, y en la primavera de 1696 su flota navegó por el Don y, con su ayuda, capturó la fortaleza, obteniendo su primera victoria. Celebró el triunfo no solo con las tradicionales oraciones, sino también con un desfile triunfal en Moscú de estilo plenamente barroco, con arcos con imágenes de Hércules y una cita de César, «Llegué, vi, vencí», en eslavo eclesiástico. Para que el público pudiera entender quiénes eran aquellos dioses extraños, hizo imprimir un panfleto que lo explicaba todo.

Entonces Pedro inició los preparativos para una acción aún más extraña que su triunfo barroco: un viaje al oeste de Europa. Resolvió rápidamente los asuntos pendientes en los nuevos territorios y en el ejército, y asignó a un pequeño comité de boyardos la tarea de gobernar en su ausencia. Fue cuando descubrió que había en marcha una cons piración para reemplazarle entre otros aristócratas. El número de conspira dores era bajo, pero Pedro los vio como el fruto de la semilla de las viejas facciones que se habían opuesto a su madre en la década de 1680. A los conspiradores les preocupaba sobre todo su propia posición en la jerarquía de los despachos, aunque algunos se sentían también escandalizados por su viaje al extranjero, y todavía más por



sus planes de enviar a jóvenes boyardos a Holanda y Venecia para que aprendieran lenguas extranjeras y el arte de la navegación. Los conspiradores fueron ejecutados y Pedro abandonó Moscú, haciendo un alto en Riga y otro en Berlín antes de llegar a Ámsterdam, que era su objetivo principal.

Pedro viajó de incógnito, como miembro de la delegación rusa encabezada por el boyardo Fiódor Golovin y Lefort, una embajada con el encargo de fortalecer la coalición contra los otomanos. Mientras negociaban Golovin y LeFort, Pedro aprendió carpintería y construcción de barcos en los astilleros de Zaandam. Allí, los holandeses le dijeron que en Inglaterra construían los barcos de otro modo, basándose en las matemáticas y no solo en el ojo para dar forma al casco. Pedro se desplazó de inmediato a Londres, donde recorrió los astilleros, pero también habló con astrónomos del observatorio de Greenwich, asistió a una reunión de cuáqueros, inspeccionó la Real Casa de la Moneda y debatió con clérigos anglicanos. Empezó el viaje de vuelta a casa y llegó a Viena en primavera. Mientras cabalgaba a través de Europa central, el horizonte político estaba cambiando con rapidez. Austria había reconquistado gran parte de Hungría y escaseaban sus recursos, igual que los de los demás aliados. Pedro se enteró en Viena de que querían la paz. Había llegado el momento de librar a Rusia de la guerra contra los otomanos, y finalmente consiguió hacerlo tras dos años de duras negociaciones. Pedro se sentía desilusionado, pero la conclusión de la guerra fue en realidad un alivio, ya que habían surgido preocupaciones más urgentes.

Durante el verano de 1698 recibió desde Moscú la noticia de que los mosqueteros se habían rebelado de nuevo, exigiendo mejores condiciones. Al parecer estaban en

contacto, de algún modo, con la encarcelada Sofía. Pedro regresó a toda prisa y se encontró con que los boyardos habían ejecutado ya a los líderes por consejo de los generales. Pedro se puso furioso y ordenó un implacable y terrible interrogatorio de los prisioneros sometidos a tortura. Centenares de ellos fueron ejecutados con la participación del zar y los boyardos. Pedro no llegó al fondo de las motivaciones de los mosqueteros y empezó a sospechar que los boyardos, incluso aquellos a los que había confiado el gobierno, ocultaban pruebas o algo peor. Al acercarse los interrogatorios a su final, Pedro decidió que no podía seguir trabajando con los boyardos porque mantenían demasiadas querellas entre ellos y eran poco de fiar. En adelante, confiaría en sus favoritos.

Pedro había retornado de Europa con dos nuevos confidentes, Golovin y un suboficial de artillería, Aleksandr Ménshikov. Gordon y LeFort querían que Pedro mantuviese la alianza con Austria y se preparara para una nueva campaña turca, pero él tenía otros planes. En todo caso, Gordon y LeFort murieron más o menos por aquella época. Golovin pertenecía a una antigua familia boyarda y había recibido una buena educación. Negoció el Tratado de Nerchinsk, que delimitó las fronteras que compartían con China, y su éxito se debió en parte a que había podido hablar con los jesuitas de la corte china en latín. Ménshikov era exactamente lo contrario, hijo de un cetrero de la corte que había servido en los regimientos de los juegos de Pedro, que se convirtieron en su guardia. Ménshikov apenas había recibido instrucción, aunque había adquirido suficiente «alemán militar» para hablar con extranjeros que no conocieran el ruso. Ménshikov fue también el reemplazo de LeFort en las fiestas alcohólicas

y un íntimo amigo personal de Pedro. Además, ambos estaban a favor de que Pedro se divorciara de su esposa Eudoxia, la madre de su hijo Alekséi. Y lo más importante de todo, respaldaban su nuevo proyecto: la guerra contra Suecia.

La guerra contra Suecia habría de ocupar la mayor parte del resto del reinado de Pedro. La víspera, Pedro decretó la primera de sus reformas, que mandaba que los hombres de las clases altas se afeitaran la barba, y que los dos sexos de la nobleza deberían en adelante lucir vestimenta occidental en vez de la tradicional rusa. También ordenó que los años se contaran a partir de la muerte de Jesucristo, no a partir de la creación del mundo, para que Rusia estuviera a la altura del Occidente civilizado tal como él lo veía. Estos decretos despertaron cierto grado de oposición, en particular la nueva vestimenta. A las mujeres boyardas, sobre todo, les desagradaba la idea, ya que significaba que no llevarían el cabello cubierto (y por tanto su atuendo carecía de modestia) y eran incapaces de hacerse a las medias y los tacones altos. Muchos de ellos solo llevaban la nueva ropa en la corte, volviendo a la tradicional al regresar a casa.

Pedro empezó también a reordenar el Estado. La recolección de impuestos de los ciudadanos le fue arrebatada a los gobernadores provinciales y puesta en manos de las elites urbanas, e impuso una tasa sobre los papeles oficiales. Se trataba de experimentos, al final descartados, pero hubo un cambio más básico que se produjo sigilosamente. Pedro dejó de nombrar boyardos y de convocar a la Duma integrada por estos. De modo similar, cuando el patriarca de la Iglesia murió en 1701, Pedro no permitió la elección de otro y nombró al abad ucraniano Stefan Iavorski «conservador del trono patriarcal». Así, simplemente, desapareció la cabeza

tradicional y canónica de la Iglesia ortodoxa de Rusia. Para empeorar aún más las cosas, Pedro asumió el control de los ingresos de las propiedades monásticas, quedándose con la mayor parte y creando un estipendio para uso de los monjes. Pedro quería asegurarse recursos para su campaña bélica, sin interferencia alguna por parte de la aristocracia o la Iglesia.

La guerra contra Suecia fue fruto de la decepción de Pedro por el resultado de las campañas de Azov. En efecto, había logrado tomar la fortaleza, ganando, más o menos, un puerto en el mar Negro, pero los turcos no permitían a los rusos comerciar en él, y mucho menos atravesar el Bósforo hasta el Mediterráneo. Rusia se había reincorporado a la guerra demasiado tarde como para obtener grandes beneficios de la victoria. Cuando volvía de Viena en 1698 para hacer frente a la revuelta de los mosqueteros, Pedro tuvo una larga reunión con el nuevo rey de Polonia, Augusto de Sajonia. Augusto albergaba grandes ambiciones y se consideraba a sí mismo un gran jefe militar. Quería apoderarse de las provincias bálticas de Suecia, una vieja demanda de la nobleza polaca, pero también pretendía usarlas para fortalecer su muy debilitada posición en Polonia. Sus aliados naturales contra Suecia, el poder hegemónico en el norte de Europa, eran Dinamarca y Rusia, y logró incorporar a Pedro a su causa.

Como tan a menudo ocurre en las guerras, todos los cálculos iniciales estaban equivocados. El pequeño ejército de Augusto intentó tomar Riga en 1700, pero fracasó ignominiosamente. El joven rey sueco, Carlos XII, un comandante nato para la batalla, dejó fuera de combate a Dinamarca en cuestión de semanas, y después embarcó su ejército hacia las provincias bálticas. Pedro había enviado a su

ejército recién adiestrado al estilo europeo a asediar la ciudad de Narva, en la Estonia sueca. Carlos pasó rápidamente al ataque, cayó sobre los desprevenidos rusos en medio de una tormenta de nieve y los arrasó. Solo los regimientos de la guardia de Pedro consiguieron retirarse ordenadamente. La mayoría de los oficiales extranjeros y rusos cayeron prisioneros. Pedro tuvo que comenzar todo de nuevo. Por suerte, Carlos tenía otros planes. Despreciando la capacidad rusa, centró su atención en Polonia. Dedicó los siguientes 8 años a destronar a Augusto e instaurar a un títere sueco en su lugar. Dejó a Pedro un poco de espacio para respirar y este lo aprovechó bien.

¿Qué esperaba Pedro lograr entrando en guerra con Suecia, una potencia que todo el mundo consideraba prácticamente invencible? Oficialmente, anunció que iba a recuperar el territorio perdido al final del Periodo Tumultuoso, es decir, el este del golfo de Finlandia donde hoy se alza San Petersburgo. Era cierto que formaba parte del antiguo territorio ruso y, por tanto, de su patrimonio. Además, Pedro quería para Rusia un puerto más conveniente para el comercio y las comunicaciones que el distante Arcángel. Azov no había funcionado, y la única otra opción era la costa del Báltico. De hecho, Narva había sido el objetivo de las campañas de Iván el Terrible siglo y medio antes. Los objetivos iniciales eran modestos: Pedro no tenía modo de saber que la guerra se convertiría en un épico duelo, que cambiaría el rostro de Europa del Este y del Norte. Una vez más, como tantas guerras, el conflicto adquirió una lógica propia y concluyó de una manera que nadie hubiera podido imaginar.

De momento, la guerra absorbía todas sus energías y las

del Estado. La administración se concentró en manos de los favoritos de Pedro, Golovin y Ménshikov, pero este arreglo significó que el gobierno era esencialmente algo improvisado. Durante este periodo, Pedro estuvo sin corte, ya que pasaba la mayor parte del tiempo con el ejército o en sus pequeñas residencias de los alrededores de Moscú, en especial en Preobrazhenskoe. Su estilo de vida en esa época, y a partir de entonces, fue único en un monarca ruso o europeo. Recorría el país y se sumaba al ejército sin guardia ni séquito, pero llevaba consigo su torno y sus herramientas de carpintería allá donde fuera. La inexistencia de una corte le parecía algo estupendo, ya que detestaba todo tipo de ceremoniales y los entretenimientos cortesanos habituales en la mayor parte de Europa. Su idea de un buen rato era organizar grandes borracheras de celebración con sus oficiales o sus capitanes de barco holandeses, rematando la noche con fuegos artificiales.

El escenario donde se celebraban estas fiestas, y también la sede del gobierno, empezó a ser su nueva ciudad, San Petersburgo. La ciudad era resultado de su persistencia tras la derrota en Narva. Pedro reconstruyó su ejército y lo envió a las provincias para entrenarlo bajo fuego en muchos pequeños enfrentamientos contra el enemigo. En 1702 se sintió lo bastante confiado como para atacar un objetivo más grande, la fortaleza sueca sobre el río Neva: Nöteborg. La capturó tras un breve asedio y la rebautizó Schlüsseburg, que significa ‘castillo clave’ en alemán, ignorando su antiguo nombre ruso. Al año siguiente, descendió por el río Neva y se apoderó rápidamente del pequeño enclave sueco de su desembocadura, donde comenzó de inmediato la construcción de una nueva fortaleza, el castillo de San Pedro y San Pablo, para defender el área de ataques por tierra y por

mar. En torno a la fortaleza, empezó a construir una nueva ciudad como base naval y posible puerto comercial ruso en el Báltico. No esperó a que acabara la guerra, y en años sucesivos, en los instantes más negros de la contienda, su única demanda inamovible fue San Petersburgo.

Hubo momentos oscuros en abundancia. En 1706, Carlos había forzado a Augusto a abdicar del trono polaco. Durante los dos siguientes años, el rey sueco fue desplazándose poco a poco hacia el este, cruzando Polonia para expulsar a los seguidores que aún quedaban de Augusto y al ejército ruso. Carlos acababa de obtener una larga serie de victorias y en Europa era considerado uno de los mejores comandantes del mundo. No es de extrañar que tuviera planes de gran alcance: aprovechar la agitación de los boyardos y la población para derribar a Pedro, e instalar un gobierno débil y complaciente en Moscú. Daba por supuesto que el ejército de Pedro no tenía posibilidades de oponerse a él. Cuando los suecos avanzaron hasta la frontera rusa, sin embargo, su situación se deterioró con gran rapidez. Los rusos habían decomisado toda la comida y el forraje, y en el ejército de Carlos escaseaban los víveres. Para empeorar las cosas, cada encuentro con los rusos revelaba que los oficiales de Pedro estaban aprendiendo su profesión, y los éxitos suecos resultaban cada vez más costosos. Carlos llegó a la frontera rusa y se detuvo a descansar, con la esperanza de que sus manifestos hubieran hecho que el descontento se desbordara entre los boyardos y el pueblo ruso, pero no ocurrió nada. Rusia estaba en calma y el invierno se acercaba. Carlos giró al sur, al hetmanato ucraniano, pero antes esperaba unirse a los refuerzos procedentes de Riga, que traían consigo suministros. Pedro atacó en Lesnaia. Movié a

sus dragones con rapidez a través del bosque y cayó sobre las tropas de refresco suecas, expulsándolas de la zona y apoderándose de sus suministros. Ahora Carlos contaba con más soldados, pero no con nuevos suministros.

Tenía depositadas sus esperanzas en los ucranianos. Hacía mucho tiempo que mantenía correspondencia secreta con el hetmán ucraniano Iván Mazepa, que prometió rebelarse contra el zar ruso y aportar la hueste cosaca ucraniana en pleno. Pero cuando Carlos llegó a Ucrania, solo se le sumaron algunos generales cosacos y unos pocos miles de hombres. Los cosacos de tropa se negaron a seguirle y permanecieron leales al zar. Los suecos se acomodaron para pasar el invierno, logrando encontrar suficiente comida, pero ningún suministro militar. Con la primavera, el rey sueco prosiguió hacia el nordeste, en dirección a Moscú, pero se detuvo para sitiar la ciudad fortificada de Poltava y evitar así que quedaran efectivos rusos en su retaguardia.

Pedro decidió hacer su jugada. Hizo marchar a su ejército hacia la ciudad, pero en vez de atacar construyó un campamento fortificado a su alrededor y esperó. Carlos tendría que responder pronto, ya que la proliferación de cosacos hacía imposible la búsqueda de alimentos. La mañana del 27 de junio de 1709, el invencible ejército sueco se internó en la bruma camino del campamento ruso y giró a la derecha, listo para golpear. Pedro sacó su artillería para hacerles frente. Alrededor de las diez de la mañana, los suecos emprendieron un ataque frontal, una maniobra que a menudo les había otorgado el triunfo. En esta ocasión, fracasó. Los cañones de Pedro los hicieron pedazos. La línea sueca se empantanó en el combate con los rusos y después quedó deshecha. A mediodía, el ejército de Carlos era una



masa de refugiados que corría hacia el oeste, hacia el río Dniéper, y Rusia se había convertido en una gran potencia.

La victoria de Poltava fue el punto de inflexión del reinado de Pedro: aseguró que acabaría siendo el vencedor y conservaría San Petersburgo. También cambió radicalmente su posición y la de Rusia en Europa. Carlos había asestado el golpe final al poder y el prestigio polacos; ahora, Pedro había hecho otro tanto con Suecia. Pudo centrarse en consolidar sus conquistas. En 1710 se apoderó del resto de las provincias bálticas y tomó la localidad finlandesa de Viborg, garantizando a su nueva ciudad, que pronto sería su capital, un cinturón territorial de protección, así como varios puertos más para su imperio.

La guerra con Suecia se prolongó hasta 1721 porque Carlos era demasiado audaz y tozudo como para darse por vencido, incluso tras haber perdido todas las posesiones suecas en Alemania, las provincias del Báltico y Finlandia. Para derrotarle, Pedro tenía que mantener a su ejército y crear una marina de guerra en el Báltico con base en San Petersburgo. Esto último resultaba particularmente oneroso, aunque vital para obligar a Suecia a firmar la paz. Cuando esta llegó por fin, Pedro devolvió Finlandia a Suecia, a excepción de Viborg, pero conservó las provincias bálticas. San Petersburgo estaba a salvo.

La tensión de la guerra exigió a Pedro pensar con más detenimiento en la estructura de su Estado. La prematura muerte de Golodin en 1706 hizo que el cambio fuera urgente. En 1708 reemplazó a sus favoritos en los despachos oficiales e improvisadas cancillerías por los gobernadores de 8 enormes provincias, que se hicieron cargo de la mayor parte de lo relacionado con los impuestos, el reclutamiento y los

tribunales. La nueva organización no supuso solamente un cambio en la estructura formal, ya que Pedro nombró a miembros de viejas familias aristocráticas (como los Golitsin y los Streshnev), de su familia política (los Apraksin) y, por supuesto, a «Aleksashka» Ménshevik para que gobernara San Petersburgo y la gigantesca provincia que lo rodeaba. En 1711, instauró el senado como cuerpo de coordinación, que debía trabajar particularmente en su ausencia para llenar el vacío dejado por la descentralización resultante. El príncipe Yákov Dolgoruki, temerariamente fugado de su cautividad sueca, fue su presidente, y entre sus miembros destacaban los aristócratas y sus patrocinados. Pedro había establecido un nuevo equilibrio del poder, combinando a grandes aristócratas con su favorito, Ménshevik. El equilibrio se estabilizó aún más con la aparición de un nuevo favorito y rival de Ménshevik, el príncipe Vasili Dolgoruki (primo del príncipe Yákov). El príncipe no ocupaba ningún gran cargo, pero estaba siempre presente en la corte, ocupado en una serie de temas delicados y confidenciales.

Por fin, Pedro tenía los cimientos de algo parecido a una corte en San Petersburgo. También ordenó que los departamentos gubernamentales se asentaran en la nueva ciudad, y solicitó a la aristocracia y a muchos comerciantes que se mudaran a ella y construyeran casas. La propuesta no gozaba de popularidad, ya que la nueva capital era cara, húmeda, potencialmente anegable y estaba alejada del corazón de Rusia. Los comerciantes no tenían la tarea fácil mientras continuara la guerra. La aristocracia se mostró especialmente remisa ante el requerimiento de abandonar sus cálidos y confortables hogares en Moscú para instalarse en las orillas del Neva. Ni el propio Pedro construyó un gran

palacio en su nueva ciudad, ningún «Versalles» ruso. Sus «palacios» de invierno y de verano en San Petersburgo eran esencialmente casas de seis habitaciones, adecuadas para un modesto terrateniente. La nueva corte era pequeña y nada ostentosa, como sus residencias. El corazón de la ciudad no estaba en el palacio del zar, sino en el Almirantazgo, sede administrativa de la marina y principal centro de construcción de barcos. La calle principal, la avenida Nevski, partía del Almirantazgo, no del palacio, y las radiales, trazadas después de la muerte de Pedro, salían del mismo punto. Según el plano definitivo, el gobierno tendría su sede en la isla Vasilievski, en el delta norte del río, frente al palacio de invierno y el Almirantazgo. La isla haría también las veces de centro para el comercio. La principal bahía seguía estando en Kronstadt porque las aguas eran poco profundas en las proximidades de la ciudad. Las villas de campo del zar y la elite, que se extendían a lo largo del golfo de Finlandia, formaban parte integral de la nueva ciudad. Se trataba de viviendas sencillas con enormes jardines, que tomaban como modelo las villas holandesas a lo largo del río Vecht, cerca de Utrecht. Entre esos alojamientos, se levantaba el antecesor del hoy magnífico Peterhof, por aquel entonces una residencia de campo modesta para un zar solo destacable por sus fuentes y jardines. El palacio de Ménshikov, en Oranienbaum, más alejado en la costa, era mucho más amplio y lujoso. De hecho, el proyecto de Pedro era demasiado humilde, y el gobierno fue trasladándose poco a poco al sur, para situarse más cerca del zar en el palacio de invierno. Después de su fallecimiento, la arquitectura urbana se volvió rápidamente grandiosa. La que habría de convertirse en una gran capital imperial, con arcos romanos y edificios y

ornamentaciones clásicos, comenzó su existencia como un puerto modesto y residencia real al estilo del norte de Europa.



Ilustración 5. Pedro el Grande. Grabado basado en la estatua ecuestre de Pedro de Étienne-Maurice Falconet, erigida por orden de Catalina la Grande en 1782.

Pedro construyó su ciudad y corte con una nueva esposa a su lado, Catalina, cuya historia quizá fuera la más extraña de toda esta etapa. En la época en la que los ejércitos rusos empezaron a instalarse en las provincias bálticas, uno de los pastores luteranos locales tenía una criada llamada Marta. Como parte de la política de acoso en la zona, la familia fue trasladada a Moscú. Allí, su amo abrió una escuela. Marta atrajo la atención de Pedro alrededor de 1704, y se convirtió en su amante en sustitución de Ana Mons. Aceptó la fe ortodoxa, adoptó el nombre de Catalina y Pedro se casó con ella en 1712. A esas alturas, tenían ya varias hijas: una de ellas, nacida en 1709, sería la futura emperatriz Isabel I de Rusia. Catalina era un personaje poderoso e influyente en la corte, generalmente aliada de Ménshikov. Se esforzaba por mantener la armonía cuando amenazaba una crisis y por moderar la cólera de Pedro cuando esta se desataba.

Pedro se dedicó a reorganizar las estructuras de la Iglesia y el Estado en la nueva ciudad. En 1715, envió como espía a Suecia a un tal Heinrich Fick, un jurista alemán, con la misión de estudiar el sistema administrativo sueco. Fick regresó con un conocimiento detallado del mismo, y, sobre esta base, Pedro puso en marcha una recreación de un gobierno central basado en colegios administrativos (consejos ministeriales) dirigido por un comité formado por funcionarios rusos y expertos extranjeros. Además, Pedro estaba cada vez más descontento con Stefan Yavorski, que tenía firmes ideas sobre el poder episcopal y pensaba que Rusia necesitaba exterminar a los heréticos. Yavorski entró en conflicto tanto con el zar como con el senado por el caso de un oscuro disidente de Moscú. Pese a que Pedro cedió en parte a las demandas de Yavorski respecto a las

excomuniones, decidió aplicar un nuevo régimen a la Iglesia. Otro obispo ucraniano, Feofán (Teófanos) Prokopovich, recién llegado a San Petersburgo, se enfrentó a la tarea de lograr algún tipo de acuerdo viable.

Se trataba de cambios trascendentes y llevó tiempo elaborarlos, sobre todo en mitad de la guerra con Suecia, que continuaba activa. Para el zar, había otras preocupaciones igualmente relevantes. En otoño de 1714, Pedro descubrió la extensión que había alcanzado la corrupción por parte de Ménshikov y otros muchos altos cargos. La construcción de San Petersburgo era una mina de oro, ya que todos los años se reclutaba a miles de campesinos: una oportunidad obvia para hinchar las listas de contratación y pagar de menos a los trabajadores. Los funcionarios culpables fueron azotados y enviados al exilio. Ménshikov fue sentenciado a devolver, literalmente, millones de rublos al Tesoro. Conservó su posición como gobernador de San Petersburgo, pero perdió el favor del zar. En la corte, salieron ganando los Dolgoruki y sus aliados. Ménshikov no era el único problema. El hijo de la primera mujer de Pedro, Alekséi Petrovich, que estaba ya en la veintena, había resultado una gran decepción para su padre. Pedro le había brindado una educación occidental, le había hecho aprender alemán y francés, historia y geografía, pero no les había sacado mucho partido. Una esposa alemana (hermana de la mujer del emperador Carlos VI) tampoco sirvió de ayuda, ya que su marido la trataba con frialdad y desprecio, y se buscó una amante entre sus criadas. Alekséi era un holgazán, no estaba interesado en aprender nada, no le atraían ni la política ni la guerra y prefería beber con su círculo de sirvientes y clérigos. Stefan Yavorski empezó a verle como futuro paladín de los intereses de la Iglesia, quizá

erróneamente, pero dio a conocer su punto de vista al respecto. Las relaciones entre padre e hijo empeoraron, y la existencia de la segunda esposa de Pedro, Catalina, significaba que era posible que nacieran otros hijos. Finalmente, en 1715, tanto Catalina como la esposa de Alekséi dieron a luz casi simultáneamente. Ahora existían dos herederos en potencia, si Pedro optaba por obviar a su hijo mayor. El zar escribió a Alekséi reprochándole su indiferencia por las cualidades necesarias en un futuro gobernante. Alekséi le respondió ofreciéndose a ingresar en un monasterio. Pedro le remitió una segunda advertencia, antes de partir hacia Europa occidental para hacerse cargo del ininterrumpido conflicto y viajar un poco más, esta vez a Francia.

Mientras Pedro estaba ausente, se produjo una crisis en los suministros para el ejército ruso en Finlandia. El senado, con sus defensores aristócratas, dio largas al asunto. Pedro se puso furioso y envió una orden tras otra, pero no pasó nada. Ménshikov entró en escena para requisar barcos y enviar los suministros, recuperando así de inmediato el favor del zar. Sus delitos quedaron olvidados. Pocas semanas después, Alekséi Petrovich, heredero del trono ruso, desapareció de Petersburgo. Durante varias semanas, nadie supo dónde estaba. Finalmente, los emisarios le encontraron en Viena, donde había huido para refugiarse junto al emperador Carlos, su cuñado, un hombre enormemente preocupado por el ascenso de Pedro al poder y su influencia potencial sobre Alemania. El emperador ofreció refugio a Alekséi, quien propuso a los ministros de Carlos que le entregaran un ejército para derribar del trono a su padre. Era una petición osada y los austriacos temían la reacción de Pedro, así que ocultaron al zarévich, primero en el Tirol y después en



Nápoles. A continuación, Pedro mandó a uno de sus diplomáticos, Piotr Tolstói, para traerle de vuelta. Este tuvo éxito en la empresa, sentando con ello la base de la fortuna de los Tolstói durante dos siglos.

Alekséi regresó a Moscú en enero de 1718. Comenzó un prolongado interrogatorio que puso en evidencia el alcance del apoyo a Alekséi entre los nobles y la Iglesia, entre otras cosas, porque el zarévich habló de todos sus cómplices. Entre sus simpatizantes, estaban el otro favorito, el príncipe Vasili Dolgoruki, Stefan Yavorski y muchos grandes aristócratas. En la medida en que Pedro pudo averiguarlo, no habían planeado nada específico, pero sí habían estado al corriente de la huida de Alekséi a Viena. Pedro se enfrentaba a un dilema: castigarlos a todos, a imitación de Iván el Terrible, o minimizar el asunto haciendo pagar a unos cuantos para tapar el escándalo. Con algo de persuasión por parte de su esposa, escogió la segunda alternativa. Fueron ejecutadas, aproximadamente, una docena de personas de bajo rango. El príncipe Vasili Dolgoruki y otros fueron exiliados, y Alekséi tuvo que comparecer ante una reunión del senado, los ministros, los generales y la alta clerecía para ser juzgado. Los laicos votaron por la pena de muerte, y docenas de los hombres mencionados por Alekséi como sus colaboradores firmaron el documento. Antes de que Pedro tomara la decisión final sobre la ejecución, el zarévich murió, probablemente por los efectos secundarios de la tortura judicial, pero no hay datos fiables acerca de la causa de su muerte.

Sea como fuere, el problema había quedado resuelto. Se decretó que, en adelante, el zar pudiera escoger a su sucesor a voluntad. A continuación, procedió a implantar la nueva

forma de gobierno, los colegios, y a poner por encima de la Iglesia una nueva institución, el Santo Sínodo, un comité de clérigos y seculares con un «Ober-procuror» a la cabeza. Esta estructura, inspirada en las lecturas de Prokopovich sobre la legislación sueca respecto a la Iglesia luterana, supuso una fractura brusca de la tradición ortodoxa. Según la nueva organización, el zar se convertía en «protector» de la Iglesia, y en la práctica era él quien nombraba a los miembros del Santo Sínodo. La Iglesia no volvería a desempeñar un papel en el campo de la política ni a oponerse a sus reformas.

En los siete años transcurridos desde la muerte de Alekséi hasta la de Pedro, en enero de 1725, se culminó su reordenamiento del gobierno, la cultura y la política exterior. La conclusión de la guerra con Suecia supuso un gran alivio, pero no se durmió en los laureles. Inmediatamente, aprovechó la provisional confusión política reinante en Irán para apoderarse de algunas de provincias del norte, un plan descartado tras su muerte pero revelador de sus propósitos. En este caso, las motivaciones eran puramente comerciales: el control de las áreas productoras de seda de Irán, un mayor acceso al mercado iraní y a los mercados de Oriente Próximo e India. Dado que eran objetivos prácticos, revelan hasta qué punto quería Pedro añadir apéndices comerciales a su imperio agrícola.

Con la restauración del Gobierno central, Pedro estableció una Tabla de Rangos, que había de reemplazar los antiguos rangos cortesanos y militares. Establecía una equivalencia entre los rangos militares y civiles, preveía el enaltecimiento de plebeyos a la nobleza si mostraban el talento necesario. Como marco para la administración estatal rusa, duró hasta 1917. En esos mismos años, Pedro también

intentó reorganizar la administración provincial rusa, para convertir las grandes provincias en 50 pequeñas, con subdivisiones y una separación de la administración y el poder judicial, todo ello basado en el modelo sueco. Sin embargo, Rusia carecía de recursos para aplicar dicho sistema. A la muerte de Pedro, el número de provincias se redujo a 14, con otra capa administrativa crucial por debajo de los gobernantes de provincias. Todos estos remiendos no resolvieron el problema de gobernar un vasto Estado con recursos limitados.

Las victorias de Pedro añadieron otro elemento al Estado ruso bajo la forma de las provincias bálticas de Estonia y Livonia. Por primera vez, Rusia disponía de territorios con una poderosa elite local no ortodoxa. La pérdida de privilegios y tierras ante el absolutismo sueco hizo que muchos nobles alemanes de la región respaldaran a Pedro. Cuando este expulsó a los suecos, en 1710, devolvió a la nobleza sus viejos privilegios, incluyendo cortes locales, dietas y el control de la Iglesia luterana sobre sus posesiones. El gobierno electo en las ciudades volvió a manos de los comerciantes urbanos alemanes. En el hetmanato ucraniano, Pedro se mostró más inflexible, ya que organizó la elección de Iván Sloropadki para reemplazar al prosueco Mazepa en 1708 y después, en 1722, abolió definitivamente el cargo de hetmán. No obstante, dejó intacta la estructura política y legal del hetmanato, que sobrevivió hasta la década de 1780. Así pues, Rusia no solo tenía nuevos territorios y pueblos, sino sistemas legales y políticos locales en Livonia y el hetmanato ucraniano, ambos diferentes a los rusos. En ambos lugares, los privilegios tradicionales y el sistema electoral mantuvieron el poder y la riqueza en manos de la nobleza

local, mientras que el zar nombraba gobernadores encargados de la supervisión general.

La intervención de Pedro en las provincias periféricas fue limitada. En las provincias interiores rusas siguió introduciendo más instituciones novedosas y reformadas. A partir de 1718 modificó el sistema impositivo ruso, y sus propias e innumerables improvisaciones financieras, por un impuesto único «por alma», que afectaba a todos los individuos no pertenecientes a la nobleza, lo que estructuró las finanzas y las relaciones sociales hasta la década de 1860. Algunas de estas medidas perduraron y otras no, pero todas ellas significaron que el Estado ruso con tara con instituciones básicas, competencias y obligaciones pormenorizadas en forma de leyes por primera vez. Esta legislación, que explicaba las razones para la aplicación de cada medida, fue publicada con elaborados prefacios. El nuevo sistema de gobierno había adquirido una apariencia idéntica a la del resto de las monarquías europeas.

Junto con la nueva forma de gobierno, llegó una nueva cultura. Pedro no suprimió la vieja cultura religiosa, sino que se limitó a ir importando la cultura seglar de la Europa coetánea. Envío al extranjero a cientos de jóvenes de la nobleza, fomentó, y en ocasiones dirigió, la traducción e impresión de libros europeos: no de grandes clásicos, sino textos sobre historia, arquitectura, matemáticas, geografía y otros temas. En los últimos años de su vida, mandó a su bibliotecario personal para reclutar científicos y crear una academia de ciencias en San Petersburgo, indicándole que buscara especialmente matemáticos y físicos. El proyecto estaba a punto de materializarse cuando murió, pero su esposa y sucesora instauró dicha academia en su memoria. El

resultado fue la Academia Rusa de las Ciencias, fundada en 1725. Pedro no estaba interesado solamente en la ciencia y el arte, también aspiraba a europeizar los usos sociales rusos. Según el pensamiento occidental de la época, para que un Estado disfrutara de orden, precisaba de una población instruida y civilizada. En 1819, Pedro decretó que la nobleza tenía que cambiar sus hábitos sociales. Los banquetes solo para hombres de los viejos tiempos quedaron atrás, y en su lugar, los nobles tenían que mantener una especie de casa abierta (conocidas como «asamblea») en días determinados e invitar a sus conocidos, incluidos los de menor rango. Debía cultivarse el divertimento –música, bailes y juegos de cartas– y, por encima de todo, en las reuniones debían participar las mujeres. Como tantos de los decretos culturales de Pedro, exigía lo que se había convertido ya en una práctica bastante generalizada. Los diplomáticos comprendieron al instante que las asambleas eran el lugar perfecto para intercambiar información sobre política o simplemente las noticias del día.

Casi lo último que hizo antes de morir fue ordenar la traducción del libro *De los deberes del hombre y del ciudadano* del jurista e historiador alemán Samuel Pufendorf. Esta exposición muy difundida sobre la naturaleza del Estado, sustentaba el gobierno, en última instancia, en la ley natural y un contrato entre los hombres en estado natural. Pufendorf también recalca el deber del gobernante de trabajar por el bien común, no solo por el suyo, y la obligación del ciudadano de obedecer sin recurrir a ningún tipo de rebelión. Creía que la ley natural era obra de Dios, pero separaba estrictamente el Estado y sus leyes del mandato divino. Para Pedro, esto implicaba que el zar seguía siendo el soberano, aunque el carácter de su gobierno se basaba en las leyes

natural y humana, no meramente en la tradición y la piedad personal del gobernante. El pensamiento político europeo había llegado a Rusia.

Pedro el Grande, con sus excentricidades y sus logros, fue un gobernante sin parangón en la historia de Rusia. Durante la mayor parte del siglo <sup>xviii</sup>, fue el gran ideal de la monarquía rusa y gozaba de apoyo tanto entre su pueblo como en el extranjero. Con el paso del tiempo, esta imagen empezó a cambiar. Ya en tiempos de Catalina, los nobles conservadores habían empezado a quejarse, haciéndose eco de sus antecesores de la época de Pedro, de que este había importado usos extranjeros a Rusia, minando su religión y su moralidad ancestrales. En el siglo <sup>xix</sup> estalló una gran disputa sobre el tema, que enfrentó a los liberales y radicales prooccidentales con los admiradores eslavófilos de la tradición rusa. Es decir, los defensores de Pedro se vieron enfrentados a sus detractores. Fue una disputa rebotante de metafísica y orgullo nacional, pero queda en el aire la pregunta: ¿qué consiguió, en realidad, Pedro?

La respuesta más evidente tiene que ver con la religión. La subordinación administrativa de la Iglesia al zar, por importante que fuera, era solo una faceta de los cambios introducidos por Pedro. Estaba empeñado en poner a la Iglesia en su lugar, pero respetaba la religión. Asistía a las liturgias al menos una vez a la semana en San Petersburgo, y con mayor frecuencia en Cuaresma y Semana Santa. Su estilo de observancia religiosa se desviaba en otros aspectos de la ortodoxia tradicional. Tras la muerte de su madre, no realizó ni un solo peregrinaje a cualquiera de los muchos templos con reliquias e iconos milagrosos. En su nueva capital, había un solo monasterio, fundado en 1714; Pedro lo visitaba

ocasionalmente, pero se sentía atraído por los sermones de los monjes ucranianos, a quienes Pedro buscaba y con los que, al parecer, disfrutaba. El monasterio estaba dedicado al príncipe Alejandro Nevski, un santo consagrado en la Iglesia ortodoxa, pero más conocido por sus victorias militares, entre otras la del Neva contra los suecos. Por si el significado de la elección no hubiera quedado claro, Pedro dispuso que la fiesta del santo pasara del tradicional 30 de noviembre al 23 de agosto, día de la firma del Tratado de Nystad, que había puesto fin a su propia campaña contra Suecia. Pedro conocía bien las Escrituras y la liturgia, y era capaz de intercambiar citas bíblicas con sus corresponsales, pero su piedad personal fue producto de los cambios culturales en la ortodoxia rusa del siglo <sup>xviii</sup>, el acento en los sermones y el estudio por encima de los milagros y el monasticismo.

Aquí, la clave está en el desplazamiento del énfasis: Pedro no abolió los monasterios ni prohibió la devoción a las reliquias milagrosas. De modo similar, no tenía la menor intención de eliminar ninguna creencia. La consecuencia de su política fue poner fin al dominio universal de la religión en la cultura rusa y reducirla al plano que ocupaba en la vida de principios de la Europa moderna tras el Renacimiento: un sistema fundacional basado en la fe, en una sociedad que por su elevado nivel cultural era ya laica. Fue así como logró, en 36 años, un cambio en la cultura rusa que había llevado siglos alcanzar en Europa occidental.

La nueva cultura secular importada a Rusia en tiempos de Pedro era incuestionablemente europea. En su día, nadie la consideraba tal: ni los rusos ni los europeos usaban términos como «occidentalización» o «europeización». Se opinaba que Pedro había llevado la educación y la cultura a

un lugar lleno de ignorancia, luz en vez de oscuridad. Lo que es más, el término «europeo» puede resultar equívoco, ya que enmascara las elecciones realizadas por Pedro y otros rusos entre la gran variedad de culturas europeas. Los gustos de Pedro eran inusuales, por decirlo con suavidad. Tenía lo que algunos coetáneos llamaban una «mente matemática», lo que quería decir que estaba interesado en lo que entonces se entendía por matemáticas. Esto hacía referencia no solo a una ciencia teórica de los números, sino también a la mecánica, la hidráulica, la fortificación, la exploración, la astronomía, la arquitectura y otras muchas ciencias y técnicas que empleaban las matemáticas en mayor o menos medida. No había soberano europeo que compartiera sus gustos, y estos eran desconocidos entre los aristócratas rusos de su corte. También le apasionaban los holandeses, su idioma, sus barcos, su ingeniería, su arquitectura y su pintura. En general, su cultura personal se inspiraba en el norte protestante de Europa, de donde tomó prestadas sus leyes y administración, su marina, la ingeniería para su nueva capital y muchas cosas más. A pesar de su inclinación por los holandeses, sus arquitectos eran más bien alemanes o italianos, y sus escultores, italianos. Era ecléctico a la hora de elegir, igual que los demás rusos, en su mayoría aristócratas, a cuyo interés cultural en Europa se le puede seguir la pista. Muchos nobles, y al parecer todos los adversarios de Pedro, se sentían más atraídos por la cultura católica del sur de Europa y Polonia, por la grandiosidad barroca de Roma y las constituciones aristocráticas de Venecia y Polonia. Algunos elementos de la cultura europea no habían llegado aún a Rusia, como la jurisprudencia, la medicina y el estudio académico de los clásicos. En aquel momento, el resultado



era una extraña mezcla de la Europa barroca y los comienzos de la Ilustración moderna, una combinación de factores dispares, y a veces contradictorios, derivados del pensamiento y la cultura europeos.

Parte de la transformación cultural rusa fue una nueva concepción del Estado. Los objetivos del Estado ruso tradicional eran muy simples: mantener el poder del zar y su gobierno, en el interior y el exterior, y conservar el Estado mediante una conducta justa y cristiana de sus líderes. Pedro introdujo un objetivo secolar, el bien del Estado (incluidos sus súbditos), así como los medios para alcanzar sus objetivos. Esto es, la instauración de un orden justo y legal y la educación de la elite en la cultura europea. Era precisamente en esta última en la que los portavoces de Pedro hacían mayor hincapié, proclamando que había traído la luz (enseñanza) a la oscuridad (ignorancia). Era la misma interpretación que hacían sus coetáneos europeos de la situación y los logros de Pedro. No menos importante fue la creación de un fundamento explícito, legal y por escrito de instituciones gubernamentales. No era una Constitución en el sentido moderno, pero sí una ruptura acusada con los fundamentos no escritos tradicionales de los anteriores gobiernos rusos. La estructura que creó era notablemente similar a la de las monarquías europeas, y como tal fue aceptada en Occidente. Compartía con muchos Estados europeos una contradicción fundamental: que el monarca fuera la fuente de toda legislación. En semejantes condiciones, ¿cómo preservar el orden legal si el gobernante optaba por ignorarla? Con el tiempo, esta contradicción presente en los Estados europeos solo pudo resolverse por medio de la Revolución francesa y sus consecuencias, pero de

momento todo parecía funcionar.

El Estado ruso se parecía a Europa, pero tenía sus peculiaridades. Rusia carecía de una importante institución, universal en los Estados europeos: una instrucción en leyes. Rusia no tuvo una universidad con una Facultad de Derecho hasta 1755, y la profesión de abogado no surgió hasta el siglo <sup>xix</sup>. Otro problema, típicamente ruso, del Estado de Pedro fue que sus nuevos rasgos se concentraban en San Petersburgo. La reforma de la administración provincial introducida por el zar nunca había resultado especialmente eficaz, languidecía por falta del personal adecuado, y fue abolida después de su muerte. Al contrario que las monarquías europeas, Rusia no contaba con una estructura administrativa suficientemente densa y preparada para hacer cumplir la voluntad del zar en una sociedad provinciana. En la capital se formulaban impecables medidas ilustradas que no afectaban directamente a las provincias. Solo para la recolección de impuestos. Pedro tenía que recurrir a menudo a delegaciones especiales de oficiales militares. En cierta medida, el nuevo Estado flotaba en el aire sobre una sociedad que no estaba cambiando al mismo ritmo que la capital, o incluso que Moscú. Para los campesinos, sus relaciones con el Estado apenas habían variado.

A pesar de estas limitaciones, no obstante, Pedro tuvo éxito y transformó su país para siempre. Ciertamente que lo hizo con la ayuda de algunos cambios previos, en especial en la cultura de la Iglesia y la elite boyarda en las décadas finales del siglo <sup>xvii</sup>. Con todo, su reordenación del Estado, surgida de improvisaciones iniciales y la decisión de adoptar el modelo de administración sueco, no tuvo precedentes. Pedro no hizo todo esto solo. Buena parte de su éxito radicó en su habilidad

política para manejar a una aristocracia renuente, que inevitablemente perdió parte de su poder en la nueva Rusia. Los aristócratas, dejando de lado las leyendas, no eran boyardos de larga barba que intentaran volver a la Rusia ortodoxa de 1650. También eran europeos, pero con objetivos e intereses diferentes a los del zar. Pedro los mantuvo a raya nombrando a suficientes de ellos en el nuevo gobierno, el ejército y el cuerpo diplomático para mantenerlos contentos, aunque no plenamente satisfechos. Pedro también tuvo que lidiar con la insatisfacción popular, que incluía cierto punto de descontento. Cuando el descontento se convirtió en sublevación, reprimió esta con salvajes castigos aprobados por Europa. Nadie respaldaba a unos rebeldes alzados contra la Corona. En cuanto a los aristócratas, Pedro se comportó de un modo radicalmente distinto, fingiendo ignorar sus simpatías por su hijo y conservándolos en el núcleo del gobierno junto con sus favoritos y expertos occidentales hasta el final de su reinado. Pedro consiguió así mantener a la elite unida y aliada con él y sus políticas. Su capacidad magistral para la política cortesana fue tan importante como su implacable determinación y su voluntad férrea.

La muerte de Pedro, en enero de 1745, sumió a Rusia en una crisis política, porque una de las muchas paradojas de su reinado es que no cumplió la disposición de su propio decreto, que permitía al zar nombrar a su sucesor. Así pues, había varias alternativas posibles: su esposa Catalina, coronada como emperatriz el año anterior; su nieto de diez años, Pedro, hijo del desafortunado Alekséi, y varias hijas habidas con Catalina. Las últimas eran demasiado jóvenes o estaban casadas en el extranjero; la elección se reducía a

Catalina o a Pedro bajo una regencia. La elite gobernante se dividió al respecto, pero tras considerables presiones de los regimientos de la guardia, el senado optó por Catalina. Por primera vez, los guardias dieron a conocer sus deseos y optaron por una mujer. Aunque Catalina tenía fama de poseer una personalidad muy fuerte (el «corazón de un león», en palabras del embajador francés), no resultó una gobernante eficaz. Al poco tiempo, la dirección del Estado pasó a manos de Ménshikov y se constituyó un Consejo Supremo Privado para gestionarlo. Catalina murió en 1727. Con un zar niño, Ménshikov parecía dispuesto a hacerse con el poder, pero los aristócratas resultaron ser demasiado poderosos. El Consejo Supremo Privado le exilió a Siberia, donde murió. Los príncipes Dolgoruki y Golitsin se erigieron en amos del gobierno y marcaron una nueva ruta, trasladando la capital de nuevo a Moscú. Fortalecieron su posición casando al joven zar con una princesa de los Dolgoruki. Entonces, intervino el destino. De repente, en 1730, Pedro II murió de viruela. Los aristócratas tenían que encontrar otro monarca, pero no eligieron a la hija superviviente de Pedro, Isabel, sino a su sobrina, Ana, hija del en tiempos cozar Iván V. Ana, que gobernaba el ducado de Curlandia en el Báltico como viuda del duque, fue convocada a toda prisa a Moscú. La aristocracia impuso una serie de condiciones que Ana tendría que firmar para ascender al trono, condiciones que otorgaban el poder a los miembros fijos del Consejo Supremo Privado, los Dolgoruki y los Golitsin. Ahí cometieron un error fatal, ya que dichas imposiciones no incluían a la aristocracia en su conjunto, sino a un selecto corrillo de familias. Según informaba el embajador inglés, los aristócratas rusos «no tienen claro en absoluto lo que es un gobierno limitado».

Cuando Ana llegó a Moscú, evaluó enseguida la situación, y con el apoyo de otros clanes, la nobleza de a pie y los guardias rompió el pliego de condiciones y restauró la autocracia. Rusia retornaba a la ruta que Pedro había planificado, pero con otra mujer en el trono sin heredero directo, varón o hembra. Nadie sabía que durante los siguientes 66 años, los gobernantes de Rusia serían mujeres, como Ana, colocada en el trono por obra de varones aristócratas y oficiales de la guardia.

## Dos emperatrices

Con la restauración de la autocracia, Ana ascendió al trono como emperatriz de Rusia, y, al cabo de un tiempo, envió al exilio a los líderes de los clanes Golitsin y Dolgoruki. En la memoria de la nobleza rusa, los 10 años del reinado de Ana constituyeron un periodo negro de gobierno por los favoritos alemanes de Ana, en particular su chambelán Ernst-Johann Bühren (Biron para los rusos), supuestamente todopoderoso e indiferente a los intereses rusos. La alusión era una considerable exageración. Tras un breve interludio, la sucedió la emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande y monarca capaz y firme (1741-1761). Por debajo de todo el drama cortesano, fue tomando forma la cultura de la nueva Rusia, y el país entró en la era de la Ilustración. En esas décadas también podemos ver un atisbo de la sociedad rusa que va más allá de las descripciones del estatus legal y llega a la red de las relaciones humanas.

Políticamente, la corte de Ana no era un lugar precisamente agradable, aunque la historia de la «dominación alemana» era, en gran medida, una leyenda. Ana se sentía próxima, personalmente, a Biron, que le había servido bien en Curlandia, donde había vivido desde la muerte de su esposo el duque en 1711. Puso la política exterior en manos del conde Andréi Ostermann y el ejército en las del conde Burjard Christian Münich, pero los tres no constituían en absoluto una camarilla. De hecho, se odiaban y establecieron alianzas con los más numerosos grandes de Rusia en la corte y en el gobierno. La verdad es que Ana confiaba en ellos y unos cuantos más, y no consultaba a la elite en su conjunto. El

senado languideció. Como es lógico, a Ana le aterrizzaba la idea de que hubiera complots contra ella a favor de Isabel, la hija mayor superviviente de Pedro, u otros aspirantes al trono, y empleó la cancillería secreta para intentar desvelarlos. El episodio más oscuro del reinado fue el enjuiciamiento y la ejecución de su ministro Artemi Volinski en 1740, acusado de insultar a la emperatriz. El cargo era una excusa: la auténtica razón de su muerte fue la caída en desgracia de Volinski ante Biron y Ostermann, y sus propios y ambiciosos planes, que atemorizaban a Ana y muchos otros de su séquito.

El reinado de Ana no fue un fracaso. Recuperó gran parte del trabajo realizado por Pedro, que había sido rechazado por la oligarquía en tiempos de Pedro II. Devolvió la capital a San Petersburgo y abolió el Consejo Supremo Privado. No devolvió el poder al senado, sino que gobernó con un gabinete ministerial dominado por sus favoritos. Su gobierno intentó reducir la carga para el país que suponían el mantenimiento de la gran marina y el ejército creados por Pedro, pero descubrieron que no podían hacerlo. En lugar de ello, Rusia libró con éxito una guerra en Polonia para impedir que Francia sentara en el trono polaco a un rey hostil a Rusia y Austria. A continuación, Rusia entró en guerra con Turquía. Münich resultó ser un comandante muy capaz, y Rusia logró recuperar el fuerte de Azov, que había perdido en 1771.

Dado que el esposo de Ana había muerto antes de que pudieran tener descendencia, ella seguía sin heredero. De acuerdo con la ley sucesoria establecida por Pedro en 1722, escogió a su sucesor, si bien lo hizo en su lecho de muerte: un niño de dos meses al que se dio el nombre de Iván VI. La conexión del bebé con el trono ruso era remota. Era nieto de

la hermana mayor de Ana, Catherine, que se había casado con el duque de Mecklenburg en 1716. La hija de Catherine, llamada también Ana, se casó a su vez con el duque de Brunswick-Bevern-Lüneburg, e Iván fue su primer hijo. En otras palabras, el zar de Rusia era un príncipe menor alemán con una conexión de lo más remota con el país que, supuestamente, habría de gobernar. Como era obvio, el zar bebé necesitaba un regente, algo que sacó a la luz los conflictos entre los grandes del país. Al principio Biron estuvo a cargo de todo, pero Múnich no tardó en expulsarle del trono, solo para caer víctima de Ostermann y los parientes del zar niño. Para complicar más las cosas, Suecia declaró la guerra a Rusia en el verano de 1741, en un intento de vengarse de sus anteriores derrotas. En tales circunstancias, surgió un elaborado complot con todo tipo de ramificaciones internacionales (el embajador francés era uno de sus líderes). En noviembre de 1741, la guardia derrocó a la regencia y llevó a hombros a Isabel hasta el palacio de invierno. Iván IV y la familia Brunswick fueron exiliados al norte de Rusia, donde Iván habría de morir en la conspiración de Mirovich de 1764. Su familia fue liberada al cabo de unos 20 años.

El reinado de Isabel trajo consigo un renovado sentimiento de normalidad a Rusia. Los Golitsin, Dolgoruki y presuntos cómplices regresaron del exilio, y sus tierras y posición les fueron devueltas. El senado recuperó la función que había ocupado bajo Pedro. El ejército ruso derrotó a los suecos, poniendo rápidamente fin a la guerra en 1743. Isabel era inteligente y capaz, pero bastante perezosa e indulgente consigo misma. El número de sus vestidos llegó a ser legendario y, de modo modesto, compartió el gusto de su padre por los banquetes y la bebida. Se casó en secreto con su



amante, originalmente un niño de coro ucraniano llamado Alekséi Razumovski, que se convirtió en un personaje importante en la corte. Mostró la inteligencia suficiente para no arrojar sombra sobre los demás, y durante la mayor parte del reinado, los asuntos estuvieron en manos de los Shuválov, los hermanos Pedro y Alejandro, y el canciller (ministro de Exteriores) Alekséi Bestuzhev-Riumin. Todos estos hombres, como sus rivales, los Vorontsov, provenían de familias de la antigua nobleza. Distaban mucho de ser grandes aristócratas, pero ahora se asentaron en posiciones secundarias del gobierno y la diplomacia. Los grandes de Isabel eran personajes relativamente nuevos, que debían su posición a la promoción por Pedro de jóvenes con talento de fuera del estrecho círculo de las viejas familias aristocráticas. Bestuzhev-Riumin era un diplomático experimentado, y los Shuválov habían formado parte del séquito personal de Isabel en la década de 1730. Aunque su ascenso obedecía a su contacto personal con la nueva emperatriz, se mostraron enérgicos e inteligentes. Fueron los primeros, desde tiempos de Pedro, en dirigir sistemáticamente su atención al desarrollo económico de Rusia, sobre todo al fortalecimiento de su comercio. En 1752 convencieron a Isabel de que aboliera todos los peajes interiores y subiera ligeramente las tarifas, para que el comercio fuera más libre sin que se resintieran los ingresos del Estado. Hubo otras ideas; las más importantes fueron redactar un nuevo código legal y el plan de secularizar las tierras de los monasterios, aunque ninguna de ellas llegó a materializarse. También presentaron a Isabel a su joven primo Iván Shuválov, que se convirtió en un personaje importante de la cultura rusa.

La decisión de Isabel de unirse a Austria contra Prusia

en la Guerra de los Siete Años (1756-1763) anuló todo plan de reforma. El ejército ruso se desempeñó bien ante el supuesto genio militar de la época, Federico el Grande, e incluso llegó a ocupar Berlín brevemente en 1760. La muerte de la emperatriz, el día de Navidad de 1761 del calendario juliano, puso fin a la participación rusa en el conflicto, dejando preparado el escenario para un nuevo drama.

Mientras la corte alternaba una gobernación rutinaria con peligrosas intrigas y trágicas revoluciones palaciegas, Rusia fue incorporando gradualmente los cambios culturales resultantes del giro hacia Europa de Pedro el Grande. No es cierto que las emperatrices y la elite de la corte no desempeñaran papel alguno en el desarrollo y la profundización de la cultura rusa. La emperatriz Ana fue, paradójicamente, una de las mayores innovadoras. Durante su reinado, Rusia abandonó la simplicidad de los tiempos de Pedro y adquirió una corte como las de otros Estados europeos con las habituales instituciones culturales. Ana fue la primera en crear un teatro de corte, empezando con una compañía italiana de la *Commedia dell'Arte*, y después con representaciones regulares de compañías francesas y alemanas. Además, adquirió una compañía de ópera, junto con su compositor y director, el napolitano Francesco Araya. Ana reemplazó el diminuto palacio de invierno de Pedro por uno nuevo, más adecuado al estatus de los gobernantes de Rusia. A Ana no le preocupaba solo la corte, ya que fundó también el Cuerpo de Cadetes de Infantería, aprovechando los viejos edificios del palacio de Ménshikov. El Cuerpo de Cadetes evolucionaría más adelante hasta convertirse en una academia militar de elite. En el siglo XVIII era la principal institución para la educación de jóvenes nobles rusos y ofrecía un amplio

programa, que tomó prestado de las academias para jóvenes nobles comunes en Europa central. La escuela enseñaba temas militares, pero también hacía hincapié en los idiomas modernos, historia, jurisprudencia elemental y matemáticas. En el Cuerpo de Cadetes estudiaron no solo oficiales, sino también ministros del gobierno y muchos escritores.

Isabel continuó en la misma dirección y encargó a Bartolomeo Rastrelli la construcción del magnífico palacio de invierno que ha perdurado hasta nuestros días. San Petersburgo tenía, al fin, una residencia para el monarca que rivalizaba con las de otras capitales europeas, e incluso las superaba. Isabel adoraba el teatro aún más que Ana: en su corte se celebraban representaciones de ópera y de teatro francés dos o tres veces a la semana. Araya mantuvo su puesto hasta el final de su reinado, escribiendo sus propias óperas y produciendo las obras de otros destacados compositores de entonces. En 1749, su teatro puso en escena por primera vez una obra rusa, *Semira*, de Aleksandr Sumarókov (1718-1777), un recién graduado del Cuerpo de Cadetes. *Semira* era una típica obra teatral en verso y con cinco actos, que se atenía a las unidades clásicas de tiempo y lugar e imitaba el teatro francés, a Racine, Corneille y Voltaire (considerado un gran dramaturgo y poeta, en vez de un pensador). Hoy parece rígida y aburrida, con versos poco sugerentes y una trama más que previsible, que enfrentaba el deber al amor. Fue lo bastante buena, no obstante, como para encantar a Isabel y a su corte. La representaron los jóvenes del Cuerpo de Cadetes, que interpretaban tanto los papeles masculinos como los femeninos cambiando la voz. Los rusos no ponían la menor objeción a la presencia de mujeres actrices: el problema era que el teatro era algo tan novedoso que no había ninguna

disponible, ni existía un equivalente femenino del Cuerpo de Cadetes. La aparición de una obra rusa, seguida rápidamente por otras muchas, impuso la necesidad de actores rusos. A finales de la década de 1750, Rusia tuvo sus primeros teatros nativos, el de la corte y algunas efímeras intentonas fuera de ese circuito. Rusia tampoco tenía una escuela de bellas artes, y en 1756 Iván Shuválov fundó la Academia de las Artes en San Petersburgo. A lo largo de todo el siglo siguiente, sería el principal centro de la pintura y la escultura rusas.

Rusia, sin embargo, seguía careciendo de universidad. La Academia de las Ciencias de Pedro había incluido una, pero era demasiado pequeña para tener mucho impacto. Nuevamente, fue el favorito de Isabel, el conde Iván Shuválov, quien tomó medidas para corregir la situación. La emperatriz decretó la fundación de una universidad en Moscú, que abrió sus puertas en 1755. En los primeros años, la universidad seguía muy de cerca el modelo alemán, con una facultad marcadamente germana y conferencias, a menudo en latín, pero funcionó. Tenía dos gimnasios para preparar a los estudiantes, uno para los nobles y otro para los sectores más humildes de la sociedad. La nueva universidad contaba con facultades de derecho y medicina, así como de artes y ciencias, y sus primeros licenciados harían grandes aportaciones a la cultura rusa.

Shuválov tenía la habilidad política para guiar a la universidad a través del laberinto de los despachos gubernamentales, pero para los detalles programáticos recurrió a la Academia, y en particular a Mijaíl Lomonósov (1711-1765), que llevaba algún tiempo presionando en vano en favor de la institución. Lomonósov fue, en muchos aspectos, el último hombre de la era de Pedro. Hijo de un

rico comerciante del remoto norte que poseía bosques de pesca, era, legalmente, un campesino. Lomonósov había viajado a pie hacia el sur, hasta Moscú, para entrar en la Academia Eslavo-Greco-Latina en 1731. Tras su graduación, fue enviado a Alemania para estudiar minería, pero finalmente optó por la química y ciencias relacionadas. Tuvo que abandonar a toda prisa la Universidad de Marburgo, ya que la hija de su casero estaba embarazada, y se entregó a la misericordia del embajador ruso en Holanda. Por fortuna, el embajador le envió de vuelta a San Petersburgo, donde ocupó un puesto en la academia y pudo llevar a su amante alemana para convertirla en su esposa. El logro científico más importante de Lomonósov fue una versión temprana de la ley de conservación de la materia y la energía, que sería después formulada por Lavoisier en Francia, pero Lomonósov era un tanto multidisciplinar. Era un importante poeta que escribía muchas odas para celebraciones cortesanas, un género importante en aquel entonces, ya que las odas solían declamarse en la corte ante la propia emperatriz. No eran simples halagos, ya que Lomonósov las empleaba para presentar un programa de monarquía poderosa e ilustrada que reflejaba sus prioridades, así como las de Isabel y la elite de la corte. Además, le robaba tiempo a la química para enzarzarse en disputas sobre la historia rusa y, lo más importante, sobre la codificación de la gramática rusa. Esta contribución, en apariencia simple, estuvo preñada de consecuencias, ya que los cambios culturales en la etapa de Pedro habían dejado empantanado el lenguaje literario ruso. El viejo lenguaje literario había sido configurado por la Iglesia, y era una combinación de antiguo eslavo eclesiástico y elementos vernáculos. Durante el reinado de Pedro se introdujeron

miles de palabras y conceptos nuevos y se restringió el lenguaje eclesial a los textos religiosos tradicionales. La contribución de Lomonósov consistió en regular todo aquello, declarando que los elementos eslavos eclesiales eran apropiados para la alta literatura, pero no necesariamente para la conversación o los textos ordinarios. Ofreció una gramática para el lenguaje escrito normal, que sería esencialmente el vernáculo escrito. Junto con su propia poesía y otras obras, sentó las bases del lenguaje literario de Pushkin y Tolstói.

Puede que Rusia no tuviera universidad, pero desde luego tenía una Iglesia. El reinado de Isabel fue el punto culminante del dominio de la Iglesia ortodoxa por obispos ucranianos, formados en Kiev y otros lugares de modelo occidental y, en gran medida, católicos. Llevaron el latín y la literatura devocional occidental a la clerecía rusa, y continuaron esforzándose por transmitir sus enseñanzas a la población a través de sermones e intentos de educar a los clérigos. Lo que no pudieron hacer fue interferir en el proceso de absorción de la cultura seglar occidental. La Iglesia en lucha, bajo el poder del Estado mediante el Santo Sínodo, carecía de la posibilidad de prohibir libros o inmiscuirse en el proceso educativo. Los jóvenes de la escuela de cadetes recibían, desde luego, instrucción religiosa, pero la instrucción estaba plenamente en manos de laicos. Al florecer la Ilustración europea, esta peculiaridad hizo que libros prohibidos en Francia o Italia aparecieran en Rusia sin obstrucción alguna por parte de los clérigos.

A partir de 1750, la Ilustración llegó a Rusia. Para los hombres de la generación de Lomonósov, formados en la primera mitad del siglo, la cultura europea que absorbieron

fue esencialmente la del racionalismo del siglo <sup>xvii</sup>. La filosofía predominante en la academia durante la juventud de Lomonósov era la de Georg Christian Wolf, seguidor y sistematizador del trabajo de Gottfried Leibnitz y consejero de Pedro para la Academia de las Ciencias. Wolf enseñaba un racionalismo deductivo basado en la matemática y la lógica, no en la experiencia sensorial, para alcanzar sus conclusiones. Aunque muchos teólogos luteranos le consideraban una amenaza, Wolf no tenía nada que objetar a la religión revelada, y guardaba el mismo respeto hacia la monarquía absoluta. Era también la visión del mundo que propagaba la facultad de filosofía de Moscú, cosa que no es de extrañar, ya que mantuvo su influencia en las universidades alemanas hasta la década de 1770 y más allá. En los años centrales del siglo, no obstante, en las bibliotecas y librerías rusas empezaron a penetrar indirectamente nuevas ideas procedentes de Francia e Inglaterra. Las obras de teatro de Voltaire, algunas de ellas representadas en Rusia, ilustraban temas clásicos de la Ilustración francesa: la tolerancia religiosa, la monarquía ilustrada y la lucha contra la superstición y los clérigos. Cuando el francés empezó a reemplazar al alemán en la corte durante esos años, los escritores franceses adquirieron un público en Rusia. En 1756 apareció el primero de los ensayos de Voltaire traducidos al ruso. Tres años después, lo hizo su novela *Zadig*, el primer texto importante de la Ilustración francesa en ser traducido. Esta pequeña corriente fue convirtiéndose en una inundación durante el siguiente reinado.

Los esfuerzos políticos y culturales del Estado y la corte eran una carga sobre los hombros de los campesinos rusos, un 70 por 100 de los cuales eran siervos. Alrededor de la mitad

de los campesinos eran propiedad de pequeños terratenientes, otro 15 por 100 eran siervos de los monasterios ortodoxos y los restantes eran relativamente libres. Los siervos de los monasterios habían sido objeto de la política del gobierno desde tiempos del zar Alekséi, que se había hecho con el control de todas las tierras de la Iglesia para apuntalar los ingresos del Estado. Pedro había seguido su ejemplo pero, tras su muerte, las tierras volvieron a manos de la Iglesia. En la década de 1750, los Shuválov decidieron tomar medidas más radicales: el Estado confiscaría las tierras de los monasterios y convertirían a los campesinos en arrendatarios del Estado. En la práctica esto habría significado el fin de la servidumbre para los campesinos de los monasterios, pero la guerra con Prusia se interpuso y la reforma se pospuso.

El 50 por 100 de los campesinos propiedad de los pequeños terratenientes disfrutaban de posiciones económicas muy diversas. En el viejo corazón de Rusia central y el noroeste, la mayoría de los campesinos rara vez desempeñaban servicios laborales, aunque los nobles podían exigirselos en cualquier momento. Casi todos pagaban algún tipo de renta y gestionaban los asuntos de su aldea ellos mismos, bajo la supervisión de un, a menudo distante, funcionario estatal o de un propietario (aún más distante). La economía del campesinado en estas regiones era una compleja mixtura de cultivos comestibles, ganadería a pequeña escala y actividades más especializadas, como la horticultura para las poblaciones de Moscú y San Petersburgo, que crecían sin parar. Algunos campesinos cultivaban también lino y cáñamo o esparto para hacer cuerdas. Al nordeste de Moscú, y en especial en el alto Volga, iban apareciendo aldeas e incluso distritos en los que los



campesinos apenas cultivaban la tierra. Fabricaban sartenes y otros artículos de hierro, tejían telas bastas, hacían cucharas y platos de madera, o producían artículos más sofisticados, como baúles pintados, juguetes e iconos de madera y metal. Ahí surge el origen de la pintura de iconos estilo Palehk, y la posterior producción de cajas lacadas. En estas aldeas, los artesanos más ricos eran también comerciantes que asistían a las ferias locales, como la gran feria próxima a Nizhni Nóvgorod, o viajaban a Moscú y San Petersburgo. Algunos de estos campesinos comerciantes llegaron incluso a Arcángel ya en tiempos de Pedro. Muchas de ellas eran aldeas de monasterios, pero algunas eran propiedad de grandes magnates como los Sheremétev. Con el transcurso del tiempo, las aldeas Sheremétev se convertirían en grandes ciudades industrializadas.

Al sur del río Oka, donde empezaba la estepa con sus negros suelos, apareció un tipo diferente de economía servil. Esta zona estaba aún abierta a las incursiones desde Crimea en busca de esclavos, pero desde la década de 1630 el Estado ruso había fortalecido sin cesar sus defensas en el sur, por lo que en 1750 el área era relativamente segura. Las líneas defensivas del siglo <sup>xvii</sup> habían dependido de aldeanos armados, cosacos y nobles locales, pero el ejército regular de Pedro los sustituyó en gran medida, dejando tierra abierta para un asentamiento normal de los campesinos. Los nobles empezaron a desplazarse más y más al sur, comprando o recibiendo grandes propiedades como concesiones del gobierno. Al principio, muchas de ellas se dedicaron a la cría de ganado ovino y bovino, una actividad que era más fácil de gestionar en áreas remotas y poco pobladas. Pronto comenzaron a sembrar cereales y los nobles a crear

propiedades, en gran medida cultivadas por trabajadores. Este sistema exigía la presencia próxima de un supervisor que diera órdenes a los campesinos, o que el propietario viviera en la zona. Los servicios laborales eran mucho más opresores para los campesinos, y solo compensaba esto la mayor fertilidad del suelo del sur.

A pesar de todo, el campesinado no se vio reducido a una pobreza abyecta y generalizada. Los campesinos rusos del siglo XVIII probablemente comieran tan bien como su homólogos franceses o alemanes, al menos en años de cosechas normales, y era propietarios de sus animales, arados y otras herramientas agrícolas, así como de modestos bienes materiales. La naturaleza opresora del sistema de siervos no estaba en la dieta o en la falta de posesiones de los campesinos, sino más bien en la naturaleza de las relaciones sociales que definían la servidumbre. Esta jamás fue definida en una ley escrita, aunque por costumbre el amo tenía un poder casi omnímodo sobre el siervo. Podía exigirle cualquier tipo de trabajo o de pago, prohibir matrimonios, reordenar las asignaciones de tierras en la comunidad o trasladar aldeas completas a diferentes partes del país. Podía hacer cualquier cosa que no fuera torturar o matar al siervo. En la práctica, el maltrato radical no beneficiaba a los intereses del propietario, aunque no todos los amos eran conscientes de ello. En todo caso, la amenaza de exacciones y órdenes arbitrarias pendía sobre el siervo durante toda su vida. El único límite al poder del propietario era la amenaza de revueltas o de venganza personal, una posibilidad muy real dada la falta de control efectivo del Estado en las áreas rurales. Pero esta opción significaba que el campesino quemaba sus puentes y se veía obligado a huir, lo que para la mayoría de ellos no era

deseable. Era mejor soportar al amo y esperar lo mejor.

Afortunadamente, no todos los campesinos rusos eran siervos. Alrededor de un 30 por 100 del campesinado carecía de amo y solo pagaba impuestos y un «alquiler» adicional al Estado. Eran campesinos del norte, los Urales y Siberia, así como muchos de la frontera sur. Los cosacos, que cultivaban la tierra cada vez más, eran también libres. Estas regiones no carecían de importancia. De hecho, entre el siglo <sup>xvi</sup> y finales del <sup>xviii</sup> el norte fue una zona muy próspera, auge basado en el comercio de pieles con Siberia y las salinas, que cubrían la mayor parte de las necesidades de Rusia. La familia Stroganov había hecho su fortuna gracias a la sal a partir de comienzos del siglo <sup>xvi</sup>. Era tal su fortuna que el zar les concedió un estatus propio y único, no de nobleza, pero sí superior al de los demás comerciantes. Sus residencias en el norte habían sido un centro fundamental no solo para el comercio, sino también para la edición de libros y la pintura de iconos. A comienzos del siglo <sup>xviii</sup>, la recogida de sal en depósitos superficiales en torno a la boca del Volga puso fin a los beneficios del comercio de sal, pero los Stroganov pasaron a la fabricación de hierro en los Urales, junto con los Demidov, campesinos y comerciantes del centro de Rusia, y unas pocas familias más. Desde los tiempos de Pedro, el Estado concedió el derecho de *corvée* (mano de obra no remunerada o trabajo comunal obligatorio) para abastecer a las fundiciones de madera como combustible, y las minas de hierro prosperaron. Las minas y fundiciones de los Urales estaban muy alejadas. Había que mandar el hierro por vía fluvial en barcazas durante las inundaciones de invierno hasta el Volga, y por él a Moscú y San Petersburgo. Buena parte era exportada a Inglaterra y otros lugares de Europa occidental. Aunque se

trataba de una industria técnicamente un tanto primitiva, generó gigantescas fortunas para sus propietarios, y tanto los Stroganov como los Demidov se incorporaron a la nobleza. La rentabilidad de las fábricas de hierro se basaba en el trabajo gratuito de los campesinos «asignados» a ellas, que se vieron reducidos a una especie de semiservidumbre que con el tiempo resultó ser altamente explosiva.

Los Urales y el río Volga eran regiones con una población compuesta de muchas nacionalidades, además de la rusa. Cuando murió Pedro el Grande, el área contaba con alrededor de un millón de habitantes, la mitad de ellos tártaros, chuvash y baskires, entre otros. En el siglo xvii, la mitad o más de los tártaros habían servido en el ejército ruso, mientras que el resto, junto con los otros pueblos del Volga, siguieron pagando el viejo yasak. A medida que fue extendiéndose el trabajo servil, este impuesto definía su estatus como no siervos. A partir de Pedro, los pagadores del yasak y los soldados tártaros se habían convertido, casi en su totalidad, en campesinos del Estado como los rusos del norte. Llegaba a la zona un flujo continuo de campesinos y nobles rusos. Esquivaban los territorios agrícolas de los tártaros y chuvash, pero arrebataron muchas tierras a los nómadas baskires, lo que condujo a predecibles revueltas en 1705, 1735 y 1755. En total, Rusia era casi en un 90 por 100 rusa y la minoría más importante era la de los ucranianos (que representaban un 5 por 100). El otro 5 por 100 estaba compuesto por los pueblos del Volga y las provincias bálticas. Los nobles del Báltico conservaron sus privilegios, al igual que la nobleza cosaca del het manato ucraniano. Allí se reimplantó el cargo de hetmán en 1727, abolido de nuevo en 1734 y después restaurado por Isabel. La emperatriz nombró

para el puesto a Kiril Razumovski, hermano de su amante ucraniano Alekséi. Sería el último hetmán.

Aunque a Isabel le parecía bien la autonomía local en el hetmanato y las provincias del Báltico, no estaba dispuesta a tolerar la diversidad religiosa. Había ocupado el poder con la ayuda de los obispos de la Iglesia ortodoxa, en su mayor parte ucranianos que habían absorbido ideas católicas sobre la necesidad de uniformidad religiosa. La emperatriz puso en marcha una nueva oleada de persecución de los Viejos Creyentes, y apoyó los esfuerzos del obispo de Kazán y otros por convertir a los musulmanes. Se destruyeron cientos de mezquitas y se emplearon diversos tipos de alicientes y coacciones con los tártaros para hacer que aceptaran el cristianismo ortodoxo. Estos intentos fueron un humillante fracaso, ya que solo un pequeño porcentaje abjuró de su fe, y un gran número volvió a ella a la muerte de la emperatriz.

Rusia seguía siendo una sociedad abrumadoramente agraria. Con pocas excepciones, la mano de obra campesina y la propiedad de tierras constituían la base de la riqueza de los nobles. El incremento de la población y el cultivo de tierras vírgenes en el sur trajeron una prosperidad enorme a la nobleza. La exhibían a la vista de todos no solo en forma de mansiones en Moscú y San Petersburgo, sino también en sus casas de campo. Tradicionalmente, los boyardos rusos habían vivido en ciudades, y mantenían pequeños alojamientos en sus propiedades para sus infrecuentes visitas. A finales del siglo <sup>xvii</sup> empezaron a construir residencias magníficas en torno a Moscú, auténticos complejos con iglesias en el estilo neobarroco de la época, pero eran pocas y cercanas a la capital. A mediados del siglo <sup>xviii</sup>, la recién adquirida riqueza animó a los nobles a levantar casas de campo, de arquitectura

barroca y después clásica, lejos de las ciudades. Eran auténticas mansiones con elaborados jardines, estanques naturales y artificiales, esculturas, pabellones para cenar y entretenimientos en el exterior. Los grandes aristócratas como los Sheremétev y los Golitsin mandaron construir auténticos teatros en sus casas, adecuados para representaciones teatrales o ballet. Algunos de ellos crearon compañías con sus siervos, a los que enseñaban a leer, tocar música, bailar o actuar en representaciones que eran réplicas de los modelos europeos. Uno de los Sheremétev llegó a casarse con una bailarina. Semejantes lujos eran inaccesibles para una familia de la nobleza media, pero por todo el país los nobles alzaron casas de madera de una o dos plantas, con al menos una habitación del tamaño suficiente para bailes y entretenimientos. En la década de 1800, era ineludible un pórtico con columnas clásicas alrededor de la puerta principal. Las casas se convirtieron en uno de los centros de la vida y cultura de la nobleza en su último siglo. Desde Pushkin en adelante, serían recordados en incontables narraciones y novelas de los grandes escritores rusos: *Eugenio Oneguín*, *Padres e hijos*, *Guerra y paz*.

Al sumarse la nobleza al ejército y los servicios civiles (obligada por ley de 1714 a 1762), buena parte de la gestión de las propiedades quedaba en manos femeninas. Una de las muchas paradojas de la sociedad rusa era que las mujeres nobles tenían muchos más derechos legales sobre la propiedad, y mucho mayor control sobre ella, que sus homólogas en casi todas las sociedades occidentales de la época. Su potestad sobre la dote después del matrimonio era prácticamente absoluta desde el punto de vista de la ley (aunque no siempre en la realidad). Las viudas solían

controlar las propiedades de sus maridos. La falta de un primogénito en Rusia significaba que, entre la nobleza, una viuda solía ser la jefa de la familia mientras sus hijos eran ya adultos crecidos con carreras importantes. Fueron las antecesoras de las mujeres fuertes retratadas por la literatura clásica ambientada en las propiedades campestres un siglo después.

La emperatriz Isabel, como su predecesora Ana, tuvo que prever quién la sucedería en el trono, ya que no tenía hijos propios. Eligió a su sobrino, Karl Peter Ulrico, duque de Holstein-Gottorp e hijo de su hermana mayor Ana Petrovna, que se había casado con el entonces duque en 1725. La idea de Isabel era mantener la sucesión dentro de su familia, no en la de la emperatriz Ana. La conexión con los Holstein añadía ventajas diplomáticas en relación con Suecia y los Estados alemanes, en especial con Prusia. Isabel trasladó al muchacho a Rusia en 1742, junto con un gran séquito de familiares Holstein. Este se convirtió a la ortodoxia adoptando el nombre de Pedro en honor de su abuelo, Pedro el Grande. No era un joven especialmente prometedor, e Isabel decidió que necesitaba una esposa. Escogió a Sofía, hija del duque de Anhalt-Zerbst, un pequeño principado de la órbita prusiana. La madre pertenecía a los Holstein, de modo que Sofía y Pedro eran primos, y ambos estaban emparentados con el entonces rey de Suecia. La familia gozaba también del apoyo de Federico el Grande de Prusia, victorioso en su guerra contra Austria (1740-1748), al que Isabel se oponía pero deseaba aplacar. En 1744, Sofía viajó a Rusia con su madre, recibió instrucción ortodoxa y adoptó el nombre de Catalina a raíz de su conversión. A los quince años, la futura Catalina la Grande ocupó su posición en la corte rusa como esposa del

heredero del trono. La joven se sentía sola y las intrigas de su madre no hacían más que multiplicar el aislamiento de ambas. El único rayo de luz para la princesa era que se llevaba personalmente bien con la emperatriz.

Al principio, el matrimonio fue tranquilo, una tibia amistad más que un verdadero matrimonio, y el heredero no acababa de llegar. Con el paso de los años, tanto Catalina como Pedro encontraron otros intereses, y al madurar, el comportamiento infantil y grosero de su marido empezó a irritar cada vez más a Catalina. Además, comenzó a preocuparse por la política, ya que Pedro se mantenía fiel a su corte de Holstein y mostraba poco interés por el país que había de gobernar. Catalina era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que era una peligrosa característica en un futuro zar. Catalina tuvo su primer asunto amoroso con el joven aristócrata Sergéi Saltíkov, y en 1754 dio a luz a un hijo al que la emperatriz Isabel hizo bautizar con el nombre de Pablo. Rusia contaba ya con un heredero. En sus posteriores memorias, Catalina dejaría claro que el padre era Sergéi Saltíkov, no su marido Pedro. La presunta paternidad de Pablo fue un secreto bien guardado, incluso en el chismoso entorno cortesano.

Mientras se recuperaba del alumbramiento, Catalina empezó a leer. Siempre había sido más lectora de lo que era habitual en los círculos de la corte. Sus gustos iban desde las novelas románticas a trabajos serios como el *Dictionary* de Henry Bayle, un clásico del pensamiento ilustrado temprano inglés. En su aislamiento provisional dirigió su atención hacia Voltaire, Tácito y, especialmente importante para su posterior concesión del gobierno, *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, publicado en 1748. No todas sus lecturas eran



tan densas, ya que apreciaba el ingenio de Voltaire tanto como sus ideas, pero en su mayoría, al parecer, leía obras que consideraba valiosas para la esposa de un futuro emperador de Rusia. Porque, pensara lo que pensara de su marido, parecía seguro que heredaría el trono.

A estas alturas, Pedro tenía ya su propia amante y Saltíkov había sido enviado al extranjero. Catalina empezó a relacionarse con un joven noble polaco, Stanislaw Poniatovski, que había viajado a Rusia con el embajador inglés, pero la política se encargó de él también. La política de la corte de Isabel no solo afectaba a la vida de Catalina, sino también a su estatus político. Rusia había emprendido la Guerra de los Siete Años en 1756 bajo el liderazgo en política exterior de Bestuzhev-Riumin, que mantuvo una alianza con Inglaterra y Austria contra Francia y Prusia. Por desgracia para Bestuzhev-Riumin y para muchos de sus colegas en toda Europa, el canciller austriaco, el conde Wenzel Antón Kaunitz, invirtió sustancialmente las alianzas en 1756. Austria se alió con Francia para buscar una venganza contra Prusia. Inglaterra se alió con Prusia, ya que, en Londres, el enemigo principal había sido, desde siempre, Francia (en India y el Nuevo Mundo, al igual que en Europa). Rusia tuvo que escoger. Cuando estalló de nuevo la guerra, en 1756, Bestuzhev-Riumin había convencido a Isabel para que permaneciera con Austria y se apuntara a la lucha contra Prusia. Al mismo tiempo, Rusia no le declaró la guerra a Inglaterra, ni Inglaterra a Rusia. Este rompecabezas provocó la caída de Bestuzhev-Riumin en 1758 y el ascenso de la familia Vorontsov (cuyas simpatías estaban con Francia, no con Inglaterra) al poder. Acusaron a Bestuzhev-Riumin de falta de celo durante el conflicto y lograron que la emperatriz

prescindiera de él. Según avanzaba la Guerra de los Siete Días y el ejército de Rusia mantenía a la defensiva a Federico el Grande, las simpatías por Prusia de Pedro se fueron haciendo más irritantes para Isabel, le hicieron impopular en el ejército y entre buena parte de la corte. Dado que era su esposa, Catalina fue también objeto de las sospechas de la emperatriz. Los conflictos personales añadieron gasolina al fuego, aunque Catalina pudo apelar personalmente a la emperatriz en el transcurso de varias crisis.

En esta situación delicada y potencialmente peligrosa, durante el verano de 1760, Catalina conoció a Grigori Orlov. Orlov era uno de cinco hermanos, todos ellos oficiales de la guardia y muy populares. Fue una relación tremendamente romántica, pero de una trascendencia política considerable, ya que en tres ocasiones los guardias habían decidido quién debía gobernar Rusia. Además, encontró a su primera amiga, la princesa Isabel Dashkova. Era una mujer inteligente y fuerte, mucho más joven que Catalina, y, por si eso fuera poco, hermana de la amante de Pedro, que a su vez era miembro de la familia Vorontsov. A pesar de este vínculo familiar, Dashkova había desarrollado un intenso rechazo personal hacia Pedro y compartía el descontento general respecto a su orientación política. El tutor de Pablo, el hijo de Catalina, el conde Nikita Panin, un astuto y experimentado diplomático, también desconfiaba del esposo de Catalina. Aunque Pedro seguía siendo el heredero, estaba ganándose muchos enemigos.

Entonces, justo en el momento en que Prusia parecía a punto de venirse abajo, murió la emperatriz Isabel. En enero de 1762, el duque de Holstein-Gottorp ascendió al trono de Rusia como Pedro III. Su primer acto fue firmar la paz con

Prusia, desechando todos los esfuerzos y sacrificios de los rusos durante los anteriores cinco años. Para añadir sal a la herida, convenció a Prusia de que le ayudara a atacar a Dinamarca, un aliado tradicional de Rusia, para recobrar un territorio que creía perteneciente por justicia a los Holstein. Incluso ordenó la confección de uniformes de estilo prusiano para la guardia e instruyó implacablemente a esta al modo prusiano. No podría haber hecho algo más precisamente calculado para insultar al ejército ruso y a la elite de la corte. No importó que la paz le permitiera adoptar algunas viejas propuestas del grupo de los Shuválov y aboliera el servicio militar o civil de los nobles (con lo que el servicio volvió a ser voluntario). Pedro había arruinado, de modo irrecuperable, sus relaciones con el sector más importante de San Petersburgo.

Catalina y los Orlov planeaban el modo de destronarle y ponerla a ella en su lugar. Pedro sospechaba que tenía enemigos, y uno de los conspiradores fue detenido. Alekséi, hermano de Grigori Orlov, decidió que había llegado el momento. El 28 de junio de 1762 llegó al alba a Peterhof y le dijo a Catalina que tenían que actuar. Ella no titubeó y cabalgó hasta San Petersburgo con Dashkova. Orlov las condujo al cuartel del regimiento Izmailov: los soldados se arrodillaron ante ella, jurando lealtad a la que sería la emperatriz Catalina II. Catalina y su grupo visitaron los otros dos regimientos de guardias, que se unieron a ella, y acabó en el palacio de invierno a las diez de la mañana. Se redactó un manifiesto, en el que se la proclamaba oficialmente soberana y se ordenaba al ejército y al pueblo que le juraran fidelidad.

Pedro III seguía en Oranienbaum junto con sus húsares Holstein y sus consejeros alemanes. Oranienbaum era un

palacio en las inmediaciones del golfo de Finlandia, al oeste de Peterhof, que Ménshikov había construido décadas atrás. Catalina se enfundó el uniforme del más antiguo de los regimientos de guardias, los Preobrazhenski y, como un hombre, marchó sobre un caballo blanco a Oranienbaum con las tropas para detener a su esposo. Pedro, atemorizado, se hundió y se rindió tras inútiles intentos de huida. En espera de su encarcelamiento, Catalina le envió a una de sus propiedades próximas bajo la vigilancia de Alekséi Orlov, donde falleció el 6 de julio. Oficialmente, murió de un cólico y se celebró un suntuoso funeral público en su honor, aunque personalmente sabía que Alekséi Orlov se había encargado del asunto. Puede que no fuera algo planificado, ya que todos los presentes, incluido Pedro, estaban borrachos, pero fuera como fuese, fue asesinado. Alekséi escribió una misiva secreta a Catalina rogándole que le perdonara, y ella mantuvo esta bajo llave en su mesa hasta el fin de sus días. Con Pedro desaparecido, la antaño desconocida princesa alemana se convirtió, a los treinta y tres años de edad, en Catalina II, emperatriz de Rusia.

## Catalina la Grande

La primera tarea de Catalina tras ascender al trono fue consolidar su poder y hacerse cargo de resolver los temas inacabados del reinado de su esposo. Confirmó con prontitud un decreto que abolía el servicio obligatorio para la nobleza, pero pospuso el que confiscaba las tierras de los monasterios. Se había proclamado defensora de los intereses rusos y de la ortodoxia, y sabía que a la Iglesia no le había agradado su actitud. El conde Panin tenía planes para reorganizar el gobierno central en torno a un Consejo de Estado, que compartiría el poder con la nueva emperatriz. Con más de un año de retraso, después de deponer al desmandado y muy rico obispo de Rostov, decretó la secularización de las tierras de la Iglesia en 1764. Casi una quinta parte del campesinado ruso dejó de ser siervo. Respecto a los planes de Panin, se mostró más cauta, limitándose a ignorarlos. Le mantuvo a la cabeza del Colegio de Asuntos Exteriores y como supervisor de la educación de su hijo y heredero, Pablo.

Interesada en las ideas sobre la reforma del Estado y la sociedad desde que había leído a Montesquieu y otros autores en la década de 1750, Catalina se interesó por la política exterior durante buena parte de la primera década de su reinado. Por desgracia, no pudo controlar los acontecimientos: en el otoño de 1763 fallecía el rey de Polonia. Su muerte creó un grave problema y Catalina se vio obligada a actuar. En los últimos años de la Gran Guerra del Norte, Polonia, antaño gran potencia de Europa del Este, había sucumbido a un declive económico y poblacional, y a

una constitución anárquica. Tenía un rey electo débil, magnates omnipotentes y una Dieta de nobles cuyo principal objetivo era, por encima de todo, la conservación de la ley y los privilegios tradicionales. Sus vecinos, Prusia, Austria y especialmente Rusia, estaban empeñados en preservar la «Libertad Dorada» de la nobleza polaca. Una Polonia débil, con un ejército diminuto, les venía a todos muy bien, y sus embajadores eran quienes dirigían el Estado polaco.

La muerte del rey en 1763 llegó en un momento de lento retorno de la prosperidad y apelaciones a una moderada reforma constitucional. Catalina decidió prestar su respaldo a estos llamamientos: con la ayuda de aliados polacos, la intimidación de sus opositores y simples sobornos, sentó a su antiguo amante, Stanislav Poniatovski, en el trono de Polonia. Poniatovski y sus aliados consiguieron poner en práctica algunas de sus muy modestas propuestas, pero Catalina quería garantías prácticas de continuación de la influencia rusa, que encontró en la cuestión de los derechos políticos de los disidentes (no católicos) en Polonia. Polonia contaba en el noroeste con una importante minoría protestante (que en su mayoría hablaba alemán) y una minoría ortodoxa, más numerosa, en el este y el sudeste. Entre los protestantes había cierto número de familias nobles, además de ciudadanos, pero se vieron excluidos de toda representación política y de la mayoría de los despachos. Los ortodoxos eran sobre todo campesinos ucranianos. Carecían de portavoz, salvo por el único obispo ortodoxo, un ucraniano del lado ruso de la frontera. Ambos grupos, en especial los campesinos ortodoxos, se veían sometidos a un continuo acoso de los clérigos y nobles católicos. Catalina, por medio de su embajador, ordenó a Poniatovski y sus aliados la imposición

por ley de la tolerancia hacia los disidentes religiosos. El resultado final fue una revuelta de nobles católicos contra los rusos y el rey en 1786, lo que involucró al ejército ruso en las disensiones internas polacas. Catalina sabía que su intervención en Polonia podía tener consecuencias desastrosas, pero había forjado una firme alianza con Prusia y esperó lo mejor. Por desgracia, los otomanos, instados por Francia y comprensiblemente turbados por el espectro de una influencia aún mayor de Rusia en Polonia, declararon la guerra a los rusos a finales de año. Rusia se encontraba de nuevo enfrentada a una gran potencia dotada de un ejército gigantesco, aunque a veces torpe de movimientos. La contienda se libraría sobre vastas y casi deshabitadas estepas, muy alejadas de las bases rusas.

La guerra contra Turquía puso fin a uno de los proyectos favoritos de Catalina, la Comisión Legislativa. El gobierno era consciente desde hacía años del estado de confusión de las leyes rusas, basadas como estaban en el Código Legal de 1649, la legislación de Pedro y cientos de decretos sobre temas concretos que a menudo contradecían estatutos de alcance más general. Catalina vio la oportunidad de llevar a cabo una profunda revisión y establecer algunos principios generales. Con este fin, en enero de 1765, empezó a compilar la *Instrucción*: unas líneas maestras para la reforma. El resultado fue un volumen de varios cientos de páginas, inspirado (como admitió ella libremente) en pasajes traducidos del francés de su adorado Montesquieu, del reformador italiano Cesare Beccaria y de autores alemanes sobre temas de finanzas y economía, como el hoy olvidado barón J. F. von Bielfeld. El texto empezaba exponiendo que Rusia era un Estado europeo, una monarquía, no un régimen

despótico. Esto es, su gobierno se basaba en la ley, no en la voluntad arbitraria del soberano. Al mismo tiempo, siguiendo a Montesquieu, aducía que un Estado del tamaño de Rusia requería de un monarca absoluto con suficiente vigor y poder como para gobernar con eficiencia. Sin eso, se impondrían la anarquía y el caos. La *Instrucción* no era una serie de recomendaciones específicas sobre temas particulares, sino una descripción de principios generales a favor de leyes que regularan el estatus social, los tribunales, el fomento del crecimiento de la población, el comercio, la agricultura y la industria. Concluía con una serie de medidas sobre lo entonces llamado «justicia» en Europa. Estos principios eran ordenanzas relacionadas con la higiene, las comunicaciones, la prevención de incendios y un buen orden general en las ciudades y el campo, más que con los delitos. El texto era de por sí notable, pero aún más notable fue el uso que hizo de él.

A finales de 1766 publicó un manifiesto que anunciaba que varias comunidades locales habían de elegir representantes que viajarían a Moscú para discutir las reformas de la ley. Pocos meses después, publicó su *Instrucción* y ordenó que fuera distribuida por todo el país. Así fue como se difundió libremente entre la población en general una extensa recopilación del pensamiento político de la Ilustración, que sería la base de las deliberaciones de la Comisión Legislativa en Moscú.

La comisión se estrenó el 30 de julio de 1767, con 428 de los 564 delegados presentes. El grupo más importante comprendía a los 142 diputados de la nobleza y los 209 diputados de las ciudades (muchos de ellos también nobles). Había también 29 delegados de los campesinos libres y 44 de



los cosacos. Los diversos pueblos del Volga, los tártaros y otros, contaban con 54 diputados; 22 diputados representaban a la nobleza cosaca ucraniana del hetmanato, y las provincias del Báltico tenían sus diputados entre la nobleza. Incluso los campesinos finlandeses libres del área de Viborg tuvieron sus representantes. Algunos nobles intentaron poner en cuestión la presencia de estos, pero Catalina la respaldó basándose en la ley sueca en ese territorio conquistado. El único grupo que no estaba representado era el de los campesinos siervos de Rusia y las provincias bálticas, que conjuntamente sumaban un 50 por 100 de la población del Estado.

El proceso de elección de representantes distaba de ser equivalente a una elección moderna ideal, ya que en muchas áreas simplemente no aparecían los nobles o lo hacían en muy pequeña cantidad. En las ciudades era difícil alcanzar consensos, y los campesinos libres, al parecer, veían el proceso como una ocasión de presentar peticiones ante el monarca más que un modo de sugerir leyes. No obstante, en Moscú sí comparecían todos y, con algo de empuje de la emperatriz, se sentaban a examinar la legislación y recopilar propuestas que servirían como base de estatutos generales para la reglamentación del estatus de los diversos grupos sociales en las instituciones judiciales. Los delegados no constituían un parlamento y su papel no era dictar leyes: se reunían para presentar propuestas a Catalina, que esta podía poner o no en práctica. También se esperaba de ellos que siguieran las líneas maestras de su instrucción, lo que generalmente hacían, aunque no sin considerables discusiones. Intercambiaban opiniones con mucha libertad y algunos de los nobles más conservadores rechazaban las implicaciones de la *Instrucción*

favorables a los campesinos y ciudadanos. Las distintas subcomisiones iban deliberando con lentitud y Catalina decidió trasladarlas a San Petersburgo. En el verano de 1768, los nobles disponían de una propuesta objeto de considerables disputas, en especial en temas relacionados con las condiciones para la promoción de los plebeyos al rango de nobles y los delitos de los siervos contra los nobles. Catalina estaba recibiendo una muy acelerada lección sobre los valores e ideas de las diferentes clases de la sociedad rusa: resultaba bastante evidente que la reforma del Estado y la sociedad se enfrentaría a considerables obstáculos por parte de la nobleza. La declaración de guerra turca intervino antes de que se viera obligada a tomar decisiones difíciles. La mayoría de los diputados nobles eran también oficiales del ejército. Se impuso una movilización general para enfrentarse no solo a Turquía, sino a la situación polaca. La comisión fue disuelta. Su trabajo, no obstante, no fue en vano, como demostrarían los posteriores acontecimientos.

La guerra con Turquía fue la primera prueba importante a la que tuvo que enfrentarse el gobierno de Catalina. El Imperio otomano seguía siendo un oponente formidable y los rusos tendrían que cruzar vastas extensiones de la estepa sur para enfrentarse al enemigo. Al final, el ejército ruso estuvo a la altura de la tarea, avanzando lenta pero sistemáticamente por Crimea y la península Balcánica. La marina rusa, al mando de Alekséi Orlov y del almirante británico John Elphinstone, se hizo a la mar desde San Petersburgo y rodeó Europa destruyendo la flota turca en la bahía de Chesme, en 1770. A pesar de la distracción del conflicto con Polonia, las fuerzas rusas se abrieron camino hasta Bulgaria y forzaron a los otomanos a aceptar la paz en los términos dictados por

Catalina en la pequeña aldea de Kuchuk Kainardzha en 1774.

El tratado llegó justo dos años después, tras una solución en apariencia permanente de la situación polaca. Al estar Rusia librando dos guerras a la par, Federico el Grande de Prusia aprovechó la oportunidad y le propuso a Catalina que ambos resolvieran su problema tomando el territorio polaco. Además, habría que aplacar a Austria. Si la reforma tenía éxito, el resultado sería una Polonia más pequeña y menos amenazadora. Catalina aceptó la propuesta tras ciertas vacilaciones: conservaba la esperanza de mantener su influencia sobre toda Polonia, pero finalmente accedió. La consecuencia fue el tratado de partición de 1772, que cedía grandes y valiosos distritos a Austria y Prusia. Catalina obtuvo una gran sección poco poblada del este de Bielorrusia, que le permitía una mejor comunicación fluvial con Riga. Un efecto secundario de la nueva frontera fue la inclusión de judíos en el Estado ruso por primera vez. Fue un éxito para Catalina, ya que Poniatovski siguió siendo rey e introdujo modestas reformas que fortalecieron al Estado y la prosperidad polaca sin dejar de estar, en última instancia, subordinado a los intereses rusos.

Dos años después, Catalina se sintió eufórica de gozo al conocer la noticia de la paz con los otomanos, ya que llegó en un momento delicado. La victoria en sí era causa suficiente de celebración, porque dio gran prestigio a Rusia y su emperatriz, pero había más. Rusia recibió grandes territorios en el sur, nada menos que hasta la costa del mar Negro, y Crimea dejó de depender de los turcos, pasando a ser nominalmente independiente, aunque bajo control ruso. Los ministros rusos y la propia Catalina eran conscientes desde

hacía décadas del potencial de la zona, tanto como localización de nuevos puertos comerciales como para el asentamiento de comunidades agrícolas. El acuerdo no solo entregaba el área a Rusia, sino que le concedía el derecho a comerciar en el mar Negro y construir una flota en él. La legislación del territorio, que recibiría el nombre de Novorossia o «Nueva Rusia», fue cuidadosamente elaborada para favorecer la ocupación pero desincentivar la agricultura de servidumbre. Las nuevas tierras habían de ser una colonia de asentamientos, con ciudades y puertos florecientes, no una simple prolongación de la agricultura atrasada de las propiedades trabajadas por siervos de Rusia central. Catalina no había leído en vano a los escritores ilustrados.

Su mano derecha en la transformación de las nuevas tierras habría de ser su nuevo amante, el general Grigori Potemkin, cuyo instantáneo ascenso al favor de la emperatriz tuvo lugar en los primeros meses de 1774. Potemkin fue el único de los muchos amantes de Catalina que era su igual política e intelectualmente. Aunque menos intelectual, disponía de educación suficiente como para comprenderla y contaba con habilidades políticas para trabajar con ella. Fue un gran emparejamiento y duró hasta mucho después de que la pasión se enfriara, hasta la muerte de Potemkin en octubre de 1791.

En aquel momento, tanto la emperatriz como su favorito se enfrentaban a sobrecogedores desafíos. Desde el golpe de Estado de Catalina en 1762, se habían producido síntomas de descontento. El primer síntoma había sido el asunto Mirovich. El anterior zar niño, Iván IV, de 1740-1741, había crecido. Isabel le había confinado en la fortaleza de Schlüsselburg, con la esperanza de que algún día ingresara en

un monasterio o, de lo contrario, fuera políticamente inofensivo. Pedro III había confirmado sus decisiones, incluyendo la orden secreta de matarle si se producía algún intento de liberarle. Catalina ratificó también estas disposiciones, aunque el codicilo con la orden de asesinarle llevaba solo la firma de Panin. En julio de 1764, un impaciente y probablemente inestable oficial de la guardia ucraniana, llamado Vasili Mirovich, llevó a cabo un demencial intento de liberar a Iván y proclamarle emperador. Los soldados a cargo del exzar cumplieron las órdenes recibidas. La ejecución de Mirovich puso fin al asunto, pero no fue una buena señal. A lo largo de los años, hubo una serie de incidentes, todos ellos relacionados con pequeños grupos de oficiales y nobles que hablaban de sustituir a Catalina, aunque fueron rápidamente exiliados y sus confabulaciones no llegaron a nada. El telón de fondo, no obstante, era el preocupante asunto del heredero al trono, el zarévich Pablo. Tenía diecinueve años en 1773 y, por tanto, edad suficiente para reinar, pero su madre no tenía la menor intención de renunciar al poder. En parte, esto se debía a la creciente decepción respecto a su hijo y la asociación de este con el partido de Panin, cuya cautelosa política exterior no había dado los dividendos esperados. Catalina proclamó la mayoría de edad de su hijo y comenzó negociaciones matrimoniales, pero conservó el trono. Este paso puso fin al papel de Panin como tutor del heredero. Al haber caído en desgracia, el conde fue retirándose poco a poco de la corte.

La nueva estrella, Potemkin, apareció justo en el momento preciso, porque se cernía sobre Rusia el mayor levantamiento popular que experimentaría antes del siglo xx. La causa del alzamiento, como tantas otras veces, estaba en la

frontera cosaca del nordeste. En esta ocasión, no empezó en el Don, sino en el Iaik, un río menor que fluye de los Urales al mar Caspio, al este del Volga. En estas décadas, el gobierno ruso intentaba imponer un mayor control sobre los cosacos, restringiendo sus privilegios y, en particular, la costumbre de elegir a sus oficiales. Las recientes medidas destinadas a tal fin parecieron tener éxito hasta que, a comienzos de 1773, surgió Yemelián Pugachov en los asentamientos cercanos a la capital de la provincia: Oremburgo. Había servido en las guerras, había desertado y había corrido diversas aventuras cuando se presentó y le dijo al pueblo que, en realidad, era el marido de Catalina, Pedro III. Había llegado para restaurar la justicia de los cosacos y proteger la Vieja Fe. Los cosacos le creyeron, o eso dijeron, y en poco tiempo había organizado una partida de varios miles de hombres, reforzados por los vecinos baskires y tártaros, así como por campesinos asignados a los talleres de hierro de los Urales. Asediaron Oremburgo y otras fortalezas más grandes sin éxito, pero arrasaron las posiciones menores y masacraron a todos los que se negaron a unírseles. Un área gigantesca, la mayor parte de los Urales y la cuenca del Volga, cayó en manos de los rebeldes. La reacción fue rápida. De Moscú salió un ejército para aplastar la revuelta, que a finales del año había conseguido en gran parte su objetivo, aunque Pugachov logró escabullirse. Retornó el año siguiente y ocupó la importante ciudad de Kazán durante unos días. Fue el punto culminante de la rebelión: las tropas rusas llegaron a la ciudad tras una marcha forzada a la desesperada y aplastaron al ejército sublevado. Pugachov viró hacia el sur, hacia el Don, y atravesó tierras agrícolas habitadas por campesinos siervos. Explotó la situación: con ayuda de los rebeldes, los siervos exterminaron a la nobleza

local, incluyendo mujeres y niños. Por desgracia para Pugachov, los cosacos del Don no hicieron el menor movimiento, así que volvió a cruzar el Volga escapando a su base entre los baskires. Allí, las tropas alcanzaron al fin a los rebeldes y los aplastaron. Algunos baskires se mantuvieron leales a Pugachov, pero los cosacos acabaron por traicionarle. La revuelta terminó y Pugachov fue ejecutado en Moscú en 1775. La paz había llegado al fin, en casa y en el extranjero.



Ilustración 6. Baskires, de Atkinson, *Imágenes pintorescas*.

Las lecturas de Catalina no solo le dieron ideas sobre justicia y administración, sino también sobre el desarrollo y el estatus social. Los escritores de la Ilustración creían que la sociedad necesitaba una población civilizada para florecer, y que esta era fruto de la educación y la cultura. La nueva emperatriz subió al trono en un momento propicio, ya que

los esfuerzos del Cuerpo de Cadetes, la academia y la Universidad de Moscú empezaban a dar resultados visibles. La generación que alcanzó la madurez con Catalina fue la primera que había absorbido la cultura europea de modo pleno, y la primera en incluir a muchos hombres, e incluso mujeres, que habían vivido en el extranjero el tiempo suficiente como para empezar a comprender la sociedad europea.

Catalina estaba decidida a acelerar este proceso. Aunque por nacimiento y cultura era alemana, durante la mayor parte de su reinado estuvo inmersa en la cultura rusa, al contrario que los monarcas posteriores a ella y más que el propio Pedro. No era meramente una lectora, sino una activa participante en la vida cultural de Europa. Mantuvo correspondencia con Voltaire de 1763 hasta la muerte de este en 1778, con los enciclopedistas franceses Denis Diderot y Jean D'Alembert, así como con el barón alemán Friedrich-Melchior Grima. Grima era una especie de periodista literario que informaba desde París. Tras una visita a San Petersburgo en 1773-1774, se convirtió en el principal corresponsal y confidente epistolar de Catalina hasta la muerte de esta. Catalina no se limitaba a la correspondencia con los grandes hombres de la Ilustración. Cuando oyó hablar de los problemas financieros de Diderot, compró su biblioteca, le cedió el usufructo de por vida y le pagó un salario como su bibliotecario personal.

Los proyectos culturales de Catalina eran numerosos. Entre bambalinas, fue la instigadora de la Sociedad Económica Libre, un grupo de nobles apasionados por la literatura de la Ilustración que se reunían para discutir temas económicos (especialmente, la agricultura). Se trataba de una asociación independiente de las instituciones del Estado,



aunque contaba con el favor de la emperatriz. La sociedad patrocinó un concurso de ensayos sobre la propiedad de la tierra por los campesinos, que inevitablemente plantearon el tema de la servidumbre. El premio fue para un trabajo francés que afirmaba, categóricamente, que la prosperidad solo podía derivar de la plena propiedad de la tierra por parte del campesino. Eso implicaba que la servidumbre no podía generar prosperidad. El ensayo se publicó en ruso y en francés para que todos lo leyeran. Siguió sosteniendo, con dinero y respaldo, la universidad, las academias y las escuelas. El primer centro femenino de Rusia, el Instituto Smolni para jóvenes de la nobleza en San Petersburgo, había sido planeado por la emperatriz Isabel y se materializó en 1764. Además, reorganizó y amplió el Cuerpo de Cadetes. Se trataba de escuelas para la elite, pero con la reforma de las provincias de 1775 se implantó un sistema educativo en ellas, que se amplió en 1786 gracias a un decreto que instauraba centros de secundaria en todas las capitales de provincia y una red de escuelas de primaria. El progreso fue lento, pero en 1800 había ya más de 300 escuelas, el doble de las existentes en 1786. Los posteriores centros rusos de secundaria tuvieron su origen en estas leyes.

Hasta la Iglesia desempeñó su papel en el proceso de la Ilustración. Cuando Catalina ascendió al trono, la mayoría de los obispos seguían siendo ucranianos con un fuerte sentido, casi católico, de la importancia de la clerecía. La emperatriz Isabel había iniciado el proceso de reemplazarlos por rusos y, bajo Catalina, toda una nueva generación accedió al poder en el seno de la Iglesia. Catalina también dictó, en forma de ley escrita, la secularización de las tierras monásticas formulada por Isabel con la oposición de los obispos ucranianos más

viejos. La nueva generación, como Platón Levshin, metropolitano de Moscú de 1775 a 1812, había sido educada siguiendo el modelo luterano de enseñanza religiosa y con una marcada orientación hacia la prédica. Su objetivo era trasladar las verdades del cristianismo ortodoxo al pueblo, en vez de cultivar un ideal ascético. Este énfasis coincidía con el de Catalina, que veía en la religión la base de la buena ciudadanía, otro precepto de la Ilustración.

La corte de Catalina mantuvo los teatros fundados por sus predecesores y siguieron ocupando el centro de la dramaturgia en Rusia. Indujo amablemente al retiro a Araya y le reemplazó por una serie de distinguidos músicos, empezando por el veneciano Baldassare Galuppi. Sumarókov continuó como director de escena y aportando obras. Catalina y la corte solían asistir a una de las salas varias veces a la semana. En 1786 fundó una sociedad para la traducción de libros extranjeros, que patrocinó toda una serie de importantes traducciones, tanto de obras elevadas como de otras de entretenimiento para el público ruso. También publicó su propia revista, *Vsiakaia vsiachina* [*Toda clase de cosas*], en 1769. La idea era imitar al *Spectator*, algo que Sumarókov había intentado unos años antes con desigual éxito. La publicación, como su prototipo, debía combinar el entretenimiento con la edificación sin excesivo acento en la moralización, un tipo de prensa enormemente popular en la Alemania natal de Catalina y otras partes de Europa. Catalina mantuvo su papel en secreto, aunque era ampliamente conocido en San Petersburgo.

La respuesta más entusiasta fue la de Nikolái Nóvikov (1744-1818), quien lanzó una serie de revistas, creando la primera empresa privada importante de publicaciones en

Rusia. Mejor escritas y más audaces que la de la emperatriz, las publicaciones de Nóvikov se hicieron considerablemente populares, pero no lo suficiente como para garantizarle ingresos suficientes, así que no tardó en dedicarse a publicar libros para la Universidad de Moscú, lo que le aseguró un subsidio indirecto por parte del Estado. En Moscú, Nóvikov se fue aproximando a los francmasones, un grupo con una amplia red de contactos y considerable impacto sobre la cultura rusa de la época. Los masones no eran simplemente un club social, sino un grupo de ideas con objetivos específicos, aunque nebulosos. En su mayoría, habían leído la literatura mística occidental, cada vez más popular hacia finales del siglo XVIII, y se consideraban comprometidos con la mejora personal, la contemplación de Dios y sus obras y, por encima de todo, la filantropía activa y la potenciación del progreso en el mundo. Por desgracia, los eclesiásticos conservadores los veían como propagadores de una religión alternativa y perniciosa, y muchos nobles ilustrados los consideraban oscurantistas. La propia Catalina opinaba lo mismo y escribió varias comedias cortas satíricas sobre ellos. Los masones eran, además, una sociedad internacional vinculada a dinastías extranjeras de Prusia y Suecia, poco amistosas con Rusia. Y lo más grave de todo: los masones habían reclutado al heredero, el zarévich Pablo, como patrono. Este último dato hizo que a Catalina le parecieran muy sospechosos, ya que Pablo estaba disgustado con su papel marginal en la corte y el gobierno, y cada año se mostraba más hostil hacia su madre.



Ilustración 7. Catalina la Grande con la diosa Atenea. Grabado de Francis Bartolozzi inspirado en Michelle Benedetti, de un cuadro de Aleksandr Roslin.

A pesar de los contratiempos, Catalina no dejó de promocionar la literatura rusa. En 1782-1783 nombró a su vieja amiga, la princesa Dashkova, cabeza visible tanto de la Academia de las Ciencias como de la nueva Academia de las Letras. Dashkova, que había conocido a Benjamin Franklin en París, fue el primer miembro femenino de la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia. Desde estos cargos, Dashkova pudo crear una serie de revistas literarias y otras publicaciones, y organizar un comité encargado de redactar el primer diccionario de ruso. Un decreto de 1783 autorizó explícitamente la impresión y publicación privadas, sometidas a la censura de los jefes de policía en las capitales.

El principal problema para los editores privados no fue la censura ni la actitud del Estado, sino la falta de un público amplio. Solo los aristócratas y un pequeño cuerpo de educadores y académicos tenían la formación necesaria para interesarse en los libros y revistas. Buena parte de los pequeños terratenientes vivían en propiedades remotas o en ciudades de provincias, y preferían la literatura francesa a la rusa. A los escritores les afectaba menos esta situación que a los editores, ya que la mayoría de los autores importantes eran nobles empleados al servicio del Estado de un modo u otro y, por tanto, no dependían de las ventas de sus libros para ganarse la vida. Muchos incluso se mostraban despectivos hacia Nóvikov por intentar vivir de los beneficios de la literatura. El servicio al Estado, sin embargo, involucró a escritores en las facciones cortesanas y dio lugar a una compleja relación entre ellos y la propia emperatriz.

Así, los dos escritores más destacados de la época, el

dramaturgo Denis Fonvizin (1744-1792) y el poeta Gavril Derzhavin (1743-1816), estaban implicados en una red de lealtades personales y políticas en la corte. Fonvizin inició su carrera como cliente del conde Panin, lo que tuvo como resultado que al final de la misma formara parte de la red de patronazgo centrada en Pablo, el heredero del trono. Esta afiliación le granjeó la antipatía de Catalina, aunque fue ella quien ordenó la primera representación de su mejor obra, *El adolescente*, en el teatro de la corte, en 1782. No obstante, la dimisión de Panin de todos sus cargos en 1781 contribuyó a que, años más tarde, Fonvizin no lograra obtener autorización para publicar una revista.

Fonvizin y Nóvikov eran ambos graduados por la Universidad de Moscú, mientras que el poeta Derzhavin provenía de una familia de pequeños terratenientes provincianos y solo había concluido el liceo en Kazán. Al contrario que muchos de sus coetáneos, jamás llegó a aprender el francés en condiciones. Su única lengua extranjera era el alemán, que había aprendido en Kazán. Su primera carrera fue la de militar: desempeñó un papel menor y poco glorioso en la lucha contra los rebeldes de Pugachov. En aquella ocasión, atrajo la atención de Potemkin y siguió siendo asiduo del favorito mientras desarrollaba una carrera en la administración civil, tanto en San Petersburgo como en las provincias. Vivió el tiempo justo para ocupar brevemente el cargo de ministro de Justicia bajo Alejandro I. La poesía de Derzhavin le hizo famoso en la década de 1780 con sus odas en honor a Catalina y sus victorias, así como sus sátiras de los cortesanos y sus debilidades, siguiendo el ejemplo de Horacio y el clasicismo europeo. Como Fonvizin, tenía un dominio del idioma que permitió que su obra

sobreviviese entre los lectores rusos a pesar del declive de los géneros del siglo XVIII que empleaba en su trabajo.

A finales del reinado de Catalina, apenas empezaba a existir un público independiente de la corte para la literatura, el teatro, la poesía y la prosa rusos. Otras formas de arte permanecieron íntimamente ligadas al patronazgo de la corte y la nobleza. El teatro musical y la música de corte eran, en gran medida, importados. El hecho de que la corte fuese el centro de la vida cultural significó que la nobleza escuchó una amplia variedad de músicas europeas. Las tradiciones nativas se preservaron en la música religiosa, una especialidad particular de los ucranianos asociada con los coros de las capillas imperiales. Entre estos ucranianos, el de mayor éxito fue Dimitri Bortnianski (1751-1825), el primer compositor ruso que se sentía igual de cómodo con los conciertos europeos como con el canto coral. Ninguno de los músicos era noble, lo que dificultó su aceptación como artistas serios. Algo similar ocurría con las artes visuales, en las que dominaba la Academia de las Artes. Catalina reorganizó la academia dándole mayor autonomía y mejor financiación. Conservó a sus profesores, en su mayor parte franceses, y obtuvo para los artistas un estatus social más privilegiado y adecuado a su profesión. Los estudiantes rusos, de los que se esperaba que aportaran arte para los palacios de la emperatriz y la nobleza, así como para la Iglesia, eran todos de origen plebeyo e incluso servil. La academia también otorgaba becas para que los estudiantes pasaran algún tiempo en París y Roma, ampliando enormemente el aprendizaje y la experiencia de sus alumnos. Visto retrospectivamente, su peor defecto, aparte de su carácter altamente «oficial», fue su imitación de los modelos europeos, que casaban mal con las

posibilidades y tradiciones rusas. Como en las academias de arte europeas, el género más prestigioso fue la pintura histórica de estilo clásico. Los intentos de retratar la historia rusa fueron objeto de alabanza en su día, pero dieron lugar a cuadros que posteriormente fueron considerados hieráticos, en el mejor de los casos, y a veces cómicos. Los antiguos rusos aparecían embutidos en fantásticas armaduras que recordaban más a los romanos que a la Rusia medieval. Más atractivos para los gustos posteriores fueron los retratistas que, cosa irónica, no tenían vínculo alguno con la academia. El primero en hacerse un nombre fue Iván Argunov (1727-1802), siervo de la muy acaudalada familia Sheremétev. Entre sus sucesores estuvieron Fiódor Rokotov, siervo de los Repnin, y dos ucranianos, Dimitri Levitski (discípulo de Argunov), y Vladímir Borovikovski, el único noble de todos ellos. Sus encantadores retratos de hombres y mujeres de la nobleza, así como de Catalina, llenaban los palacios y casas de campo rusas. Su calidad era comparable a la de muchos retratos ingleses y franceses de la época, aunque menos imaginativos que los de los segundos.

El reinado de Catalina marcó el crecimiento de la arquitectura clasicista rusa, que transformó San Petersburgo en la ciudad que conocemos hoy. Estaba firmemente en contra de la exuberancia barroca de Rastrelli, arquitecto en jefe de su predecesora Isabel. Catalina y sus contemporáneos construyeron, con inconfundibles alusiones a Roma, una arquitectura propia de una gran capital imperial y sus elites. Estricta simetría, columnas romanas y arcos triunfales, estaban a la orden del día. El logro supremo de la era fue el monumento a Pedro el Grande, el «jinete de bronce», en palabras del inmortal Pushkin. Obra del escultor francés



Étienne Maurice Falconer y su mujer, mostraba a Pedro a caballo ataviado como un emperador romano sobre una roca gigante con la sencilla inscripción «De Catalina II a Pedro I» en latín y ruso. Descubierta en 1782 en una gran ceremonia, la estatua sigue siendo la contribución más importante de Catalina a la ciudad de San Petersburgo.

Los años posteriores a Pugachov no solo desbordaron de proyectos artísticos y entretenimientos para la corte; además, fueron años de reforma extensiva del gobierno y la sociedad rusos. Finalmente, la Comisión Legislativa dio frutos, si bien indirectos: Catalina supo lo que la nobleza opinaba sobre las cuestiones planteadas y qué podría resultar útil para no tener a esta en contra. La primera tarea era reorganizar la administración de las provincias y ciudades, lo que implicaba la creación de un nuevo sistema de cortes. Los decretos de 1775 de Catalina dividieron las grandes unidades administrativas en unas 40 provincias, que a su vez se dividían en cinco o seis unidades más pequeñas. En el nivel de estas unidades menores, el gobierno desaparecía a todos los efectos, lo que dejaba el campo en manos de los nobles y las comunidades de campesinos. La principal figura local era el gobernador provincial designado por la emperatriz. Estos gobernadores eran, invariablemente, nobles, en ocasiones incluso grandes aristócratas, pero, con mayor frecuencia, militares. En el mismo decreto, Catalina instauró tribunales para la nobleza, que habían de combinar a jueces nombrados con nobles locales elegidos para asistirlos. En áreas donde predominaban los campesinos libres, se crearon también juzgados con campesinos elegidos junto a los funcionarios para la administración de justicia. Como siempre, el eslabón de las aldeas era el más débil: en ellas, el poder del Estado

existía a menudo solo sobre el papel. Catalina instauró tribunales en las ciudades, solo para los habitantes locales, integrados por jueces designados y asesores electos. Así, la justicia se vio dividida en cortes especiales para cada grupo social, que combinaban jueces designados con asesores electos.

La nueva legislación implicaba una mayor responsabilidad por parte de la nobleza y la elite ciudadana, pero muchos aspectos de su estatus y su relación con el Estado seguían sin estar definidos. Las respuestas a este problema fueron las cartas a los nobles y señores del pueblo de 1785. La carta a la nobleza confirmaba y ampliaba los derechos ya aplicados desde tiempos de Pedro, añadiendo otros, incluido el decreto de 1772 sobre la liberación de estos del servicio obligatorio al Estado. A los nobles no se les podía privar de la vida o la propiedad sin ser juzgados por un tribunal compuesto por sus pares. Su nobleza era hereditaria y no podían perderla sin una condena por delitos específicos, como el asesinato o la traición. No podían ser sometidos a castigos corporales, y el derecho a poseer tierras y siervos quedaba garantizado exclusivamente para ellos. Los nobles de las provincias debían reunirse para constituir una asamblea de la nobleza que determinase el derecho a pertenecer a ella y eligiese su propio jefe de policía. Estos oficiales tenían poco poder formal, pero como representantes de la nobleza local, frecuentemente con poderosas conexiones en San Petersburgo, eran personajes formidables. Los gobernadores provinciales, a pesar de su poder formal, decidieron que era sensato cultivar a los jefes de la nobleza. En las ciudades, los decretos de Catalina dividían a la población simplemente por su riqueza y dejaban la mayor parte de la administración,

como los tribunales, en manos de las elites. La población tenía que elegir un cuerpo de gobierno de entre los ciudadanos más ricos para que gestionara el aspecto empresarial de la vida ciudadana, dejando los juzgados y la policía tal como especificaba la reforma política de 1775. Los ciudadanos tampoco podían ser privados de la vida y la propiedad sin una condena previa ante un tribunal de sus pares. Los ciudadanos de categoría inferior podían recibir castigos corporales. También había una legislación suntuaria, que imponía límites a la ostentación por parte de los órdenes inferiores. Aunque restringidas a las clases alta y media, las Cartas fueron el primer fruto del pensamiento ilustrado sobre los derechos y deberes del ciudadano a incorporar a la legislación rusa.

Mientras reordenaban el gobierno ruso, Catalina y sus ministros no perdían de vista la situación en la frontera sur. Los otomanos no podían ignorar los avances rusos, y la «autonomía» de Crimea bajo administración rusa resultó ser una disposición inestable. En 1783, Catalina anexionó la zona, añadiéndola al vasto territorio de la Nueva Rusia bajo la mano firme de Potemkin. Catalina y Potemkin empezaron a trazar nuevos planes de conquista en el sur, tentando a Austria para que se les uniera en el «proyecto griego», una propuesta para la partición de los Balcanes y la restauración de una monarquía griega con príncipes rusos sobre las ruinas del Imperio otomano. Finalmente, en 1787, Turquía declaró la guerra a Rusia. Las tropas rusas empezaron a avanzar sobre los Balcanes, pero en otros lugares la situación comenzó a deteriorarse. El emperador austriaco José II hizo honor a su tratado con Rusia y su ejército se movió también hacia el sur, aunque fue rápidamente derrotado por los turcos. El rey

Gustavo III de Suecia atacó también a Rusia, buscando venganza por anteriores pérdidas y para fortalecer su posición en su país. Catalina había esperado que las tropas polacas apoyaran el esfuerzo ruso, pero cuando Stalislav Poniatovski convocó a la Dieta para discutir el tema, esta no tardó en convertirse en una asamblea revolucionaria: determinó librarse de la dominación rusa y elaborar una Constitución reformada. Prusia respaldó, cínicamente, a los polacos con la idea de aprovecharse para su posterior engrandecimiento futuro a costa de Polonia. Catalina no tenía en quién confiar salvo Potemkin, su propio ejército y su marina.

Catalina mostró los nervios de acero que la habían llevado al trono 30 años atrás. Mientras oía el estruendo de los cañones de la flota sueca a través de las ventanas de su palacio, siguió trabajando sin prestarle la menor atención. El avance en el sur fue lento, en especial al principio, pero la nueva flota del mar Negro (con algo de ayuda del héroe naval norteamericano John Paul Jones) salió victoriosa. El ejército empujó implacable a los turcos hasta los principados rumanos. Gustavo III no avanzó gran cosa y descubrió que era objeto de una conspiración por parte de oficiales finlandeses descontentos con el absolutismo sueco. Agotados sus recursos pese a un modesto éxito en el mar, Gustavo firmó la paz en 1790. Turquía siguió en guerra.

Para complicar todavía más la situación de Rusia, Gran Bretaña, cuyas ambiciones imperiales crecían rápidamente, empezó a preocuparse por el avance ruso hacia el Mediterráneo y adoptó una posición hostil. Catalina necesitaba la victoria y, a finales de diciembre de 1790, se la ofreció el general Aleksandr Suvórov, que atacó la fortaleza de Izmail, cerca de la desembocadura del Danubio. Asaltó el

fuerte con un ataque frontal y grandes bajas, pero lo tomó. La primavera siguiente, los rusos avanzaron hacia el sur y, a finales del verano, los turcos capitularon. Las fronteras rusas se extendían ahora hasta el río Dniéster, incluyendo el emplazamiento de la futura ciudad de Odesa. Catalina había jugado sus cartas con gran habilidad, y había ganado. En ese momento, murió Potemkin. Catalina siguió teniendo amantes y favoritos, pero ninguno de ellos jamás gozó del amor y la confianza que le había inspirado Potemkin.

Las guerras contra Turquía y Suecia habían exigido todos los recursos del gobierno ruso, pero este era consciente de que Europa estaba sumida en una crisis creciente. La Revolución francesa estaba transformando la política europea de un día para otro y, más cerca, la Dieta polaca con su Constitución reformada del 3 de mayo de 1791, significó que Rusia no tardaría en tener un vecino desafecto y más poderoso. Catalina no podía hacer gran cosa con respecto a Francia, pero Polonia era un caso diferente. Tramó intrigas con aristócratas opuestos a la nueva Constitución y, en cuanto la guerra turca hubo terminado, ella y sus aliados polacos emprendieron la lucha contra Poniatovski y el nuevo gobierno. Les fue fácil barrer al pequeño ejército polaco, y Catalina acordó con Prusia establecer una partición distinta. No era la opción preferida por ella, ya que siempre había querido una Polonia única y complaciente, pero comprendió que el nuevo orden era demasiado popular entre los nobles polacos como para darle la vuelta, y que tenía que conciliar a Prusia con Austria.

Así, una Polonia muy reducida adquirió una Constitución conservadora apoyada por las bayonetas rusas, pero no duró. En 1794, Tadeo Kosciuszko lideró una

rebelión en el sur de Polonia, que se extendió rápidamente a Varsovia y obtuvo algunos triunfos modestos. Catalina, que estaba convencida de que detrás estaba el jacobinismo francés, envió a Suvórov a la cabeza del ejército ruso. Suvórov tomó Varsovia con una enorme matanza, y las potencias particionistas acordaron poner fin a la existencia de Polonia. Prusia y Austria se hicieron cargo de las zonas con población predominantemente polaca, mientras que Rusia se apropió de Ucrania occidental, el resto de Bielorrusia y Lituania.

Rusia se había convertido ya en un imperio auténticamente multinacional. Los 5,5 millones de súbditos nuevos redujeron el porcentaje de rusos en el Estado de aproximadamente un 85 por 100 a alrededor de un 70 por 100. Catalina no había librado aquella guerra para reunificar a los eslavos del Este, pero, de hecho, había incorporado a su imperio prácticamente todo el territorio de la Rus de Kiev medieval.

Aunque poco podía hacer Catalina por alterar el avance de la Revolución francesa, le preocupaba, y no menos su creciente radicalización. La nobleza rusa compartía sus temores. La política de tolerancia e ilustración llegó gradualmente a su fin. En especial, tras la proclamación de la república y la ejecución de Luis XVI, la importación y circulación de nuevos libros franceses, y hasta los de escritores ilustrados ya conocidos durante largo tiempo, se enfrentaron a graves restricciones. En 1792, Nóvikov fue detenido tras una investigación, pero no fue sometido a juicio y se ordenó su confinamiento indefinido en prisión. Los masones, objeto de creciente sospecha como posibles defensores de los revolucionarios franceses, fueron acallados. En 1796, pocas semanas antes de su muerte, Catalina estableció el primer

sistema ruso de censura estatal, sin depender ya de la Academia de las Ciencias o la política local para que se encargaran de la tarea.

El caso más espectacular de disensión y su represión, no obstante, se había producido ya en 1790. Ese año, Aleksandr Radíshchev, noble y funcionario de baja categoría, publicó un libro llamado *Un viaje de San Petersburgo a Moscú*. Mediante el entonces popular género del viaje ficticio, describía las aldeas de Rusia e intercalaba sus propias opiniones sobre la sociedad y la política. Su retrato de la esclavitud era extremadamente poco halagüeño: a su modo de ver, un sistema que corrompía por igual al amo y al siervo era moralmente indefendible y económicamente ruinoso. Sus reflexiones políticas eran más vagas, pero sugerían con toda claridad que la autocracia no era el mejor modo de gobernar Rusia. Catalina leyó el libro, hizo numerosas anotaciones al margen y ordenó la detención de Radíshchev. Interrogado en el departamento secreto del senado, Radíshchev fue procesado por sedición y lesa majestad en el tribunal penal de San Petersburgo, y condenado a muerte. Catalina conmutó la pena por el exilio en un remoto fortín siberiano. Radíshchev partió, aunque con un sustancial estipendio por parte de uno de los grandes de Catalina, que intercedió por él ante la emperatriz.

El siglo XVIII ruso terminó con la Revolución francesa y la muerte de Catalina en 1796. El Estado o, por ser más precisos, los monarcas y sus cortes, habían trabajado durante un siglo para transformar el país siguiendo las líneas marcadas por los europeos e introducir la cultura de estos en Rusia. En buena medida, habían logrado su objetivo. Rusia contaba con instituciones y leyes copiadas de modelos europeos, y los

diplomáticos, comerciantes y viajeros se sentían como en casa en San Petersburgo, aunque puede que no en toda Rusia. La nueva estructura del poder había aportado la base para el ascenso de Rusia al estatus de gran potencia y contribuido al crecimiento del comercio y la industria, la educación y la ciencia. Los asentamientos en nuevas áreas del sur contribuyeron a una explosión demográfica imparable, que estaba haciendo de Rusia el país más grande de Europa, incluso sin contar con los territorios anexionados más recientemente.

La transformación cultural había sido profunda. Con el fin de siglo, los rusos educados, en su mayoría nobles todavía, habían interiorizado la mayor parte de las grandes ideas y logros artísticos de la Europa moderna, y empezaban a ofrecer sus propias, aunque modestas, aportaciones. El pensamiento político ruso compartía los mismos elementos y se basaba en los mismos escritos que el de más al oeste. Si bien a los nobles rusos no les agradaban las reflexiones democráticas de Rousseau, sí absorbieron las enseñanzas de Pufendorf y Montesquieu, así como los de una hueste de escritores menores. En Rusia se entendía la monarquía como en Francia o Prusia, Austria o Suecia.

La realidad rusa imponía límites tanto a la construcción del Estado como al progreso cultural. Rusia seguía siendo demasiado pobre para contar con un sistema educativo más o menos universal, y todos los gobiernos locales padecían de una escasez crónica de fondos y personal. Fuera de las capitales, las poblaciones importantes y las grandes posesiones aristocráticas, la vida prosiguió en gran medida como siempre: un círculo de trabajo rural puntuado por la liturgia ortodoxa. En los Urales y las aldeas y ciudades comerciales de



Rusia central, existían islas de progreso económico, pero continuaba siendo una sociedad abrumadoramente agrícola.

Lo que es más: era una sociedad agraria en la que la mitad de su campesinado se componía de siervos. Se trataba de un tema importante que ni Catalina ni sus ilustrados amigos podían cambiar, ni siquiera enfrentarse a él. A ella le desagradaba el sistema, sabía que era pernicioso y no menos para el progreso agrícola. No obstante, era consciente de que prácticamente todos los nobles, de los que dependía su trono, lo consideraban la fuente de su riqueza y su posición social, como, de hecho, era. El sistema esclavista no solo se aplicaba aún en Rusia: persistía en Polonia y Prusia, y José II acababa de empezar a dismantellarlo en Austria.

Justo en el momento en que Rusia parecía haber alcanzado un orden estable y europeo, la Revolución francesa cambió las reglas del juego. Ahora tendría que intentar dar respuesta a toda una serie de nuevos desafíos, internacionales y nacionales, culturales y políticos. Con el tiempo, estaría en juego su propia supervivencia. Se iniciaba una nueva y peligrosa era.

## Rusia en la era de la revolución

A la muerte de su madre, Pablo ascendió al trono; el primer heredero varón no cuestionado en 70 años. Su primera medida fue trasladar los restos de Pedro III, al que creía su padre, a la iglesia de San Pedro y San Pablo con los demás gobernantes de Rusia, desde Pedro en adelante. La siguiente fue reemplazar a la mayor parte de los ministros y cargos de Catalina, enviando a muchos de ellos al exilio. Así comenzó el breve, y a menudo extraño, reinado del zar Pablo.

Era justo el momento en que la Revolución francesa, ya superada su fase más radical, empezaba a dirigirse hacia el exterior. El nuevo zar tuvo que responder al peligro aparente desde sus primeros días en el trono. Mucho más conservador que su madre, convirtió en su prioridad el fortalecimiento del poder y la autoridad estatales. Recentralizó el gobierno, reinstauró algunos de los colegios y revivió el Consejo de Estado. También amplió el senado, y se encargó de que ejerciera una mayor supervisión de la ley y la administración. Con este fin, dictó un enorme número de nuevas leyes, órdenes y reglamentos. A ojos de Pablo, todo requería una reglamentación, y su tarea consistía en crear una donde no existiera.

Aún mayores que los cambios en las instituciones, fueron los cambios en el estilo. Pablo no perdía ocasión de reafirmar su autoridad, por insignificante que fuera el asunto. Desde joven, había pasado buena parte de su tiempo instruyendo a las tropas bajo su control personal, viviendo alejado de su madre en el palacio suburbano de Gatchina, que convirtió en un campamento militar como los del

ejército prusiano tan amado por su padre. Así pues, inició su reafirmación por el ejército. Ordenó a los militares rusos que cambiasen de uniforme y adoptasen el modelo prusiano, al igual que su instrucción y entrenamientos, lo que produjo gran irritación tanto entre los oficiales como entre los soldados. Los ejércitos revolucionarios franceses habían demostrado ya que los antiguos métodos prusianos habían quedado obsoletos, pero Pablo, en su búsqueda de una estricta jerarquía y una obediencia ciega, fue incapaz de verlo. Sus nuevas órdenes iban mucho más allá de lo militar: exigía que todo el mundo, de cualquier sexo o edad, que se topara con él en público, desmontara y se arrodillase, hiciera el tiempo que hiciera. Los funcionarios eran destituidos o exiliados por casos menores de abandono del deber, detalles de vestuario o de etiqueta cortesana. Prescribió la vestimenta a usar en la corte y otras ocasiones, y la impuso con pedante meticulosidad. Para muchos nobles y oficiales, su conducta era a la vez insultante y extraña. Para Pablo, la imposición de reglamentos formaba parte de la restauración de la disciplina y la moralidad, que consideraba cruciales tras la laxitud del reinado de Catalina y la amenaza de revolución procedente de Francia. Con esta visión en mente, revocó muchas de las disposiciones de la carta de nobleza y redujo el elemento electoral en los gobiernos provinciales. Parte de este programa de contrarreforma fue la devolución de viejos privilegios a los nobles de las provincias del Báltico y Ucrania, y un intento de lograr cierto grado de reconciliación con los polacos. Liberó a Kosciuszko y a otros prisioneros de guerra polacos, y mantuvo el sistema judicial de las anteriores provincias polacas. No era consciente de sus contradicciones.

Quizá estas derivaban de su obsesión por hacer lo

contrario de lo que había hecho su madre. Aunque le aterraba la Revolución francesa y estaba convencido de que el «jacobinismo» se multiplicaba por todos lados en Europa y Rusia, liberó a Radíshchev del exilio y a Nóvikov de la cárcel. A la vez, prohibió el uso de ropa del nuevo estilo francés, exigiendo el uso de sombreros de tres picos y pantalones ajustados hasta las rodillas para los hombres. Enamorado de las ideas medievales europeas sobre la caballería y la caballerosidad, le disgustaban los libertinos y avariciosos señoritos que, en su opinión, había creado el reinado de su madre. Decretó un límite de tres días por semana al tiempo que se podía exigir a los siervos para que realizaran servicios laborales. Típico de las decisiones de Pablo, resultó una medida más bien inútil, ya que en muchas partes del país el nuevo límite superaba, de hecho, la norma. Una de las medidas de su madre que no derogó fue la instauración de la censura de Estado, que afectaba a las publicaciones rusas y a la importación de libros occidentales. Por orden de Pablo, la música francesa fue considerada sospechosa.

Si hubiera reinado en una época menos turbulenta, quizá hubiera durado años como pequeño déspota que despertaba más desprecio que miedo. Los tiempos, no obstante, distaban mucho de ser tranquilos, aunque Rusia estaba lejos del centro de la acción en París. Desde la caída de la dictadura jacobina en 1794, el Directorio había orientado sus energías en el exterior a la conquista de Bélgica, Renania y el norte de Italia. Nada más ascender Pablo al trono, Napoleón Bonaparte obtenía sus primeras victorias contra Austria en el norte de Italia, convirtiéndose de inmediato en un gran héroe en Francia. Su siguiente proyecto fue la conquista de Egipto, lo que introdujo a Rusia en la

guerra. No es que los rusos tuvieran intereses especiales en Egipto, pero durante unos meses creyeron que el objetivo no era en realidad Egipto, sino Constantinopla, lo que sí representaba una amenaza evidente. A Pablo le enfureció también la conquista de Malta por Napoleón mientras se dirigía hacia el este en 1798. Malta estaba tan alejada de los intereses rusos como Egipto, pero los gobernantes de la isla, los Caballeros de Malta, acababan de enviar una embajada al zar. Esta apelaba a sus ideales caballerescos y su deseo de combatir la hidra de la revolución, por lo que se convirtió en protector de la Orden de Malta. Con la isla en manos francesas, algunos hasta ofrecieron a Pablo el cargo de comandante máximo de la orden. Enfrentándose a los deseos del papa, el zar ortodoxo pasó a encabezar la orden católica: con el ejército francés a sus puertas, el papa no estaba en situación de poner objeciones. El incidente de Malta y otras acciones llevaron a Pablo a unirse a Austria, Gran Bretaña y demás potencias en una coalición contra los franceses. El general Suvórov fue liberado de su exilio forzoso (Pablo le había asociado, sin error, con Potemkin y Catalina) y colocado al mando de un ejército austro-ruso. Procedió con tal energía que expulsó a los franceses en pocos meses y se mostró dispuesto a invadir Francia. En lugar de ello, las derrotas en otros frentes y la insistencia de Austria en invadir Francia desde Suiza obligaron a Suvórov a desplazarse hacia el norte. Durante el invierno alpino, tuvo que retirarse entre fuerzas francesas hostiles hasta la seguridad del sur de Alemania. Irritado por estos sucesos, y por un intento ruso-británico fallido de invadir los Países Bajos bajo dominio francés, Pablo rompió toda relación con la coalición e hizo propuestas a Francia. Tras el golpe de Estado de Napoleón en

noviembre de 1799, Pablo pensó que Francia contaba con un gobernante comprometido con el orden, con el que podía hablar. A finales de la década de 1800, la guerra con Gran Bretaña parecía una posibilidad real. Los acontecimientos dictaron que no se materializara.

El descontento con Pablo había ido creciendo en la corte y la elite militar de San Petersburgo casi desde que accedió al trono. Pablo tenía varios hijos, el mayor de los cuales, Alejandro, nacido en 1777, era un joven agradable y bien educado. Además, Pablo había reemplazado la ley sucesoria de Pedro el Grande por una propia en 1797; una ley que prohibía la entronización de mujeres y especificaba la primogenitura de la línea masculina. En caso de que Pablo fuera destronado o muriera, la sucesión estaba asegurada.

Pablo, que temía ser asesinado, construyó un palacio nuevo –el castillo de San Miguel– a orillas del río Fontanka, rodeado por canales excavados para hacerlo inaccesible salvo a través de su puente levadizo. El «castillo» era una extraña combinación de estilo clásico y elementos que pretendían recordar un castillo medieval europeo, una fatuidad que encantaba al zar. Se mudó al lugar a finales de 1800. En cierto sentido, sus miedos estaban justificados, ya que la eliminación del zar era exactamente lo que varios oficiales de la guardia tenían en mente. Su líder era un alemán del Báltico, el conde Peter von der Pahlen, al que Pablo había exiliado por ofensas triviales, para después perdonarlo y nombrarlo gobernador de San Petersburgo. Pablo estaba demasiado centrado en sí mismo como para darse cuenta de lo que los demás opinaban de él: confundía continuamente amigos con enemigos y viceversa. En este caso, su error habría de resultarle literalmente fatal.

Desde su anterior deshonra, Pahlen llevaba largo tiempo albergando resentimiento y miedo contra el zar. Tenía seguidores que pensaban como él, siendo el principal el conde N. P. Panin, sobrino del tutor de Pablo. Panin había caído en desgracia por oponerse al acercamiento a Napoleón, y Pahlen temía no solo por su vida, sino por la del resto de la familia imperial. Creía que Pablo estaba alienando a la nobleza hasta tal punto que podría desatarse el desorden, una posibilidad terrible dada la inestabilidad reinante en Europa. Al ir tomando cuerpo el complot, Alejandro lo descubrió y no hizo nada por detenerlo. El 11 de marzo de 1801, tras una noche de excesos etílicos, los conspiradores se abrieron paso hasta el castillo de San Miguel. Encontraron a Pablo, que había intentado esconderse, y lo arrestaron; se desató una pelea y uno de los oficiales estranguló al zar. Fue el último y más violento golpe palaciego de la historia de Rusia. Se hizo pública una notificación que declaraba que Pablo había muerto de una apoplejía y que Alejandro era el nuevo zar. La celebración fue generalizada en todo San Petersburgo.

Alejandro I gobernó Rusia durante un cuarto de siglo, un periodo de gran dramatismo. Su sello personal sobre esa etapa fue considerable, sobre todo porque fue el último zar en exhibir abiertamente su deseo de mantener a Rusia a la altura del mundo político, rápidamente cambiante, de Occidente. Después de Alejandro, los gobernantes rusos se opusieron a todo cambio político, o lo permitieron solo bajo presiones extremas. Cuando su vida se aproximaba a su fin, también Alejandro fue dejando de lado su liberalismo inicial, pero mantuvo una política netamente reformista hasta la víspera de la invasión napoleónica en 1812.

Buena parte del liberalismo de Alejandro era más una

cuestión de actitud que de reorganización institucional. La censura se relajó radicalmente, y en 1804 apareció un nuevo estatuto que establecía unas reglas relativamente benignas y asignaba la tarea de la censura a profesores universitarios dependientes del Ministerio de Educación. Empezaron a aparecer publicaciones como la revista *Mensajero de Europa*, de Nikolái Karamzín, que sería la voz literaria e intelectual durante varias décadas. Escritor de novelas sentimentales y de una historia sobre sus viajes por Europa, publicó en la revista artículos sobre una amplia variedad de temas, desde lo último en literatura francesa a la revolución en Haití. Karamzín impresionó tanto al zar que en 1803 le nombró historiador oficial, con el encargo de redactar una historia de Rusia que fuera académicamente impecable, pero que estuviera en prosa fácil de leer. Las iniciativas de Alejandro supusieron un gran paso para la educación superior en Rusia. A la anterior Universidad de Moscú se sumaron nuevas universidades en Kazán (1804), Járkov (1805) y San Petersburgo (1819). En Vilna, en gran medida polaca, la academia fue transformada en una universidad, y la universidad alemana de Dorpat (Estonia) fue revitalizada. El Liceo Imperial, fundado en Tsárkoye Seló bajo advocación de los zares, se convirtió en uno de los semilleros más importantes de la cultura rusa. Todas estas iniciativas fluyeron del liberalismo un tanto nebuloso que le inculcó al zar su anterior tutor, el suizo Frederic Laharpe. Posteriormente execrado por los conservadores como el genio malvado del reinado de Alejandro, en realidad no hizo más que ofrecer a su pupilo las lecturas e ideas de la Ilustración tardía, defendidas durante la infancia del heredero por su abuela Catalina. La juventud de Alejandro coincidió con la Revolución francesa, pero, al



contrario que su padre, no se limitó a verla simplemente como una amenaza. Se la tomó como parte de los enormes cambios que arrasaban a la sociedad europea y como una advertencia para los monarcas que no se mantenían a la altura de los tiempos. Su respuesta fue intentar reformar el Estado ruso y ponerlo en línea con la nueva Europa, pero a la vez conservando intacto el poder de la monarquía.

Las amistades juveniles de Alejandro eran de la nobleza; compartían sus puntos de vista y habrían de desempeñar un papel importante en los primeros años del reinado. Nombró a cinco de ellos, entre otros Pável Stroganov, Nikolái Novosiltsev y el príncipe polaco Adam Czartoriski, miembros de un comité no oficial para asesorarle sobre el tipo de reformas que necesitaba Rusia. Empezaron discutiendo acerca de las constituciones y los perjuicios del sistema de servidumbre. Luego, sus conversaciones se orientaron hacia la idea de fortalecer la administración y el orden legal. Alejandro remodeló radicalmente el gobierno ruso, aboliendo los viejos colegios y otras estructuras remanentes de los tiempos de Catalina y Pablo y sustituyéndolos por ministerios. Se dotó a los nuevos ministerios, inspirados en el modelo de la Francia napoleónica y encabezados por un único ministro en lugar de un comité, de abundante personal y amplias competencias administrativas, si bien carecían de poder legislativo. Con esta nueva estructura, Alejandro creó la burocracia que gobernaría Rusia bajo el zar hasta 1917. Se suponía que sus ministerios debían seguir guías legales, y en gran medida lo hacían, aunque la potestad del zar de dictar leyes a voluntad introducía un importante elemento de arbitrariedad que perduró hasta el fin del viejo régimen. La ausencia de una cultura legal era un obstáculo añadido, pero

para remediarlo se concibieron las facultades de Derecho de las nuevas universidades y la escuela privada de leyes Demidov en Yaroslav. Jóvenes graduados con formación profesional en leyes empezaron a reemplazar a los funcionarios, que actuaban simplemente con el conocimiento de la práctica existente, y a los viejos notables con su cultura general derivada de la literatura francesa. Alejandro situó al senado, ahora transformado en centro de revisión administrativa y tribunal supremo, por encima de todas estas instituciones.



Ilustración 8. Centro de San Petersburgo con el palacio de invierno, de *Four Panoramic Views of St. Petersburg* [Cuatro vistas panorámicas de S. Petersburgo], de John Augustus Atkison, Londres, 1802.

El proceso reformista contó con una ayuda significativa: el nombramiento de Mijaíl Speranski como secretario de Estado del zar. Speranski era un *parvenu* (su padre era un sacerdote, no un noble) que había trabajado duramente y ascendido gracias a su inteligencia. Su exterior, en apariencia blando, ocultaba un fuego interior alimentado por unas creencias religiosas místicas y por su devoción por la ley. Pasó

de una carrera de éxito en el nuevo Ministerio de Justicia a colaborar directamente con Alejandro en la reforma legal. En 1809 compiló una Constitución que incluía una legislatura representativa limitada y algunas restricciones al poder del zar. En lo sucesivo, las leyes solían discutirse en el Consejo de Estado antes de que el zar tomara una decisión final. Speranski participó, además, en la concesión de una Constitución a la nueva adquisición de Rusia, Finlandia. Como consecuencia de la preocupación ante posibles complicaciones en San Petersburgo y la política exterior, Rusia se había anexionado Finlandia en 1809, otorgando al país un gobierno, aunque solo fuera un gobierno autónomo en el seno del Imperio ruso. Así, la Rusia autocrática adquirió una unidad constitucional, que duró como tal hasta que el imperio se derrumbó. En Finlandia, el zar ruso era un gobernante constitucional.

Speranski y sus innovaciones no eran populares entre la nobleza, que lo odiaba y lo consideraba un plebeyo defensor de las ideas políticas «francesas». En realidad, Speranski distaba mucho de ser tan radical como creían sus oponentes. Jamás mostró el menor deseo de poner en cuestión la autoridad del zar. Lo único que deseaba era avanzar en la legalización del poder y regularizar el proceso de consultas. Era bastante conservador también en otros aspectos: un creyente místico, que difícilmente podía ser el riguroso ideólogo de la Ilustración que le consideraban sus críticos. El centro de la oposición a Speranski y la senda liberal emprendida por Alejandro era el salón de su hermana menor, la gran duquesa Ekaterina Pavlovna, donde el cerebro pensante era Nikolái Karamzín, entregado a su obra histórica. En 1811 presentó a Alejandro un largo memorando que

criticaba las reformas como algo ajeno al espíritu ruso, basado en la autocracia y la lealtad a la tradición. Para Alejandro, era inaceptable, aunque se demostró más tarde que esas ideas tenían otros seguidores. Karamzín era demasiado intelectual para la mayor parte de la nobleza conservadora, cuyos temores eran más simples: temían que los franceses liberaran a los siervos y pusieran en jaque sus privilegios. La caída de Speranski llegó en la primavera de 1812, cuando Napoleón preparaba su ataque contra Rusia, y Alejandro necesitaba el apoyo de los nobles conservadores en aquel momento de crisis. Irónicamente, las instituciones más modernas que Alejandro y Speranski habían tomado de Francia dieron al Estado una solidez que le permitió hacer frente a la avalancha francesa.

Las reformas internas de Alejandro se produjeron sobre el fondo de la titánica lucha de Napoleón contra el resto de Europa. Al principio, el nuevo zar se contuvo. El asesinato del zar Pablo había descartado el proyecto de unirse a Francia en una guerra contra Inglaterra. Alejandro se aferró a la opción de la neutralidad; una neutralidad que le concedió un margen para introducir sus primeras reformas.

Las relaciones con el Imperio napoleónico en expansión eran inevitablemente complejas, dado que Rusia estaba lejos del centro de la expansión francesa. Durante casi un siglo, las ambiciones imperiales rusas se habían dirigido hacia el sur, hacia el Imperio otomano y la Transcaucasia, zonas de interés secundario para los franceses. Al mismo tiempo, Rusia estaba profundamente implicada en la política europea. No podía limitarse a ignorar la conquista y reorganización de Europa central por Napoleón. En 1805, Rusia se unió a Gran Bretaña, Austria y Suecia para oponerse al poder de

Napoleón. El primer resultado fue un desastre, ya que Napoleón se desplazó rápidamente al centro del Imperio austriaco. Alejandro hizo caso omiso de los consejos de su comandante Mijaíl Kutúzov y, junto a los austriacos, entró en combate en Austerlitz en diciembre de 1805. Fue una de las más grandes victorias de Napoleón. Prusia se sumó a la alianza, pero Napoleón aplastó al supuestamente gran ejército prusiano en Jena al año siguiente. Prusia, que al contrario que Rusia no había empezado a introducir reformas, se derrumbó. Mientras los prusianos se retiraban hacia el este, Rusia se encontró cara a cara con los franceses, casi a solas. Sin embargo, consiguió vencerlos en Preussisch Eylau, una de las contadas derrotas de Napoleón durante esos años. Este se recuperó y en junio de 1807, en Friedland, infligió tales daños al ejército ruso que Alejandro decidió sellar la paz. Se reunió con el emperador francés sobre una balsa en Tilsit, en el este de Prusia, firmando la paz e incluso una alianza con Francia.

Dicha alianza implicaba sumarse al boicot de Napoleón contra los productos ingleses en los puertos europeos, así como el apoyo a la diplomacia francesa. Una consecuencia inmediata fue la guerra con Suecia, ya que el rey sueco se mantuvo fiel a la causa antifrancesa, y la conquista de Finlandia. No obstante, la política exterior más generalizada de Rusia en esos años fue el retorno a la conquista imperial en el sur. La guerra contra los turcos trajo consigo la anexión de Besarabia en 1812. La anexión previa de Georgia (1803) aportó a Rusia una fuerte presencia en la vertiente sur de la cordillera del Cáucaso, lo que la convirtió en rival inmediata de Irán, así como de Turquía.

La alianza de Alejandro con Napoleón fue inestable

desde el principio. El zar cumplía con la boca pequeña el boicot a los productos ingleses, pero barcos norteamericanos empezaron a abarrotar San Petersburgo transportando, precisamente, los productos ingleses que Napoleón pretendía bloquear. El emperador francés se quejó amargamente de esta violación del acuerdo y de otras cuestiones, intentando intimidar a Alejandro para que le obedeciera. Alejandro, un maestro en este tipo de diplomacia, respondía a las quejas francesas con infalible encanto y vagas promesas de amistad. Al ir subiendo de tono la amenaza de los franceses, el zar recordó a Napoleón el tamaño de su ejército y la extensión de su país. Mencionó a los enviados el caso de los escitas, los antiguos habitantes del sur de Rusia, que derrotaron al poderoso Imperio persa retirándose a la estepa: agotaron y acosaron a los persas, hasta que los invasores se dieron cuenta de que casi no les quedaban víveres y tuvieron que volver a casa a la carrera. El mensaje no podría haber estado más claro, pero Napoleón no le prestó atención.

Napoleón tenía buenas razones para creer que lograría conquistar Rusia en la primavera de 1812. Francia y Rusia tenían más o menos la misma población (alrededor de 35 o 40 millones de habitantes), pero Francia podía recurrir prácticamente a toda Europa: Países Bajos, Alemania e Italia habían sido anexionados al Imperio francés o convertidos en Estados clientelares, y por tanto tenían que proporcionar efectivos a su ejército. Prusia recibió la orden de sumarse y Polonia también aportó un entusiasta contingente, recién llegado de la lucha en España. Con la Guerra de España sin resolver, Napoleón agrupó a más de 400.000 hombres del ejército imperial francés, más aliados, en la frontera occidental de Rusia en junio de 1812. Sobre el papel, Rusia

podía reunir otros tantos, pero en realidad se reducían a la mitad. Además, Francia era un país próspero con una floreciente industria militar potenciada por su imperio. Rusia, como sabía todo el mundo, era un país industrialmente atrasado dominado por una agricultura primitiva. Napoleón y la mayoría de los observadores estaban convencidos de la victoria francesa, hasta los contrarios al engrandecimiento napoleónico, como el primer embajador norteamericano en Rusia, John Quincy Adams.

De hecho, las condiciones no eran tan desfavorables para Rusia. La instauración del Ministerio de la Guerra y un Estado Mayor significaba que el ejército ruso contaba con una organización, logística y planificación modernas. Su principal plan era, precisamente, la estrategia escita a la que había aludido el zar Alejandro. El ministro de la Guerra, Mijaíl Barclay de Tolly y los generales eran conscientes de que era la única opción de Rusia. Lo más importante era evitar una batalla decisiva cerca de la frontera, donde los franceses tendrían una fuerza predominante. Tras algunas dudas, Alejandro se mantuvo fiel al plan de retirada y cedió el mando diario del ejército. A medida que avanzaban hacia el interior, los franceses tuvieron que dejar cada vez más tropas a sus espaldas para asegurar las comunicaciones con Francia. Además, descubrieron que Rusia, con su baja densidad de población y sus malas carreteras, no suministraba alimentos suficientes a lo largo de la marcha para permitir a los invasores vivir de la producción local. Se vieron confinados a un estrecho corredor y despojados de todos sus recursos. Nada de esto tendría importancia si lograban destruir al ejército ruso, que se desplazaba hacia el este ante ellos. Alejandro empezó a percibir las implicaciones políticas

de la retirada, que ofendía al patriotismo del pueblo y en particular a los nobles. Decidió sacrificar a Barclay y nombrar a Kutúzov comandante en jefe. Alejandro ya había pagado un alto precio por rechazar sus consejos en Austerlitz. Era un veterano de sesenta y siete años de las guerras turcas de Catalina la Grande, y de victorias más recientes contra los otomanos en Besarabia. Kutúzov mantuvo el plan original de retirada, ofreciendo batalla a regañadientes en Borodino el 7 de septiembre (26 de agosto en el calendario juliano) de 1812, a unos 160 kilómetros al oeste de Moscú.

La épica batalla, tan memorablemente retratada por Tolstói, fue la jornada más sangrienta de la Europa del siglo XIX. A estas alturas, Napoleón solo podía poner sobre el campo de batalla a unos 120.000 o 135.000 hombres de los que había llevado consigo; Kutúzov, más o menos el mismo número. Los rusos se atrincheraron tras fortificaciones de campo y dejaron la iniciativa del ataque a los franceses. La matanza fue de tal calibre que cayeron alrededor de 40.000 o 50.000 hombres de cada bando, en torno a 100.000 muertos y heridos en un solo día. Los franceses consiguieron capturar algunas de las fortificaciones rusas antes de regresar a su campamento. Kutúzov, cuya principal preocupación era mantener la capacidad de su ejército para luchar, decidió retirarse por completo. Reemprendió la marcha hacia el este, hacia Moscú, junto a sus hombres. Napoleón, como de costumbre, pintó la batalla como una gran victoria francesa, aunque puso fin a sus posibilidades de éxito. Le quedaban pocas tropas para controlar Rusia si esta continuaba resistiendo.

Kutúzov no tenía la menor intención de rendirse, ni tampoco el pueblo. Decenas de miles de moscovitas



empezaron a abandonar la ciudad. Napoleón esperó en vano, en las colinas donde se yergue hoy la Universidad de Moscú, la llegada de una delegación rusa que le ofreciera la rendición de la ciudad. Entró en una ciudad fantasma, sin resistencia alguna pero también sin pueblo que le diera la bienvenida o rea basteciera a su ejército. Entretanto, Kutúzov había atravesado la ciudad con su ejército y virado hacia el sudeste, a lo largo de la carretera principal. En contra de lo que todo el mundo esperaba, cruzó el río Moscova y se dirigió al oeste. Montó su campamento al sudoeste de Moscú, ocupando las líneas de comunicación de Napoleón y bloqueando el camino hacia las ricas provincias agrícolas del sur y el centro de fabricación de armamento ruso de Tula. El conquistador de Europa estaba atrapado como una rata.

A partir de ese momento, Napoleón perdió la iniciativa: solamente podía retrasar lo inevitable. Comenzaron los incendios y Moscú ardió hasta los cimientos mientras las tropas francesas saqueaban los palacios vacíos de la nobleza. Henri Beyle, conocido en la literatura mundial como Stendhal, robó libros de la biblioteca de la mansión de los Golitsin. El emperador francés esperó varias semanas, con la esperanza de que Alejandro se rindiera y pudiesen obtener comida en los campos que rodeaban Moscú. No hubo rendición. Los cosacos patrullaban el campo y los campesinos masacraban a los soldados franceses enviados a buscar alimentos. Por último, hizo lo único que podía hacer: retirarse. Intentó ir más al sur, a sabiendas de que la vía directa hacia el oeste había sido despojada de víveres y de que nada podía llegarle desde Francia. Kutúzov había bloqueado el camino hacia el sur y le impedía el paso. Napoleón era lo bastante sagaz como para saber que no podía arriesgarse a

librar una gran batalla. Con el invierno a punto de llegar, viró directamente hacia el oeste para escapar antes de que sus tropas murieran de inanición. Fracasó. El ejército ruso y bandas de enfurecidos aldeanos persiguieron a los franceses todo el camino, matando a los rezagados y complicando aún más el ya catastrófico sistema de suministro. El invierno fue temprano y duro. Finalmente, el emperador de los franceses abandonó a sus tropas a su suerte y huyó a París con el propósito de recomenzar. Solo unos pocos miles de hombres de su gran ejército consiguieron llegar hasta la frontera de Polonia.

La derrota de Napoleón en Rusia transformó la política europea en cuestión de meses. Sus renuentes aliados empezaron a desertar, empezando por Prusia, seguida de Austria; ambas se unieron a Rusia y Gran Bretaña contra Francia. El ejército ruso marchó hacia el este, hasta Polonia y Prusia, y aportó el mayor contingente aliado en la gigantesca batalla de Leipzig (octubre de 1813) y la subsiguiente campaña en Francia. En 1814, el imperio de Napoleón tocaba a su fin. El desesperado intento de restaurarlo el año siguiente concluyó con el desastre de Waterloo.

Alejandro, junto con Gran Bretaña, insistió en que el Estado francés debía tener una Constitución con algún tipo de legislatura en vez de volver a la monarquía absolutista. Ambos se salieron con la suya. Como demostró el Congreso de Viena, las relaciones con Gran Bretaña no eran tan fluidas respecto a otras zonas. Hubo prolongadas disputas sobre las fronteras de posguerra de Prusia y Polonia, principalmente como consecuencia del miedo de británicos y austriacos a que Rusia fuera ya poderosa en exceso. Prusia, aliada de Rusia, retuvo grandes partes de Polonia y recibió importantes

territorios nuevos en Renania. La actitud de Alejandro en este tema era complicada: quería algún tipo de unidad política polaca con el nombre de Polonia (no un «ducado de Polonia»), pero deseaba que estuviera bajo la influencia de Rusia. El resultado fue el reino de Polonia, con el zar ruso como soberano. Formaba parte del Imperio ruso, pero con Constitución y gobierno propios, similar al caso de Finlandia.

El acuerdo sobre Polonia sugería que Alejandro proseguiría por el anterior camino liberal. Emancipó a los siervos estonios y lituanos en las provincias del Báltico, aunque los dejó sin tierras. En 1818, mientras consideraba un texto escrito por su viejo amigo Novosiltsev, incluso acarició la idea de otorgar una Constitución a Rusia. Al mismo tiempo, sus posiciones eran cada vez más conservadoras. La explicación a su recién hallado conservadurismo no residía solamente en su decepción con el liberalismo o la deriva derechista de la política europea, sino en sus puntos de vista religiosos. Alejandro cayó bajo la influencia de la baronesa Julie von Krüdener, una aristócrata alemana de origen báltico que había desarrollado una religión propia. Krüdener tenía a Napoleón por el anticristo y a Alejandro por el salvador del mundo, y así se lo dijo. Alejandro empezó a pasar más y más tiempo leyendo textos místicos y hablando con Krüdener y otros ocultistas. Sus intereses tenían un claro sesgo protestante, y el zar incluso patrocinó la traducción y circulación de la Biblia confiando a la English Bible Society la tarea de crear una red en Rusia. Fusionó Educación, el Sínodo ortodoxo y la Administración de denominaciones no ortodoxas en un único ministerio bajo el príncipe Aleksandr Golitsin, concentrando así amplios poderes sobre la religión y la cultura en manos de un favorito imperial. Golitsin ordenó

a las universidades que enseñaran doctrinas explícitamente conservadoras que desecharan toda idea sobre la ley natural del plan de estudios y la sustituyeran por la expresión de la voluntad divina. De modo similar, los científicos solo debían enseñar ideas acordes con la Biblia y la revelación. Los profesores poco podían hacer por oponerse a Golitsin, pero, por fortuna, sus medidas le ganaron el antagonismo de la Iglesia ortodoxa. Esta y los conservadores seculares consiguieron desacreditar a Golitsin en 1824, aunque no antes de que sus ideas y las de Alejandro dejaran un sello indeleble en la cultura rusa de aquellos años.

El general A. A. Arakchéiev era incluso más poderoso que Golitsin. Originalmente favorito del zar Pablo, padre de Alejandro, este le trajo del exilio en 1803 para encabezar la artillería rusa. En 1809-1810, le nombró ministro de la Guerra. Políticamente muy conservador, Arakchéiev era un administrador militar extremadamente competente, pero con una educación muy limitada y una poderosa veta de arrogancia y crueldad. En 1814, Alejandro le nombró jefe de su cancillería personal, lo que significaba que todos los ministros, generales y cortesanos tenían que abordar a Alejandro a través de Arakchéiev. También fue en gran medida responsable de programas descabellados, como los asentamientos agrícola-militares. La idea era convertir algunas aldeas del Estado en unidades militares con el objetivo de reducir costes, y fomentar la disciplina y unas mejores prácticas agrícolas. El resultado fue el descontento y la rebelión del campesinado, que desembocaron en una serie de revueltas que Arakchéiev suprimió con ferocidad salvaje. Hubo otras modificaciones. En 1817, Alejandro convirtió a los gendarmes, policía militar que se ocupaba solo de los

soldados, en una fuerza policial militarizada encargada de preservar el orden interno, la primera de este tipo en la historia de Rusia. El Ministerio del Interior empezó a buscar disensiones internas.

En el extranjero, el liberalismo inicial en Francia se desvaneció rápidamente al convertirse, el canciller austriaco Metternich y él, en los principales elementos de apoyo de la Santa Alianza. Incluía a Prusia y Francia, así como a otros Estados menores, en un pacto con Rusia y Austria para combatir la hidra de la revolución allí donde apareciera, como las sublevaciones de España y el sur de Italia en 1822-1823. Las tropas francesas y austriacas aplastaron estos intentos de instaurar un orden constitucional, pero el gran desafío para Rusia llegó cuando los griegos se alzaron en armas contra sus amos otomanos en 1821. Catalina y Pablo habían fomentado antes las revueltas griegas contra los turcos con la expectativa de obtener beneficios territoriales en los Balcanes. Ahora se presentaba la ocasión de satisfacer los objetivos rusos en el área. Alejandro titubeó, aunque muchos de los líderes griegos eran políticamente muy conservadores. Metternich le convenció de que los turcos eran los gobernantes legítimos de los Balcanes, y de que los griegos no merecían más apoyo que el que habían recibido los rebeldes españoles que luchaban contra su rey. Los griegos tuvieron que batallar solos, pese al evidente interés ruso en debilitar a los turcos y prestar apoyo a un pueblo ortodoxo.

El giro conservador en el pensamiento de Alejandro se produjo a raíz de la victoria de 1812 sobre Napoleón. El mismo acontecimiento tuvo el efecto opuesto en otros sectores de la sociedad rusa. Para los oficiales del ejército –jóvenes nobles con educación europea–, el triunfo supuso un

enorme orgullo para su país y su pueblo, lo que les dio una tremenda confianza en sí mismos. Cuando el ejército avanzó hacia el oeste en 1813-1814, muchos de ellos vieron Europa occidental por primera vez. Dado su conocimiento casi universal del francés y el alemán, pudieron observar e investigar fenómenos con cuyos detalles no estaban familiarizados. Cenaban en cafés parisinos, leían periódicos, asistían a conferencias y conocieron a sus homólogos en los salones franceses y alemanes. Iban preparados, ya que su instrucción les había orientado para comprender los fundamentos del pensamiento europeo: Kant y Montesquieu, Goethe y Rousseau. Leyeron las obras más recientes de los líderes liberales franceses Germaine de Staël y Benjamin Constant, los conservadores Chateaubriand y de Maistre, y conocieron los experimentos británicos sobre la educación popular. Algunos seguían los debates del parlamento inglés en la prensa francesa; otros se fijaban en sistemas más exóticos y estudiaban las Constituciones de Estados Unidos y la Mancomunidad de Pensilvania.

Tras los excitantes años de triunfo, y dado el mayor conocimiento sobre la vida y el pensamiento europeos, el regreso a casa fue como un baño de agua helada para muchos. Sabían que la esclavitud, condenada desde mediados del siglo XVIII, había sido un tema de debate. Napoleón la había abolido en Polonia, y los reformistas prusianos, en su tierra natal. Rusia era el único país europeo con semejante institución. Todos estaban al corriente de que el propio zar había insistido en la redacción de una Constitución para los franceses, y dentro de su propio imperio, para Polonia y Finlandia. Y en Rusia, ¿qué?

Alrededor de 1816-1817, con el fin de preservar el

intenso diálogo y las lecturas de los años de la guerra, grupos de jóvenes oficiales fundaron sociedades literarias y de debate más o menos secretas. La primera fue la Unión Salvación, con solo 30 miembros, cuyos ritos reproducían los de los francmasones para mantener sus actividades en el más absoluto de los secretos. En esta fase se produjeron ya serias discusiones políticas y no tardaron en surgir más. En 1818 fundaron otra sociedad secreta más amplia, la Unión del Bienestar, que contaba con una asociación literaria, la Lámpara Verde. La lectura de poesía, la redacción de críticas teatrales y las fiestas con alcohol eran parte integrante del movimiento de estos jóvenes, como lo era la política. A partir de 1821-1822, empezaron a analizar planes de acción más concretos y a redactar Constituciones de cara al futuro. En 1925, dos centros desarrollaban esta actividad. En San Petersburgo, donde estaban estacionados la mayoría de los regimientos de guardias, varios cientos de oficiales formaron la Sociedad del Norte con el objetivo de derrocar a la monarquía y proclamar un Estado constitucional. Encabezada por Nikita Muraviov, un capitán del Estado Mayor de la Guardia, aspiraba a la instauración de una monarquía constitucional y una legislatura elegida por sufragio basado en la propiedad. Kondrati Riléiev, poeta, exoficial de la Guardia y funcionario de la compañía ruso-americana que administraba Alaska, era más radical: tendía hacia el republicanism. Más al sur, un radicalismo similar alentaba a Pável Pestel, coronel del regimiento Viatka de infantería, y a otros oficiales del ejército estacionado en Ucrania, cerca de la frontera otomana. Pestel elaboró una Constitución para una república democrática en la línea jacobina. Tácticamente existían grandes desacuerdos: ¿debía ser el ejército la base de

la revuelta? ¿Bastaría con destronar al zar o sería necesario matarle? ¿Era eso correcto? Las discrepancias jamás llegaron a resolverse porque parecían demasiado distantes. Los conspiradores seguían reclutando activamente y esperaban que Alejandro viviera largo tiempo.

Las nuevas fuerzas policiales y las diversas políticas represivas no consiguieron detectar la conspiración hasta que fue demasiado tarde. En el verano de 1825, un desastre personal inmovilizó al todopoderoso Arakchéiev. Su ama de llaves y amante durante muchos años, una monstruosa sádica, fue asesinada por sus siervos. El general se hundió en la desesperación, acrecentada por el descubrimiento de que ella había estado robándole grandes sumas de dinero y le había convencido de que el hijo de uno de sus amantes era de Arakchéiev. Un oficial de origen inglés del ejército del sur llamado Sherwood envió un informe secreto con los nombres de muchos de los conspiradores, pero ya no había vuelta atrás.

El 19 de noviembre de 1825, el zar murió de repente a los cuarenta y siete años. Alejandro estaba de gira por Crimea y falleció en Taganrog, lejos de la capital o de cualquier gran ciudad, por lo que la noticia no llegó a San Petersburgo hasta diciembre. Se impuso la confusión. Según la ley de sucesión de 1797, el heredero de Alejandro, muerto sin hijos, hubiera debido ser su hermano menor Constantino, virrey en Polonia. Sin que prácticamente nadie lo supiera, Constantino había renunciado al trono en 1822, de acuerdo con Alejandro, y había entregado los papeles redactados a tal efecto al Consejo de Estado. Así pues, el heredero sería el siguiente hermano, Nicolás, pero Alejandro no se había tomado nunca la molestia de informarle. La noticia fue una conmoción para



Nicolás, que insistió en recibirla de boca del propio Constantino. Mientras los correos iban de San Petersburgo a Varsovia, Nicolás ordenó el acuartelamiento de las tropas en la ciudad para el juramento de lealtad a Constantino y se negó a asumir el trono. Por fin llegó una respuesta definitiva de Varsovia, y Nicolás ordenó la celebración de una nueva ceremonia de juramento el 14 de diciembre.

Los conspiradores estaban al corriente de casi todo esto, ya que algunos eran asignados con frecuencia al palacio de invierno. Exigieron que el trono fuera para Constantino, una táctica que tenía como objetivo ganar tiempo para la toma del poder. Ahora que sabía que era legalmente el zar, Nicolás se negó a abandonar el trono e hizo llamar a tropas leales. Durante la mayor parte del corto día de diciembre, ambos cuerpos de soldados se mantuvieron frente a frente bajo la nieve. Fracasaron varios intentos de resolver la cuestión. Cuando estaba a punto de ponerse el sol, Nicolás dio la orden de abrir fuego, y la artillería dispersó a los rebeldes. El primer intento de revolución de la historia rusa había concluido. Ahora, Nicolás tenía que decidir qué hacer con los rebeldes y cómo gobernar el país.

## La cima de la autocracia

Las primeras medidas del nuevo reinado fueron la captura, el proceso de investigación y enjuiciamiento de los decembristas, como fueron conocidos desde entonces. Varios cientos de oficiales y hombres de los regimientos rebeldes, junto a unos cuantos civiles, fueron detenidos de inmediato. El zar Nicolás designó un tribunal de numerosos oficiales y altos mandos, el más distinguido de los cuales era Mijaíl Speranski, quien había vuelto del exilio y gozaba de nuevo del favor de la corte. La instrucción secreta, larga y detallada, concluyó con la ejecución de cinco de los rebeldes, incluyendo a Pestel y al poeta Riléiev, por conspirar contra la vida del zar. Otros 31 fueron condenados también a muerte por el mismo delito, pero Nicolás conmutó sus penas por trabajos forzados y exilio en Siberia. En total, 121 rebeldes emprendieron el largo viaje al este. Otros 450 fueron liberados, o degradados y trasladados a regimientos del frente del Cáucaso.

En la historia rusa, el castigo a los decembristas se convirtió en un ejemplo clásico de la crueldad oficial, aunque el rasgo más impactante del trato al que fueron sometidos fue la indulgencia. El número de condenas de muerte fue más o menos el mismo que en las represalias por las revueltas constitucionalistas italianas de 1820-1821, y muy inferior al de acciones similares acontecidas en España. Nicolás decidió refrenarse, quizá porque conservaba una concepción muy anticuada del zar como padre severo de su pueblo. En todo caso, el sino de los decembristas en Siberia fue variado. De los «culpables», 8 trabajaron en una mina de plata a cielo

abierto durante varios meses, mientras que otros tenían tareas más livianas. Las sentencias a trabajos forzados fueron aligeradas al llegar la década de 1830. Se permitió a cierto número de mujeres de los decembristas reunirse con ellos, y con el paso de los años las sentencias fueron conmutadas por la cárcel y, eventualmente, el exilio. Muchos de los anteriores rebeldes obtuvieron puestos en la administración local. En las ciudades de Siberia, los decembristas y sus esposas constituyeron el primer atisbo de cultura europea. Crearon escuelas y orfanatos, montaban obras de teatro de aficionados y se convirtieron en centro de la sociedad local. Lo que no se les permitió fue publicar nada, ni siquiera regresar a la Rusia europea. Descendió en torno a ellos un velo de silencio, que perduró hasta la muerte de Nicolás, 30 años más tarde.

El nuevo zar podía al fin dedicarse a gobernar el país, cosa que hizo con mano de hierro. Nicolás era casi 20 años más joven que Alejandro, ya que había nacido en 1796. Se perdió por completo el reinado de su abuela Catalina, y sus años de formación coincidieron con los de la derrota de Napoleón. Su instrucción fue estrictamente militar; no fue educado como futuro gobernante. Personalmente, estaba convencido de que solo la autocracia podía impedir la expansión de la revolución, el liberalismo y un gobierno constitucional, todo lo cual era esencialmente lo mismo en la mente de los conservadores europeos y rusos. Confió en los ministerios para que el gobierno dispusiera de personal preparado para hacer cumplir las leyes, pero fue centralizando cada vez más la toma de decisiones. En particular, encabezó todas las iniciativas de su cancillería personal, en la que empleaba hombres próximos al propio zar, en su mayoría de formación militar.

Una de sus primeras medidas fue añadir una Tercera Sección a la cancillería imperial, que había de seguir la pista a posibles adversarios políticos a través del Cuerpo de Gendarmes y su red de agentes. El nuevo organismo arrebató la policía política al Ministerio de Asuntos Interiores subordinándola directamente al zar, ya que, además de su búsqueda de «sociedades secretas» de revolucionarios, debía controlar los insultos al zar y a la familia imperial, y vigilar a falsificadores y sectas religiosas, en especial a los Viejos Creyentes. Se suponía que debía informar sobre el descontento y las rebeliones campesinas, una novedad en un gobierno hasta entonces solo preocupado por las ideas liberales entre la nobleza. Los gendarmes, que eran sus principales agentes, tenían que estar también pendientes de la posible corrupción entre funcionarios del gobierno, sobre todo en las provincias. En la mente de Nicolás, el paternalismo y la supresión de la revolución eran dos caras de la misma moneda. Aunque eran pocos los agentes de la Tercera Sección y esta dependía en gran medida de las denuncias, tenía el tamaño suficiente como para convertirse en un factor importante en la vida de la pequeña elite cultural y política de Rusia.

En teoría, Nicolás no se oponía a las reformas. Creó una serie de comités para estudiar las necesidades del país y para hacer frente al tema de la servidumbre. Ningún programa reformista llegó a concretarse, porque el zar estaba convencido de que el servilismo esclavo era un mal, pero también de que todo intento de cambiar el sistema conduciría a una revuelta en masa como la encabezada por Pugachov el siglo anterior. Quizá la única medida positiva de su reinado fue la codificación de la ley rusa, una tarea

gigantesca confiada a las capaces manos de Mijaíl Speranski. En 1835, su comité publicó un código legal derivado de precedentes rusos cuidadosamente compilados. Speranski y su personal hicieron otro tanto con los códigos de leyes de Finlandia y las provincias anteriormente polacas de la parte occidental del imperio. El código de Speranski perduró como base de la ley rusa hasta 1917. Nicolás estaba entusiasmado con el proyecto, que encajaba en la imagen que tenía de sí mismo como monarca severo pero justo, protector de la ley y de su propia autoridad.

El absoluto estancamiento del gobierno no iba acompañado de un estancamiento equivalente de la sociedad rusa, por lento que fuera su desarrollo. Continuó la colonización de la estepa del sur, y Odesa se convirtió en un importante puerto desde el que se exportaban a Europa los crecientes excedentes de grano ruso. En el interior de Rusia, tampoco estaba todo estancado: dentro y en torno al sistema de siervos hizo su aparición el capitalismo industrial. En las aldeas de Ivánovo y Voznesenskoe, en tierras de Sheremétev al nordeste de Moscú, se abrieron a partir de la década de 1790 industrias textiles que utilizaban motores a vapor. Los emprendedores que compraron e importaron motores a vapor ingleses eran ellos mismos siervos, que solo gradualmente pudieron comprar su libertad desde comienzos del siglo XIX. Los obreros eran también en su mayoría siervos de Sheremétev, aunque trabajaban para los propietarios de las fábricas y solo pagaban al conde, su amo, una renta anual. Los emprendedores campesinos, algunos de ellos siervos, y los habitantes de las ciudades empezaron a poner en marcha pequeñas empresas en San Petersburgo, Moscú y otros pueblos y aldeas del interior de Rusia. En San Petersburgo,

muchos hombres de negocios eran ciudadanos extranjeros o no rusos del imperio: alemanes, suecos, finlandeses, ingleses. En Moscú, muchos de los fabricantes textiles provenían de grupos de la Vieja Creencia y, por razones religiosas, eran objeto de cierta sospecha por parte de las autoridades. Según los estándares de Europa occidental, esta actividad era escasa, la mano de obra, cara, y la industria, técnicamente atrasada, pero representaba un comienzo. La prosperidad general del Imperio ruso también salió beneficiada de los principios de la industrialización en la Polonia rusa, las provincias bálticas y Finlandia.



Ilustración 9. Un consejo de aldea, de John Augustus Atkinson, *A picturesque View of the Manners, Customs and Amusements of the Russians* [Imágenes pintorescas de los usos, costumbres y entretenimientos de los rusos], Londres, 1803-1804.

La actitud del zar y su gobierno respecto a la industrialización era extremadamente ambigua. Por una

parte, la apoyaron, si bien modestamente, instaurando las primeras escuelas superiores de comercio y manteniendo una tasa de protección. Nicolás desempeñó un papel importante en la construcción del primer ferrocarril ruso, la línea que llevaba de la capital a la residencia imperial de Tsárkoye Seló (1837), y posteriormente, en un proyecto más importante, la línea de San Petersburgo a Moscú inaugurada en 1851. Rusia tuvo su primera escuela de ingeniería en 1828, el Instituto Tecnológico de San Petersburgo, pero el constructor de la vía férrea Moscú-San Petersburgo fue el ingeniero norteamericano G. W. Whistler, padre del famoso pintor. Rusia simplemente carecía de especialistas formados para semejante proyecto. Aunque Nicolás respaldaba el ferrocarril, a la vez no quería que Rusia adquiriera una base industrial amplia, dado que la veía como un semillero de revolución y fundamentalmente innecesaria. El asunto más crucial era, por supuesto, la servidumbre. Mientras duró, Rusia se vio lastrada por una agricultura cada vez más atrasada, un mercado laboral muy restringido, y capital inmovilizado en siervos y propiedades de la nobleza. Rusia no podía aspirar al progreso hasta que dicho sistema fuera desechado, pero eso traería consigo un cambio fundamental en la sociedad, el sistema legal y el Estado. Nicolás no estaba dispuesto a ello.

La complejidad de la sociedad rusa fue aumentando poco a poco, con algunos rasgos de modernidad, y comenzó a distanciarse de la tutela del Estado. El gobierno empezó a sentir la necesidad de una concepción más novedosa de sí mismo. La autocracia no bastaba, ya que implicaba solo la obediencia, incluidas las clases más altas, y la sociedad ajena al campesinado era ya demasiado sofisticada como para limitarse a obedecer. En los primeros años, Nicolás se basó en

las tradiciones de la monarquía cosmopolita heredada de su hermano y en la Santa Alianza. El principal portavoz del gobierno en la prensa (y un importante informador para la Tercera Sección) era Faddei Bulgarin, periodista y autor de novelas moralizantes sobre la vida rusa. En realidad, se trataba del polaco Tadeo Bulgarin, que había luchado contra Rusia en 1812. Su apoyo a Rusia, por encima de su país natal, fue resultado de su visión firmemente antirrevolucionaria y su lealtad a la idea de la monarquía: la grandeza de Rusia estaba en su adhesión a estas ideas. Otro que se incorporó al coro conservador fue el conde S. S. Uvárov. De formación cosmopolita, se sentía más cómodo con el francés que con el ruso, y Nicolás le nombró ministro de Educación. En 1832 envió una circular a las instituciones del ministerio informando de que su tarea era favorecer la «autocracia, la ortodoxia y el nacionalismo». Así nació la doctrina de la nacionalidad oficial, como pasó a ser denominada. La autocracia no era una novedad. Alejandro y otros habían creído que la religión era el apoyo natural al trono, pero Uvárov especificó la ortodoxia y añadió la nacionalidad al conjunto. Este enfoque perduró como ideología fundamental del ministerio, porque Nicolás, entre cuyos ministros y entorno estaban los generales Benckendorff y Dubelt en la policía, Karl von Nesselrode como ministro de Exteriores y cuya corte incluía a numerosos alemanes bálticos, finlandeses e incluso aristócratas conservadores polacos, difícilmente podía abogar por un Estado exclusivamente ruso. La nacionalidad rusa seguía siendo más una idea vigorosa que un principio estrictamente étnico. El resultado fue una contradictoria mezclanza de ideas, que perduró hasta la muerte de Nicolás y, en gran medida, hasta el final del viejo



régimen en 1917. La mezcla se encarnaba a la perfección en la arquitectura de Konstantín Ton, constructor del Gran Palacio del Kremlin y de la iglesia de Cristo Salvador, los dos grandes proyectos de finales del reinado de Nicolás. Tras consultar cada paso al zar para proporcionarle una residencia moderna en Moscú, Ton diseñó un edificio esencialmente clásico que, visto a distancia, no se diferenciaba de docenas de palacios de San Petersburgo. Al mismo tiempo, los detalles ornamentales como los marcos de las ventanas y la decoración eran adaptaciones de la vieja arquitectura rusa aún visible en el Kremlin. La catedral del Salvador tenía una apariencia mucho más rusa, pero Ton adoptó el estilo de iglesias mucho más pequeñas del siglo xiii, se limitó a ampliarlo hasta un tamaño colosal y lo situó sobre una elevada plataforma con elementos decorativos clásicos (o al menos no rusos) como leones gigantes.

No solo la arquitectura de los edificios eclesiales sino también la propia Iglesia, se convirtieron en parte integral del régimen autocrático. Nicolás puso fin a la moderada ilustración de la Iglesia del siglo xviii y la fascinación con el evangelismo bíblico de tiempos de Alejandro. En 1836 nombró para el puesto de *oberprokurator* del Más Santo Sínodo al conde M. A. Protesov, un general de húsares. La tarea de Protesov era hacer a la Iglesia más «ortodoxa», restaurar su pureza doctrinal y eliminar las prácticas y tendencias intelectuales procedentes de Occidente. Continuó gestionando los asuntos de la Iglesia hasta 1855, y en el proceso consiguió convertirla en un instrumento conscientemente conservador y sumiso de la autocracia. Es su etapa, la Iglesia absorbió también una gran dosis de ideología, una combinación que duró hasta el final del viejo régimen.

La Iglesia de Protesov no representaba a la ortodoxia en su totalidad. Paradójicamente, la secularización de las tierras monásticas en el siglo XVIII condujo a un renacimiento del monasticismo, y los «ancianos» (*starsy*) se convirtieron en las figuras más carismáticas de la ortodoxia rusa en el siglo XIX. Los ancianos eran monjes cuyo ascetismo incluía una gran dosis de servicio espiritual a la sociedad circundante. En la década de 1820, el más famoso era san Serafín de Sarov, y, a mitad del siglo, lo fueron Macario y Ambrosio, del monasterio de Óptina, en el sur de Rusia. Escritores famosos e intelectuales, así como legos de todas las clases, visitaban a los monjes en busca de guía, práctica que se sumó a los peregrinajes más tradicionales a templos con reliquias de santos. Sin embargo, pese a todos estos esfuerzos, alrededor de un 25 por 100 del campesinado ruso era seguidor de las diversas versiones de la Vieja Fe y no de la Iglesia ortodoxa.

Los experimentos ideológicos de Uvárov y el compromiso con la autocracia que había detrás de ellos, probablemente reflejaran los sentimientos de la mayor parte de la aristocracia, pero no tuvieron un éxito universal, ni siquiera en el gobierno y la familia imperial. Había círculos moderadamente conservadores incluso en lo más alto de la sociedad de Petersburgo. El salón de la cuñada del zar, Elena Pavlovna (1806-1873), era uno de esos lugares. Nacida princesa Frederike Charlotte Marie de Würtemberg, viajó a Rusia en 1824 para contraer matrimonio con el hermano menor del zar, Mijaíl Pavlovich (1798-1849). El gran duque Mijaíl estaba básicamente interesado en sus deberes militares, y Elena se convirtió en uno de los personajes más importantes de San Petersburgo. Su salón en el palacio Mijáilovski, cuidadosamente preservado en el edificio que se convertiría

en el Museo Ruso, era un importante centro artístico, pero los jueves también se desarrollaban en la residencia de la gran duquesa discusiones sobre temas que jamás aparecían en la prensa y estaban mal vistos en otros hogares aristocráticos.

En la sociedad rusa en general, la ausencia de discusión política en la prensa o cualquier foro público no implicaba que las aguas estuvieran tranquilas bajo la superficie. Toda una generación de hombres jóvenes, en su mayoría descendientes de la nobleza, habían salido de la universidad o de una de las pequeñas escuelas, como el Liceo Tsárkoye Seló. Se suponía que esta educación debía prepararles para el servicio al Estado, y la mayoría escogió ese camino, aunque solo fuera como modo de vida más que por vocación. No obstante, aunque no se dieran discusiones políticas, florecieron la literatura y la filosofía. En cierta medida, servían como válvula de escape para una, por lo demás frustrada, reflexión sobre la vida rusa. El absorbente interés en el arte y el pensamiento era otra respuesta a las tendencias culturales de Europa occidental, sobre todo de Alemania.

A finales de la década de 1820, más y más jóvenes rusos cayeron bajo la influencia del idealismo metafísico de Friedrich Schelling, cuya popularidad en Alemania estaba entonces en pleno auge. El atractivo de Schelling era resultado de sus extensos escritos sobre religión, arte y filosofía de la naturaleza, así como su deseo de encontrar un único espíritu unificador en todo ello. A los rusos con inclinaciones estéticas de la época, Schelling les parecía un verdadero guía para comprender el mundo de la cultura y el pensamiento, a pesar de sus muchas y turbias abstracciones. El pensamiento de Schelling parecía tan restringido a esa esfera que, en la década de 1830, algunos estudiantes de la

Universidad de Moscú dirigieron su interés al mundo más universal y riguroso de G. F. W. Hegel. Su líder era Nikolái Stankevich (1813-1840). Desde 1831 hasta su partida hacia Europa, en una vana búsqueda de una cura para la tuberculosis que padecía, Stankevich incluyó en su círculo a casi cualquiera que pudiera marcar una diferencia en el pensamiento ruso de la siguiente generación.

La paciencia de Stankevich, la amplitud de sus lecturas y su amabilidad atrajeron a personalidades muy dispares, unidas por su fascinación por la filosofía y la literatura alemanas. El futuro anarquista Mijaíl Bakunin (1814-1876), el crítico Visarión Belinski y el futuro socialista Alexander Herzen (1812-1870), formaban parte del círculo. Todos ellos componían, de diferentes modos, el campo occidentalizador, que veía el destino de Rusia como una variante tardía del desarrollo sociopolítico europeo. También integraban el círculo el futuro eslavófilo Konstantín Aksákov y el publicista conservador M. N. Kátkov. Por el momento, su esfuerzo común se centraba en dominar a Kant, Fichte, Schelling y a su ídolo, Hegel, escribiéndose largas cartas los unos a los otros que describían su interpretación de las lecturas; hinchadas abstracciones en las que usaban la jerga hegeliana. Del círculo de Stankevich surgieron las grandes tendencias del pensamiento ruso, ideas con ecos que sobrevivieron al momento de su creación.

Para Belinski, el problema que planteaba Hegel era que veía la historia del mundo como el desarrollo de la idea de la libertad, pero también identificaba su resultado con el orden existente en la Europa de su tiempo. Todo en el mundo tenía su lugar, lo que conducía al conocimiento último de la Idea. Al principio, Belinski concluyó, como hicieron muchos de

sus amigos, que la situación rusa estaba, por tanto, justificada; que formaban parte del desarrollo de la humanidad. Era una conclusión muy incómoda, y ulteriores reflexiones sobre la dialéctica de Hegel les orientaron en otra dirección: Hegel estaba en lo cierto respecto a que Europa era el ideal hacia el que se dirigía la humanidad, pero Rusia necesitaba ponerse a la altura. El idealismo hegeliano proporcionaba una base intelectual para pensar que Rusia tenía que imitar a las sociedades occidentales existentes, que parecían avanzar hacia el capitalismo industrial y los Estados constitucionales, o tenía que seguir la nueva tendencia surgida en Occidente: el socialismo.

En lo que se refiere a Belinski, Herzen y Bakunin, la elección entre liberalismo o socialismo no era una decisión que tuvieran que tomar aún. Ambas alternativas eran consideradas utópicas por los estándares rusos. Parecía más importante analizar la situación en Rusia y desarrollar una teoría para una acción futura. Belinski optó por analizar Rusia sobre la base de su literatura, y se convirtió en el crítico literario más famoso de Rusia en la década de 1840. Esta elección casaba bien con el hegelianismo, ya que Hegel consideraba el arte y la literatura como otra manifestación del desarrollo de la Idea, cuya encarnación era el concepto de libertad. La crítica literaria también proporcionó a Belinski, hijo de un médico de provincias y el más plebeyo del grupo, modestos medios de vida. La de Herzen era una historia más complicada, al ser hijo ilegítimo de un noble ruso, parte de los gentilhombres y aun así un marginado permanente. Detenido en 1847, pasó varios años en el exilio. De vuelta en Moscú, se entregó a la lectura de Hegel y a escribir novelas. En 1847 cambió Rusia por Europa occidental, esperando ver

la sociedad que tanto tiempo había dedicado a ensalzar. Jamás regresó a Rusia, construyendo su propia versión del socialismo en el exilio. Bakunin siguió una trayectoria similar. Hijo de nobles acaudalados, saltó directamente del círculo de Stankevich a Occidente en 1840, donde se unió a los hegelianos de izquierdas. Bakunin pasó rápidamente de un radicalismo rudimentario al anarquismo, acuñando su famoso eslogan «la pasión por la destrucción es también una pasión creativa». En 1848, se había hecho un nombre en los círculos radicales europeos.

Otros miembros del círculo de Stankevich interpretaban a Hegel desde una perspectiva liberal. V. P. Botkin y M. N. Kátkov mantuvieron una visión liberal típica, oponiéndose a la servidumbre y a la autocracia y defendiendo una monarquía constitucional. La de Konstantín Aksákov fue otra historia, ya que su lectura de Hegel y los alemanes desembocó en el rechazo completo de los mismos como irrelevantes en el caso de Rusia. A su modo de ver, Rusia era sustancialmente diferente de Occidente, con una cultura nacional eslava única. Así nació la eslavofilia.

Los eslavófilos rechazaban la premisa de que Rusia tenía que copiar los modelos occidentales, ya que creían que la civilización rusa era inherentemente distinta a la europea. Europa estaba inmersa en el egoísmo, cuyos resultados eran evidentes en la lucha política y el empobrecimiento del pueblo como consecuencia del capitalismo industrial. La religión no ofrecía a Occidente una vía de escape, porque el protestantismo no hacía más que reforzar el individualismo y la Iglesia católica aspiraba, sobre todo, a obtener poder político e influencia. Rusia, con sus tradiciones propias de la comunidad campesina y la (supuesta) armonía entre nobles y

campesinos, zares y súbditos, había escapado en gran medida de los males que afligían a Occidente. La occidentalización de Pedro amenazaba con conducir a Rusia a un cenagal, pero un regreso a los valores rusos invertiría el proceso. La ortodoxia seguiría constituyendo la argamasa espiritual, ya que mantenía una comunidad cristiana, pero se negaba a luchar con el Estado en busca de poder terrenal. Esta intoxicante mezcla de ortodoxia y nacionalismo dio lugar a una vívida ideología, pero en la práctica era menos significativa, aunque solo fuera porque no pasó de ser una secta. La mayor parte de la *intelligentsia* y las clases altas, por patrióticas y a veces incluso religiosas que fueran, continuaban siendo, en mayor o menor grado, occidentalistas. La eslavofilia era mucho menos conservadora en la práctica que en la teoría. A pesar de todas sus visiones de los zares autocráticos de la era anterior a Pedro, los eslavófilos querían en realidad una autocracia atemperada por una legislatura consultiva, como los occidentalizadores más moderados. Era una cultura diferente, más que una política diferente, lo que inspiraba a los eslavófilos.

Estas tendencias culturales, la nacionalidad oficial, la eslavofilia, el liberalismo occidentalizador y el radicalismo habían cristalizado en forma de diversas ideologías, con más o menos partidarios, en la década de 1840. La mayoría tenían su sede en Moscú, mientras que San Petersburgo permanecía políticamente bastante tranquilo después de la derrota de los decembristas. Alrededor de mediados de la década, surgieron nuevas voces, también en pequeño número aunque reveladoras, en parte, de los perfiles del futuro. Estas voces se oyeron en el salón, en San Petersburgo, de un funcionario menor del gobierno, Mijaíl Butashevich-Petrashevski.

Petrashevski y sus seguidores representaban un tipo social y una ideología distinta a la de los decembristas o el círculo de Stankevich. Ninguno procedía de la aristocracia y algunos de ellos, solo muy recientemente, se habían convertido en nobles. El propio Petrashevski era hijo de un médico militar nacido en una familia de sacerdotes ucranianos. Solo el rango militar de su padre confería nobleza a Petrashevski y sus antecedentes eran virtualmente idénticos a los de su oyente más famoso, el gran escritor ruso Fiódor Dostoievski. No obstante, el grupo de Petrashevski no incluía a marginales excéntricos. La mayoría de sus miembros habían asistido al liceo en Tsárkoye Seló, la misma institución que anteriormente había producido muchos decembristas, a Pushkin y sus amigos aristócratas, junto con un gran número de dignatarios del imperio. A finales de la década de 1840, eran jóvenes principiantes en los despachos gubernamentales que, en vez de ascender en la escala profesional, dedicaban su tiempo a leer textos económicos y políticos bajo el liderazgo de Petrashevski. No tardaron en interesarse por las obras del utópico francés Charles Fourier y se declararon socialistas. Fourier no era un revolucionario, ya que creía que el fundamento de las colonias utópicas, sin propiedad privada y basadas en el trabajo colectivo, se extendería con rapidez generando un nuevo orden social. Como demostraron muchos seguidores norteamericanos, semejante idea era una ilusión, pero en 1845 esa conclusión pertenecía aún al futuro. El grupo de Petrashevski estaba convencido de que funcionaría, pero eran conscientes de que en las condiciones de Rusia no podría operar. Necesitaban empezar por garantizar el orden legal y la libertad política. Pronto se desataron debates y divisiones sobre temas tácticos: algunos se



inclinaban por concentrarse en la propaganda, mientras que otros pensaban en organizar una insurrección. Las revoluciones europeas de 1848 estimularon la idea de la revuelta, pero también la vigilancia política. La Tercera Sección introdujo tres espías en el grupo, y en abril de 1849 fueron todos detenidos.

El trato al que fue sometido el grupo de Petrashevski difirió marcadamente del dispensado a los decembristas 24 años antes. Tras meses de interrogatorios, durante los que los acusados no fueron informados de los cargos contra ellos hasta muy tarde, fueron sometidos a un tribunal militar, aunque entre ellos solo había unos cuantos oficiales. El tribunal los declaró culpables de complot contra la vida del zar, de organizar una sociedad secreta y de planear un levantamiento. Solo el último cargo se sustentaba en la evidencia, y únicamente en el caso de algunos de los acusados. El objetivo del primer cargo, el de complot para asesinar al zar, era que, según la ley rusa, acarreaba la pena de muerte. De los acusados, 40 fueron condenados a la pena capital, incluyendo a Petrashevski y Dostoievski. Conducidos al punto de ejecución, los primeros tres fueron atados a sendas estacas ante un pelotón de fusilamiento. En ese instante, apareció un oficial con el anuncio de que las sentencias de muerte habían sido todas conmutadas por trabajos forzados en Siberia, y los prisioneros fueron conducidos de inmediato hacia el este. Esta muestra gratuita de crueldad había formado parte de las tradiciones de la monarquía —la clemencia del zar en lugar de la muerte—, pero en 1849 estaba fuera de lugar dentro de la cultura de la época.

Rusia llegó a mediados del siglo XIX con la autocracia y la

servidumbre intactas, pero bajo la superficie bullía un fermento, tanto en la sociedad en general como entre la elite gobernante. Aunque el cambio era inevitable, Nicolás se mostró inamovible. La caída de su sistema provino del área que consideraba su mayor éxito: la política exterior.

La política exterior rusa estaba íntimamente ligada a su estructura imperial y sus pretensiones imperialistas en general. A lo largo de la frontera occidental, Rusia era la potencia del *statu quo*: su único propósito era conservar el control sobre lo que ya poseía. Este objetivo se vio fácilmente satisfecho en las provincias bálticas y Finlandia. Aunque Nicolás jamás convocó la Dieta finlandesa, el resto del gobierno autónomo finlandés desempeñó su función y construyó el país, la nueva capital en Helsinki con su moderna universidad y otras instituciones. Las provincias bálticas estaban tranquilas, con un campesinado recién liberado y su combinación de gobierno central imperial y gobierno local en manos de los nobles. En el oeste, el problema era Polonia, ya que la Constitución de 1815 preveía la instauración de una Dieta, un ejército polaco y un gobierno local sometido, solo en términos generales, al control ruso. Los anteriores conflictos entre Varsovia y San Petersburgo, y el impacto de la Revolución de Julio de 1830 en Francia, condujeron a un levantamiento en noviembre de ese año y una guerra a gran escala. El ejército ruso aplastó la revuelta polaca y Nicolás abolió la Constitución, conservando solo el sistema legal polaco bajo administradores rusos. Nicolás advirtió a los polacos de que debían desterrar toda idea de ser un Estado independiente. Tras 18 años, la revolución en Alemania y Hungría introdujo de nuevo al zar en la contienda. Los Habsburgo, derrotados por los rebeldes

húngaros, le pidieron que los rescatara. Nicolás desplazó su ejército hasta Hungría, en la primera expedición militar rusa en Europa desde 1814, y los húngaros se vieron obligados a rendirse. Nicolás habría de pagar un alto precio por este gesto de solidaridad monárquica.

En el sur, Rusia se enfrentaba a una situación infinitamente más complicada, si bien, en última instancia, menos peligrosa. Durante el reinado de Alejandro, Rusia se había hecho con el control de Georgia y, acto seguido, conquistó Azerbaiyán desde Irán. Un intento de venganza por parte de los iraníes en 1826 desató una pequeña guerra que otorgó a Rusia una frontera más defendible al incluir Ereván, un Estado vasallo de Irán en territorio de la Armenia medieval. Al término de la guerra, en 1828, Rusia modificó su política en todas estas áreas. El socio más evidente era la numerosa nobleza georgiana, y los rusos tomaron medidas para incluirla en la elite del imperio. Para hacerlo, los nuevos gobernantes tenían que organizar a los nobles georgianos con arreglo a unas líneas más «europeas», aboliendo los diferentes tipos de dependencia y vasallaje dentro de ella, e igualando a todos los nobles. Aparecieron nuevas escuelas, con los mismos planes de estudio que los liceos rusos, y la alta aristocracia georgiana entró en los colegios de elite de San Petersburgo. Los virreyes del Cáucaso montaron óperas, introdujeron entretenimientos europeos y otras formas de socialización para europeizar a los georgianos «orientales». El gobierno ruso afectó también a los armenios de Georgia. La escasa nobleza armenia en Georgia adquirió el mismo estatus que los nobles rusos y georgianos. Los administradores rusos liberaron de la servidumbre a los habitantes de las ciudades, en gran medida armenios. En el Kanato de Ereván, como en los azeríes, la

mayor parte de las tierras, que pertenecían a los kanes, quedaron bajo dominio del Estado ruso. El campesinado siguió en ellas, pagando impuestos al zar en vez de al kan, mientras que la elite musulmana se trasladó a Irán. El Kanato de Ereván era un caso único entre los territorios antaño sometidos a reyes armenios, ya que en él se encontraban el gran monasterio de Echmiadzin y la residencia del katolikos (o catholicós) jefe supremo de la Iglesia apostólica armenia. La administración rusa concedió a esta, pese a desacuerdos dogmáticos con la Iglesia ortodoxa, el derecho a mantener un extenso sistema de escuelas, un privilegio altamente insólito en el Imperio ruso. Aún más curioso: en 1828, solo alrededor de un 20 por 100 del kanato era armenio. La mayoría de la población estaba integrada por kurdos o nómadas turcos. Bajo el gobierno ruso, los armenios de territorios otomanos e iraníes emigraron a la zona de Ereván, con lo que constituían una mayoría a finales de siglo. En otras palabras, en Transcaucasia, el Imperio ruso dependía, como de costumbre, de la nobleza local donde existía alguna y, en su ausencia, de la Iglesia armenia y los notables de las ciudades azeríes.

Una vez establecido el control ruso, Transcaucasia permaneció relativamente en paz. Sin embargo, las faldas de la ladera norte de la cordillera del Cáucaso eran harina de otro costal. El Cáucaso Norte estaba dominado por una serie de pueblos montañoses seminómadas. Los más importantes eran los circasianos y las muchas tribus de Daguestán. A partir de 1817, el ejército ruso empezó a levantar nuevas líneas de fortalezas y a avanzar hacia el sur, hacia las altas cumbres, enfrentándose a una continua resistencia de los circasianos. Alrededor de 1830, el centro de combate se

desplazó al este, hacia Daguestán, hacia los muridíes o muradíes, «discípulos» de un islam purificado. Un guerrero avar, imán Shamil, se convirtió en su líder en 1834 y trasladó la guerra contra los rusos a Chechenia y la zona norte de Daguestán, mientras más al oeste proseguía el conflicto con los circasianos. Cuando en 1853 estalló la Guerra de Crimea, el ejército ruso había empujado a Shamil hasta su plaza fuerte en las montañas de Daguestán, pero no habían conseguido someterle, ni a él ni a los circasianos. No fue un conflicto con grandes enfrentamientos, y Rusia nunca tuvo más de 60.000 hombres en la zona antes de 1856. Fue una guerra de guerrillas con ataques y contraataques, secuestros y asedios contra pequeñas y remotas fortalezas y aldeas. En muchos aspectos, su importancia no residía en los acontecimientos locales, sino en su proximidad al principal frente de la política exterior rusa: el Imperio otomano.

Durante el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, el Imperio otomano había sido la ruta primordial de la expansión rusa. Cuando se produjo la revuelta en Grecia, no obstante, la política rusa se tuvo que enfrentar a una serie de dilemas. Sus nuevas fronteras en el este impusieron la necesidad de proteger una vasta extensión sin defensas naturales. Rusia tenía un ejército de 800.000 hombres –el mayor de Europa– desplegado en gran medida en la frontera oeste, y no era fácil desplazarlo al sur en caso de guerra. Otros territorios de los Balcanes quedarían muy lejos y serían más difíciles de controlar y defender. La prudencia dictaba la conservación de las fronteras existentes en el sur. A la vez, los súbditos cristianos de los turcos, ortodoxos y aliados en potencia en cualquier conflicto imaginable, se mostraban cada vez más incómodos. Además, influían los sucesos en Europa

occidental y los rebeldes griegos, que imaginaban su futuro bajo algún tipo de monarquía constitucional, anatema tanto para Alejandro como para Nicolás. Rusia tampoco podía permitir que el Imperio otomano se viniera abajo, ya que no era la única potencia implicada en la región. Francia, que poseía desde hacía tiempo grandes intereses comerciales en el este del Mediterráneo, inició la conquista de Argelia en 1830. Todavía más seria era la competencia de Inglaterra. Gran Bretaña, tras completar la conquista de India, se había convertido en la primera superpotencia del mundo y se consideraba con el derecho a decidir la forma del mundo siempre que se le antojara. La rivalidad anglo-rusa se fue transformando en un conflicto de larga duración, una «guerra fría» temprana que duró hasta 1917. El colapso otomano podía suponer el control británico o francés de los Balcanes, por lo que Nicolás prefirió conservar un vecino débil bajo influencia rusa, algo parecido a la política de Catalina respecto a Polonia antes de 1788.

En esta situación, Rusia intentó colaborar con sus posibles adversarios. Gran Bretaña aceptó ayudar a los griegos y una fuerza naval anglo-rusa hundió la flota turca en Navarino (1827). Entonces, Turquía declaró la guerra a Rusia: en 1828-1829, el ejército ruso avanzó sobre los Balcanes, llegando casi hasta Constantinopla. El tratado resultante obligó a Turquía a reconocer la independencia de Grecia, la autonomía de Serbia y los principados serbios y rumanos. La influencia rusa en Turquía parecía predominante, situación que no era muy del agrado de Francia ni de Gran Bretaña. De momento, eran más importantes el ascenso de Mehmet Alí en el Egipto otomano y la instauración de un Estado independiente de facto, ya que

amenazaban con el desplome de la totalidad del imperio. En 1840, Rusia apoyó a Gran Bretaña contra Francia para defender al sultán otomano de su súbdito en Egipto. Fue la última ocasión en la que coincidieron los intereses rusos y británicos en el Imperio otomano.

Con las revoluciones de 1848 en Europa, apareció en escena un nuevo elemento: Luis Napoleón fue elegido presidente de la nueva República francesa. Se proclamó emperador bajo el nombre de Napoleón III, y se lanzó a recuperar la gloria que Francia había conocido bajo su tío abuelo. Necesitaba el apoyo de los conservadores católicos franceses, que eran leales a los Borbones y recelaban de los Bonaparte. Buscando reafirmar el poder francés, Napoleón III convirtió una oscura disputa entre católicos y ortodoxos por el control de Tierra Santa en Palestina en un importante asunto internacional. Nicolás despreciaba a Napoleón III y tardó en darse cuenta de lo serios que eran los intereses británicos en el Imperio otomano. En 1853, planteó un ultimátum a los turcos que trajo la guerra consigo.

La Guerra de Crimea fue harto poco gloriosa para la mayoría de los contendientes. Aunque la flota rusa del mar Negro destruyó a la marina turca en Sinop nada más empezar, no estaba a la altura de las marinas británica y francesa. El ejército francés actuó bien contra los turcos en Asia Menor, pero en Crimea se vio obligado a retroceder y defender su base principal de Sebastopol. Fue necesario hundir la flota rusa cerca del puerto para cerrar este a buques enemigos. En teoría, Rusia contaba con enormes fuerzas, pero le era imposible desplazarlas a Crimea con rapidez. En cualquier caso, no podía prescindir de efectivos suficientes, dado que tenía extensas fronteras que defender. La tarea se

complicó aún más por el uso de armamento obsoleto.

A pesar de estos obstáculos, el ejército y la marina rusos consiguieron conservar Sebastopol durante 349 días bajo un intenso bombardeo. Las fuerzas anglo-francesas lograron rechazar los intentos rusos de levantar el asedio, si bien con multitud de catástrofes, entre las que la carga de la Caballería Ligera fue la que más fama alcanzó. La sanidad y la atención médica, nefastas en ambos bandos, solamente se vieron aliviadas por los hospitales ingleses reorganizados por Florence Nightingale y el trabajo quirúrgico del gran cirujano ruso Nikolái Pirogov. Mientras continuaba la matanza en Sebastopol, la marina británica intentaba romper las defensas rusas en el Báltico. Frustrada por las poderosas fortalezas rusas de Sveaborg y Kronstadt, lo único que hizo fue arrasarlo ciudades finlandesas costeras y capturar el inacabado fuerte de Bomarsund, en las islas Aland. Otras naves británicas atacaron monasterios rusos en el mar Blanco e intentaron apoderarse de Petropavlosk, en Kamchatka. Una brigada de cosacos las rechazó.

A la vista de sus actos en 1849, el apoyo abierto de Austria a los enemigos de Rusia en este conflicto sorprendió a Nicolás y contribuyó al aislamiento ruso. Prusia, normalmente amistosa, adoptó una posición ambigua. Nicolás I murió en febrero de 1855. En septiembre de ese año, Sebastopol cayó tras la toma por el ejército francés de Malakov Furgan, enclavado en las alturas que dominaban la ciudad. En noviembre, el fuerte clave turco de Kars, en Asia Menor, pasó a manos de los rusos. Estos sucesos y la muerte de Nicolás crearon las condiciones para una conferencia de paz en París, que puso fin a la guerra.

Las consecuencias de la derrota militar no fueron



especialmente catastróficas para los rusos. Rusia renunció a su reclamación del derecho legal a proteger a los súbditos ortodoxos del sultán, prescindió de su flota en el mar Negro (que, de hecho, estaba en el fondo de la bahía de Sebastopol) y cedió una pequeña franja en el delta del Danubio a Rumanía. Solo lo segundo representaba una concesión importante y, como es natural, Rusia se fijó como futuro objetivo ganarse el derecho a rehacer su flota. En aquel momento, había asuntos más urgentes. La verdadera derrota fue la revelación de que el sistema de Nicolás I había fracasado a la hora de preservar la posición de Rusia como potencia terrestre suprema de Europa, que en 1815 parecía destinada a perdurar. El gigantesco ejército no podía moverse, era demasiado oneroso para la tesorería y era imposible asumir el coste de modernizarlo. La servidumbre impidió que el ejército pasara a ser un sistema de reserva, ya que nadie quería tener siervos con entrenamiento militar. El ejército de Nicolás, su marina y el Estado que los había mantenido habían naufragado. Fue la señal que dio inicio a la reforma, la principal convulsión vivida por Rusia desde los tiempos de Pedro el Grande hasta 1917.

## Cultura y autocracia

Una de las ironías del reinado de Nicolás I es que su implacable autocracia presidiera la primera gran era de la cultura rusa. En cierta medida, Nicolás era consciente de la creciente importancia de esta y del nivel tan elevado que había alcanzado en poco tiempo, pero le preo cupaba más dirigirla hacia los canales conservadores apropiados que celebrarlo. Abrogó el sistema más tolerante instituido por Alejandro I en favor de uno cuyo énfasis era combatir la subversión en la religión y la política, conservando los aspectos paternalistas de legislaciones anteriores. La nueva estructura dependía del Ministerio de Educación, aunque otorgaba un papel mayor a la burocracia y la ominosa Tercera Sección. Su director, Alexander von Benckendorff, ejercía una autoridad errática y arbitraria sobre las publicaciones, mientras intentaba fomentar torpemente la aparición de material en favor del gobierno. Esta política fue en buena medida un fracaso, incluso en el caso de escritores y artistas bien predispuestos. La sociedad rusa empezaba a crecer alejándose de la corte y la tutela estatal, un proceso demasiado sustancial como para que las medidas del zar pudieran frenarlo. Algunos cambios fueron resultado de la política del Estado, en particular el apoyo a universidades y liceos, que formaron a un público mucho más educado, ansioso por los productos de la nueva cultura rusa. Otro factor fue el crecimiento del capitalismo comercial, que poco a poco abrió un mercado para los libros y revistas concentrado en San Petersburgo y Moscú, y que lentamente fue extendiéndose también a las provincias.

La explosión cultural alcanzó a una serie de áreas. La pintura y las artes visuales permanecieron ligadas en su mayor parte a la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo, por tanto a la corte y su red de mecenazgos. La academia siguió favoreciendo las obras en gran formato de tipo histórico, clásico y bíblico por encima de las cada vez más populares pinturas de paisaje y de género. Continuó proporcionando cuadros a los proyectos de edificios oficiales, como la catedral de San Isaac en San Petersburgo o la de Cristo Salvador en Moscú. No obstante, la academia ofrecía a sus estudiantes y graduados cierta posibilidad de viajar y una larga residencia en Italia, así que muchos pintores y escultores aprovecharon la ocasión. Karl Briullov, el mejor de los pintores de la academia, regresó de Italia y obtuvo muchos contactos para la decoración de iglesias y palacios, además del patrocinio de aristócratas de la corte. Aleksandr Ivánov, por contra, se quedó en Italia para huir de los salones de la academia y cayó bajo la influencia de la pintura romántica alemana en su vertiente religiosa (los «nazarenos»). La obra principal de sus años en Italia fue una pintura enorme, «Jesucristo apareciéndose al pueblo», que mostraba la inspiración nazarena. Sin embargo, rechazó el pseudomedievalismo germano para retratar al pueblo al que salvó Cristo en vez realizar un retrato hierático del Salvador. Las innovaciones de Ivánov parecen poca cosa hoy en día, pero en el mundo de Nicolás I tuvieron un gran impacto.

La música, en especial la ópera y el ballet, permanecía ligada a la esfera cortesana. Catalina había hecho construir un teatro fuera del palacio en 1783 para permitir el acceso público, que pronto se convirtió en centro de la vida operística y social. Sin embargo, la corte no se desvinculó de

la ópera. En 1802, el Ministerio de la Corte se hizo con el control de todos los teatros. Así pues, el repertorio de las salas de Petersburgo obedecía al gusto de los funcionarios y del propio zar. Alejandro I había establecido cuatro compañías de ópera –italiana, francesa, alemana y rusa– dependiendo del lenguaje del libreto y los cantantes, más que de la nacionalidad del autor. La compañía italiana no tardó en desvanecerse, dominando la francesa hasta 1811, cuando fue cerrada debido al fervor patriótico previo a la guerra contra Napoleón. Se mantuvieron las compañías alemana y rusa, que representaban óperas italianas y alemanas con libretos traducidos. La compañía de ópera rusa contaba con un repertorio original escaso y dependía en gran medida del europeo.

La música instrumental floreció fuera del patrocinio estatal, tanto fue así que la cultura musical rusa de esos años fue el producto de aristócratas *amateurs* y sociedades privadas. El banquero de la corte, Alexander Rall, contribuyó a fundar la Sociedad Filarmónica de San Petersburgo en 1801, y el salón de conciertos del aristócrata V. V. Engelhardt en Nevski Prospekt aportó un muy necesario espacio de interpretación a toda una generación. En casa de los condes ruso-polacos Mijaíl y Matvey Wielhorski, se reunían músicos rusos y extranjeros, tocaban juntos y entablaban los contactos que hicieron avanzar a la música rusa. Matvey (1794-1866) era un soberbio chelista, que se hizo acreedor a las alabanzas de Héctor Berlioz, y su hermano Mijaíl (1788-1856) era un ejecutante excelente, además de compositor. Durante su juventud, los dos hermanos habían estudiado con Luigi Cherubini en París antes de regresar a Rusia, donde obtuvieron elevadas posiciones en la corte del zar. La

residencia de los Wielhorski se alzaba en la misma plaza que el palacio del gran duque Mijaíl, donde su esposa Elena contaba con su propio salón para la música y la política. La Sociedad Filarmónica y los salones dieron a conocer en Rusia la mayor parte de la música europea. Mozart y Beethoven, por ejemplo, eran los favoritos de los Wielhorski. El conde Mijaíl llegó incluso a ejecutar las siete primeras sinfonías de Beethoven en la propiedad campestre de su esposa, con una orquesta compuesta por sus propios siervos y los de sus vecinos. Más adelante, fue el conde quien presentó al joven Antón Rubinstein a Elena Pavlovna, encuentro que habría de dar frutos con el paso de los años.

Al no existir todavía ningún conservatorio profesional en Rusia, los músicos recurrían a profesores privados y viajes a Europa para formarse. De este mundo semiaficionado surgió el primer gran compositor ruso, Mijaíl Glinka (1804-1875). Tras un tiempo de estudio en Italia, Glinka escribió una ópera muy patriótica y monárquica, *Una vida por el zar*, estrenada en 1836. La historia era una idea del poeta Zhukovskí, que buscó como libretista al barón G. F. Rosen, un alemán báltico convertido en escritor ruso que también era tutor del heredero al trono, el futuro Alejandro II. Los Wielhorski y otros aristocráticos mecenas de las artes cedían espacio para los ensayos. Hubo algunas quejas del director de los teatros imperiales, pero el apoyo de Zhukovski y los condes Wielhorski, dadas sus posiciones en la corte, hizo irrelevante toda objeción. Aunque la *première* de la ópera fue un auténtico éxito, no abrió una nueva era para la ópera rusa. En 1843, Nicolás I se quedó fascinado y entusiasmado por una compañía ambulante italiana. Inmediatamente la contrató como estable y puso a su disposición los recursos de

la compañía de ópera rusa, que se trasladó a Moscú. El resultado fueron dos décadas de brillantes ejecuciones de Bellini, Rossini, Donizetti, y sus coetáneos de menor categoría en San Petersburgo mientras languidecía la ópera rusa.

Si bien la música y el teatro permanecieron ligados a la corte, la literatura rusa empezó a emanciparse merced a la especial brillantez de la primera ola de escritores rusos, Aleksandr Pushkin, Nikolái Gógol, Mijaíl Lermontov y el crítico Visarión Belinski así como numerosos escritores menores de gran talento. La desvinculación de la corte coincidió con la aparición de la literatura rusa como una literatura madura y original, la primera contribución de Rusia a la cultura del mundo. Este tema había permanecido latente en el siglo XVIII, cuando los productos culturales rusos eran claras imitaciones de los modelos europeos en forma y contenido. Aunque seguía y empleaba tendencias occidentales, una literatura vibrante y única había dado lugar a una cultura peculiarmente rusa: formaba parte de la literatura occidental, pero no era idéntica a ella. La vieja cuestión de Rusia y Occidente contaba ahora con un importante componente cultural.

No hubiera sido posible prever en 1820 algo tan espectacular, hasta tal punto había seguido de cerca la literatura rusa los patrones occidentales. Era competente, ocasionalmente inspirada, pero sus logros eran, en definitiva, modestos. En los primeros años del siglo XIX las principales figuras eran Nikolái Karamzín, que había dirigido su atención hacia la historia rusa a partir de 1803, y Vasili Zhukovski. A pesar de que Zhukovski manejaba el lenguaje de manera maravillosa, y su poesía sigue siendo hoy parte de la herencia

de la poesía rusa, sus mejores trabajos fueron traducciones de la poesía inglesa y alemana, populares en el periodo romántico: Goethe, Gottfried Bürger, sir Walter Scott, Thomas Campbell. Gracias a Zhukovski, llegó a Rusia el romanticismo europeo. Karamzín y Zhukovski estaban creando un público para la literatura rusa más allá de la corte y las capitales, pero era una empresa contracorriente. La nobleza, después de la fundación de las universidades y liceos por Alejandro, estaba mucho mejor educada que antes y conocía el francés, a menudo mejor que el ruso. El tema principal de lectura de muchas familias acomodadas eran las novelas francesas: la última novela de moda en París era ampliamente leída en San Petersburgo en cuestión de semanas. La cifra de personas instruidas seguía siendo pequeña y las revistas de Karamzín y Zhukovski, con su selección de nueva poesía y prosa rusas entre artículos sobre historia y en ocasiones política, eran publicaciones delgadas de formato pequeño, con una circulación que rara vez superaba unos pocos miles de copias. En esta situación, los escritores necesitaban el mecenazgo de la corte y el Estado para sobrevivir. En los salones de la aristocracia circulaban muchos poemas de jóvenes de ambos sexos, siempre manuscritos, incluso cuando carecían de contenido político. Zhukovski desempeñaría un papel clave. Siendo el poeta más destacado de su tiempo, asumió una posición en la corte, primero enseñando ruso a la esposa prusiana de Nicolás I, Alejandra, y luego, en 1819, como tutor del futuro zar Alejandro II. Durante dos décadas vivió en el palacio de invierno y actuó como principal patrocinador de la literatura y el arte rusos.

Zhukovski detectó el talento de Pushkin ya en 1815,

cuando el joven poeta era aún alumno del Liceo Tsárkoye Seló. Al terminar este, en 1817, Pushkin ocupó un puesto de muy bajo nivel en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Aunque provenía de una antigua familia noble (sus antecesores habían pertenecido a la Duma de los boyardos en el *si glo* XIV), su fortuna era limitada y la tradición de servicio al gobierno significó que él, como otros escritores de su generación, comenzara siendo funcionario. Dedicaba buena parte de su tiempo a recorrer el *demi-monde* de San Petersburgo con sus antiguos compañeros de liceo y a participar en una serie de sociedades literarias (como Lámpara Verde y Arzamas). Estos grupos incluían a futuros decembristas, pero ninguno le consideraba del tipo a reclutar para sus actividades revolucionarias. Desde luego, Pushkin simpatizaba con muchos de los objetivos políticos de sus amigos y escribió poemas expresando estos puntos de vista, que circularon en forma de manuscritos. A comienzos de 1920, esto atrajo la atención del Ministerio del Interior y Pushkin fue exiliado al sur, primero a Kishinev y después a Odesa. Pocas semanas más tarde, apareció impreso su primer poema importante, una historia de hadas llamada «Ruslán y Liudmila».

A lo largo de la siguiente década, una de las más notables en la historia de Rusia, Pushkin no paró de escribir poemas: «El prisionero del Cáucaso», sobre los acontecimientos de la guerra; «La fuente de Bajchisarái», ambientado en Crimea; «Poltava», sobre la historia de Ucrania en tiempos de Pedro el Grande; «Los gitanos», y otros. Sus lecturas de Shakespeare le impulsaron a escribir una obra de teatro en verso: *Borís Godunov*, una tragedia de ambición y poder que sirvió de base para la posterior ópera de



Modesto Músorgski. La obra maestra de Pushkin fue la novela en verso *Eugenio Onegin*. En apariencia, la historia del flirteo de un joven noble aburrido con Tatiana, una muchacha de campo criada entre novelas francesas, ofrecía un retrato de la sociedad terrateniente rusa. Onegin resulta ser un hombre sin propósito alguno en la vida, sin carrera ni ocupación que le absorba, bien educado en la cultura europea pero sin contribuir en nada a la Rusia que le rodea. Por contraste, Tatiana, pese a su ingenuidad, es el personaje más profundo y fuerte, prototipo de muchas mujeres en la literatura rusa. El libro, un éxito fenomenal, fue convertido posteriormente por Chaikovski en su mejor ópera. Los ecos del romanticismo europeo eran evidentes en todas estas obras, pero Pushkin no era un imitador: junto a los ecos de su lectura, sonaba una poderosa melodía, propia de principio a fin.

La asombrosa creatividad de Pushkin no fue una excepción. La década fue testigo de una explosión poética y una transformación gradual del público. La publicación comercial normal apenas resultaba rentable, pero los libreros innovadores descubrieron un nuevo género: el almanaque. Volúmenes de formato pequeño, con encuadernaciones y papel de fantasía, estaban diseñados como regalos de Año Nuevo, en especial para las damas. Generalmente, solo incluían a autores rusos y algunas traducciones, todo ello nuevo. Los poetas competían por ser editados en un formato que les garantizaba un público, ya que aparte de su atractivo era fácil de llevar en un bolso femenino. En los salones aristocráticos se presentó un competidor de la literatura francesa.

En 1824 Pushkin obtuvo permiso para regresar a su

propiedad próxima a Pskov, al sur de San Petersburgo, pero no a las capitales. La revuelta decembrista entorpeció su propósito de recuperar su posición y la recién fundada Tercera Sección envió agentes para vigilarle. Sobre todo, les interesaba saber si hablaba con los campesinos, y de qué. Los hallazgos fueron escasos: lo más grave que lograron descubrir fue que usaba sombrero de paja y una blusa tradicional rusa, con una banda rosa a modo de cinturón. Pretendían que su indumentaria podía interpretarse como un intento de mezclarse con la gente para potenciar la revolución, pero sus vecinos informaron de que jamás hablaba de política y ni siquiera salía mucho. Por último, a instancias de Zukovski, Pushkin apeló directamente al zar, que le concedió una entrevista en 1826. Tras una larga conversación, Nicolás aceptó poner fin a su exilio, permitir su vuelta a San Petersburgo e interceder en sus problemas con la censura. En adelante, su censor sería el propio zar.

Pushkin regresó a la capital con el título de *kammenjunker*, vigilado de cerca por las autoridades pese a su relación directa con el zar y el director de la Tercera Sección, Benckendorf en persona. A Pushkin le irritaba el filisteísmo de Benckendorf, pero admiraba a Nicolás y se mantuvo fiel a la monarquía, aunque criticara a sus funcionarios y muchas de sus políticas. Nombrado historiador oficial, escribió una crónica de la rebelión de Pugachov y una novela sobre el mismo tema, *La hija del capitán*. Incluso pidió dinero prestado a través de la Tercera Sección y obtuvo permiso para fundar una revista, *El Contemporáneo*. Fue en parte una aventura comercial, ya que las circunstancias económicas de la literatura estaban cambiando. El conservador polaco convertido en escritor ruso, Osip Senkovski, sacó en 1834 la

*Biblioteca para leer.* Con sus gruesos volúmenes que contenían una mezcla de ficción ligera, literatura seria, no ficción y mucha cháchara del propio editor, superó rápidamente en ventas a todas las demás publicaciones. Pushkin aspiraba a incorporarse a este mercado ofreciendo un material más sofisticado al lector cuando el destino entró en acción.

Pushkin se había casado con una mujer de gran belleza, inteligencia limitada y enorme ambición social. Su vida transcurría entre las mansiones de la alta aristocracia, la corte y sus entretenimientos, sus bailes y reuniones íntimas, a las que asistía como camarera de la emperatriz. Allí conoció a Georges-Charles D'Anthès, un noble alsaciano-francés que servía en la guardia rusa, un refugiado de la Revolución de 1830. Adoptado por el embajador holandés, el barón van Heeckeren, se movía en lo más alto de la sociedad y carecía por completo de escrúpulos. Empezó a flirtear con Natalia Pushkin (nunca estuvo claro hasta qué punto fue algo serio) y, en noviembre de 1836, Pushkin recibió una carta anónima que aseguraba que la infidelidad era real. Desafió a D'Anthès, pero Zhukovski y otros consiguieron acabar con la disputa. La situación se repitió unos meses más tarde y el 27 de enero de 1837 concluyó en un duelo. Sobre la nieve, a las afueras de San Petersburgo, los dos contendientes se situaron frente a frente, y D'Anthès disparó primero. Herido de muerte y sangrando profusamente, Pushkin se irguió sobre un codo y disparó, aunque solo hirió levemente a su adversario. Su testigo le llevó a casa, donde Zhukovski hizo llamar a los mejores médicos de la ciudad, los que habían tratado a zar, pero no pudieron hacer nada. Pushkin envió un mensaje a Nicolás solicitando su perdón (los duelos eran delito). El zar se lo concedió y le prometió encargarse de su familia, pero le

aconsejó que aceptara los últimos sacramentos como buen cristiano. El conde Mijaíl Wielhorski, el poeta y príncipe Piotr Viazemski y Zhukovski permanecieron a su lado hasta su muerte. D'Anthès fue expulsado de Rusia y prosiguió su larga carrera en su Francia natal. Nicolás pagó las deudas de Pushkin y cuidó de su familia. Natalia no tardó en casarse de nuevo.

La muerte de Pushkin, un gran acontecimiento en la historia de la cultura rusa, pronto se convirtió en un mito de martirio a manos de una aristocracia y una corte sin sentimientos. Sin embargo, su muerte fue resultado de su profundo arraigo precisamente a ese entorno. Aunque la mayoría de los posteriores escritores rusos eran también nobles, ninguno de ellos pertenecía al círculo cortesano hasta el punto en que lo había hecho Pushkin. El que más se acercó fue el poeta Mijaíl Lermontov, también noble pero sin distinguidos antecesores como los de Pushkin. Su visión política no era radical, pero su reacción poética a la muerte de Pushkin le hizo acreedor al traslado al Cáucaso, el escenario de su obra más grande, *Un héroe de nuestro tiempo*, compuesta por una serie de historias. El héroe del libro, Pechorin, es una especie de Onegin atrapado entre la educación europea y los límites de la realidad rusa, esta vez sirviendo en el ejército en el Cáucaso. A su regreso a San Petersburgo en 1838, Lermontov también frecuentó los salones de los aristócratas cuando no la corte y, como en una repetición del destino de Pushkin, se batió en duelo por una mujer con el hijo del embajador francés. El desafío acabó en reconciliación, pero Lermontov fue enviado de vuelta al Cáucaso. Allí encontró la muerte en otro duelo en 1841.

Pushkin y Lermontov eran escritores típicos del

momento, pero con mucho mayor talento. Ambos eran nobles, tenían amigos y parientes en la corte, el gobierno y el ejército. Vivían como lo hacían los hombres de su rango social. Estaban presentes en los grandes eventos sociales de la capital y dedicaban buena parte de su tiempo a jugar a las cartas, beber, cazar y visitar sus propiedades en el campo de vez en cuando. La siguiente generación de escritores, aunque también nobles, carecían de esos contactos y vivían San Petersburgo más como una gran ciudad moderna que como la sede de la corte.

El primero de esta generación en destacar fue Nikolái Gógol, hijo de un terrateniente, cuya ascendencia nobiliaria por parte paterna era bastante reciente. Asistió al liceo en la cercana Nehzin, una institución de excepcional calidad educativa, carente de los contactos cortesanos y aristocráticos de la escuela de Pushkin en Tsárkoye Seló. Tras graduarse, el joven Gógol encontró trabajo en una escuela para hijas de oficiales militares en San Petersburgo. Su medio de vida era la enseñanza y no tardó en ganársela con sus escritos gracias a su primer gran éxito: una serie de narraciones cómicas sobre la vida en Ucrania, *Las veladas de Dikanka*. Gógol llegó a conocer a Pushkin, que valoraba su talento pero jamás desempeñó el papel protector que había desempeñado con otros. Gógol era una especie de solitario. Al principio no tuvo necesidad del patrocinio de Zhukovski, porque tenía suficientes salidas para su trabajo y le bastaba su remuneración. No obstante, el mercado ruso era demasiado limitado, no permitía otra cosa que una vida modesta y la mala salud de Gógol le hacía vulnerable. A partir de 1840, Zhukovski y otros encontraron una solución consistente en donaciones directas del propio zar, uno de los últimos

ejemplos de mecenazgo literario por parte de la corte. Nicolás I apreciaba la mayor parte del trabajo de Gógol y sus aportaciones económicas fueron regulares hasta la muerte del escritor.

Gógol introdujo nuevos temas en la literatura rusa. Sus relatos de San Petersburgo, a menudo fantásticos y grotescos, introdujeron en ella un ambiente urbano hasta entonces ausente. La capital estaba creciendo, tanto debido a la expansión de la burocracia como por su papel como puerto y centro industrial. El San Petersburgo que conoció Gógol era la ciudad del funcionario empobrecido y el vagabundo solitario entre una inmensa y fría masa de gigantescos edificios, no la ciudad de resplandecientes bailes y lujosos salones. Los protagonistas de estas historias eran personas insignificantes como el funcionario de «El abrigo», pero San Petersburgo fue también la inspiración de la veta fantástica de su escritura, con ejemplos como «La nariz»: la nariz de un burócrata de baja categoría abandona su rostro y vaga por la ciudad en un carruaje luciendo un uniforme oficial.

Gógol nunca dejó de ser un producto de las provincias ucranianas, profundamente religioso, nacionalista y conservador en política. Se tomaba en serio el ideal conservador sobre Rusia, consciente de que la realidad era diferente. Su primera obra de teatro, *El inspector*, de 1836, era una corrosiva sátira de la vida provinciana y la corrupción oficial. Las primeras representaciones dejaron mucho que desear y no alcanzó el éxito hasta mucho después, aunque mostraba la dirección por la que se encaminaba. A Nicolás I le gustó, ya que se veía a sí mismo enfrentándose a la corrupción y la incompetencia de la burocracia rusa, y encontraba un eco de sus propios esfuerzos en la obra. Su

trabajo más importante, la novela *Almas muertas* (1842), era una descripción picaresca de la aventuras de un timador que recorría las provincias rusas. Gógol contemplaba las carencias de Rusia desde el punto de vista de un ideal conservador de ortodoxia y autocracia. Sin embargo, fue un signo de los tiempos que la acogida de la novela se dividiera en buena medida según líneas ideológicas. Los conservadores progubernamentales Bulgarin y Senkovski la detestaban. A los conservadores más independientes, a los eslavófilos y al occidentalizador Visarión Belinski les entusiasmó, aunque por razones diferentes. Para los eslavófilos era una apoteosis de Rusia y su futuro místico, mientras que Belinski la alababa por su retrato sin ambages del presente de Rusia.

El debate sobre *Almas muertas* fue el heraldo del futuro: la literatura se estaba transformando con rapidez en un campo de batalla entre los distintos enfoques políticos y culturales. También cambió en otros aspectos, ya que Zhukovski partió a Europa en 1842 por motivos de salud y jamás regresó a Rusia. No existía un posible sustituto en la corte y la literatura rusa perdió a un patrocinador con acceso directo al propio zar. En la década de 1840, las «revistas sesudas» de las que fueron pioneros Senkovski y Pushkin libraron enérgicos y recriminatorios enfrentamientos respecto a Gógol, Lermontov, Goethe y Georges Sand. El más penetrante de los escritores jóvenes era Fiódor Dostoievski, cuya obra temprana seguía la línea de Gógol y sus historias de San Petersburgo, con sus narraciones de costureras empobrecidas y otros personajes menores de la gran metrópolis. La figura sobresaliente de la década en el campo de la crítica fue Visarón Belinski, el principal portavoz de los occidentalizadores.

Belinski llegó a ser el arquetipo de crítico «comprometido», que en buena medida juzgaba las obras de arte con estándares utilitarios y por su trascendencia para la reforma de la sociedad rusa. Esta valoración le impuso la camisa de fuerza de las concepciones de una generación más joven, ya que la visión del arte de Belinski era fundamentalmente histórica, derivada de su juventud hegeliana. Belinski pensaba con Hegel que el arte era una de las muchas manifestaciones de la Idea en la historia, junto a la filosofía o el desarrollo del Estado. El arte era, en sus propias palabras, «pensar en imágenes», y por tanto el equivalente del pensamiento político o social bajo otra forma. Dado que el desarrollo de la Idea en la sociedad representaba el progreso de la libertad, el arte ruso debía reflejar el movimiento del país hacia ese ideal. Este marco teórico le suministró una base para el rechazo absoluto de la cultura rusa más antigua, la aprobación con reservas del orden existente en la sociedad y su entusiasta apoyo a Pushkin, Lermontov y, especialmente, Gógol. Veía en Gógol al crítico implacable de la sociedad rusa, alguien que satirizaba por igual a la nobleza y al Estado. Su aprecio por Gógol era solo en parte ajustado. En realidad, la sátira de Gógol provenía de una posición conservadora con base religiosa, la idea de que Rusia no estaba viviendo de acuerdo con su potencial para crear una sociedad profundamente distinta a la europea. En esto, Belinski se hallaba muy distanciado de Gógol, ya que el crítico era un occidentalizador convencido. Para él, la sociedad rusa solo era aceptable en la medida en que se aproximara al estándar de un Occidente idealizado, un Occidente que había de ser transformado por el socialismo utópico francés, que se había convertido en el credo de



Belinski.

Las discusiones sobre literatura eran en gran medida discusiones sobre cuestiones políticas y sociales imposibles de airear en letra impresa. Finalmente salieron a la luz, al menos en parte. La publicación por Gógol de su manifiesto conservador *Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos* en 1847 generó numerosas controversias, acalladas por la censura. No solo parecía apoyar al Estado existente y a la Iglesia, sino haber perdido la fe en la propia literatura. La respuesta de Belinski, la carta a Gógol de 1847, se convirtió en un ejemplo clásico del pensamiento liberal y radical para las siguientes dos generaciones. Según Belinski: «El público [...] considera a los escritores rusos sus únicos líderes, defensores y salvadores ante la oscuridad de la autocracia, la ortodoxia y el nacionalismo. Rusia ve su salvación no en el misticismo [...] sino en los éxitos de la civilización, la ilustración y el humanismo». La Rusia de la época tenía que empezar por la abolición de la servidumbre y el castigo corporal, y la instauración de un orden legal. Puede que la vida de Belinski fuera tan importante como sus ideas, ya que constituyó el primer ejemplo destacable de la intelectualidad rusa, el estrato educado de la sociedad que arrebató la cultura de manos de los nobles. Como nieto de un sacerdote e hijo de un médico militar, solo era técnicamente un noble debido a la promoción de su padre en el ejército. Sobrevivió, y lo hizo muy pobremente, gracias a los ingresos que obtenía por sus artículos y su trabajo editorial en las revistas en las que publicaba. La más famosa de ellas *El Contemporáneo*, en origen la revista de Pushkin, sería una publicación esencial en el futuro.

Los gustos literarios y las perspectivas de Belinski

apuntaban hacia el futuro también en otros aspectos. Una de sus primeras amistades fue Iván Turguénev, otro escritor de origen noble con cierto patrimonio. Se desplazó a Moscú desde su propiedad en el campo y estableció contacto con el círculo de Stankevich, al que pertenecían Herzen y Bakunin, a los que Turguénev llegó a conocer mejor cuando estudió en Berlín. A su retorno a Rusia, en 1841, Turguénev se hizo íntimo de Belinski, una amistad que perduró hasta la muerte del crítico en 1848. Turguénev compartía el apoyo a la cultura occidental de Belinski y su visión crítica de Rusia, aunque no la radicalidad del crítico. El gran acontecimiento de la vida de Turguénev fue su encuentro con la cantante española de ópera Paulina García-Viardot en 1843, que había viajado a San Petersburgo como una de las estrellas de la compañía italiana de ópera que tan gran efecto habría de tener sobre la ópera rusa. Al parecer, la pasión afectó solo a Turguénev, pero desencadenó su potencial creativo. Mediada la treintena encontró su propia voz, primero en su obra teatral *Un mes en el campo*, y después en su serie de historias sobre la vida rural, *Memorias de un cazador* (1847-1852). Sus retratos de nobles excéntricos y tiránicos, y de sus muy humanos siervos (tratados sin sensiblería), causaron sensación. Los de Turguénev no fueron los primeros intentos de describir la vida del campesinado, pero sí los más eficaces. Tras su superficie amable transmitían la pobreza y humillación bajo las que vivía la gran masa del pueblo ruso, los campesinos. Hijo de una madre déspota y sádica, que maltrataba a sus siervos además de a sus hijos, Turguénev sabía lo que significaba vivir bajo un poder arbitrario. La publicación de una obra semejante en el periodo más oscuro del reinado de Nicolás fue un acto de admirable valor, pero,

irónicamente, no fueron las *Memorias* la causa de su primer roce con las autoridades.

En 1852, justo cuando estaba en marcha la publicación de *Memorias de un cazador*, murió Gógol. Aunque Turguénev le conocía, no eran amigos íntimos. Como compañero escritor, no obstante, le admiraba enormemente, por lo que su muerte le conmovió y le indujo a redactar un breve ensayo sobre Gógol y su significación para Rusia y su literatura. El editor de San Petersburgo temía que no superara la censura, porque había muchos censores conservadores que no compartían la aprobación del zar por Gógol. Turguénev envió el manuscrito a Moscú, donde recibió el visto bueno y apareció impreso. Entonces, Turguénev fue detenido por violar las normas de la censura, una acusación de dudosa legalidad presentada de modo convincente a Nicolás por la Tercera Sección. El castigo fue un mes de cárcel seguido del exilio a sus propiedades, tiempo que empleó para escribir otra novela. El incidente solo sirvió para confirmar la oposición de Turguénev a la autocracia.

Turguénev era sensible en extremo a las tendencias de la sociedad y el pensamiento rusos. Sus historias sobre la vida campesina precedieron en pocos años al gran debate sobre la servidumbre que estalló tras la Guerra de Crimea. Además, era consciente de otra tendencia en la cultura rusa: el alejamiento de la filosofía, tanto de la alemana como de cualquier otra, y la creciente fascinación por las ciencias naturales. Hasta mediados del siglo XIX se enseñaban los logros de la ciencia europea sin añadir nada de importancia a esa disciplina, con una única excepción: las matemáticas. En 1829-1930, fecha de la publicación del *Eugenio Oneguín* de Pushkin, Nikolái Lobachevski introdujo una revolución en la

geometría con una serie de artículos en la revista oficial de la Universidad de Kazán, donde daba clase y de la que finalmente fue rector. La propuesta de Lobachevski era muy simple: toda la geometría desde tiempos de Euclides había incorporado el supuesto de que dos líneas paralelas no se unen. Supongamos que le damos la vuelta a tal premisa: ¿qué clase de geometría construiríamos? Esta fue la tarea que emprendió Lobachevski, un descubrimiento tan extraño que no le hizo ganar reconocimiento alguno en toda su vida. Dos europeos que habían tenido la misma idea, Christian Gauss y el joven húngaro János Bolyai, no la habían desarrollado, porque a Gauss le parecía demasiado rara para publicarla. No quería arriesgar su reputación y disuadió al joven Bolyai de que diese a conocer su idea. Quedó en manos de Lobachevski desarrollarla en la oscuridad de la Rusia profunda. Desconocido por casi todo el mundo, Rusia había obtenido su primer descubrimiento científico trascendental. La ciencia rusa no alcanzaría su mayoría de edad hasta la década de 1860, y fue Turguénev quien expuso sus implicaciones al público por primera vez. La nueva fascinación por las ciencias naturales introdujo una nueva corriente de pensamiento en la política de los radicales rusos.

## La era de las grandes reformas

La derrota de Rusia en la Guerra de Crimea produjo una gran conmoción en el país. No tanto por la escala de la derrota, como porque revelaba la debilidad de un sistema político que valoraba su conservadurismo en el escenario europeo y su supuesto poderío militar por encima de todo. La derrotada fue la autocracia: el largo asedio de Sebastopol había demostrado a muchos rusos que el ejército conservaba su voluntad de luchar, un espíritu lastrado por el atraso de la sociedad y el gobierno. El retraso de Rusia no era solo resultado de la lenta evolución de la economía y la sociedad bajo la tutela del zar Nicolás. El mayor problema era que el mundo estaba cambiando velozmente durante los años centrales de siglo XIX, y los cambios más rápidos se estaban produciendo en Gran Bretaña, el principal rival imperial de Rusia. Los ferrocarriles transformaban el paisaje de toda Europa occidental y Estados Unidos, mejorando y estimulando la modernización de la producción de hierro y acero. Junto a los ferrocarriles, aparecieron todo tipo de máquinas: máquinas a vapor mejoradas, equipos telegráficos y gigantescos barcos con casco de metal. Gran Bretaña y otras potencias importaban crecientes suministros de alimentos y materias primas desde las colonias y países lejanos del hemisferio occidental, exportando grandes cantidades de algodón y telas, maquinaria e innumerables bienes de consumo. La sociedad evolucionaba en respuesta a todo este crecimiento, con prensas de alta velocidad para producir periódicos diarios, sistemas educativos en rápida expansión para producir ingenieros, políticos, abogados y un público formado capaz de usar los nuevos productos. Rusia se iba

quedando rezagada en aquel mundo nuevo. Los reformadores del gobierno eran conscientes de ello. Vieron que Rusia necesitaba nuevas técnicas de producción y una nueva economía, simplemente para sobrevivir como gran potencia. También sabían que no bastaba con la tecnología. El zar Nicolás había construido vías férreas, pero no había conseguido transformar la economía rusa. Hacían falta un nuevo sistema legal, un sistema educativo modificado y extendido, e incluso algunas formas de debate público sobre cuestiones de importancia. Lo que Rusia no podía permitirse, en opinión de los reformistas, era un nuevo sistema político. En su mayoría admiraban los regímenes constitucionales emergentes en Europa, pero creían que Rusia era demasiado primitiva con su campesinado analfabeto, su agricultura anticuada y su delgada capa de personas instruidas. Una sociedad así no podía servir de sustento a un gobierno libre, constitucional. Así pues, en un futuro previsible, tendría que seguir siendo una autocracia.

Con la muerte del zar Nicolás en febrero de 1855, ascendió al poder un nuevo régimen bajo su hijo Alejandro. Alejandro II habría de capitanear algunos de los mayores cambios en Rusia desde los tiempos de Pedro el Grande, cambios que, con titubeos y solo en parte, introdujeron al país en el mundo moderno. No obstante, cruzaron el umbral hacia el capitalismo industrial y los comienzos de una sociedad urbana moderna. El nuevo zar se manifestaba tantas veces a favor como en contra de estos cambios, aunque se dejó convencer para adoptar medidas decisivas. El zar decretaba las reformas, pero, al igual que los reformistas, pretendía preservar la autocracia intacta y mantener a la sociedad, incluso a la de clase alta, alejada de la toma de

decisiones políticas. Era una tarea difícil y, en última instancia, imposible, ya que la sociedad rusa educada había irrumpido ya como una fuerza a considerar en el proceso político y social, pese a que su poder fuera limitado. Su aparición, aunque modesta, constituyó una revolución en la política rusa, una revolución con grandes implicaciones.

Al principio, la iniciativa reformista partió del gobierno. Sin embargo, durante la Guerra de Crimea, Herzen y otros radicales emigrados habían alzado sus voces. En el interior del país, hasta los conservadores pertenecientes a la *intelligentsia* empezaron a poner en circulación memorandos proponiendo reformas de diferentes tipos. Ninguno de ellos tuvo el menor efecto, porque estos grupos eran demasiado pequeños y tenían poco eco entre los sectores educados de la elite social. La situación cambió con la Paz de París de marzo de 1856, que puso fin a la guerra. El conflicto había revelado que la autocracia no reformada no era ya capaz de mantener la posición de Rusia en el mundo, y que tendría que desarrollar una economía más moderna. El principal obstáculo era la servidumbre. Poco después de firmar la paz, en su primer pronunciamiento público de importancia, el zar Alejandro habló ante los nobles de la provincia de Moscú (es decir, buena parte de la más alta aristocracia). El mero hecho de que se produjera tal comparecencia era inusual y su contenido lo fue aún más. Advirtió a los nobles de que la cuestión del campesinado era un tema que había que abordar de inmediato. Sería mucho mejor, les dijo, resolverlo desde arriba que desde abajo. En otras palabras, el Estado tenía que reformar el campo o los nobles se enfrentarían a una revuelta campesina.

La relajación, prácticamente simultánea, de la censura

hizo que los temas planteados en el discurso del zar, así como otros problemas urgentes, pudieran al fin formularse, si bien con cautela. Los debates aparecieron en lugares insospechados, como las publicaciones del Ministerio de marina, encabezado por el hermano más liberal de Alejandro, el gran duque Konstantín Nikoláyevich. Aunque el gobierno, o al menos parte de él, estaba convencido de la necesidad de una reforma, cada paso se enfrentaba a la oposición de los conservadores, las camarillas del poder y los terratenientes, que ahora podían expresar su opinión en público y tenían aún acceso a los principales ministerios. El primer comité nombrado por el zar en enero de 1857 para tratar el asunto del campesinado fue, por tanto, secreto. Los reformadores del gobierno solo enseñaron sus bazas al concluir el año, cuando el Ministerio del Interior envió un comunicado a uno de los gobernadores provinciales exigiéndole que pidiera a los terratenientes locales que formaran comités para aportar sugerencias sobre la emancipación de los siervos, lo deseable que esta era y las rutas para alcanzarla. El ministerio publicó esta circular en su registro impreso oficial y por fin los aristócratas y la parte educada de la población supo lo que estaba en marcha.

Como era de esperar, la mayoría de los nobles se mostraron contrarios a la idea de la emancipación. Esperaban que, si esta se producía, todas las tierras permanecieran en manos de los señores. Sería una liberación sin tierras, como la anterior en las provincias bálticas, y los campesinos tendrían de arrendarles los terrenos o ponerse a trabajar como jornaleros. A los reformadores del gobierno no les gustaba esta idea, ya que temían que emergiera un gigantesco proletariado sin tierra, que podría ser fuente de interminables revueltas y



turbulencias. En lugar de ello, el comité, tímidamente denominado «Comité Editorial», propuso que los campesinos emancipados recibieran tierras, por las que tendrían que pagar al señor y, lo que es más, cumplir un periodo de obligación temporal hacia los propietarios de las mismas. Las deudas se prolongarían durante 60 años; el Estado entregaría a los campesinos una suma que estos tendrían que devolver al Tesoro. El plan despertó una enorme hostilidad entre los campesinos, que pensaban que socavaría sus medios de vida y su lugar en la sociedad rusa. En la década 1850-1860, hubo feroces encontronazos en el comité, en los ministerios del gobierno y en la propia corte.

Los reformadores componían un grupo poderoso y con buenos contactos. La responsabilidad recayó en gran medida sobre el Ministerio del Interior, cuyo viceministro era Nikolái Miliutin. Dmitri, hermano de Miliutin, profesor de la Escuela de Estado Mayor y adjunto al Ministerio de la Guerra, había llamado la atención de la gran duquesa Elena Pavlovna, y en la década de 1850 asistía a sus «jueves», la reunión semanal que celebraba con sus amigos y aliados. En esta nueva atmósfera, el salón de la gran duquesa añadió la reforma política a su agenda, y Nikolái Miliutin, un joven oficial, bien educado y progresista, se sumó a su hermano en lo que al favor de la gran duquesa se refería. Los dos Miliutin tenían una fuerte propensión reformista y Nikolái fue asignado al Comité Editorial desde el principio. Contaba con el apoyo del secretario general, el general Yakov Rostov tsev, un oficial que no había hecho carrera en el campo de batalla sino como asistente del zar Nicolás y había estado próximo a Alejandro durante los años de este como heredero al trono. En la Guerra de Crimea se convirtió, de modo un tanto

inesperado, en un apasionado reformista y explotó al máximo su cercanía al nuevo zar. La gran duquesa Elena también supervisaba el avance de la reforma: su red de informantes en palacio se aseguraban que los reformistas supieran quién intentaba influenciar al zar y en qué sentido. Dmitri Miliutin, tras varios años en el Cáucaso, pasó a dirigir el Ministerio de la Guerra en 1860. Con el gran duque Konstantín Nikoláyevich a cargo de la marina, ambos ministerios militares así como el del Interior pertenecían al bando de los reformistas. Estos integraban un grupo fuertemente interconectado, bien formado, ocupaban cargos elevados y estaban listos para entrar en acción.





Ilustración 10. Alejandro II y su perro *Milord*.

A comienzos de 1860, el general Rostovtsev murió repentinamente, pero el comité continuó adelante en busca de una solución reformista. En septiembre, el zar puso a su hermano Konstantín al frente del comité para garantizar un resultado favorable a la emancipación. La consecuencia fue una rápida conclusión en favor del plan original de emancipación con tierras para los campesinos sobre la base de pagos de redención, como habían propuesto los reformadores dos años antes. El proyecto pasó al Consejo de Estado, el más alto organismo del gobierno, que debatió el tema durante varias semanas. El 17 de febrero votó en contra de la propuesta. La mayoría quería más tierras para los nobles y el Consejo trasladó al zar ambas posturas: la mayoría en contra y la minoría a favor de la emancipación con tierras de los siervos. El destino de 20 millones de personas estaba en la balanza. Rusia era una autocracia y el zar no tenía obligación de aceptar la opinión de la mayoría del Consejo de Estado ni, si a eso vamos, la de la minoría. Al cabo de dos días de

deliberación, Alejandro II optó por respaldar a la minoría y firmó el decreto de emancipación. En opinión del zar, al país le amenazaba el desastre si daba su apoyo a la mayoría; los campesinos no quedarían «sin hogar ni serían un riesgo para los terratenientes ni para el Estado». El gobierno decidió esperar hasta el inicio de la Cuaresma para anunciar el decreto, que fue leído en las iglesias de todo el país entre el 5/17 de marzo de 1861. La idea era que el ambiente religioso de la celebración favoreciera una respuesta suave del pueblo. Cualquiera que fuera la razón, solo se produjeron disturbios menores entre el campesinado.

El equilibrio del poder dentro del gobierno era lo único que en realidad importaba, pero los reformadores también buscaban el soporte de la sociedad y lo encontraron en algunos sectores. A comienzos de 1856, el radical exiliado Herzen tomó consciencia de que la reforma se aproximaba a Rusia y decidió echarle una mano. Su primer acto fue empezar a publicar desde su base en Londres una serie de ensayos, *Voces desde Rusia*, que ofrecían información de fondo y una discusión sin censura sobre los problemas del momento. Herzen sabía que sus ideas eran demasiado extremistas para la mayor parte de su público potencial, así que buscó redactores liberales en vez de radicales, incluyendo a liberales muy moderados. En 1857 comenzó a editar una revista mensual, *Kolokol [La campana]*, que sí reproducía sus propias opiniones, aunque en muchos casos se contuvo para no asustar a sus lectores. Tanto los ensayos como *Kolokol* eran introducidos en Rusia de contrabando y no tardaron en ser fácilmente accesibles. La Tercera Sección adquirió copias, las hizo circular entre los altos cargos y las hizo llegar al zar. La vívida prosa y la claridad de la perspectiva de Herzen hicieron

a este popular entre muchos lectores que no compartían sus puntos de vista en particular, su socialismo campesino y su oposición a la autocracia. No fue la suya la única voz que se hizo oír, ya que la relajación (en principio, temporal) de la censura permitió la aparición de un creciente número de periódicos y revistas. Este fenómeno no obedeció solamente al cambio en las normas de censura: las innovaciones tecnológicas en la impresión hacían posible la publicación de diarios por primera vez en Rusia. Eran, en gran medida, empresas comerciales y muchos de los editores aprendieron a combinar lo «vendible» con las ideas liberales. También aparecieron periódicos cuyos editores eran críticos con las autoridades desde una posición conservadora. Había muchos tópicos intocables, como las grandes personalidades o el propio zar y su familia, pero los editores encontraban modos de tratar asuntos de actualidad y presentar a la vez información sobre la vida en Rusia y en el mundo. Los lectores rusos descubrían detalladas exposiciones sobre sistemas políticos distintos a los suyos, como los occidentales, los parlamentos ingleses, la política exterior rusa o las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Los reformadores adscritos a la burocracia estatal no se sintieron defraudados por el devenir de los acontecimientos. La prensa les permitía evaluar el grado de apoyo a sus acciones, o la falta de él, aunque no tenían intención de aceptar sugerencias de nadie que estuviera fuera del gobierno. Buena parte de sus esfuerzos iban dirigidos a impedir que los terratenientes y la aristocracia influyeran sobre la opinión pública o el proceso de reforma. Creían, con toda la razón, que la nobleza, alta y baja, estaba mayoritariamente en contra de la reforma. Así pues, los reformistas del gobierno mantenían sus

deliberaciones tan en secreto como les era posible.

Por secretista que fuera, hasta la publicación del decreto de emancipación de 1861, el gobierno disfrutó del respaldo cauteloso de una opinión emergente entre las clases educadas, porque muchos liberales pensaban que las reformas no iban lo suficientemente lejos. Al mismo tiempo, los elementos propicios a la reforma de la sociedad se dividieron en un ala moderada y otra radical. Herzen se mostró duramente crítico en relación con algunos aspectos inadecuados de la emancipación, y sus ideas contribuyeron a la formación de un espacio radical en el seno de Rusia. La mayoría de los liberales, la *intelligentsia*, y la minoría liberal de la nobleza, continuaron apoyando al gobierno y emprendieron con entusiasmo las reformas. Los siguientes pasos fueron la reforma del poder judicial, el gobierno local y el ejército.

Hubo otros factores, no obstante, que complicaron las medidas reformistas. En enero de 1861 se produjeron una serie de algaradas en Varsovia, la primera manifestación de este tipo de la insatisfacción polaca desde la revuelta de 1830. El zar Alejandro y los ministros enviaron al gran duque Konstantín Nikoláyevich a Varsovia como virrey, con la esperanza de que lograra alcanzar un compromiso que introdujera alguna reforma en la Polonia rusa y desactivar así el descontento. El intento fue un fracaso y en 1863 estalló otra revuelta. Esta sublevación minó la autoridad del gran duque Konstantín en San Petersburgo y jamás volvió a desempeñar un cargo de importancia. Además, creó una división permanente entre Herzen y los liberales: Herzen prestó su apoyo a la lucha de los polacos y los liberales se decantaron por los intereses nacionales de Rusia. *Kolokol* entró en un rápido declive hasta la insignificancia. Por suerte

para Rusia, el levantamiento era en gran medida una iniciativa de pequeños grupos guerrilleros, que actuaban en el campo. En las provincias occidentales de Ucrania, los campesinos llegaron a unirse a las tropas del gobierno contra los rebeldes. Al finalizar 1864, las autoridades rusas habían restaurado el orden en Polonia. Entretanto, lograron imponer dos importantes medidas para el resto del imperio: la reforma judicial y la instauración de una nueva forma de gobierno local.

Estos decretos establecían una serie de consejos de administración (*zemstvos*) encargados del mantenimiento de las carreteras, los puentes, la escuela pública, la salud y otras materias de preocupación local. La novedad era que los miembros de estos organismos debían ser elegidos. La mayoría de los delegados de los *zemstvos* eran nobles, pero el recién emancipado campesinado también estaba representado con regularidad. Los liberales se quejaban, con razón, de que los *zemstvos* eran objeto de una supervisión excesiva por la burocracia y carecían de muchos de los poderes necesarios para desempeñar incluso las tareas más modestas. Los gobernantes provinciales y el Ministerio del Interior, que mantenían bajo intensa vigilancia a las nuevas instituciones, tenían la potestad de derogar sus decisiones. No obstante, los *zemstvos* desempeñaron un papel importante en la vida rusa por los problemas prácticos que abordaban y como instituciones electas. Le gustara o no al gobierno, se convirtieron en centros de una modesta actividad política, aportaron a la nobleza local una válvula de escape para sus energías y la experiencia de una gestión política y administrativa. Los *zemstvos* empleaban a gran número de expertos de la *intelligentsia* (maestros, médicos, estadísticos) y

este grupo se convirtió en una fuerza para la politización de los consejos con el paso del tiempo. En última instancia, los *zemstvos* se convirtieron en centros de organización política liberal.

Las reformas judiciales fueron más radicales. Nicolás I había codificado las leyes, pero el sistema judicial era básicamente el que había dejado Catalina II a finales del siglo XVIII. El poder judicial no estaba separado por completo de la administración. A los jueces les faltaba independencia, a menudo también formación en derecho, y los procesos judiciales dependían todavía del testimonio por escrito. Los procesos no eran públicos y los magistrados decidían sobre los casos en ausencia de un jurado. El decreto de 1864 lo cambió todo, dotando a Rusia, paradójicamente, de uno de los sistemas judiciales más progresistas de Europa. En adelante, los procesos fueron públicos, con un fiscal acusador y un abogado defensor, interrogatorios y réplicas. En la gran mayoría, el veredicto de culpabilidad o inocencia era dictado por un jurado. El Ministerio de Justicia nombraba a los magistrados y no podía destituirlos, salvo en caso de mala praxis. De la noche a la mañana, Rusia había adquirido un sistema legal a la altura de los estándares europeos y una profesión, la abogacía. Los juicios, penales y civiles, eran noticia y recibían con frecuencia amplia cobertura en los periódicos. Por desgracia, este brillante sistema judicial debía aplicar leyes que distaban de ser progresistas en muchos campos, de la ley de familia a cuestiones comerciales. No obstante, la abundancia de ambigüedades en la legislación permitió a los jueces remodelar la ley para darle una forma más moderna. Un defecto básico del sistema era el mantenimiento de disposiciones que permitían al Estado



imponer diversos castigos al margen de los tribunales. La más notoria era el exilio administrativo: los gobernadores provinciales y el Ministerio del Interior podían condenar al exilio durante años (no a la cárcel), mediante un simple decreto, a quienquiera que considerasen problemático. En la diana de esta práctica se situaba cada vez más a los propagandistas liberales y los activistas del *zemstvo*.

La otra excepción fue la instauración de un sistema separado para los campesinos, los tribunales municipales. Esta medida formalizaba los tribunales informales previos, con un panel de jueces elegidos entre los campesinos y un funcionario (a menudo, la única persona alfabetizada del tribunal) para dejar registro de los procedimientos. Resolvían todos los casos civiles y criminales menores, que no se atenían a la ley del Estado sino a usos de transmisión oral propios de las aldeas, simplemente sobre la base de la «consciencia». Sus decisiones no podían ser apeladas ante los tribunales estatales. Estos tribunales locales solían emitir sus veredictos en función de la reputación del demandante y el acusado, y el principal castigo eran los latigazos. El sistema mantenía al campesinado al margen del resto de la sociedad, perpetuando la comunidad aldeana y sus valores.

Algunas personas hallaron, al fin, una esfera de actividad, aunque no fuera política, en los *zemstvos* y los nuevos tribunales. Incluso este modesto entorno no podía funcionar con facilidad en ausencia de la prensa. En abril de 1865, el gobierno promulgó unas leyes de censura permanentes. El estatuto en sí era una amalgama de dos principios contradictorios, ambos de origen occidental. Las nuevas leyes abolieron la censura previa, que había quedado prácticamente inutilizada por las prensas de alta velocidad y

la nueva situación política, pero no las penas por socavar el respeto al Estado, la familia y la religión. ¿Cómo aplicarlas? El estatuto preveía la solución de los principales problemas en los nuevos tribunales, lo que significaba que el Estado tendría que hacer públicos los casos. Los intentos de controlar a los periodistas críticos por este método fueron un fracaso: los tribunales declaraban a los acusados inocentes o, de considerarles culpables, les imponían castigos prácticamente simbólicos. No obstante, el Estado podía recurrir a otros métodos. El estatuto había trasladado la censura del Ministerio de Educación al del Interior, el principal organismo de control del orden público. Además, el estatuto tomó prestado de la legislación francesa toda una serie de medidas administrativas, multas y advertencias a los editores, que permitían a las autoridades soslayar el sistema de tribunales. Tras los fracasos iniciales en estos, las sanciones administrativas triunfaron, incluyendo, con el tiempo, la prohibición de determinadas obras de literatura radical. Las nuevas normas de censura suprimieron gran cantidad de debates públicos, pero en ningún momento se había pretendido que los eliminaran por completo.

Quizá la cuestión más compleja de la reforma después de la emancipación de los siervos fuera el ejército. El ministro de la Guerra, Dmitri Miliutin, presentó su primera propuesta en 1862. Aunque fue aprobada por el zar, no se implantó plenamente hasta 1874. El núcleo de la propuesta era sustituir el servicio militar de 25 años por un sistema de reserva y un plazo limitado, finalmente fijado en seis años. Los conservadores deseaban preservar el ejército como una casta, con los campesinos transformados en soldados al mando de nobles. Miliutin consideraba reaccionario un

ejército semejante y le auguraba una repetición de las derrotas de Crimea. No veía motivo por el que campesinos libres no pudieran servir y después regresar a sus aldeas para reanudar sus tareas agrícolas. Fueron su poderosa voluntad y la determinación del zar de contar con un ejército eficaz lo que mantuvo la reforma militar encauzada a través de multitud de vicisitudes políticas.

Y, desde luego, hubo vicisitudes. Con la discusión pública sobre la reforma de 1858-1859, el debate sobrepasó los parámetros propuestos por el gobierno y la oposición conservadora. Tanto los liberales no pertenecientes a la burocracia como los jóvenes radicales empezaron a presentar ideas, que iban mucho más allá de lo que los ministros ponderaban detrás de las puertas cerradas de los comités del gobierno. Buena parte de la razón del desafío residía en la transformación de la sociedad educada, la aparición de una *intelligentsia* definida por su formación y profesión, a menudo de origen plebeyo y sin conexiones con la nobleza. Su núcleo eran los profesionales —maestros, médicos, científicos, ingenieros—, pero el término acabó por incluir a todo aquel que había recibido algún tipo de instrucción por encima del nivel básico y, por supuesto, a estudiantes. Hombres (y, por primera vez, mujeres) jóvenes, en su mayoría pertenecientes a las universidades o a círculos próximos a ellas, no solo rechazaban el liderazgo del Estado sino que formaban también parte de una nueva cultura. Esta fue la generación que desechó la filosofía idealista, que había inspirado a Herzen, Bakunin y a muchos liberales, dirigiendo su interés hacia las ciencias naturales. La novela *Padres e hijos* de Turguénev, publicada en 1862, bautizó con el término «nihilista» a esta nueva generación por su rechazo de las

creencias piadosas del pasado. La acusación era que no creían en nada (en latín, *nihil*). Se desató la agitación entre los estudiantes universitarios, que gozaban de un elevado grado de libertad en el periodo posterior a Crimea. En otoño de 1861, una serie de algaradas de mayor o menor trascendencia en la Universidad de San Petersburgo llevó a las autoridades a cerrar esta. Se desató la búsqueda de actividades radicales en otras universidades y academias. Pequeños grupos de radicales, no más de unas pocas docenas de individuos, empezaron a distribuir manifiestos revolucionarios, lo que convenció al gobierno de que había en marcha complots de gran alcance. En la mayoría de las ciudades rusas con universidades comenzaron a surgir en aquellos años comunas de estudiantes de ideología más o menos radical. Respondían, en parte, a razones económicas, pero también por la convicción de que una vida comunal y sencilla era el camino hacia el futuro. Aunque conocían a Herzen y leían todo tipo de literatura liberal y radical europea, su héroe era Nikolái Chernishevski, cuyas ideas siguieron inspirando a los radicales largo tiempo después de su pérdida en el exilio siberiano.

Desde su aparición como periodista de primera línea en 1853 en las páginas de *El Contemporáneo*, todavía una de las principales publicaciones, Chernishevski se había erigido en la figura intelectual y cultural de la *intelligentsia* radical, y continuó siéndolo durante casi una generación. Hijo de un sacerdote y graduado en un seminario en vez de una escuela laica, Chernishevski logró entrar en la Universidad de San Petersburgo, donde se licenció en literatura. Sin embargo, sus aportaciones en las páginas de *El Contemporáneo* abarcaban mucho más. Escribía sobre filosofía, economía y política,

sobre todo de Europa occidental, temas más fáciles de publicar que los dedicados a la política rusa. También dedicaba gran cantidad de espacio a la cuestión campesina y las implicaciones económicas, administrativas y sociales de la emancipación. Contrario a las perspectivas de los economistas liberales del gobierno y la sociedad educada, Chernishevski abogaba por la preservación del campesinado ruso, la propiedad y explotación comunal de las tierras y la toma de decisiones al nivel de la aldea. Chernishevski, en este aspecto próximo a Herzen, creía que Rusia podía construir un tipo de socialismo agrario en torno a la comunidad aldeana, evitando así los horrores de la industrialización conocidos en la Inglaterra victoriana y las sociedades continentales. Chernishevski era un revolucionario, aunque no llegó a crear una auténtica organización revolucionaria, anhelaba el derrocamiento del régimen zarista y simpatizaba con quienes desempeñaban un papel activo en el proceso.

La contribución más importante de Chernishevski al emergente movimiento revolucionario fueron sus artículos en *El Contemporáneo*. Los radicales de la publicación estaban convencidos de que las ciencias naturales eran la llave de todo conocimiento, que las ciencias sociales no eran más que un área atrasada que no tardaría en ponerse a la altura de la biología y la química. Su visión del hombre era implacablemente biológica: no había entidades espirituales. De hecho, sus objeciones a la religión parecían basarse más en la negación de la existencia del alma que en la de Dios. Chernishevski y sus colegas tenían una visión utilitaria del arte, cuya tarea era transformar la consciencia de los lectores con sus argumentos y presentar imágenes de la realidad tal como era verdaderamente. En 1862, el gobierno se dio

cuenta de que se trataba del personaje más importante entre los radicales, y decidió poner fin a sus actividades. La Tercera Sección le detuvo por mantener relaciones con Herzen y soliviantar al pueblo contra el gobierno, pero no encontraron prácticamente nada que le acusase. Era imposible demostrar la relación con Herzen y los artículos de Chernishevski no eran, en sí mismos, delictivos. Meses después, descubrieron a un agente de la policía entre los radicales, detenido por otros cargos, que afirmaba tener cartas de puño y letra de Chernishevski, así como un manifiesto llamando a los campesinos a un levantamiento. Con estos documentos como prueba, la Tercera Sección presentó otra denuncia y Chernishevski fue condenado por incitación a la rebelión. Fue sentenciado a 14 años en las minas (sentencia posteriormente conmutada) y al exilio a perpetuidad en Siberia. Solo se le permitió abandonar Siberia en 1883, seis años antes de su muerte.

La expresión más completa de los valores de la nueva generación se encuentra en la novela de Chernishevski *¿Qué hacer?*, escrita en los calabozos del castillo de San Pedro y San Pablo tras su detención en 1862. El libro pudo publicarse legalmente gracias al error de un censor, aunque presentaba una propuesta para una reorganización completa de la sociedad y un plan para el futuro. La idea era construir una serie de talleres comunales de producción y viviendas, que liberaran al individuo de las restricciones de la pobreza y la familia tradicional. La obra era, a la vez, un texto feminista y socialista. La emancipación de la mujer, incluidas las de las clases altas, era un eje central de su proyecto. Chernishevski se veía a sí mismo como un adalid de la liberación individual en una sociedad de «egoísmo racional», al tiempo que como

defensor de la liberación de campesinos y trabajadores. Se convirtió en la biblia de toda una generación. Sus personajes —el revolucionario comprometido, el marido emancipado, la mujer nueva— aportaban a la juventud de la época no solo ideales, sino también modelos específicos de conducta, que muchos siguieron al pie de la letra. Los hombres se dejaban el pelo largo y las mujeres lo llevaban corto, despreciaban el comportamiento cortés y las vestimentas de la clase alta hasta el punto de caer en la grosería y el aspecto desmañado: se convirtió en la moda entre los estudiantes y marcó el tono de una generación. La detención y exilio de Chernishevski privó a los radicales de una voz pública, pero también potenció el surgimiento de una literatura clandestina y de *émigré*, que circulaba entre los estudiantes y jóvenes de todo el imperio.

Los radicales pronto ocuparon el centro del escenario de la vida y la cultura rusas. Impulsaron la aparición de una serie de novelas «antinihilistas», dedicadas a demostrar sus limitaciones y equivocaciones. La década posterior a Crimea fue, además, el periodo de formación del liberalismo ruso, que tenían mucho mayor apoyo que los radicales entre la *intelligentsia*, los profesores, doctores y maestros que constituían su núcleo. La generación liberal se vio también profundamente afectada por el nuevo carácter científico de la era, que parecía encontrar sus modelos en Darwin, Spencer y el positivismo francés. Sin embargo, su principal líder permaneció fiel al hegelianismo de su juventud, si bien en su interpretación liberal más que en la radical. Se trataba de Borís Chicherin, un catedrático de Derecho cuya concepción de Rusia encajaba pulcramente en su ideología política y su formación legal. Para él, la historia de Rusia hasta Pedro el Grande había sido, sencillamente, la historia del desarrollo

del Estado. La autocracia era una forma primitiva superviviente de las fases finales, necesaria en su momento pero ahora obsoleta. El reinado de Pedro había marcado el principio del desarrollo de la legalidad en el seno de la estructura aristocrática, un desarrollo que fue alcanzando madurez en su propia época con las grandes reformas. La tarea de la generación reformista era hacer avanzar este proceso, para que el ulterior progreso social elevara a Rusia al nivel de civilización adecuado para crear una institución. La Constitución era cosa del futuro: la tarea en el presente era proseguir con el proceso de reformar el Estado, no hacerlo saltar por los aires.

Las ideas de Chicherin, o alguna variante de ellas, encajaban fácilmente en la fascinación generalizada por el progreso de la Europa del siglo XIX. Los liberales pensaban que formaban parte de un proceso mundial, que antes o después triunfaría también en Rusia. Estas ideas eran las que inspiraban a los activistas del *zemstvo*, así como a los periodistas y escritores que se reunían en torno a los nuevos diarios y las más intelectuales «revistas sesudas». Estas últimas eran ideales para la época, ya que la censura estaba mucho más interesada en los diarios y la literatura popular que en gruesas revistas. Las extensas y pormenorizadas discusiones sobre el gobierno local en Inglaterra o los problemas económicos del agro ruso superaban con mayor facilidad la censura (fue así como *El capital* de Karl Marx llegó a ser publicado en Rusia). La más popular de aquellas revistas era *Vestnik Evropy* [*Mensajero de Europa*], fundada en 1866. Sus suscriptores recibían cada mes 300 o 400 páginas de periodismo de altura, artículos académicos sobre temas de actualidad, prosa y poesía de los futuros clásicos de la



literatura rusa, y habitualmente una novela traducida de algún idioma occidental. La revista estaba repleta de información útil, largos artículos en los que los autores trataban no solo del supuesto tema propuesto, sino que realizaban frecuentes incursiones en diversos tipos de conocimiento útil (científico, social, económico, médico). En los salones de los nobles de provincias y las bibliotecas de los profesores de todo el imperio, este tipo de publicaciones eran una cuerda de salvación, un enlace con el mundo más amplio ruso y el exterior, y una inspiración para la tozuda persistencia de los *zemstvos* y otros humildes intentos de convertir a Rusia en una sociedad moderna.

También el pensamiento conservador varió radicalmente tras Crimea. Al contrario que los liberales –numerosos y, en general, de acuerdo entre sí–, los conservadores seguían estando integrados por una serie de pequeños grupos, mutuamente hostiles, junto a varios pensadores idiosincrásicos, que carecían de seguidores. El grupo más importante, el de los eslavófilos, encontró una base social entre los banqueros y empresarios textiles de Moscú. Los millonarios financiaban sus revistas y estas les permitían defender sus ideas ante el público, aunque su circulación nunca llegó a alcanzar el mismo volumen que las publicaciones liberales. Los eslavófilos eran partidarios del proceso de reformas, pero pensaban que los excesos eran la consecuencia de una aceptación mecánica de modelos occidentales. Temían movimientos en otras áreas, en particular cualquier medida liberal (del gobierno o exterior) que pudiera debilitar a la comunidad campesina, que para ellos era la base de la singular armonía en un mundo de luchas políticas y sociales. Su apoyo generalizado a la

autocracia y su política, que distaba mucho de ser acrítico, les hizo acreedores de las sospechas y hostilidad oficiales.

Un poderoso valedor de las ideas conservadoras fue Mijaíl Kátkov. Su *Moskovskie Vedomosti* [*Novedades de Moscú*], financiada por el gobierno ruso a pesar de disensiones ocasionales, se convirtió en la principal publicación que daba voz al nacionalismo ruso y la idea de la autocracia. Kátkov abogaba por una especie de conservadurismo «occidentalizador», en el que Rusia adquiriría un orden social industrial conservando la forma autoritaria de su pasado gobierno, puesta al día mediante métodos administrativos modernos. En muchos aspectos, Kátkov admiraba a la Alemania de Bismark y esperaba que Rusia la imitara, entre otras cosas, en su estridente nacionalismo. El nacionalismo de Kátkov era más perverso que el vigoroso principio de «nacionalidad» de Uvárov y Nicolás I. Kátkov era implacablemente antipolaco y antisemita. Pese a su gran admiración por Alemania, era igualmente hostil a la aristocracia alemana del Báltico, aún muy prominente en el gobierno y el ejército rusos, así como en la corte. También era partidario de una política exterior agresiva y llegó a defender una política antigermana fuerte. El gobierno no siempre se mostraba muy satisfecho con Kátkov (la cuestión de los alemanes del Báltico era causa de una irritación constante), dado que no admitía ni siquiera críticas amistosas, pero no podía prescindir de él. Para los terratenientes conservadores y el funcionariado, Kátkov era un oráculo. Ninguna de las demás voces conservadoras, ni siquiera la de Dostoievski, tenía un número equiparable de seguidores.

Por encima de todo, lo que asustaba al gobierno y a los conservadores era el movimiento revolucionario, que

percibían, correctamente, como una amenaza política, social y cultural. De hecho, las comunas de estudiantes radicales inspiradas por la novela de Chernishevski estaban muy alejadas del mundo privilegiado de la corte o los periodistas liberales y sus lectores. Los estudiantes se guiaban por un principio de estricta igualdad entre hombres y mujeres. Sus comunas eran más amplias que el movimiento revolucionario, incluyendo a multitud de personas con ideas políticas muy indeterminadas, pero representaban un terreno ideal para el reclutamiento. La expansión de las universidades significó que muchos de los estudiantes –hijos de sacerdotes, funcionarios de segunda y nobles cuyos ingresos, como mínimo, no se correspondían con su estatus– eran más plebeyos que sus predecesores. A partir de 1859, las mujeres fueron incorporándose poco a poco a las universidades. Su presencia, totalmente acorde con la ideología radical, hizo que des empeñaran un papel fundamental en el movimiento revolucionario, dándole un estilo característico.

Los jóvenes revolucionarios actuaban de modo clandestino. La reforma de la sociedad rusa no se había reflejado en políticas legales públicas. El Estado conservaba en sus manos todo el poder y no estaban permitidos los partidos políticos. No solo los liberales y los radicales, también los conservadores tenían prohibida la formación de asociaciones políticas, aunque fuera en apoyo del Estado. Entre las principales víctimas de la censura estaba el líder eslavófilo, conservador y antisemita Iván Aksákov, que respaldaba la autocracia. No obstante, Aksákov pensaba que estaba en su derecho de criticarla en la prensa. El gobierno no veía las cosas del mismo modo y las publicaciones de Aksákov acabaron por desaparecer. Los liberales gozaban de un gran

apoyo por parte de la intelectualidad, en especial su núcleo de profesionales, y controlaban una serie de periódicos y revistas clave, pero carecían de organización. Lo más parecido a un foro liberal (o conservador) era el *zemstvo*, cuyas asambleas adoptaban a veces un tono político, pero la policía y la administración se aseguraban de que estos intentos quedaran en nada. Los únicos actores políticos no pertenecientes al gobierno eran los revolucionarios.

En los primeros años, durante la década de 1860, los principales grupos radicales eran pequeños, contaban como mucho con unas cuantas docenas de miembros y desaparecían pronto. Eran conspirativos y estaban dominados por unos pocos líderes carismáticos, algunos de ellos, jóvenes de carácter y motivaciones más que cuestionables, el más famoso de los cuales fue Sergéi Necháiev. Necháiev convenció a sus seguidores de que representaba a un «comité central» revolucionario, bajo cuyas órdenes actuaba. En realidad, existía solo en su imaginación. A finales de 1869 comunicó al grupo que uno de ellos era un informador y que debían asesinarle, cosa que hicieron. El resultado fue que, a lo largo de la investigación, la policía puso al descubierto a la organización. Necháiev huyó al extranjero, dejando a sus partidarios librados a su suerte: el exilio en Siberia. Hasta el anarquista Bakunin, que al principio creyó que Necháiev representaba algún tipo de nueva ola en Rusia, comprendió que era un desequilibrado mental y un ser moralmente depravado.

Los pequeños grupos como el de Necháiev estaban abocados al fracaso, pero los acontecimientos también impidieron el despegue del incipiente movimiento radical en la primera década de su existencia. La causa fue el intento de

asesinato del zar el 4 de abril de 1866. El aspirante a homicida fue un tal Dmitri Karakóзов, un noble menor de la región del Volga involucrado en varios grupos radicales, en su mayoría compuestos de estudiantes. Sus camaradas, más sensatos que la gente como Necháyev, se opusieron a la idea e hicieron lo posible por disuadirle. No lo lograron: Karakóзов disparó contra el zar Alejandro cuando salía del jardín de verano, aunque no dio en el blanco. Fue capturado de inmediato y el zar le preguntó si era polaco. Karakóзов replicó que era un ruso puro y la policía tomó consciencia de que se enfrentaba al terrorismo, un fenómeno nuevo en el movimiento revolucionario ruso. Karakóзов estaba convencido de que matar al zar provocaría una revuelta popular, o en el peor de los casos debilitaría al gobierno e impondría la implantación de reformas. Ocurrió lo contrario, ya que produjo una crisis de gobierno que trajo consigo el nombramiento de varios ministros menos liberales, y el del reaccionario conde Pedro Shuválov como jefe de la Tercera Sección. El ritmo de las reformas se ralentizó de manera notable.

En 1870, los radicales habían acumulado suficiente experiencia para pensar que los métodos conspirativos eran desagradables e ineficaces. En todo caso, de lo que se trataba era de extender las ideas radicales entre el pueblo, sobre todo entre el campesinado. El resultado fue la formación de nuevas organizaciones, cuyos miembros decidieron que los jóvenes radicales debían «acercarse al pueblo». En 1874, miles de jóvenes de ambos sexos empezaron a aprender oficios prácticos y a mudarse a zonas rurales para intentar encajar en la sociedad campesina. Los objetivos políticos concretos se situaron en un futuro lejano y los radicales se

centraron en transmitir sus ideas. El esfuerzo duró varios años y fue un completo fracaso. Los campesinos se mostraron poco receptivos. Recelaban de la gente de fuera, en especial de la procedente de niveles sociales superiores (por plebeyos que fueran los estudiantes, no por ello eran campesinos). Muchos campesinos entregaron a los radicales (o «populistas») a la policía.

En el verano de 1876 ya había quedado claro que dirigirse al pueblo había sido un fracaso y los restos del grupo en San Petersburgo crearon una organización llamada Zemlia i Volia [Tierra y Libertad]. Las autoridades detectaron sus actividades y detuvieron a muchos de sus miembros. En 1877 se celebraron juicios públicos masivos, en los que figuraban como imputados los veteranos de la «aproximación» al pueblo, así como arrestados más recientes. Los procesos fueron un desastre para el gobierno. Un prisionero tras otro presentaron apasionadas y bien razonadas argumentaciones de la miseria de Rusia y sus planes para el futuro. El gobierno luchó contra el movimiento con fuerzas inapropiadas y métodos anticuados, pero no pudo acabar con su espíritu. Era algo ampliamente sabido en la sociedad, así como en los círculos revolucionarios, que las condiciones y prácticas de las prisiones rusas eran primitivas y causantes de grandes sufrimientos, lo que otorgó a los rebeldes un halo de mártires. A comienzos de 1878, el gobernador general Trepov dio la orden de que uno de los prisioneros de San Petersburgo fuera azotado. Pocas semanas más tarde, una joven entró en su despacho durante el horario reservado a la presentación de peticiones y le disparó varias veces con un revólver. El general sobrevivió a sus heridas, pero la joven, Vera Zasulich, se convirtió en la protagonista de otro juicio público. El jurado

se negó a condenarla y escapó al extranjero. A partir de entonces, el gobierno evitó el sistema de tribunales civiles, juzgando a los revolucionarios en consejos de guerra.

El atentado de Zasulich inauguró un fantástico duelo de tres años y medio de duración entre los revolucionarios y la policía. La mayoría de los populistas estaban convencidos de que la revolución social no podría producirse sin destruir antes la autocracia. A menos que Rusia se convirtiera en una república democrática y federal, los radicales jamás tendrían la libertad de acción necesaria para predicar la renovación social. Por lo tanto, desplazaron sus esfuerzos de la difusión de las ideas sociales radicales a la propaganda en favor de una revolución política y, lo más importante, de un programa de terror contra el Estado. No usaron como blanco poblaciones al azar: los objetivos eran exclusivamente funcionarios del Estado, sobre todo los responsables del control político y la represión: es decir, policías, gobernadores de provincias, el ministro del Interior y el propio zar. La campaña produjo una escisión en el movimiento. La mayoría, que estaba a favor del terror, formó una nueva organización, *Naridnaia Volia* [Voluntad del Pueblo]. La minoría, que prefirió mantenerse fiel a la vieja política de agitación y propaganda, conservó el nombre antiguo, *Tierra y Libertad*. La mayoría de sus miembros no tardaron en emigrar.

Voluntad del Pueblo inició una campaña de terror enfocada cada vez más en el propio zar. Alejandro respondió con indolencia, seguro de que su destino estaba en manos de Dios y las tradiciones de la corte dificultaban enormemente una seguridad estricta. Como siempre, el zar cabalgaba a menudo por San Petersburgo sin mayor protección que un pelotón de cosacos y se opuso a que se adoptaran mayores

medidas para su protección. Su atención estaba centrada en el gobierno y su vida privada, ya que la muerte de la emperatriz en 1880 le permitió casarse con quien había sido su amante durante largo tiempo, la princesa Ekaterina Dolgorukaia, lo que legitimó a sus hijos. Los atentados contra su vida continuaron y, tras varios fracasos, el terror llegó al palacio de invierno. Stepán Jalturin, uno de los pocos revolucionarios de origen auténticamente campesino, se disfrazó de carpintero y logró acceder al palacio. A comienzos de 1880, hizo explotar una bomba, que mató a muchos soldados de la guardia, pero el zar salió indemne. Una pequeña banda de revolucionarios había provocado una crisis de Estado. Este seguía siendo demasiado anticuado, incluso tras las reformas, como para actuar con eficacia contra los terroristas, y demasiado autocrático para exigir o solicitar el apoyo del pueblo. No obstante, el gobierno respondió de inmediato. Alejandro sustituyó a la Tercera Sección y creó una Comisión Ejecutiva Suprema a las órdenes del general y conde armenio Mijaíl Lorís-Mélikov, que conocía multitud de idiomas europeos y caucásicos, tenía un excelente historial militar en las guerras del Cáucaso y la ruso-turca, y una reciente carrera administrativa de éxito. Su plan consistía en combatir a los revolucionarios, tanto mediante la represión como con el retorno al proceso de reformas, que llevaba casi una década estancado. Los periodistas liberales tildaron a su programa de «dictadura del corazón». Lorís-Mélikov ascendió a lo más alto del Ministerio del Interior e hizo circular proyectos de reformas aún mayores. En febrero de 1881 tenía ya un plan para una legislatura consultiva basada en los *zemstvos*, que debían agruparse para apoyar al Estado y mostrar a la sociedad que el gobierno estaba verdaderamente



comprometido con las reformas. Quizá Rusia podría haber cambiado, pero el destino determinó lo contrario.

Naródnaya Volia no había prestado atención alguna a Lorís-Mélikov y los rumores sobre reformas. En todo caso, la perspectiva no le agradaba, ya que podían contribuir a sostener al gobierno y una reforma económica podía perjudicar a la comuna campesina. El comité ejecutivo de Naródnaya Volia, encabezado por Aleksandr Zheliabov y Sofía Perovskaya, destinó todos sus recursos a acabar con el zar. El 1 de marzo de 1881 tuvo éxito: cuando Alejandro regresaba al palacio de invierno a lo largo del canal de Catalina de Petersburgo, uno de los revolucionarios lanzó una bomba contra su carruaje. Murieron varios de sus guardias y un joven de catorce años. Hubo muchos heridos y el zar descendió del carruaje para ver qué había ocurrido. Un segundo terrorista situado entre la multitud le lanzó otra bomba, hiriendo de muerte al zar y muriendo él mismo. Alejandro fue transportado al palacio de invierno con las piernas amputadas por la explosión y no tardó en expirar. Las últimas palabras del zar que había liberado a los campesinos y, aunque de modo vacilante, había transformado Rusia, fueron: «Hace frío, hace frío [...] llevadme a palacio [...] a morir».

Ascendió al trono su hijo Alejandro, con el nombre de Alejandro III. Tras algunas discusiones iniciales, las conversaciones sobre reformas o legislación llegaron a su fin y Lorís-Mélikov perdió su cargo. Los asesinos fueron ejecutados en público, en la horca. Las clases educadas estaban conmocionadas porque los revolucionarios hubieran matado al zar, mientras que muchos campesinos pensaban que había sido una conspiración de los nobles en venganza por la

emancipación de los siervos. Otro efecto del asesinato fue la primera gran oleada de pogromos contra los judíos en las provincias ucranianas del sur de Rusia. Fue un apropiado comienzo para más de una década de políticas conservadoras e intentos de contrarreforma. No logró gran cosa: la mayoría de las reformas originales no pudieran ser derogadas, testimonio de su fortaleza y su anclaje legal. Por ejemplo, los *zemstvos* eran acosados constantemente por los lacayos del Ministerio del Interior, pero siguieron existiendo y trabajando. Las nuevas instituciones se habían convertido en parte de la urdimbre de la sociedad rusa, cuyo creciente progreso las mantenía vivas. Pese al empleo de la censura y de formas de represión como el exilio administrativo, tanto para los liberales como para los radicales, la prensa floreció y se expandió ofreciendo, en la medida de lo posible, un foro para el debate de las políticas del gobierno. La autocracia de Alejandro III podía retardar el desarrollo de la sociedad rusa, pero no detenerlo.

## De la servidumbre al capitalismo naciente

La ciudad de San Petersburgo ejemplificó la transformación de Rusia en las décadas posteriores a la emancipación de los siervos. A medida que avanzaba el siglo XIX, pasó de ser la capital administrativa con un puerto de mar, repleta de edificios gubernamentales y residencias aristocráticas, a ser un importante centro industrial con infraestructuras férreas y portuarias en continua expansión, además del antiguo sistema de canales.

Aunque se construyó como puerto de mar en el Báltico, el palacio de invierno y el anillo de edificios militares y del gobierno daban forma al viejo San Petersburgo. Estos eran en su mayoría de estilo clásico, con tres o cuatro pisos como máximo. Pedro hubiera querido concentrar el gobierno propiamente dicho en la isla de Vasilev, pero quedaba lejos, dada la ausencia de puentes fijos, y el gobierno había de estar en el centro del poder. El palacio de invierno, en la ribera sur del río y próximo al extremo oeste de Nevski Prospekt, la avenida principal, se convirtió enseguida en el corazón de la ciudad. El Alto Mando del ejército y el Ministerio de Asuntos Exteriores estaban justo al otro lado de la plaza de palacio. Cerca quedaban el Ministerio de Finanzas, así como el senado, el Consejo de Estado y otros despachos importantes. Solo el ampliado Ministerio del Interior ocupó edificios nuevos junto al río Fontanka, más al sur. Hasta mediados de siglo, el comercio y los mercados se concentraban a lo largo de Nevski Prospekt y en la isla de Vasilev, hogar de la abundante población de comerciantes y mercaderes alemanes y extranjeros.

La transformación de la ciudad se aceleró tras la Guerra de Crimea, y las vías férreas y nuevas industrias empezaron a cambiar el paisaje. El puerto de San Petersburgo era un importante activo, porque buena parte del equipamiento y las materias primas para la industria llegaban del extranjero. La prosperidad industrial de la década de 1890 lo cambió todo, ya que Rusia comenzó a basarse más en sus propios recursos internos. La metalurgia y la construcción de maquinaria eran las mayores industrias de la ciudad. Situadas en los arrabales, las gigantescas factorías con sus chimeneas humeantes reemplazaron a la villas suburbanas, los bosques y las aldeas de otros tiempos. El puerto se transformó en un gigantesco astillero. La fábricas con tecnologías, como las eléctricas, se erigieron en el centro de la ciudad, por lo que esta no llegó a adquirir la segregación social radical característica de las urbes occidentales de la época. La expansión industrial trajo consigo una tremenda expansión bancaria y financiera, centrada todavía en Nevski Prospekt y las calles adyacentes.

El auge económico afectó a la ciudad en otros aspectos. La población se duplicó entre la década de 1890 y 1914, pasando de alrededor de un millón a unos dos millones de habitantes. La mayoría de estos nuevos residentes eran obreros que vivían en barracas junto a las principales fábricas, a menudo sin sus respectivas familias, que permanecían en sus aldeas natales. En el otro extremo de la escala social, los nuevos ricos, banqueros y reyes del ferrocarril, compraron o construyeron mansiones junto al río cerca del centro. Muchos aristócratas, que habían invertido grandes sumas en las nuevas industrias, hacían ostentación de su riqueza en forma de residencias cada vez más lujosas en la ciudad y sus alrededores. El éxito provocó la aparición de una nueva clase

media, empleados de negocios, ingenieros, técnicos, y la multitud de maestros, médicos y comerciantes minoristas que les servían. Las necesidades de una población en aumento acarrearón un auge de la construcción, en especial a lo largo de las calles principales y el perímetro norte de la ciudad. Los nuevos edificios exhibían las modas arquitectónicas del momento: neorrenacimiento, neobarroco, con frecuencia versiones rusas del *art nouveau*. El estrictamente clasicista San Petersburgo comenzó a ser una ciudad mucho más ecléctica, pero el centro clásico perduró. Estaba prohibido construir a mayor altura que la del palacio de invierno, por lo que existían límites a la transformación. El resultado fue una ciudad urbanísticamente mucho menos densa que París o Berlín, aunque buena parte de ella careciera de parques oficialmente públicos.

La vida diaria cambió, sobre todo a partir de 1900. Por todas partes aparecieron grandes almacenes, incluso uno del Cuerpo Imperial de Regimientos de Guardias edificado como inversión en la zona de la avenida Nevski. Mas abajo, en la misma calle, estaban la nueva sede de las máquinas de coser Singer y el Eliseev Delicatessen, con sus productos importados y locales para los gourmets acaudalados. Se promovió un servicio telefónico, nuevos sistemas de alcantarillado y de aprovisionamiento de agua, financiados a través de créditos de bancos extranjeros. En 1907, Westinghouse y otros inversores rusos tendieron las primeras líneas de tranvía, que no tardaron en cubrir la mayor parte de la ciudad. Las principales calles estaban iluminadas por luces eléctricas y un número creciente de faroles de gas traspasaba la oscuridad de la noche y la niebla. Los nuevos puentes sobre el Neva contribuyeron a aumentar el encanto del

puerto, además de facilitar las comunicaciones entre diversas partes de la ciudad por primera vez.

La vida social se centraba en la corte. Hasta la década de 1890 los bailes y otros acontecimientos proporcionaban un destellante fondo a los dramas de la vida y la política en la ciudad. Las casas aristocráticas no les iban a la zaga. También ellas organizaban grandiosos espectáculos, algunos en teatros privados de los propios palacios, como el Yusupov, con artistas profesionales. Los espléndidos teatros imperiales, en particular el Marinski, eran espacios dedicados a la exhibición de riqueza por parte de la vieja aristocracia y los nuevos ricos. En cuanto a la intelectualidad y las clases medias, escenarios financiados por el Estado o privados, ofrecían la cultura más «avanzada» que estas anhelaban. En los suburbios, donde vivían los trabajadores, había teatros populares, muchos de ellos al aire libre en el verano, que suministraban entretenimiento barato para las masas. Toda una gama de restaurantes, desde los de elite de la avenida Nevski a las callejuelas más ocultas de la periferia de la ciudad, satisfacían las necesidades de una población variada. San Petersburgo era, en buena medida, el centro cultural de Rusia. El ballet imperial del Marinski era la niña bonita de la aristocracia, pero la ópera y el teatro florecieron también. La mayoría de las nuevas tendencias en la pintura rusa, de la asociación Mundo del Arte al suprematismo, vieron la luz en San Petersburgo, y los principales escritores de la década de 1890 en adelante residían casi en la ciudad.

Con toda su gloria artística, San Petersburgo siguió siendo un acendrado centro de poder político. A partir de 1905, los principales periódicos de los partidos políticos legales, que hablaban del gobierno y de la nueva Duma, se

publicaron en San Petersburgo. La Duma ocupaba el palacio del favorito de Catalina, Potemkin, al este del principal centro de poder. La política continuaba siendo la principal preocupación del zar, y su presencia en la ciudad era crucial para el funcionamiento del Estado. En realidad, Nicolás II pasaba relativamente poco tiempo en la ciudad propiamente dicha. Prefería un ritmo más tranquilo en las cercanas Tsárskoye Seló y Peterhof, o en sus propiedades de Crimea. Rara vez asistía al teatro, restringiendo sus apariciones sociales a bailes cortesanos y unas pocas ceremonias más, práctica que no gozaba de la aprobación de la aristocracia. A la vista de la persistente campaña terrorista que mantenían los revolucionarios populistas, al zar y a sus consejeros les ponían nerviosos la apariciones públicas y Nicolás, personalmente, prefería una vida sencilla con su familia. Eran decisiones comprensibles, pero contribuyeron a la deriva y la inestabilidad del poder en un momento de rápidos cambios sociales y políticos. El Estado había sido el centro del desarrollo ruso durante siglos, y de repente el piloto parecía abandonar el barco.

No hubo terreno en el que la política estatal tuviera consecuencias más inesperadas que en el del desarrollo social y político. Los reformadores de la década de 1860, así como el conde Sergéi Witte una generación más tarde, intentaron fomentar el capitalismo industrial conservando a la vez la estructura social existente en la medida de lo posible. El gobierno patrocinó la construcción de ferrocarriles durante todo el periodo, proyectos tanto privados como públicos, ayudando a obtener créditos del extranjero y concediendo lucrativos contratos a los empresarios rusos. Primero instauró el sistema de tarifas para favorecer el tendido de vía férreas, y

más entrado el siglo adoptó otro más proteccionista para favorecer a la industria rusa. Mantener a los terratenientes y la comunidad campesina era, no obstante, el objetivo básico, incluso a expensas del desarrollo industrial. Esta medida restringía la emigración de los campesinos de las aldeas para sumarse a la fuerza de trabajo, pero no podía impedirla. La supervivencia de los terratenientes bajo el asedio de las nuevas fuerzas económicas era otro empeño del gobierno. Hasta el intento del primer ministro Stolipin de disolver las comunidades aldeanas a partir de 1907 era un programa gradualista diseñado para fortalecer a los terratenientes, no para minar sus fuerzas. Sin embargo, el Estado solo podía influir en la evolución de la sociedad rusa, no dirigirla. Las factorías brotaban y los bancos e instituciones financieras crecían, aun cuando las disposiciones del gobierno les dificultaban el camino. Los proyectos estatales de desarrollo creaban ciudades enteras y nuevas industrias, que una administración cada vez más arcaica era incapaz de dirigir de acuerdo con las líneas que la política demandaba. Las ciudades modernas con periódicos y líneas de tranvía, restaurantes e instituciones culturales juveniles potenciaron formas de vida desconocidas en la vieja Rusia, básicamente idénticas a las de Europa occidental y Estados Unidos. Hiciera lo que hiciera el gobierno, Rusia se iba modernizando lenta pero inexorablemente.

La fuerza impulsora de los cambios en la sociedad rusa fue la industrialización. Ya después de la Guerra de Crimea, la industria textil en Rusia central –en Moscú y las ciudades circundantes– florecía y empleaba en su mayor parte equipamiento moderno: telares accionados por vapor y otra maquinaria. A la cabeza de aquella industria había una serie



de hombres de negocios, en su mayor parte de origen campesino y muchos de ellos Viejos Creyentes. Algunas familias de las comunidades de la antigua fe, como los Morózov, los Riabushinski y los Gushkov, construyeron fábricas en Moscú y otros lugares próximos. Su fiel adhesión a las introspectivas, y ocasionalmente xenófobas, variantes de las viejas creencias no les impidió adquirir maquinaria inglesa y alemana, ni contratar a extranjeros para hacerlas funcionar y enseñar a manejarlas a sus trabajadores. Los fundadores de estas grandes dinastías industriales habían pasado del campesinado o el comercio a pequeña escala a poseer fábricas y bancos en la década de 1840. Se encargaron de que sus hijos –e hijas– aprendieran otros idiomas y cosas sobre el mundo moderno, incluyendo la nueva tecnología. Si bien es cierto que los Viejos Creyentes probablemente fueran los industriales y banqueros más ricos de Moscú, los comerciantes ortodoxos, como los Tretiakov, también ascendieron: pasaron de ser tenderos de provincia a poseer plantas textiles en Moscú, Kostroma y otros sitios. El mundo de los negocios en San Petersburgo era más cosmopolita, ya que junto a los rusos (en su mayoría ortodoxos) había alemanes, ingleses, suecos (como la familia Nobel) y el banquero y barón judío Horace Ginzburg. Los hombres de negocios de San Petersburgo se centraban más en la metalurgia y las nuevas tecnologías, así como en las finanzas y un floreciente comercio de importación-exportación. Pronto surgieron nuevos centros en el sur, las provincias bálticas y Polonia. En Polonia, la mayoría de los fabricantes eran alemanes o judíos, mientras que en el sur de Rusia los hermanos Poliakov, judíos, reyes de los ferrocarriles y con el tiempo banqueros, llegaban a acuerdos con nobles rusos y

polacos en el negocio del azúcar de remolacha. En el sur, el galés John Hughes fundó Iuzkova, el primer centro metalúrgico de importancia en la cuenca del río Don, una zona con carbón y hierro que acabó llamándose la Donbás. Hoy es conocida con el nombre de Donetsk y pertenece a Ucrania.

En los primeros años tras la emancipación, no obstante, la industria textil era la más próspera con diferencia. Los fabricantes textiles de Moscú eran un grupo pintoresco, en el que Viejos Creyentes y ortodoxos se movían codo con codo con nobles reconvertidos en empresarios. Muchos de ellos gestionaban sus fábricas con marcado paternalismo, construyendo alojamientos baratos, lugares de entretenimiento y colegios. Timofei Morózov era uno de ellos, un seguidor de la antigua fe que manejaba su negocio prácticamente solo y con mano de hierro. Su fábrica era famosa por la gran calidad de sus productos, hechos con maquinaria inglesa y (hasta finales del siglo) algodón importado. Junto a la vivienda y las diversiones habituales, proporcionaba atención médica y diversas formas de bienestar a sus trabajadores. Combatió incansable los hábitos de bebida de la clase obrera, tanto por motivos religiosos como por la convicción de que los obreros borrachos o con resaca eran incapaces de realizar un trabajo de alta calidad. Morózov estaba anclado en el viejo mundo y su patronazgo cultural se remontaba a la historia y la cultura de Rusia antes de Pedro. Tenía muchas conexiones con los esclavófilos, cuyas publicaciones recibían jugosos subsidios de los hombres de negocios moscovitas. No le sirvió de nada cuando el mercado textil se contrajo bruscamente a comienzos de la década de 1880: él respondió recortando los salarios y exigiendo más de

sus trabajadores. Estos respondieron con revueltas y destrucción en enero de 1885: una de las primera grandes huelgas de la historia de Rusia. La era del paternalismo tocaba a su fin, aunque su hijo Satva intentó preservarlo durante 20 años más. Finalmente, la gestión de la empresa, como la de muchas otras, pasó a manos de ingenieros y a los niveles medios de gestión, reemplazando el estilo personal de los hombres de negocios más viejos.

Por importante que fuera la industria textil rusa, dependía de equipo importado y no resolvía el problema global del desarrollo económico. Los resultados de la Guerra de Crimea habían dejado claro al gobierno que había que hacer algo. Mientras el Estado avanzaba hacia la emancipación del campesinado, impulsaba un programa masivo de construcción de vías férreas. Los ferrocarriles fueron las infraestructuras clave del siglo XIX, al aportar servicios de carga y transporte esenciales para la industrialización. En un país con inmensas distancias y recursos dispersos en miles de kilómetros, todavía eran más necesarios. Sin ferrocarriles, Rusia no podía incorporarse al mundo moderno. El centro de estos esfuerzos estuvo en el Ministerio de Finanzas, especialmente durante la dirección de Mijaíl Reutern (1862-1877), un noble báltico alemán que había trabajado a las órdenes del gran duque Konstantín Nikoláyevich. Reutern se enfrentaba a un difícil problema, porque la Guerra de Crimea había dejado al Tesoro en estado precario y el acuerdo de emancipación exigía más inversiones. Aunque por principios era partidario de la industria privada, era consciente de que Rusia carecía de capital. Reutern y la mayoría de los progresistas del gobierno estaban convencidos de que la vías férreas eran vitales, y que se podían hacer

mediante la iniciativa privada con una provisión adecuada de capital. Los predecesores de Reutern habían recurrido al Credit Mobilier, que fundó una gran compañía para construir ferrocarriles en Rusia. Resultó un costoso desastre. Solo a partir de 1866 comenzó el auténtico auge, esta vez con financiación rusa en el centro de operaciones. El Tesoro ruso siguió ofreciendo garantías y, en ocasiones, subsidios directos, frecuentemente mantenidos en secreto de cara al público, pero la mayor parte de la iniciativa y del capital provenían de manos privadas.

Como no es de extrañar, los inversores privados provenían de las filas de hombres de negocios con buenos contactos, y a menudo eran funcionarios del gobierno. Algunos, como los ruso-alemanes P. G. von Derviz y A. F. von Meck, abandonaron el servicio al gobierno para dedicarse al ferrocarril. Los caudales de otros procedían de la explotación de monopolio estatal sobre el vodka. Este había generado enormes fortunas y aportado buena parte del capital privado a la inversión, así como los cruciales contactos en el gobierno.

El gran «rey del ferrocarril» de la época, Samuel Poliakov, había comenzado su carrera en el monopolio del vodka en su ciudad natal de Orsha, en la zona de asentamiento judío. Gracias a esta actividad, entró en contacto con el conde J. M. Tolstói, efímero ministro de Correos y Telégrafos. Poliakov dejó el negocio del vodka para convertirse en contratista de obras, trabajando en diversos proyectos de tendido de vías férreas bajo el patrocinio de Tolstói. En la década de 1870 era famoso en toda Rusia por la velocidad y eficiencia (aunque no siempre la calidad) de su trabajo, y obtuvo lucrativos contratos del ejército durante la

Guerra Ruso-Turca. El judío Poliakov tenía abundantes rivales cristianos, así como socios, que eran fabricantes de tejidos de Moscú, banqueros y toda una variedad de grandes aristócratas. La creación de líneas de ferrocarril era, obviamente, una tarea que implicaba la colaboración entre el mundo de los negocios y el gobierno, por lo que cada constructor ferroviario tenía sus patrocinadores y agentes pagados en la administración. Como ocurría en otros países (Francia y Estados Unidos, por ejemplo), la rápida expansión del ferrocarril, la maravilla tecnológica de la época, era también la mayor impulsora de la corrupción. Para complicar más las cosas, el capital extranjero seguía siendo decisivo. Entonces entraba en juego el gobierno, ofreciendo garantías para tranquilizar a los inversores franceses, alemanes y belgas. Aunque el Estado era virtualmente garante y regulador de todas las compañías ferroviarias, hasta la década de 1890 la mayoría de las vías férreas rusas permanecieron en manos privadas.

Se necesitaban grandes cantidades de hierro, acero y carbón. Rusia contaba con mineral de hierro y carbón, pero con pocas instalaciones en las que procesarlos. La industria siderúrgica de los Urales se había quedado anticuada – técnicamente atrasada– y era insuficiente para satisfacer las demandas rusas. El gobierno aprobó una política de tasas, que permitía la importación de raíles, rodaduras y materiales industriales con aranceles muy bajos. Esto animó a las plantas metalúrgicas, como la fábrica Putilov en San Petersburgo, a producir raíles y otros equipamientos con chatarra metálica importada y arrabio a precios bajos. En la década de 1890, Rusia iba camino de ser una sociedad industrial.

La ingeniería fue una parte importante de ese desarrollo.

Sin embargo, Rusia carecía de escuelas de ingeniería modernas. La única institución de este tipo era el Instituto de Minería, que databa de tiempos de Catalina la Grande. Tales escuelas pertenecían a la jurisdicción del Ministerio de Finanzas, la principal agencia gubernamental detrás del desarrollo económico desde la Guerra de Crimea en adelante, que no tardó en potenciar la formación en ingeniería. El Instituto Tecnológico de San Petersburgo, fundado en 1828 como escuela comercial y bautizada en honor del zar Nicolás I, se reorganizó en la década de 1860 bajo el rector Ilyá Chaikovski (padre del compositor), convirtiéndose en un centro de ingeniería moderna. Se abrieron institutos similares en Riga (1862) y Járkov (1885), y las escuelas de comercio más antiguas fueron reformadas con arreglo al modelo de San Petersburgo. El final del siglo fue testigo de otra oleada de fundaciones. Los institutos politécnicos de Varsovia y Kiev nacieron en 1898, seguidos por otro en Tomsk, Siberia, en 1900. El Instituto Tecnológico de San Petersburgo se centraba en la ingeniería mecánica y química, y no abordaba muchas de las emergentes especialidades que habían empezado a desempeñar un papel creciente en la era industrial. El joven Abram Ioffe, el futuro artífice de la física soviética, consideraba su departamento pequeño y anticuado. En 1899, el ministro de Finanzas Sergéi Witte y el hoy mundialmente famoso químico Dmitri Mendeléyev crearon un centro más, el Instituto Politécnico de San Petersburgo. Allí, los estudiantes podían especializarse en electrónica, ingeniería naval, metalurgia, física y hasta economía. Después de estudiar en Alemania, Ioffe se trasladó al nuevo instituto, una decisión cargada de significado en años posteriores. Rusia preparaba cada vez a más ingenieros capaces de trabajar junto

con los extranjeros, hasta entonces tan presentes en la construcción de ferrocarriles, puentes y fábricas de Rusia.

La agricultura rusa no se mantuvo a la altura de la industrialización. El Estatuto de Emancipación cargó sobre sus hombros el pago de la redención, mientras conservaba la estructura aldeana que había existido durante la servidumbre. Ahora los campesinos no eran dueños de sus tierras, que eran propiedad de la comunidad. Para abandonar la aldea, el campesino tenía que obtener el permiso de dicha comunidad, lo que en la práctica significaba de los ancianos de la misma. La aldea, no el campesino, era responsable de los pagos de redención e impuestos. Los campesinos más acomodados podían poseer tierras o alquilarlas, y así lo hacían, fuera de las asignadas a la aldea. Sin embargo, la gran masa del campesinado sobrevivía tan solo de la tierra propia de la aldea, que aún se redistribuía ocasionalmente al crecer o desaparecer las familias.

Las explotaciones agrícolas rusas eran mucho menos productivas que las europeas o las norteamericanas. El fertilizante químico era desconocido, el natural era inadecuado, y la maquinaria, una rareza confinada a las propiedades de los terratenientes. El campesinado, demasiado pobre y esquilado en exceso por los pagos de redención y alquiler, no lograba acumular los recursos necesarios para modernizar las explotaciones. La nobleza, a excepción de la gran aristocracia, fue incapaz de salir de la rutina habitual. Solo en unas pocas áreas favorecidas, como Ucrania y el sur, pudo desarrollarse una agricultura más moderna, gracias a cultivos como la remolacha azucarera y a la cercanía de puertos para la exportación de cereales. Allí aparecieron máquinas en unas cuantas grandes propiedades, junto con

métodos más modernos de rotación de los cultivos. En casi toda Rusia, las comunidades aldeanas fomentaban la agricultura tradicional y la mayor parte de las cosechas se quedaban en la aldea para alimentar a los campesinos. Sin embargo, el crecimiento de las ciudades y la red de ferrocarriles ofrecían un mercado mucho más amplio que el que existía anteriormente. En el centro y el norte de Rusia, los campesinos se dedicaron a la cría de vacas de leche y cereales más rentables, como la avena, para abastecer a los nuevos y florecientes mercados. El *Transiberiano* orientó al campesinado de la región hacia la exportación en masa de mantequilla y otros productos lácteos a la Rusia europea. En 1914, los campesinos siberianos era tan prósperos que las empresas norteamericanas habían abierto docenas de almacenes en la zona para la venta de maquinaria agrícola, algo inimaginable al oeste de los Urales. El cultivo hortícola se extendió en torno a las ciudades y algunas, antes remotas, acabaron absorbidas por el aparentemente ilimitado mercado de exportación para el grano. En estas áreas hizo su aparición una capa de campesinado mejor situado, con contactos en el mercado y prácticas ligeramente más modernas, y estos campesinos fueron rápidamente denominados «kulaks», ‘los primeros’, por sus vecinos. No obstante, las regiones de tierra negra del sur, potencialmente la más rica de Rusia, permanecieron en manos de campesinos empobrecidos, que aplicaban métodos muy antiguos, consumían lo que producían y miraban anhelantes hacia las gigantescas propiedades de los terratenientes que les rodeaban.





Ilustración 11. Jóvenes campesinas rusas en torno a 1900.

Las aldeas rusas, incluso las más prósperas, vivían con unos estándares desconocidos desde hacía décadas en Europa. Las casas de los campesinos eran pequeñas, normalmente viviendas de una sola habitación sin chimenea –el humo salía a través de un agujero en el techo o una ventana abierta–, y el ganado compartía el espacio durante el invierno. Convivían varias generaciones. La suciedad, el hacinamiento y la simple ignorancia imponían una higiene de nivel medieval. No es sorprendente que proliferaran el tifus, la tuberculosis, la disentería y hasta la malaria. La sífilis era endémica en las áreas en las que muchos campesinos varones trabajaban en las

ciudades. La viruela era imposible de erradicar: el número de vacunadores era ridículo y muchos campesinos se ocultaban de ellos en los bosques, convencidos de que la vacunación era la marca del anticristo. En los años centrales del siglo XIX, la mortalidad infantil ascendía al 40 por 100, aunque descendió perceptiblemente en 1914. Los tejidos caseros iban cediendo paso a las telas de producción industrial, pero la mayoría de los campesinos usaba ropa hecha en casa y calzado tradicional de corteza de abedul. El alcoholismo y el consumo abundante de alcohol eran la norma: en muchas aldeas, los comités no se reunían los domingos porque la población masculina estaba demasiado borracha como para entregarse a profundas deliberaciones. Los maridos pegaban habitualmente a sus mujeres. Los valores tradicionales, centrados en la religión y la sabiduría popular, eran intocables. La práctica religiosa se limitaba solo a la liturgia dominical, rara vez complementada por una breve homilía pronunciada por el sacerdote. Pocas cosas podían cambiar, dado que la inmensa mayoría de los campesinos eran analfabetos. Alrededor de 1900 empezó a dejarse sentir el efecto del lento incremento de la educación. La generación más joven de las aldeas empezó a ser alfabetizada en gran número. Aparecieron pequeñas bibliotecas rurales, que no tardaron en contar con una considerable asistencia. Los *zemstvos* dedicaron los escasos recursos a la atención sanitaria y la educación, y la vacunación comenzó a hacer cierta mella en los altos niveles de enfermedades y mortalidad en 1914.

La mayor transformación en la sociedad campesina fue consecuencia del enorme aumento de la migración de las aldeas, tanto permanente como temporal. Las fábricas de San Petersburgo y la región de Moscú atraían más y más hombres

y mujeres (muchos de los obreros del textil eran mujeres). La rápida expansión del ferrocarril y las ciudades, grandes y pequeñas, supuso una enorme demanda de mano de obra para la construcción y otros trabajadores estacionales. En 1900 muchas áreas de la Rusia rural eran «reinos de mujeres» durante gran parte del año, ya que los hombres iban a trabajar al norte, en las fábricas y la construcción, y al sur en los latifundios. A pesar de que la producción por cabeza de grano aumentó paulatinamente a partir de 1861, no bastó para impedir hambrunas periódicas, como los catastróficos sucesos de 1891. El fomento oficial de la exportación de grano no fue precisamente de ayuda. El campesinado seguía siendo pobre y estaba convencido de que su pobreza era resultado de una distribución desigual de las tierras. La nobleza terrateniente fue disminuyendo, lenta pero implacablemente, tras la emancipación. No obstante, en 1913, alrededor de la mitad de las tierras pertenecían aún a unas pocas decenas de miles de familias. La otra mitad era propiedad –gravada por los pagos de redención– de unos 120 millones de campesinos.

#### LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

En la década de 1890 se produjo un enorme auge que hizo mucho por transformar la industria rusa, si no la totalidad del país. Por primera vez, la industria pesada empezaba a ponerse a la altura de la textil y otras industrias ligeras. Donbás se convirtió en un área clave de carbón y acero, mientras que en San Petersburgo se instalaban más y más empresas al servicio de una economía moderna. Fue el periodo dorado de la tecnología de los metales, no solo en Rusia, sino en todo el mundo. Las plantas metalúrgicas de San Petersburgo fabricaban la mayor parte de las

innumerables piezas de las que se componían los motores a vapor de las locomotoras y las bicicletas, los samovares y las estufas de leña. Las tecnologías más novedosas solían estar representadas por ramas de compañías europeas o norteamericanas, como la alemana Siemens-Halske, que fabricaba motores eléctricos para el mercado ruso. Los intereses petroleros de Nobel, que producía queroseno a partir de petróleo de Bakú, y la fábrica de motores diesel Nobel en San Petersburgo fueron otros ejemplos. En las industrias tradicionales y la banca, predominaban los empresarios rusos, aunque los pintorescos pioneros de la década de 1860 empezaban a morir y a ser reemplazados por corporaciones y fondos de inversión, más impersonales. Algunos de sus hijos continuaron con los negocios, otros se convirtieron en mecenas del arte o dilapidaron su herencia en Montecarlo.

El auge de la década de 1890 fue producto de los ciclos económicos, no de la política del gobierno, pero el Ministerio de Finanzas a las órdenes del conde Witte le prestó ayuda. Witte era un personaje de peso en el gobierno, tenía una mayor visión a largo plazo que sus colegas y era enérgico hasta la exageración. Heredó una nueva tasa proteccionista de su predecesor y la aplicó rigurosamente con el beneplácito de los hombres de negocios rusos. En 1897 incorporó a Rusia al patrón oro, un gesto que fortaleció enormemente su posición económica internacional. A la vez, Witte no era un defensor de la libertad de empresa ilimitada: durante su estancia en el cargo, el gobierno se hizo responsable de la mayor parte de los ferrocarriles privados. De hecho, su principal logro fue la implicación estatal en el *Transiberiano*, iniciado en 1891. La contribución de Witte fue proponer un plan general para el

tendido, tomando en consideración la totalidad de la región, los problemas de abastecimiento y construcción. El zar aprobó de inmediato su propuesta. En 1905 estaba prácticamente terminado, aunque con vía única en algunos tramos y un defecto que estuvo a punto de ser fatal: Witte tendió la línea a través de Manchuria, en vez de permanecer dentro de las fronteras rusas, y con ello provocó el ataque japonés de 1904.

En 1900, Rusia experimentó su primera gran recesión tras el progreso industrial. Fundamentalmente, se trató de una quiebra del mercado de valores y una crisis financiera, que afectó al complejo del metal y el carbón más que a ningún otro. La respuesta de la industria (con el respaldo del gobierno) fue la creación de conglomerados y fideicomisos para regular la producción. Los inversores franceses, muy presentes en este sector de la economía rusa, apoyaron también esta redistribución de la industria. Las industrias ligeras, textiles, de alimentación y bebidas y otros negocios orientados al consumidor, se vieron mucho menos perjudicados por la recesión y continuaron creciendo. La Revolución de 1905, naturalmente, trastornó la producción al igual que la política. Cuando el gobierno recuperó su autoridad en 1907, la recesión llegó a su fin y volvió la prosperidad.

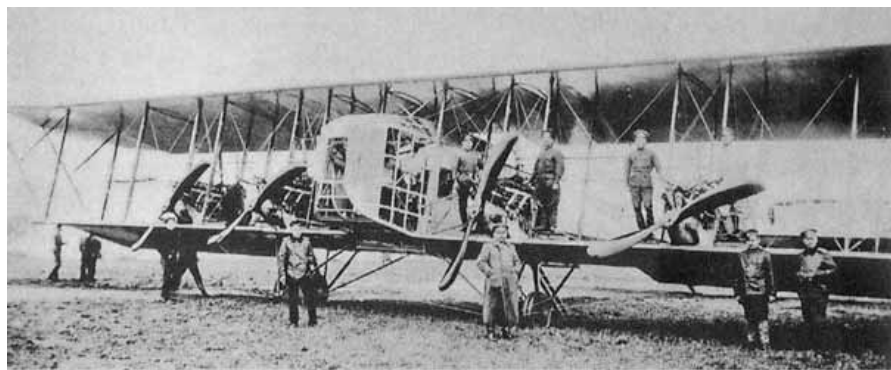


Ilustración 12. El *Ilya Muromets*, diseñado por Ígor Sikorski para las fuerzas aéreas rusas en 1914. Fue el primer cuatrimotor de éxito.

Además, los últimos años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial fueron testigos de una modernización de la vida urbana. Las ciudades, también las pequeñas, alojaban ya a alrededor del 15 por 100 de la población. El teléfono, los vehículos a motor, los tranvías, los medios de comunicación de masas, la publicidad y los inicios del cine convirtieron a las ciudades rusas en centros modernos. No solo San Petersburgo, sino también Moscú, Varsovia, Odesa y Kiev se transformaron en urbes modernas. Donde antes había viejas casas con jardines arbolados, que aún predominaban en las partes más tradicionales de Moscú, se alzaron grandes bloques de apartamentos. Abrieron tiendas de lujo, y no tan lujosas, que ofrecían la última moda de París o Viena. Se inauguraron restaurantes, cafés y ho teles, que se erigieron en importantes núcleos sociales, en sustitución de los clubes aristocráticos del pasado. En las calles hicieron su aparición los automóviles y en 1914 ya había un gran interés entre el público por el transporte aéreo. Organizaciones como los Boy Scouts arraigaron en las principales urbes. San Petersburgo, Odesa, partes de Moscú y algunas ciudades

industriales diferían solo en grado de sus homólogas europeas.

Era la aldea rusa, todavía en gran medida sin modernizar, por no decir inmutable, lo que hacía que Rusia permaneciera atrasada según los estándares europeos, e incluso asiáticos. A partir de 1907, el primer ministro Stolipin impulsó su plan de crear agricultores independientes de las comunidades aldeanas, de acuerdo con el modelo europeo, y algunos campesinos aprovecharon la oportunidad. En su mayoría, acogieron el programa con implacable hostilidad. El número que optó por las explotaciones independientes fue demasiado pequeño como para producir un efecto sustancial para la fecha en la que estalló la guerra. Un cambio más prometedor para la vida rural fue la emigración del campesinado a Siberia y la estepa kazaja de Asia central. Allí los campesinos se independizaron por su cuenta, sin conflictos con las comunidades preexistentes, aunque los kazajos nativos no vieron con agrado la pérdida de algunas de sus mejores tierras de pastoreo. En Siberia, la población era mucho menor y estos conflictos eran contados. En vísperas de la guerra, Siberia pareció prosperar por primera vez, no solo como un lugar rico en minas y mano de obra convicta, sino como tierra de asentamientos rurales, industrias en crecimiento y prósperas ciudades. También los Urales crecían rápidamente y empezaba a superar el legado de la obsoleta industria siderúrgica del pasado. Ninguno de estos cambios regionales, no obstante, fue suficientemente extensivo como para alterar el patrón global en Rusia: un mar de agricultura atrasada salpicado de grandes o pequeñas islas de industria y sociedad modernas.

Los cambios económicos a gran escala de las décadas transcurridas entre 1861 y 1914 tuvieron toda clase de

efectos inesperados, o al menos no planificados. El gobierno se aferró al anterior sistema social de clasificación por propiedades –terratenientes, mercaderes, ciudadanos y campesinos–, pero el cambio social lo tornó irrelevante. De hecho, millones de campesinos pasaban la mayor parte de su vida como trabajadores urbanos. Los hombres de negocios provenían de los orígenes más variopintos, no solo de familias urbanas, sino también de la nobleza y el campesinado. La *intelligentsia* contaba con representantes de casi todos los grupos sociales, aunque predominaban los urbanitas (a menudo solo técnicamente nobles). El desarrollo económico redistribuyó el patrón étnico del imperio. San Petersburgo sumó una comunidad judía a otros muchos grupos raciales: unas 35.000 personas (oficialmente) en 1910, la mayor comunidad fuera de la Zona de Asentamiento (Pale). Masas de campesinos y gente de ciudad inundaron las nuevas áreas industriales en el Donbás –rusos, ucranianos, polacos, judíos y muchos otros– dando lugar a una región multiétnica pero rusófona. Los campos petrolíferos de Bakú atrajeron a miles de armenios y georgianos al principal enclave de las provincias azeríes.

La vida de las mujeres cambió, aunque no en la misma medida en todos los niveles de la sociedad. Para las pertenecientes a la nobleza, que tenían ya propiedades mayores que las típicas de la Europa burguesa, la vida seguía igual. Las nobles llevaban una vida aristocrática, apoyaban las carreras en el gobierno o el ejército de sus maridos mediante una inacabable ronda de fiestas y actos sociales, o gestionaban los latifundios de sus esposos ausentes. Sin embargo, muchas mujeres de la nobleza, igual que sus homólogos varones, sacaron partido a las nuevas oportunidades educativas



surgidas en la era de la reforma. Para los hombres, esas oportunidades consistían en un mayor número de plazas en las universidades u otros tipos de instituciones, como las escuelas de ingeniería. En el caso de las mujeres, el cambio fue mucho más radical. A partir de 1858, el gobierno empezó a extender la red de escuelas secundarias para chicas como parte de la expansión general de la educación. En la década de 1880 había ya 50.000 en las nuevas escuelas, y la cifra no dejó de aumentar hasta el siglo xx. Aún más radical fue su acceso a la formación universitaria, vedada a las mujeres hasta que en 1858-1863 se abrieron para ellas. Los temores de los conservadores, incitados en parte por el apoyo con que contaba el naciente movimiento revolucionario de los derechos de la mujer, hizo que el gobierno les cerrase de nuevo las puertas. El vacío resultante fue rellenado por intelectuales liberales, que pusieron en marcha cursos universitarios privados para mujeres jóvenes en 1869. Los conferenciantes solían ser profesores de universidad, que a menudo aceptaban el trabajo extra sin cobrar como parte de su compromiso global por la liberación de la sociedad. La emancipación femenina era una causa importante tanto para los liberales como para los radicales, ya que ambos consideraban la familia patriarcal un reflejo de la autocracia política que dirigía el país. Finalmente, en 1876, el gobierno autorizó cursos para mujeres, que ofrecían una formación universitaria sin titulación, y otros que sí la ofrecían en algunas profesiones como la de maestra y comadrona, consideradas apropiadas para las mujeres. Siempre inconsistente, el gobierno dejó una puerta abierta: las titulaciones extranjeras eran reconocidas en el Imperio ruso. Aquellas mujeres que estudiaban en alguna de las contadas

instituciones europeas (sobre todo suizas) que las admitían, obtenían un título oficialmente reconocido en Rusia. Irónicamente, las mujeres rusas que asistían a las universidades suizas comprobaron que no había suizas en ellas, solo rusas, polacas, algunas jóvenes serbias y de los países balcánicos.

Las nuevas oportunidades educativas no atrajeron únicamente a mujeres de la nobleza. Las hijas de los intelectuales, el clero y las clases medias se unieron a ellas. La transformación de la sociedad urbana rusa generó nuevas profesiones, que las mujeres adoptaron y en las que llegaron a dominar. Además del trabajo médico y la enseñanza a distintos niveles, tanto en la ciudad como en el campo, la que pronto sería la ubicua máquina de escribir creó en las oficinas un nuevo estrato de mujeres jóvenes provenientes de las clases medias. Los teléfonos de la época requerían el uso de conexiones manuales y centralitas, y también encontraron ocupación en este terreno. Estas tendencias eran particularmente marcadas alrededor de 1900 en las ciudades de mayor tamaño, lo que permitió que por primera vez las mujeres rusas de clase media trabajaran fuera de casa.

En cuanto a las clases trabajadoras, la proporción de mujeres en las fábricas pasó de alrededor de un 20 por 100 en la década de 1880 a un 30 por 100 en vísperas de la guerra. En su mayoría, estaban empleadas en plantas textiles y otras industrias ligeras. El rápido crecimiento de las ciudades supuso una gran demanda de mano de obra doméstica en forma de cocineras y doncellas, inevitablemente mujeres. Algunas habían nacido en ciudades pero, al igual que los hombres, en su mayoría emigraron de las aldeas. En estas persistían los patrones familiares: la vida de las mujeres

campesinas varió poco con el paso del tiempo en las áreas en las que la emigración a otros lugares no era significativa. En las ciudades, las obreras tendían a ser más analfabetas que los hombres, recibían pagas inferiores a las de sus homólogos varones y tenían que soportar las indeseadas atenciones de supervisores y capataces. Al final, no obstante, las mujeres de la clase obrera tuvieron su venganza: fueron las mujeres en las filas del pan las que en marzo de 1917 pusieron en marcha la revolución que derribó a la monarquía. Cuando se les unieron sus hombres, la dinastía Romanov llegó a su fin.

En última instancia, la consecuencia social más importante de la creciente industrialización de Rusia fue la aparición, de la clase trabajadora de las fábricas. En el momento de la emancipación, había algo menos de un millón de mineros y trabajadores fabriles, pero en 1913 eran más de tres millones, con tal vez otro medio millón de empleados del ferrocarril y otros transportes. Estos cuatro millones formaban el núcleo de la clase obrera, junto a muchos trabajadores estacionales en la construcción y la agricultura, y alrededor de un millón y medio de empleados domésticos. En un país de unos 180 millones de personas, constituían una pequeña minoría, pero estratégicamente situada. Trabajaban en fábricas que usaban equipamientos cada vez más sofisticados. La elite de la clase obrera, los trabajadores capacitados del metal, desempeñaban tareas de considerable complejidad, como cortar piezas de precisión siguiendo los planos proporcionados por los ingenieros. Estos trabajadores precisaban cierta instrucción, y para todos era esencial romper mentalmente con la rutina de la aldea y adaptarse a la vida en una ciudad.

La vida en la ciudad representaba ya, de por sí, todo un

mundo nuevo para los jóvenes emigrantes del campo. La mayoría eran varones que vivían lejos de sus familias durante años y dormían en barracones montados por los propietarios de las fábricas. Los alojamientos eran infames, pero los gerentes los levantaban porque así mantenían a los trabajadores en la fábrica, dado que el acelerado ritmo de urbanización trajo consigo una escasez permanente de viviendas. Los casados y algunos solteros que se instalaban fuera de las barracas acababan alquilando «rincones», partes de sótanos con particiones hechas a base de cuerda de tender. El saneamiento era mínimo y el hacinamiento en los barrios más pobres de la ciudad convirtió a San Petersburgo en la capital europea de la tuberculosis. Pese a todo, una ciudad ofrecía más que una aldea: entretenimiento en módicos teatros y *music halls*, que durante el verano solían estar al aire libre. Para quienes deseaban mejorar sus conocimientos, existían pequeñas bibliotecas y salones de lectura. Hubo una explosión de literatura popular, y en las calles aparecieron los primeros tabloides e historias de aventuras baratas. Se incrementó la alfabetización de los trabajadores, un 35 por 100 mujeres. En San Petersburgo, las cifras eran de un 74 y un 40 por 100 respectivamente<sup>[1]</sup>. Al mismo tiempo, la falta de una enseñanza generalizada para los trabajadores, más allá de lo elemental, significaba que muchos tenían escasa educación formal, pero una inteligencia penetrante y auténtica sed de aprender.

Si bien el nuevo trabajo rompía la rutina de la aldea, no tardó en establecer la suya propia. Lo normal eran jornadas de 10 o 12 horas de trabajo, con solo el domingo y unas horas del sábado libres. Aunque la paga era escasa, el bajo nivel de capacitación de la mayoría de los obreros suponía

que la mano de obra rusa resultaba onerosa para el empleador a pesar de lo bajo de los salarios. Es probable que las condiciones no fueran drásticamente peores que en Occidente, pero los sindicatos y las huelgas estaban prohibidos, así que era difícil conseguir las menores mejoras. La huelga de 1885 en la fábrica textil de Morózov, cerca de Moscú, impuso una nueva legislación que exigía a los gestores que, al menos, pagaran a sus trabajadores en la fecha acordada. El gobierno apenas supervisaba los lugares de trabajo, e irónicamente el principal resultado de esa supervisión fue el Inspectorado de Fábricas. Tenía poco poder para imponer unas condiciones adecuadas, pero sus voluminosos informes y estadísticas legaron un tesoro a los historiadores.

Estos no habrían mostrado gran interés en los registros de dicha inspección si la clase obrera rusa no se hubiera convertido en vivero de reclutamiento de los revolucionarios. Los populistas de la década de 1870 habían intentado movilizar a los trabajadores, pero sus esperanzas estaban depositadas en el campesinado, no en los obreros. La irrupción del marxismo bajo el liderazgo de Georgi Plejánov desvió el centro de atención. Para Rusia, el marxismo era una importación extranjera, una ideología alemana con raíces totalmente europeas. En su exilio en Occidente, Plejánov observó la creciente fuerza del socialismo marxista en Alemania y se quedó muy impresionado. Armado con una nueva visión del mundo, Plejánov rechazó la herencia de Chernishevski y la ideología populista. Los populistas habían creído que el capitalismo industrial en Rusia era un desarrollo artificial, fruto de la política económica de la autocracia. Una vez derribada esta, pensaron que el capitalismo desa parecería

y los campesinos construirían el socialismo con ayuda de comunidades agrícolas y colectivos artesanales. Como marxista, Plejánov opinaba que el crecimiento económico ruso era inevitable. Quizá no fuera un crecimiento rápido, pero estaba generando una clase trabajadora –el proletariado– que, en palabras de Karl Marx, era «la clase llamada a liberar a la humanidad y la que traería consigo el socialismo». Plejánov y su minúsculo grupo de exiliados permanecieron en Suiza, traduciendo a Marx al ruso y pasando propaganda a Rusia bajo mano.

Fue el crecimiento industrial de la década de 1890 el que concedió su oportunidad a los marxistas. A partir de entonces, su influencia y fuerza fueron en aumento año tras año. En las ciudades más grandes aparecieron grupúsculos marxistas, encabezados por hombres y mujeres jóvenes pertenecientes a la *intelligentsia*, como Vladímir Lenin y Yuli Mártov, que repartían panfletos y organizaban sesiones de lectura para propagar las nuevas ideas. En 1898 consiguieron formar un partido, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Junto a los marxistas, revivió la facción populista en forma de una serie de pequeños grupos comprometidos con una revolución campesina que, en realidad, hacían proselitismo entre los trabajadores. Combinaban la antigua fe en el potencial socialista de las comunidades campesinas con la idea marxista de que los obreros serían los artífices del socialismo en las ciudades industriales. Buena parte de sus actividades se centraban en el terrorismo (que los marxistas rechazaban). En 1901-1902, los populistas lograron fundar el Partido Social-Revolucionario, que rivalizaba con el de los socialdemócratas marxistas.

La industrialización de Rusia había dado a luz nuevas

clases sociales: los hombres que poseían y gestionaban las fábricas y los obreros que trabajaban en ellas. Creó nuevas formas de vida urbana y nuevas oportunidades para las mujeres. En última instancia, también dio lugar a las fuerzas sociales que harían volar en pedazos la sociedad rusa.

[1] En el conjunto de Rusia, en el mismo año, solo un 29 por 100 de los hombres y un 13 por 100 de las mujeres estaban alfabetizados. En la década de 1890, en Francia, Alemania y el norte de Europa, la alfabetización era prácticamente universal tanto en los hombres como en las mujeres. Las cifras rusas solo podían competir con las del sur de Italia, e incluso España iba algo por delante. En 1914, las tasas de alfabetización rondaban un 40 por 100 de la totalidad de la población, con grandes diferencias entre mujeres y hombres.

## La Edad de Oro de la cultura rusa

El desarrollo de la sociedad en el periodo de reformas afectó profundamente a la cultura rusa, tanto al transformar el entorno institucional de la misma como al sacar a la luz nuevos impulsos intelectuales y artísticos. En todas las esferas del pensamiento y la creación, fue la primera gran era de la cultura rusa y la primera en trasladar esa cultura a un público más allá de sus fronteras. En la década de 1880, Rusia se había convertido en parte del mundo, no solo como una importante potencia política sino por su importante contribución a las artes e incluso a la ciencia.

### LA CIENCIA EN LA ETAPA DE LA REFORMA

La ciencia no había florecido en los años de Nicolás I. Si bien las universidades impartían una educación de alto nivel, los profesores solían ser extranjeros y las dotaciones e instalaciones, pequeñas e inadecuadas. La nueva geometría de Lobachevski fue obra de un profesor de provincias aislado, que solo contaba con su propia genialidad, lápiz y papel. Tras la Guerra de Crimea, el gobierno comprendió que el nivel científico del país tenía que mejorar. El Ministerio de Educación se encargó de aportar lo necesario para una expansión de los departamentos científicos, como parte de una mejora general de la educación superior. De igual importancia, o mayor, fueron las iniciativas del Ministerio de Finanzas, en especial la reorganización del Instituto Tecnológico de San Petersburgo. Era crucial una escuela de ingeniería moderna para el programa de industrialización, pero el currículo reformado tuvo un resultado inesperado de trascendencia mundial. El joven Dmitri Mendeléyev se



preparaba para ofrecer un curso de química actualizado y los libros de texto existentes le parecieron insatisfactorios. Empezó pues a escribir el suyo propio, y en su búsqueda de un modo de explicar las relaciones entre los diferentes elementos presentes en la naturaleza descubrió que encajaban en un patrón determinado. La idea de algún tipo de regularidad no era absolutamente nueva, pero Mendeléyev fue más lejos: vio que había vacíos en el patrón y en 1869 predijo que en breve se descubrirían nuevos elementos que cubrirían esos huecos. Los científicos extranjeros no tardaron en comprobar que su predicción era correcta y Mendeléyev se convirtió en el más famoso de los científicos rusos. Su fama se perpetuó en las paredes de las aulas de ciencia en forma de las tablas periódicas de los elementos surgidas de las investigaciones de Mendeléyev.

El proceso mismo de la reforma educativa y el nuevo papel de las ciencias naturales en Rusia había producido un importante hallazgo. Mendeléyev siguió trabajando concienzudamente, no solo en la promoción de la química, sino la educación científica y el desarrollo económico ruso, codo con codo con el gobierno para sacar adelante estas tareas. Otro caso de intersección de los cambios sociales con la ciencia fue el trabajo de Vasili Dokucháyev, creador de la moderna ciencia del suelo o edafología. La percepción de Dokucháyev era que el suelo no podía tratarse simplemente como la capa superior de la roca mezclada con materia orgánica en descomposición, sino como un estrato por derecho propio. Formado en geología y mineralogía, llegó a esta conclusión mientras supervisaba los distritos de tierra negra del sur de Rusia para la Sociedad Económica Libre, un proyecto explícitamente pensado para ayudar a la agricultura

rusa. El Ministerio de Finanzas contribuyó a financiar otras sociedades científicas y tecnológicas, en un esfuerzo por despertar mayor interés entre el público y canalizarlo en direcciones que potenciaran la industrialización.

El lugar alcanzado por la ciencia rusa en estos años no obedeció solo a la fama de Mendeléyev, sino a la posición, modesta pero sólida, de docenas de luminarias menores en muchos campos especializados, nuevos y viejos, de la química, la física y la biología. La otra razón de los avances científicos fue su inmensa popularidad entre los intelectuales de la era de la reforma. Para la gente educada, las ciencias naturales parecían ser un modelo de racionalidad y pensamiento progresista. Debatían acerca de si los experimentos sobre el sistema nervioso de las ranas realizados por el fisiólogo Iván Séchenov demostraban o no la existencia del alma, una cuestión que, en opinión de Séchenov, iba mucho más allá de las posibles implicaciones de su humilde trabajo. Darwin era tremendamente popular en Rusia, aunque el «darwinismo social» jamás llegó a encajar. Parte de la popularidad de Darwin se debía al desinterés por parte de la Iglesia en argumentar los detalles de la biología o la versión bíblica de la creación. En Rusia, las obras de Darwin fueron aprobadas por el Ministerio de Educación en cuanto aparecieron, incluso antes de que fuera traducido al ruso. El ambiente del momento, así como la política del gobierno, se combinaron para elevar con rapidez el nivel de actividad científica en el país.

Si bien la política gubernamental fue decisiva para la aparición de las ciencias de altura mundial en Rusia, su relación con las artes fue más complicada. Para los escritores, la relajación de la censura fue crucial, pero el fin del

mecenazgo de la corte supuso un cambio no menos grande. Los pintores también se beneficiaron del nuevo ambiente social, al convertirse los hombres de negocios millonarios en los patrocinadores básicos para los artistas. El caso de la música resultó más complicado, ya que los principales teatros de ópera y ballet estaban en manos del Ministerio de la Corte, mientras que las sociedades filarmónicas y los conservatorios funcionaban con una financiación y un control mixtos, privado y estatal.

El entorno social e institucional de las artes fue solo una de las facetas de la historia de la edad de oro rusa. Clave para el periodo fue también el intento de prestar atención a la historia de Rusia, a su política, sus problemas del momento y su lugar en el mundo de la cultura y las ideas. Los intelectuales liberales y posteriores historiadores soviéticos retrataban con regularidad a casi todas las figuras culturales como «democráticas» o «críticas», pero esta descripción solo se ajustaba a algunos de ellos. Chaikovski era un admirador de la autocracia, como lo era Dostoievski, y ambos compartían un sano desprecio por la democracia liberal. Quizá el único personaje de fama internacional que encajaba plenamente en el modelo liberal fuera Turguénev. Probablemente sea fútil explorar las inclinaciones de la mayoría de los grandes artistas, ya que muchos de ellos eran demasiado idiosincrásicos como para clasificarlos. Puede que el ejemplo más llamativo quizá sea el de Tolstói, y no solo en su fase posterior de anarquista cristiano. Lo que todos tienen en común es la creación de obras que pasaron a formar parte permanente de la cultura rusa, y en el caso de los escritores y compositores, de la totalidad de la cultura occidental de nuestros días.

Los músicos eran quienes tenían una base más débil sobre la que trabajar, y aun así produjeron en unas pocas décadas una enorme cantidad de música nueva, mucha de ella parte del repertorio mundial de nuestros días. Antes de la Guerra de Crimea, Glinka había sido prácticamente el único compositor conocido, un aficionado procedente de la nobleza que se labró un nombre con la ayuda del salón Wielhorski y la gran duquesa Elena Pavlovna. Esta desempeñaría también un gran papel en la introducción de la educación musical profesional en Rusia, como protectora de Antón Rubinstein. Rubinstein era hijo de un hombre de negocios judío de Ucrania que se convirtió al cristianismo y se mudó a Moscú en la década de 1830. La profesora de música de sus hijos reparó de inmediato en el inmenso talento de Antón al piano. Llevó al muchacho y a sus padres a Berlín, donde fue aclamado como un niño prodigio y obtuvo una sólida formación musical y el favor de Mendelsohn y List. A la muerte de su padre, el joven Antón disponía de pocos recursos y regresó a San Petersburgo. Allí, los Wielhorski le presentaron a Elena Pavlovna, que le convirtió en su pianista personal, un puesto creado para proporcionarle algunos ingresos. A finales de la década de 1850, Rubinstein, ya mundialmente famoso, convenció a su patrocinadora de que Rusia necesitaba una auténtica escuela de música. En 1861 abrió sus puertas el Conservatorio de San Petersburgo, enfrente del Teatro Marinski, donde aún permanece. El respaldo de Elena Pavlovna garantizó la financiación por parte del Estado de la nueva institución. Desde el principio, Rubinstein la dirigió con puño de hierro, exigiendo profundidad en el estudio y muchas horas. Mientras fue el director, del Conservatorio de Moscú salieron muchos

músicos destacados. El más importante sería Piotr Chaikovski, uno de los primeros alumnos de Rubinstein. Cuatro años más tarde, surgió un conservatorio similar en Moscú dirigido por el hermano menor de Antón, Nikolái, también pianista y compositor de talento, aunque no a la altura de su hermano. Durante la estancia en Berlín de Antón, Nikolái se quedó en Moscú, entablando amistad de por vida con los futuros líderes industriales moscovitas, los hermanos Tretiakov, y Nikolái Alekséyev. El Conservatorio de Moscú carecía de financiación estatal significativa y los hombres de negocios tuvieron que prestar su ayuda para superar la crisis, un nuevo tipo de mecenazgo para el arte ruso. El Conservatorio de Moscú llegó a estar lo suficientemente saneado para contratar a Chaikovski como uno de sus maestros (1867-1877) en sus años de maduración como compositor.

Los hermanos Rubinstein y Chaikovski constituían uno de los dos círculos musicales activos en Rusia desde la década de 1860 a la de 1880. El otro grupo importante, con sede en San Petersburgo, estaba compuesto por cinco compositores: Mili Balákirev, César Cuí, Modesto Músorgski, Nikolái Rimski-Kórsakov y Aleksandr Borodín. Se trataba de un grupo curioso: Balákirev era un caballero aficionado como Glinka, mientras que Cuí y Músorgski eran oficiales militares. Músorgski dejó el ejército por la música (tuvo que aceptar puestos en la burocracia civil para ganarse la vida), mientras que Cuí continuó siendo ingeniero de fortalezas, ascendiendo a general antes de su muerte. Borodín era hijo ilegítimo de un príncipe georgiano, de profesión químico, que daba clases en la Academia Médica y realizó algunos descubrimientos en su campo. Rimski-Kórsakov, antiguo oficial de la marina,

visitó Nueva York con la flota rusa en 1864, un gesto de apoyo a la Unión realizado por el zar durante la Guerra Civil norteamericana.

Ningún miembro del círculo tenía educación musical formal, por lo que no es de extrañar que su relación con Rubinstein y el Conservatorio de Moscú fuera hostil. La hostilidad fue azuzada por su principal defensor entre los críticos de música de la época, Vladímir Stásov (1824-1906). Stásov trabajaba en la biblioteca pública de San Petersburgo, pero no tardó en ganarse un nombre como comentarista de música y artes visuales. Hijo de un conocido arquitecto, había viajado por Europa y era un gran erudito en la música y la pintura de la época. En ambos terrenos, sus preferencias estéticas eran simples. Detestaba cualquier resto de clasicismo, condenaba toda la pintura posterior a 1500 y la mayor parte de la música del siglo XVIII. Despreciaba la ópera italiana, incluso a Verdi, por su adhesión a las convenciones del aria, el dueto y los coros, así como lo insustancial de sus argumentos. Otro rasgo descalificador era su inmensa popularidad entre el público aristócrata de Rusia desde la década de 1830 en adelante. Desde el punto de vista de Stásov, representaba una muestra de la ignorancia de la aristocracia y su amor por montar espectáculos. Él era partidario de las formas libres, capaces de expresar la auténtica naturaleza de los seres humanos, su mundo interior y su lugar en la sociedad, de modo que creía que el arte había de ser realista y nacional. Eso significaba cierta predilección por la música de programa y sus héroes europeos eran Berlioz, Liszt, Chopin y Schumann. Formulaba sus opiniones con ingenio, grosería, salvajes ataques personales salvajes e insultos cuando podía, pero su inteligencia estaba fuera de toda duda.

Sus grandes enemigos eran Wagner, la tradición clásica europea (que él identificaba como herencia de Mendelsohn), Antón Rubinstein y el Conservatorio de Moscú. Este era el objetivo prioritario de su odio, porque pensaba que conservaría la forma clásica tradicional en la música e instauraría el predominio de la música alemana en Rusia. No de la «verdadera» música alemana, como la de Beethoven o Schumann, sino un cosmopolitismo a la europea.

Por fortuna, el círculo de Balákirev, conocido con el nombre de «Grupo de los Cinco» o «Los Cinco», en origen un epíteto despectivo, no era tan combativo ni tan rígido como Stásov. Tenían sus propias opiniones desarrolladas bajo el liderazgo de Balákirev, el principal mentor del grupo al principio, y posteriormente basadas en las obras de Cuí y los demás compositores. No estaban tan enamorados de los temas rusos como Stásov: Balákirev y Músorgski escribieron desde el principio música de programa y canciones de temática no rusa. Cuí en particular era un «nacionalista» muy extraño. Hijo de una noble polaca y un oficial francés que se quedó en Rusia después de 1812, había nacido en Vilno. La formación musical la había obtenido del compositor polaco Stanislaw Moniuzsko. No obstante, la atmósfera de la década de 1860, no menos que los ataques de Stásov, favoreció el interés por el folclore ruso y la música orquestal sobre temas rusos.

Los temas escogidos reflejaban, en términos generales, las inquietudes de la década de 1860. El uso de la música folclórica se correspondía con el interés por el campesinado, que fue el sello de la etapa de emancipación. Recurrían a los momentos clave de la historia rusa y las eternas cuestiones sobre el papel de los zares, sus objetivos y su efecto sobre

Rusia. Incluso en la ópera, en la que estaba prohibido retratar a figuras históricas de la dinastía Romanov, presentaban el pasado en toda su complejidad. La primera ópera de éxito de Rimski-Kórsakov, *La dama de Pskov* (1873), abordaba las paradojas del reinado de Iván el Terrible y el mayor logro de cualquiera de los cinco; *Borís Godunov*, de Músorgski (1868-1874), se atuvo a la obra teatral de Pushkin para presentar a un zar destruido, junto con su país, por la ambición y el ansia de poder. Aprovechó los sucesos de la revuelta de los mosqueteros de 1582 para mostrar el fin de la vieja Rusia y al amanecer de la nueva en su segunda ópera, *Kovanshchina*. No se trataba de textos políticos, ya que Músorgski no era un radical, pero sí eran un reflejo de las dolorosas preocupaciones de la época, lo que las hizo ganar posteriormente el calificativo de «críticas». Las innovaciones de Músorgski en la armonía y otras áreas le harían acreedor de una gran fama en el siglo xx, pero durante su vida las óperas tuvieron un éxito moderado y murió alcoholizado antes de que consiguiera terminar *Kovanshchina*.

Del resto de los cinco, el de mayor éxito fue sin duda Rimski-Kórsakov, que acabó uniéndose al Conservatorio de Moscú. Aprendió por sí mismo contrapunto y orquestación, convirtiéndose en uno de sus más sobresalientes maestros. Su serie de óperas inspiradas en historias y el folclore rusos constituían el soporte principal del repertorio operístico ruso. La ópera de Borodín *El príncipe Ígor* y su música basada en temas de Asia central le granjearon un puesto permanente en el repertorio mundial, y sus sinfonías y otras músicas siguieron siendo populares en Rusia. Balákirev, de personalidad compleja aunque carismática, sufrió una crisis mística en la década de 1870 y dejó de escribir. Solo volvió a



hacerlo en la década de 1880. Su enfoque religioso y conservador le granjearon el patrocinio de la corte de Alejandro III. Balákirev recibió el cargo de director del coro de la Capilla Imperial.

Cuí escribió mucho, incluyendo artículos sobre la música rusa en francés, pero su extenso trabajo musical no le aseguró un público. Como muestra la incorporación de Rimski-Kórsakov al Conservatorio de Moscú, los cinco fueron moderando gradualmente su beligerancia hacia los «cosmopolitas» a lo largo de las décadas, y la vida musical se volvió menos controvertida. Nikolái Rubinstein contribuyó al proceso, y hasta Staso tuvo que retraer un poco sus garras, aunque su hostilidad hacia Chaikovski perduró hasta el fin de sus días.

El círculo de Balákirev tuvo mucha repercusión en la vida musical rusa, pero Chaikovski les ganaba en popularidad, en especial fuera de Rusia. Adoptó a pies juntillas la convicción de Rubinstein de que los compositores rusos necesitaban una formación adecuada, al modo extranjero, y carecía por completo del antagonismo de Stásov y sus seguidores hacia las convenciones de la música occidental. De hecho, el ídolo de Chaikovski era Mozart, y creía que buena parte de su inspiración provenía de una relación temprana con su *Don Giovanni*. El padre de Chaikovski era un general bien educado y un ingeniero de minas de origen nobiliario, pero no poseía propiedades o medios independientes que legar a su hijo. Tras sus estudios, Chaikovski parecía remiso a aceptar un empleo no musical, por lo que su nombramiento en el Conservatorio de Moscú fue crucial para su supervivencia. En la atmósfera relativamente relajada de Moscú, compuso sus primera obras

de importancia, las sinfonías segunda, tercera y cuarta, y el primer y más famoso concierto para piano. También inició *El lago de los cisnes* y la ópera *Eugenio Onegin*, que le proporcionaron una fama duradera.



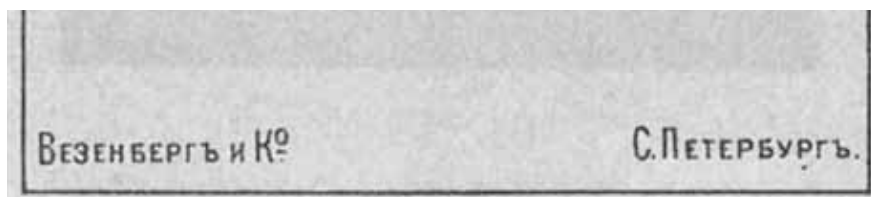


Ilustración 13. El joven Chaikovski.

Chaikovski abandonó su puesto en el Conservatorio de Moscú y se trasladó a San Petersburgo en 1877. Pronto se plasmó el resultado de su contacto con el centro de la ópera rusa y el mundo de la danza. Añadió *La bella durmiente* y *Cascanueces* a sus ballets, y *Mazepa* y *La dama de picas* a su lista de óperas, así como un concierto de violín y dos sinfonías más, la quinta y la sexta («Patética») antes de su muerte en 1893.

Las óperas de Chaikovski no se atenían a la tradición italiana tan denigrada por Stásov y otros. Él mismo llamaba a *Eugenio Oneguín* «escenas líricas» en vez de ópera, ya que eran una serie de escenas enhebradas por medio de la historia, algo que a Stásov le habría gustado pero, reveladoramente, consideró fallido. Sus óperas utilizaban libretos basados en la literatura rusa más que en el folclore. Por lo tanto, eran también «nacionales», pero de un modo muy diferente a las defendidas por Stásov. No reflejaban la historia rusa que impulsaba a escribir a Músorgski y a Rimski-Kórsakov: a finales de la década de 1870, Chaikovski era políticamente bastante conservador. En su correspondencia se burlaba de la idea de un gobierno sin un zar poderoso.

En algunos aspectos, los ballets de Chaikovski fueron más importantes. No solo eran magníficas obras musicales, sino las primeras composiciones nativas de importancia para el ballet de San Petersburgo bajo la dirección de Marius

Petipa (1818-1910). Petipa había llegado a Rusia como bailarín y en 1862 era el principal coreógrafo del teatro imperial, el Marinski. Fruto de la danza francesa de la primera mitad del siglo XIX, fue el creador del ballet ruso tal como lo conocemos. A él se deben toda una serie de ballets aún en repertorio y muchas de las prácticas rusas hoy estándares, incluyendo los poderosos papeles varoniles, que tan inusuales eran a mediados del siglo XIX. El ballet, aún más que la ópera, conservó sus vínculos con la corte. Su público era, fundamentalmente, aristocrático y muchas bailarinas eran amantes de grandes duques y otros nobles. Dado que el ballet estaba directamente subordinado al Ministerio de la Corte, contaba con generosos subsidios para sus producciones y apoyó a Petipa casi hasta el día de su fallecimiento. Como lo expresó más tarde George Balanchine: «San Petersburgo era la capital mundial del ballet».

La música rusa alcanzó su madurez en un plazo de tiempo relativamente corto, consecuencia del patrocinio tanto estatal como privado. El mantenimiento del sistema estatal de teatro benefició más al ballet que a la música, pero en la década de 1890 se estrenaban piezas de compañías privadas financiadas por los industriales moscovitas. Rubinstein fundó la Sociedad Imperial de Música Rusa con el patrocinio de la corte para ofrecer conciertos sinfónicos ya en la década de 1860. Stásov y el círculo de Balákirev, muy interesados en acercar la música a un público más amplio, fundaron una Escuela Musical Libre (no de pago) y ofrecieron muchos conciertos de música coral a cargo de semiaficionados. Al principio, la respuesta fue escasa, pero en la década de 1890, San Petersburgo y Moscú podían jactarse de cierto número de series de conciertos, y de teatros y

orquestas privados con un público creciente y entusiasta. En las provincias, lejos de las capitales, surgieron pequeñas escuelas privadas, que produjeron muchos grandes músicos. La base institucional de la música rusa era una imagen de la cambiante sociedad de su época, al combinar los subsidios y el control estatales, el patrocinio privado de la nueva clase industrial y el activismo de la intelectualidad. Sobre esta base, compositores e intérpretes pudieron crear y ejecutar algunas de las músicas más grandes del mundo.

#### LAS ARTES VISUALES

Para los pintores rusos, el acontecimiento más importante fue la dimisión de 30 alumnos de la Academia de las Artes en 1863. Los estudiantes, encabezados por el más brillante del grupo, Iván Kramskói, pusieron objeciones a las condiciones tradicionales de la Medalla de Oro de la Academia. En esta competición se asignaba a los estudiantes un tema histórico, mitológico o bíblico: ese año era «Odín en el salón del Valhalla». El ganador recibía una medalla, un viaje a Europa y el derecho a vender el cuadro, pero Kramskói y sus colegas se negaron a aceptar el tema impuesto. En su lugar, optaron por abandonar la academia, renunciando así a sus posibilidades de ganar, y formaron la cooperativa «Artel de Pintores».

Los rebeldes de la academia no eran los únicos que rechazaban los modelos académicos. Tanto las convenciones artísticas como los temas a tratar eran, para la mayoría de los jóvenes, anticuados y foráneos, sin relación alguna con la realidad rusa que tan velozmente estaba cambiando a su alrededor en la década de 1860. Si aceptaban modelos europeos, estos eran Courbet y algunos pintores alemanes realistas. La pintura rusa que emergió tenía raíces nativas: la

pintura de género de la década de 1850 y, en cierta medida, en Aleksandr Ivánov. El nuevo arte debía ser realista y reflejar la vida del pueblo ruso en su totalidad. No es de extrañar que el auto ungido portavoz de la tendencia fuera, una vez más, Vladímir Stásov.

La asociación se fue desmoronando a causa de sus querellas internas. Sin embargo, en 1870 Kramskói planteó una «Sociedad de Exposiciones Itinerantes», pensada para exhibiciones en una serie de ciudades rusas, además de las capitales. La propuesta tuvo un éxito inmediato y se sumaron a ella muchos artistas: llegó a abarcar a prácticamente todos los pintores rusos, a excepción de los privilegiados académicos. Encontró un nuevo público más allá de las elites de San Petersburgo, presentando el trabajo de sus miembros a los habitantes de provincia, a la *intelligentsia* y a la emergente clase media. Las exposiciones también pusieron a los artistas en contacto con acaudalados hombres de negocios, siendo los más importantes los millonarios textiles de Moscú. Pável Tretiakov, coleccionista desde 1856, puso a disposición del público en general su colección en 1881. Así pudo apoyar a los artistas adquiriendo sus obras y dándolas a conocer. En Petersburgo no había nada equivalente, aunque el zar Alejandro III compró muchos cuadros, incluyendo obras de los Itinerantes. Se supone que fue la adquisición de una de las pinturas de Repin por Alejandro en la exposición itinerante de 1889 lo que dio a este la idea de crear un museo de arte ruso en San Petersburgo. Abrió sus puertas en 1895, tras la muerte de Alejandro, en el palacio Mijaíl, la antigua residencia de la gran duquesa Elena Pavlovna.

Los Itinerantes escogieron como temas el paisaje ruso, escenas genéricas de la vida en el campo y retratos de

escritores y artistas de la época, así como de los hombres de negocio que eran sus mecenas. El más importante fue Ilyá Rein, que causó sensación en 1873 con una sencilla imagen de trabajadores remolcando una barcaza por el Volga. Aunque las simpatías de Repin estaban con los Itinerantes, él era estudiante de la academia y pasó varios años en París. Admiraba profundamente a los pintores franceses de la época, incluyendo a Manet. Mejoró sus capacidades técnicas, pero se mantuvo fiel a los ideales de sus mentores y colegas rusos. Sus obras más conocidas fueron las de la década de 1880, lienzos monumentales que reflejaban una procesión religiosa en la provincia de Kursk, la reunión con su familia de un prisionero político y otros temas que implicaban una moderada crítica al orden existente. Repin también probó suerte con la temática histórica: el más famoso fue su cuadro de Iván el Terrible inmediatamente después de dar muerte a su hijo. Repin no lo consideraba una condena inequívoca del despotismo, sino una tragedia de crimen y arrepentimiento, aunque buena parte de su público lo interpretara en términos más políticos.

Repin era solamente el más popular de muchos pintores del momento. Los espeluznantes cuadros de Vasili Vereshchagin sobre las guerras en Turquestán y los Balcanes crearon sensación por la reproducción realista de sus consecuencias sobre el campo de batalla. Los gigantescos lienzos históricos del siberiano Vasili Suríkov, que muestran la ejecución de los mosqueteros por Pedro el Grande, el encarcelamiento del Viejo Creyente y mártir Morózov y la conquista de Siberia, plasmaron durante décadas la concepción que Rusia tenía de su propio pasado. Los paisajistas, Ivan Shishkin con sus bosques e Isaak Levitan con

sus elegiacos ríos e iglesias rurales, transmitían la inmensidad y humilde belleza de la campiña rusa. La mayoría de estos pintores eran pupilos o amigos de Repin. La vida artística de San Petersburgo cambiaba con rapidez. La amenaza de la academia mermó cuando empezaron a surgir salas de exposición, estudios y nuevos patrocinadores. El zar Alejandro III se sintió profundamente impresionado por Repin y cada vez compraba más pinturas de los Itinerantes. Finalmente, el Museo Ruso de San Petersburgo ofreció a la ciudad su primer museo dedicado en exclusiva al arte ruso. Los rebeldes encontraron respaldo donde menos lo hubieran esperado.

La pintura rusa jamás tuvo en el extranjero el prestigio de la literatura o la música rusas. Algunos pintores (Vereshchagin, por ejemplo) estuvieron brevemente de moda en Europa en aquella época, pero en el siglo <sup>xx</sup> habían sido prácticamente olvidados. El arte ruso del siglo <sup>xix</sup> distaba demasiado estéticamente de la escuela dominante francesa como para lograr el más mínimo impacto. De hecho, pocos pintores rusos aparte de Repin visitaron Occidente y sabían poco del arte francés. Su trabajo ni siquiera se asemejaba al arte realista europeo, predominante fuera de Francia, aunque conocían en cierta medida el trabajo de los alemanes. El impresionismo dejó fríos a los artistas rusos hasta el final mismo del siglo. Lo que pintaban los artistas del periodo –los Itinerantes y otros– era un retrato de Rusia, sus gentes, su historia y sus tierras, que aún despierta resonancias en prácticamente cualquier ruso cultivado.

#### LITERATURA

Fue en literatura donde Rusia alcanzó la gloria durante las décadas posteriores a la Guerra de Crimea. No solo fue clave para la sociedad y la cultura rusas, sino que por primera



vez rompió la barrera del lenguaje para incorporarse a la cultura común a Occidente. En el plazo de pocos años, Iván Turguénev, Fiódor Dostoievski y León Tolstói gozaron de enorme fama y popularidad en su patria. El vehículo de esta popularidad fue la prensa, en particular la media docena de «revistas gruesas» que publicaban casi la totalidad de los nuevos trabajos. El público de la literatura rusa, al contrario que el de Europa occidental, no estaba concentrado en las grandes ciudades. Ni siquiera Petersburgo era todavía una gran metrópolis como París o Londres, y buena parte de su población estaba apenas alfabetizada. No existía una clase media cultivada que pudiera ser lectora de las nuevas novelas: su lugar en Rusia fue ocupado por los nobles e intelectuales. Los terratenientes, médicos de provincias, profesores y funcionarios de grado medio estaban diseminados por todo el imperio. En muchos sitios no había bibliotecas y la llegada mensual por correo de la «revista gruesa» era el foco principal de la vida cultural.

Iván Turguénev se había hecho ya un nombre con *Memorias de un cazador* y varias novelas, antes de lograr una auténtica notoriedad con *Padres e hijos* en 1862. En sus posteriores obras, los héroes y las fuertes heroínas de Turguénev, en su mayoría de la nobleza, dedicaban su tiempo a desentrañar el significado de las transformaciones en Rusia y el mundo, y su papel en él. Turguénev ofrecía varias posibles respuestas, que no satisfacieron a ninguna tendencia política pero atrajeron a un público amplio y agradecido. Su casi continua residencia en el extranjero le mantenía lejos de la vida rusa en constante evolución, pero también le convirtió en un vínculo con la literatura europea. Su amistad con las luminarias de las letras francesa, Émile Zola, los hermanos

Goncourt y otros, potenció el interés por las traducciones y proporcionó un puesto a la literatura rusa en la más amplia cultura europea por primera vez.

Fiódor Mijaílovich Dostoievski debutó, como Turguénev, en la década de 1840. Su relación con el círculo de Petrashevski le supuso cuatro años en Siberia, seguidos de otros cinco de servicio militar en remotas fortalezas en las fronteras de la estepa kazaja. En la cárcel, la visión del mundo de Dostoievski empezó a cambiar. Abandonó el socialismo utópico como algo demasiado alejado del pueblo y comenzó a virar hacia la ortodoxia, a su modo de ver la «religión del pueblo». En el ejército, al menos podía leer y escribir: regresó a la Rusia europea en 1859 con un fajo de manuscritos en el equipaje. Uno de ellos era *Notas desde la casa de los muertos* (1860-1861), que le granjeó de inmediato la fama. Su desgarradora narración sobre la vida carcelaria coincidía con el ánimo de la gente durante la etapa de la emancipación, y al parecer muchos lectores pasaron por alto la redención por la fe presente en el trabajo. Al contrario que la mayoría de los escritores rusos de la época, Dostoievski no descendía de terratenientes hereditarios. Su padre era un médico que había alcanzado el rango nobiliario gracias a su trabajo, pero disponía de escasos medios de subsistencia. Dostoievski tenía que vivir de su pluma y no era tarea fácil. En 1861-1865 probó suerte con el periodismo. Publicó junto con su hermano dos revistas, cuyas ventas fueron moderadas y que se hundieron enseguida. En ellas abogaba por una variante de la esclavofilia: el retorno a la tierra y a las tradiciones del pueblo ruso. Según él, esto significaba ortodoxia y respeto al zar. Un viaje a Europa occidental amplió su experiencia, pero también consolidó su visión,

crecientemente negativa, de la sociedad moderna como individualista, no religiosa y devota sobre todo de la avaricia. Descubrió también los casinos y añadió la adicción al juego a sus problemas médicos (epilepsia) y a su endeudamiento crónico.

Dostoievski había realizado ya una aportación al debate literario de la época con sus *Notas de la clandestinidad* de 1864, feroz ataque contra el utopismo de Chenyshevski en *¿Qué hacer?* No se trataba de una obra calculada para ganarse al público; de hecho, solo alcanzó notoriedad en el siglo xx. El fracaso de sus revistas le impulsó a trabajar como un loco, y los resultados fueron espectaculares en el sentido literario, si no en el financiero. Su primer gran éxito fue *Crimen y castigo*, publicada en la conservadora «revista gruesa» de Kátkov *Mensajero Ruso* en 1866. Con el tiempo, le haría mundialmente famoso, pero ya entonces fue su mayor éxito en Rusia. La historia del estudiante Raskolnikov, que asesina a una anciana prestamista porque necesita dinero y se siente por encima de las normas morales aceptadas, atrajo la atención de sus coetáneos y nunca ha dejado de resultar fascinante. A lo largo de los siguientes 15 años, escribió otras grandes novelas, así como gran cantidad de trabajos más cortos. En ellos demostraba ser un maestro de la psicología humana, aunque el término le desagradaba: opinaba que se limitaba a retratar el alma humana tal como era.

*Crimen y castigo* le otorgó gloria imperecedera, pero no resolvió sus problemas pecuniarios. El mercado de libros ruso estaba lo bastante desarrollado como para que la circulación de sus productos fuera amplia, pero era insuficiente para dar de vivir a un autor ya famoso. La segunda de sus grandes novelas, *El idiota*, fue un intento de retratar un personaje

positivo, el príncipe Mishkin, el protagonista del libro, pero quizá sea especialmente recordada por la misteriosa Natasha Filipovna. Poco después salió al mercado *Los demonios* (1871-1872), entre otras cosas, un ataque contra los liberales y radicales de la época, a los que pintaba como soñadores inútiles que jugaban con fuego en el caso de Verjovenski, un retrato mixto del revolucionario Necháyev y el en tiempos líder de Dostoievski, Petrashevski.

*Los demonios* consolidó su reputación como portavoz del conservadurismo. Sumido nuevamente en una crisis financiera, Dostoievski volvió al periodismo, pero esta vez en circunstancias diferentes. En 1872, empezó a visitar el salón político del príncipe V. P. Meshcherski, íntimo amigo del heredero al trono, Alexander Aleksándrovich. El heredero era el centro de la oposición conservadora a las reformas de su padre, actitud reforzada por el abogado conservador Konstantín Pobedonóstsev, que había sido uno de sus tutores. Todos ellos apostaban por un conservadurismo estatal centrado en un monarca, nacionalista y ortodoxo, pero sin doctrinas específicamente eslavófilas sobre la comunidad aldeana y la unidad espiritual de la nación. Meshcherski acababa de fundar un periódico llamado *El Ciudadano* y convenció a Dostoievski de que fuera su editor. Como incentivo, Alexander Aleksándrovich pagó las deudas de Dostoievski, dato que permaneció oculto hasta la década de 1990. Parte de la contribución de Dostoievski era un artículo regular, *Diario de un escritor*, cuyo conjunto contenía sus aportaciones más famosas. En el *Diario...* y sus posteriores continuaciones, aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para criticar a la recién reformada Rusia. En especial, su ira iba dirigida contra el nuevo sistema de enjuiciamiento, ya

que la idea de un proceso con jurado le parecía pernicioso. Sea como fuere, veía el crimen bajo una luz religiosa, como una cuestión de pecado y arrepentimiento, y se burlaba de las fórmulas legales y los procedimientos judiciales. Su periodismo era denodadamente nacionalista, glorificando los éxitos militares de Rusia en el conflicto ruso-turco y, de hecho, la propia guerra. Los polacos, ucranianos y judíos eran objeto de su furia, estos últimos, a su modo de ver, la encarnación misma del espíritu codicioso e individualista de la sociedad moderna. Estas posiciones ideológicas y sus prejuicios nacionalistas no le ganaron a Dostoievski el aprecio de la intelectualidad fuera de un pequeño contingente de conservadores.

La última de las novelas de Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, con sus intrigas familiares y reflexiones filosóficas, supuso un nuevo éxito para él y sentó su posición entre los escritores rusos. Su última comparecencia importante ante el público se produjo en 1880, como conferenciante en las celebraciones que acompañaron a la inauguración de una estatua de Pushkin en Moscú. Sorprendió al público alabando a Pushkin no solo como autor ruso, sino como un escritor que abarcaba a toda la humanidad. El discurso mejoró su reputación entre la *intelligentsia*, pero no le hizo mucho bien entre sus amigos conservadores, como Pobedonóstsev. Este era la cabeza visible del Santo Sínodo, y como guardián de la ortodoxia había empezado a considerar que la noción de Cristo del escritor era demasiado vaga y no acorde con las enseñanzas de la Iglesia. De hecho, el Cristo de Dostoievski había llegado a parecerse a su Pushkin, una figura para la humanidad, no solo para Rusia. Este sería también el destino final de Dostoievski.

La cuestión religiosa, clave para el trabajo y el pensamiento de Dostoievski, llegó a preocupar también a otro de los más grandes escritores rusos, Tolstói. El conde Lev Nikoláyevich Tolstói nació en 1828 en el seno de una familia de terratenientes acaudalados, con posesiones en las ricas provincias al sur de Moscú. Tolstói nació en Yásnaia Poliana, la principal finca familiar, que sería su hogar hasta su muerte. La familia no formaba parte de la alta aristocracia que frecuentaba la corte y los salones de San Petersburgo, pero era muy antigua y tenía un distinguido historial en el ejército y el servicio civil del Imperio ruso. Creció en la propiedad familiar a cargo de varios tutores y después pasó algún tiempo como estudiante en la Universidad de Kazán, todo lo cual reflejó con inolvidable detalle en su trilogía autobiográfica *Infancia, adolescencia, juventud*. En la universidad, participó en la vida normal de los jóvenes nobles: bebía, jugaba a las cartas y perseguía a las mujeres, actividades muy alejadas de la sociedad educada. No obtuvo titulación alguna, así que partió hacia el Cáucaso, donde se alistó como voluntario en una unidad de artillería. El estallido de la Guerra de Crimea le proporcionó un cargo y presenció feroces combates, entre otros, y no el menor, el asedio de Sebastopol. Sus historias sobre el asedio, publicadas mientras este se mantenía, le elevaron de inmediato al olimpo de los escritores. Al concluir la guerra, pasó varios años en Petersburgo y Moscú, donde se peleó con casi todas las figuras literarias importantes y menos importantes de la época. Básicamente, no simpatizaba con sus ideas, con el progresismo y la fascinación por la ciencia de los liberales ni con la sumisión a la autocracia de los conservadores. Los eslavófilos le parecieron gente agradable, pero irreversiblemente doctrinaria. Personalmente, él

continuaba siendo un noble y un caballero del campo (no un cortesano). La mayoría de los literatos le parecían toscos, narcisistas o ambas cosas a la vez.

En estos años realizó su primer viaje a Europa occidental. En conjunto, Europa le inspiró la misma visión crítica que a Dostoievski. En su opinión, el tan cacareado éxito europeo no era más que materialismo, codicia y vacuidad espiritual. La diferencia fue que Tolstói carecía del chovinismo de Dostoievski y no sentía especial respeto por la autocracia rusa ni por la ortodoxia. No veía ninguna solución «rusa» a los dilemas de Europa. Su siguiente proyecto fue un colegio para los niños del campesinado de sus propiedades, de acuerdo con las teorías pedagógicas de Rousseau. Esto significaba: nada de imposiciones ni castigos, nada de deberes y un decidido empeño de interesar a los alumnos en los temas a estudiar. La escuela fue un éxito, aunque quizá esto se debiera más al carisma de Tolstói que a la eficacia de sus teorías. Fundó una revista para difundir sus puntos de vista, irritando en el proceso a la mayor parte del *establishment*. Su proyecto educativo le otorgó una considerable notoriedad e inspiró un segundo viaje a Europa para conocer a pedagogos famosos e inspeccionar escuelas. Los colegios europeos, en especial los prusianos, le parecieron deprimentes, regimentados y muy dependientes de la memorización, todo lo cual no hizo más que consolidar sus prejuicios. A su regreso del extranjero a comienzos de 1961, justo después de la emancipación de los siervos, se encontró inmerso en una nueva empresa: intermediario de paz en uno de los distritos de Tula, su provincia natal. Se trataba de hombres que la asamblea de nobles debía elegir para dirimir las disputas entre campesinos y terratenientes respecto a la puesta en

práctica de la emancipación. La nobleza de Tula rechazaba a Tolstói por considerarle demasiado favorable a los campesinos, pero el gobernador provincial, un general, los desautorizó y nombró a Tolstói. Este desempeñó el cargo durante casi un año, la mayoría de las ocasiones enfrentado a sus compañeros intermediarios. Los rumores sobre sus inusuales enfoques le trajeron aún más problemas, ya que la extensión del movimiento revolucionario condujo a una redada de la policía en sus tierras en la primavera de 1862. La policía buscaba imprentas clandestinas y manifiestos revolucionarios, y no encontró nada parecido. Tolstói escribió al zar para quejarse del insulto a su honor y su reputación, y recibió garantías de los ministros de que no habría consecuencias. Ni sus vecinos terratenientes ni el gobierno sabían exactamente qué pensar de él.



Ilustración 14. León Tolstói arando un campo, dibujo de Ilyá Repin. Museo Tretyakov.

Ese mismo año se casó con Sofía Bers, la hija de uno de



sus vecinos, y durante las siguientes dos décadas se entregó a su familia, su escuela, sus deberes como intermediario de la paz y a la escritura. El fruto de aquellos años fue *Guerra y paz*, que apareció en 1865-1869, como muchas de las obras de Dostoievski, en el *Mensajero Ruso* de Kátkov.

La inmensa obra épica de Tolstói estaba dedicada a las guerras de Rusia contra Napoleón, y sobre todo a la invasión francesa de 1812. Aunque era sin duda patriótico en un sentido general, Tolstói distaba de ser un nacionalista. Odiaba a Napoleón, no a los franceses, y su concepto de Rusia distaba mucho de ser de color rosa. Retrataba al zar, la corte y al gobierno como ineptos alejados de las realidades de la vida y la guerra. Los numerosos alemanes al servicio de los rusos fueron objeto de un trato despectivo; solo su héroe, Kutúzov, destaca entre la multitud de comandantes fríos y formalistas. Aunque el libro concluía con prolijas reflexiones sobre el significado de la historia (a Tolstói le encolerizaba especialmente la idea de que los «grandes hombres» determinan el curso de la historia), no trata en realidad de los acontecimientos de 1812, sino del hombre y su destino, tal como Tolstói lo entendía.

Para Tolstói, las auténticas cuestiones de la vida no eran políticas, sino morales. Pierre Bezújov y su peregrinación espiritual en particular, encarnaban el deseo de actuar de un modo moral y encontrar el significado oculto tras el frenesí de la vida cotidiana y la aceptación acrítica de valores e instituciones heredadas. El príncipe Andréi Bolkonski es su antítesis, el racionalista que analiza la guerra, los acontecimientos y a los seres humanos. En última instancia, es Pierre quien alcanza la felicidad, primero al aprender del campesino Platón Karatáyev, de su humildad y su fe en Dios,

y después gracias a su vida familiar con Natasha Rostova. Hay mucho de Tolstói en Pierre, tanto en la experimentación con proyectos para ayudar a los campesinos de sus propiedades como en su búsqueda espiritual.

Tras el éxito de *Guerra y paz*, Tolstói retornó a la pedagogía y a varios esquemas para nuevas novelas. El resultado fue *Ana Karenina* en 1875-1877. Es la historia de la aristocrática Ana, su amante Vronski y su marido burócrata, contrastada con la de Levin y su mujer Kitty, de nuevo un retrato de Tolstói, una familia feliz comparada con la desastrosa relación de Ana. No obstante, mientras estaba escribiendo el libro, Tolstói atravesaba la última y más profunda crisis espiritual de su vida.

La de Tolstói fue una crisis religiosa. Obsesionado por la muerte y el significado de la vida, se sumergió en la filosofía y la religión, pero fue incapaz de decidir qué creencia debía adoptar. Primero se volvió hacia la ortodoxia, la fe en la que había sido criado, sobre todo porque era la religión del campesinado y quería mantenerse cerca de este y su sabiduría. La ortodoxia, sin embargo, no le satisfizo. La liturgia le dejaba frío, le desagradaba el entusiasta apoyo de la Iglesia al Estado y a sus acciones —guerras, opresión y pena de muerte—, todo ello ya inaceptable para él.

En 1879-1880, empezó a leer la Biblia a fondo, en concreto los Evangelios, y llegó a la conclusión de que el núcleo de las enseñanzas de Cristo era la no resistencia ante el mal. («A vosotros os digo, que no os resistáis al mal; pero que a quienquiera os abofetee en la mejilla derecha, le ofrezcáis también la otra mejilla», Mateo 5, 39.) Según Tolstói, todo fluía de ese principio. Significaba que el Estado, al luchar contra el crimen o enemigos exteriores, era básicamente no

cristiano, y que la única posición correcta era el pacifismo radical y una especie de anarquismo cristiano. Desarrolló estas ideas en una serie de prolijos textos, *Confesión*, que relataba su evolución interior hacia estas visiones, así como narraciones sobre lo que consideraba el genuino cristianismo. Ninguno de estos libros podía publicarse en Rusia, aunque circularon ampliamente bajo cuerda y atraieron a un pequeño pero devoto núcleo de seguidores.

Tolstói no abandonó la literatura. En 1899 publicó su último libro importante, *Resurrección*, sobre una prostituta injustamente condenada por un asesinato y su renacimiento espiritual (fue prohibido en Rusia), y escribió *Hadjí Murat*, una novela corta sobre las guerras del Cáucaso. Otros trabajos más breves, como *La Sonata Kreutzer* y *La muerte de Iván Ilich*, así como innumerables artículos en diversas publicaciones diversas, hicieron de él la persona más famosa del país, y el ruso más famoso del mundo.

Las opiniones de Tolstói y su tozuda defensa de las mismas le trajeron problemas con la Iglesia y el Estado, además de con su propia familia. Su mujer pensaba que descuidaba su bienestar, aunque el cambiante mercado literario de Rusia significó que él, como otros autores, pudieran obtener beneficios más sustanciales de sus muchas obras en la década de 1890. La Revolución de 1905 fue una etapa difícil para él, dado que era contrario a la autocracia pero no era partidario de combatirla con la violencia, y mucho menos con la del Estado contra los huelguistas, los revolucionarios y los rebeldes campesinos. En 1910, a los ochenta y dos años de edad, decidió dejarlo todo y llevar la vida de un eremita. Su viaje en un vagón de tercera sin calefacción en pleno invierno fue demasiado para él. Murió

en la casa del jefe de estación de una pequeña ciudad, a solo unos cientos de kilómetros al sur de Yásnaia Poliana.

Para entonces, la literatura rusa había entrado en nuevas fases, por las que mostraba pocas simpatías. Era el último superviviente del periodo más grande de la literatura rusa, y quizá de la cultura rusa en general. Tanto las artes como las ciencias habían colocado a Rusia en el mapa de la cultura mundial. Por primera vez, el vasto Imperio ruso era reconocido por algo que no fuera su tamaño y su poderío militar.

## Rusia como imperio

Las guerras libradas durante siglos en el extranjero por Rusia sentaron los cimientos para su expansión hasta incluir la totalidad del norte de Eurasia. Por supuesto, en comparación con el estándar británico, los resultados no eran muy impresionantes. Siberia estaba constituida en su mayor parte por bosques, al parecer impenetrables, y tundra. Las últimas adquisiciones rusas en Asia central eran pobres y estaban escasamente pobladas, nada equivalente a India o incluso a Birmania. El Estado incluía extensas áreas fronterizas con poblaciones no rusas. A todos los efectos, dos imperios: uno tradicional en Europa y un intento de imitar el ejemplo británico en Asia central. Tanto en el oeste como en el sur, la política interior y la política internacional estaban inextricablemente ligadas.

Nicolás I había comprendido que las posibilidades de expansión del Imperio ruso eran muy limitadas. A partir de 1828, sus principales esfuerzos se centraron en someter a los pueblos caucásicos de montaña, que ya estaban dentro de Rusia, más que en la conquista de nuevos territorios. En Asia central, el ejército se concentró en el fortalecimiento de la frontera existente y el control de los kazajos de la estepa, sin emprender ningún intento serio de expansión. En los Balcanes, Nicolás había seguido una política de *statu quo*, prefiriendo mantener la influencia rusa en un Estado otomano unitario a correr el riesgo de poner en marcha políticas de partición. Incluso esta modesta política fue demasiado para Gran Bretaña y Francia, pero puso de relieve la prudencia estratégica del zar y sus torpezas tácticas. La

nueva situación, tras Crimea, ofreció diferentes posibilidades.

El Tratado de París puso fin a la Guerra de Crimea y a toda esperanza de que Rusia se impusiera a los otomanos, dejando solo los movimientos nacionalistas serbios y búlgaros como aliados en potencia. Los nacionalistas balcánicos, bandas de insurgentes que pretendían instaurar repúblicas democráticas, eran improbables aliados para el Imperio ruso. La posición internacional y militar de este, debilitado por la derrota, sobrecargado de deudas y con un déficit enorme, hizo que su política respecto a Europa fuera fundamentalmente pasiva. La sensación de que la frontera occidental de Rusia con Europa era muy difícil de defender, dado que su longitud era enorme y cruzaba territorios con deficientes servicios de comunicaciones, hacía necesaria la estabilidad en dicha zona. La respuesta estaba en el ferrocarril, pero el tendido de las líneas exigía mucho tiempo. Las amenazas de Gran Bretaña y Francia durante la revuelta polaca de 1863-1864 eran una fuente de pesadillas para San Petersburgo. Al final quedaron en nada, en buena medida por la firme alianza de Rusia con Prusia, ahora bajo el canciller Otto von Bismark. La alianza con Prusia significaba que la frontera occidental era bastante segura. Bismark derrotó a los rivales de Rusia, Austria y a Napoleón III, generando en el proceso el nacimiento de un nuevo y poderoso Estado en forma de la Alemania imperial unificada, por el momento, amiga de Rusia.

La preocupación en Europa por Alemania e Italia y la política pacifista del ministro de Exteriores ruso, el príncipe Gorchákov, aseguraron la paz durante la década de 1860. Poco a poco, Rusia pudo ir aplicando reformas y reconstruyendo su ejército de acuerdo con criterios más

modernos, aunque una crisis en los Balcanes provocó un nuevo dilema. Los revolucionarios serbios y búlgaros habían protagonizado sucesivas algaradas dentro de los territorios otomanos, llamando a los pueblos eslavos y ortodoxos a alzarse contra sus amos turcos. La respuesta fueron represalias cada vez más salvajes, hasta que en 1875 los serbios de Bosnia se levantaron de nuevo y consiguieron mantener sus posiciones durante varios meses antes de que los otomanos los aplastaran, perpetrando el mayor genocidio de la historia del mundo hasta la Primera Guerra Mundial. Al año siguiente, los búlgaros se sublevaron también. Unidades irregulares turcas exterminaron pueblos enteros y la opinión pública británica empezó a desconfiar de los turcos. Se presentó una ocasión para que Rusia se reafirmara y obtuviera influencia en los Balcanes. En 1877, Rusia propuso a los turcos otorgar un estatus autónomo a las áreas rebeldes. Los otomanos se negaron y Rusia les declaró la guerra. La contienda subsiguiente fue sanguinaria, pero relativamente breve. Los turcos tenían fortalezas de primera categoría, estaban abastecidos de armas europeas y luchaban con su coraje y determinación habituales. El ejército ruso, aunque mayor, se encontraba en pleno proceso de reforma y cargaba con el lastre de generales anticuados y poco imaginativos. Tras una serie de sangrientos asaltos contra fortalezas turcas, los rusos lograron abrirse camino hasta el otro lado de las montañas y llegaron cerca de Estambul en 1878. Firmaron un tratado con los turcos que establecía a Bulgaria como principal Estado eslavo de los Balcanes, uno que presumiblemente se volvería amigo de Rusia. Esto sembró la alarma en Gran Bretaña y Austria: la consecuencia fue el Tratado de Berlín, que creó una Bulgaria mucho más pequeña con un monarca

alemán. Se aceptó que Austria se quedara con Bosnia como protectorado. Todo esto, que fue obra de Bismark, supuso una derrota para Rusia después de todos los sacrificios y el heroísmo derrochados durante la guerra.

El Imperio ruso se transformó en un conglomerado de dos tipos de imperio muy diferentes, cada uno de los cuales planteaba sus propios problemas en lo que a San Petersburgo se refería. Simultáneamente al fracaso en los Balcanes, en Asia central los generales rusos aplastaron a los kanatos locales de Kokand, Bujará y Jiva. El primero fue anexionado por completo al imperio, mientras que los otros dos, con un territorio muy reducido, se convirtieron en protectorados rusos. En la década de 1880 toda Asia central estaba, directa o indirectamente, bajo el mandato de Rusia. En una explícita imitación de la India británica, Rusia se lanzó a la construcción de un imperio colonial moderno.

En la frontera occidental, los temas candentes eran los relacionados con el nacionalismo, no con el colonialismo. Los polacos representaron el principal problema nacional durante todo el siglo XIX y, mediado el siglo, pasaron a serlo los judíos. Por muy distintos motivos, ni los polacos ni los judíos encajaban bien en la estructura imperial. En el gobierno se consideraba a los polacos elementos hostiles, y para muchos funcionarios, los judíos eran incapaces de asimilarse a la población y explotaban al campesinado local. Las revueltas polacas y los pogromos contra los judíos añadieron un elemento de violencia ausente en las relaciones con las demás minorías europeas del imperio. Finlandia, por contraste, permaneció en paz y en gran medida fiel al zar hasta la década de 1890. Tanto Polonia como Finlandia eran importantes por razones militares, ya que ambas formaban



parte de la crucial frontera occidental. Las economías de los dos territorios fronterizos contribuyeron a la prosperidad general del imperio, pero los rusos contaban con pocas inversiones en ellos, tanto en el campo como en la industria. En cuanto a población total, los polacos y finlandeses representaban menos de un 10 por 100 del imperio. El mayor grupo no ruso de la parte europea era el de los ucranianos (alrededor de un 17 por 100), cuya etnia y consciencia social ambiguas los mantuvo en los márgenes de la política rusa hasta 1905.

La integración de las tierras fronterizas del oeste por parte del Imperio ruso venía dependiendo desde el siglo XVIII de la inclusión de elites locales en la estructura de poder imperial. Los círculos gobernantes del San Petersburgo del siglo XIX distaban mucho de ser uniformemente rusos. Entre los alemanes prominentes estaban el ministro de Finanzas de Nicolás, Georg Kankrin, el ministro de Exteriores, Karl von Nesselrode, y el jefe de la Tercera Sección, Alexander von Beckendorf. Entre los ucranianos pertenecientes a la elite imperial estaban el ministro del Interior, Viktor Kochubei, y el triunfante mariscal de campo, Iván Paskevich, virrey de Varsovia desde 1830. Los finlandeses ocupaban puestos importantes en el ejército y la marina, y dos de ellos (Arvid Adolf Etolin y Johan Hampus Furuhielm) fueron gobernadores de Alaska durante el periodo ruso de esta. Dentro del núcleo diplomático, había varios príncipes, Lieven, el barón Nikolái y otros muchos, al igual que en la corte y el ejército. Solo la nobleza polaca, leal a las tradiciones estatalizadoras de Polonia, rehuyó el servicio a Rusia, al margen de algunas destacadas excepciones.

La dependencia de la dinastía Romanov del apoyo de

los nobles, que tanto éxito había cosechado, tenía una deficiencia. En el transcurso del siglo, el desarrollo del capitalismo industrial y después del comercial, por lento que fuera en comparación con los estándares europeos, transformó la sociedad. En las regiones fronterizas del oeste, la fortuna económica de la nobleza, principal apoyo del imperio, declinaba. Por contra, los hombres de negocios de Finlandia, Polonia y otras áreas occidentales se beneficiaban considerablemente del mercado imperial y estaban dispuestos a cooperar (dentro de ciertos límites). Sin embargo, el conservadurismo aristocrático de la corte y de la mayoría de la elite gobernante hacía difícil, o imposible, cualquier acuerdo con los nuevos grupos sociales. El Imperio ruso no podía romper radicalmente su alianza con los nobles locales, y tampoco ellos podían sobrevivir sin los zares. Todos juntos habrían de ser empujados al abismo en 1917.

#### POLACOS EN EL IMPERIO RUSO

Como consecuencia del Congreso de Viena, zonas históricamente polacas incorporadas al Imperio ruso se dividieron en dos áreas con caracteres y estatus muy diferentes: Polonia central (Polonia del Congreso) y los antiguos territorios del este de Polonia. Hubo poca cooperación de la nobleza polaca con el Imperio ruso en ambas regiones. En lugar de eso, aportó la base social necesaria para una revuelta nacionalista.

La parte central en torno a Varsovia constituía el Reino de Polonia, autónomo dentro de Rusia y con el zar como rey. Su población era abrumadoramente polaca y, hasta la rebelión de 1830, el Reino de Polonia tuvo gobierno, poder legislativo y ejército propios, supuestamente bajo el mando general del zar y su virrey en Varsovia. Una vez sofocado el

levantamiento, el mariscal de campo Paskevich pasó a gobernar el área directamente, con la ayuda de funcionarios elegidos a dedo, como virrey ruso. Los emigrados polacos en Francia y Gran Bretaña formaron una serie de sociedades revolucionarias con objeto de poner fin a la gobernación rusa, pero ninguna de ellas tuvo éxito hasta después de la Guerra de Crimea. Los territorios orientales de la vieja Polonia, hoy Lituania, Bielorrusia y Ucrania occidental, tuvieron un destino muy diferente. Los polacos residentes en ellos eran, sobre todo, nobles de diferentes nacionalidades propietarios de siervos, cuya relación con la causa polaca iba de cierta simpatía en Lituania a gran hostilidad en Ucrania. Dado que los habitantes de las ciudades eran predominantemente judíos, y por tanto no formaban parte de la nación polaca a ojos de los revolucionarios, la base en potencia de la causa polaca era muy exigua. Para empeorar las cosas, estas áreas jamás fueron autónomas dentro del imperio, aunque las autoridades rusas siguieran aplicando la ley polaca en litigios civiles y criminales hasta la década de 1830.

El Reino de Polonia, donde la servidumbre había sido abolida por Napoleón, se desarrollaba más rápidamente que el interior ruso, lo que complicaba aún más la situación. Surgieron industrias de textiles en Varsovia, Lodz y otras ciudades, en su mayoría por iniciativa de empresarios inmigrantes (judíos, alemanes y de otras nacionalidades), que atraieron a los trabajadores judíos y polacos. También se modernizaron las ciudades, desplazando los viejos centros con sus nobiliarios palacios y sus empobrecidos artesanos. Varsovia se convirtió en el núcleo de la agitación. La reacción de las autoridades rusas a la nueva revuelta de 1863-1864 fue una reducción de la limitada autonomía de Polonia, política

que acabó recibiendo el nombre de «rusificación». Incluso se cambió el nombre oficial de Reino de Polonia por el de «Provincias del Vístula», y en adelante el sistema escolar tendría que enseñar ruso. El gobierno de Rusia dictó reformas sobre la tenencia de tierras más favorables para el campesinado, al que veía como posible contrapeso del poder de los nobles. La respuesta polaca a la derrota fue una generación que huía de la política y se fijaba objetivos menores, la construcción de una sociedad civil a través de la educación, aunque fuera en ruso, y sacar partido a su floreciente economía. La ironía era que buena parte de la prosperidad polaca era fruto del gigantesco mercado que representaba el Imperio ruso, donde las mercancías polacas, no competitivas en Europa occidental, encontraban una clientela favorable. En la década de 1890, con el renacer de la política polaca, nuevos grupos pasaron a la clandestinidad: los nacional-demócratas, un grupo nacionalista de clase media y los diversos partidos socialistas, todos los cuales desempeñarían un papel importante en 1905.

#### LAS PROVINCIAS BÁLTICAS

En algunos aspectos, las provincias bálticas, Estonia, Livonia y Curlandia (hoy Estonia y Letonia), se vieron más profundamente afectadas por la evolución del Estado y la sociedad en el Imperio ruso que otras áreas europeas no rusas<sup>[1]</sup>. Alejandro I había abolido la servidumbre en estas provincias en 1816-1819. Aunque la emancipación sin tierras dejó a los campesinos estonios y letones como arrendatarios o aparceros de la nobleza alemana, a menudo obligados a prestar servicios laborales, puso en marcha el proceso de modernización. El papel de las provincias bálticas como puertos de acceso al Imperio ruso convirtió a Riga en un

importante centro comercial y finalmente industrial a finales del siglo XIX. A la vez, la restauración de los privilegios nobiliarios bálticos bajo Pablo I dejó en manos de la nobleza las asambleas provinciales de nobles –todos ellos alemanes– y la reinstauración de formas tradicionales de gobierno: el control real quedó en manos de la nobleza y los miembros de la alta sociedad urbana. Las asambleas de nobles eran de libre elección. Trabajaban directamente con el zar, con frecuencia dejando al margen al gobierno central del área. Se trataba de instituciones de un tipo que no existía en el resto del imperio (salvo en Finlandia) y perpetuaban el dominio de una nobleza étnicamente distinta sobre la población rural.

A causa de la pervivencia de instituciones nobiliarias autónomas y la libertad de los campesinos, los efectos de las reformas de la década de 1860 fueron diferentes en las provincias bálticas que en el resto del imperio. Gracias al sistema legal local, la prensa floreció y se vio mucho menos restringida que en otros sitios. Junto a la anterior prensa alemana, aparecieron en Letonia y Estonia periódicos y revistas ofreciendo un foro para el debate político, así como para polémicas culturales y nacionales. Siempre había habido minorías de artesanos y pequeños comerciantes letones y estonios en las ciudades, y el desarrollo económico condujo a un rápido flujo de población del campo a la ciudad. A la vez, la extensión de la educación, como en otros lugares del imperio, hizo surgir una clase instruida entre los pueblos bálticos y sociedades culturales voluntarias transmitían ideas nacionalistas a estonios y letones. Para estas nacionalidades emergentes, el enemigo eran los alemanes, no el zar ruso ni el pueblo ruso. De hecho, los eslavófilos rusos creían que el gobierno imperial debía azuzar a los estonios y los lituanos

contra los alemanes, pero las políticas conservadoras favorables a la nobleza de San Petersburgo, así como los excelentes contactos en la corte de los nobles bálticos, impidieron la plena implantación de semejante táctica por parte de las autoridades rusas.

Todos estos cambios condujeron a un conflicto entre San Petersburgo y la nobleza báltica, pero las asambleas locales de los nobles siguieron existiendo y funcionando. En el campo, la nobleza alemana seguía dominando por completo. En su mayoría, la elite aristocrática permaneció leal al imperio y seguían prestando servicio en el ejército o la administración rusos. La existencia de esta nueva Alemania unida a partir de 1870 representó un atractivo para algunos, pero en general la confianza en la nobleza fue una política exitosa en las provincias bálticas. La situación varió en 1900, cuando los cambios sociales y los movimientos nacionalistas situaron a las mayorías estonias y letonas en el centro del escenario de la sociedad y la política. Y no se trataba de nobles.

#### FINLANDIA

Como las provincias del Báltico, Finlandia mantuvo instituciones autónomas hasta el fin del imperio, pero estas instituciones y el pueblo finlandés eran muy distintos a los de las provincias bálticas. Finlandia, en palabras de Alejandro I, había sido «elevada al rango de nación» por su anexión por Rusia en 1809. Ya no era tan solo una extensión al este de Suecia con un idioma exótico hablado por campesinos, sino que era un país por derecho propio bajo el zar ruso. Alejandro también permitió a Finlandia la conservación de sus leyes y la religión luterana de sus tiempos suecos, un gobierno propio en Helsinki y un legislativo que usaba como modelo la vieja

Dieta sueca. Al contrario que en las provincias bálticas, los campesinos finlandeses nunca habían sido siervos, sino arrendatarios o propietarios, y la Dieta finlandesa continuó con la práctica sueca de incluir a representantes de los campesinos.

Al principio, los zares rusos pudieron confiar en Finlandia sobre la base de la lealtad de la nobleza sueco-parlante. Descubrieron que esta carecía tanto del antagonismo al dominio ruso propio de los nobles polacos como del egoísmo de casta de los alemanes bálticos. De hecho, durante buena parte del siglo, los zares vieron con buenos ojos el desarrollo económico, la construcción del Estado y la emergente consciencia social en Finlandia. La relación, como norma pacífica, no estuvo exenta de roces, aunque Nicolás I jamás convocó una reunión de la Dieta finlandesa. El gobierno local de Helsinki permaneció en el poder, poniendo en marcha numerosos proyectos educativos y económicos con el apoyo de los gobernadores generales rusos y el Secretariado del Estado finlandés en San Petersburgo (habitualmente encabezado por un finlandés). La inauguración de una universidad en Helsinki no solo elevó el nivel cultural, sino que también proporcionó un centro para una emergente cultura nacional, tanto entre los suecos como entre los finlandeses, que reafirmaba la dignidad nacional al tiempo que su lealtad al imperio. Quizá el resultado más importante fuera la recopilación de folclore finlandés de Lönnrot, el *Kalevada*, en su mayor parte recogido entre el campesinado de habla finesa del norte de Rusia, más que en la propia Finlandia. El finés no tardó en convertirse en un lenguaje literario junto con el sueco, aunque el segundo siguiera siendo la lengua básica de la administración hasta el

final del Imperio ruso. Dado que el acuerdo de 1809 añadía los territorios tomados por Pedro el Grande al resto de Finlandia, la frontera llegaba casi hasta San Petersburgo. A pocas horas de su capital, el zar ruso se convirtió en un monarca constitucional. Conservó su propia legislación, por lo que los revolucionarios rusos podían ocultarse en Finlandia, sin obstáculos legales a sus actividades.

La Guerra de Crimea también acarrió destrucción a Finlandia: la marina británica bombardeó e incendió una serie de ciudades costeras, aunque no hubo bombardeo capaz de derribar el gran fuerte de Sveaborg, en la bahía de Helsinki. Finlandia demostró en repetidas ocasiones su lealtad y se vio recompensada en la era de reformas. Como en el resto del imperio, el final de la Guerra de Crimea significó una relajación radical de la censura y una nueva política económica orientada al crecimiento capitalista. Con el desarrollo económico y las reformas, llegaron a Finlandia los periódicos, la opinión pública y el nacimiento de agrupaciones políticas. El cambio decisivo se produjo en 1863, cuando el zar Alejandro convocó a sesión a la Dieta finlandesa, un legislativo elegido que representaba a «bienes» (nobleza, ciudadanos, clérigos y campesinos), no al país en su conjunto, dado que el derecho al voto era marcadamente restringido. Los campesinos hablaban abrumadoramente finés y el zar reconoció sus derechos el mismo año. Ordenó que las peticiones y otros documentos dirigidos a la administración pudieran presentarse en finés o en sueco indistintamente (el ruso no se mencionaba siquiera). Los diputados de los campesinos finlandeses, todos ellos firmes defensores de su idioma, eran los principales aliados del zar en Finlandia frente a los liberales, los diputados urbanos o nobles, en su



mayoría de habla sueca.

La inclusión en el Imperio ruso creó una nueva situación económica en Finlandia, ya que San Petersburgo era un gigantesco sumidero de mano de obra y mercancías. A comienzos del siglo XIX vivían en San Petersburgo más finlandeses que en ninguna ciudad de Finlandia, y el agro finlandés aportaba una proporción creciente de los suministros alimentarios de la capital. El veloz desarrollo del interior ruso tras la emancipación y la construcción de los ferrocarriles aceleró la integración de Finlandia en la economía del imperio, mientras sus plantas textiles y metalúrgicas surtían de productos al aparentemente inagotable mercado ruso. Así pues, tanto a los nobles como a los hombres de negocios les interesaba preservar una autonomía estable en el seno del imperio. Esta historia de amor llegó a su fin con el intento de «rusificación» realizado por el gobernador general N. I. Bobríkov en 1896-1902. Bobríkov decidió que Finlandia tenía que integrarse más en el imperio, objetivo compartido por el zar Nicolás II. Las medidas que adoptó Bobríkov fueron un tanto limitadas (uso del ruso por los altos funcionarios, amenaza de reclutar a los finlandeses para el ejército ruso) y en su mayoría no pasaron del papel, pero bastaron para generar una crisis sin potenciar el dominio ruso sobre el territorio. Como resultado, surgieron grupos radicales nacionalistas y disensiones entre la nobleza, los comerciantes y los hombres de negocios. Finlandia preservó casi todos sus derechos autónomos hasta el mismo 1917, pero Nicolás II y Bobríkov habían conseguido enemistarse con grandes sectores de la población, incluidas las elites.

LOS JUDÍOS

Los judíos constituían una parte sustancial, aproximadamente cinco millones, del Imperio ruso, alrededor de un 4 por 100 de la población total. Al inicio, la estructura social y legal de la comunidad judía era la heredada de Polonia. Solo en la década de 1860 comenzó el Estado ruso a instaurar una política judía distintiva, correspondiente a los principios de la era de la reforma.

Rusia no había contado con judíos entre su población desde finales del periodo kievano hasta la Primera Partición de Polonia en 1772. En el siglo XVIII se asentaron en Ucrania y Riga algunos mercaderes y artesanos judíos, pese a que era técnicamente ilegal y los grupos eran pequeños. Cuando Rusia adquirió su primera comunidad judía de importancia, la reacción del gobierno fue preservar el *statu quo*. El Kahal, la organización de comunidades judías, se mantenía como en la etapa polaca: los rabinos de cada ciudad recolectaban los impuestos para el Estado y la administración de justicia. Los judíos quedaron confinados en las anteriores provincias polacas (el Pale o «Zona de Asentamiento»), por lo que no podían adentrarse en el interior de Rusia, aunque su zona de residencia llegara a incluir las provincias del mar Negro con la nueva ciudad de Odesa. La actitud de Nicolás I respecto a los judíos fue esencialmente hostil, pero las únicas medidas significativas que tomó contra ellos fue incorporarlos al ejército (¡en una proporción superior a la de los cristianos!) y abolir formalmente los kahales en 1844. Prácticamente todos los judíos permanecieron en el Pale hasta la década de 1850.

Los gobiernos reformadores de la década de 1860 emprendieron un camino diferente, el de la integración selectiva (no se contemplaban la asimilación o «rusificación»). La idea era que para que los judíos fuesen más útiles al

Estado y la sociedad rusos, debían ser alentados mediante la educación a formar elites capaces de prestar servicios y ofrecer un liderazgo moderno a la comunidad judía. Con tal fin, el gobierno ruso atendió las peticiones de los comerciantes y banqueros judíos, y en 1859 se les permitió trasladarse a vivir fuera de la Zona de Asentamiento. En 1865, se concedió un permiso similar a los artesanos más acaudalados. Se creó una importante clase comercial e intelectual judía en San Petersburgo, cuyos líderes integraban la dinastía bancaria de los Ginzburg. Los vínculos de los Ginzburg con el gobierno y la corte les garantizaron una voz en los asuntos judíos hasta la década de 1880.

La otra cara de la política de reformas fue la concesión de acceso a los judíos a las universidades rusas a partir de comienzos de la década de 1850. El decreto de noviembre de 1861, que otorgaba a todos los licenciados universitarios los mismos derechos al trabajo privado y a la residencia concedidos a los cristianos, fue clave para los estudiantes judíos. A pesar de que el servicio al Estado les estaba vedado, estas medidas aceleraron la transformación de la sociedad judía. Coincidieron, más o menos, con la primera oleada de la Haskalah, la ilustración judía, que rechazaba el mundo religioso tradicional y abogaba por la adopción de la educación y de normas europeas. En 1886, aproximadamente un 14 por 100 de los estudiantes universitarios y alrededor de un 10 por 100 de los estudiantes de secundaria del imperio eran judíos.

El asesinato de Alejandro II resultó un desastre para los judíos del Imperio ruso. Como consecuencia de su muerte, se produjo una oleada de pogromos en las provincias del oeste (sobre todo en Ucrania), que se repitieron de cuando en

cuando durante dos años. La gente culpó a los judíos de la muerte del zar, saqueó sus hogares, asaltó y violó a mucha gente, aunque solo hubo dos muertos en medio de tanta violencia. El gobierno de Alejandro III acusó de las revueltas a la explotación de los campesinos por los judíos y empezó a derogar parte de la legislación existente. La decisión más destacada fue la introducción, en 1887, de cuotas de acceso a las universidades: un 3 por 100 para los judíos en San Petersburgo y Moscú, y de un 5 a un 10 por 100 en otros lugares. No obstante, fuera de ambas capitales, estas cuotas no se cumplían estrictamente. De hecho, las solicitudes de excepciones presentadas ante el ministro de Educación, y por otros medios, provocaron un incremento en el porcentaje de estudiantes judíos de un 27 por 100 (Járkov) y un 24 por 100 (Odesa). Además, miles de judíos iban a estudiar al extranjero, en especial a universidades de Alemania y Austria. Allí se encontraron con una paradoja. Aunque legalmente iguales en todos los aspectos a los estudiantes nativos, los judíos rusos tuvieron que enfrentarse a una cultura estudiantil que llegó a ser, a finales del siglo, nacionalista y militantemente antisemita. En las universidades rusas, donde los estudiantes apoyaban en su mayoría a la oposición liberal al Estado e incluso a los revolucionarios, la cultura estudiantil era en gran medida favorable a los judíos.

Así pues, el gobierno había dejado de lado el espíritu de la integración selectiva, pero la mayor parte de la estructura legal permaneció vigente y la modernización de la sociedad judía siguió adelante, si bien con lentitud. La falta de un progreso más generalizado inspiró diversas respuestas, una de ellas la emigración en masa a Europa occidental y Estados Unidos, pero esta opción no era accesible ni universalmente

deseada. Otra respuesta fue la aparición de una prensa judía liberada en su política y orientada a la reforma del imperio. El barón Ginzburg y la elite judía de San Petersburgo hacían *lobbies* incesantemente, pero cada vez con menor éxito a partir de 2882. La opción más radical, en especial entre los estudiantes y los jóvenes en general, era la revolución. Muchos judíos se sumaron a los populistas rusos, y posteriormente a los marxistas, que propugnaban la solidaridad internacional. Otros crearon grupos socialistas expresamente judíos, La Liga de Trabajadores Socialistas (el Bund) y finalmente el creciente movimiento sionista incitaron a los judíos a abandonarlo todo de una vez y emigrar a Palestina. Dado que a partir de la década de 1880 el gobierno ruso intentaba cada vez con mayor fuerza retratarse como «ruso», el antisemitismo se convirtió en cierto modo en una política social. Los pogromos como el de Ki - shinev en 1903, en el que murieron casi 50 judíos, envenenaron aún más la atmósfera. Como respuesta, los grupos radicales y liberales subrayaron su oposición a la discriminación legal y social de los judíos, y los partidos judíos se radicalizaron también.

A pesar de las restricciones, la evolución de la sociedad rusa significó que cada vez más judíos se incorporaran a las clases empresarial e intelectual, y cada vez más de ellos daban con el modo, legal o no, de eludir su confinamiento en la Zona. Llegado 1897, un 6 por 100 de los judíos vivían oficialmente fuera de la zona de reclusión, muchos de ellos extraoficialmente. Aparecieron comunidades judías en San Petersburgo y Moscú, e incluso en ciudades del Volga, lejos de las áreas autorizadas. Los judíos estaban penetrando en la sociedad rusa, y la aparición de la política de masas en 1905

las pondría en el centro del escenario en muchos aspectos, algunos de ellos altamente explosivos.

#### LOS UCRANIANOS

Los ucranianos componían el mayor grupo no ruso del imperio, pero apenas desempeñaron papel alguno en el mismo hasta 1905, salvo como potencial oposición al movimiento nacional polaco y sus demandas. Su menor cometido fue el resultado de la ambigüedad de la consciencia social ucraniana, que iba transformándose entre algunos grupos de la intelectualidad, si bien lentamente y de modo incompleto, de una identidad local rusa en una identidad nacional ucraniana.

Antes de la Guerra de Crimea, los territorios de Ucrania eran ucranianos solo en lo referente a la nacionalidad del campesinado, salvo la orilla izquierda, el anterior hetmanato, y la provincia de Járkov. La nobleza de estas regiones, que descendía de oficiales del distrito de Jmelnitski, mantenía tradiciones locales a modo de historia y una modesta literatura regionalista en ruso y, ocasionalmente, en ucraniano. En las décadas de 1830 y 1840, las actividades culturales de esa nobleza local eran vistas con buenos ojos desde San Petersburgo, como contrapeso a los movimientos políticos polacos y ejemplo regional del carácter único, inimitable, de Rusia. La figura dominante de la cultura ucraniana, sin embargo, provenía de un medio muy diferente. Se trataba de Taras Shevchenko, un siervo cuyo talento como dibujante le había abierto las puertas de la Academia de las Artes de San Petersburgo y le había liberado de la condición de siervo. Una rifa organizada por nobles rusos, en la que el premio habría de ser un retrato del poeta Vasili Zhukovski, recaudó dinero suficiente para pagar el

precio de su emancipación. Sin embargo, sus primeros volúmenes de poesía atrajeron más atención que su pintura. De vuelta en Kiev, se unió al historiador Nikolái Kostomárov y otros intelectuales que soñaban con un federalismo eslavo. Estos sueños despertaron las sospechas de las autoridades en vísperas de 1848, y supusieron para el poeta una década de exilio en las costas del mar Caspio.

Tras Crimea, los cambios en la sociedad y el gobierno rusos tuvieron un marcado efecto sobre la diminuta intelectualidad ucraniana. Sus miembros empezaron a publicar una revista en San Petersburgo y se implicaron en las muchas actividades de los liberales y radicales rusos, incluyendo el intento de educar al campesinado. Shevchenko regresó del exilio y retomó su posición central en la cultura ucraniana. Los esfuerzos culturales de la naciente *intelligentsia* se interrumpieron bruscamente en 1864 y 1867, cuando la mayoría de sus publicaciones fueron prohibidas por miedo a que los nacionalistas polacos logran infiltrarse en el movimiento ucraniano. En las ciudades de Ucrania, aparecieron pequeños grupos de intelectuales con orientación ucraniana, pero de momento no tuvieron gran impacto. Las ciudades siguieron hablando ruso hasta 1917 y más adelante. La mayoría de los estudiantes de Liev o Járkov, ucranianos o no, ignoraron el movimiento y se sumaron a grupos radicales rusos, iniciaron sus carreras en la administración rusa y en otras instituciones. Se introdujeron los *zemstvos*, consejos electos locales, en las provincias del Margen Izquierdo. No obstante, sus ocasionales incursiones en la política estaban orientadas al imperio en su totalidad, no a problemas específicamente ucranianos. Se produjeron desacuerdos entre las diversas capas de la burocracia rusa respecto al tema del

lenguaje. Estos dieron lugar a la aparición de algunos libros en ucraniano, y se cultivaban la historia y las tradiciones locales en el idioma ruso. Irónicamente, el principal acceso a la historia ucraniana era la Sociedad Arqueológica de Kiev, que subsistía gracias a los fondos procedentes de los gobernadores imperiales rusos de las provincias del sudoeste. La principal causa de preocupación para el imperio era el movimiento ucraniano al otro lado de la frontera, en la Galitzia austriaca, donde la política electoral posibilitaba la existencia de una variedad de partidos ucranianos que, en su mayoría, no simpatizaban con los zares. En el Imperio ruso, sin embargo, el movimiento ucraniano no se extendería a una población más amplia hasta las vísperas de la Revolución de 1905.

#### EL IMPERIO ASIÁTICO

Si el lado europeo del imperio era en buena parte el resultado de ambiciones territoriales y estratégicas, el asiático combinaba esos objetivos con un deseo, en gran medida quimérico, de imitar el éxito económico de los imperios coloniales europeos. Dentro de ese marco general, las posesiones asiáticas rusas se dividían en dos áreas: el Cáucaso, que había adquirido en 1828, y Asia central, donde la conquista rusa comenzó con enorme impulso en la década de 1860. Para complicar más las cosas, los tártaros de Crimea y el Volga y los baskires, conquistados antes y rodeados de colonos rusos, desempeñaron un papel tanto en el gobierno imperial ruso como en la aparición del nacionalismo nativo en Asia central y otros lugares. En conjunto, los diversos territorios asiáticos del imperio constituían alrededor de un 25 por 100 de la población total.

En el Cáucaso, Rusia empezó a avanzar más allá de la



frontera del siglo <sup>xvi</sup> solo a partir del siglo <sup>xviii</sup>, anexionándose (de modo un tanto retórico) el norte del Cáucaso y luego Transcaucasia. Su control formal quedó prácticamente completado en 1828. Al sur de las montañas, los rusos instauraron una administración basada en un funcionariado ruso y la cooperación con la nobleza georgiana y armenia. Estas elites cristianas se integraron en la nobleza imperial como lo hicieron los alemanes bálticos o los finlandeses, y muchos de ellos ocuparon cargos de importancia en el Estado ruso, y particularmente en el ejército, hasta 1917. Los azerís y demás musulmanes eran otra historia, aunque el gobierno ruso logró atraer a buena parte de los clérigos musulmanes y otras elites locales al concluir las guerras del Cáucaso.

La conquista del Cáucaso se había producido para asegurar el flanco oriental contra los otomanos. En su planificación tuvieron cierto peso cuestiones comerciales, ya que se suponía que el comercio con y a través de Irán proporcionaría grandes beneficios. La idea resultó ilusoria, porque Rusia carecía de la infraestructura comercial para sacar partido, pero esto no quedó claro hasta la década de 1830. En cualquier caso, el valor estratégico del Cáucaso y Transcaucasia como frontera sur frente a Turquía era inmenso. Los rusos no estaban dispuestos a marcharse solo porque el comercio con Irán no trajera consigo mayor bonanza. Los pueblos de las vertientes norte del Cáucaso no se sintieron impresionados por los intereses estratégicos rusos. Menos aún les gustó la penetración gradual de colonos rusos en las tierras bajas adyacentes. El resultado fue una guerra.

Las guerras caucásicas del siglo <sup>xix</sup> se desarrollaron en dos frentes y dos fases. Un frente se encontraba en el extremo oeste de la cadena montañosa y sus estribaciones, y los

principales oponentes eran los circasianos, mientras que el otro estaba muy al este, en Daguestán y partes de Chechenia. Las guerras comenzaron con el intento ruso de construir una línea de fortalezas en la zona en 1817, que se enfrentó a una resistencia furiosa tanto en el este como en el oeste. Daguestán se convirtió en el principal centro de esta resistencia en 1830, con el islam como bandera. Los líderes formaban parte de la orden sufí Naqshbandi, que actuaba como líder de la rebelión. En 1834, los montañeses nombraron a Shamil su imán y durante los siguientes 25 años encabezó la lucha en Daguestán y Chechenia desde su fortín en las montañas del sur de Daguestán, donde había nacido. Fue una guerra de pequeñas unidades, incursiones nocturnas, tácticas de guerrilla y masacres ocasionales, que irritaban a los rusos pero no los derrotaban. Los intentos del ejército ruso de enviar expediciones a las montañas para someter a los insurgentes fueron igualmente estériles hasta la década de 1840. Entonces se dieron cuenta de que la solución a su problema no era usar más tropas ni librar batallas, sino construir caminos y abrir claros en los densos bosques caucasianos. Fue más el hacha que las armas lo que dio a los rusos ventaja en las guerras del Cáucaso, nuevas hachas «americanas» blandidas por miles de soldados rusos. Al terminar la Guerra de Crimea, el príncipe Aleksandr Bariatinski, virrey del Cáucaso, decidió poner fin al asunto e hizo avanzar grandes fuerzas rusas. Shamil tuvo que rendirse en 1859, en lo que fue el final definitivo de la resistencia. En las laderas del noroeste del Cáucaso, la guerra contra los circasianos continuó con intermitencias hasta la década de 1860, cuando el gobierno ruso les animó a que se trasladaran a los dominios otomanos, dejando grandes superficies de la

falda occidental del Cáucaso libres para los colonos rusos. Desde entonces hasta 1917, el Cáucaso norte permaneció en paz. Hasta los sufíes volvieron a centrarse en asuntos puramente religiosos y rechazaron la guerra santa. En 1914, Rusia puso en campaña toda una división de caballería compuesta de daguestaníes, chechenos y otros montañeses caucasianos, con oficiales rusos y georgianos al mando de un gran duque. En el ejército ruso había 10 generales y 186 coroneles musulmanes en 1914, en su mayor parte caucasianos, aunque los musulmanes no se unieron a la elite imperial en San Petersburgo. La mayor parte del Cáucaso norte permaneció bajo gobierno militar, con oficiales rusos (a menudo, georgianos o armenios) asignados a la supervisión de las comunidades locales, en las que los ancianos de las aldeas conservaban el poder.

En el lado sur de la cadena montañosa, la sociedad evolucionó en respuesta al gobierno ruso y los cambios sociales que trajo consigo. Las grandes reformas pusieron fin a la servidumbre en Georgia, creando una crisis para buena parte de la nobleza rusa. Al mismo tiempo, la lenta difusión de la educación condujo a la aparición de una intelectualidad georgiana, políticamente liberal y decidida a preservar y dar continuidad a la cultura nacional. Algunos miembros de la generación más joven se sentían atraídos por el populismo ruso, y en la década de 1890 surgieron los primeros grupos georgiano-marxistas en Tbilisi y Bakú. De modos similar, los armenios contaban con una clase negociante local y su propia intelectualidad, ambas con centros en Tbilisi y Bakú en vez de en Ereván, que seguía siendo una adormilada ciudad provinciana. Para los rusos armenios, los temas candentes eran la situación de los armenios al otro lado de la frontera,

en los territorios otomanos, y la creciente presión rusa sobre la Iglesia armenia. El radicalismo nacionalista de la *intelligentsia* armenia desembocó en la fundación en Tbilisi de la Federación Revolucionaria Armenia [Dashnaksutiun] en 1890, un partido nacionalista con un programa tibiamente socialista. Aunque su principal adversario eran los otomanos, la Dashnak no tardó en ganarse la enemistad de las autoridades rusas.

Dada la lentitud del crecimiento económico, el desarrollo en Transcaucasia permanecía en el nivel de la agricultura campesina, la producción artesanal y el comercio, con una excepción: Bakú. La gran ironía es que la Transcaucasia rusa aportó un gran beneficio económico al imperio con los campos petrolíferos de Bakú. Los productores locales, en su mayoría armenios, explotaban ya el petróleo a pequeña escala para la iluminación y otros fines. A mediados del siglo hizo su aparición la nueva tecnología de perforación, en manos de locales o rusos. La rama rusa de la familia sueca Nobel se convirtió en la mayor productora, vendiendo queroseno como combustible para lámparas por toda Rusia. Se les sumaron los Rockefeller norteamericanos, pero Nobel mantuvo la primacía hasta la revolución. Se alzó en las orillas del Caspio una ciudad moderna, de tipo europeo, habitada fundamentalmente por georgianos, armenios, rusos y azeríes. Hasta 1905, los azeríes mostraron escaso interés por la política civil o las nuevas ideas, pero bajo la superficie estaban profundamente influenciados por los cambios que emanaban de Bakú.

#### ASIA CENTRAL

Rusia había empezado a moverse hacia el sur, entrando en Kazajistán en el siglo XVIII. No obstante, hasta la Guerra de

Crimea, sus principales actividades habían sido la construcción de puestos fronterizos y el mantenimiento de su influencia sobre los diversos jefes tribales. Los intentos de una penetración más profunda fueron inútiles. Solo en 1853 consiguieron apoderarse los rusos del pequeño fuerte de Ak Mechet en Syr Darya, cerca del mar de Aral, en el lado sur de la estepa kazaja. No ocurrió nada más hasta 1860. El ejército y el Ministerio de la Guerra eran las fuerzas motrices que impulsaban la expansión de Rusia en Asia central, en parte por la necesidad de controlar la frontera de Kazajistán y en parte por miedo a una expansión británica hacia Afganistán y más allá. El contexto inmediato decidió el establecimiento de una línea de fortalezas al sur de la estepa kazaja, en las fronteras norte de Asia central propiamente dicha. Esto significaba apoderarse de las fortalezas construidas por los kanes de Kokand para controlar a los kazajos del sur, lo que hizo que Rusia entrara en conflicto tanto con Kokand como con Bujará. En 1860-1864 los rusos se hicieron con los fuertes de Kokand en el límite sur de la estepa kazaja, a continuación avanzaron hacia el sur contra las ciudades de Asia central. Por propia iniciativa, pero con la aprobación tácita del Ministerio de la Guerra, el general Mijaíl Cherniáyev tomó Tashkent en 1865, lo que otorgó a Rusia una sólida cabeza de puente en el rico y fértil valle de Ferghana, la base de Kokand. Los kanatos en Asia central de Jiva, Bujará y Kokand, en gran medida uzbekos, estaban anticuados incluso según los estándares de Oriente Próximo para el siglo XIX, y pronto cayeron en poder de los rusos. Los intentos de los kanatos de rechazar a los rusos solo les acarrearón más derrotas y en 1876 la totalidad de Kokand estaba bajo el gobierno de Rusia. Bujará y Jiva se vieron

reducidos a protectorados rusos siguiendo el modelo de los Estados nativos de la India británica, y en 1881 el general Mijaíl Skobelev eliminó lo que quedaba de resistencia entre los turcomanos. El Imperio ruso se extendía ya hasta las fronteras de Irán y Afganistán. La conquista no supuso un gran coste para Rusia: a lo largo de los años de combates solo murieron unos pocos cientos de soldados. Los hombres de los kanatos no estaban habituados a la forma europea de guerrear y, aunque numerosos y valientes, no pudieron hacer frente a unas tropas disciplinadas. Los problemas más graves para los rusos fueron logísticos: cómo transportar hombres y equipamiento sobre áridas estepas y auténticos desiertos, desafiar al calor intenso durante el verano y al frío estepario sin refugio en invierno. Por suerte, por mucho que preocupara a los británicos esta expansión, Asia central estaba demasiado lejos para que las autoridades de Delhi y Londres pudieran contrarrestar los movimientos rusos. Irán y Afganistán separaban las posesiones rusas tanto de los británicos como de los otomanos. Esto no significa que a Gran Bretaña no le preocupara la política rusa, obsesionada como estaba por la amenaza de perder India. La consecuencia fue la prolongación de la larga «guerra fría» entre ambos imperios. La situación supuso enormes quebraderos de cabeza al príncipe Gorchákov en el Ministerio de Exteriores ruso, ya que su prioridad era la estabilidad en Europa. A menudo, el ejército actuaba sin informarle de sus propósitos, hasta que era demasiado tarde para plantear objeciones.

Los administradores coloniales rusos, con el general Konstantín von Kaufman a la cabeza, estaban empeñados en evitar los errores cometidos en el Cáucaso, para ellos un enfoque militar ciegamente estrecho de lo que era un

imperio. Pretendían imitar a los maestros imperialistas, sus rivales ingleses, y construir un imperio moderno. Asia oriental sería modernizada mediante la construcción de infraestructuras europeas, ofreciendo educación a los nativos y potenciando, o directamente realizando, inversiones que beneficiaran al imperio. La gran idea era la potenciación del cultivo de algodón, que ya era una cosecha importante, para abastecer a la industria textil rusa. Solo a comienzos del siglo xx, el proyecto tuvo un éxito modesto. Todos estos planes modernizaron en pequeña medida la sociedad de Asia central, una de las partes más pobres y retrasadas del mundo musulmán. No obstante, esos elementos innovadores tuvieron otros efectos, ya que dieron a luz a una pequeña intelectualidad local con algunas ideas modernas.

El desarrollo de la *intelligentsia* local fue una respuesta no solo al gobierno ruso, sino también a fermentos presentes en otros pueblos musulmanes del Imperio ruso y más allá. Una corriente era el turanismo o panturquismo, el concepto de que todos los pueblos turco-hablantes eran en realidad una nación, propuesto por el aristócrata tártaro de Crimea Ismaíl Bey Gasprinski. Gasprinski proponía un Estado y un islam modernizados, pero sus puntos de vista sobre la unidad de los pueblos turcos levantaron en San Petersburgo sospechas de que estaba favoreciendo los objetivos de la política exterior turca contra Rusia. Otra tendencia muy influyente en Asia central era el jadidismo, nombre que proviene del árabe *jadid* ('nuevo'). El jadidismo, que inició su camino a finales del siglo xix entre los musulmanes de la India británica, creía que un islam modernizado, despojado de los añadidos de los siglos transcurridos, estaría más próximo a la inspiración original de Mahoma. Como Gasprinski, los

jadidistas querían un sistema moderno de educación, que fuera más allá que la memorización forzosa del Corán en árabe y el estudio de textos islámicos clásicos. También perseguían adoptar muchos de los rasgos característicos de la sociedad contemporánea, que para ellos no contradecían el espíritu de su religión, incluidas las prácticas islámicas de la época. Estas ideas pronto se divulgaron entre los tártaros del Volga, que vivían entre rusos que disfrutaban de una sociedad más moderna que la tártara. Los comerciantes tártaros del Volga habían sido durante siglos los intermediarios comerciales entre Bujará, Jiva y Rusia. Ahora, muchos se desplazaron para asentarse en Asia central bajo la égida del Imperio ruso. Encontraron un público receptivo entre la *intelligentsia* local, que quiso poner en práctica dichas ideas. En las ciudades de Asia central, el único fruto fueron unos cuantos pequeños círculos culturales, pero representó el comienzo de la construcción moderna de una nación.





Ilustración 15. Nómadas kirguises (kazajos) alrededor de 1900.

Una vez conquistada, Asia central no fue un problema grave hasta casi el fin del imperio. Aparte de una pequeña revuelta islámica en Andijan, el interior de Asia central estuvo en calma. En la estepa kazaja, las cosas eran algo más complicadas. En los límites del norte de la estepa comenzaba a desarrollarse una pequeña intelectualidad kazaja, dependiente de las instituciones rusas y leal al imperio. La integración económica de los kazajos en la emergente economía industrial rusa supuso la demanda de ganado vacuno y otros productos, que destruyeron la sociedad nómada tradicional. Entre ellos se asentaron gran número de

colonos rusos con el apoyo del Estado. Sin embargo, prácticamente no existió ningún conflicto abierto antes de 1905.

#### LA APUESTA POR MANCHURIA

El último intento de Rusia por construir un imperio siguiendo el modelo occidental fue su expansión hacia Manchuria. El *Transiberiano* de Witte atravesaba directamente territorio chino hasta llegar a Vladivostok. Rusia se labró una esfera de influencia, como las demás potencias occidentales presentes en China. Los rusos controlaban el ferrocarril y el Ministerio de Finanzas tenía su propio cuerpo de policía para vigilarlo. El fuerte de Port Arthur se convirtió en una base para la marina rusa y también reforzaba la presencia militar de Rusia en Manchuria. El centro de la administración y los negocios rusos, no obstante, era Harbin, una ciudad moderna construida desde cero por los rusos, con una administración rusa y un orden urbano progresista desconocido en el resto del imperio. La mayoría de las restricciones impuestas a los judíos, por ejemplo, no eran aplicables en Harin. Witte estaba levantando una Rusia moderna sobre suelo chino. Todos estos planes llegaron a su fin con la Guerra Ruso-Japonesa. La paz final entregó la base naval rusa de Port Arthur a Japón, y este siguió adelante con su proyecto de desarrollo y una ulterior expansión en China. Rusia conservó el control del ferrocarril, pero jamás llegó a ser preponderante en el norte de China. Manchuria estaba demasiado lejos del corazón de Rusia y demasiado cerca de Japón.

El Imperio ruso, en realidad un conglomerado, funcionó con éxito mientras logró perdurar como una coalición entre la nobleza ligada por la lealtad a la dinastía Romanov y

recompensada por la fidelidad de sus servicios. Está claro que este modelo era aplicable fundamentalmente a las áreas europeas y al Cáucaso cristiano, pero operó allí hasta que las tensiones de la modernización socavaron el dominio de los nobles. Rusia no podía abolir el estatus legal y la administración local en favor de un Estado unificado único que luchara por asimilar a todas las minorías bajo la lengua y la cultura rusas. De hecho, nadie en el gobierno ruso tenía tal objetivo. Al margen de la política del gobierno, había, por supuesto, otras fuerzas de integración más modernas: el poder del gigantesco mercado ruso, la puesta al día de la cultura rusa, medios de transporte como los de otros países, aunque todo ello fuera más débil que en Europa occidental. El resultado fue un equilibrio inestable en un imperio demasiado moderno como para seguir siendo un imperio de nobles en torno al zar, pero demasiado atrasado como para desencadenar plenamente los implacables y exitosos programas de germanización de las partes alemanas de Polonia. Estos últimos dependían de la combinación de recursos estatales, un entusiasta apoyo de un pueblo movilizado en torno al nacionalismo, y la fuerza de atracción económica de la sociedad alemana. Rusia contaba con poco de esto. Sus políticas, en especial en Polonia, en vez de resultar eficaces, pusieron a la gente en contra. La integración de minorías no rusas, que llegó a producirse y no fue desdeñable, provino de la noción de cambio social, no de la política del Estado.

A medida que transcurría el tiempo, las lealtades tradicionales iban erosionándose. En la década de 1890 emergieron movimientos nacionalistas entre las minorías, sin marcar aún el tono entre los pueblos no rusos. Pocos, salvo los

polacos y los finlandeses más radicales, anticipaban o buscaban la independencia: su objetivo era obtener mayor autonomía dentro de Rusia. A muchas minorías les inquietaban más otras minorías que los rusos o el Estado imperial. Para los pueblos bálticos, sus antagonistas principales eran los alemanes; los finlandeses luchaban por la cuestión del idioma finés-sueco, y los movimientos nacionalistas de polacos y ucranianos se temían los unos a los otros, y a los judíos. Los judíos politizados fueron adhiriéndose a movimientos socialistas propios, como el Bund [Liga], o al sionismo. Las grandes ciudades, en particular San Petersburgo, Moscú y las ciudades mineras y fabriles del Donbás, fueron poderosas fuerzas integradoras al atraer a miles de inmigrantes bálticos, finlandeses, polacos y judíos. La principal preocupación del Estado siguió siendo la política del núcleo ruso, la oposición liberal que iba madurando y los socialistas revolucionarios. La autocracia los veía a ellos, y no a los nacionalistas locales, como la auténtica amenaza. Y tenía toda la razón.

[1] En los siglos XVIII y XIX, el término «provincias bálticas» no incluía a Lituania, que formaba parte de la esfera política y cultural polaca. Letonia, Estonia y Lituania pasaron a llamarse «Estados bálticos» y a ser considerados un solo grupo tras su independencia en 1918.

## El declive de la autocracia

El cuarto de siglo transcurrido desde el asesinato de Alejandro II hasta la Revolución de 1905 fue un periodo de estancamiento político. La reacción del nuevo Gobierno fue interrumpir el proceso de reformas, reafirmar públicamente la necesidad de la autocracia y formular planes de contrarreforma. Los segundos se redujeron a poca cosa, pero el gobierno aprovechó toda posibilidad de impedir la discusión política y la organización del público. Aunque volvió a patrocinar el desarrollo económico en la década de 1890 bajo el ministro de Finanzas Sergéi Witte, se negaba a reconocer las implicaciones de la ulterior modernización de la sociedad que surgía en parte de sus propias medidas. El creciente aislamiento del gobierno y su propia falta de coordinación condujo al fallido intento de implantar un imperialismo moderno en Manchuria, un movimiento que condujo a una guerra fracasada contra Japón que estuvo a punto de derribar a la monarquía.

Alejandro III se había convertido en el heredero al trono en 1865, a la muerte de su hermano mayor. Alejandro tenía ya veinte años y era fruto de una rígida formación militar, contraria a la recibida por su hermano. En 1866 se casó con la princesa Dagmar de Dinamarca (María Fedorovna tras su conversión a la ortodoxia), un matrimonio estable con una mujer inteligente y con una visión en extremo conservadora. El joven heredero no era precisamente un intelectual, pero entró en contacto con las ideas eslavófilas en la corte y por medio de su tutor en jurisprudencia, Konstantín Pobedonóstsev. A través de su guardia y otros aristócratas

trabó amistad con el propagandista y conservador (y el gay más prominente de San Petersburgo) príncipe V. M. Meshcherski. Se trataba de conservadores radicales con elevados principios, que no albergaban más que desprecio por la libertad de expresión, la democracia y el gobierno representativo, todo lo cual les parecía una estafa que podía desembocar en una revolución. Desde su punto de vista, lo necesario era la unidad de la sociedad y el emperador, que consideraban la esencia de la autocracia. En la década de 1870, en buena medida por su asociación con el heredero, ejercieron una poderosa oposición contra los ministros más liberales de Alejandro II. Como parte de su intento de lograr un gobierno equilibrado, el zar Alejandro II nombró a Pobedonóstsev cabeza del Sínodo, posición que conservó durante los siguientes 24 años. Tras el ascenso al trono de Alejandro III, Pobedonóstsev aprovechó su cargo para mantener un contacto constante con el zar, ofreciéndole consejo en asuntos que sobrepasaban los temas eclesiásticos de su competencia. A ojos de la sociedad liberal y muchos funcionarios del gobierno, siempre desde su perspectiva conservadora, él tenía demasiado poder e influencia. Uno de sus mote más caritativos fue el de «Príncipe de la Oscuridad».

En realidad, Alejandro prestaba oídos a Pobedonóstsev y a Meshcherski, pero normalmente seguía los consejos de sus ministros al tomar sus decisiones. Por supuesto, pese a su conservadurismo, estos eran remisos a derribar la estructura tan cuidadosamente construida durante el reinado anterior. Esta estructura dejaba muchas áreas a la actuación discrecional de los ministros: relaciones con los *zemstvos*, casos de exilio administrativo de liberales o socialistas y otros. Aquí,

el zar y sus funcionarios escogían siempre la opción más violenta y autoritaria. Las «reglas temporales», dirigidas contra los revolucionarios, permitían a los gobernadores provinciales declarar estados de «seguridad reforzada», encarcelar a subversivos sin juicio previo, transferir casos a los tribunales militares, cerrar universidades y negocios. Las reglamentaciones perduraron hasta 1917, aunque se pusieron en práctica pocas «contrarreformas». La autonomía universitaria se restringió todavía más y el zar dictó un decreto nombrando a los nobles como «capitanes de tierra» para supervisar la aplicación de la ley en las aldeas. El objetivo del decreto consistía en aumentar el poder de los terratenientes en el campo, y otras normas relativas a la administración local fortalecieron a la burocracia frente a los *zemstvos*. Sin embargo, ninguna de estas medidas representó un cambio de importancia. En las ciudades, el gobierno endureció los requisitos de propiedad para ser candidato a las elecciones a la Duma, y prohibió que los judíos pudieran sentarse en ella, pero dejó intacta su estructura básica. El carácter reaccionario del reinado de Alejandro III radicaba en la falta de respuesta al cambio social y económico en curso, más que en un propósito orquestado de volver a una etapa anterior.

El nuevo reinado era un nacionalismo cada vez más estridente, incluyendo el antisemitismo oficial. De nuevo, se trataba más de un cambio de tono que de contenido. No obstante, se impuso con mayor rigor la legislación discriminadora contra los judíos, como las restricciones a residir fuera de la Zona de Asentamiento. En 1887 se introdujo la cuota formal de judíos en las universidades, además de nuevas leyes sobre el gobierno ciudadano. Hubo

incursiones ocasionales en la rusificación. Solían ser más retóricas que reales, ya que el Imperio ruso no disponía de los recursos para instaurar una política firme en este terreno. La propuesta de sustituir los colegios de enseñanza en alemán en las provincias bálticas por otros de enseñanza en ruso, una campaña importante para los nacionalistas rusos de la época, fracasó porque el Ministerio de Educación señaló que carecía de recursos, tanto para profesores como para nuevos edificios. Así pues, las escuelas de las provincias bálticas permanecieron en manos alemanas, es decir, locales. La continua presencia de aristócratas alemanes y otros no rusos en la corte, el ejército y el cuerpo diplomático, era otra cosa que marcaba nítidamente los límites de «rusificación» que promovía o intentaba imponer el gobierno.

Fue en la política exterior y económica donde el periodo de Alejandro III experimentó más cambios. En los años posteriores a Crimea, el príncipe Gorchákov había mantenido con firmeza la tradicional amistad con Prusia, procurando al tiempo aliviar las tensiones con Gran Bretaña y Francia. En esto último solo obtuvo un éxito parcial. La posición ambigua de la Alemania de Bismark al concluir la Guerra Ruso-Turca de 1878 minó la vieja alianza entre Berlín y San Petersburgo. La relación sufrió aún mayores pruebas al aproximarse Alemania cada vez más a Austria en el transcurso de la década de 1880, ya que tanto Rusia como Austria tenían sus propios designios sobre los Balcanes. En 1886, las dos potencias alemanas acabaron con la influencia rusa en Bulgaria. El enfriamiento en las relaciones ruso-germanas dejó a Rusia, a todos los efectos, aislada de Europa. La nueva Alemania, no obstante, se había construido gracias al triunfo en la Guerra Franco-Prusiana y la anexión de Alsacia-Lorena,



y por tanto tenía en Francia un implacable enemigo. Rusia y Francia descubrieron enseguida que compartían un interés común: la gran república y la autocracia del este firmaron en 1893 un tratado que las convertía en aliadas contra Alemania. Desapareció la constelación política que perduraba en el continente europeo desde 1815 y quedó sembrada la primera semilla que conduciría a la guerra en 1914. Hoy, el puente de Alejandro III en el centro de París recuerda aquella fatal alianza.

Aunque esta no fue, de momento, el detonante de la guerra, porque ninguno de los enemigos en potencia querían enzarzarse de inmediato. Los lazos dinásticos existentes entre Berlín y San Petersburgo permitieron a ambos bandos mantener la ilusión de que las cosas podrían arreglarse a su debido tiempo. Los respectivos ejércitos, sin embargo, no compartían esta opinión. El ejército ruso había empezado a replantearse sus defensas en el oeste en la década de 1870, cuando Alemania y Rusia todavía eran aliadas. También el ejército alemán se movió con rapidez, planificando una guerra en dos frentes. No obstante, la atención de los gobiernos y las sociedades estaba más centrada en Extremo Oriente. Allí se habían conjugado dos problemas: los planes económicos de Sergéi Witte y el ascenso de Japón.

Puede que Sergéi Witte fuera el último estadista dinámico y soñador del Imperio ruso, un hombre con grandes planes y un ego gigantesco al que le costaba tratar con los demás de igual a igual. Despreciaba a los otros ministros –en gran medida, con razón–, trazaba los planes con su personal y despachaba directamente con el zar. Cómo alcanzó este puesto, es una historia por derecho propio. Witte siempre dijo que sus antepasados eran holandeses y habían llegado a

Rusia desde las provincias bálticas. La verdad es que su abuelo era un alemán báltico de clase media (quizá con ascendencia holandesa) que trabajó como tutor para familias de nobles rusos. El joven Witte se licenció en Ciencias Naturales, no en Derecho administrativo como la mayoría de futuros funcionarios en la Universidad de Odesa. Al parecer, colaboró en una oscura sociedad de derechas, la «Unión del Arcángel Miguel», antes de trabajar en el Ferrocarril del Sudeste, un línea privada de tren que iba de Odesa a Kiev. Esto le proporcionó una comprensión del funcionamiento de la empresa capitalista a la que pocos altos cargos rusos podían aspirar. Alejandro III lo asignó primero al departamento de ferrocarriles del gobierno, y su ascenso fue rápido. En 1892, a los veinticinco años de edad, era ministro de Finanzas, un logro notable dentro de un gobierno cada vez más envejecido. Como anteriores favoritos del zar, el poder de los ministros dependía exclusivamente de la confianza del monarca. Witte era demasiado arrogante, demasiado tosco, y no estaba familiarizado con las sutilezas de la política en la ciudad para buscar aliados entre los ministros. Les consideraba en su mayoría incompetentes y timoratos, pero no tuvo en cuenta que sin ellos solo podía confiar en el zar. Y era sensato no olvidarlo con Alejandro III en el trono.

El gran proyecto de Witte era el *Transiberiano*, iniciado en 1891. En muchos aspectos, esta enorme línea de tendido, que se extendía a lo largo de todo el norte de Asia, se convertiría en su monumento. Sacó adelante el proyecto enfrentándose a muchos escépticos, primero con el apoyo de Alejandro III y después con el del hijo de este, Nicolás. El plan de Witte no era solo mejorar las comunicaciones con el punto más alejado del imperio. Era evidente que hacía falta

un cambio radical: los únicos modos de llegar de la Rusia europea al Pacífico era viajar a caballo o en embarcaciones durante varios meses, tomar un vapor desde Odesa, atravesar el canal de Suez y rodear India y China. Witte pretendía desarrollar Siberia, tanto por sus recursos naturales como por su potencial como área de asentamientos para aplacar el hambre de tierras de los campesinos. Al tiempo era consciente de que las potencias europeas estaban dividiéndose China en esferas de influencia y no quería que Rusia perdiera su parte. El último tramo de la ruta férrea habría de partir del lago Baikal y cruzar Manchuria hasta Vladivostok, dejando para más adelante un tendido dentro del territorio ruso. La idea era apoderarse de Manchuria como la porción correspondiente a Rusia de China, y ganar espacio para un estilo de colonización más moderno. El objetivo de Witte era una «penetración pacífica» en China por razones económicas; los militares rusos querían una base naval, y en 1896 consiguieron arrendar a China Port Arthur, en la costa sur de Manchuria. Rusia disponía de una firme base en el Lejano Oriente.

El único inconveniente de este brillante plan fue Japón. Exac tamente en la década de 1890, Japón empezaba a dar sus primeros pa sos hacia la construcción de un imperio en Asia, después de derrotar a China y su creciente poderío informal sobre Corea. La presencia de un ferrocarril ruso, Harbin y una base naval en Port Arthur, consecuencia directa de las políticas de Witte, irritaban enormemente a los japoneses. Momentáneamente, perduró la paz: Rusia, Japón y las potencias europeas trabajaron juntos para acabar con la rebelión bóxer en China (1900).

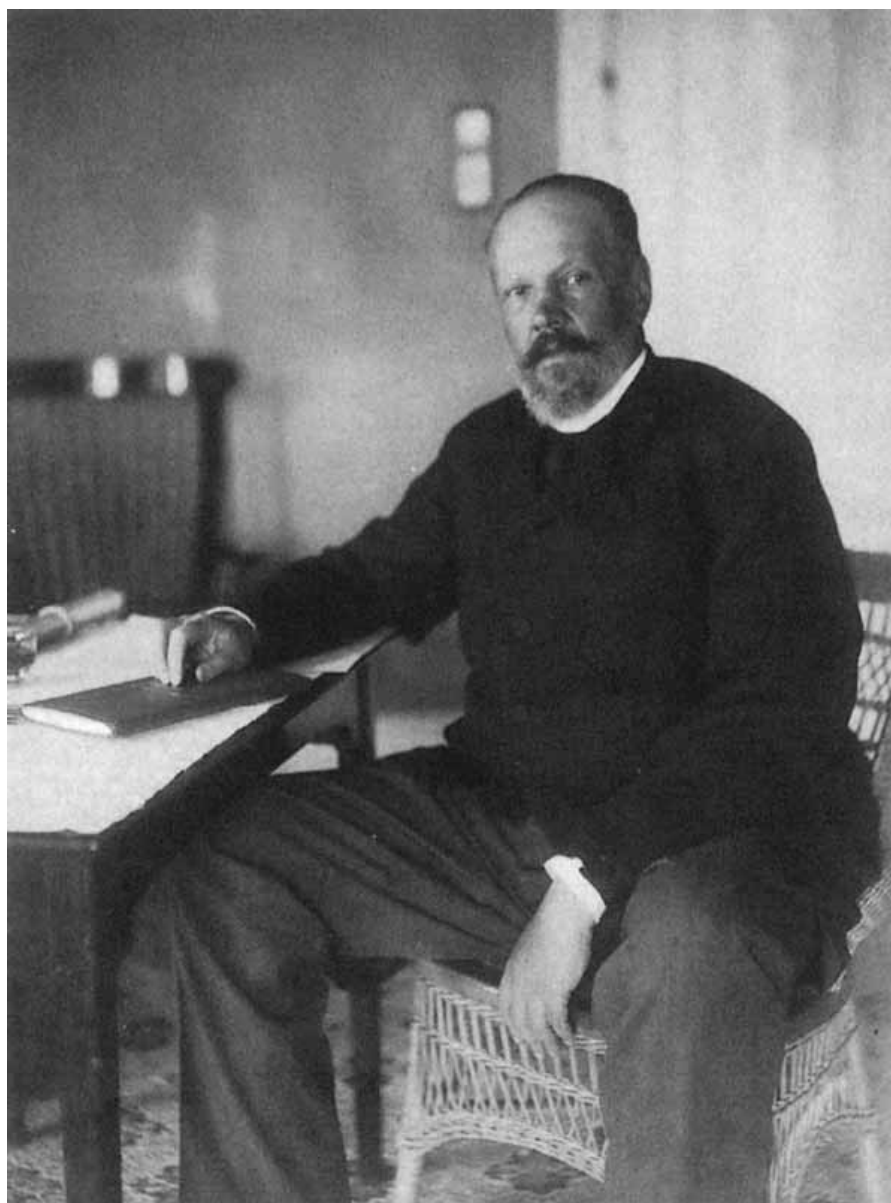


Ilustración 16. El conde Sergéi Witte, probablemente en New Hampshire con motivo del Tratado de Portsmouth en 1905.

Alejandro III murió en 1894. Aunque sus políticas impidieron a Rusia progresar en casi cualquier campo,

excepto la industrialización y la construcción del imperio, al menos era un líder firme capaz de tomar decisiones difíciles, como reconocía Witte. Su hijo, Nicolás II era un hombre con un carácter muy diferente. Carecía por completo de la habilidad de su padre para manejar las riendas y a sus ministros. En la mayoría de las ocasiones, Alejandro les había seguido la corriente. Sin embargo, también se mostró dispuesto a aceptar una visión minoritaria y apoyarla. Era frecuente que Nicolás se limitara a estar de acuerdo con el último con quien había hablado, y luego cambiara de nuevo de opinión. Compartía la visión de su padre sobre la inutilidad de las legislaturas, la libertad de expresión y los derechos humanos, y tendía a ver la mano de los judíos en el liberalismo y el socialismo. Si no hubiera sido el zar, habría sido el señor rural conservador ideal porque era también cortés, amable y familiar. Su esposa Alejandra, la princesa Alix de Hesse-Darmstadt, favoreció todas estas características. Era igualmente conservadora y estaba consagrada a su familia.



Ilustración 17. El zar Nicolás II en el yate imperial *Shtandart*.

Por desgracia, la devoción familiar de Alejandra y lo limitado de sus horizontes no fueron de gran ayuda para hacer frente a la hemofilia que su hijo Alexis padecía de nacimiento. Su respuesta fue recurrir a una serie de

sanadores, cada uno más influyente que el anterior. El miedo, plenamente justificado, a los terroristas aumentó el aislamiento de Nicolás y su familia, lo que a su vez hacía más difícil que comprendiesen lo que estaba ocurriendo a su alrededor. La inacabable ronda de viajes a Crimea y otros lugares, los ocasionales festejos en palacio y las excursiones en el yate familiar, no les dejaban mucho margen para entrar en contacto con la gente. Las pocas apariciones públicas eran minuciosamente orquestadas, a menudo como parte de ceremonias religiosas, lo que daba al zar y al pueblo una percepción absolutamente falsa de las necesidades del país y de la opinión pública.

Al principio, y aun así, todo fue bien. Nicolás, un gran entusiasta del Lejano Oriente y su desarrollo, apoyó sin reservas a Witte. Incluso ratificó la controvertida incorporación de Rusia al patrón oro propuesta por este en 1897, una medida pensada para potenciar la inversión y la industrialización, pero no necesariamente adecuada para los intereses agrícolas que defendía la nobleza. A partir de 1900, el apoyo del zar a Witte empezó a erosionarse. El nombramiento de Viacheslav Plehve, un oficial de carrera y una enérgica personalidad, como jefe del Ministerio del Interior introdujo un poderoso rival: a mediados de 1903, Nicolás había destituido de su cargo al ministro de Finanzas. La única solución de Plehve a los problemas de Rusia fue una mayor represión, tanto de los revolucionarios como de los liberales de clase alta y media.

Todos estos grupos opositores crecieron y se consolidaron rápidamente en la década de 1890. Los primeros en organizarse fueron los marxistas, que rechazaban el terror en favor de preparar a los trabajadores para realizar

huelgas y combatir a los empleadores y al Estado mediante la acción colectiva. Los marxistas, que lograron unirse y adoptar un programa general en 1898, fueron inmediatamente detenidos. Los diversos grupos marxistas no volvieron a agruparse hasta 1903. Cuando se reunieron en Londres, salió a escena un nuevo personaje, un graduado en Derecho de la Universidad de San Petersburgo con experiencia en la clandestinidad y el exilio. Era Vladímir Ilich Uliánov, cuyo pseudónimo revolucionario era Lenin. Hijo de un profesor de Ciencias de educación superior e inspector de escuelas públicas en Simbirsk, junto al Volga, Lenin había pasado de su exilio en Siberia a Europa occidental. Allí editó un periódico socialista, *Iskra* [*La chispa*], que ganó adeptos para el marxismo entre los estudiantes y unos pocos trabajadores, el caldo de cultivo del movimiento revolucionario. En el congreso de Londres, el partido fue refundado con un programa y una estructura más complejos, y surgieron los primeros desacuerdos. El objetivo de los marxistas era derribar al zar y fundar una república democrática («una revolución burguesa»). Es decir, creían que hasta conseguir esta meta no debían instaurar la dictadura del proletariado y la introducción del socialismo. De momento, el enemigo era el zar. Así pues, estarían actuando bajo la autocracia, continuamente en guerra con la policía. Lenin opinaba que el partido debía ser, sobre todo, un movimiento clandestino de revolucionarios profesionales. Entre sus adversarios, el más distinguido de los cuales era Yuli Márto, creían que Lenin exageraba la necesidad de concentrarse en la lucha clandestina y querían un partido más abierto. En la votación sobre el tema, Lenin ganó por un estrecho margen. Sus seguidores tomaron el nombre de bolcheviques (*bolshe*



significa ‘más’) y los de Mártov, el de mencheviques (*menshe* significa ‘menos’). Esta disputa todavía no había llegado a los pocos activistas obreros, y seguía siendo territorio de la intelectualidad, a la que pertenecían los líderes en aquellos primeros años. El padre de Mártov era un próspero hombre de negocios judío y periodista en la prensa rusófona judía. Él mismo había asistido al liceo y cursó un año en la universidad antes de que le detuvieran por revolucionario. Trotski provenía de una familia de granjeros judíos, descendientes de los colonos de Nueva Rusia desde tiempos de Alejandro I. Graduado en la escuela superior luterana en Odesa, León Trotski, como Lenin y Mártov, era un típico representante de los primeros líderes revolucionarios.

Los marxistas no fueron el único grupo político en formarse. En 1901, los grupos que miraban hacia atrás, hacia la vieja tradición populista de la década de 1870, se unieron para formar el Partido Socialista-Revolucionario. Seguían pensando que el capitalismo era algo trasplantado artificialmente a la Rusia campesina, y en teoría concentrarían sus esfuerzos en las aldeas. En la práctica, les resultó difícil organizar a los campesinos y la mayoría de sus partidarios estaban en las fábricas urbanas. Los SR, o eseritas, como les llamaban, absorbieron algunas ideas marxistas hasta dar a luz una ideología ecléctica, cuya falta de consistencia no la hacía menos atractiva. Además, seguían creyendo que el terror contra los funcionarios gubernamentales era una herramienta útil. Junto a los agitadores del SR en las fábricas, la Organización de Combate libró una guerra implacable contra el gobierno con una serie de espectaculares asesinatos. Como es natural, la policía centró sus esfuerzos en este grupo. De 1903 a 1908, la cabeza visible de la Organización de

Combate fue un agente de la policía llamado Evno Azev.

Los últimos en crear una organización, como era de esperar, fueron los liberales. Su aparición en el escenario político fue parte de la fermentación en curso en las clases media y alta rusas, que crecieron rápidamente hacia finales de siglo. Desde la década de 1860 habían surgido innumerables grupúsculos y asociaciones profesionales, organizaciones de químicos e ingenieros, médicos y agrónomos. Los hombres de negocios se mostraron particularmente activos en la formación de grupos de presión para forzar la implantación de políticas económicas, tasas protectoras y un marco legal más moderno (favorable a los negocios) para sus actividades. No eran simplemente grupos de fabricantes o banqueros que trataban privadamente con el gobierno y celebraban convenciones aprovechando la gran Feria de Nizhni Nóvgorod y las muchas exposiciones como foros para la discusión pública de sus demandas. Los periódicos se hacían amplio eco de estas reuniones, que abordaban las muchas necesidades de Rusia pero cautelosamente soslayaban temas constitucionales. Muchas de estas organizaciones fueron inicialmente apoyadas e incluso financiadas por el Ministerio de Finanzas, como medida para favorecer el progreso. Sus miembros eran, en su mayoría, profundamente leales a sus políticas. Con el paso del tiempo, las organizaciones de negocios y otras ampliaron sus debates sobre cuestiones sociales y económicas, expresando la frustración de estos estratos de la población con un gobierno que percibían como demasiado conservador y demasiado lento en su respuesta a las exigencias de una sociedad cambiante.

Algunos líderes liberales de la intelectualidad y los terratenientes empezaron a pensar que había llegado el

momento de organizarse de un modo más político. Llevaban décadas esperando que los *zemstvos* evolucionaran hacia un sistema de representación pública o que llegaran nuevas medidas, más liberales, desde el gobierno, que sustituirían la arbitrariedad por los derechos básicos y las consultas populares bajo una u otra forma. Nada de esto sucedió, pero los *zemstvos* constituyeron un foro en el que muchos nobles liberales y otros aprendieron a enfrentarse a los innumerables problemas locales, lo que les dio experiencia en la vida pública, y a la falta de voluntad del gobierno de compartir el poder más allá de cierto punto. En 1901, lo dieron por imposible, ya que el gobierno se negaba a dar un paso. Un grupo de activistas liberales formaron una red clandestina, la Unión de Liberación. Opuestos al terror y los métodos revolucionarios, decidieron que solo un grupo ilegal podría ir más allá de asuntos específicos y potenciar la discusión necesaria con ayuda de publicaciones introducidas de contrabando desde el extranjero.

En 1904, redes de activistas de diversas tendencias cubrían las grandes ciudades del interior de Rusia. En los límites occidental y del sur, los grupos nacionalistas y socialistas surgidos entre los polacos, judíos, georgianos, armenios y otros, añadieron más inestabilidad. El 27 de enero (9 de febrero) de 1904, la marina japonesa atacó la base rusa de Port Arthur y hundió la mayor parte del escuadrón. Visto desde San Petersburgo, Rusia había entrado en guerra con Japón en el otro extremo del globo. La única línea de comunicaciones era el *Transiberiano*, en buena parte de su recorrido aún de una sola vía y no completado del todo. El ejército ruso, lejos de sus bases y teniendo que cargar con generales ancianos, sufrió una serie de derrotas a lo largo del

año. En junio, un terrorista del SR asesinó a Plehve. Nicolás nombró al más tolerante príncipe Sviatopolk-Mirski en su lugar. La designación fue una sorpresa y en buena medida se debió a la insistencia de la madre de Nicolás, la emperatriz viuda María. Al tiempo que Sviatopolk-Mirski pretendía acometer algunas medidas moderadamente liberales, otra crisis se estaba gestando en San Petersburgo.

En las capitales, la policía llevaba tiempo frustrada por el éxito de los socialdemócratas y el SR entre los trabajadores urbanos. A pesar de las continuas detenciones, parecían lograr modestos avances. Alarmaban a las autoridades con su tozuda persistencia y la disposición de los trabajadores a escucharles. Entonces, la cabeza visible de la policía política de Moscú, Sergéi Zubátov, tuvo la idea crear un sindicato de trabajadores controlado por la policía. Ofrecería modestos servicios sociales a los trabajadores para paliar sus condiciones de vida, inculcándoles a la vez lealtad a la Iglesia ortodoxa y al zar. En San Petersburgo, el líder del sindicato era el padre Georgi Gapon, que no tardó en ganarse el entusiasta apoyo de los trabajadores y en plantear una seria amenaza para los revolucionarios. Cuando se produjo una huelga espontánea en los gigantescos centros fabriles del suburbio sur de la ciudad, Gapon se enfrentó a un dilema. La política de los sindicatos policiales era oponerse a las huelgas (consideradas violaciones del orden ciudadano en la ley rusa), pero sabía que perdería el apoyo de los trabajadores si tomaba ese camino, ya que estos se volverían hacia los radicales. Optó por dejar correr la huelga y propuso la idea de que los trabajadores tuvieran que presentar sus quejas al propio zar. Gapon asumió que el zar les escucharía y haría algo, lo que aplacaría los ánimos y pondría fin a la huelga. Mientras los

trabajadores se aproximaban al palacio de invierno bajo la nieve el 9-22 de enero de 1905, la respuesta del gobierno, nervioso por la agitación en la ciudad, fue alinear soldados delante del palacio y ordenarles que abrieran fuego sobre la multitud desarmada. Murieron más de 100 personas y muchas más resultaron heridas.

En el plazo de pocos días, los trabajadores de todas las partes del país, desde Polonia hasta Siberia, convocaron una huelga de cientos de miles de participantes. Se trataba de movimientos espontáneos sin sindicatos, sin paga por huelga y virtualmente sin liderazgo alguno. El sindicato de la policía quedó de inmediato desacreditado y los partidos revolucionarios, que solo contaban con unos pocos miles de activistas en todo el país, se vieron desbordados.

La Revolución de 1905, que estalló a continuación, fue un acontecimiento de una complejidad extraordinaria. El movimiento huelguista urbano era enorme, en especial considerando la falta de experiencia en tales acciones de la inmensa mayoría de los trabajadores y lo inadecuado de las estructuras organizativas. Por primera vez, el descontento campesino se generalizó en las aldeas. Bastó para desatar campañas militares de represión masiva, aunque el SR y otros partidos seguían enfrentándose a grandes dificultades para organizar a los campesinos. La mayoría de las áreas no rusas experimentaron las mismas convulsiones que el interior del país. Las fuerzas nacionalistas o socialistas predominaban en distintas zonas en diferentes momentos. En general, las clases medias liberales apoyaban estos levantamientos, si bien pasivamente, y culpaban al gobierno por el derramamiento de sangre. El gobierno estaba tremendamente aislado, aunque al zar Nicolás intentara aferrarse a la fantasía del leal

campesinado corrompido por los intelectuales y los judíos.

Para entorpecer las cosas, la guerra con Japón continuaba e iba de mal en peor. En primavera, los japoneses infligieron una grave derrota al ejército ruso en Mukden. Para sustituir al perdido escuadrón del Lejano Oriente, la marina envió a la flota del Báltico en un épico viaje en torno a África y el sur de Asia hasta el teatro de operaciones. Se encontró con la marina japonesa en Ysushima en mayo de 1905, y quedó casi por completo destrizada. En este punto, Nicolás y su gobierno comprendieron que no tenían otro remedio que buscar la paz. Esta se firmó en Portsmouth, New Hampshire, el 23 de agosto (2 de septiembre) de 1905, con Theodore Roosevelt como intermediario. Rusia perdió la base de Port Arthur y la mitad sur de la isla Sajalin, pero conservó su ferrocarril en Manchuria y sus edificaciones en Harbin.

Estos sucesos se desarrollaron sobre un fondo de agitación creciente. En primavera, solo en San Petersburgo, casi un millón de trabajadores se declararon en huelga, durante más o menos tiempo. Algunas huelgas eran políticas, pero en su mayoría eran reclamaciones salariales y por el trato ofensivo o condescendiente que recibían de las administraciones de las fábricas. La ocupación de tierras por los campesinos y los ataques contra las casas de la nobleza alcanzaron su cima en el transcurso del verano. Se extendió por toda Rusia central, Ucrania, Polonia, las provincias bálticas y el Cáucaso. En Georgia había áreas enteras sin control y el bandidaje floreció junto a los campesinos rebeldes. Partiendo de Bakú, los armenios y los azeríes se atacaron, causando miles de muertes. En las provincias del Báltico, el antagonismo étnico entre los terratenientes alemanes y los campesinos lituanos y estonios añadió mayor

ensañamiento a la violencia. Los cosacos rusos se vieron en la posición de defender a los nobles alemanes del Báltico. El punto clave del verano de 1905 fue el motín de los marinos del acorazado *Potemkin*, posteriormente inmortalizado en la película de Sergéi Eisenstein. Los marineros exigían mejores condiciones y el fin de la autocracia, prestando su apoyo a los huelguistas de Odesa antes de partir para su internamiento en Rumanía. Este y otros motines militares, que se prolongaron hasta bien entrado 1906, mantuvieron a raya al gobierno.

En agosto, Nicolás, bajo la presión de su gobierno y su madre, emitió un manifiesto en el que concedía una legislatura representativa, pero con poderes muy limitados. La medida no tuvo el menor efecto y, en otoño, el movimiento huelguista de las ciudades se reanudó con mayor fuerza. En octubre, las movilizaciones se convirtieron en una huelga general, esta vez una huelga política dirigida contra la autocracia, con llamamientos en favor de una república democrática. En ausencia de otras organizaciones, los trabajadores empezaron a formar consejos (en ruso, soviets) en el nivel de las fábricas, y después se unieron para formar un soviet de la ciudad. Al principio, los socialdemócratas albergaban dudas acerca de los soviets, pero los mencheviques fueron conscientes de su potencial. El dirigente más activo del soviet de los representantes de los trabajadores en San Petersburgo era León Trotski, brillante y poderoso orador y uno de los principales líderes de los mencheviques. Lenin y sus seguidores no tardaron en subirse al carro. Por último, el 17-30 de octubre, el zar accedió a que Rusia tuviera una legislatura representativa, que sería denominada la Duma, y algún tipo de Constitución. La huelga general llegó a su fin, pero Lenin y los bolcheviques querían llevar la revolución

más lejos. El resultado fue una insurrección en los distritos fabriles del oeste de Moscú en diciembre de 1905, aplastada con considerable contundencia por el ejército y la policía.

El Manifiesto de Octubre cambió por completo la política rusa, quizá más de lo que había pretendido Nicolás. Witte regresó al poder en el nuevo cargo de primer ministro. Los grupos liberales y conservadores empezaron a formar partidos, y algunos de los revolucionarios abandonaron, al menos en parte, la clandestinidad. Los nuevos partidos fundaron periódicos y enrolaron miembros, preparándose para las elecciones. Los comienzos de la política de masas atrajeron también a fuerzas más siniestras en forma de la Unión del Pueblo Ruso y muchos grupos menores del mismo tipo. Las «Centurias Negras», partidarias de la autocracia y la ortodoxia, culpaban a los judíos de todos los males de Rusia. Profundamente nacionalistas, se oponían a la igualdad para todas las minorías nacionales, aunque escogieron específicamente a los judíos para llevar a cabo sangrientos pogromos, que creían pondrían fin a la revolución, a su modo de ver, obra de los polacos y los intelectuales, pero, por encima de todo, de los judíos. Dos diputados judíos de la Duma cayeron víctimas de sus atentados, así como cientos más en los pogromos. Solo en el de Odesa murieron al menos 400 judíos. Pese a su inutilidad para combatir la revolución, las Centurias Negras añadieron otro elemento de violencia y caos a la política rusa.

El gobierno había autorizado una Constitución para Rusia, y Witte y los ministros redactaron una en la que tuviera encaje el zar. La primera Constitución rusa, las Leyes Fundamentales, fue redactada por Witte y otros funcionarios del gobierno y proclamada el 27 de abril de 1906, fecha de



la inauguración de la nueva Duma. La Duma tenía que dictar leyes que, si el Consejo de Estado estaba de acuerdo, eran remitidas al zar para su aprobación, sin la cual no eran válidas. El Consejo de Estado se convirtió en una Cámara Alta, nombrada por el zar fundamentalmente entre los grandes dignatarios, con algunos representantes de la nobleza, los hombres de negocios y las universidades. De modo un tanto inconsistente, el documento proclamaba al zar como autócrata, pese a que ahora tenía que dictar las leyes a través de la Duma. Su poder continuó siendo decisivo, ya que las Leyes Fundamentales reservaban al zar la política exterior, la potestad de declarar la paz o la guerra, el mando sobre el ejército, y todas las designaciones administrativas. Por primera vez, el zar tenía algo parecido a un gabinete con un primer ministro (al principio, Witte). Los ministros eran todos responsables ante el zar, no ante la Duma.

Se trataba de una Constitución muy conservadora, aunque no tan rara en la Europa de 1906 como llegaría a parecerlo más adelante. La concentración de la política militar y exterior en manos del monarca era también una característica de las Constituciones alemana y austriaca. Incluso en Suecia, los ministros seguían siendo responsables ante el rey, no el parlamento. Lo que hizo más especial el sistema ruso fue la incapacidad del gabinete para presentarse como una fuerza unida (los resultados dependían de las personalidades) y el complejo sistema de derecho al voto para la Duma. Sus integrantes no eran elegidos simplemente por regiones o por su cualificación como terratenientes para el voto, sino por un entramado de distritos regionales, votaciones indirectas y el sistema de la curia. Confiando todavía en la lealtad de los campesinos y en su

conservadurismo, las elecciones a la primera Duma celebradas en el invierno de 1905-1906 se basaron en una distribución de escaños que favorecía al campesinado. Nicolás estaba convencido de que solo las clases altas y medias se oponían a la autocracia, y de que los campesinos estaban de su parte.

De las elecciones surgió una Duma con la que era imposible trabajar. Los boicots de los partidos revolucionarios significaban que los liberales, apodados informalmente Kadets (también Demócratas Constitucionales y oficialmente el Partido de la Libertad Popular), eran el partido mayoritario en la Duma, mientras que el grupo más grande lo conformaban los campesinos, que solo lentamente se iban incorporando a partidos políticos. Para los Kadets, las concesiones del gobierno al constitucionalismo eran demasiado limitadas, y los diputados de los campesinos sorprendieron a todo el mundo votando por cualquier medida que les otorgara tierras. Muchos expresaban su lealtad hacia el zar, pero querían la tierra, algo en lo que Nicolás y Witte ni siquiera habían pensado. Nicolás disolvió la Duma en julio, con la esperanza de que unas nuevas elecciones dieran resultados más favorables. Witte dimitió y ocupó su cargo Pedro Stolipin, anterior gobernador provincial con reputación de aplastar rebeliones, pero también de estar interesado en la reforma. El primer signo fue la ley que promovió en otoño de 1906, por la que los campesinos podían abandonar la comunidad aldeana y establecer explotaciones independientes.

El movimiento huelguista y las revueltas rurales fueron apagándose poco a poco hacia finales de 1906. Stolipin envió batallones de castigo al campo para reprimir a los campesinos

rebeldes con ejecuciones realizadas sobre la marcha. Las elecciones a la segunda Duma no produjeron los resultados que esperaban Stolipin y el gobierno: de hecho, era más radical que la primera. Ahora, los diputados del campo estaban organizados en el «Grupo del Trabajo», que reclamaba todas las tierras para el campesinado. Finalmente, el 3 de junio de 1907, Stolipin disolvió la Duma, prácticamente sin reacción alguna por parte del pueblo. La revolución había agotado sus fuerzas.

La Revolución de 1905 había sido sangrienta, con alrededor de 15.000 muertos, en su mayoría campesinos ejecutados o simplemente asesinados durante las represalias. Además, fueron ejecutados varios miles de revolucionarios y muchos obreros perecieron en las huelgas y diversas insurrecciones. Algunos terratenientes sufrieron también, y muchas propiedades quedaron destruidas. En 1905 había nacido la «Unión Campesina de todos los Rusos», que contaba con varios centenares de miles de miembros y exigía la entrega de todas las tierras a los campesinos. La Unión intentó evitar las tácticas violentas, pero sus integrantes se fueron radicalizando y en 1906 se aliaron con el Grupo Laborista de la Duma. Por supuesto, la Unión Campesina fue suprimida. El resultado más importante fue el cambio radical en la política rusa. La práctica desaparición de la censura, las elecciones a la Duma y sus debates desplazaron la política de los salones cortesanos y los despachos de los burócratas al terreno de lo público, incluso a las calles, mientras duró la revolución. Clases sociales enteras comenzaron a pensar de modo diferente: la nobleza dejó de coquetear con el liberalismo y se unió rápidamente bajo eslóganes de autocracia, nacionalismo y preservación del orden social. Las

clases medias y trabajadoras urbanas perdieron su pasividad: empezaron a participar en la acción política y a apoyar a algunos de los partidos más radicales. Los hombres de negocios formaron pequeños partidos propios y grupos de presión. El campesinado, que escuchaba los discursos de los activistas de la Unión Campesina y el SR, aprendió a votar en favor de sus propios intereses en el tema de la tierra. Las diversas minorías nacionales contaban con partidos políticos activos. En Georgia, los mencheviques combinaron socialismo y nacionalismo para convertirse en la fuerza más poderosa, con diferencia. En Letonia, los Social Demócratas se aliaron con los bolcheviques y pasaron a dominar el movimiento obrero. En Polonia, todos los partidos políticos salieron a la luz: los Nacional Demócratas compitieron, con cierto éxito, con los grupos socialistas por la adhesión de los trabajadores. Entre los pueblos musulmanes del imperio, la intelectualidad progresista presentó candidatos a la Duma y ganó: formaron el Grupo Musulmán de la Duma, que agrupaba a tártaros, baskires, pueblos de Crimea, azeríes y montañeses del norte del Cáucaso, para presionar en favor de la igualdad. Como muchos grupos autonomistas, se aliaron con los Kadets rusos y participaron activamente en los debates de la Duma.

Pese al poder que conservaban el zar y sus ministros – que era considerable–, debían enfrentarse a una posición política totalmente nueva, y pocos de ellos, Nicolás el que menos, estaba preparados para ella.

Los siete años posteriores a la disolución de la segunda Duma fueron el único experimento ruso con un gobierno constitucional en paz, prensa libre y organizaciones públicas activas. El destino del país dependía de la capacidad de Stolipin y otros para hacer frente a la nueva situación. La

represión de Stolipin pareció dar resultado: fueron ejecutados cientos de activistas, fundamentalmente de la facción terrorista SR, y todos los partidos radicales perdieron gran cantidad de miembros: encarcelados, enviados al exilio, a causa de la desilusión y el simple agotamiento. La disolución de la Duma en 1907 vino acompañada de un sistema electoral más indirecto y antidemocrático. Alrededor de un 50 por 100 de los escaños fueron a parar a la nobleza, mientras que la representación de los campesinos se vio drásticamente recortada, al igual que el número de escaños asignados a las minorías nacionales del sur y el oeste. La nueva Duma era abrumadoramente noble y rusa, y enormemente conservadora. La mayoría de la nobleza y muchos hombres de negocios apoyaban al Partido Octubrista (formalmente, Unión del 17 de octubre, así llamado por su apoyo al Manifiesto de Octubre del zar). Existía también una extrema derecha, mayoritariamente aristocrática, incluyendo a los líderes de las Centurias Negras. Stolipin parecía disponer de una oportunidad para poner en práctica sus modestas reformas, mantener el poder del zar y el gobierno, y avanzar hacia una política más nacionalista. En realidad, logró poca cosa aparte de su programa agrario, de efecto limitado. Las interminables negociaciones entre el primer ministro y la Duma solo sirvieron para introducir una cuña entre él y las clases altas. Sus reformas eran demasiado radicales para la nobleza e insuficientes para acallar a la sociedad y los liberales de la Duma. El clímax fue el plan de 1911 de introducir el *zemstvo* en las provincias occidentales, áreas en las que los nobles eran predominantemente polacos. Con el objetivo de manipular las asambleas de los *zemstvos* contra los polacos, Stolipin propuso aumentar el número de

diputados campesinos, ucranianos y bielorrusos, que él veía como más leales al zar que los nobles polacos. Al mismo tiempo, el *zemstvo* aligeraría la carga administrativa del Estado y, con suerte, aplacaría a los liberales. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, el plan era demasiado perfecto como para tener éxito. Consiguió que la Duma lo aceptara, aunque fracasó en el Consejo de Estado. Stolipin renunció como protesta, sabedor de que Nicolás le consideraba indispensable. El zar le rogó que volviera, pero Stolipin se negó a ceder a menos que Nicolás eliminara a algunos de los conservadores extremistas del gobierno, prorrogara la Duma y pusiera en práctica la ley de los *zemstvos* occidentales mediante sus poderes de emergencia. El zar aceptó, pero el incidente confirmó su creciente convicción de que los proyectos de Stolipin eran demasiado ambiciosos, y él demasiado poderoso e indigno de confianza. Antes de que sus desavenencias provocaran una crisis, un terrorista del SR asesinó a Stolipin en septiembre, durante una representación en el Teatro de la Ópera de Kiev.

Desaparecido Stolipin, el zar recurrió a personajes más mediocres para dirigir el gobierno. Le desagradaba particularmente el puesto de primer ministro y asignaba cargos a funcionarios que no sobresalieran en el gabinete. El resultado fue la deriva: no se afrontó ninguno de los problemas de la sociedad rusa y el gobierno fue quedándose cada vez más aislado. Entre la sociedad educada, e incluso entre los conservadores, aumentó la percepción de que el zar y el gobierno no entendían el país, que vivían en un mundo propio. No se abordaron cuestiones de importancia y las medidas gubernamentales fallaron tanto en la reforma como en la represión. La pretensión de explotar el nacionalismo y el

antisemitismo para ganar apoyo popular fue un fracaso. En 1911, la investigación de un asesinato ritual en Kiev acusó a Mendel Beilis, supervisor judío de una fábrica de ladrillos. El Ministerio de Justicia en Petersburgo y la policía «orquestaron» un proceso en el que aparecieron panfletos sobre el asesinato ritual y otros supuestos crímenes de los judíos. Rusia, no obstante, tenía una prensa relativamente libre y los periódicos liberales montaron una feroz contracampaña. Las pasiones estaban tan a flor de piel entre la *intelligentsia* que la representación de una obra basada en Dostoievski fue cancelada en San Petersburgo, con la excusa de que el nacionalismo antisemita del gran escritor respaldaba la persecución. El juicio se celebró en otoño de 1913 en un tribunal penal de Kiev. El jurado no quedó convencido por las pruebas aportadas por el fiscal y dejó en libertad a Beilis. Esto supuso una grave humillación para el gobierno.

Para colmo, la presencia de Rasputín en la corte añadía el toque grotesco a una atmósfera verdaderamente enrarecida. Rasputín era un monje vagabundo procedente de Siberia incorporado a la corte a finales de 1905. La emperatriz Alejandra siempre había creído en curanderos y esperaba que pudiera ayudar a su hijo, el heredero Alexis. Estaba convencida de que solo Rasputín podía detener las hemorragias. Así pues, tenía acceso sin restricciones a la familia imperial, a pesar de lo heterodoxo de sus ideas religiosas y las historias (en gran medida ciertas) de sus borracheras y su afición a las mujeres. La policía de seguridad creó un destacamento especial para vigilar al monje con el fin de acallar los rumores que desacreditaban al zar y a su esposa. Rasputín era una auténtica preocupación para los monárquicos y conservadores del gobierno y la Duma. Estos

consiguieron plantear el tema en la asamblea, enfureciendo de paso al zar. Incapaz de darse cuenta de que intentaban preservar el prestigio del trono, interpretó sus actos como deslealtad. Al margen de los rumores, Rasputín no tuvo influencia política detectable, pero su presencia y las historias, reales o exageradas, minaron aún más a la monarquía.

Los liberales y conservadores de la Duma, a pesar de sus frustraciones, encontraron en el nuevo orden un vasto territorio para la actividad política. Los desmoralizados partidos revolucionarios perdieron miles de miembros, en especial entre la intelectualidad. La elite se exilió a Occidente, intentando mantener vivo el movimiento. Trotski abandonó la principal corriente menchevique y fundó su propio periódico en Viena, comentando desde los cafés temas de política mundial. Los bolcheviques polemizaban, desgarrados por disputas filosóficas o por asuntos relativos a la organización y tácticas del partido. Lenin escribió un libro entero dedicado a denunciar el intento de algunos intelectuales bolcheviques por integrar la epistemología del físico alemán Ernst Mach en el marxismo. Alrededor de 1912, consiguieron coaligarse las diversas facciones en partidos organizados y restablecer una red en Rusia. Para el Partido Bolchevique, la ocasión se presentó ese año en una conferencia celebrada en Praga, que consolidó finalmente la estructura y el programa bolcheviques, ratificando la idea de Lenin sobre la necesidad de un partido clandestino. La conferencia de Praga marcó, además, un desplazamiento generacional entre los bolcheviques, ya que el liderazgo intelectual de Lenin fue dando paso gradualmente a un grupo más joven de origen plebeyo (aunque no exactamente



proletario). Solían carecer de estudios universitarios, pero tenían experiencia en el trabajo clandestino y estaban habituados a mantenerse en contacto con los trabajadores en su lucha continua con la policía. Uno de estos era un bolchevique georgiano, Soso Yugashvili, alias *Koba*, hijo de un zapatero del Cáucaso. Tras dejar su sello en el movimiento por toda Rusia, adoptó un nuevo pseudónimo revolucionario con el que pasaría a la historia: Iósif Stalin.

Mientras Stolipin luchaba por el control de la Duma, la formación de bloques políticos en Europa proseguía. Nicolás y el káiser se esforzaron, en repetidas ocasiones, en buscar una aproximación mutua, pero todo quedó en nada. En 1907, Rusia y Gran Bretaña firmaron un tratado repartiéndose esferas de influencia en Irán, eliminando así un importante elemento de su rivalidad imperial. No fue realmente una alianza, aunque puso fin a décadas de «guerra fría». Además, la existencia de un acuerdo anglo-francés significaba que Rusia junto con Gran Bretaña y Francia se enfrentaban a Alemania y Austria-Hungría. Había abundantes áreas conflictivas, siendo los Balcanes la más importante. Rusia se había aliado con Serbia, situada justo en el camino que cerraba cualquier expansión austriaca o alemana en el área, y ambos tenían grandes ambiciones en el Imperio otomano. Alemania esperaba convertir a los turcos en semialiados y semidependientes para combatir a su más intenso rival: Gran Bretaña. En 1909, con el respaldo de Alemania, Austria humilló a Rusia anexionándose Bosnia-Herzegovina, un protectorado austriaco desde 1878. Una serie de conflictos locales en los Balcanes no hicieron más que exacerbar las tensiones. Entonces, en junio de 1914, el heredero al trono austriaco, el archiduque Francisco Fernando, inició una gira

por la nueva provincia bosnia. Mientras su caravana de automóviles avanzaba por la estrecha calle junto al río en Sarajevo, un joven nacionalista serbio, Gavrilo Princip, saltó de entre la multitud con un revólver y le mató a tiros. Para Rusia, como para el resto de Europa, fue un disparo fatal.

## Guerra y revolución

La Revolución rusa de 1917 fue una de las muchas consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Este conflicto sometió al Estado y a la sociedad rusos a tensiones que no estaban en condiciones de soportar. El resultado fueron seis años de guerra y turbulencias, que dieron lugar a la creación de la Unión Soviética.

### LA GUERRA

La participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial no fue accidental. Tras la Guerra Ruso-Japonesa, la política exterior rusa se orientó hacia el oeste. En 1907, Rusia firmó un tratado con su rival de tanto tiempo, Gran Bretaña, para instaurar un condominio en Irán. Los rusos se hicieron con el control de la parte norte del país, llegando hasta Teherán; los británicos se quedaron con la parte sur. Este compromiso puso fin a la competencia imperial anglo-rusa en Asia, y significó que Rusia era ahora, a todos los efectos, aliada de Gran Bretaña además de Francia. Los únicos enemigos imaginables eran Alemania y Austria. El acuerdo sobre Persia preparó el escenario para 1914, pero fueron las rivalidades imperiales en los Balcanes las que aportaron la chispa que produjo la explosión. Allí, Rusia se enfrentaba a un resurgido Imperio otomano, aliado con Alemania, Austria y con Bulgaria a la zaga. En este punto, el único aliado de Rusia era la diminuta Serbia, que estaba justo en medio de la expansión austro-alemana hacia el sur. Durante esta etapa, una serie de crisis balcánicas pusieron de manifiesto, una y otra vez, la debilidad rusa en la zona: no tenía aliados formales, aparte de Serbia, y carecía del poder informal que

acompañó a los vínculos comerciales o de negocios establecidos por alemanes y austriacos, así como por los franceses y los británicos. Cuando Gavrilo Princip asesinó al archiduque austriaco en Sarajevo en 1914, Viena lanzó un ultimátum a Serbia. Rusia se vio obligada a respaldar a la resistencia serbia, porque estaba en juego la credibilidad de la propia Rusia: el resultado fue la guerra. No había buscado el conflicto, pero Rusia había derivado inadvertidamente hasta la crisis como en tantas otras áreas.

Aunque tras la muerte de Stolipin el gobierno del Imperio ruso se limitó a dejarse llevar por la corriente, ni la sociedad rusa ni el movimiento revolucionario mostraron similar pasividad. Los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial fueron años de dinámico crecimiento económico en las islas de industria moderna en mitad del mar de atraso rural. El desarrollo industrial significó un incremento en el tamaño y, en cierta medida, en la sofisticación de la clase obrera, y los partidos revolucionarios estaban listos para sacarle partido. En algunos lugares, los trabajadores recurrieron de nuevo a la huelga. En 1912, en el río Lena, en Siberia, varios cientos de personas murieron al reprimir el ejército y la policía una huelga en las explotaciones auríferas de propiedad británica. Más o menos por estas fechas, los partidos revolucionarios se habían recuperado de la derrota de 1905-1907. Los bolcheviques, los mencheviques y el SR estaban razonablemente bien organizados, así que el movimiento obrero se recuperó. En la primavera de 1914, una oleada de huelgas, en la que por primera vez parecían ir en cabeza los bolcheviques, no los mencheviques o el SR, anegó San Petersburgo. Sin embargo, el resto del país permanecía en relativa calma y la noticia de

la guerra cayó como un rayo. Rusia había dedicado grandes esfuerzos a reconstruir su ejército y su marina desde la guerra contra Japón. De hecho, uno de los muchos factores que animaron al Estado Mayor alemán y al káiser a presionar por una guerra inmediata fue el temor a que fuera mucho más difícil derrotar a Rusia en poco tiempo. No obstante, tanto la planificación como el equipamiento seguían siendo deficientes. Por insistencia del zar, se habían destinado enormes sumas a la reconstrucción de la flota del Báltico. Dadas las circunstancias, era demasiado pequeña para desafiar a la marina alemana y jamás llegó a salir de puerto. La industria armamentista rusa todavía era incapaz de abastecer a un ejército moderno y su red de transportes: adecuada para tiempos de paz, pero demasiado limitada para una movilización rápida y el aprovisionamiento del ejército en la frontera occidental. Para empeorar las cosas, el veloz avance alemán a través de Bélgica y Francia generó una crisis en el frente. Bajo fuerte presión francesa, los rusos enviaron un ejército sin preparación a Prusia oriental, expedición que concluyó con una derrota en Tannenberg en agosto de 1914. En resumen, Rusia inició la guerra con una derrota.

Al principio, la guerra desencadenó una auténtica orgía patriótica en Rusia. Entre aclamaciones universales, el gobierno cambió el nombre de San Petersburgo, de origen alemán, a Petrogrado, una traducción aproximada al ruso. Los liberales y reaccionarios de la Duma se unieron en una plataforma bélica, y la intelectualidad, como sus homólogos más al oeste, generó una avalancha de desbarres nacionalistas y propaganda contra el enemigo. También los trabajadores se contagiaron de esta fiebre y el movimiento huelguista en la capital se evaporó. La policía cayó con todas sus fuerzas sobre

los partidos revolucionarios, en especial los bolcheviques, y en cuestión de días sus líderes en Rusia desaparecieron en las cárceles o el exilio siberiano. Stalin estuvo entre ellos. Los bolcheviques eran objeto especial de la ira del gobierno, debido a su postura frente a la guerra. Esa posición transformó al ignoto grupo marxista en un movimiento mundial, que reordenó de modo fundamental el siglo xx. Y es que fue a causa de la reacción de Lenin a la guerra, no como respuesta a la posterior Revolución rusa, como nació el comunismo.

Con anterioridad a 1914, los partidos socialistas europeos se habían juramentado repetidas veces en sus asambleas internacionales para oponerse a toda guerra europea como enemiga de los intereses de la clase obrera. Se trataba de partidos grandes y poderosos, con grandes masas de seguidores, control sobre las principales asociaciones sindicales, los servicios sociales y culturales, radicalmente diferentes a la pequeña banda de luchadores clandestinos de Lenin. Cuando empezaron a atronar las declaraciones de guerra en julio y agosto de 1914, todos esperaban que los socialistas se opusieran a ella, e incluso que se declararan en huelga, como habían amenazado, para detenerla. No ocurrió nada semejante. Por el contrario, casi como un solo hombre, los líderes socialistas se declararon favorables a la contienda y se sumaron al coro patriótico y de odio en sus respectivos países. Los escasos disidentes se sintieron obligados a guardar silencio y seguir a sus líderes por la disciplina de partido. El anciano fundador del marxismo ruso, Plejánov, también se mostró a favor. Los mencheviques adoptaron una posición de compromiso: ni emitían proclamas por la victoria rusa ni ponían objeciones. Entre todos los socialistas europeos, solo

los bolcheviques de Lenin y un puñado de mencheviques disidentes, como Trotski, se opusieron a la guerra desde el primer día.

Lenin no era un pacifista, y su programa no era simplemente oponerse a la guerra. Proclamó que la derrota del imperio sería el mejor resultado posible y animó a todos los socialistas, en Rusia y otros lugares, a convertir el conflicto internacional en una guerra civil. En otras palabras, estaba pidiendo una insurrección armada en tiempo de guerra. Esta posición era, para él, la única actitud correcta desde el enfoque marxista. ¿Por qué tan pocos socialistas europeos se mostraron de acuerdo con él? A su modo de ver, habían traicionado a la clase trabajadora, a la que supuestamente debían guiar. De nuevo, ¿por qué? Desesperanzado ante el futuro que se avecinaba, Lenin recurrió a la teoría marxista para intentar comprender lo sucedido. En un intento de recuperar el sentido original de la dialéctica, tal como Marx y Hegel la entendían, releyó la *Metafísica* de Aristóteles (en griego, por algo era un producto del gimnasio o liceo ruso) y *Ciencia de la lógica* de Hegel. También llevó a cabo un pormenorizado análisis de los acontecimientos económicos recientes. El objetivo era comprender el apoyo a la guerra por parte de los socialistas europeos. Su conclusión fue que la respuesta estaba en el imperialismo, en la inmensa riqueza generada por los imperios europeos en África y Asia, alimentada por la siempre creciente concentración de capital. El imperio era el auténtico objetivo de las potencias en conflicto, oculto bajo una jerga engañosa sobre la libertad y el honor nacional. La riqueza imperial generaba, además, una aristocracia trabajadora, feliz con el *statu quo* y reacia a causar problemas en tiempos de guerra. A corto plazo, se

beneficiaría del imperialismo. Ambas conclusiones habrían de tener enormes efectos tras la Revolución rusa pero, por el momento, la lectura hizo poco más que mantener a Lenin ocupado mientras el mundo se hundía más y más en el sanguinario cenagal bélico.

A medida que las bajas se contaban por millones, empezó a emerger la oposición a la guerra entre los socialistas de Europa occidental. Los primeros en romper filas fueron los integrantes del ala izquierda de los socialdemócratas alemanes, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y sus seguidores, que votaron en contra de los créditos para la guerra en el Reichstag en diciembre de 1914. Los socialistas contrarios a la guerra no tardaron en celebrar pequeñas reuniones en Suiza para pedir el fin de la contienda y discutir tácticas. Lenin, con su insistencia implacable en llamar a la revolución, continuaba estando en minoría. Los bolcheviques rusos llamaron la atención del mundo como una diminuta banda de revolucionarios, que se aferraban a su perspectiva aunque pareciera condenarles al aislamiento y la derrota. Su posición comenzaba a atraer apoyos entre los socialistas occidentales. De estos pequeños grupos que se reunieron en Suiza, surgió un movimiento mundial con consecuencias decisivas para Rusia, así como para China, Vietnam y otros países.

No obstante, estas se hallaban en un futuro distante. De vuelta en Rusia, la situación se deterioraba gradualmente sin ofrecer consuelo alguno ni al zar y a su gobierno ni a los bolcheviques. Con el inicio de la guerra, el zar disolvió la Duma; su esperanza consistía en gobernar él solo. La derrota inicial en el este de Prusia vino seguida, en la primavera de 1915, de una retirada general rusa de Polonia, retirada que



condujo finalmente a una crisis de gobierno. La Duma fue convocada nuevamente durante el verano. Los Kadets y los conservadores moderados consiguieron formar un «Bloque Progresista» que se ofreció a colaborar con el gobierno en el esfuerzo bélico. Al final, el zar se vio forzado a recurrir a los *zemstvos* y a varios comités de empresarios para resolver la crisis de suministros. Lo hizo a regañadientes y demasiado tarde. Surgieron nuevas agencias para gestionar la economía de guerra, como en Alemania y otras potencias involucradas, pero Rusia carecía de la infraestructura para hacerlas funcionar. El gobierno reguló el precio del grano para abastecer al ejército con comida barata, pero los campesinos redujeron sus cosechas y la producción de alimentos descendió, empeorando la situación.

A finales de 1915, el propio Nicolás se puso al mando del ejército, mudándose de Petrogrado a la Stavka, el cuartel general de las fuerzas armadas cercano a Maguilov. Este cambio no benefició a los militares y solo sirvió para desorganizar aún más el gobierno en la capital. El zar seguía siendo la autoridad suprema y ahora resultaba aún más difícil atraer su atención. Es probable que las repetidas consultas con la emperatriz Alejandra y Rasputín tuvieran escaso impacto en su política, pero sirvieron para alejarle todavía más del pueblo. El ejército ruso cosechó éxitos agrícolos: poco podía hacer contra los alemanes, pero obtuvo una importante victoria frente a Austria en 1916 (la «Ofensiva Brusílov» encabezada por el general Alexéi Brusílov) y los turcos. Erzurum, en el este de Anatolia, capituló ante el general Nikolái Yudénich ese mismo año. Estos triunfos no podían esconder el estancamiento generalizado del conflicto ni el derramamiento de sangre. Las bajas rusas ascendían a

casi dos millones de muertos, dos millones y medio de heridos y cinco millones de prisioneros de guerra. En la Duma, el líder de los Kadets, Pável Miliukov, habló de traición en altos lugares (haciendo referencia a la emperatriz Alejandra, entre otros). En diciembre de 1916, un grupo de jóvenes aristócratas preocupados por la suerte de la monarquía asesinaron a Rasputín. Le invitaron a cenar, le sirvieron comida y vino envenenados y, al ver que aquello no surtía efecto alguno en su gigantesco cuerpo, le tirotearon y sumergieron bajo el hielo de los canales de San Petersburgo. Rasputín había desaparecido y la monarquía no tardaría en seguirle los pasos.

En muchos aspectos, la caída de la dinastía Romanov fue casi un anticlímax. A finales de febrero de 1917, el empeoramiento del suministro de alimentos en San Petersburgo provocó enormes colas ante las panaderías y otras tiendas de comestibles de las zonas obreras de la ciudad. El Día Internacional de la Mujer (23 de febrero/8 de marzo, una fiesta socialista) muchas mujeres trabajadoras, exhaustas de hacer cola en espera de comida tras sus largas jornadas de trabajo, se declararon en huelga. En cuestión de horas, los hombres de las fábricas recibieron la noticia y las secundaron, lo que no tardó en paralizar la ciudad por completo. Los estudiantes y las clases medias se les sumaron. El gobernador hizo salir al ejército, que disparó contra los manifestantes, dando muerte a varias docenas de ellos. Al día siguiente, no obstante, los mismos soldados que el día anterior habían disparado, se negaron a luchar y se amotinaron, arrastrando a otros regimientos, incluidos los cosacos. Los ministros y la Duma enviaron telegramas cada vez más desesperados al zar. Nicolás regresó a toda prisa de la Stavka. Antes de entrar en

la capital, fue recibido por representantes del gobierno, que le convencieron de que abdicara, cosa que hizo el 2/15 de marzo, con lo que la monarquía llegó bruscamente a su fin.

#### LA REVOLUCIÓN

Antes de la abdicación del zar, se estaban constituyendo dos nuevos gobiernos en Petrogrado. Al derrumbarse el del zar, los líderes de la Duma formaron un gobierno provisional dirigido por el príncipe Georgi Lvov, cabeza visible de la Unión de Zemstvos, un noble rural liberal, licenciado en Derecho y con un historial de servicio en los consejos locales y la Duma. Su ministro de Exteriores era el jefe del partido de los Kadets, el historiador Pável Miliukov. La única voz más o menos radical era la de Aleksandr Kerenski, un abogado conocido por su trabajo como defensor en juicios políticos y miembro del «Grupo Obrero» de la Duma, socialistas agrarios próximos al ala derecha del SR. Su padre había sido director de la escuela superior de Simbirsk y Lenin había sido uno de sus alumnos. Estos hombres representaban la flor y la nata de la Rusia liberal, entendida en sentido amplio, pero como grupo no tenían la menor idea de cómo liderar a las masas y dedicaban gran parte de su tiempo a preocuparse por la reacción de sus aliados de guerra occidentales, Gran Bretaña, Francia y, poco después, Estados Unidos. Su solución preferida a todos los problemas a los que se enfrentaba Rusia era convocar una Asamblea Constituyente. Esta redactaría una Constitución para una república democrática que abordara el deseo de poseer tierras de los campesinos y las quejas de los obreros. Entretanto, continuarían la guerra con la esperanza de una victoria aliada sobre Alemania.

El otro «gobierno» era el Soviet de Petrogrado. A

instancias de Menshikov, los trabajadores de prácticamente todas las fábricas de la ciudad eligieron delegados para el mismo, que llegó a tener casi un millar de miembros. Su primera medida fue la «Orden n.º 1», que especificaba que el ejército sería dirigido por soviets escogidos por los soldados y que los oficiales solo tendrían mando en el transcurso de las operaciones. Al salir a la luz los partidos revolucionarios por primera vez en la historia de Rusia, fueron los mencheviques y el SR, no los bolcheviques, quienes asentaron rápidamente su poder en el soviet de Petrogrado y la mayor parte de las demás ciudades. La táctica menchevique era negarse a prestar apoyo al gobierno provisional y empujarlo a la vez hacia una posición más radical, una postura de compromiso irrealizable. Los mencheviques rusos diferían de la mayor parte de los europeos en que eran partidarios de poner fin a la guerra sin victoria para ninguna de las partes, aunque carecían de un plan viable para hacerlo, y en que no pretendían una resolución socialista. Su posición se hacía eco de una auténtica hostilidad popular contra la guerra: en mayo, Miliukov y otros tuvieron que abandonar el gobierno provisional, ya que querían una conclusión victoriosa para el conflicto y los soviets no deseaban tal cosa. Lvov organizó un nuevo gobierno con varios socialistas moderados, incluyendo a Kerenski, que al mando del ejército y la marina inició una nueva ofensiva en el frente. Se formaron soviets en Moscú y otras ciudades, en el ejército e incluso en algunas zonas rurales. Representaban exclusivamente a los trabajadores, soldados y campesinos, no a las clases medias o altas. Reelegidos cada pocas semanas, los soviets locales reflejaban muy de cerca el sentimiento popular.

Durante estas deliberaciones de los primeros meses, los

bolcheviques fueron una minoría en los soviets. Lenin tuvo noticias de la caída del zar en Suiza y consiguió regresar a Rusia a través de Alemania, después de convencer al gobierno alemán de que era una mayor amenaza para el esfuerzo bélico ruso que para el de ellos. Viajó en un tren cuyas puertas permanecieron selladas hasta la neutral Suecia, desde donde llegó a Petrogrado vía Finlandia el 3/16 de abril de 1917. Sus seguidores le brindaron una tumultuosa acogida. Descubrió que todos los líderes bolcheviques, incluido Stalin, habían regresado del exilio y empezaban a organizarse. Ninguno tenía una idea clara, no obstante, de cuál debía ser su plataforma. La de Lenin, expresada en las «Tesis de Abril», era absolutamente diáfana. La caída del zar, escribió, significaba que la revolución burguesa, la única hacia la que apuntaba el partido en 1905, había concluido. Ahora existía en el país un doble poder: el de los soviets junto al del gobierno provisional. El objetivo debía ser la toma del poder por el proletariado con el fin de transformar a Rusia en una sociedad socialista. El instrumento para tal toma del poder habían de ser los soviets, fundamentalmente los de los trabajadores y soldados. El propósito inmediato de los bolcheviques era, pues, asegurarse una mayoría en Petrogrado y otros soviets.

La historia de los siguientes meses es la historia de la materialización de ese objetivo. La situación de Rusia lo hizo posible, ya que todo el país entró en una profunda crisis. Tras el hundimiento del antiguo gobierno, apenas había una autoridad eficaz que ocupara su lugar, y estaba atemorizada ante la masa revolucionaria. Los campesinos se apoderaron de las tierras durante el verano. Hubo violencia en muchos sitios, aunque en general se limitaron a ignorar a los

terratenientes y empezaron a arar los campos por su cuenta y para los suyos. En ocasiones, se acercaban a las casas de los aristócratas y les pedían educadamente que se marcharan. La toma del campo por los campesinos supuso un cataclismo en la sociedad: en meses, puso fin a un orden social que había durado siglos. La mayoría de los nobles no eran ya los amos de las tierras, sino refugiados empobrecidos en las grandes ciudades. En estas, los obreros emplearon su recién ganada libertad para demandar una jornada de trabajo de 8 horas, salarios más elevados y la creación de comités de fábrica, que pretendían hacerse con el control del lugar de trabajo.

Todos los partidos de izquierda dieron un paso adelante e intentaron convertirse en organizaciones de masas. El tiempo de la clandestinidad revolucionaria había terminado. Al principio, el de mayor éxito fue el SR, con sus tradiciones de acción directa y su atractivo para los campesinos. De hecho, lograron por primera vez organizar a un número significativo de campesinos en su partido, y su seguimiento entre los trabajadores era enorme. Sin embargo, se enfrentaban a un profundo problema: la guerra. Antes de 1917, algunos de los SR se habían pronunciado contra ella, adoptando una posición muy próxima a la de Lenin, pero permanecieron adscritos al mismo partido. Al ir profundizándose la crisis en el verano de 1917, la grieta se fue agrandando. Los mencheviques, siempre con la esperanza de construir un partido de masas en condiciones de mayor libertad, obtuvieron grandes beneficios de la nueva libertad. Cuando los soviets celebraron en junio su primer congreso de delegados de toda Rusia, los SR y los mencheviques tenían casi 300 diputados cada uno, y los bolcheviques poco más de un centenar. La moderación parecía tomar la delantera, pero

los ánimos estaban cambiando muy deprisa.

También los bolcheviques se estaban convirtiendo en un partido de masas. En lugar de unos pocos miles de revolucionarios profesionales, el partido creció hasta alcanzar más de 200.000 miembros, especialmente concentrados en las grandes ciudades y en Petrogrado en particular. Estos nuevos miembros eran, en su inmensa mayoría, jóvenes trabajadores de las fábricas, casi todos ellos menores de veinticinco años. Según iban regresando del extranjero más revolucionarios, los bolcheviques comenzaron a engrosar sus filas con disidentes mencheviques. El más destacado fue Trotski, cuya oposición a la guerra le empujó a unirse a Lenin. Trotski era un orador vehemente y sus discursos fueron un arma poderosa para atraer a las masas al bolchevismo. Los nuevos miembros transformaron el partido bolchevique, en especial al nivel de los militantes de base, cuyo radicalismo se desató a inicios de julio. Los bolcheviques de Petrogrado escenificaron una manifestación armada, que parecía a punto de convertirse en una apuesta por el poder. El gobierno provisional, con el apoyo del soviét, consiguió reprimirla y arrestar a muchos líderes bolcheviques. Lenin huyó a Finlandia y Trotski acabó en la cárcel. Como reacción a lo acontecido, Kerenski sustituyó al príncipe Lvov como primer ministro. Durante algunas semanas, la marea revolucionaria pareció aplacarse, pero la calma duró poco. La guerra continuaba y el descontento en el ejército se multiplicaba, lo que condujo a un gradual hundimiento de la disciplina. Kerenski reemplazó a Brusílov por el general Lavr Kornílov como comandante en jefe, con la esperanza de que pudiera poner algo de orden en el ejército. La tarea estaba fuera de su alcance. La red de transportes del país, ya

debilitada por la guerra, empezó a colapsarse, al igual que muchas industrias y servicios esenciales. Organizaciones y grupos «expropiaban» edificios para su propio uso. El ejemplo más famoso fue la expropiación por el soviets de Petrogrado de los edificios del Instituto Smolni, la escuela para señoritas aristócratas fundada por la emperatriz Isabel. Pasó a hacer las veces de cuartel general de los bolcheviques. Para las clases medias y altas, aquello fue el comienzo de la anarquía; para los trabajadores, fue el amanecer de un nuevo mundo, caótico pero suyo. Los debates y las reuniones interminables trastocaron aún más el ritmo en las fábricas, aunque también generaron una base para peticiones cada vez más radicales. La vida en Petrogrado era febril, y solo ligeramente más sosegada en las provincias. Moscú y todas las ciudades y asentamientos con algo de industria bullían con asambleas. En el perímetro del país, aparecieron movimientos nacionalistas con sus demandas de autonomía. En Kiev, grupos de intelectuales nacionalistas y activistas de partido se proclamaron la Rada de Ucrania (consejo), junto al gobierno provisional y los soviets locales. En el Báltico y el Cáucaso se formaron otros grupos, aunque ninguno de ellos aspiraba todavía a la independencia.

Los Días de Julio habían complicado las cosas para la organización bolchevique y su ascenso entre los trabajadores. A finales de agosto, el general Kornílov avanzó sobre la capital con el Cuerpo de Caballería Alpina, compuesto por los pueblos musulmanes del Cáucaso Norte —chechenos y circasianos—, para restaurar la disciplina y el orden en el país. Frente a este desafío, Kerenski tuvo que recurrir al Soviet de Petrogrado, que armó a los trabajadores. La fuerza de los bolcheviques había ido en aumento desde los Días de Julio.



Ahora eran una fuerza crucial para derrotar a Kornílov y sus líderes salieron de las cárceles a la calle. La incapacidad de Kerenski para defender la revolución fue el golpe final a su poder: desde el momento de la derrota de Kornílov, el 1/14 de septiembre, el gobierno provisional quedó a la deriva. El centro de acción había pasado a manos de los soviets. Durante e inmediatamente después del episodio de Kornílov, los bolcheviques se aseguraron por fin una mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú. A medida que pasaban las semanas y la crisis económica y militar seguía empeorando, se convocó otro Congreso de los Soviets con delegados de todo el país. Aquí desempeñarían un papel decisivo las divisiones del partido SR, ya que los bolcheviques habían obtenido una clara mayoría entre los trabajadores de las ciudades, pero carecían de organización alguna en las aldeas. El ala izquierda del SR, cada vez más radicalizada por la revolución y exigiendo el fin inmediato de la guerra, estaba dispuesta a unirse a los bolcheviques. El 10/23 de octubre, Lenin regresó de su escondrijo en Finlandia y convocó en asamblea a los líderes soviéticos. Con el apoyo de Trotski y Stalin, se impuso a los pesimistas, como Zinóviev y Kaménev, y el Comité Central Bolchevique votó por la toma del poder. Con los votos de la izquierda del SR, los bolcheviques se hicieron con el liderazgo del Congreso de los Soviets, y el 25 de octubre/7 de noviembre de 1917 la Guardia Roja avanzó sobre el palacio de invierno para expulsar de él al gobierno provisional. En el palacio quedaban solo unos cientos de defensores, oficiales cadetes y el «batallón de la muerte», una unidad compuesta de mujeres, en su mayoría de clase media, para luchar en la guerra. A una señal del crucero naval *Aurora*, anclado en el río Neva, varios miles de guardias rojos,

tras una rápida marcha a través del frío del otoño, tomaron el palacio con un mínimo de disparos y bajas. Los intentos de saquear la bodega y los muchos tesoros del palacio fueron rápidamente abortados. Los ministros del gobierno provisional fueron escoltados hasta la prisión de la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Kerenski huyó hacia el sur en un coche de la embajada estadounidense, en un vano intento de obtener apoyo en el frente.

Confiado en su mayoría en el Congreso de los Soviets, los bolcheviques y el SR se apoderaron del poder y proclamaron a Rusia una República Socialista Soviética. Los mencheviques y la derecha del SR abandonaron el Congreso como protesta cuando Trotski los consignó al «vertedero de la historia». Los primeros movimientos de los rojos consistieron en organizar el nuevo Gobierno. El Congreso de los Soviets eligió un Gobierno de Comisarios del Pueblo, con Lenin a la cabeza y Trotski como comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores. Los demás cargos fueron a manos de destacados bolcheviques y miembros de la izquierda del SR, el más significativo de los cuales fue Iósif Stalin como comisario de las Nacionalidades. Trotski ocupó el Ministerio de Exteriores junto al puente del Canto, próximo al palacio de invierno, donde apagó las luces y mandó a todo el mundo a casa. Durante los siguientes meses, llevó la política exterior desde un pequeño despacho del Instituto Smolni.

El nuevo gobierno soviético obtuvo el poder con un gran respaldo por parte de los trabajadores e intensa oposición de las viejas clases altas, medias y la *intelligentsia*. Esta división quedó patente en la Asamblea Constituyente, que se reunió el 5/18 de enero de 1918. Las elecciones a la Asamblea, convocadas por el gobierno provisional, se habían

desarrollado a lo largo del otoño, antes y después de la toma del poder por los bolcheviques. En las ciudades, los bolcheviques arrasaron a los socialistas moderados (SR y mencheviques), dejando como segunda fuerza urbana a los cada vez más conservadores y nacionalistas. En el campo, sin embargo, el SR consiguió mayor número de votos, aunque la mayoría de los candidatos no habían aclarado si eran de derechas o de izquierdas, lo que enturbió el resultado. La asamblea estuvo reunida durante unas 13 horas, tras las cuales la Guardia Roja bolchevique de la marina pidió a los diputados que se marcharan a casa. Ellos obedecieron. Unos días después, otro Congreso de Diputados Soviéticos proclamó el nuevo Estado: la República Federal Socialista Rusa, con pomposas proclamas sobre los derechos de los trabajadores, los campesinos y las minorías nacionales.

#### LA GUERRA CIVIL Y EL PODER SOVIÉTICO

A estas alturas, había comenzado ya una guerra civil. Grupos de oficiales militares se reunieron en el sur de Rusia para organizar la resistencia contra el nuevo gobierno. Crecía el descontento entre los cosacos del Don. El líder cosaco Kaledin instauró una especie de gobierno cosaco en el Don, y los rojos pasaron inmediatamente a la acción contra él. Durante la Guerra Civil, los cosacos serían la base de la resistencia al poder de los soviéticos. Vivían en los márgenes sur y este de Rusia y no eran ya los rebeldes del siglo XVIII. Combinaban la agricultura campesina con el servicio militar y, gracias a las garantías sobre la posesión de las tierras, habían sido los más leales sirvientes del zar desde la década de 1790. La más grande y próspera de las huestes de cosacos estaba en el Don, y allí la resistencia al nuevo orden era especialmente feroz. Al mismo tiempo, los intelectuales

nacionalistas de la Rada de Kiev declararon el poder supremo en Ucrania. Parecía estar formándose un frente cosaco-ucraniano contra los rojos en el sur. Una variopinta colección de guardias rojos y marineros bastaron para derrotar a los cosacos del Don y la Rada en enero de 1918. Al mismo tiempo, el caos se extendía por el país, junto con episodios de resistencia en algunos lugares. A finales de diciembre de 1917, para hacer frente a estas amenazas, las autoridades soviéticas crearon la Checa (Comisión Extraordinaria para combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje), una organización que unía las funciones de policía y una especie de ejército político. Su primer director fue un comunista polaco, Félix Dzerzhinski, incorruptible e implacable.

La rápida derrota de la oposición a los bolcheviques no significó un rápido retorno al orden. La guerra había arruinado la economía rusa. La inflación estaba descontrolada y las redes de transporte y distribución de alimentos se estaban viniendo abajo. El calor y la luz desaparecieron en Petrogrado y otras grandes ciudades, y los trabajadores empezaban a regresar a sus aldeas natales, si podían. En la antes capital del imperio las luces se apagaron en los grandes palacios, la nobleza huyó al sur, en busca de calor y comida, junto con buena parte de la intelectualidad y las clases medias. Al desintegrarse el ejército, millones de soldados atestaron los trenes llevando consigo fusiles y granadas de mano en su vuelta a casa. Muchas ciudades vivían aterrorizadas por bandas de criminales. Las primeras medidas de los bolcheviques no hicieron más que aumentar la desintegración: el nuevo gobierno pretendía construir un nuevo Estado socialista en medio del caos. Era frecuente que los obreros interpretaran el socialismo como la expulsión

física de los propietarios y capataces de las fábricas, para elegir comités que se encargaran de llevarlas. Estos comités no tenían modo de conseguir suministros ni de repartir las mercancías, y la disciplina se vino abajo en la confusión generalizada imperante. Los bolcheviques lo dejaron correr varios meses, como parte de la necesidad de disolver el viejo orden. En la primavera de 1918, el hundimiento de la economía y las necesidades de la guerra civil les obligaron a cambiar de actitud y elegir gestores, antiguos trabajadores o activistas del partido, para que dirigieran las fábricas. En teoría, estos directores rojos rendían cuentas ante el recién instituido Supremo Consejo Económico y los diversos Comisariados Populares (Industria, Comercio, Agricultura, Trabajo, Alimentación). Este fue el embrión de lo que llegaría a ser el Estado soviético.

De momento, la prioridad de los bolcheviques era la supervivencia pura y dura. En noviembre de 1917, la guerra constituía un asunto de primer orden. Inmediatamente después de la revolución bolchevique, el nuevo gobierno proclamó una tregua con Alemania y sus aliados e inició negociaciones. Trotski viajó a Brest-Litovsk en la frontera polaca, ahora bajo ocupación alemana, para negociar un acuerdo de paz. Las exigencias de los alemanes eran desmedidas y Trotski dudaba, proclamando que la política correcta era «ni la paz ni la guerra». Los alemanes respondieron con un ataque en masa, ocupando toda Ucrania, Bielorrusia y las provincias del Báltico. Los nacionalistas locales declararon su independencia del Petrogrado Rojo, pero los ejércitos del káiser no les prestaron atención. Alemania instauró un régimen títere en Kiev con el general ruso Pável Skoropadski, un antiguo asistente al zar

que había descubierto de repente sus raíces ucranianas, como su marioneta. Los Guardias Rojos eran una fuerza integrada por aficionados y los bolcheviques crearon, en respuesta, un auténtico ejército, el Ejército Rojo de los Obreros y Campesinos, pero no pudo contener a los alemanes. El gobierno se mudó a Moscú, alejándose de las líneas enemigas. Aun así, algunos líderes comunistas, en especial Nikolái Bujarin y el SR de Izquierdas, querían proseguir y librar «una guerra revolucionaria». Lenin sabía que era una locura y convenció al liderazgo de que aceptaran las condiciones de los alemanes. La paz llegó en marzo, con la pérdida de todos los territorios del oeste, que pasaron a manos de Alemania y Austria. No obstante, era la paz, y el káiser reconoció a la República Roja. Los SR de izquierdas dimitieron como protesta, dejando a los bolcheviques totalmente a cargo del nuevo Estado.

El fiasco de Brest-Litovsk potenció la oposición a los rojos en el sur. Los cosacos del área se alzaron de nuevo, esta vez aliados con el Ejército Voluntario del general Mijaíl Alekséyev, compuesto por oficiales del viejo ejército. En el Don, el nuevo Ejército Rojo consiguió derrotar a los blancos, que huyeron más al sur en dirección al río Kubán. No tardaron en surgir nuevos problemas. Los combates serios empezaron en mayo de 1918, en una parte totalmente diferente del país, a raíz de las acciones del Cuerpo Checoslovaco. Había sido formado bajo el zar con prisioneros de guerra, antiguos soldados austro-húngaros de nacionalidades checa y eslovaca, para ayudar a los aliados contra Austria y Hungría. Una vez sellada la paz soviética con Alemania, querían seguir combatiendo. El nuevo gobierno les permitió salir del país a través de Siberia, a Japón y Estados

Unidos, con el fin de poder continuar la guerra en Francia. Una serie de choques con las autoridades soviéticas locales les llevó a tomar el control de las vías férreas desde la Rusia europea hasta el océano Pacífico. En Samara, bajo la protección de los checos, algunos diputados del SR de la dispersa Asamblea Constituyente formaron en junio un gobierno que continuase las prácticas de la democracia parlamentaria. Además, lograron reunir un «ejército del pueblo», que avanzó hacia Moscú contra los rojos.



Ilustración 18. Trotski, Lenin y Lev Kaménev, 1918-1920.

Para Lenin y los bolcheviques, aquello era una verdadera crisis agravada por la revuelta de sus recientes aliados: la izquierda del SR. Esta, enfurecida por la paz con Alemania y fuera del poder, intentó una revuelta en Moscú y, de paso,

asesinó al embajador alemán. En otras ciudades rusas se produjeron levantamientos similares, todos rápidamente sofocados, aunque indicaban una seria oposición al nuevo gobierno. La verdadera amenaza, no obstante, eran el Cuerpo Checoslovaco y sus aliados rusos, que avanzaban desde el este. El desmadejado Ejército Rojo, formado por milicias pobremente entrenadas con oficiales inexpertos, se batió en retirada. Este fue el momento en que Trotski mostró por primera vez su coraje como comandante militar, así como su forma implacable de imponer el orden y la disciplina. Utilizó a los oficiales del viejo ejército o del zar, con sus familias como rehenes para garantizar su lealtad; además, los comisarios políticos asignados a cada unidad tenían como fin mantenerla e inspirarla. Hizo fusilar a cientos de oficiales fracasados, comisarios y simples soldados. Con esta nueva organización, el Ejército Rojo recapturó las ciudades del Volga y expulsó al Ejército Popular, en rápida desintegración, hacia los Urales.

Estas crisis sellaron el destino del antiguo zar Nicolás y su familia. Tobolsk, en Siberia, donde les había enviado el gobierno provisional, estaba demasiado cerca de los focos de resistencia emergentes, por los que los rojos los trasladaron a Ekaterimburgo, en los Urales. En julio de 1918, al ir aproximándose los blancos, los soviéticos ordenaron la ejecución de la familia imperial, marcando el fin de la dinastía Romanov que había gobernado Rusia durante tres siglos. La casa en la que vivieron y en la que fueron ejecutados pasó desapercibida hasta 1977, cuando el exceso de celo de un dirigente comunista, Borís Yeltsin, hizo que fuera derribada hasta la última piedra. De vuelta en Moscú, el propio Lenin era el objetivo de la bala de un asesino a



finales de agosto. La respuesta de la Checa fue la proclamación del Terror Rojo. Se detuvo a miles de personas pertenecientes a las clases medias y altas. Algunas fueron ejecutadas de inmediato; otras, retenidas como rehenes contra futuros intentos.

En otoño de 1918, el nuevo Ejército Rojo había tomado de nuevo la mayor parte del Volga y los Urales, y el Ejército del Pueblo se desvaneció. Más al este, en el Omsk siberiano, había surgido otro Ejército Blanco: soldados siberianos y unidades compuestas por exoficiales imperiales empeñados en luchar contra los rojos. En noviembre, el almirante Alexander Kolchak tomó el poder como supremo gobernante de Rusia y disolvió los restos del liderazgo del SR en la Asamblea Constituyente. Kolchak también mató a tiros a muchos de los SR así como a cualquier otro bolchevique o activista con el que se topaba. Se acabaron los coqueteos con la democracia: Kolchak era un dictador militar. Además, entró en juego un nuevo elemento, ya que la Primera Guerra Mundial acabó el 11 de noviembre. A Omsk llegaron comisionados aliados, británicos, franceses, norteamericanos y japoneses. También ellos se mostraban a favor de una dictadura y se posicionaron en torno a Kolchak como líder de la oposición al bolchevismo.

Si bien Kolchak era el líder supremo titular, el suyo no era el único Ejército Blanco en circulación. Después de que los rojos recuperaran el Don a comienzos de 1918, el Ejército Voluntario se había desplazado hacia el sur durante el invierno para asentarse en Kubán. La muerte en rápida sucesión de Alekséyev y su reemplazo Kornílov (del intento de golpe de 1917) hizo que apareciese en escena el general Antón Denikin como comandante supremo del Ejército

Voluntario en el sur. Mientras Trotski andaba ocupado en el Volga, Denikin había conseguido sostenerse y los cosacos del Don se alzaron de nuevo en 1918. Con encubierto apoyo alemán, pretendían avanzar hacia el norte y el este. Todavía eran demasiado débiles como para romper la resistencia de los rojos, aunque consiguieron aislar muchas de las cruciales áreas productoras de grano. Si lograban cruzar el Volga, tenían una remota posibilidad de enlazar con Kolchak. Junto al Volga, en Tsaritsyn, los cosacos y los blancos se enfrentaron a Stalin, originalmente enviado para organizar los suministros de cereal. Enseguida se hizo con el control del aparato militar y reforzó la resistencia. Su aliado entre los soldados era Kliment Voroshílov, que había huido al este con una harapienta milicia de trabajadores del Donbás adelantándose al avance de los alemanes. A Stalin y Voroshílov tampoco les hacía gracia el uso extensivo de oficiales profesionales del ejército del zar por parte de Trotski, pero Lenin le apoyaba en este tema y tuvieron que dar su brazo a torcer. La unidades rojas al mando de oficiales profesionales fueron decisivas para mantener el frente, pero en Tsaritsyn, el comisario de Nacionalidades probó por primera vez la guerra. Los cosacos no cruzaron el río y Kolchak, a miles de kilómetros al este, era incapaz de reunirse con ellos.

Detrás de todas estas líneas de frente, los rojos empezaron a construir la utopía. Si bien el marxismo ofrecía un análisis detallado del capitalismo y el posible camino hacia la revolución proletaria, no aportaba prácticamente nada más que generalidades acerca del socialismo. El empeoramiento de la crisis del suministro de víveres, producto del creciente caos y la captura de Ucrania por los alemanes, provocó la «dictadura de los alimentos» en mayo de

1918. El Comisariado Popular de Suministros Alimentarios mandaba destacamentos armados para apoderarse del grano «excedente» a precios fijos, prerrevolucionarios, o simplemente para confiscarlo. La idea era acceder al cereal, que presuntamente retenían los kulaks y comerciantes con la colaboración de los campesinos pobres organizados en comités. De hecho, era difícil establecer distinciones entre los campesinos y al final las medidas afectaron a la totalidad de la sociedad rural. La hiperinflación continuada y la desaparición del dinero aceleraron el hundimiento en curso del sistema económico. Los rojos impusieron el racionamiento y un sistema de cooperativas para distribuir alimentos y bienes de consumo.

A comienzos de 1919, las autoridades soviéticas formalizaron el sistema de entrega obligatoria de grano, que iría acompañado de una asignación centralizada de los bienes de consumo a los campesinos. Alrededor de 60.000 hombres fueron movilizados en un «ejército de la comida» para requisar los cereales. Los campesinos respondieron reduciendo el tamaño de sus cosechas, hundiendo aún más en la crisis a las ciudades. Estas nuevas medidas, en parte fruto de la ideología y en parte de las necesidades bélicas, perduraron durante toda la guerra civil. Los bolcheviques siempre se habían manifestado contrarios a los mercados, y el colapso de los transportes y el caos generalizado habían roto todos los vínculos normales de mercado. Esta situación les ofreció la oportunidad de instaurar modelos utópicos de distribución a través de la asignación centralizada de los bienes. Nacionalizaron prácticamente todas las fábricas y todo el comercio. Las tiendas minoristas desaparecieron, mientras que los municipios soviéticos intentaban crear

grandes fábricas de pan, propiedad de la ciudad, en vez de pequeñas panaderías de barrio, empeorando la situación. Este sistema llegó a ser conocido como «comunismo de guerra». La realidad pronto hizo acto de presencia, ya que las autoridades soviéticas locales violaban con regularidad las normas, y la imposibilidad de un control central pleno llevó a las grandes fábricas, e incluso al Ejército Rojo, a montar sus propios medios de abastecimiento, incluyendo una cantidad sustancial de granjas explotadas por las fábricas y por el ejército. Los únicos mercados restantes eran los de menudeo y el mercado negro. Tanto el uno como el otro hicieron la supervivencia más fácil a buena parte de la población urbana. Las nuevas instituciones económicas centrales no eran capaces de poner en práctica sus planes, dado que no eran grandes estructuras burocráticas, sino más bien pequeños departamentos repletos de antiguos activistas revolucionarios sin experiencia, ayudados por unos pocos ingenieros o economistas y los trabajadores más cualificados.

El Estado socialista emergente era también un partido-Estado: los bolcheviques siguieron creciendo hasta más de 300.000 a comienzos de 1919. Estos hombres y mujeres eran el elenco del nuevo Estado. El resto de los mencheviques y los SR habían sido expulsados de la vida política ya a finales de 1918, y las nuevas instituciones requerían funcionarios leales para dirigirlos. El propio partido se centralizó más, en especial con la instauración del Politburó (Buró Político) por encima del Comité Central en 1919. En el nuevo estaban solamente Lenin, Kaménev, Trotski, Stalin y Mijaíl Krestinski como miembros de pleno derecho; Zinóviev, Bujarin y Mijaíl Kalinin figuraban como candidatos. Aquel era el núcleo del liderazgo bolchevique. Zinóviev, hijo de ganaderos lecheros

judíos de Ucrania, había estado muy próximo a Lenin durante sus años de exilio en Europa. Cuando el gobierno se trasladó a Moscú en 1918, Zinóviev quedó a la cabeza de la organización del partido en Petrogrado, a todos los efectos dirigiendo la ciudad hasta 1926, y a la vez la nueva Internacional Comunista. Lev Kaménev era hijo de un trabajador ferroviario, pero había adquirido cierta educación universitaria y estaba casado con la hermana de Trotski. A partir de 1917, actuó como delegado de Lenin y dirigió la organización del partido en Moscú. Bujarin, el más instruido de los bolcheviques después de Lenin, era una especie de teórico marxista y había pasado tiempo tanto en Europa occidental como en Estados Unidos. Algo más joven que los demás del partido, era personalmente muy popular. Como Lenin, era también genuinamente ruso, al igual que Krestinski y Kalinin, ambos personajes menores. Krestinski sirvió como comisario de Finanzas, mientras que Kalinin, nacido en una familia campesina y único trabajador del grupo, encabezó el Comité Ejecutivo Central de los Soviets. En otras palabras, era técnicamente el jefe de gobierno. Todos ellos compartían, con Stalin, sólidas credenciales de bolchevismo desde el principio. Trotski, por contraste, era un extrovertido exmenchevique, que encajaba mal en el grupo.

El personaje decisivo del partido era Lenin. Hasta 1917 había dedicado su vida a ser un organizador revolucionario y periodista. Escribió incontables artículos explicando su posición y denunciando a sus adversarios. Además era más intelectual que los otros, como demuestran sus escritos sobre filosofía y economía del imperialismo. En ese terreno, el único que se le acercaba era Bujarin. Orador competente, era capaz de emocionar a su público, aunque no hasta los niveles

de Trotski o Zinóviev. Tras la toma del poder en 1917, demostró tener habilidades políticas y administrativas muy superiores a las de la mayoría de sus camaradas, además de una poderosa voluntad y la capacidad de tomar decisiones. Se sumergió rápidamente en los detalles del gobierno, incluida la miríada de problemas surgidos al nacionalizar los bolcheviques la economía. Intentó, y en gran medida consiguió, instaurar un espíritu de trabajo en equipo entre el liderazgo del partido, logrando que trabajasen juntos camaradas enfrentados y a menudo arrogantes. Cuando debatía acerca de su posición personal, era capaz de convencer a sus oponentes sin humillarles (aunque sus polémicas publicadas eran harina de otro costal). En ocasiones, los demás líderes estuvieron en desacuerdo con él, pese a lo cual siguió siendo el líder indiscutible del partido y, por tanto, del Estado.

Este liderazgo altamente eficaz controlaba un aparato altamente imperfecto, pero tenía, además del partido, otros instrumentos de poder. El Ejército Rojo contaba con cinco millones de soldados al concluir la guerra civil. Buena parte de sus efectivos, los «ejércitos de trabajadores», adoptaron multitud de funciones económicas, aportando caballos para arar la tierra y restaurar el servicio de ferrocarril. La Checa se ocupaba de la seguridad interior, eliminaba a oponentes activos y potenciales, e intentaba acabar con el creciente número de bandas de criminales en las ciudades. La Checa disponía de alrededor de 25.000 miembros al terminar la guerra civil, pero también controlaba a más de 100.000 hombres, infantería y caballería, de seguridad interior. El partido, el ejército y la Checa hicieron posible el triunfo de los rojos, aunque no pudieron frenar la cada vez más

profunda crisis económica y la anarquía resultante. El práctico colapso del transporte por ferrocarril significó que abastecer a las ciudades del norte resultara en extremo difícil. Petrogrado sufrió de modo especial: había perdido alrededor de tres cuartas partes de su población al llegar 1920. Con el traslado del gobierno a Moscú, los rojos evacuaron una serie de fábricas clave con sus trabajadores y equipamiento. Cientos de miles de rusos viajaron a trabajar a Moscú y se afiliaron al aparato del partido, la Checa o el Ejército Rojo. Muchos se limitaron a volver a sus casas en busca de comida, calor y trabajo. Con el desplome del orden, empezaron a extenderse las enfermedades: el tifus, la gripe y otras enfermedades eran epidémicas.

La primavera de 1919 trajo nueva vida a los movimientos blancos. El final de la guerra en Europa, en noviembre de 1918, supuso la retirada de tropas alemanas de los territorios del oeste. En las provincias bálticas y Ucrania, los nacionalistas locales proclamaron su independencia de los bolcheviques, pero el Ejército Rojo devolvió rápidamente el poder a los soviets. Los rojos expulsaron a las fuerzas nacionalistas del directorio ucraniano. Al ver aproximarse a las tropas rojas, el ejército campesino del directorio se disolvió en la nada. Los nacionalistas ucranianos, al mando del líder militar Simón Petliura, se desplazaron hacia el oeste, perpetrando de camino una feroz masacre de judíos en Proskov. Kolchak controló Siberia y los Urales y Denikin avanzó hacia el norte durante la primavera, tomando el Donbás, la mayor parte de Ucrania y el sur de Rusia. Denikin logró llegar hasta Orel, realizando incursiones muy por detrás de las líneas rojas con unidades de caballería. La movilidad de la guerra civil otorgaba especial importancia a la

caballería, y los cosacos y oficiales de caballería del antiguo ejército eran un desafío formidable. Los rojos respondieron con el Primer Ejército de Caballería, formado en medio de las batallas contra Denikin, en origen una variopinta turbamulta de hombres poco disciplinados puesta en forma por el carisma de Budionni. En julio, la movilización en masa de los rojos permitió a estos enviar efectivos importantes contra Denikin, al que detuvieron. Tras sus líneas, en el sur de Ucrania, apareció un nuevo ejército, al parecer, de la nada: el ejército anarquista de Néstor Majnó, un exsargento del Ejército Imperial ruso y líder guerrillero por instinto. Con los rojos presionándole desde el norte, hubo de retirarse.

Denikin era un general competente, pero se enfrentaba a una guerra política. Los gobiernos blancos eran dictaduras militares con ministros civiles reclutados entre antiguos liberales que les dieran cierta apariencia de credibilidad. Era inevitable que su política social les enfrentara a las masas, ya que se oponían no solo a los rojos, sino también a todo lo que pudiera tocar lo que consideraban conquistas de la revolución. En las ciudades, solo contaban con el apoyo de las clases media y alta. Las masacres de judíos eran frecuentes. En el campo, su política apoyaba inevitablemente al noble terrateniente frente al campesino, y no podían explotar el antagonismo rural a las medidas bolcheviques. Para empeorar las cosas, los gobiernos blancos financiaron sus operaciones imprimiendo dinero y los campesinos eran reacios a vender cereales a cambio de una moneda sin valor. Al igual que los rojos, los blancos recurrieron a la confiscación del grano. Y como había sucedido en las áreas en manos de los rojos, los campesinos redujeron su producción a la de mera subsistencia, generando escasez de alimentos en las



zonas agrícolas más ricas del país, el oeste de Siberia y el sur. Al aumentar la resistencia en su contra, los blancos respondieron con la represión y las ciudades ocupadas por ellos fueron testigo de ejecuciones en masa. Detrás de las líneas blancas de Siberia y Ucrania, los campesinos se unieron para enfrentarse a los blancos. No solo Majnó, sino cientos de bandas empeñadas en preservar su territorio impidieron a los blancos un control efectivo del campo.

Ni siquiera una intervención extranjera hubiera podido salvar a los blancos. Con el final de la Primera Guerra Mundial, los aliados tenían acceso libre a Rusia a través del mar Negro y otros lugares, pero el agotamiento bélico significaba que poco podían ofrecer en forma de verdaderas tropas. Japón envió unos 60.000 soldados a Siberia como parte de un ardid para hacerse con el control de territorio ruso (ganándose así el antagonismo de Estados Unidos), pero las otras potencias enviaron menos hombres. En 1919 se produjo una breve intervención, de unos cuantos meses, en Odesa y otras ciudades del sur, aunque Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos siguieron enviando armamento. Este no fue de mucha utilidad: cuellos de botella (en especial, en Siberia) retenían los suministros en los puertos, y la corrupción masiva hacía que las armas y la munición terminaran a menudo en manos de los rojos. Complicaba la situación el hecho de que los oficiales que constituían el núcleo del movimiento blanco fueran intensamente patrióticos y se sintieran ofendidos por la necesidad de depender de armas extranjeras. La intervención debilitó la moral tanto como la fortaleció.

En otoño de 1919, los rojos empujaron a las fuerzas de Kolchak de vuelta a Siberia. Fueron las primeras victorias del futuro mariscal soviético M. N. Tujachevski, un aristocrático

oficial de la guardia convertido en revolucionario entusiasta. Finalmente, el Ejército Rojo derrotó a Kolchak, capturándole y ejecutándole en Irkutsk, Siberia. Los blancos lo intentaron de nuevo: el general Yudénich, el vencedor de Erzurum en 1916, condujo a una expedición desde Estonia hacia Petrogrado. Zinóviev pensó en no oponer resistencia, y Lenin estaba de acuerdo con él. Trotski y Stalin se opusieron con vehemencia y convencieron a Lenin de que les dejara defender la ciudad. Galoparon al norte hasta Petrogrado y Trotski incluso azuzó a las tropas a caballo. En octubre de 1919, Yudénich inició la retirada hacia Estonia. En el sur, Denikin abandonó el mando a comienzos de 1920 y marchó al exilio. Lo que quedaba del Ejército Blanco se retiró a Crimea, donde montó un nuevo ejército y un gobierno bajo el barón Piotr Wrangel. En ese momento, el nuevo Estado polaco invadió Ucrania. El objetivo era reconquistar las tierras polacas antes de las particiones del siglo XVIII. Para hacerlo, se aliaron con Petliura, que quedó aún más desacreditado ante el campesinado ucraniano, para quienes los polacos no eran más que terratenientes de la nobleza y, como tales, sus enemigos. El Ejército Rojo se desplegó de nuevo al oeste para hacer frente a la nueva amenaza, movilizando alrededor de medio millón de soldados. Lenin estaba convencido de que los rojos debían llegar hasta Varsovia, un intento de extender la revolución por Europa, además de derrotar a los polacos. Trotski se mostraba escéptico. El Ejército Rojo, encabezado antes de Varsovia por el brillante pero errático Tujachevski, se desplazó demasiado hacia el este para rodear la ciudad. En las líneas rojas se abrió una enorme grieta, pero las tropas rojas más al sur, bajo Budionni y con Stalin como comandante político, retrasaron el avance hacia el norte para

ayudar a cerrar el vacío. Los polacos, con consejeros y armas franceses, prosiguieron hacia el norte y, en una maniobra de brillante sencillez, rodearon a las tropas de Tujachevski. Los rojos retrocedieron, se retiraron muy al este, su mayor derrota en la guerra civil, y firmaron la paz con los polacos. El tratado establecía una frontera que daba a Polonia grandes partes de Bielorrusia occidental y Ucrania, pero no las ciudades importantes: Kiev, Odesa y Minsk.

En el momento crítico de la guerra polaca, el barón Wrangel había llegado a la retaguardia roja desde Crimea. Ahora, la suya era la única fuerza hostil a los bolcheviques que quedaba. A finales de 1920, el Ejército Rojo atacó en tromba a través del Istmo hasta Crimea con ayuda de los irregulares de Majnó. La causa de los blancos llegó a su fin. Los últimos refugiados, soldados y civiles, evacuaron las ciudades del sur bajo los cañones de la marina británica, en una escena caótica que marcó el fin definitivo de la vieja Rusia.

La revolución y la guerra civil fueron en gran medida acontecimientos rusos, pero tuvieron profundos efectos sobre las diversas nacionalidades de la periferia del Imperio ruso. En Polonia triunfó el nacionalismo sobre la clase y el socialismo, y la transición a un gobierno independiente fue (internamente) bastante suave. En Finlandia, una feroz guerra civil entre los socialdemócratas locales y los blancos otorgó la victoria a estos últimos, gracias a que el káiser envió una fuerza expedicionaria en ayuda del barón Gustav Mannerheim, anterior general imperial ruso. En las provincias bálticas, el colapso de la ocupación alemana llevó también a la guerra, ya que Riga, en especial, tenía una clase trabajadora abundante y muy radical. Gran Bretaña, no obstante,

consideraba al Báltico su esfera de influencia y en 1919 desembarcó allí soldados (*Friedkorps*), paramilitares de derechas nacionalistas, para expulsar a los rojos. Los británicos montaron un gobierno nacionalista en su lugar, expulsando al Freikorps de paso. Los rojos del Báltico se exiliaron en la Rusia soviética, aportando un importante componente a la Checa y el Ejército Rojo. En Ucrania, la tarea de los rojos se vio facilitada por el hecho de que todas las ciudades eran rusófonas. La más grande de las minorías urbanas era judía, no ucraniana, y el movimiento nacionalista local estaba formado por una delgada capa de intelectuales que intentaban guiar al campesinado. Además de que sus ejércitos estaban totalmente desorganizados, se mostraban renuentes a aclarar el tema de las tierras, clave para los campesinos. Los rojos los barrieron con facilidad.

También en el Cáucaso salieron victoriosos los rojos. El Tratado de Brest-Litovsk había llevado a la ocupación germano-turca del Cáucaso, y el final de la guerra significaba su retirada. Los rojos intentaron organizar una revolución, pero los partidos nacionalistas locales se hicieron con el poder con el apoyo de Gran Bretaña. Dado que Gran Bretaña estaba ocupada apoderándose de Oriente Medio, tenía pocos recursos que ofrecer, y los gobiernos locales quedaron librados a su destino. En 1920, el Ejército Rojo viajó al sur a las órdenes del gran amigo de Stalin y camarada georgiano Sergo Ordzhonikidze y tomó Bakú. El pequeño ejército azerí, comandado por una mayoría de oficiales turcos partidarios de la resistencia de Kemal Attaturk a las potencias occidentales en Anatolia, acogió a los rojos como aliados. Bakú en sí no era una ciudad mayoritariamente azerí, sino rusa, georgiana y armenia, una población atraída por el petróleo a lo que era en

gran medida una urbe europea. Los rojos, que tenían muchos aliados, actuaron de prisa para expulsar a los nacionalistas armenios y pocos meses más tarde les llegó el turno a los mencheviques georgianos. Nació una nueva república soviética, la Federación Transcaucásica, que combinaba toda el área bajo un solo gobierno. En Asia central, la resistencia a los rojos concluyó en 1922. Los japoneses se vieron obligados a retirarse del este de Siberia, de modo que, salvo en el oeste, quedaron restablecidas las viejas fronteras.

La nueva Rusia Soviética que vio la luz se hallaba devastada por años de guerra y revolución, con su economía hecha jirones. Quizás habían muerto un millón de hombres en los muchos frentes de la guerra civil (las estimaciones varían) y cinco o seis millones de civiles, en su mayoría por el tifus y otras enfermedades epidémicas, seguidas de cerca por el hambre. Las ejecuciones y represalias masivas de todos los bandos suman lo que pudiera faltar a la lista de bajas. Uno o dos millones de rusos, incluyendo buena parte de las antiguas clases altas y la intelectualidad, abandonaron el país para no regresar nunca. Los transportes y la producción estaban paralizados. Por el momento, los soviets continuaron la política de comunismo de guerra y movilizaron a los ejércitos de trabajadores bajo Trotski para recomponer los daños. No era una política viable y la resistencia al nuevo orden fue en aumento por todo el país. Lenin comprendió que hacía falta algún tipo de compromiso, una política económica que aportara margen suficiente para que la población, particularmente el campesinado, trabajara sin tutela del gobierno. Este compromiso, que recibiría el nombre de Nueva Política Económica, inauguró una nueva era en la historia de Rusia, y los demás Estados soviéticos quedaron

bajo el gobierno del Partido Comunista.

## Compromiso y preparación

El final de la guerra civil planteó al liderazgo soviético toda una serie de cuestiones nuevas, algunas inmediatas y otras a más largo plazo. Aunque los ejércitos blancos habían sido derrotados, el descontento interior crecía rápidamente, alimentado por la catastrófica situación económica y el resentimiento contra la dictadura del partido. En 1920 estalló en la provincia de Tambov, en Rusia central, una rebelión campesina, no exclusivamente política pero no por ello menos furibunda. Fue necesario el uso de importantes efectivos militares a las órdenes de Tujachevski para reprimirla. Cuando el ejército entró en la provincia de Tambov, se produjo una revuelta de los marinos de Kronstadt. La insurrección en la base naval de la bahía de Petrogrado fue mucho más visible y más política. Los marineros, que habían sido un respaldo crucial para los bolcheviques en 1917, reclamaban que los soviets fueran elegidos sin comunistas, un desafío directo al emergente sistema soviético. A finales de marzo de 1921, Trotski envió tropas sobre el hielo para retomar el puerto con grandes pérdidas de vidas, acontecimiento que ilustra la fragilidad del poder soviético. Las algaradas y el evidente fracaso del comunismo de guerra llevaron a un drástico giro en la política económica. Mientras la lucha rugía en Kronstadt, Lenin y el partido abolieron el sistema de entregas obligatorias de grano, sustituyéndolo por un impuesto en especie. La medida permitía a los campesinos comerciar libremente con los productos remanentes tras el pago del nuevo impuesto. Este paso fue la base de la Nueva Política Económica (NEP). Vino seguida de cerca por un regreso a la economía monetaria, y

con ella el permiso, por no decir la inducción, por parte del Estado a que los individuos privados comerciaran y montaran negocios para abastecer a una población carente de los más básicos bienes de consumo. El socialismo no figuraba ya en la agenda de modo inmediato. Con el tiempo, la recuperación industrial aportaría una base para el posterior desarrollo y, en un punto indefinido del futuro, la agricultura campesina sería de algún modo incorporada al sistema socialista (un proceso denominado «colectivización»).

El siguiente tema prioritario era la hambruna que comenzó en 1922, resultado de años de devastación, del abandono de los equipamientos e infraestructuras, de la ausencia en los campos de agricultores, que estaban combatiendo en los diversos ejércitos de la guerra civil, de las requisas soviéticas, que desincentivaban el cultivo, y de la muerte y la destrucción en general. Los soviéticos aceptaron la oferta de la ARA (American Relief Administration) de Herbert Hoover, liberada de sus operaciones en Bélgica, de aportar ayuda alimentaria a áreas afectadas del sur y el Volga. La ayuda y el retorno de la paz pudieron contener la hambruna, pero aún quedaban por resolver temas a largo plazo. Como consecuencia de la revolución y la guerra civil, el campesinado controlaba al fin virtualmente todas las tierras cultivables de Rusia. Sin embargo, dada la devastación urbana, al principio tenían pocos incentivos para vender su cosecha a las ciudades. La NEP dependía, precisamente, de la venta de grano por parte de los campesinos a cambio de bienes de consumo. Al final, la cosa funcionó: los campesinos pudieron adquirir telas, bienes de consumo de fabricación industrial y algo de equipo agrícola a cambio de su cereal. El partido apenas hizo algo por formular nada que se asemejara



a una agricultura socialista. Dejó de lado los experimentos con las «comunidades» de la etapa de la guerra civil. Se conformó con modestas cooperativas de campesinos, mientras intentaban construir una red de partido básica entre ellos, en especial entre los más jóvenes que habían pertenecido al Ejército Rojo.

Hubo cierto regreso a la normalidad en la sociedad urbana, pero el fenómeno era en gran medida superficial. En realidad, todo había cambiado. El viejo Estado, las clases altas y buena parte de la intelectualidad habían desaparecido o muerto, estaban marginados o en el extranjero. En su lugar, había un nuevo partido-Estado, cuyo núcleo era el Partido Comunista. En los antiguos palacios de la nobleza, el partido fundó museos y guarderías, despachos y escuelas, cuarteles generales de la Checa y oficinas administrativas. Intercalados entre nuevas instituciones aparecían los comercios y restaurantes, más llamativos, de los *nepmen* (hombres de negocios de la NEP), con sus propuestas de lujo y hedonismo. Las luces brillantes hicieron su reaparición y en los restaurantes privados había bandas de *jazz* o números de cabaret europeo. Junto a carteles que llamaban a la revolución, colgaban anuncios de botas de goma hechas a la medida y champán. Prostitutas y contrabandistas se codeaban con agentes alemanes de la Komintern y oficiales de la Checa letona. Los obreros eran incorporados a proyectos de educación superior (las «Facultades de Trabajadores») y los campesinos viajaban a las ciudades en busca de trabajo no especializado, como antes.

La Unión Soviética de la década de 1920 era un lugar colorista, pero en las ciudades había algo más que una vida más fácil. La economía revivió de la catastrófica situación de

1920; de hecho, se recuperó mucho más deprisa de lo que esperaban los líderes del partido. En vez de décadas de reconstrucción, la producción en todos los campos había rebotado ya en 1926 hasta niveles previos a la guerra, superándolos en algunos terrenos. Por supuesto, se trataba de una revivificación: en los años posteriores a 1914, el mundo no había permanecido inmóvil. En Estados Unidos y en Alemania, en particular, las nuevas tecnologías estaban transformando el paisaje, y la Unión Soviética se había limitado a reconstruir el mundo anterior al conflicto. La automoción, las nuevas industrias químicas, los aviones y la tecnología de la radio eran elementos innovadores en rápido crecimiento en Occidente. La URSS tendría que moverse muy deprisa si quería ponerse a la altura. Por desgracia, continuaba rezagada en un tema crucial: la agricultura. El problema no era la producción total, ya que el país producía casi exactamente la misma cantidad de cereales –una mercancía vital– que en 1914, pero ahora llegaba menos al mercado. Por término medio, los campesinos sacaban al mercado algo más de la mitad de la cantidad de grano que circulaba antes de la guerra. Las explicaciones de este fenómeno son variadas, aunque al parecer fue fruto de la apropiación de tierras durante el verano de 1917. Desaparecieron las grandes explotaciones, orientadas al mercado: la distribución de tierra entre los campesinos había sido igualada radicalmente. Los más acaudalados (kulaks) permanecieron en las ciudades y la mayor parte de las tierras fueron a parar a manos de productores medianos, que consumían una proporción mayor de sus cosechas que antes de la guerra. Las políticas de precios de los soviéticos acentuaban el problema, porque los campesinos pensaban

que el precio que pagaba el Estado era demasiado bajo. Este era el dilema: si el país debía proseguir con la industrialización y mantenerse a la altura de Occidente, harían falta enormes industrias y ciudades nuevas, y sus trabajadores necesitarían comida. ¿Cómo obtenerla? La agricultura tendría que volverse más productiva, pero ¿de qué manera y a qué ritmo? Así fue como cuestiones bastante técnicas, relativas al equilibrio de las tasas de crecimiento industrial o la modernización de la agricultura, se convirtieron en objeto de debate, un tanto encendido, y de sañudas luchas internas entre los líderes del Partido Comunista. El resultado de estos enfrentamientos y discusiones fue que Iósif Stalin se alzó con el poder supremo.

La guerra había centralizado todavía más un partido ya centralizado y le había imbuido una mentalidad guerracivilista. Todos los desacuerdos se transformaban automáticamente en asuntos de vida o muerte, todos los opositores eran enemigos encubiertos del ideal revolucionario en su conjunto. Lenin y Trotski defendieron el terror contra los blancos y otros contrincantes. Los partidos socialistas moderados, mencheviques e Izquierda SR, así como los anarquistas, fueron suprimidos. Como era de esperar, el fin de la guerra no tuvo efecto alguno sobre la mentalidad bolchevique. En todo caso, las demandas de unidad política se hicieron más estridentes. Los choques entre personalidades y las diferencias en cuanto a la estrategia, no obstante, actuaban en contra de la unidad. En sus últimos escritos, Lenin se mostraba crítico con todas las grandes figuras – Stalin, Trotski, Bujarin y otros–, pero sin ofrecer una guía clara acerca del liderazgo. La primera gran pelea estalló en 1923, al deteriorarse la salud de Lenin tras varios infartos.

Trotsky y cierto número de sus aliados de la guerra civil empezaron a criticar las «tendencias burocráticas» del partido. Entonces, en enero de 1924, falleció Lenin. El manto del liderazgo no pasó a hombros de un solo hombre: Stalin, Zinóviev y Kaménev eran los personajes dominantes. En 1922, el Congreso del Partido había nombrado a Stalin secretario general, cargo que conservó hasta su muerte. Le daba control, o al menos conocimiento, de todos los nombramientos en el partido para cualquier puesto de importancia. Bujarin, editor de *Pravda*, el periódico del partido, era su principal aliado. Trotsky gozaba aún de gran poder y prestigio, pero los demás no confiaban en él. Comisario de la Guerra durante muchos años, parecía ser el candidato ideal para convertirse en el Bonaparte de la Revolución rusa. Aunque no tan educado como Bujarin, era sofisticado, cosmopolita y arrogante, demasiado para encontrar aliados poderosos. Le perseguía su pasado menchevique. También subestimó peligrosamente a Stalin, al considerarle un provinciano aburrido que solo valía para tomar medidas burocráticas. Stalin, como georgiano con marcado acento, era en algunos aspectos un *outsider* mayor que Trotsky, pero a su favor contaban largos años de fiel servicio al partido y una inapelable lealtad al bolchevismo. No había pasado largo tiempo en el extranjero hasta 1917 y, en ese sentido, era más parte del proyecto ruso, y militantes de a pie estaban más familiarizados con él que con otros líderes. Al contrario que Trotsky, no leía novelas francesas cuando se aburría en las reuniones del partido.

Estos detalles biográficos no pasarían de ser simples curiosidades si no hubieran entrado en juego al plantearse los dirigentes cuestiones reales y básicas sobre el futuro del país.

La más importante de todas ellas era la controversia acerca del «socialismo en un solo país», tanto en sí misma como por las implicaciones que tenía respecto a las decisiones a tomar en incontables áreas.

La lucha comenzó en los últimos años de vida de Lenin, la primera de ellas la plataforma de oposición de 1923 de Trotski. La queja de Trotski era que el partido se estaba volviendo cada vez menos democrático y más burocrático, debido al nombramiento de cargos a través del Secretariado de Stalin y no mediante elecciones. Su carta al partido respecto al tema desató una intensa disputa, que salió a la luz justo la víspera de la muerte de Lenin, el 21 de enero de 1924. Sus rivales, Stalin, Zinóviev y Kaménev, formaron un triunvirato que gobernó el partido y el país tras la desaparición de Lenin. Por el momento, la oposición de Trotski obtuvo algunas concesiones, pero el triunvirato conservó el control. En todo caso, el altercado no era tan radical como podría parecer: Trotski respetaba, por principios, la idea de un partido centralizado y autoritario. Lo único que buscaba era un poco de espacio de maniobra. No tardaron en surgir desacuerdos más graves. Trotski creía que la revolución no podría sobrevivir, y que no se construiría el socialismo en la Unión Soviética a menos que se desataran revoluciones en los países avanzados de Occidente. Solo la fraternidad socialista podía ayudar a Rusia a remontar su retraso. Entretanto, la URSS debía emprender una política de industrialización ultrarrápida. El economista Evgeni Preobrazhenski apoyó a Trotski en relación con la estructura del partido, pero también sugirió una plataforma económica más detallada. Su propuesta era arrebatar recursos al campo mediante la confiscación y otros métodos, reminiscencias del

comunismo de guerra, y aprovechar estos para una veloz industrialización. El dilema, tal como lo veía Preobrazhenski, era que la existencia de una agricultura campesina privada a pequeña escala llevaría al fortalecimiento del capitalismo en el seno de la Unión Soviética. Compartía con Trotski la idea de que la Unión Soviética jamás sobreviviría como una sociedad socialista rodeada de capitalismo: la revolución en los países desarrollados era esencial para la construcción del socialismo en la URSS. No obstante, a corto plazo, hacían falta medidas extremas para garantizar que el país sobreviviera, incluso si llegaba la revolución a Occidente. Era lo que acabó denominándose plataforma de la Oposición de Izquierda.

Esta perspectiva fue furibundamente rechazada por Bujarin, cuya posición como editor de *Pravda* implicaba que su criterio tendría una extensa divulgación. Ridiculizó los programas de superindustrialización de la oposición argumentando que la clave era la recuperación de la agricultura y el enriquecimiento progresivo de los campesinos. Mientras el partido controlara el Estado y la industria permaneciera en sus manos, no había nada que temer de los campesinos y el campo avanzaría raudamente hacia una sociedad industrial socialista. Stalin se alió con Bujarin y empezó a formular la noción de «socialismo en un solo país», la idea de que la URSS podía por sí sola transformar plenamente su sociedad, incluyendo la agricultura, antes del triunfo definitivo del socialismo en Occidente. Stalin no rechazaba la perspectiva de una revolución mundial: estaba seguro de que las potencias capitalistas no tardarían en desencadenar una nueva guerra mundial y de ella saldría una revolución, si es que no lo hacía antes. Difería de Trotski en

la convicción de que la Unión Soviética pudiera construir una sociedad socialista por sí misma mientras esperaba la revolución en el extranjero.

El primer efecto de este pulso fue la marginación de Trotski, que perdió su puesto como cabeza del Comisariado de la Guerra y otros cargos en 1925. Ese mismo año, Zinóviev y Kaménev cambiaron de bando, enfrentándose a Stalin y Bujarin. Para ellos, el factor básico inicial había sido el miedo a Trotski; ahora temían más a Stalin. La oposición unida no logró grandes apoyos en el partido. En 1926, Zinóviev fue depuesto como cabeza del partido en Leningrado (Petrogrado había adquirido ese nombre desde la muerte de Lenin). La oposición carecía de respaldo sustancial en la organización del partido, pero Stalin y Bujarin triunfaron a finales de 1927. La política NEP se alzó con la victoria, aunque con un creciente impulso hacia la industrialización. Trotski, Zinóviev y Kaménev fueron expulsados del partido, junto con sus seguidores. Zinóviev y Kaménev abjuraron de sus errores y fueron readmitidos, pero Trotski se exilió en Alma-Ata, y fue expulsado del país en 1929. Stalin había derrotado por completo a la oposición y parecía que la NEP seguiría adelante.

La victoria de Stalin vino acompañada de crecientes prohibiciones contra toda disensión, particularmente la formación de facciones y plataformas de oposición. Antes de que se impusiera el principio de unidad ideológica absoluta, una última disputa importante agitó al liderazgo del partido. A comienzos de 1928, Stalin y sus partidarios cambiaron sus planes por completo. La causa fue un descenso del cereal obtenido por las agencias estatales para alimentar a las ciudades a finales de 1927. Stalin creía que el campesinado,

en especial los kulaks, se limitaban a retener las cosechas con la esperanza de lograr un mejor precio, e incluso perjudicar al Estado soviético. Su reacción fue organizar una partida de oficiales del partido, encabezada por él mismo, que se dirigió a los Urales y Siberia a comienzos de 1928 para apoderarse del grano. Su expedición fue un éxito y regresó acompañada de carros repletos de cereales. Stalin y sus aliados orientaron su política hacia la industrialización rápida y la colectivización de la agricultura, a todos los efectos el fin de la NEP. La nueva política despertó la discrepancia de Bujarin, así como la del líder de los sindicatos, Mijaíl Tomski, y la de Alekséi Rykov, el primer ministro soviético. Básicamente, opinaban que la NEP estaba funcionando bien, pese a las ocasionales dificultades, y no había necesidad de forzar el ritmo ni en la industria ni en el campo. La Oposición de Derechas, un grupo menos definido que la de Izquierdas, contaba con mucho más apoyo que el pequeño grupo de trotskistas y seguidores de Zinóviev y Kaménev. No obstante, Stalin los combatió hasta la extinción, expulsándolos del liderazgo y del partido a finales de 1929. Sus muchos adeptos, sobre todo en la organización del partido en Moscú, fueron detrás. Stalin poseía ahora un control completo sobre el liderazgo central del partido.

A pesar de todas sus concesiones al campesinado, la NEP implicaba una industria centralizada, de propiedad y gestión estatal, lo que suponía un nuevo tipo de Estado. El Estado soviético no solo regulaba la industria, también la gestionaba directamente a todos los niveles. La estructura general era una forma perfeccionada de la establecida en 1918, con el Consejo Económico Supremo como centro de una serie de unidades para cada rama de la industria: una



para el hierro y el acero, otra para el carbón y una más para la construcción de máquinas, agrupadas según sus respectivas líneas regionales. Estas tomaban las decisiones que en las economías capitalistas corresponden a los hombres de negocios, y quedaban sometidas a un único plan general. El plan fue obra del Comité de Planificación del Estado, o Gosplán. Durante la mayor parte del tiempo, desde su fundación en 1921 hasta 1930, el Gosplán funcionó bajo la dirección de Gleb Krshizhanovski. Una excepción entre los líderes, era no solo ingeniero del Instituto Tecnológico de San Petersburgo, sino también un viejo bolchevique. El Gosplán original, esencialmente un despacho de consejeros para el Soviet Supremo, enseguida trazó un plan de electrificación para todo el país. En 1925 recopiló «cifras de control», una especie de tosco plan económico general, que a finales de la década de 1920 permitió la redacción del Primer Plan Quinquenal adoptado en 1929.

Sin embargo, el aparato de gestión económica del Estado no estuvo a la altura de tan ambiciosos objetivos. En la década de 1920, la mayoría de los funcionarios estatales no eran miembros del Partido Comunista. Incluso en el Consejo Económico Supremo y el Gosplán, la mayoría eran economistas o ingenieros que no pertenecían al partido ni mostraban especiales simpatías por sus aspiraciones. Muchos habían sido mencheviques activos, miembros del SR o liberales antes de 1917, pero tenían los conocimientos técnicos que los bolcheviques precisaban. Lenin siempre había sostenido que acabarían por aceptar el nuevo orden, pero distaba mucho de ser así. Los instrumentos del partido en estas oficinas eran un pequeño número de comisarios del pueblo y secretarios generales de comités, nombrados por el

partido entre sus propios líderes, hombres con experiencia política pero no técnica. Otro tanto se podía afirmar al nivel de la fábrica: el director solía ser un funcionario del partido, pero los ingenieros y los trabajadores funcionarios no lo eran. Así, el partido daba órdenes a los gestores económicos y a las fábricas, pero no tenía un control completo. Aun así, el Politburó y el Comité Central dedicaban largas horas a los tecnicismos de la administración económica, la industria maderera o la superficie sembrada de remolacha azucarera, así como a crípticos datos sobre circulación monetaria y el comercio exterior. Algunas de estas cuestiones tenían también una vertiente política y guardaban relación con los enfrentamientos facciosos entre Trotski, Stalin, y los «derechistas», por lo que frecuentemente se adoptaban decisiones económicas por motivos políticos. De hecho, Stalin y los demás líderes pensaban que la política debía ir por delante de «estrechas» miras económicas.

La otra cara del nuevo Estado era su estructura federal, basada en una jerarquía de unidades nacionales. El federalismo soviético, surgido de las experiencias de 1917-1920, tenía que ver con factores étnicos, no solo con territorios. El partido bolchevique siempre había mantenido que el Imperio ruso era una «cárcel de pueblos» que combinaba lo peor del colonialismo europeo con el viejo despotismo militar de los zares. El lema de la autodeterminación para los pueblos no rusos (incluyendo un Estado plenamente independiente si lo deseaban) fue formulado mucho antes de la Primera Guerra Mundial. Durante la revolución, la mayoría de los grupos nacionales del imperio formaron partidos nacionalistas, si es que no los tenían ya (como Finlandia y Polonia), que propugnaban un

tipo u otro de autonomía nacional. Antes de que la mayoría de ellos tuviera tiempo de explicitar una plataforma clara y constituir una base social, los bolcheviques se habían apoderado de Petrogrado. Dado que la mayoría de las ciudades eran rusófonas, y partidarias de los rojos en mayor o menor medida, los nacionalistas solo contaban con la intelectualidad local y, potencialmente, el campesinado. Como buena parte de la periferia estuvo ocupada hasta 1920 por los blancos, o por tropas intervencionistas, los rojos trataban solo con Ucrania y Bielorrusia al oeste, y con los pueblos musulmanes del Volga, el norte del Cáucaso y Asia central. La situación, en cada caso, era distinta.

Bielorrusia era una creación en buena parte artificial, ordenada por las autoridades del partido en 1919-1920 para contrarrestar los designios polacos sobre el área. El tema dejaba indiferente a la mayoría de la población y los comunistas locales se oponían categóricamente a una república étnica local. Lenin y Stalin (como comisario de Nacionalidades) los desautorizaron. El caso de Ucrania era muy diferente. Allí, el movimiento nacionalista estaba asentado entre la minoría de los intelectuales, que se consideraban ucranianos, e inicialmente logró movilizar un amplio apoyo entre el campesinado. En las ciudades se enfrentaban a circunstancias casi insuperables, ya que sus poblaciones eran, en gran medida, rusas y judías. A la clase obrera no podía interesarle menos la causa ucraniana y la mayoría de los intelectuales eran rusos, o se identificaban con Rusia (es decir, con la causa blanca). Los judíos se decantaban por uno u otro de los partidos rojos o judíos (Sionistas, Bund), no de los ucranianos. Los bolcheviques de Moscú comprendieron que tenían que generar una especie de

marco ucraniano, aunque solo fuera para neutralizar a los nacionalistas. Forzaron a los comunistas locales a crear un Partido Comunista de Ucrania y proclamar (en 1919) la República Soviética de Ucrania. Tanto la República Bielorrusa como la República de Ucrania eran *de iure* independientes de Moscú, pero sus Partidos Comunistas no lo eran. Estaban estrictamente sujetos a las órdenes del Comité Central en Moscú.

Los pueblos musulmanes eran otra cosa. En el norte del Cáucaso, el nacionalismo era muy débil; la identidad predominante, islámica y muy local. Algunos grupos se habían aliado con los cosacos contra los rojos y habían apoyado a los ejércitos blancos. No obstante, la hostilidad de estos últimos hacia todo tipo de autonomía llevó a los primeros a aliarse con los rojos, especialmente en Daguestán, lo que a su vez desembocó en un conflicto multilateral de extraordinaria complejidad. Las victorias del Ejército Rojo decidieron el resultado. En 1920, el gobierno soviético empezó a constituir una serie de repúblicas autónomas en las montañas. Cada una de las etnias locales obtuvo su unidad política (algunas de las más pequeñas se combinaron).

Otros grandes grupos musulmanes con los que tenían que tratar los rojos eran el tártaro y el baskir del Volga y los Urales. Se trataba de minorías significativas, de varios millones de miembros cada una, que vivían en zonas bastante prósperas rodeadas por rusos, y ciudades fundamentalmente rusas. Los diputados de la Duma musulmana y otras personalidades políticas habían fundado partidos locales en favor de la cultura y la autonomía nacionales, pero respaldaban al gobierno provisional. En el transcurso de la guerra civil, los nacionalistas habían partido del lado de los

blancos, pero algunos se pasaron a los rojos, incapaces de digerir la noción nacionalista del general Kolchak. En marzo de 1919, los bolcheviques instauraron una República Soviética de Baskiria como entidad autónoma dentro de Rusia, y un año después, una tártara. Asia central había supuesto un desafío, ya que los combates continuaron hasta 1922, pero el gobierno logró incorporar a la Rusia Soviética una única República Soviética de Turkestán en 1918. En ella, la nacionalidad era una cuestión especialmente problemática que no se abordó hasta 1924.

En un sentido, los pueblos musulmanes más importantes en la década de 1920 estaban en el Cáucaso. Eran los azeríes, por la sencilla razón de que su mayor ciudad, Bakú, era también el principal centro de producción petrolífera del anterior Imperio ruso. La rápida conquista de la región condujo a la formación de una República Soviética Federal de Transcaucasia unida en 1921. La idea se aplicó por insistencia de Stalin y Ordzhonikidze y contra los deseos de otros comunistas georgianos, porque Stalin no quería fomentar las aspiraciones de las nacionalidades mayores. Durante los breves años de independencia, los mencheviques georgianos se negaron a otorgar derechos de nacionalidad a Abjasia y Osetia del Sur, y se produjeron repetidos choques azerí-armenios. La solución fue una federación que otorgaba algún tipo de autonomía a todos los pueblos pertenecientes a Transcaucasia, obstaculizando así el salto al nacionalismo entre los grandes grupos.

En 1922, Moscú era el centro de varias repúblicas soviéticas, técnicamente independientes pero gobernadas por partidos comunistas subordinados al Comité Central ruso. Stalin decidió alterar esta tosca organización. Su proyecto

consistía, simplemente, en incorporar las otras repúblicas a Rusia como unidades autónomas, semejantes a Baskiria pero con algo más de autonomía. Su plan no fue del agrado de Lenin, que creía que el mayor peligro para el gobierno del partido era el chovinismo ruso. No provocar a la resistencia nacionalista en la periferia, y por supuesto el nacionalismo ruso, había sido la ideología de los blancos. Las objeciones de Lenin forjaron un nuevo plan en el que todas las repúblicas soviéticas, incluida Rusia, formaron la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En este modelo, las entidades no rusas de mayor tamaño se sumaban a la Unión con un estatus legal idéntico al de Rusia. En la década de 1920, solo algunas funciones estaban formalmente centralizadas en Moscú. No había Comisariado de la Agricultura o la Educación para toda la Unión, solo en las repúblicas. A la vez, el Partido Comunista, centralizado en el Politburó y el Comité Central, impartía órdenes a todas las organizaciones del partido republicano. Por añadidura, la gestión de la mayor parte de la economía industrial desde Moscú era un poderoso elemento centralizador.

Ahora, la nueva Unión tenía que hacer frente a una serie de problemas no resueltos en todo el país. El supuesto básico del liderazgo soviético era que la nacionalidad era una cuestión de lenguaje. Aunque tanto Lenin como Stalin añadieron la historia común y la cultura a esta definición, en la práctica, de lo que se trataba era de que el idioma se consideraba el factor decisivo. Este criterio, que funcionaba razonablemente bien en la parte europea del país, no encajaba igual de bien en otras regiones. Forzó a los soviets a generar unidades autónomas allí donde hubiera diferencias de idioma, y a establecer unidades autónomas entre pequeños

pueblos siberianos carentes de toda consciencia política o nacional en el sentido moderno. También hubo complicaciones entre las etnias de la Rusia europea. El pequeño pueblo del Volga, que hablaba una lengua ugrofinesa que los estudiosos rusos llamaban mordoviano, tenía un idioma común pero no una palabra común para los dos subgrupos mordovianos. Las autoridades soviéticas se limitaron a declararlos mordovianos a todos e introdujeron el término ruso que designaba su nacionalidad en el idioma. En las grandes ciudades de Ucrania con pocos ucraniano-hablantes, como Odesa, dejó de existir la prensa en ruso y solo se editaba en ucraniano. Las ciudades multinacionales, como Bakú, planteaban un caso particular.

La cuestión de las lenguas en las zonas occidentales del país empalidecía en comparación con la situación en Asia central. La población kazaja de las estepas del norte era un grupo relativamente coherente y recibió el estatus de república autónoma en el seno de Rusia en 1924 (y de república de la Unión en 1936). Más al sur, la población de las cuencas de los ríos Syr-Darya y Amu-Darya presentaba enormes dificultades. En estas áreas, la identidad no se atenía a criterios lingüísticos. La mayoría de la gente se consideraba, en primer lugar, musulmana, y luego parte de un grupo u otro. La población urbana y buena parte de la campesina asentada pertenecían a la categoría de sarts, tanto si hablaban un idioma turco como si hablaban alguno iraní. «Uzbeko» solía significar nómadas de habla túrquica en torno a y en las áreas colonizadas. Las grandes ciudades Bujará, Jiva y Samarkanda habían sido los centros de dinastías uzbekas, pero su cultura tradicional era a la vez turca y persa. El área más o menos densamente poblada de iraní-hablantes carecía

de un gran centro urbano. La zona agrícola más próspera, el valle de Ferghana, era también una de las más diversas étnicamente. Los turcomanos, kazajos y kirguises integraban unidades relativamente coherentes, a pesar de su división en líneas tribales. Los soviéticos interpretaron todo esto como simple atraso feudal y se dedicaron a crear repúblicas siguiendo líneas lingüísticas, aunque en el valle de Ferghana esto supusiera dejar grandes minorías a los lados de las nuevas fronteras. El resultado final fueron cinco repúblicas: Kazajistán, Kirguizia, Turkmenia, Uzbekistán (la más populosa) y Tayikistán (el área de habla iraní).

Las condiciones de la NEP en la década de 1920 permitía pocos grandes planes para transformar las nuevas repúblicas. A partir de 1924-1925, el partido siguió una política de «nativización» del partido y el aparato del Estado fuera de la República Rusa. El impulso principal fue la promoción de cuadros no rusos en todos los niveles, pese a que los puestos clave quedaban usualmente exentos de esta política, al estar reservados por Moscú para sus trabajadores de mayor confianza. Estos líderes del partido no eran necesariamente rusos, no obstante. Los georgianos, armenios, lituanos (en especial, en la policía política) y los judíos eran prominentes en el liderazgo de las repúblicas no rusas, lejos de sus presuntos territorios natales. Tanto la cultura como el campesinado quedaron en gran medida en manos de las repúblicas durante la década de 1920, algo poco sorprendente si tenemos en cuenta que, para la ideología bolchevique, los campesinos eran la reserva del nacionalismo, y los intelectuales, los portadores de las culturas locales. En los años de la NEP, se conciliaron ambos. De hecho, las culturas locales no podían crearse ni avanzar sin contar con la



*intelligentsia* nacional.

La autonomía cultural de las nuevas repúblicas funcionaba con un sistema político y económico centralizado. Mientras los partidos republicanos comunistas gestionaban sus propios asuntos del día a día, las líneas maestras y la cúpula del partido estaban en manos del liderazgo moscovita. La gestión económica se repartía entre el Consejo Económico Supremo de la URSS en Moscú y oficinas análogas en las repúblicas. Los centros de producción más importantes, como el Donbás y la gigantesca industria metalúrgica de la República de Ucrania, dependían de la autoridad central. Esta situación despertó protestas de todos los gobiernos republicanos, incluyendo a la República Rusa.

La Unión Soviética vio la luz al concluir los años de guerra y durante un periodo de turbulencias en todo el mundo. Lenin y los bolcheviques pensaban que su revolución era solo la primera de una serie que no tardaría en llegar, y ni siquiera la más importante. Todo el liderazgo bolchevique estaba convencido de que la revolución era inminente en Alemania. El derrocamiento del káiser en 1918 pareció el comienzo, la versión alemana de la Revolución de Febrero rusa. Durante los siguientes años, se tenía la impresión de que el Octubre alemán estaba a la vuelta de la esquina. La breve instauración de un gobierno comunista húngaro en 1919 y los levantamientos en el resto de Europa parecían confirmar el pronóstico, pero la esperada revolución no llegó. En 1923, los comunistas alemanes realizaron un último y fracasado intento. La cúpula soviética admitió que la tormenta revolucionaria había amainado.

La Unión Soviética se encontraba aislada en un mundo de potencias capitalistas hostiles y necesitaba sobrevivir. Sus

líderes, incluido Stalin, esperaban que la revolución mundial llegara antes o después. Esta contradicción básica de su política exterior perduró hasta el final del Estado soviético. El lado revolucionario de las relaciones soviéticas con el mundo en la década de 1920 estaba en manos de la Internacional Comunista (la Komintern). Fundada en 1919 en respuesta a la Internacional Socialista, compuesta de socialistas moderados (en su mayoría probélicos), se fijó como objetivo organizar y promover la revolución en todo el mundo. Se jactaba de tener un liderazgo y personal internacionales, pero su cuartel general en Moscú estuvo firmemente bajo el control soviético de Grigori Zinóviev hasta 1925. Consiguió agrupar a los socialistas que se habían opuesto a la Primera Guerra Mundial y después habían abrazado el comunismo, formando partidos comunistas en casi todos los países. Se trataba de partidos divididos, la mayoría con tácticas mucho más militantes que las aprobadas por Moscú, pero los dirigentes soviéticos no tardaron en ponerlos en su sitio.

El gobierno soviético era consciente también de que tenía que salir de su aislamiento. A comienzos de 1921, había firmado con Gran Bretaña un acuerdo de comercio, la primera rotura del bloqueo impuesto por las potencias occidentales en 1918. En 1922, los soviéticos sellaron otro acuerdo con la Alemania de Weimar. Incluía el mutuo reconocimiento, el comercio conjunto y un protocolo militar secreto, que permitía a los oficiales alemanes entrenar en territorio soviético y otras formas de cooperación militar. La Alemania de Weimar, como principal víctima del tratado de paz de Versalles, quería espacio para maniobrar, y Lenin se lo ofreció. Durante la siguiente década, las relaciones con Alemania se caldearon y después se enfriaron, pero el acuerdo

militar permaneció intacto y el comercio se expandió. Por contraste, las relaciones con Gran Bretaña empeoraron de forma acusada, en gran parte como resultado de las políticas soviéticas y de la Komintern en el Este.

La política soviética en Asia supuso un punto de inflexión, tanto en la historia rusa como en la del mundo en general. Su impacto había perdurado mucho más allá de los objetivos de Lenin y la Komintern en 1919-1920. La concepción de Lenin del imperialismo implicaba que los imperios coloniales europeos aportaran recursos clave para el dominio del capitalismo en el mundo y sobre las clases trabajadoras europeas en particular. El pueblo oprimido de las colonias era, por tanto, un aliado decisivo del proletariado en la batalla por el socialismo. Las primeras reuniones de la Komintern proclamaron a grandes voces este principio, y sus agentes y seguidores en todo el mundo hicieron correr la noticia. En París, un joven vietnamita que trabajaba pintando cerámicas pseudoasiáticas en una fábrica francesa leyó que la Komintern deseaba prestar su apoyo a los pueblos colonizados, y decidió sumarse a los comunistas. Su nombre era Ho Chi Minh. Por aquel entonces, no obstante, eran los acontecimientos en China los que llamaban la atención de la Sección Asiática de la Komintern y el gobierno soviético. En 1911, los nacionalistas encabezados por Sun Yat-sen habían derrocado a la dinastía Ching y establecido una república. Pero continuaba la lucha para hacer funcionar la república y expulsar, o al menos debilitar, al régimen del tratado que mantenía a China maniatada ante las potencias occidentales y Japón. La Komintern y el recién nacido Partido Comunista Chino apoyaban a los nacionalistas, pero Chiang Kai-shek se volvió contra ellos y exterminó prácticamente a los

comunistas en 1927. Los comunistas chinos se recuperarían, aunque la política soviética en China fue una de las razones por las que Gran Bretaña rompió sus relaciones diplomáticas con la URSS en 1927, provocando una alarma de guerra en Moscú que duró varios meses. Los pequeños grupos comunistas de las diversas colonias asiáticas continuaron existiendo, ignorados por todos salvo por las administraciones coloniales, pero sus acciones tendrían finalmente enormes consecuencias que el modesto crecimiento del comunismo en Europa no podría igualar.

A pesar del fracaso en China, el liderazgo soviético estaba convencido de que los contratiempos serían pasajeros. Stalin, al igual que sus rivales en el partido, estaba seguro de que antes o después sería inevitable otra guerra entre las potencias occidentales, dado que las «contradicciones», en terminología marxista, entre Gran Bretaña, Francia y Alemania eran demasiado graves para resolverlas de otro modo. La guerra conduciría a otra crisis social como la acontecida tras la Primera Guerra Mundial. En 1928, la Komintern giró bruscamente a la izquierda, declarando que se aproximaba una nueva era de inestabilidad y revolución, una idea que la depresión iniciada en 1919 parecía confirmar. Stalin respaldaba por completo la nueva línea de la Komintern, en especial en cuanto urgía a los comunistas a centrar su ataque en la socialdemocracia con la esperanza de arrebatarles poco a poco la clase obrera a los líderes moderados. Al mismo tiempo, no quería provocar una guerra con las grandes potencias, y la política del Estado soviético era mucho más conciliadora que las proclamas de la Komintern. Stalin necesitaba paz en sus fronteras porque estaba a punto de producirse un gigantesco terremoto.

## Revoluciones en la cultura rusa

Al contrario que el Estado y la sociedad rusos, su cultura no experimentó una ruptura tan marcada en 1917. El periodo que va desde alrededor de 1890 a mediados de la década estuvo lleno de revoluciones artísticas, todas a la vez y en direcciones totalmente opuestas. Aunque estas revoluciones compartieron muchas características con los movimientos artísticos del resto del mundo, paradójicamente la cultura rusa de la Edad de Plata, como se la conoce (por alusión a la Edad de Oro del siglo XIX), nunca consiguió un público fuera de Rusia comparable al que obtuvieron los escritores y músicos del periodo anterior. Quizá una de las grandes razones sea que la mayoría de los hombres de verdadero talento de la Edad de Plata eran poetas, maestros de la más intraducible de las formas artísticas. Los científicos naturales, por contraste, empezaron a adquirir prestigio internacional, en gran parte gracias a los esfuerzos del régimen soviético por favorecer y aplicar las ciencias para construir una nueva sociedad.

## LITERATURA, MÚSICA Y ARTE

Los escritores y artistas que alcanzaron la madurez en la década de 1890 constituían un grupo variopinto: simbolistas y realistas en la literatura; el grupo Mundo del Arte en las artes visuales. En torno a 1910, nuevas oleadas, a menudo solamente pequeñas olas, inundaban el escenario. Toda una serie de nuevos movimientos poéticos, el futurismo, el acmeísmo y otras corrientes competían por atraer la atención de lectores y críticos. Mientras, los ballets rusos introducían nuevas formas de danza, o la radical (eso parecía entonces)

música de Ígor Stravinski. La velocidad de innovación se aceleraba sin cesar. Trabajando en Alemania, Vasili Kandinski desarrollaba una obra totalmente abstracta ya en 1911, y en San Petersburgo, Kasimir Malévich pintaba su *Cuadrado Negro* en 1915. La revolución y la guerra civil dividieron en dos la cultura rusa. Muchos de los grandes nombres de la época permanecieron en el extranjero o emigraron; otros, con diferentes grados de simpatía hacia los bolcheviques, se quedaron en Rusia. En general, los emigrados siguieron con su vida; en la Rusia soviética, la situación era más compleja. Para algunos, el nuevo orden era de la misma esencia que su revolución propia. Otros abrazaban nociones incluso más radicales, o intentaban combinar el modernismo con el contenido socialista. A finales de la década de 1920, con el envejecimiento de los emigrados y el nuevo orden soviético en el arte, comenzó una nueva fase.

La generación de la década de 1890 se enfrentó no solo a nuevas ideas, sino también a nuevas condiciones de trabajo. La industria editorial rusa se había extendido enormemente desde la Emancipación, y en 1900 los escritores afamados podían vivir y hasta prosperar solo con lo que ganaban escribiendo. Máximo Gorki fue el primero en lograrlo, y de modo espectacular. Como narra en su autobiografía, provenía de una familia de pequeños comerciantes y se había ganado la vida haciendo chapuzas hasta que empezó a escribir. Prácticamente un vagabundo, siguió el curso del Volga trabajando en barcos y fábricas durante breves periodos. En 1905 era el autor mejor pagado de Rusia, tenía una reputación mundial y pasaba tiempo en Capri y París, sobre todo. Gorki fue un ejemplo de las tendencias artísticas de la

época, hecho silenciado por los posteriores intentos soviéticos de retratarle como el padre del «realismo social». La prosa de Gorki era «realista» solo en comparación con la de sus coetáneos, porque reflejaba también su visión del mundo, una especie de rebeldía anarquista unida a una gran admiración por los hombres fuertes. Los críticos europeos le etiquetaron de inmediato como seguidor de Nietzsche, algo inexacto (Gorki leyó a Nietzsche por primera vez mucho después de dar forma a sus ideas y su estilo) aunque fuera un error comprensible. Su otra fascinación era la religión, aunque no la ortodoxia oficial, sino lo que veía como la religión semipagana y mística del pueblo. Fue este interés el que le hizo sentirse atraído por los bolcheviques, porque veía en el marxismo una especie de religión del futuro que podría guiar al pueblo a su salvación.

En la década de 1890, no eran menos populares las obras de teatro de Antón Chéjov. Su enorme prestigio llegó precedido de más de una década como escritor de historias cortas para periódicos. En algunos aspectos, era estéticamente más próximo a la generación de Tolstói y Turguénev. En su práctica teatral, no obstante, pertenecía a la vanguardia rusa, ya que sus obras se interpretaban en el escenario más famoso de Moscú, el Teatro de Arte. Este era el primer gran teatro ruso no imperial: la corte había renunciado a su monopolio en 1882. El Teatro de Arte de Moscú era una empresa estrictamente privada patrocinada por hombres de negocios locales como Savva Morózov, heredero de la fortuna textil de su familia. Además, fue el primer laboratorio importante para el trabajo de Konstantín Stanislavski, que reformuló las representaciones teatrales en Rusia y en gran parte del mundo durante la primera mitad del siglo xx. Su exigencia de que el

actor viviera su papel desde dentro supuso un alejamiento (así lo veía él) de los estilos declamatorios del siglo XIX.

Gorki, Chéjov y Stanislavski mantuvieron su influencia, o al menos fueron reverenciados durante décadas, pero no eran realmente típicos de un periodo dominado por el simbolismo y otras nuevas corrientes. Dmitri Merezhkovski, el más sobresaliente de los simbolistas, había empezado su carrera con una serie de artículos críticos atacando el utilitarismo de las teorías artísticas liberales y radicales de la generación anterior. Su temática distaba mucho de parecerse a la de los anteriores clásicos rusos. Su primer gran éxito fue una trilogía de novelas ambientadas en la antigua Roma (sobre Juliano el Apóstata), el Renacimiento, con Leonardo da Vinci como héroe, y la Rusia de Pedro el Grande. La idea central era la eterna lucha entre paganismo y cristianismo, en la que Pedro era una especie de neopagano en la tradición del emperador Juliano y Da Vinci. Hoy casi olvidado, Merezhkovski fue una figura dominante durante toda una generación. Había un legado más vital en la poesía de los simbolistas más jóvenes, en particular en la de Alexander Blok.

La música y el arte evolucionaron también rápidamente al concluir el año. Para provecho de los músicos, apareció la figura del mecenas Mitrofan Beliáyev, un comerciante en maderas que abrió nuevas posibilidades en la década de 1880. Beliáyev patrocinaba conciertos, acogía todos los viernes por la noche interpretaciones de música nueva en su salón y, aún más importante, fundó una empresa editora en Leipzig para que publicara música rusa y pagaba generosos honorarios. El núcleo del Círculo de Beliáyev comprendía a los supervivientes de los Cinco, aunque Balakirev rara vez



hacía acto de presencia en el salón. El Círculo de Beliáyev abarcaba gustos más amplios que los Cinco originales: a su admiración por Berlioz o Liszt, se sumó Wagner, y Chaikovski empezó a ser acogido de manera más amistosa. Rimski-Kórsakov era la más poderosa influencia artística, pese a que Stásov continuaba siendo objeto de gran respeto. Con el paso del tiempo, se benefició de la atención del Círculo una generación nueva, la de Aleksandr Scriabin y Sergéi Rajmáninov. El final del monopolio de los Teatros Imperiales también permitió la formación de una compañía privada de ópera en Moscú financiada por el hombre de negocios Savva Mamontov, que atrajo al mejor cantante de Rusia, Fiódor Chaliapin. Mamontov fue, además, mecenas de una serie de pintores, en especial de Valentín Sérov. Para Sérov, la luz de sus cuadros era tan importante como el tema, al igual que para los impresionistas en Francia. Este tipo de arte representó una fractura con los Itinerantes y su fascinación con el paisaje y el pueblo rusos y sus dilemas.

En San Petersburgo, el panorama artístico se vio trastocado bajo el liderazgo de Sergéi Diáguilev, la gran fuerza que impulsaba una nueva revista dedicada a las artes visuales titulada *Mir Iskusstva* [*Mundo del Arte*]. La publicación dio nombre a todo un movimiento, una revolución temática si no técnica. Aunque el aspecto formal de sus obras ya diferenciaba a los pintores de Mundo del Arte de los antiguos Itinerantes, su mayor innovación fue dejar de lado la vida rural, el paisajismo y los retratos de la intelectualidad para dedicarse a representaciones más decorativas de interiores, cuadros retrospectivos de la Francia o la Rusia del siglo XVIII y retratos, que hacían hincapié en la apariencia en la misma o mayor medida que en la vida interior del retratado. Otra cosa

a destacar de Mundo del Arte es que, aunque impulsados en gran parte por la pintura europea, no tenían ningún prototipo directamente europeo. El Art Nouveau, el Jugendstil y otras tendencias europeas desempeñaron cierto papel. El grupo Mundo del Arte valoraba estilos europeos del pasado, el Renacimiento y el siglo XVIII, que los Itinerantes despreciaban. Otro tanto ocurrió con el arte ruso: Diáguilev probablemente fuera el primero en descubrir el valor del retratismo ruso del siglo XVIII. Montaba con regularidad exposiciones de arte contemporáneo europeo, comenzando por Finlandia y Escandinavia, con el propósito de educar al público ruso. El objetivo era promocionar una pintura no preocupada por cuestiones sociales y que solo raras veces pretendía reafirmar la nacionalidad rusa. Sin embargo, los artistas, como los escritores, no perseguían aún el arte puro. Casi todos ellos estaban buscando alguna realidad detrás del mundo de las apariencias, y la encontraban en el misticismo, la teosofía, los encuentros con médiums, en ocasiones incluso en el cristianismo ortodoxo. Destilaban un alto grado de pesimismo cultural y un profundo sentimiento de que se aproximaba el final. El pintor Alexandre Benois publicó una historia del arte ruso en 1898, que concluía con la declaración de que el arte estaba llegando a su fin: o bien dejaría de existir entre los humanos o sería reemplazado por un arte al servicio de una idea religiosa.

En medio de esta efervescencia, llegó la Revolución de 1905. El mundo artístico reaccionó de diferentes maneras ante los acontecimientos, pero la mayoría de los artistas no sentían especial simpatía por el régimen zarista. En 1905, los temas candentes no eran solo los generales sobre la representación política del pueblo y la situación social de

trabajadores y campesinos, ya que también se sentían asfixiados por las dificultades y los monopolios impuestos por el Estado. A los escritores les iba bien económicamente, pero todavía tenían que enfrentarse a la censura estatal. La última gran novela de Tolstói, *Resurrección*, no se pudo publicar en Rusia y circuló entre los estudiantes en copias clandestinas. Los grandes teatros pertenecían al Ministerio de la Corte, y su capacidad y repertorio estaban muy por detrás de las expectativas del público en las grandes ciudades. En San Petersburgo, la única orquesta financiada por el Estado, fundada en 1882 y antecesora de la posterior Orquesta Filarmónica de Petrogrado/Leningrado/San Petersburgo, seguía siendo, técnicamente, la orquesta del zar.

El patrocinio de la Duma en 1906 y la subsiguiente relajación de la censura gozaron de gran aprobación entre escritores y artistas, que actuaron rápidamente para aprovechar las oportunidades. Aparecieron temáticas totalmente nuevas en la literatura: las primeras novelas que convertían la sexualidad en el tema básico, libros sobre todo tipo de conceptos religiosos y toda clase de heterodoxias, que la Iglesia ortodoxa no pudo ya detener. Junto a los centros más tradicionales de actividad cultural, San Petersburgo y Moscú desarrollaron rápidamente una cultura de café y cabaret que llevó a las más grandes luminarias de la literatura y el arte a mezclarse con la gente normal. Cada vez se ponía más de moda el estilo de vida bohemio, incluyendo varios experimentos con la sexualidad y la indumentaria. Algunos escritores organizaron firmas en público, adoptaron artificiosos peinados y vestimentas o un estudiado aire artístico. Sergéi Diáguilev fue el pionero, con sus elegantes trajes y un mechón de pelo teñido de color plata para que le

hiciera parecer más distinguido.

El patrocinio se fue haciendo más accesible y abundante a medida que prosperaban los hombres de negocios rusos. A partir de 1909, Sergéi Kusevitski se convirtió en director de una orquesta privada en Moscú, la primera que tuvo éxito en Rusia. (Tras emigrar en 1920, fue director durante largo tiempo de la Orquesta Sinfónica de Boston y fundador del Festival Tanglewood.) El ejemplo más famoso de una compañía privada de danza fueron los Ballets Russes de Diáguilev, que debutaron en París en 1909. Al año siguiente, la compañía presentó el estreno de *El pájaro de fuego* de Ígor Stravinski, y en 1913 su aún más revolucionaria *Consagración de la primavera*. La segunda fue una explosión, con sus disonancias y su aparente celebración de la sexualidad y el vigor paganos, brillantemente interpretada por el bailarín Vaslav Nijinski. Stravinski encarnaba la vanguardia de la música moderna, pero no la totalidad de ella. De la generación más vieja, Rimski-Kórsakov permaneció activo hasta su muerte en 1910 y, entre los músicos jóvenes, Sergéi Rajmáninov y Sergéi Prokófiev emprendieron distintos caminos hacia el triunfo: Rajmáninov con su rico neorromanticismo y Prokófiev en la senda de la ironía y la precisión del neoclasicismo. No solo Diáguilev, sino muchos de los músicos empezaron a gravitar hacia París y Berlín. Los teatros y orquestas de San Petersburgo que contaban con recursos suficientes solían ser demasiado conservadores respecto a la nueva música y los nuevos estilos de ejecución.

Los pintores también se movieron con rapidez. Desde Múnich, Kandinski tuvo un impacto limitado sobre sus colegas rusos, pero la pintura evolucionaba velozmente en Rusia. En especial en Moscú, un grupo de pintores jóvenes

reunidos en varias asociaciones informales («Sota de diamantes» y «Cola de burro»), e influenciados por el cubismo y el arte folclórico ruso, empezaron a marcar claras distancias con la técnica realista. Uno de los de mayor talento, Kasímir Malévich, comenzó a derivar hacia la abstracción pura, pintando su famoso *Cuadrado Negro* y otras obras absolutamente no figurativas. Malévich desarrolló la idea del supremacismo, en el que los artistas debían trabajar con formas geométricas, la llave de la realidad oculta tras las apariencias. Pocos de sus colegas le siguieron tan lejos, pero fue este mundo el que dio lugar a pintores como Marc Chagall.

Para los escritores, los años posteriores a 1905 fueron no menos frenéticos y cambiantes. El más importante de los nuevos escritores en prosa, Andréi Bely, publicó su fantasmagoría de San Petersburgo en la revolución, la novela *Petersburgo*, en 1913. Bely fue emblemático del periodo en otros aspectos, ya que era un adepto a la «antroposofía» de Rudolf Steiner, en cuyo centro de Suiza pasaba buena parte de su tiempo. Los poetas se mostraban aún más activos y díscolos, formando nuevos grupos, cada uno con su manifiesto, un año tras otro. Los acmeístas de San Petersburgo se reunían en el café del Perro Vagabundo y propugnaban la claridad de Apolonio frente a los simbolistas «dionisiacos». En su mayoría muy jóvenes, sus obras de provocador impacto llegaron mucho después, como en el caso de su más grande representante, Ana Ajmátova. Los futuristas aparecieron algo después con un manifiesto apropiadamente titulado «Una bofetada en la cara del gusto del público». Los futuristas eran tan apocalípticos como la generación simbolista en su evaluación del mundo, pero

contemplaban las turbulencias por venir con una visión más positiva. Les fascinaba la tecnología y veían el abandono de las formas más viejas del arte como una liberación. El principal escritor de los futuristas era el poeta Vladímir Mayakovski, que no solo era revolucionario artísticamente, sino también en su vida personal. Anteriormente había trabajado en el Partido Bolchevique y a partir de 1917 habría de convertirse en el portavoz poético más famoso de los rojos.

La atracción que sentía Mayakovski por el marxismo fue algo tan inusual entre los artistas y escritores como entre los intelectuales en su conjunto. Estos últimos, no obstante, se mantuvieron al margen de la vanguardia artística de Petersburgo y Moscú, y permanecieron fieles a los ideales del siglo XIX, el liberalismo en política, ocasionalmente socialismo populista, junto con sus respectivos cánones artísticos. Preferían a Turguénev antes que a Merezhkovski o Bely, y solo algunos poetas lograron escapar de la enrarecida atmósfera de los cafés de San Petersburgo y llegar al lector de provincias. Cuando estalló la guerra, la mayoría de los escritores secundaron la reacción generalizada en el país y la intelectualidad dio su apoyo al esfuerzo bélico. La revolución era harina de otro costal. En 1917, la mayoría se dio cuenta de que el esfuerzo bélico no había servido casi para nada. Se sintieron felices con la caída del zar, pero no estaban especialmente ideologizados y ni siquiera les interesaba gran cosa la política. Mientras Mayakovski colaboraba con entusiasmo con los bolcheviques, el compositor Prokófiev encarnaba al modelo más típico: 1917 fue uno de sus años más productivos, en el que escribió grandes obras que no tenían nada que ver con el cataclismo que estaba ocurriendo a su alrededor. La mayoría de los artistas y escritores, como el

resto de la intelectualidad, mostraron hostilidad hacia la revolución bolchevique, pero fue el estallido de la guerra civil y el hundimiento económico de Petrogrado lo que les obligó a tomar decisiones.

Para los escritores y artistas, cualquiera que fuera su actitud respecto a los bolcheviques, la Revolución rusa no era tanto la toma del poder por Lenin y sus camaradas como una convulsión fundamental y total, un descenso hacia el caos y la anarquía. En su opinión, Rusia había regresado a un periodo tumultuoso, y todo el barniz de civilización que el país había adquirido desde Pedro el Grande se había disuelto en una masiva marea de ira y violencia populares. Para muchos, fue el reinado del anticristo.

Un pequeño grupo de escritores, no obstante, simpatizaba con la revolución, aunque no necesariamente con la plataforma bolchevique. El más famoso poema de Alexander Blok, «Los doce» (1918), retrata la anarquía y violencia de Petrogrado en la oscuridad del invierno, pero los 12 guardias rojos de la clase obrera que recorren las calles semidesiertas siguen a un líder que es Jesucristo. Por contraste, Mayakovski se integró por entero en el bando de los bolcheviques. Durante la guerra civil, pasó años escribiendo no solo poemas, sino también versos de agitación y dibujando carteles políticos. Cambió sus elegantes trajes futuristas por ropa de obrero y se afeitó la cabeza. En su poesía, intentaba hacer de la masa los héroes, de modo especialmente destacado en «150.000.000», que comenzaba:

150.000.000 es el nombre del creador de este poema.

Su ritmo, balas.

Su rima, fuegos saltando de un edificio a otro.

150.000.000 hablan por mi boca [...].

También trabajaron para los rojos algunos de los pintores y artistas, realizando los gigantescos decorados de los desfiles del Primero de Mayo y otras celebraciones bolcheviques. La mayoría de los escritores y artistas, sin embargo, esperaban en los márgenes o que se produjera la victoria de los blancos. Cuando los rojos echaron del país a los ejércitos blancos, buena parte de la intelectualidad siguió los pasos de estos, lo que generó una cultura rusa en el exilio de Berlín y París.

Para los músicos, bailarines y algunos de los pintores, el traslado a Europa occidental o América fue el comienzo de una nueva carrera. Rajmáninov ganaba tanto dinero con los conciertos que pudo sustentar a otros *émigrés* rusos: invirtió en la compañía de helicópteros de Ígor Sikorski en Connecticut. Prokófiev, el gran cantante Fiódor Chaliapin y los bailarines de los Ballets Russes actuaban por todo el mundo. Aunque estos se dispersaron tras la muerte de Diáguilev en 1929, legaron muchos bailarines en activo a la danza y el trabajo de George Ballanchine en Estados Unidos. Para los escritores, por contra, la emigración fue en gran medida un desastre. Dependientes de un público rusófono, se vieron aislados de Rusia, donde sus libros no podían publicarse y dejaron de circular legalmente a partir de comienzos de la década de 1920. Los emigrados rusos fundaron editoriales, revistas y periódicos en París y otros lugares, pero su público era inevitablemente escaso, limitado como estaba a las comunidades rusófonas de exiliados en Occidente. No obstante, algunos lograron crear notables obras, en especial la poetisa marina Tsvetáyeva, que escribió durante toda la revolución y siguió publicando su poesía en París desde 1923 hasta alrededor de 1925. Hasta los más viejos pudieron



producir en abundancia al principio, pero la falta de público no tardó en hacerse notar. A los editores occidentales no les interesaban las traducciones, salvo de unos cuantos elegidos. Ni siquiera el Premio Nobel de 1933 otorgado a Iván Bunin logró despertar mucho interés hacia la literatura de los emigrados.

En la emigración surgieron nuevas corrientes intelectuales, como el euroasianismo, la idea de que Rusia no era en realidad europea, sino parte de una civilización «euroasiática» ejemplificada en el Imperio mongol. Otros grupos pequeños elaboraron nuevas filosofías de la religión o derivaron hacia el fascismo. Algunos hicieron la paz con los soviets y volvieron a casa, como el escritor y conde Alexéi Tolstói, un pariente lejano de León Tolstói. Prokófiev regresó en 1935. Máximo Gorki, que desde 1920 había guardado las distancias tanto con los soviets como con los emigrados, retornó en 1930 para convertirse en una gran figura del mundo literario soviético. Otros no tuvieron la misma suerte: Tsvetáyeva se suicidó tras su vuelta, en 1941.

#### LA CULTURA Y LA NEP

Durante la etapa de la NEP, la suerte de los escritores y artistas en el extranjero parecía ser cada vez más irrelevante, ya que en el mundo cultural de la nueva URSS florecían nuevos nombres y tendencias artísticas. En los primeros años, no existía entre los bolcheviques una posición conjunta respecto a las artes. En la guerra civil, algunos de los radicales del partido crearon la Asociación de Cultura Proletaria, conocida como Proletkult, con escuelas combinadas para enseñar a los trabajadores a escribir poesía y pintar con nociones estéticas radicales. Lenin y Trotski se mostraban igualmente escépticos ante la Proletkult, convencidos de que

sus pretensiones de encarnar la línea proletaria en el arte eran espurias. El liderazgo bolchevique también recelaba de gran parte del arte modernista: Lenin reprendió al comisario de Educación, Anatoli Lunacharski, por imprimir tantas copias de Mayakovski. Cualquiera que fuera su contenido, los versos no lograron impresionar a Lenin por su calidad y pensó que sería mejor invertir en otra cosa.

La guerra civil tuvo consecuencias desastrosas para la música y el teatro, por la sencilla razón de que no había dinero suficiente para mantener en marcha los teatros y salas de concierto, ni siquiera a un nivel mínimo. La Escuela Imperial de Ballet cerró sus puertas, y las de danza y ópera lo hicieron intermitentemente hasta comienzos de la década de 1920. El destino de las orquestas fue similar. Con la NEP y el resurgir de la economía, el gobierno soviético recuperó poco a poco los viejos teatros y orquestas bajo diferentes nombres. La combinación de la economía de la NEP y la falta de una línea de partido definida hicieron aparecer muchas pequeñas compañías de ballet y teatro de diversos tipos. A la música le fue mejor, ya que los conservatorios habían seguido funcionando con buena parte de su antiguo personal, dando a luz a toda una generación de nuevos compositores. Dmitri Shostakóvich se había hecho ya un nombre a finales de la década de 1920, tanto por sus composiciones «serias» como por sus bandas musicales para cine. Quizá el teatro más innovador fuera el establecido por Vsévolod Meyerhold en Moscú, en 1922. Meyerhold había empezado bajo Stanislavski en el Teatro del Arte moscovita, pero en 1917 había rechazado las ideas del maestro para desarrollar su propia teoría y estilo interpretativo, que denominó «biomecánico». La idea era que el actor no debía buscar la

naturalidad, sino usar su cuerpo y su voz para una ejecución lo más expresiva posible, perseguir su objetivo mediante un estilo «no natural» que impactara más al público. Meyerhold tuvo un poderoso efecto sobre otra forma artística que se aproximaba a su madurez: el cine. Sergéi Eisenstein estaba justo empezando su carrera como director en la década de 1920, con obras maestras históricas como *El acorazado Potemkim*. Los actores de la película reflejaban las teorías de Meyerhold y la estructura global era fruto de la técnica de montaje de Eisenstein, que utilizaba una serie de imágenes discontinuas para hacer hincapié en sus criterios estéticos y políticos. Esto suponía una ruptura radical respecto a la técnica común en Hollywood y otras filmografías de la época, que recurrían a la continuidad visual para narrar sus historias. Las innovaciones de Eisenstein parecieron no incomodar a las autoridades soviéticas, para las que el cine era, en algunos aspectos, la forma artística perfecta: hablaba a las masas, se basaba en lo último en tecnología, era fácil de reproducir, más barato y portátil que un escenario. Además, se adaptaba mucho mejor para transmitir mensajes políticos, como probaron Eisenstein y otros directores. Como había dicho Lenin, frase repetida hasta la saciedad: «De todas las artes, el cine es la más importante para nosotros». Las autoridades financiaban las películas a través de despachos oficiales, pero los recursos no eran los adecuados para producir películas en gran número. La mayoría de las proyectadas durante el periodo de la NEP eran, de hecho, películas importadas desde Hollywood.

Con la conclusión de la guerra civil, revivieron las editoriales. En los años de la NEP, hubo editores privados que complementaron la producción editorial estatal. Los

cafés durante la NEP carecían de la elegancia y sofisticación de sus prototipos prerrevolucionarios, y el Estado no pagaba muy bien. El joven Shostakóvich sobrevivía tocando el piano en los cines para acompañar las películas mudas. La economía de la vida artística era solo una de las cuestiones, ya que los artistas tenían que lidiar con las ambigüedades de la política soviética en lo relativo a la *intelligentsia*, política basada en una actitud de recelo mezclada con la consciencia de su valor. Aparte, el partido tenía muy poco que decir sobre arte. Desde luego, no se podían publicar obras abiertamente antisoviéticas y los escritores emigrados fueron desapareciendo gradualmente de las librerías. Aun así, el partido no publicó siquiera una declaración sobre la literatura hasta 1925, y contenía bien poco en cuanto a recomendaciones positivas. En resumen, el partido debía ayudar y promocionar a los escritores «proletarios», así como a los provenientes del campesinado, pero debía mostrar tolerancia por los «compañeros de viaje» (frase originalmente de Trotski), escritores de la intelectualidad más o menos partidarios, o al menos neutrales, en relación con el nuevo orden. En cierto sentido, la línea del partido respecto a los escritores era similar a su posición sobre los ingenieros o los antiguos funcionarios. Hasta el final de la década, el partido no prescindió de ellos y parecía dispuesto a dejarles progresar de modo gradual hacia una actitud más amistosa hacia el partido y sus objetivos.

El resultado de todos estos diferentes elementos fue una gran cantidad de trabajos variados, muchos de ellos innovadores en su lenguaje, estilo y técnica narrativa. Hasta los escritores «proletarios» escribían con un lenguaje repleto de jerga, dialectos locales y obscenidades, eliminadas en

ediciones posteriores a la década de 1930. Algunos proletarios narraban historias de sacrificio y heroísmo sobre el conflicto civil, conteniéndose apenas a la hora de describir los horrores de la guerra. Otros intentaban hablar acerca de la clase obrera en sus fábricas, relatos de la reconstrucción de la industria soviética y las nuevas formas de vida que estaban emergiendo a su alrededor. No había muchos escritores proletarios, no obstante, y la mayor parte de la literatura de la época reflejaba la amplia diversidad de la experiencia cotidiana: a menudo la marginalidad semidelincuente de la vida urbana soviética, las complejidades de la existencia personal y privada de los intelectuales y cargos del partido. Si bien muchos desperdiciaron su tiempo en agrios debates entre los distintos grupos, otros consiguieron producir obras de significación más duradera. En 1921, Borís Pasternak publicó una colección de poemas, *Mi hermana la vida*, que le consagró al instante como gran poeta. En 1926, *Caballería Roja* de Isaac Babel, con su brutal honestidad, se colocó a la cabeza de todas las descripciones de la guerra civil. La culminación de los relatos de personajes marginales de la era de la NEP se produjo en 1928 con *Las doce sillas* de Ilf y Petrov, cuyo héroe, un estafador llamado Ostap Bender, quedó incorporado al folclore ruso. Para otros escritores, fue imposible publicar: de 1925 a 1928 dejó de editarse a Ana Ajmátova, y Mijaíl Bulgákov comenzó a tener dificultades a partir de mediados de la década de 1920. Su obra sobre la guerra civil, *Días de las Turbinas*, apenas un halagador retrato de la causa blanca que no era crudamente hostil, fue repetidas veces prohibida y autorizada hasta que desapareció (para regresar en la década de 1960). El resto de su producción simplemente fue prohibida en su totalidad. A

algunos se les permitió emigrar, como a Yuri Zamiatin, cuya novela sobre una sociedad distópica, *Nosotros*, influiría tanto a Aldous Huxley como a George Orwell.

Para la literatura y el arte, la década de 1920 fue, en muchos aspectos, una continuación de la Edad de Plata bajo nuevas condiciones. Muchas de las más importantes voces de la década –Mayakovski, Pasternak, Meyerhold, Prokófiev– eran ya artistas maduros en 1917. La generación más joven, que alcanzó la madurez a partir de 1920, se vio profundamente afectada por la cultura de las décadas prerrevolucionarias. Incluso algunos de los escritores «proletarios», con sus nuevas temáticas, escribían con Bely o Blok en el fondo de su inconsciente. Numerosas plataformas y asociaciones literarias o artísticas mantuvieron algunas de las formas organizativas de la vida artística de la Edad de Plata hasta el fin de la NEP.

#### LAS CIENCIAS NATURALES

Por el contrario, para las ciencias naturales, la revolución marcó una ruptura fundamental, no tanto intelectual como institucionalmente. Los años previos a la revolución habían sido un periodo de cambio para la ciencia rusa. Quizá la innovación más importante fuera la fundación de nuevas escuelas de ingeniería por parte del Ministerio de Finanzas. Estos centros técnicos no solo producían muy necesarios ingenieros, sino que sus programas eran menos conservadores que los de las universidades, que dependían del Ministerio de Educación. Así, eran receptivos a disciplinas en continuo desarrollo como la física, mientras las universidades tendían a la química como núcleo de la educación científica. Los institutos técnicos estaban más abiertos a la sociedad. Mantenían vínculos con las empresas y eran menos

restrictivos en sus admisiones. Un alumno judío, Abram Ioffe, concluyó sus estudios en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo, terminó de formarse en Alemania y obtuvo su primer empleo en el nuevo Instituto Politécnico, una creación de Witte. Los años que pasó allí, desde 1906 hasta la revolución, fueron el periodo de incubación de la posterior física soviética, ya que Ioffe desveló pronto su talento como organizador y líder intelectual. Con todo, la situación de la ciencia en su conjunto distaba mucho de ser satisfactoria. La física recibió un gran golpe en 1911: buena parte de los integrantes de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Moscú y de la Politécnica de Kiev dimitieron a causa de la represión ilegal de las reuniones de estudiantes (se trataba de una concentración en honor de Tolstói tras su muerte) por orden del ministro de Educación Kasso. Había pocas instituciones a las que pudieran trasladarse los científicos, aunque algunos lograron encontrar un hueco en la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Entre el contado número de rebeldes con éxito estaba el geoquímico Vladímir Vernadski, uno de los fundadores de la ciencia de la ecología, que consiguió entrar en la academia.

Para los científicos, disponer de laboratorios adecuados y espacio era algo crucial. Por desgracia, la mayoría de los responsables del gobierno no veían esto como una prioridad. Los centros de investigación rusos prerrevolucionarios eran pequeños departamentos dentro de un ministerio o despachos gubernamentales, como la División de Agricultura del Ministerio de Finanzas, o los diminutos laboratorios dedicados a proyectos como la producción de miras ópticas para la artillería. Buena parte de la ciencia era obra de departamentos universitarios, y apenas existían laboratorios

con financiación privada. La ciencia ya dependía del apoyo del gobierno en todo el mundo, pero Rusia era demasiado pobre y atrasada como para contar con infraestructuras similares a las de Alemania o Francia. Hubo excepciones, como la del fisiólogo Iván Pavlov en el Instituto Imperial de Psicología Experimental en San Petersburgo, que contaba con financiación gubernamental, de donantes y de patrocinadores aristócratas, sobre todo el príncipe A. P. Oldenburgski, pariente del zar y general. El laboratorio producía medicamentos mientras Pavlov llevaba a cabo sus experimentos sobre los reflejos condicionados. La mayoría de los científicos carecían de instalaciones semejantes. Todos estos problemas explotaron a la vez durante la Primera Guerra Mundial, en cuyas derrotas desempeñó un papel crucial el atraso técnico de Rusia. La comunidad científica era patriótica, cuando no monárquica, y en 1915 la Academia de las Ciencias fundó una comisión para el Estudio de las Fuerzas Productivas, cuyo objetivo era supervisar el Imperio ruso en busca de recursos naturales útiles en la paz y en la industria. El resultado fue una masiva acumulación, que utilizaría un régimen totalmente nuevo a partir de 1917.

El nuevo gobierno bolchevique inauguró una revolución en la ciencia rusa. Para los bolcheviques, las ciencias naturales eran claves en su proyecto utópico. Su propia ideología, el marxismo, era a su modo de ver una ciencia, no solamente un enfoque político. Para ellos constituía la auténtica explicación del carácter y las leyes del desarrollo de la sociedad humana. Creían que el aprendizaje de las ciencias naturales contribuiría a que la gente comprendiera la verdad del marxismo, ya que impartiría conocimientos sobre el método científico. Había otros beneficios prácticos. La difusión del



conocimiento científico combatiría la religión, una prioridad bolchevique en aquellos primeros años. Lo más importante, sin embargo, era que pensaban que la ciencia era la llave de la tecnología que la nueva Unión Soviética necesitaba para convertirse en un Estado y una sociedad modernos.

Ya desde el principio, el régimen bolchevique reservó un trato a la ciencia y los científicos muy diferente al que dispensó a otros sectores de la antigua *intelligentsia*. Los soviets preferían instituciones a gran escala, financiadas básicamente por el Estado y separadas de la enseñanza universitaria. Los científicos estaban, en su mayoría, de acuerdo con esta estructura, frustrados por el conservadurismo y la limitación de recursos del Ministerio de Educación anterior a 1917. En 1918, al inicio de la guerra civil, el gobierno soviético creó lo que se convertiría en el Instituto Psico-Técnico de Leningrado dirigido por Abram Ioffe. Al acabar la guerra civil, en un momento en que el Estado apenas tenía medios y una hambruna asolaba el interior de Rusia, el Instituto de Ioffe recibió una serie de edificios y dinero para construir nuevos laboratorios. De modo similar, la Sección de Botánica Aplicada y Selección, un pequeño laboratorio del antiguo Departamento de Agricultura, se convirtió en el Instituto de Investigación en Botánica Aplicada y Nuevos Cultivos de la Unión con el botánico y genetista Nikolái Vavílov al frente.

Se trataba de instituciones altamente sofisticadas y el gobierno soviético no reparaba en gastos. El Instituto de Vavílov se mudó a la mansión del ministro zarista de Patrimonio Estatal, junto a la plaza San Isaac, en el centro de Leningrado. Los invernaderos y otras instalaciones de investigación estaban en Tsárskoie Seló (rebautizada Détskoie

Seló en la década de 1920 y posteriormente Pushkin), en propiedades confiscadas al viejo régimen. Y lo más importante: Vavílov fue enviado al extranjero, a Europa y Estados Unidos, para que adquiriera equipos, libros y semillas para la investigación. Recorrió Estados Unidos, conoció a Luther Burbank y habló en universidades norteamericanas, todo ello a costa del gobierno soviético. A Ioffe y los físicos les fue aún mejor, si cabe. Ioffe realizó un viaje similar a Europa en 1920-1921, y a los estudiantes de los institutos de física no solo se les permitía, sino que incluso se les animaba a que se pasaran años en el extranjero estudiando con Ernst Rutherford en Cambridge o en Alemania con los físicos punteros de la época. En el mundo de la física de comienzos del siglo xx, en rápido cambio, estos contactos fueron cruciales y dotaron de reputación mundial a muchos físicos rusos. Sus trabajos se publicaban en la alemana *Annalen der Physik*, hasta 1933 el escaparate principal de la investigación en física de todo el mundo. Vladímir Vernadski, pese a su participación en el partido de los kadets antes de la revolución, pasó varios años trabajando en París con la plena aprobación de las autoridades soviéticas en la década de 1920. El gobierno soviético estableció un sistema que proporcionaba a los científicos mejores casas y mayor acceso a los bienes de consumo ya en la década de 1920, cuando el mercado de la NEP habría podido hacer frente a sus necesidades y carencias. Pavlov, que era abiertamente antisoviético, fue nombrado director del nuevo Instituto de Fisiología de la Academia de las Ciencias en 1925.

Toda una variedad de organismos del gobierno velaban por los institutos científicos de la década de 1920, y los sostenían. Algunos eran financiados por el Comisariado de

Educación de la República Rusa, pero las ciencias físicas fueron agrupándose bajo los Comisariados Industriales o el Consejo Económico Supremo. La biología estaba a las órdenes de los Comisariados de Salud o el Comisariado Ruso de Agricultura. La idea era unir teoría y práctica, algo central para el marxismo y popular entre muchos científicos en vísperas de la revolución, que pensaban que Rusia necesitaba de su experiencia para superar el retraso. Así, el Instituto Físico Técnico de Leningrado tenía contratos con muchas agencias industriales, incluyendo un perdurable y finalmente fallido estudio sobre aislantes para cables de alta potencia a larga distancia. Con o sin éxito, estos contratos aportaban financiación suplementaria y demostraron a los líderes la utilidad de la investigación científica. Las autoridades del partido eran perfectamente conscientes de que los científicos no eran bolcheviques. Muchos científicos eran de la opinión de que debían ayudar al nuevo Estado a modernizar el país, cualquiera que fuera su ideología, pero no eran marxistas. Por el momento, esta divergencia en los objetivos no constituyó un problema.

El fin de la NEP, iniciado por Stalin y el liderazgo del partido, significó una convulsión radical en la sociedad, y en el arte, la literatura, las disciplinas humanistas y las ciencias naturales. No hubo campo que se librara de esta «Revolución cultural», como se la bautizó en su día, una conmoción para la cultura equiparable a la producida en las aldeas y fábricas de la Unión Soviética. Esta Revolución cultural duró poco tiempo, pero fue el inicio de una transformación fundamental en la cultura soviética.

## La construcción de la utopía

A partir de 1919, el liderazgo soviético empezó a transformar la sociedad de la URSS, a construir un Estado moderno industrializado, pero no capitalista. La nueva sociedad había de materializar el viejo sueño del socialismo: un lugar sin propiedad privada, donde el Estado dirigiera y gestionara la producción de mercancías y servicios en beneficio de todo el pueblo. Esta era la idea. La realidad que apareció tras más de una década de convulsiones sirvió como marco de la Unión Soviética hasta su desaparición dos generaciones después.

Las líneas maestras quedaron trazadas a finales de 1927 con el Primer Plan Quinquenal y el camino emprendido hacia la colectivización de la agricultura. El plan, que había de durar de 1928 hasta finales de 1932, exigía un crecimiento de un 20 por 100 anual en producción industrial, una tasa impensable en la época. Semejante tasa de crecimiento implicaba un enorme incremento en la población urbana, y eso requeriría mucha más comida de la que el país producía con su atrasada agricultura campesina. Para complicar las cosas, las exportaciones de grano eran para la Unión Soviética la principal fuente de divisas con las que comprar en el extranjero los equipamientos esenciales para una industrialización rápida. La solución sería la colectivización de la agricultura: aumentaría el rendimiento por superficie y liberaría millones de manos para trabajar en la nueva industria. El plan original, en cuanto al ritmo de colectivización de la agricultura se refería, era moderado. Preveía la colectivización de alrededor de una quinta parte de

las familias campesinas para finales de 1932.

Lo primero que salió mal fue la crisis en la obtención de grano a comienzos de 1928. La respuesta de Stalin y los líderes fue volver a una requisita como la practicada durante la guerra civil. En 1929, la situación alimentaria era muy grave: las autoridades locales comenzaron a introducir el racionamiento, que enseguida se extendió a todo el país. Esto impulsó a Stalin y sus seguidores, que pensaban que el kulak estaba fortaleciéndose y podría llegar a hacer imposible el socialismo, a acelerar la industrialización. La solución fue cambiar el Primer Plan Quinquenal en 1929, con objetivos de producción enormemente ampliados para las industrias estatales y gigantescos proyectos de edificación. Estos fueron los planes que despertaron la oposición de Bujarin y los «derechas», por lo que el propósito era también político. Para alcanzar los objetivos fijados y desacreditar a los «derechas», Stalin tenía que lograr que los planes de aceleración funcionaran a cualquier precio. El resultado de las aceleraciones fue que el plan dejó de funcionar: los gestores de las áreas objetivo obtenían suministros y trabajadores donde buenamente podían, y a cualquier precio, desequilibrando los presupuestos. La calidad disminuyó, debido a que el volumen de producción consumía toda la atención. Al ir mermando el abastecimiento de comida, las fábricas buscaron sus propias fuentes: llegaron a acuerdos semilegales con granjas para abastecer a los comedores de las plantas, que enseguida se convirtieron en la principal fuente de alimentación de sus trabajadores.

El plan precisaba no solo una mayor producción, sino también una modernización de los sectores industriales clave. Los ingenieros y planificadores soviéticos querían seguir los

modelos industriales norteamericanos, como la planta de automóviles de Río Rojo de Henry Ford, que empleaba una línea de montaje móvil en vez de a muchos obreros altamente cualificados como en Europa. A los soviets, con millones de trabajadores no especializados, les pareció la solución. Las fábricas de tractores (y tanques) adoptaron estas líneas maestras. Las fábricas de tractores eran cruciales para el plan de colectivización, pero como el resto del país, necesitaban mucho más hierro y acero. Esta fue la gran era del metal y las máquinas en todo el mundo, y para conseguirlos la URSS tendría que construir gigantescos complejos nuevos. Se levantó una enorme presa en el Dniéper para generar electricidad para la industria ucraniana. En los Urales fue forjándose una gran base industrial, con gigantescos complejos como Magnitogorsk, levantados desde cero con el fin de extraer y procesar minerales. Se obtenían recursos de cualquier sitio para abastecer la «construcción de choque» de estos enclaves. El partido movilizó a los jóvenes para que trabajaran allí –vivían en tiendas y chozas de barro– como una gran campaña para continuar la tarea de la revolución. La prensa reproducía sus logros por todo el país y los «trabajadores de choque» más eficaces vieron su imagen en las páginas de *Pravda* y en carteles pegados en las paredes.

El Primer Plan Quinquenal debía ser el gran punto de inflexión en la construcción del socialismo, la ruptura decisiva con el pasado. Stalin y sus camaradas veían todo aquello como una guerra de clases. Los órganos del Estado y el partido, bajo el bolchevique georgiano Sergo Ordzhonikidze, dirigieron su puño de hierro contra la gestión industrial, alistando a antiguos trotskistas para desvelar el presunto burocratismo. Los trabajadores y los comités locales

del partido fueron instados a informar sobre sus jefes, acusándolos de incompetencia o de algo peor, como «destrucción». Cualquier responsable de una fábrica en la que la producción se rezagaba o eran frecuentes los accidentes, podía ser culpable de pretender frenar conscientemente la construcción del socialismo mediante el sabotaje. Los activistas locales y la GPU (Administración Política del Estado, sucesora de la Checa) también se lanzaron contra los directores comunistas con entusiasmo, pero cualquier miembro del antiguo orden era un objetivo en potencia. Durante estos años, la GPU escenificó juicios a «enemigos»: ingenieros y directores de las elites prerrevolucionarias, economistas mencheviques, expertos agrónomos que habían respaldado al SR o a los liberales previamente a 1917, y otra «gente de antes». El ataque contra la antigua *intelligentsia* fue mucho más allá de la esfera económica: historiadores, académicos de literatura, incluso algunos científicos, fueron arrestados y juzgados. En las repúblicas no rusas, las autoridades fueron también a por la intelectualidad local, delatándola por vínculos con Estados extranjeros y diversas conspiraciones separatistas. La mayoría de los gestores e ingenieros eran acusados de «destrucción», de causar deliberadamente accidentes y ralentizar la producción, normalmente por orden de organizaciones de emigrados o agencias de espionaje extranjeras. En 1930, estos métodos habían desacreditado a gran parte de las unidades administrativas existentes. Stalin puso a Ordzhonikide a cargo del Consejo Económico Supremo, al que se llevó a su personal, muchos antiguos trotskistas, para gestionar la aceleración del plan.

La creciente exigencia en cuanto a objetivos del plan y

el caos resultante de la colectivización significaron el desplazamiento de 10 millones de personas que vagaban por el campo de un centro en construcción a otro. La vivienda se convirtió en un problema serio, en especial en Moscú y otras ciudades grandes o nuevas. La mayor parte de la población urbana empezó a vivir en apartamentos «comunales», habitualmente pisos antiguos divididos en varias habitaciones con cocina y cuartos de baño comunes. En una o dos habitaciones vivían familias enteras. En muchos lugares, los trabajadores se hospedaban en barracas o alojamientos «provisionales». Inicialmente, el plan había exigido una rápida expansión, al menos, de la producción de bienes de consumo básico, pero las cada vez mayores demandas impuestas a la industria pesada hundía la producción textil y de otros bienes de consumo. Además, las series de amenazas de guerra de finales de la década de 1920 favorecieron la inversión masiva en la industria militar hasta 1943, que alcanzó proporciones que no volverían a verse hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial. Los niveles de vida de la población se precipitaban hacia el vacío. En algunos lugares se desataron huelgas por la escasez de alimentos. Los gestores de las industrias cruciales no podían mantener a su mano de obra sin introducir medidas radicales. Del suministro de comida en las cantinas de las fábricas, pasaron a la construcción de bloques de apartamentos, colegios, líneas de tranvía y clínicas para sus trabajadores. En la sociedad soviética surgió un nuevo tipo de jerarquía, que no solo situaba a la elite del partido, sino también a fábricas e industrias por encima de los demás. Los empleados de industrias prioritarias, como las fábricas de automóviles y tractores o el complejo de defensa, superaron estos años con



sus necesidades cubiertas, mientras que en las plantas textiles y otras industrias ligeras, muchas con fuerza de trabajo esencialmente femenina, los obreros no recibían suficiente comida para trabajar una jornada completa.

La vida en las ciudades implicaba privaciones extremas, incluso para los entusiastas brigadistas de los centros de construcción de choque. Estas tribulaciones no eran nada en comparación con las calamidades de la colectivización. Al principio, el partido no tenía la menor idea de cómo debía ser la nueva granja colectiva: ¿Algún tipo de asociación de familias campesinas, que plantaran y cosecharan conjuntamente? ¿Una comuna pura y dura, con los granjeros alojados en viviendas colectivas y comiendo, además de cultivar el suelo, juntos? Y ¿cómo de rápido debía implantarse? ¿De qué manera? Fue en otoño de 1929 cuando Stalin decidió imponer toda la colectivización que fuera posible. Para allanar el camino, el liderazgo decidió la «liquidación de los kulaks como clase» y la GPU se dedicó a hacer redadas y deportaciones de kulaks. Varios miles fueron ejecutados y casi dos millones de portados al norte, a los Urales y Siberia, donde fueron emplazados en «asentamientos especiales» para cortar madera, trabajar en las minas o la construcción. Llegaron hasta regiones remotas, en las que tuvieron que levantar sus propias casas, con frecuencia en pleno invierno, sin ningún tipo de instalación, atención médica o suministros establecidos de comida. Miles escaparon y miles murieron, hasta que, en 1931, la GPU se hizo cargo de los asentamientos especiales, los primeros en caer bajo los auspicios de la Dirección General de Campos Penitenciarios y de Trabajo (el sistema conocido como Gulag). En ese momento, los colonizadores especiales eran

mucho más numerosos que los prisioneros en auténticos campos de concentración.

Una vez libre de los kulaks, la colectivización continuó su marcha a toda velocidad. Bajo intensas presiones de los funcionarios rurales del partido, así como de emisarios enviados desde las ciudades, los campesinos acabaron cediendo. Aceptaron abandonar sus parcelas de tierra y fundirlas, al menos en teoría, en una explotación gigantesca que trabajarían todos juntos. Para empeorar las cosas, las autoridades de algunas zonas intentaron forzar la incorporación de los agricultores no solo a granjas colectivas, sino a la vida en comunas, unas unidades supercolectivizadas en las que todo se hacía en común, incluidas las comidas. A comienzos de 1930, casi la mitad de los campesinos habían aceptado vivir en un colectivo, pero también habían matado a su propio ganado, renuentes a malgastarlo en el nuevo orden. Todavía no había equipamiento para trabajar las granjas salvo el viejo arado y el caballo, cuya cifra se reducía a toda velocidad. La oposición era una efervescencia, con miles de «incidentes», desde auténticas rebeliones a objeciones menores infladas para convertirlas en manifestaciones antisoviéticas por la GPU. A comienzos de 1930, Stalin se dio cuenta de que tenía que dar marcha atrás. Las consecuencias económicas de forzar a los campesinos a sumarse a las explotaciones colectivas empezaban a ser graves, y publicó un artículo en *Pravda* con el título de «Vértigo del éxito». Los miembros locales del partido, escribió, se dejaban llevar por el entusiasmo e intentaban alcanzar objetivos determinados por ellos mismos, sin prestar suficiente atención a las circunstancias locales y el estado de ánimo del campesinado. Después del artículo, el número de granjas

colectivas disminuyó rápidamente y las comunas fueron abandonadas. No obstante, el proceso no se detuvo, solo hizo una pausa y luego continuó a un ritmo más bajo. Entretanto, se produjo el desastre.

Mientras proseguía la colectivización, con todas las alteraciones y trastornos que causaba, la climatología jugó una mala pasada a los soviéticos. En 1931 y 1932 llegó el mal tiempo –frío en algunas áreas, sequía en otras– a Ucrania y el sur de Rusia, las principales zonas de producción de cereales. En el verano de 1932, esto trajo una hambruna que abarcó una ancha banda, desde la frontera polaca hasta Siberia. Las autoridades reaccionaron con lentitud, manteniendo sus cosechas de grano en la cantidad fijada en años mejores. A final de año, aflojaron la mano, pero ya era demasiado tarde. La hambruna se había extendido, llevándose consigo entre cinco y siete millones de campesinos del sur de la URSS, alrededor de la mitad de ellos en Ucrania. Las bajas debidas a las hambrunas, no los kulaks, resultaron ser las principales víctimas de la colectivización. La sequía azotó a los agricultores cuando el número de ganado había descendido, por término medio, a la mitad, y carecían de reservas de grano. Todo esto fue el resultado del caos de la colectivización y la implacable recolección de cereal para las ciudades. La hambruna preocupó a las autoridades, pero bien poco hicieron por paliarla. Stalin no adoptó medida extraordinaria alguna contra la hambruna, que aplastó a la oposición a la colectivización. En 1933 cambió el tiempo y terminó la hambruna.

A mediados de la década de 1930 estaban ya sentadas las bases de la explotación colectiva agrícola, el koljós, ya que se había desechado la idea de las comunas. La aldea rusa

siempre había sido una comunidad de casas arracimadas rodeadas por los campos. Lo novedoso era que las tierras estaban ahora controladas por el koljós (los derechos de propiedad, de hecho, permanecían en manos del Estado). El koljós tenía un secretario general y una mesa de gobierno, que establecía las tareas a realizar, de las que se encargaban conjuntamente los campesinos: arar, sembrar, cosechar y cuidar del ganado. Los campesinos recibían un pago por su trabajo en la granja, no en dinero sino en forma de parte de la cosecha calculada por medio de un sistema «trabajo-días». El grueso de la producción quedaba en manos del Estado a un precio fijo, un precio que favorecía a este y a las ciudades a costa de los koljoses.

El koljós rara vez era propietario de su maquinaria. Al ponerse en marcha las nuevas fábricas de tractores, estos iban a parar a una nueva institución, la Estación de Máquinas y Tractores, alrededor de 6.000 al finalizar la década. Se trataba de operaciones del Estado: alquilaban los tractores y otras máquinas con sus conductores y trabajadores, ofreciendo el equipo esencial para el koljós, además de asegurarse el control sobre las granjas colectivas. Si bien la maquinaria implicaba al Estado directamente, el mercado no desapareció del todo en el campo. Al contrario que en las ciudades, donde toda la venta minorista estaba en manos estatales a comienzos de la década de 1930, el campesinado obtuvo autorización para cultivar pequeños huertos privados junto a sus casas. Plantaban, sobre todo, verduras y criaban ganado menor. Llevaban lo producido a los mercados de campesinos, que habían reaparecido en todas las ciudades soviéticas. Aunque los huertos privados suponían solo alrededor de un 4 por 100 de la tierra del koljós, producían

un 40 por 100 de las verduras y patatas y más del 63 por 100 de la carne procedente de las explotaciones colectivas. Sus productos se vendían a precios muy superiores a los fijados en las tiendas y en las cantinas de las fábricas, pero al menos los había.

Desde 1933 hasta alrededor de 1936, disminuyeron considerablemente la tensión y la agitación en la sociedad soviética. Los derechistas del partido habían capitulado y se habían arrepentido públicamente de sus errores, como habían hecho los trotskistas. Bujarin se convirtió en el editor de *Izvestiia*. En 1932, el gobierno abolió el Consejo Económico Supremo y lo sustituyó por una serie de Comisariados del Pueblo para las distintas ramas de la industria. El más importante era el Comisariado Popular para la Industria Pesada, encabezado por Ordzhonikidze. Parecía haber triunfado un estilo más racional de gestión económica, ya que Ordzhonikidze se llevó consigo a la nueva organización a muchos de la Oposición de Izquierdas e incluso a muchos «especialistas burgueses», como aquellos a los que había acosado en 1926-1929. Surgieron nuevos métodos para incrementar la productividad de la fuerza de trabajo. En 1935, el minero de Donbás Alekséi Stajánov consiguió una extracción de carbón 14 veces superior al promedio y fue proclamado héroe nacional. Otros intentaron imitar la simple reorganización de procedimiento de trabajo que había usado para lograr su objetivo, y fueron recompensados como estajanovistas. Grupos y talleres de las fábricas anunciaron «competiciones socialistas» para superar el plan, lo que otorgaba una breve fama así como beneficios más concretos. En sí mismas, estas campañas, fuertemente patrocinadas por el partido, lograron poco, aunque la productividad laboral

consiguió crecer. La extremada escasez de alimentos y bienes de consumo fue cediendo, y en 1935 concluyó el racionamiento de alimentos y otros bienes de consumo. Sin embargo, muchas mercancías básicas seguirían faltando ocasionalmente o de forma definitiva. Se desarrollaron elaborados sistemas de abastecimiento informal para hacer frente a la carestía, que iban de toscas operaciones de mercado negro (estrictamente ilegales y enérgicamente castigadas) a intercambios inofensivos de productos entre familias y amigos. La población estaba aprendiendo a hacer frente a la situación. El desempleo había desaparecido para ser reemplazado por una reducción de mano de obra permanente, pese a que los salarios reales fueran muy inferiores a los de finales de la década de 1920 para la mayoría de los trabajadores.

En estos años de relativa bonanza, estaban ya plantadas las semillas de la destrucción. El 1 de diciembre de 1934, un asesino mató al líder del partido en Leningrado, Sergéi Kírov. Las autoridades proclamaron que el asesinato había sido obra de trotskistas no arrepentidos, aunque la teoría más probable es que obedeciera a los enredos románticos de Kírov. El escándalo público se aplacó enseguida, pero los meses siguientes, la NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), que había ocupado el lugar de la GPU en 1934, empezó a buscar agentes enemigos, en especial entre los antiguos opositores que trabajaban en instituciones soviéticas. En 1936 todo estaba preparado para llevar a juicio a Zinóviev y Kaméniev, junto con otros viejos bolcheviques. Los cargos eran el asesinato de Kírov, una conspiración para matar a Stalin y acuerdos para la traición con agentes fascistas. Todos los acusados «confesaron» en un juicio público

minuciosamente orquestado y fueron condenados, casi unánimemente, a muerte. En enero de 1937 hubo otro proceso: en esta ocasión, los principales acusados eran Karl Radek, periodista y funcionario de la Komintern, y Georgi Piatákov. Ambos eran antiguos trotskistas, y Piatákov había sido en los últimos años la mano derecha de Ordzhonikide en el Comisariado Popular para la Industria Pesada. Este fue, al parecer, el único de los líderes que se opuso al terror que se avecinaba, al menos en lo que afectaba a las instituciones que dirigía en aquel momento. El 17 de febrero, tras una prolongada conversación con Stalin, Ordzhonikidze se suicidó. Su muerte fue achacada a una enfermedad repentina y objeto de un ostentoso funeral de Estado.

A finales de febrero de 1937, el Comité Central del Partido se reunió en sesión plenaria para discutir la nueva Constitución que estaba a punto de promulgarse en el país. Esta pretendía reemplazar a las instituciones creadas durante la guerra civil por otras que se asemejaran más a las de un Estado normal, aunque no tuviera el menor impacto en las relaciones reales de poder, dominadas como estaban por el partido. Parecía avecinarse una sesión bastante aburrida. Al poco de empezar, Molotov y otros confidentes de Stalin se pusieron en pie para añadir a las deliberaciones la necesidad de «desenmascarar a los agentes trotskistas del fascismo», que según ellos se escondían en gran número en el partido y el aparato del Estado. Al terminar la asamblea, desenmascarar a los traidores se había convertido en el principal objetivo proclamado por el Comité Central. En los meses siguientes, la NKVD, bajo su nuevo jefe, Nikolái Ezhov, comenzó a detener a decenas de miles de personas como enemigos del pueblo. En mayo, la NKVD ordenó el arresto de la práctica

totalidad del alto mando del Ejército Rojo. El mariscal Tujachevski y siete militares más, casi todos héroes del Ejército Rojo en la guerra civil, fueron acusados de traición y se les extrajeron confesiones mediante tortura. Fueron juzgados en secreto e inmediatamente ejecutados. Alrededor de 40.000 oficiales perecieron o fueron a la cárcel a raíz del juicio de Tujachevski. De los rangos de comandante de brigada hacia arriba, fueron ejecutados casi el 90 por 100, en total casi 800 hombres. El terror no quedó confinado a esos grupos de elite, ya que otra clase de víctimas les acompañaron a los campos de trabajos forzados y el pelotón de fusilamiento. En julio, el Politburó emitió la orden 00447 (el 00 significaba Top Secret) asignando a cada unidad regional de la NKVD una cuota de detenciones y ejecuciones. La cifra, solo por esta orden, se elevó a 72.000 personas en todo el país. Las víctimas serían, en principio, antiguos kulaks, oficiales blancos, mencheviques o SR y una multitud de categorías menores y más difusas. Cada oficina de la NKVD expurgó frenéticamente en sus archivos a gente arrestada alguna vez o bajo sospecha en cualquiera de las esferas afectadas. Las unidades regionales de la NKVD escribieron a Moscú solicitando permiso para sobrepasar las cuotas de ejecuciones y detenciones. Sus peticiones fueron aceptadas y no tardaron en publicarse órdenes en este sentido. Estas órdenes, al menos, tenían como blanco (en su mayor parte) a auténticos enemigos potenciales del orden soviético.

Stalin también golpeó al aparato del partido con la NKVD, obteniendo de nuevo confesiones bajo tortura de miembros que se declaraban saboteadores y espías japoneses o alemanes. Para multiplicar el horror, Stalin envió a delegados de confianza (Kaganovich y Georgi Malénkov, entre otros) a



capitales provinciales y republicanas para «desenmascarar» a los enemigos en la jerarquía del partido y ordenar su detención. Ezhov presentó a Stalin largas listas de enemigos y «destructores», alrededor de 44.000. Stalin revisaba personalmente los nombres, que presentaba a Molotov y otros de su círculo íntimo para su confirmación. Molotov y Stalin incluso añadían comentarios en los márgenes de la lista: «Que el perro muera como un perro» o «Golpeadles, golpeadles y golpeadles». La mayoría de los miembros del liderazgo central del partido, incluyendo el Comité Central, los comisarios del Pueblo y otros altos cargos del gobierno, perecieron. Lo mismo sucedió al nivel republicano y descendió hasta el provincial, el ciudadano, el de partido y círculos gubernamentales. Así, la mayor parte del aparato del partido, desapareció. Los nombres de los muertos y encarcelados fueron eliminados de cualquier documento público, borrados junto con Trotski de los libros de historia.

La última purga tuvo lugar en marzo de 1938. En el banquillo se sentaron antiguos derechistas, Bujarin, Rykov y otros, así como al predecesor de Ezhov como jefe de la NKVD, Génrij Yagoda. Los momentos estelares fueron las habituales confesiones y las violentas acusaciones del fiscal Andréi Vyshinski (que era un exmenchevique). Este siniestro proceso fue el último de los juicios-espectáculo. Aunque, como sus predecesores, había atraído la atención del mundo, sirvió sobre todo como telón de fondo de las auténticas matanzas. Entre 1937 y 1938, la NKVD ejecutó aproximadamente a 750.000 personas, incluyendo el grueso de los militares y la elite política, todos anteriores opositores en el seno del partido. No obstante, la mayoría de las víctimas eran gente normal que encajaba en las categorías

prescritas de enemigo, como los antiguos nobles o los mencheviques. Para rematar la empresa, la NKVD decidió también deportar a toda la población de las llamadas «minorías nacionales occidentales»: polacos, estonios, alemanes, finlandeses y otros que vivían en las proximidades de la frontera oeste de Rusia. Cientos de miles murieron en el recorrido. Cuando la NKVD se quedaba sin gente en las categorías asignadas, hacía redadas de delincuentes comunes, los ejecutaban y los listaban como políticos. En esos dos años, el total de ejecutados o muertos por privaciones durante el viaje ascendió a un millón de personas. En 1938, Stalin admitió que se habían cometido «excesos», de los que culpaba a la NKVD, y el propio Ezhov no tardó en ser ejecutado. En 1939, la tormenta había pasado. Una semblanza de paz descendió sobre una sociedad aterrorizada.

Con el fin del terror, el tema desapareció por completo del discurso público soviético. Stalin encargó la redacción y publicación extensiva del *Curso breve (Acerca del materialismo dialéctico e histórico)* de la *Historia del Partido Comunista Soviético (bolchevique)*, y ordenó a todos los miembros del partido que lo leyeran con atención. Se convirtió en un compendio de la línea oficial, que ofrecía una historia totalmente falseada del bolchevismo y la Revolución de 1917, omitiendo a Trotski y otros líderes, salvo para envilecerlos por su oposición en la década de 1920 y sus presuntos papeles posteriores como espías y traidores. Su pieza central era un boceto simplificado del marxismo, obra del propio Stalin, aunque esto no fuera nunca reconocido. El libro no ofrecía explicación alguna sobre los acontecimientos de 1937-1938, excepto para describir los resultados de los juicios-farsa. El terror en sí jamás recibió explicación pública

en vida de Stalin. A la vista de que los cargos específicos en los juicios y las detenciones secretas solían ser en gran medida inventados, Stalin, Molotov y los demás parecían pensar realmente que estaban combatiendo y destruyendo a auténticos y peligrosos enemigos. Ese al menos es el lenguaje que usan en la correspondencia privada que ha sobrevivido. Sus declaraciones públicas de 1937 aseguran que el éxito en la construcción del socialismo «agudizaba la lucha de clases», lo que supuestamente quería decir que las políticas de Stalin, en particular la colectivización, producía cada vez más personajes con dudas, a los que Stalin y su círculo consideraban enemigos conscientes sobornados por los servicios de inteligencia extranjeros. Además, temían que estos enemigos internos intentaran atacar cuando estallara la inevitable guerra en Europa e involucrara a Rusia. La mentalidad de los líderes soviéticos, y en concreto de la NKVD, fomentaba tales conclusiones. Casi por sistema, los oficiales de la NKVD de la época de la colectivización interpretaban toda queja de los campesinos sobre aspectos menores del nuevo orden como oposición política al régimen soviético. En su mente, como en la de Stalin, si alguien estaba en desacuerdo con algunos detalles de los objetivos del plan para la industria del aluminio, esa persona tenía que ser un opositor secreto al régimen, y como enseñaba el *Curso breve...*, todos los enemigos del socialismo estaban, en última instancia, vinculados entre sí.

No todos los arrestados eran fusilados, por lo que la población de los campos de detención rusos creció de modo explosivo. Durante la década de 1920, los campos de internamiento habían sido relativamente pequeños y estaban organizados en torno al campamento principal de las islas

Solovetski en el mar Blanco. En aquellos años, poco más de 100.000 personas languidecían en Solovski y varias prisiones más, en celdas frías, infestadas de insectos, obligados a cortar pita o talar árboles. En 1929, Stalin y la policía de seguridad decidieron convertir el sistema de prisiones en una red de campos de trabajo, siguiendo el modelo de Solovski. Los delincuentes comunes fueron trasladados a los mismos campamentos. La gran expansión llegó con la colectivización de la agricultura, ya que los kulaks considerados especialmente peligrosos fueron enviados a los campos en vez de a los asentamientos especiales. En 1934, cuando vio la luz el Gulag o Administración Central de Campos y Colonias Correccionales de Trabajo bajo la GPU/NKVD, había medio millón de prisioneros. En 1939, un millón y medio vivían en campos y «colonias de trabajo», cuyo régimen era ligeramente menos estricto. Aunque en los campos soviéticos murieron muchas personas, no eran campamentos de la muerte, sino de trabajos forzados, y el Gulag se tomaba muy en serio ese componente. Al comienzo, incluso daban publicidad a sus «éxitos», como la construcción del canal del mar Blanco en 1931-1932, proclamado un éxito de la reeducación de los enemigos de clase por los obreros. A partir de 1937, sin embargo, los campos se volvieron secretos. El sistema englobaba una compleja jerarquía, que iba de «asentamientos especiales», donde los prisioneros residían en viviendas razonablemente normales o barracones apenas habitables, a espeluznantes asentamientos mineros como Vorkuta o los campos de oro de Kolyma en la costa este de Siberia, a los que solo se podía llegar en barco. A la mayoría de los prisioneros se les asignaban tareas forestales, talar árboles para la industria maderera con herramientas primitivas, o se les

enviaba a las minas o la construcción. Las muertes eran resultado de enfermedades, accidentes y privaciones en general, ya que los gulags necesitaban mano de obra para cumplir sus propios objetivos. En 1937-1938, la mayoría de las muertes se produjeron en el traslado a los campos, cuando cientos de miles de personas fueron embarcadas en vagones de tren sin calefacción y trasladadas al este y el norte, has ta lugares donde prácticamente no existían instalaciones para dar cabida a los detenidos. En los años de Stalin, no cumplir con el plan podía ser fatal, así que los comandantes de los campos se dedicaron a un complicado tejemaneje para mantener a los prisioneros razonablemente alimentados y alojados como para poder trabajar sin tener que gastar mucho en ellos. En los asentamientos especiales, alrededor de cuatro millones de personas vivían «bajo la jurisdicción de la NKVD» en 1941. De ellas, la mayoría no eran prisioneros políticos en el sentido habitual. En los campos y colonias, solo alrededor de un 20 por 100 habían sido condenados por «acciones contrarrevolucionarias» u otras ofensas políticas. El resto eran una mezcla de criminales corrientes y gente que había transgredido las leyes, cada vez más estrictas, sobre la disciplina en el trabajo, el gamberrismo o el «robo de propiedades del Estado», un terreno bastante turbio dadas las realidades de la vida soviética. Muchos habían sido encarcelados por infracción documental, tras la introducción de pasaportes internos en 1932. Hasta los «políticos» incluían a muchos clasificados como tal solo entre las superpolitizadas categorías de Stalin y la NKVD. El sistema de campos bajo Stalin era fundamentalmente un sistema de mano de obra convicta, a la que se añadían los prisioneros políticos.

A finales de la década de 1930, la Unión Soviética era

una tierra aún más paradójica que antes. La centralización estatal había seguido creciendo. La derrota de la Derecha Opositora había situado a aliados de Stalin en todas las posiciones clave del Estado: Molotov se convirtió en presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, jefe del Estado y del gobierno. Junto con Molotov y Stalin, el círculo interior se componía ahora de Lazar Kaganovich, Sergo Ordzhonikidze, Kliment Voroshílov, Anastas Mikoyan y, hasta su muerte, Valerian Kúibyshev. Mientras este y Ordzhonikidze supervisaban la industria, Kaganovich se hizo cargo del transporte y Mikoyan del crucial abastecimiento de comestibles y el comercio. Voroshílov tenía a su cargo las fuerzas armadas. Todos ellos tenían también otros deberes, y se reunían con regularidad para discutir hasta minucias de la gestión económica, además de cuestiones políticas. En torno a este grupo, hasta 1937-1938 había un gran número de directores y funcionarios del partido, que en su mayor parte habían llegado al poder bajo Stalin. Este era el núcleo de la elite de Stalin en aquel momento, y en su mayor parte no sobrevivió a las purgas de 1937-1938. El resultado del terror fue concentrar aún más poder en el círculo interno y en el propio Stalin, pero también accedieron nuevos hombres al liderazgo. Sobresalía entre todos ellos Lavrenti Beria, un georgiano que sustituyó a Ezhov como jefe de la policía de seguridad. Otros de los jóvenes eran Andréi Zhdánov, Georgi Malénkov y Nikita Kruchev, todos los cuales habrían de desempeñar importantes papeles en el conflicto por venir y en los años de la posguerra. Zhdánov, hijo de un inspector escolar, se abrió camino hacia el liderazgo provincial hasta tomar el partido de Leningrado tras el asesinato de Kírov. Malénkov, también de los Urales y con una educación

prerrevolucionaria de liceo, desarrolló su carrera en el aparato central del partido en Moscú. Los tres habían combatido en la guerra civil. Con ellos llegó un desplazamiento de la estructura del poder central, en el que todos los líderes adoptaron cometidos más directos en la gestión del Estado, supervisado desde el Politburó. La centralización del poder fue formalizada en mayo de 1941, cuando Stalin sustituyó a Molotov como secretario general del Consejo de Comisarios del Pueblo. Ahora Stalin encabezaba, formalmente y de hecho, tanto el partido como el Estado.



Ilustración 19. El funeral del escritor Máximo Gorki en 1936. De derecha a izquierda: Genrikh Yagoda, jefe de la policía política, Stalin, Viacheslav Molotov, el líder comunista y de la Komintern Georgi Dimitrov, Andréi Zhdánov (de blanco), Lazar Kaganovich.

Junto a la centralización del poder en el Politburó y

después solo en Stalin, surgió un auténtico culto al líder gestionado desde el centro. A comienzos de la década de 1920, era habitual la exhibición de retratos de Lenin, Trotski y los líderes de la época en grandes celebraciones, como las del 7 de noviembre y el primero de mayo. A finales de la década, Stalin era la figura central de tales despliegues y al final de los años treinta era casi la única presente. Brotaron estatuas de Stalin, además de las ubicuas de Lenin, y fueron bautizadas en su honor ciudades e instituciones. En las reuniones del partido, el ritual era ponerse en pie cuando se mencionaba su nombre y aclamarle. Stalin no era un buen orador público, en parte debido a su pronunciado acento georgiano, y al parecer nunca deseó la incesante exhibición ante el pueblo y la admiración que Hitler y Mussolini anhelaban y orquestaban repetidamente. En raras ocasiones aparecía en público y su personalidad se mantuvo en privado, pero los epítetos estándar —«gran líder de los pueblos»— eran obligatorios. Sus escritos fueron textos obligados del marxismo; su imagen y su nombre estaban por todas partes y se convirtieron en elementos básicos de la cultura política soviética.

La centralización del poder afectó también a la compleja estructura federal de la URSS. A partir de 1920-1930 se habían creado Comisariados de Agricultura, Educación, Cultura y otros organismos, que estaban por encima de sus homólogas agencias republicanas. Las políticas y estructuras del periodo de la NEP habían supuesto una especie de alianza de facto del partido con los intelectuales de las repúblicas no rusas para apuntalar, y en algunos casos crear, culturas locales. Esta situación fue, en muchos aspectos, paralela a la del papel de los ingenieros y



economistas rusos prerrevolucionarios en la industria rusa, y tuvo el mismo destino tras su comienzo en 1929-1930. Los juicios-espectáculo de nacionalistas locales marcaron el fin de la colaboración, al igual que la aparición de un Comisariado de Cultura y Educación para todas las naciones. En 1932-1933, el partido emprendió una campaña contra el nacionalismo ucraniano, incluyendo procesos, farsa de intelectuales ucranianos acusados de nacionalismo y vínculos con potencias extranjeras. Los líderes ucranianos del partido partidarios de la anterior política se suicidaron, fueron detenidos o degradados. En otras repúblicas se produjeron campañas similares, todas ellas parte de la «Revolución cultural» de 1929-1932.

Más importante para el futuro de las repúblicas soviéticas fue el tremendo aumento de la centralización en la economía. Los planes de desarrollo de las repúblicas se vieron sustituidos por nuevos y grandiosos programas de desarrollo regional, basados en criterios económicos en lugar de étnicos. En las repúblicas autónomas del norte de Rusia no había autoridad local que pudiera competir con el enorme poder económico de los gulags, ni siquiera cuando el brazo político de la NKVD estaba ausente. El desarrollo económico de Ucrania y Siberia seguía los dictados de los Comisariados de toda la Unión, el Gosplán y otras agencias. En muchas áreas, el resultado fue un desarrollo económico masivo, pero también una brutal erosión de la autoridad local del partido y los gobiernos republicanos. Las autoridades republicanas (incluida la República Rusa) quedaron, en general, a cargo de cuestiones agrícolas, que por su naturaleza requerían un mayor control local. La jerarquía surgida de la industrialización no se basaba en la estructura de Estado

federal, sino en la estructura económica. La jerarquía no era étnica ni política: un distrito o una república con muchas fábricas bajo un Comisariado de alta prioridad, como la industria pesada o de defensa, se veían favorecidos tanto por inversiones como por bienes de consumo. No sucedía lo mismo en un distrito de industria ligera. Este sistema benefició al Donbás ucraniano y abandonó a las ciudades del centro de Rusia, donde las industrias predominantes eran las fábricas de tejidos.

En algunos aspectos, las autoridades centrales siguieron prestando atención a cuestiones locales. A pesar de la centralización, la estructura formal federal pervivió. La Constitución de 1963, o de «Stalin», perpetuó la estructura federal de la URSS, formada en ese momento por 12 repúblicas y muchas repúblicas autónomas bajo ellas. El final de la política de «indigenización» del partido llegó con el asalto al nacionalismo local, pero Stalin no reemplazó a las minorías locales del partido por rusos. Los miembros del partido de nacionalidades locales llegaron a ser mayoría en casi todas las repúblicas de la Unión, autónomas o no, aunque Stalin no dejó de incorporar a la cúpula a intrusos de confianza, como Nikita Kruchev en Ucrania después de las purgas de 1937-1938. El liderazgo central de la Unión Soviética era multinacional. El propio Stalin era georgiano, al igual que Orzdzhonikidze y el director de la NKVD a partir de 1938, Lavrenti Beria. Molotov y Voroshílov eran los dos rusos, mientras que Kaganovich y el ministro de Exteriores de la década de 1930, Maxim Litvínov, eran judíos. Mikoyan era armenio. La campaña contra el nacionalismo no implicaba una rusificación cultural. A Stalin no le importaba en absoluto que los no rusos aprendieran a escribir y hablar

lenguas nativas, siempre y cuando Moscú conservara el control político y dirigiera la mayor parte de la economía. En las ciudades ruso-hablantes de Ucrania, los periódicos se publicaron sobre todo en ucraniano hasta 1939. A partir de 1932, las autoridades soviéticas empezaron a promocionar con grandes medios a escritores y artistas no rusos en la prensa central, organizando reuniones con Stalin y otros líderes en Moscú, siempre con mucha cobertura mediática. La cultura prerrevolucionaria fue objeto también de una reevaluación positiva, que culminó con las celebraciones del aniversario de Pushkin en 1937. En esos mismos años, aparecieron en Ucrania nuevas estatuas del poeta Taras Shevchenko, con celebración incorporada, y se glorificaban y ocasionalmente inventaban figuras similares en otras repúblicas. No se trataba simplemente de una campaña cultural, ya que el intento soviético de vincular entre sí las diversas naciones de la Unión Soviética, rebajando los conflictos del pasado y poniendo el acento en el supuestamente armonioso presente y el futuro, constituyó uno de los cimientos de la «amistad entre los pueblos». En una economía y un Estado predominantemente centralizados, la promoción de la cultura local junto a la rusa ofrecía un medio para construir una sociedad multinacional, que avanzara hacia un Estado socialista unificado.

Durante esta etapa, la política soviética no fue uniforme en todas las repúblicas no rusas. En las áreas musulmanas, el liderazgo soviético actuaba muy cautelosamente contra el islam. En Asia central, el principal problema de la década de 1920 había sido la abolición del velo para las mujeres musulmanas, un tema con el que la intelectualidad local se había mostrado de acuerdo. La mayoría de las zonas islámicas del sur no eran aún objeto de una industrialización en masa,

aunque la colectivización, cuando llegó, fue tan tajante como en Rusia y Ucrania. El único desastre importante en Asia central fue Kazajistán. En la década de 1930 seguía siendo en gran medida de población nómada, y la colectivización implicaba la «sedentarización»: esto es, los ganaderos nómadas tenían que asentarse y criar su ganado en un área dada. Esta política desencadenó luchas internas en los clanes, que se fundieron con la intensa presión del partido para dar lugar a una crisis masiva. Los kazajos nómadas respondieron matando a sus animales o huyendo a través de la frontera a otras repúblicas soviéticas, e incluso a China. Más de un millón se convirtieron en refugiados y más de otro millón, alrededor del 20 por 100 de la población kazaja, murió de hambre o enfermedades. En años sucesivos, las autoridades kazajas lograron asentar de nuevo a la mayoría de los refugiados de Kazajistán y la cría de ganado se fue recuperando lentamente, pero los efectos de la catástrofe demográfica se hicieron sentir durante décadas.

La transformación de la sociedad soviética generó otra serie de paradojas. Aunque aterrorizada por los acontecimientos de 1937-1938, a finales de la década de 1930 estaba mucho mejor educada, era más urbana y en muchos aspectos más «moderna» que en 1928. Aproximadamente un 31 por 100 de la población vivía en áreas urbanas, el doble que en 1917, y prácticamente toda la población estaba, al menos, básicamente alfabetizada. Los vínculos con las antiguas tradiciones desaparecieron. La Iglesia ortodoxa y otras religiones fueron literalmente aplastadas por las campañas antirreligiosas: solo quedaron abiertos unos pocos cientos de iglesias en todo el país, y la gran mayoría de los clérigos estaban muertos o en campos. El

ritmo tradicional del año ruso, con su carnaval, Cuaresma y Pascua, se limitó a evaporarse sin liturgias que lo sostuvieran. Fue reemplazado por las festividades comunistas, el 7 de noviembre y el 1 de mayo, con un Año Nuevo seglar entre medias. El gigantesco incremento en la población urbana significó que millones abandonaron el mundo agrícola. Gente que nunca antes había visto una máquina compleja, ahora conducía tranvías y construía aviones. Los bienes de consumo básico escaseaban, pero las películas, la música popular y la radio ofrecían entretenimientos para las masas de un tipo más o menos moderno. La instrucción masiva, en especial en temas técnicos, era una prioridad. Decenas de miles de estudiantes aprendieron las bases de la ciencia moderna, mientras sobrevivían en dormitorios atestados sin calefacción, con una alimentación infame y errática. Esta especie de formación acelerada permitió a Stalin ocupar los puestos que habían quedado vacantes por los arrestos del periodo de terror con personas con antecesores campesinos o de clase obrera, que estaban, más o menos, capacitados para desempeñar sus tareas.

Los planes quinquenales fueron un éxito a medias. Los líderes soviéticos aplicaban con regularidad métodos estadísticos engañosos para que las cifras parecieran mejores, pero los resultados reales en la industria eran impresionantes al llegar 1940. La URSS se había convertido en la tercera potencia industrial del mundo, por detrás de Estados Unidos y Alemania. Las nuevas plantas industriales tenían equipamientos modernos y muchas de ellas se encontraban en los Urales y Siberia, lugares de riquezas aún no explotadas, que además estaban lejos de la frontera, cada vez más amenazada. Pequeñas aldeas se habían transformado en

ciudades y habían surgido nuevas áreas industriales. Algunas de las promesas del socialismo empezaban a materializarse. El Comisariado Popular de Salud duplicó el número de médicos y personal sanitario entre 1932 y 1940, y los programas de vacunación e higiene redujeron notablemente las muertes por enfermedad. A la vez, años de hambruna y privaciones, viviendas atestadas y malsanas planteaban inmensos desafíos al nuevo, y en su mayor parte femenino, personal médico. Los comunistas siempre habían promovido la igualdad de la mujer y en la década de 1930 casi la mitad de la fuerza de trabajo era femenina. Aparecieron mujeres tractoristas en las explotaciones colectivas y obreras en la industria pesada. Algunas profesiones, como la medicina, se iban convirtiendo rápidamente en dominios femeninos. Los éxitos de las mujeres piloto y trabajadoras eran el tema de gigantescas campañas de propaganda en los medios de comunicación. El gran abismo educativo entre hombres y mujeres prácticamente se cerró, al menos en las ciudades. En todos los casos, la realidad de la vida cotidiana aportaba obstáculos suficientes: en la industria ligera, donde la mayoría de los trabajadores eran mujeres, nunca había suficiente servicio de guardería para las madres. Aunque ganaban lo mismo por igual trabajo, el carácter de la industria ligera, ocupada principalmente por mujeres, era de una prioridad inferior. Por tanto, los salarios eran menores y menos frecuentes, y había menos bienes de consumo disponibles a través del centro de trabajo. La carga familiar seguía recayendo sobre los hombros de las mujeres, incluso cuando aparecieron los centros de día y guarderías. Eran las mujeres las que tenían que soportar horas de cola para obtener artículos escasos y crear redes informales para conseguirlos.

Al final de la década de 1930, los bienes de consumo fueron volviendo gota a gota a las tiendas, y la vida de mujeres y hombres se hizo más fácil. El punto débil de la economía había estado y seguía estando en la agricultura. Las explotaciones colectivas apenas eran capaces de aprovisionar de grano a las ciudades en crecimiento. La producción de carne anterior a 1940 jamás alcanzó los niveles de finales de la década de 1920. La carne y la leche provenían abrumadoramente de los terrenos privados que el Estado había permitido conservar a los campesinos tras la colectivización. La población continuaba dependiendo mucho del mercado campesino, más caro que los expendedores estatales y centros de distribución del lugar de trabajo, para cualquier cosa que se saliera de la categoría de alimentos básicos. Sin embargo, el país consiguió aumentar enormemente la producción militar a finales de la década de 1930, frente al peligro de guerra, sin destrozar por completo el plan y el suministro de bienes de consumo. Aquello no se acercaba siquiera a la prometida utopía, pero sentó las bases de la versión soviética de una sociedad moderna. Era apenas suficiente.

El nuevo gigante industrial de Stalin estaba a punto de enfrentarse a un peligro mayor que el de cualquier kulak o espía japonés imaginario. En 1938, el corazón de Europa estaba bajo el poder de Adolf Hitler, que había dejado bien claro en *Mein Kampf* que Alemania debía conquistar «espacio vital» para sobrevivir, y que ese espacio habitable había que buscarlo en la Unión Soviética. En 1931, Stalin había declarado ante una conferencia de gestores industriales que Rusia «estaba a entre 50 y 100 años de los países avanzados. O nos ponemos a la altura en 10 años o nos aplastarán».

Quizá su evaluación del estado de la economía soviética fuera demasiado pesimista en aquel momento, pero su predicción del tiempo del que disponía fue precisa. Tenían exactamente 10 años.



## La guerra

Desde el principio, los líderes soviéticos aguardaban una invasión, antes o después. Esta convicción surgía de la situación real de la Unión Soviética desde la revolución, de la experiencia de la intervención, la hostilidad de casi todos los demás Estados, y también de su análisis del mundo. No solo esperaban un ataque contra su propio país, sino una guerra entre las potencias occidentales, y creían probable que llegara primero la guerra en Occidente. Su análisis del mundo provenía de la visión de la fase más reciente del capitalismo, que en su opinión sería el periodo del imperialismo. Pensaban que la Primera Guerra Mundial había sido consecuencia de la concentración del capital en manos de un pequeño número de corporaciones y bancos, semimonopolios, lo que a su vez llevó a una competición acelerada por los mercados y los recursos. El resultado era la división del mundo entre grandes imperios y el deseo de los recién llegados al proceso, en especial Alemania, de repartir de nuevo el mundo. Así, incluso sin la intervención de la URSS, otra guerra era inevitable. Stalin y la elite soviética aceptaban a pies juntillas esta concepción del mundo. Su propia experiencia histórica en la Primera Guerra Mundial, así como la observación de las distintas rivalidades presentes después de 1918, no hacían más que fortalecer su convicción. Al mismo tiempo, eran conscientes de que las diferencias (contradicciones) entre las potencias capitalistas podrían quedar temporalmente pospuestas a cambio de una alianza anticomunista, y de que una o más de las potencias europeas podía tener la fuerza suficiente para atacarles por su cuenta. Hasta 1933, la mayor amenaza parecía provenir del Imperio

británico, la potencia aparentemente hegemónica de la época. El Ejército Rojo trazó sus planes bélicos partiendo del supuesto de que el ataque vendría de Polonia y Rumanía, con respaldo o incluso participación británica (y quizá francesa). Los acuerdos militares con la Alemania de Weimar estaban formulados en parte para impedir tal eventualidad. Cuando Adolf Hitler ascendió al poder en enero de 1933, los soviéticos se vieron obligados a enfrentarse a una situación totalmente nueva.

Al principio, los soviéticos no se sintieron especialmente preocupados. En 1928, la Komintern había previsto una nueva crisis del capitalismo y la depresión parecía estar haciendo buena la predicción. Los líderes soviéticos, como otros muchos observadores, no creían que los nazis fueran en realidad muy diferentes de otros grupos reaccionarios que habían defendido la restauración del káiser y la supresión de los partidos de izquierdas. El antisemitismo, los desfiles y los uniformes en su conjunto sugerían decorados para engañar a los ingenuos, no signos de un propósito más serio y siniestro. Aunque Hitler eliminó al Partido Comunista Alemán (y a los socialistas) en cuestión de meses, los soviéticos seguían pensando que el apoyo a Hitler era limitado y su régimen inestable. La purga de 1934 de las Tropas de Asalto pareció confirmar este vaticinio. La propaganda soviética, así como las discusiones internas, pusieron el acento en la presunta impopularidad de los programas económico y otros de Hitler entre la clase obrera alemana. A la vez, los soviéticos se fijaron en el rearme de Alemania y su tono más agresivo en asuntos internacionales. A finales de 1934, la Unión Soviética se adhirió a la Liga de las Naciones, un paso tanto simbólico como práctico, en particular dado que Hitler había sacado a

Alemania de la Liga el año anterior. El comisario soviético de Asuntos Exteriores, Maxim Litvínov, se sirvió de la Liga como uno de los escenarios principales desde los que proclamar la necesidad de que las potencias occidentales firmaran un acuerdo con la Unión Soviética en contra de Hitler.

Las propuestas de los soviéticos para oponerse a Hitler no eran un simple gesto. La Unión Soviética contaba ya con un ejército propio, mucho más poderoso que el anticuado Ejército Rojo de la década de 1920. Dos factores fueron cruciales en la transformación del ejército. Uno fue la cooperación anterior a 1933 con el ejército de la República de Weimar, que ofreció al Ejército Rojo una imagen completa de los avances más recientes en tecnología y organización militares. El giro de los ejércitos occidentales hacia unidades motorizadas, carros de combate y aviones era evidente, pero en 1928 el Ejército Rojo aún dependía de la caballería y la infantería armadas con fusiles y ametralladoras. Hasta su artillería era inadecuada. El segundo factor fue el Primer Plan Quinquenal. En origen, este exigía incrementos muy considerables en la producción militar, pero el ambiente marcadamente tenso de la política mundial (captura de Manchuria por los japoneses en 1931) empujó a Stalin a elevar todavía más los objetivos. Al año siguiente, la Unión Soviética fabricó 4.000 tanques, una cantidad inmensa para los estándares de la época, con sofisticados diseños extranjeros y soviéticos. El mismo esfuerzo enorme se aplicó a la fabricación de aviones, sobre todo de bombarderos pesados. Estas armas modernas reflejaban la doctrina militar de los mandos del ejército soviético, en especial la de Tujachevski, que opinaba que las guerras modernas se decidirían con unidades mecanizadas rápidas acorazadas, así como con

bombardeos aéreos a larga distancia. En 1935, la URSS contaba con uno de los ejércitos más avanzados del mundo. Su única limitación era el tamaño, ya que las estrecheces económicas hacían que los efectivos fueran relativamente pequeños.

Con este nuevo telón de fondo, Stalin y los líderes soviéticos tenían que enfrentarse a una situación mundial cada vez más peligrosa. Las consecuencias más importantes de la nueva situación creada por Hitler y sus aliados fueron las nuevas políticas enunciadas en Ginebra por Litvínov, además de un marcado giro en la estrategia de la Komintern. En su Séptima Conferencia, en 1935, el líder comunista búlgaro Georgi Dimitrov anunció la nueva política: el Frente Popular. Esta abandonaba los ataques contra los socialistas como agentes de la clase dominante y la orientación hacia la revolución, por la demanda a los comunistas de llegar a un acuerdo con ellos, y de hecho con cualquier grupo opuesto al fascismo, con el fin de prevenir la expansión del poder fascista. El Estado soviético pretendió establecer alianzas con potencias extranjeras, firmando pactos de ayuda mutua con Francia y Checoslovaquia en mayo de 1935. Las relaciones soviéticas con Gran Bretaña, sin embargo, siguieron siendo frías. Hitler se había puesto ya en marcha: en 1936 remilitarizó Renania ante el atronador silencio de Londres y París. Poco después, estalló la Guerra Civil Española con la revuelta de Francisco Franco contra la república, entonces gobernada por un Frente Popular elegido por el pueblo. La reacción soviética fue inicialmente cautelosa, ya que temían que una ayuda abierta a la república provocara la intervención de las potencias occidentales en favor de los rebeldes monárquico-fascistas. Hitler y Mussolini no tardaron

en resolver el problema, ya que sus aprovisionamientos de armas y alimentos ofrecían una justificación. Stalin también envió tanques, aviones y muchos oficiales a España a través de las peligrosas aguas del Mediterráneo. En España, Stalin y la Komintern adoptaron la estrategia del Frente Popular. Se comunicó a los comunistas españoles que no tenían que hacer la revolución, sino mantener su alianza con los socialistas y los liberales en apoyo de la república. La experiencia española sirvió para mostrar las limitaciones de dicha estrategia. Stalin deseaba que los comunistas controlaran todo lo posible las cosas e insistió en que fueran liquidados los trotskistas y anarquistas, especialmente poderosos en Barcelona. A la larga, ni la estrategia del Frente Popular ni el respaldo e interferencia soviéticos sirvieron de gran cosa. La república española sucumbió a la fuerza bruta y se extinguió a finales de 1938.

La derrota republicana no hizo más que aumentar el riesgo para la URSS. La falta de entusiasmo de las potencias occidentales por la república española evidenciaba –según Stalin– la mayor probabilidad del escenario de sus pesadillas: un pacto entre cuatro potencias, que incluiría a Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia, contra la Unión Soviética. Hitler seguía actuando. En 1936-1937, Alemania, Japón e Italia firmaron el Pacto Anti-Komintern, lo que acabó siendo conocido como el Eje. En 1938, Hitler se anexionó Austria, de nuevo sin objeción alguna por parte de Gran Bretaña y Francia. A continuación, formuló sus exigencias sobre Checoslovaquia, la única potencia de Europa del Este con un ejército significativo y moderno. Para la URSS, y para el resto de Europa, era una crisis.

Los esfuerzos soviéticos se vieron frustrados por dos

factores. Uno era la política general proalemana de Polonia, que controlaba los corredores por los que tenía que pasar cualquier ayuda soviética a Checoslovaquia. El otro fue la actitud de recelo de las potencias occidentales, en especial Gran Bretaña, hacia la Unión Soviética y las capacidades del Ejército Rojo en particular. Los pactos soviéticos de ayuda mutua con Francia y Checoslovaquia tenían como eje la cooperación, que París no estaba ofreciendo. En los días previos a la crisis final en Múnich, los soviéticos empezaron a movilizar en secreto al Ejército Rojo, pero fue todo en vano. Chamberlain entregó a los checos a Hitler, en lo que desde el punto de vista soviético era un pacto de cuatro potencias. Desde su perspectiva, semejante pacto solo podía ir en contra de la Unión Soviética.

En esta situación, el liderazgo soviético, convencido de que se avecinaba la contienda, optó por su otra estrategia posible: un acuerdo con Hitler. Los soviéticos venían tanteando a Berlín desde 1933, pero sin sacar nada en claro. De repente, a comienzos de 1939, las discusiones con los nazis se hicieron serias, y las actitudes de Londres y París no hicieron más que potenciarlas. Aunque Chamberlain empezaba a darse cuenta de que Hitler era un peligro, no estaba dispuesto a discutir la firma de un acuerdo con Stalin. En el verano de 1939, una misión británica enviada a Moscú estudió las posibilidades de cooperación, pero cuando el comisario de Defensa Voroshílov pidió concreción en temas de cooperación militar, los británicos solo supieron responder que no tenían instrucciones. El resultado fue el Pacto Germano-Soviético del 23 de agosto de 1939, firmado en Moscú por Ribbentrop y Molotov, ahora sustituto de Litvínov como comisario de Exteriores.

El pacto dejó a Hitler las manos libres para atacar Polonia, lo que generó declaraciones de guerra contra Alemania de Gran Bretaña y Francia. La invasión alemana de Polonia fue un éxito tan rápido que tomó por sorpresa a Stalin. Estaba también preocupado por el intento de ataque japonés contra Mongolia a finales de agosto, rechazado en Jalkin Gol por alrededor de 100.000 soldados soviéticos. Pese a que el pacto implicaba una partición de Polonia, no había incluido delimitación alguna de las fronteras pertinentes. El Ejército Rojo marchó aceleradamente sobre los territorios orientales del Estado polaco, habitados básicamente por bielorrusos y ucranianos, y anexionó los nuevos territorios a las respectivas repúblicas soviéticas. Los comunistas implantaron a toda velocidad instituciones rusas y deportaron a los polacos del área. En su mayoría fueron a parar a campos o, como «colonos especiales», a Siberia y Kazajistán, pero los oficiales del ejército, la policía y otros cuerpos fueron ejecutados en el bosque de Katyn y otros lugares a comienzos de 1940.

El pacto dejó también a los Estados del Báltico bajo la esfera de influencia soviética. Stalin reaccionó con rapidez para asegurarse el control de la zona, asignando, en el proceso, Vilnius a Lituania, una ciudad entonces de población casi en su totalidad polaca y judía. En 1940, el control había llegado a ser suficiente y los tres Estados fueron incorporados a la URSS como repúblicas soviéticas, tras la demanda por parte de «asambleas populares» que «solicitaron» la incorporación. Stalin se encontró con su frontera occidental asegurada salvo en un área: Finlandia.

La frontera entre Finlandia y la Unión Soviética era fruto de la internacionalización de una frontera interior por el

Imperio ruso. Cuando Rusia se anexionó Finlandia en 1809, el istmo de Carelia al oeste de San Petersburgo pasó a formar parte del imperio durante 100 años, pero en una concesión a los finlandeses fue reincorporado al resto de Finlandia. En 1918, fecha de la independencia de Finlandia, esto significaba que la frontera quedaba a solo un breve recorrido en tranvía desde el centro de Petrogrado. Había sido un problema para los planificadores militares soviéticos y Stalin decidió resolverlo. Propuso un acuerdo a los líderes finlandeses: la URSS controlaría islas estratégicas cercanas a la costa y desplazaría la frontera unos cuantos kilómetros al oeste, a cambio de territorio en el norte remoto. Los finlandeses decidieron que no era más que una artimaña para hacerse con el control del país, y lo rechazaron. Así empezó la Guerra de Invierno, en la que el pequeño pero entusiasta ejército finlandés mantuvo a raya a los soviéticos durante varios meses, obteniendo el apoyo británico, y el de otras potencias occidentales, que les permitió mantener a la opinión pública alejada de la «falsa guerra» a lo largo de la frontera occidental de Alemania. Tras muchos problemas y grandes bajas, los soviéticos lograron reunificar su ejército y derrotar a los finlandeses, dejando una impresión de incompetencia que no hizo más que alentar a sus futuros enemigos en Berlín. Después de este conflicto, Stalin reemplazó al comisario de Defensa, su antiguo compañero de la guerra civil Voroshílov, por S. T. Timoshenko, un militar profesional que procedió a reformar el ejército y acelerar su rearme de inmediato.

La frontera occidental soviética se había desplazado varios cientos de kilómetros hacia el oeste en 1940, y Stalin y Timoshenko habían ganado algo de tiempo para poner en



orden sus fuerzas armadas. Se trataba de una tarea gigantesca, llena de complicaciones. En 1935, los soviéticos se habían dado cuenta de que contaban con la capacidad y la necesidad de convertir al Ejército Rojo en un ejército masivo, con unos efectivos en tiempos de paz de más de un millón y medio de hombres; en 1939 se ordenó la ampliación del ejército a tres millones de hombres. La expansión vino a continuación, pero el resultado inevitable fue que los soldados, y particularmente los oficiales, estaban mal adiestrados y carecían de experiencia. Cientos de miles de soldados y oficiales jóvenes estaban solo a un paso de las aldeas. Para muchos, sus fusiles eran la primera pieza de equipamiento moderno que habían visto en su vida. La purga en el ejército de 1937-1938 no hizo más que empeorar las cosas, especialmente en el nivel del alto mando. Ese fue el motivo del mal rendimiento del ejército en la Guerra de Invierno. Además, el equipamiento había quedado desfasado. Después del gran empujón de comienzos de la década de 1930, la producción militar soviética se había estancado y no producía diseños nuevos. La aparición del caza alemán Messerschmidt sobre España en 1937 conmocionó a la fuerza aérea roja, porque sus mejores aviones no eran enemigos para él. La tecnología de los carros acorazados alemanes se movía también deprisa. Todo esto ocurrió en un momento en que los departamentos de diseño y las fuerzas armadas estaban paralizados por las purgas. A partir de 1938 empezaron a aparecer nuevos diseños, pero tenían que ser probados y después fabricados en masa. En el verano de 1941, la URSS contaba ya con sus primeras armas modernas, el caza de ataque a tierra Ilushin-2, los tanques T-34 y KV y la artillería de cohetes Katiusha. Los tanques y los cohetes estaban muy por delante de sus equivalentes

alemanes, pero no había ni de lejos suficiente número de ellos o de ningún avión moderno.

Mientras las fábricas soviéticas producían con toda diligencia las nuevas armas y el ejército se esforzaba ante los problemas creados por la rápida expansión y las nuevas fronteras, Hitler planificaba su asalto. En 1940 había tomado Francia y los Balcanes. El intento de hacer hincar la rodilla a los ingleses en la batalla de Inglaterra había fracasado, pero al fñhrer el Imperio británico, peligrosamente sobreextendido por su necesidad de defender el Lejano Oriente y el Mediterráneo, además de las islas patrias, le parecía ya condenado. Podía dirigir su atención a Rusia.

Durante todo el invierno, unidades de la Wehrmacht avanzaron hacia el este penetrando en Rumanía, Finlandia y lo que había sido Polonia. La inteligencia táctica de Hitler era excelente, ya que conocía exactamente dónde estaban estacionadas las unidades soviéticas, su fuerza y sus posiciones defensivas. Lo que desconocía, ni siquiera le importaba, era el potencial económico y militar de la URSS. Para Hitler, el Estado soviético no era más que una horda judeo-turca que se dispersaría con los primeros golpes. Sus generales, que pensaban en términos de la Rusia de 1914, se mostraban solo ligeramente menos despreciativos hacia el enemigo. Stalin era perfectamente consciente de los movimientos alemanes, no obstante, ya que su red de espías era tan buena como la de Hitler. Sin embargo, su interpretación era totalmente errónea. Stalin nunca llegó a asumir plenamente el radicalismo del régimen nazi, viéndolo aún bajo la luz de los anteriores movimientos derechistas alemanes, o quizá como un equivalente alemán del fascismo de Mussolini. Estaba convencido de que Hitler no invadiría la Unión Soviética

hasta que no hubiera derrotado a Gran Bretaña, ya que Stalin no podía imaginar que Hitler repitiera el error del káiser de luchar en dos frentes a la vez. Así pues, Stalin consideró que se trataba de un farol: esperaba que Hitler mantuviera sus posiciones durante uno o dos años, y entretanto intentara amenazar a los soviéticos para que le entregaran materias primas muy necesarias para el Reich. Su peor preocupación era que las tropas soviéticas a lo largo de la frontera provocaran demasiado pronto a Hitler, por lo que les ordenó que ignoraran los vuelos de inspección alemanes y otros actos sospechosos. La inteligencia militar soviética no era de la misma opinión, pero cuando sus informes llegaron a sus respectivos comandantes, fueron archivados como no consistentes con la política y los análisis emanados desde el Kremlin. En abril de 1941, Stalin ordenó la movilización de casi un millón de hombres más, bajo la cobertura de maniobras a gran escala, y desplazó más tropas hacia el oeste. El Ejército Rojo disponía ahora de una fuerza teórica de alrededor de cinco millones de hombres. En los últimos días previos a la guerra, se emitieron órdenes de mayor alerta a varias unidades: la noche anterior a la invasión, Timoshenko ordenó a la fuerza aérea que dispersara los aviones en las pistas para que no fueran un blanco fácil. Solo el distrito militar de Odesa obedeció las órdenes, porque incluso en la Rusia de Stalin las órdenes del centro no llegaban necesariamente a tiempo ni despertaban un acatamiento instantáneo.

El domingo 22 de junio de 1941, con las primeras luces –3:30 de la madrugada–, Hitler lanzó la invasión de la Unión Soviética, la Operación Barbarroja, así llamada en honor al guerrero y emperador medieval. Alrededor de tres millones de

soldados cruzaron la frontera, junto con casi un millón de aliados finlandeses, rumanos, eslovacos, húngaros, italianos y pequeñas unidades colaboracionistas de casi todos los países de Europa, incluyendo a neutrales como Suecia (SS Nord - land). El ejército de Hitler llegaba victorioso de la mayor parte del continente, desde Noruega a Grecia, respaldado por una maquinaria económica mayor que la de la URSS (aunque no por mucho) y los recursos de la Europa ocupada. Frente a ellos se hallaban los cinco millones de hombres de las fuerzas armadas soviéticas, pero casi la mitad de ellos estaban desplegados muy a retaguardia o atravesando el proceso de formación y entrenamiento. Además de verse atrapadas en medio de la movilización, aprendiendo a usar nuevos equipos, las fuerzas soviéticas se encontraban situadas demasiado cerca de la frontera. Eran blancos fáciles para la Luftwaffe y los blindados alemanes. El despliegue era una reliquia de la perenne orientación ofensiva del ejército soviético, que asumía que, tras un ataque, las fuerzas soviéticas avanzarían en forma de profundas incursiones en el territorio enemigo para contrarrestarlo, mientras el Ejército Rojo alcanzaba la plena movilización. Los soviéticos se equivocaron al predecir la dirección principal del ataque alemán, lo que complicó las cosas. Hasta 1940, todos los planes de guerra soviéticos habían asumido que el ejército alemán atacaría directamente hacia el este, a través de Bielorrusia y en dirección a Moscú, como de hecho ocurrió. Sin embargo, Timoshenko, el nuevo jefe de Estado Mayor general Georgi Zhúkov y Stalin habían decidido que era más probable que Hitler atacara hacia el sur, por Ucrania. A lo largo del eje central solo había granjas y grandes bosques, mientras que Ucrania seguía siendo la principal zona

industrial de la URSS, además de una importante región agrícola. Sin duda, Hitler buscaría recursos que necesitaba. Miles de soldados fueron desplazados al sur, a Ucrania.

El ataque principal llegó, no obstante, directamente del este. Los blindados alemanes repitieron las tácticas usadas en Francia y atravesaron como un cuchillo las defensas soviéticas a lo largo de las carreteras y líneas ferroviarias principales, penetrando profundamente en el país. Lituania y buena parte del oeste de Bielorrusia cayeron en cuestión de días. La Luftwaffe destruyó la mayor parte de la fuerza aérea soviética en tierra en los primeros días, dejando al ejército sin cobertura aérea ni posibilidades de desplazarse sin el conocimiento de los alemanes. Con el grueso del avance alemán dirigido hacia el centro, el frente soviético quedó roto en cuestión de semanas y casi un millón y medio de soldados soviéticos cayeron cautivos. No sobrevivió prácticamente ninguno: los alemanes, como parte de sus políticas raciales, optaron por no alimentarles y se limitaron a dejarles morir. Al norte y al sur, los alemanes avanzaban casi con igual rapidez. A finales del verano, estaban en Kiev y ante las puertas de Leningrado.

En el lado soviético del frente, la situación era caótica. Unas comunicaciones pobremente diseñadas se vinieron abajo bajo el ataque, fueron destruidos puestos de mando y grandes cuerpos de tropas soviéticas intentaban a la desesperada retirarse hacia el este. El comandante soviético en Bielorrusia estuvo incomunicado con sus hombres y también con Moscú durante días. Las órdenes de Moscú, al principio, se ajustaban al viejo y absolutamente inútil modelo del contraataque contra los invasores. Los comandantes locales que no recibieron las órdenes fueron afortunados si se

dejaron llevar por sus instintos. Algunas unidades combatieron hasta el último hombre, otras hasta que se les agotaron los víveres y la munición. Las siguientes órdenes llegadas desde Moscú eran mantener las posiciones mucho después de que la situación fuera irrecuperable. Los generales que habían conseguido salvar a sus tropas de la trampa fueron considerados sopechosos, o algo peor, por retirarse sin órdenes de hacerlo. En julio, Stalin ordenó el enjuiciamiento y ejecución de generales cuyos ejércitos habían sido destruidos en las primeras semanas de la guerra.

Por suerte, Stalin y los líderes militares hicieron algo más que buscar chivos expiatorios. El segundo día de la guerra, Stalin instituyó un Comité de Defensa del Estado, encabezado por él mismo, reemplazando también a Timoshenko como comisario de Defensa del Pueblo. Además, se erigió en cabeza visible del alto mando y comandante supremo formal de las fuerzas armadas. Zhúkov permaneció como jefe de personal. Stalin asumió personalmente la responsabilidad sobre la conducción de la guerra. Aprendió a trabajar con Zhúkov y los otros generales, pero la decisión definitiva estaba siempre en sus manos. A veces sus órdenes conducían a derrotas, pero finalmente llevaron a la victoria. Ostentaba, más que nunca, el poder supremo. La movilización del ejército continuaba y se hizo aún más esencial con la pérdida de millones de hombres en el primer verano de la guerra. A medida que se deterioraba la situación en el frente, el gobierno comenzó a evacuar la industria de Ucrania, Leningrado y otras áreas amenazadas por el avance nazi. A corto plazo, esto significó un descenso en la producción militar, justo cuando la Wehrmacht estaba capturando y destruyendo masas de equipamiento soviético.

En última instancia, fue un esfuerzo crucial y heroico. Hubo que trasladar decenas de miles de hombres y máquinas a miles de kilómetros al este, hacia los Urales y Siberia, y después construir edificios para las fábricas en los que alojar el equipo, construir viviendas y reemprender la producción de bienes vitales lo antes posible. No solo se evacuaron las fábricas: también los koljoses y las granjas estatales recibieron la orden de transportar el ganado vacuno y otros animales grandes al este. Gigantescas manadas de miles de vacas atravesaron las ciudades. Dirigidas por mujeres de las aldeas, se encaminaban hacia el este.

En septiembre, los alemanes iniciaron el avance final hacia Moscú, seguros de la victoria. Hitler pensó que no tardaría en poder enviar tropas a Mussolini en el Mediterráneo. Según avanzaban los nazis, los ejércitos soviéticos al oeste de Moscú recibieron la orden de mantener posiciones. Cientos de miles de hombres fueron rodeados y perecieron, pero sus muertes compraron tiempo. El tiempo era esencial, ya que los alemanes no tenían la menor noción de los recursos soviéticos. Sus servicios de inteligencia habían subestimado antes de la invasión el tamaño del Ejército Rojo en el momento del ataque en casi un tercio, un centenar de divisiones. Durante las primeras semanas, los comandantes de campo alemanes se sorprendían al ver aparecer de pronto unidades soviéticas donde creían haber aplastado toda resistencia. Pero según iba avanzando el otoño, la victoria alemana parecía asegurada: en octubre, las embajadas extranjeras y la mayor parte del gobierno soviético se habían mudado al este, a Kuybishev (Samara), junto al río Volga. Solo el anuncio de que Stalin estaba en la ciudad y no pretendía abandonarla evitó que estallara el pánico. El 7 de

noviembre apareció en el Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja como en años previos para presidir el desfile en honor a la Revolución de Octubre, un importante ritual soviético. Esta vez los soldados desfilaron sobre la nieve hasta llegar al frente. Empezaron a aparecer unidades alemanas de reconocimiento en el entorno de la ciudad, alrededor y en el interior de las autopistas circulares que la rodean actualmente. El gobierno formó unidades voluntarias de estudiantes, trabajadores de fábrica de todas las edades y las envió al frente para taponar las grietas abiertas por los atacantes. No obstante, las cosas iban mejor de lo que parecía. Mientras los alemanes avanzaban hacia Moscú, los soviets habían formado una sustancial reserva estratégica, parte de la cual avanzó hacia el oeste de la ciudad para enfrentarse a los nazis. Por primera vez se detuvo el avance, ya que la aparentemente homogénea marcha hacia el este en realidad había costado cara a la Wehrmacht. Las bajas alemanas eran superiores a las acumuladas por Alemania en todas las campañas de la guerra hasta la invasión de la URSS. Las unidades de blindados alemanes habían perdido miles de tanques ante el fuego enemigo, y muchos eran inoperantes por culpa del desgaste impuesto por las condiciones en Rusia o carecían de munición. Las máquinas y armas automáticas se congelaban por el frío. Al contrario que los rusos, no habían pensado en cómo mantenerlas operativas a temperaturas nocturnas de 40 grados bajo cero. Incluso la Luftwaffe, que había reinado en los cielos durante los primeros meses, empezaba a sufrir bajas crecientes ante aviones soviéticos recién contruidos con pilotos recién entrenados que rellenaban los vacíos dejados por las pérdidas masivas del verano. A comienzos de diciembre, el Ejército Rojo contraatacó, alejando a los



alemanes de Moscú hasta muy al oeste, infligiéndoles (y sufriendo) bajas masivas. A finales de enero de 1942, los nazis habían perdido casi un millón de hombres y 4.000 tanques, la mitad de ellos en la batalla final por Moscú. Los soviéticos habían parado los pies a la Wehrmacht: la primera vez que un ejército había conseguido hacerlo desde 1939.

Si bien las bajas en el Ejército Rojo fueron tremendas, las alemanas resultaron incapacitantes. Alemania no tenía la población de la Unión Soviética, y su soberbia industria no había preparado suministros para una guerra en esta escala. El ejército alemán en Moscú no llevaba ropa de invierno, no solo porque Hitler había dado por supuesta una victoria rápida, sino porque no había contado con el gasto gigantesco en suministros y la necesidad de movilizarse plenamente para contrarrestar a la industria soviética. No tenía ni idea de que los soviéticos pudieran producir muchos más tanques y aviones que Alemania con una base industrial más pequeña. En 1942, las industrias soviéticas evacuadas habían vuelto a producir equipamiento en cantidades inalcanzables para los alemanes. Este equipo era, además, superior al alemán, sobre todo los tanques, la artillería con cohetes y muchos de los aviones. Ahora les tocaba a los soviéticos aprender a usarlo en condiciones, pero habían infligido ya una derrota estratégica clave a Alemania, de la que esta no tenía recursos para recuperarse. Alemania no podía derrotar a la Unión Soviética, aunque Hitler no tenía intención de detenerse.

La invasión alemana fue no solo un conflicto militar, sino también político. Stalin veía la guerra en términos políticos, como lo veía todo. En lo relativo a la dirección de la guerra, le costó algún tiempo darse cuenta de a qué se enfrentaba. Al principio, sin pronunciamiento alguno,

ordenó a Molotov que se ocupara de la declaración formal de guerra el 22 de junio, varias horas después de la invasión. Stalin pronunció el primer discurso el 3 de julio, en el que expresó su voluntad de combatir. Apeló a una política de tierra quemada a lo largo del recorrido de los invasores e hizo una llamada a la población para formar unidades de partisanos. Las viejas fábulas perduraban aún: aseguró que los nazis pretendían restaurar el zarismo y el poder de los terratenientes. No obstante, también sostenía que los nazis querían destruir la cultura y los Estados de los pueblos soviéticos. Su descripción de los objetivos nazis ignoraba lo esencial. La Wehrmacht y sus aliados europeos estaban pavimentando el camino del exterminio de la inmensa mayoría de los rusos y otros pueblos eslavos, y la colonización del territorio por alemanes: el famoso *Lebensraum*, o «espacio vital», que Hitler había demandado desde el principio. Sin embargo, Stalin concluyó con la estentórea declaración de que el pueblo alemán, esclavizado por los líderes nazis, sería su aliado. Nada hubiera podido estar más lejos de la verdad.

El exterminio comenzó en los primeros días. Las órdenes de las tropas alemanas eran eliminar a «todo representante del modo de vida soviético», y no alimentar a soldados o civiles por un mal entendido sentido de humanidad. Esto era aplicable a los rusos, ucranianos y otros ciudadanos soviéticos y estuvo detrás de la aniquilación de los prisioneros de guerra soviéticos. Tras las primeras victorias alemanas, empezó, también, el exterminio de los judíos. Los Einsatzgruppen iniciaron las redadas de judíos en los territorios ocupados. La primera gran masacre tuvo lugar en Kaunas el 25 de julio de 1941, con la entusiasta colaboración de la población local lituana. En pocas palabras, dos de los cinco millones de

judíos europeos que perecieron en el Holocausto eran ciudadanos soviéticos. En contra de lo que Stalin preveía, Hitler no restauró el orden anterior. Conservó las explotaciones colectivas, dado que facilitaban que los alemanes pudieran arrebatarle cereales y carne a la población. Las factorías fueron a parar a manos de empresarios alemanes, aunque el sabotaje por parte de los trabajadores hizo que pocas de ellas retomaran la producción. Todo ruso superviviente, noble o no, se convertiría en esclavo del Reich y debía estar preparado para cumplir ese papel. La mayoría de los colegios se cerraron y los alemanes ahorcaron a los profesores como «representantes de la forma de vida soviética».

Miles de soldados, que se habían visto rodeados por los alemanes pero habían logrado escapar de la cautividad, constituían una nueva amenaza para los invasores. Buscaron refugio en los enormes bosques de Bielorrusia, la zona norte de Ucrania. Recogían comida y armas, y formaban unidades de partisanos. Estos atrajeron a algunos campesinos y empezaron los asaltos a las comunicaciones y el transporte alemanes. En otoño de 1941, los destrozos en la red de ferrocarriles fueron considerables, lo que dificultó gravemente el funcionamiento de las ya ineficientes líneas de abastecimiento. A finales del año siguiente, casi medio millón de partisanos armados controlaban áreas significativas, en las que los nazis no podían entrar. El mando soviético estableció un servicio para abastecer a los partisanos desde el aire, usando los viejos y lentos, aunque recios, biplanos, difíciles de detectar y capaces de aterrizar sobre una moneda en el claro de un bosque. El ejército de Hitler respondía a estos ataques con perversa brutalidad: arrasaban una aldea detrás

de otra –mujeres, hombres y niños– en cuanto sospechaban algún contacto con los partisanos. A menudo, las unidades colaboracionistas de toda Europa y los territorios occidentales de la URSS fueron aún más salvajes que los alemanes en su trato a la población de las áreas partisanas.

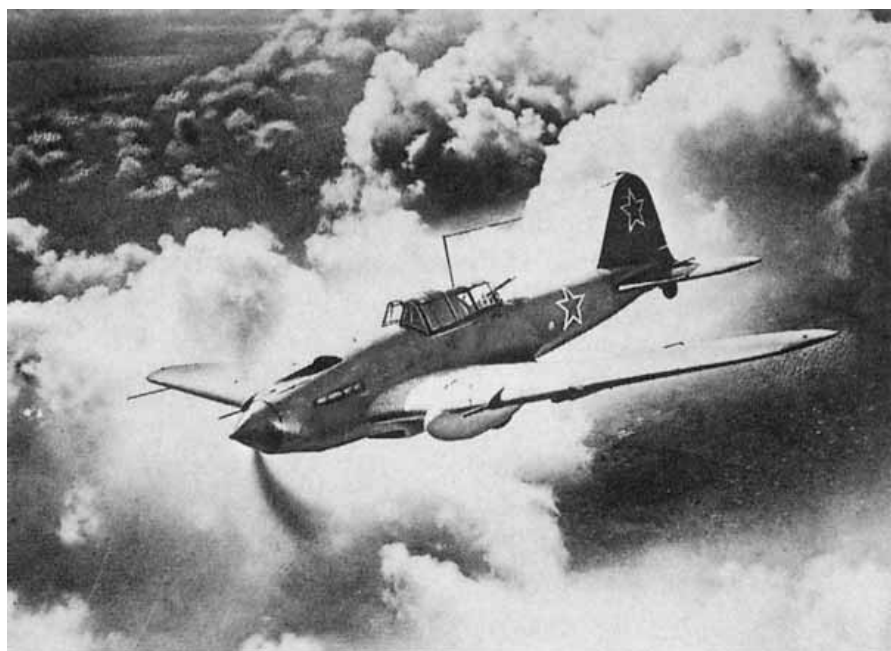


Ilustración 20. El Ilyushin 2m3 (Shtormovik). Diseñado como avión de ataque a tierra, el bombardero biplaza fue el avión de guerra soviético de mayor eficacia.

Leningrado estaba todavía en poder de los soviéticos pero atrapado por la tenaza de los ejércitos alemán y finlandés. Los alemanes habían llegado a las afueras de la ciudad en septiembre, y a partir de allí el único camino pasaba por el lago Ladoga. Alrededor de la ciudad había un número importante de tropas soviéticas. A los alemanes les faltaban los recursos necesarios para tomarla al asalto, así que intentaron derrotarla por el hambre. Hitler había decidido destruirla cuando la conquistara, como un lugar inútil para el

nuevo Reich. Los suministros de alimentos mermaron rápidamente, sin medios eficaces de reemplazo y reducidas todavía más las posibilidades por los bombardeos alemanes. Comenzó la hambruna. A mediados del invierno morían de 10.000 a 20.000 personas al mes. Para empeorar las cosas, el calor y la electricidad prácticamente desaparecieron a causa de los bombardeos aéreos y artilleros. Solo los trabajadores de las pocas fábricas aún en marcha –casi en su totalidad dedicadas a la producción de armas y otros productos bélicos– contaban con lo que se podrían considerar raciones apropiadas. Por suerte, el lago se heló y pudieron recibir ciertos abastecimientos gracias a la «carretera de hielo». Las autoridades tuvieron que improvisar: en los almacenes de alimentos servían solo agua caliente o sustitutivos del té para mantener a la gente algo más caliente. Durante el siguiente verano, el transporte improvisado sobre el lago mejoró, pero cuando el Ejército Rojo levantó el asedio, en enero de 1944, habían muerto de hambre alrededor de 800.000 personas.

Antes de la llegada de los alemanes, en Leningrado muchas fábricas habían sido evacuadas, y en 1942 lo fueron muchas más. Formaban parte del desplazamiento masivo de la industria soviética hacia el este. La población siguió a la industria y decenas de millones de personas atravesaron el país. Los soviéticos evacuaban desde gente corriente y grupos de niños a oficiales. Con frecuencia, se pedía a estos que se que daran atrás para organizar focos de resistencia. Los oficiales que intentaron salir antes de la llegada de los alemanes, como en el Pánico en Moscú de 1941, fueron detenidos por la NKVD o por los habitantes. Prácticamente todo y todos formaban parte del esfuerzo bélico, un grado de movilización desconocido incluso en Alemania. Las mujeres

no solo trabajaban en los hospitales y cuidaban de los huérfanos, también combatían en el ejército. Los regimientos antiaéreos eran en su mayor parte femeninos: muchachas recién salidas de la escuela superior se enfrentaban a la Luftwaffe. Había mujeres operadoras de radio y en otras posiciones auxiliares, y también un regimiento de cazas y dos de bombarderos, incluyendo una unidad de bombardeo nocturno. En total, más de medio millón de mujeres sirvieron en las fuerzas armadas. La intelectualidad también fue a la guerra, no solo los científicos e ingenieros. Los soviéticos evacuaron las universidades, los institutos de investigación y los teatros. Artistas y escritores, que habían vivido asustados durante la década de 1930, se encontraron a bordo de aviones de transporte que salían de Leningrado con escolta de aviones de combate. Desplazados al este, a Siberia y Asia central, continuaron trabajando y produciendo grandes obras, como la épica película de Eisenstein *Iván el Terrible*, filmada en Kazajistán, o la séptima sinfonía («Leningrado») de Shostakóvich, concluida en Kúibyshev junto al Volga. Su tarea contribuyó enormemente a sustentar la moral de la población, y no solamente por su contenido sino por el sencillo hecho de que aún pasaban cosas normales. En la retaguardia, la alimentación era espartana, pero generalmente ininterrumpida, y el alojamiento solía significar varias familias hacinadas en un aula vacía. Los trabajadores que habían viajado al este con sus fábricas pasaron en tiendas de campaña el invierno siberiano, mientras construían edificios y barracones en los que vivir, en ocasiones comenzando una obra nueva antes de que fuese techada la anterior. No obstante, la mayoría de quienes recuerdan la guerra lo hacen como una época de privaciones y dolor mezclados con el

entusiasmo y la calidez de la solidaridad. Stalin había sobrevalorado ampliamente la extensión del descontento entre la población. Mientras sus agentes leían correspondencia o escuchaban teléfonos intervenidos en busca de simpatizantes con los alemanes, la mayoría de la gente se puso a trabajar para ayudar al ejército, pensara lo que pensara del sistema soviético.

La victoria en Moscú animó a Stalin y sus generales a intentar explotar su éxito. A inicios de 1942 montaron una serie de ataques desde Járkov, en el sur, y otros desde muy al norte. Todas estas ofensivas fueron onerosos fracasos. Los alemanes fueron rechazados en algunos sitios, pero con enormes pérdidas soviéticas. De nuevo, varias grandes unidades fueron rodeadas y aplastadas. Cuando terminó la primavera, y con ella la estación del barro, Hitler decidió no volver hacia Moscú, como habían esperado Stalin y Zhúkov, sino marchar hacia el sur. Su objetivo era el Cáucaso, con los suministros de petróleo de Grozni y Bakú. El petróleo escaseaba en el Tercer Reich y este parecía el modo de resolver el problema. Los nazis destrozaron las defensas soviéticas llegando hasta la línea de las montañas del Cáucaso, pero también al este del Volga. Para proteger su flanco e impedir el paso a los rusos desde Bakú, necesitaban cortar las líneas de ferrocarril en Stalingrado y cruzar el río. Stalingrado era la antigua Tsaritsin, donde Stalin había conocido por primera vez la guerra en 1918. Ahora, era sede de una inmensa fábrica de tractores y tanques, pero su principal interés residía en su localización.

A finales de agosto, los alemanes estaban en las puertas de la ciudad, lanzando oleada tras oleada de blindados e infantería mecanizada contra los defensores atrincherados en

las ruinas. Se diría que estaba en juego el resultado de la guerra, pero el avance alemán había traído consigo muchos problemas. Los convoyes ferroviarios de vuelta a Alemania eran tan largos que el transporte estaba atascado casi hasta la frontera. Hitler no contaba ya con tropas suficientes para asegurar sus flancos, por lo que los lados de la cuña que apuntaban a la ciudad estaban protegidos por tropas italianas y rumanas. Más importante: los defensores no dejaban de defenderse. Al finalizar el año, el territorio ruso había quedado reducido a unos cuantos acres y el apoyo artillero provenía de baterías situadas en la orilla este del río. El sargento Yákov Pavlov mantuvo su posición durante meses, con solo unas pocas docenas de hombres, en el sótano de un bloque de apartamentos derruido. Fue una lucha de casa en casa. Muchos soldados soviéticos decidieron que las armas más eficaces eran las palas para excavar trincheras, de bordes afilados, y las granadas. Los nazis no consiguieron atravesar el río.

El Ejército Rojo preparaba su trampa en torno a las ardientes pavesas de la ciudad. Enormes fuerzas de blindados avanzaron hacia el norte y el sur, disponiéndose frente a los desafortunados italianos y rumanos sobre la estepa congelada. El 19 de noviembre se produjo un ataque masivo de la artillería con apoyo aéreo, y en cuatro días se fusionaron para rodear a los 600.000 soldados alemanes que había en Stalingrado. Los intentos alemanes de aprovisionar al ejército atrapado fueron inútiles y, en febrero, el Sexto Ejército de la Wehrmacht se rindió. La radio de Berlín emitió la Marcha Fúnebre de Siegfried, de la ópera de Wagner, una y otra vez. Casi medio millón de hombres de cada bando habían muerto en Stalingrado, pero la victoria soviética estaba ya



garantizada.

La invasión alemana tuvo enormes consecuencias para la política exterior y la posición de la URSS en el mundo. El día siguiente a la invasión, el liderazgo soviético se sorprendió al descubrir que Gran Bretaña deseaba una alianza y que Winston Churchill había hablado en la radio para explicar el nuevo compromiso. «Nadie ha sido un mayor opositor al comunismo que yo durante los últimos 25 años, pero todo eso se desvanece ante el espectáculo que ahora se despliega... Veo a los soldados rusos en pie, en el umbral de su país natal, guardando los campos que sus padres han cultivado desde tiempo inmemorial... Veo cómo avanza sobre ellos la odiosa violencia de la maquinaria de guerra nazi...» La conclusión de Churchill era que «todo estadista que combata contra el dominio nazi contará con nuestra ayuda». Hasta el ascenso de Hitler, los soviéticos siempre habían dado por supuesto que Gran Bretaña era su principal enemigo, y la aproximación a Francia y Checoslovaquia en 1935 jamás se había extendido al Imperio británico. El día de la invasión, muchos rusos, incluidos algunos dirigentes, asumieron que Hitler debía de haber firmado algún tratado secreto poniendo fin a la guerra con Gran Bretaña, por lo que el anuncio de Churchill supuso un gran alivio. En agosto, Franklin D. Roosevelt declaró que la Ley de Préstamo y Arriendo (el programa Lend-Lease), pensada para ayudar a Inglaterra y cualquier otra potencia que se enfrentara a Hitler, se ampliaría a la Unión Soviética. Tras Pearl Harbor, Estados Unidos se sumó a la URSS y Gran Bretaña para luchar contra Alemania e Italia, además de contra Japón. La Unión Soviética y Japón, no obstante, no se declararon la guerra; ambos estaban demasiado ocupados en otros lugares para arriesgarse a abrir otro frente en el este de

Siberia o Manchuria.

El préstamo-alquiler aportó un respaldo significativo al esfuerzo bélico soviético, tanto en lo referente al equipamiento como en cuanto a la alimentación. Los camiones Studebaker compensaban la escasez en la producción soviética, crucial para el apoyo de la guerra mecanizada. Muchos de ellos sirvieron como plataforma de lanzamiento de cohetes Katiusha. En 1942, el avión de combate American Airocobra rellenó los huecos en el abastecimiento soviético, y el Spam (nombre de una carne enlatada) satisfizo la magra dieta de guerra de millones de rusos. Aunque la escala del auxilio norteamericano no fue decisiva, su contribución fue tan real como sus efectos sobre la moral. Los convoyes aliados que, en una maniobra difícil y peligrosa, tomaban el Cabo Norte con los mares invernales infestados de submarinos alemanes y bajo continuos bombardeos, ofrecían a los rusos pruebas concretas de que no estaban solos contra Hitler.

Sin embargo, para Stalin y los generales la auténtica preocupación no era el Programa de Préstamo-Arriendo, sino la posibilidad de un segundo frente. Tras muchas discusiones, Roosevelt y Churchill decidieron iniciar su primer movimiento en el Mediterráneo, en el norte de África, y después, en 1943, los desembarcos en Italia. Estos movimientos provocaron el derrocamiento de Mussolini y sacaron de golpe a Italia de la guerra, aunque la lucha armada contra los alemanes continuaba. A Stalin le decepcionó sobremanera que los movimientos provinieran del sur y no de Francia, y que fueran de un alcance limitado. Se quejó de ello amargamente, pero sin resultado alguno. No era consciente del esfuerzo norteamericano en el Pacífico.

Finalmente, se reunió con Churchill y Roosevelt en Teherán a finales de 1943, donde los tres aliados acordaron exigir una rendición sin condiciones a Alemania, que la URSS declararía la guerra a Japón en cuanto Alemania cayera derrotada, y que el segundo frente consistiría en una invasión aliada del norte de Francia a comienzos del verano de 1944. Stalin se comprometió a coordinar una importante ofensiva con el desembarco anglo-norteamericano. En Teherán, también se plantearon cuestiones relativas al futuro de Europa. A estas alturas, Gran Bretaña y Estados Unidos reconocían que sería la Unión Soviética quien liberara el este de Europa de los nazis y la primera en llegar a Alemania. En octubre de 1944, Churchill viajó a Moscú y propuso a Stalin un «acuerdo porcentual» sobre los Balcanes. Gran Bretaña sería predominante (90 por 100), pero la Unión Soviética obtendría lo mismo en Rumanía, mientras que ambas potencias compartirían por igual Yugoslavia y Hungría. Stalin aceptó, aunque el este de Europa fue de nuevo un tema candente en la conferencia de Yalta de 1945. Las tres potencias acordaron, de forma genérica, la ocupación conjunta de Alemania (durante un periodo indefinido), la destrucción del legado del nazismo y compensaciones para la Unión Soviética. Stalin secundó la propuesta de Roosevelt de crear las Naciones Unidas. Algo más concreto fue el pacto respecto al estatus de Europa del Este, la futura frontera polaco-soviética, y que el futuro gobierno polaco representaría tanto a los aliados polacos de Stalin como a los conservadores. Stalin prometió convocar elecciones tras la guerra. La mayor parte de las demás cuestiones relacionadas con el este de Europa quedaron sin resolver. Simplemente, Roosevelt y Churchill no deseaban ceder el control del frente

europeo a la Unión Soviética, pero con el Ejército Rojo en posesión de la mayoría del territorio después de haberse anotado tres cuartas partes de las bajas alemanas, no había gran cosa que pudieran hacer.

El destino de Europa del Este y Alemania no era asunto solamente de la política exterior soviética. Desde 1939, la Komintern había experimentado mareantes cambios de política. El pacto con Alemania implicaba que el fascismo había dejado de ser el principal enemigo: la guerra era una nueva «guerra imperialista» y los comunistas habían de oponerse por igual a Hitler y a los aliados. La invasión alemana de la Unión Soviética propició otro abrupto cambio en la estrategia revolucionaria, un retorno a una variante de la idea del Frente Nacional de 1935-1938. Stalin disolvió la Komintern en 1943, pero la mayoría de los partidos comunistas del mundo conservaron la orientación de Moscú. Los comunistas recibieron de nuevo la orden de formar una coalición con quienquiera que se opusiera a los nazis, desde conservadores y aristócratas oficiales del ejército, como los gaullistas franceses, a los socialdemócratas. En la mayor parte de la Europa ocupada, los movimientos de resistencia adquirieron esta configuración. En Francia, aristócratas rusos emigrados se unieron a la resistencia, peleando y muriendo junto a comunistas franceses de clase obrera. Cuando el ejército soviético atravesó sus fronteras occidentales penetrando en las tierras aliadas de Hitler, ¿qué clase de gobierno debían instaurar los comunistas? Muchos comunistas locales creían que había llegado el momento de tomar el poder, de compensar las derrotas de la era de entreguerras. La táctica soviética, no obstante, era otra. El nuevo eslogan era «democracia popular», que pretendía

implicar una continuación de la coalición bélica. La reforma agraria y unas limitadas nacionalizaciones de la industria habían de ser los rasgos centrales del nuevo orden, no la «dictadura del proletariado». El comunismo habría de gobernar junto con los socialistas, e incluso liberales antifascistas y conservadores.

En el momento de la rendición alemana en Stalingrado, todos estos asuntos apenas se atisbaban en el horizonte. La tarea pendiente era expulsar a los alemanes del país. El Ejército Rojo avanzó hacia el oeste, obligando a los alemanes a retroceder hasta sus puntos de partida del verano anterior. En 1943, al fundirse la nieve y secarse el barro, Hitler intentó por última vez invertir el curso de los acontecimientos. La Wehrmacht planeaba un contraataque masivo contra el saliente soviético en torno a Kursk, en mitad de la estepa, un terreno ideal para la guerra de carros de combate. Los tanques alemanes, el gigantesco cañón de asalto Ferdinand y los nuevos Tiger fueron los que cargarían con el peso del ataque. El Ejército Rojo, plenamente reequipado, con confianza y moral renovadas, planificó sus contramedidas sin el menor error. Aunque al principio Stalin pedía una contraofensiva rápida, Zhúkov y los generales le convencieron de que permaneciera a la defensiva hasta que los nazis se hubieran desgastado. Los blindados alemanes se enfrentaban a un fuego graneado de la artillería, cohetes y armas antitanque, además de las incursiones de la fuerza aérea. En cuestión de días, la ofensiva quedó atascada y los blindados soviéticos forzaron a replegarse a los alemanes. El Ejército Rojo empleó el resto del año en recuperar las partes orientales de Ucrania, el propio Kiev en noviembre, así como la mayor parte de Rusia propiamente dicha. Las tropas soviéticas levantaron el

asedio a Leningrado en enero de 1944. En los siguientes meses, el Ejército Rojo rodeó y destruyó a unos 50.000 efectivos alemanes en una batalla en Korsun, al sudoeste de Kiev, haciéndolos pedazos con la artillería y los ataques aéreos.

Hitler había perdido definitivamente la guerra. Lo único que podía hacer era enviar más hombres y equipamiento a la trituradora con la esperanza de postergar la inevitable derrota. Al inicio del verano de 1944, los soviéticos estaban listos para lanzar una enorme ofensiva a través de Bielorrusia; la ofensiva estaba sincronizada para que coincidiera con los desembarcos en Normandía. En esta única operación, el Ejército Rojo rodeó a la totalidad del grupo de ejército Centro, cientos de miles de soldados alemanes, y marchó sobre Polonia. Allí se enfrentó a una sorpresa desagradable. Sin informar al mando soviético, el Ejército Nacional Polaco, el principal grupo clandestino de resistencia, se alzó contra los alemanes en Varsovia. El ejército estaba al límite de su capacidad de extensión, en la otra orilla del Vístula, con pocas posibilidades de prestar ayuda rápida a los polacos. Molotov quería seguir adelante, no por socorrer a los polacos, sino para explotar la victoria. Zhúkov estaba en contra de cualquier nueva ofensiva, porque el ejército se encontraba exhausto y necesitaba descansar y reequiparse. Stalin decidió que no iba a auxiliar a sus adversarios del Ejército Nacional Polaco y dejó a estos que se las arreglaran como pudieran. Ese mismo verano, los soviéticos avanzaron hacia el sur entrando en Rumanía, y los gobiernos proalemanes de Rumanía y Bulgaria se vinieron abajo. En Yugoslavia, el Ejército Rojo se unió a los partisanos de Tito y marcharon hacia el norte, hacia Hungría. En Budapest, los alemanes resistieron denodadamente, pero

los soviets consiguieron aplastarles y avanzar hacia Viena. La coalición de Hitler empezó a derrumbarse. En Finlandia, el comandante en jefe del ejército se convirtió en presidente de la nación e inmediatamente sacó a su país de la guerra, firmando un armisticio en septiembre.

El ejército estaba ya aporreando las puertas de la Alemania de Hitler. El alto mando nazi dispuso al grueso de su ejército en Polonia y Alemania del Este frente a los soviéticos, a pesar de que los norteamericanos y británicos avanzaban a toda prisa hacia la frontera occidental alemana. El último año de la guerra trajo consigo terribles matanzas, ahora que una desesperada Wehrmacht se enfrentaba a un Ejército Rojo bien armado y gigantesco. El mando soviético había aprendido a combatir y disponía del equipamiento para hacerlo. También Stalin había aprendido a trabajar con sus generales. Los rusos se abrieron paso violentamente a través de Polonia, liberando en el proceso a los prisioneros de Auschwitz y otros campos de la muerte nazis que aún seguían activos. Los soldados soviéticos, muchos de los cuales habían pasado tiempo en campamentos soviéticos, atisbaron algo todavía más siniestro en las cámaras de gas y los crematorios. Cuando llegaron a Alemania, descubrieron un país en ruinas que aún conservaba signos de la prosperidad anterior a la guerra. Como le dijo un soldado soviético a un periodista occidental: «Si tenían todo esto, ¿por qué nos atacaron?». Mientras los soviéticos se aproximaban a Berlín, Hitler echó el resto, todo lo que le quedaba, en la batalla. Al nordeste de la capital nazi, estaban la SS Charlemagne, la Brigada Francesa de las SS, que movilizó incluso a estudiantes para luchar contra los soviéticos usando armas antitanque. Ni estas medidas desesperadas ni la porfía del ejército alemán podían

contrarrestar las gigantescas salvas de cañones autopropulsados de 152 mm, cohetes y masas de tanques pesados de Stalin. A pesar de tan abrumadora superioridad, rodear la ciudad de Hitler y el asalto final a través de las llameantes ruinas costó al Ejército Rojo cientos de miles de hombres. A comienzos de mayo de 1945, se habían abierto camino hasta la ciudad e izado la bandera soviética sobre el Reichstag. El Ejército Rojo había clavado una estaca en el corazón del Tercer Reich.



## Crecimiento, consolidación y estancamiento

La Unión Soviética emergió victoriosa de la guerra, pero con tremendas pérdidas en su población y daños económicos. La cifra de muertos fue de, al menos, 20 millones, 27 millones según algunas estimaciones: tres millones de prisioneros de guerra, alrededor de siete millones de soldados caídos en combate, dos millones de judíos soviéticos y 15 millones de ciudadanos rusos, ucranianos y bielorrusos. Todas las áreas ocupadas por los alemanes habían resultado devastadas, incluidas la tierras agrícolas más fértiles y la totalidad del complejo industrial ucraniano, que había abastecido a todo el país con casi la mitad de sus productos en vísperas de la guerra. Las viviendas y los servicios urbanos habían quedado destrozados y la tensión de la guerra se hacía sentir por doquier, hasta en zonas nunca ocupadas. Las reparaciones a los soviéticos por parte de Alemania y países del este de Europa fueron de cierta ayuda, pero la escala de pérdidas y destrucción había sido tan enorme que tales medidas eran solo una diminuta recompensa por los perjuicios sufridos.

Al mismo tiempo, el triunfo trajo consigo un nuevo orden al Krem lin, Poco después de la guerra, Stalin ordenó que los Comisariados Populares pasaran a llamarse Ministerios. Anunció (en privado) que aquellos nombres habían sido apropiados para un Estado revolucionario, pero que la Unión Soviética se había consolidado lo suficiente como para actuar con instituciones más permanentes. Por primera vez, Stalin y su círculo empezaron a delegar poderes en una serie de comités estatales, usualmente encabezados

por los principales ministros, que gestionaban las áreas principales de la economía. En principio, Stalin no seguiría supervisando todos los detalles del gobierno y de la actividad económica, y al liderazgo de anteguerra se sumaron algunas caras nuevas. Beria y Zhdánov (hasta su muerte en 1948) continuaron perteneciendo al círculo íntimo de Stalin, mientras que sus antiguos amigos Molotov, Mikoyan, Kaganovich y Voroshílov tenían menos poder, en especial Voroshílov, deshonrado por sus fracasos militares. Los nuevos rostros de la cúpula fueron Malénkov (vicesecretario general del Consejo de Ministros bajo la dirección de Stalin), Nikolái Bulganin (ministro de Defensa y, durante mucho tiempo, gestor económico), y Kruchev, hasta 1949 cabeza visible de la organización ucraniana del partido y después del partido, de la ciudad de Moscú. En gran medida, el sistema funcionó de modo más regular en los últimos 8 años de vida de Stalin. Al mismo tiempo, no se refrenaba a la hora de sermonear y comportarse como un matón con sus colaboradores más próximos, ni de dirigir una serie de casos «políticos» con consecuencias criminales. El culto a Stalin alcanzó su apogeo en los años de posguerra. Aparte de los ubicuos retratos y estatuas, con motivo de su setenta cumpleaños se editó una laudatoria biografía oficial. La prensa publicó extensos panegíricos sobre el «gran líder de los pueblos», el gran marxista y el genial comandante Stalin. Por mucho que se hubiera dado cuenta de que la URSS necesitaba una forma más normalizada de gobierno, Stalin no podía soltar las riendas del poder. Seguía comportándose como un comisario revolucionario del periodo de la guerra civil, entrometiéndose en las refriegas con un pelotón de fusilamiento siempre dispuesto.

La principal tarea a la que debía hacer frente el liderazgo soviético era, por encima de todo, la reconstrucción de los daños causados por la guerra. Después venía continuar con la «construcción del socialismo», incluyendo la progresiva modernización técnica de la industria.

En algunos aspectos, lo primero fue la parte fácil, ya que significaba rehabilitar plantas e infraestructuras existentes, y prácticamente había concluido en 1950. La expansión y modernización de la industria resultaron más complicadas. Sea el caso de que las tasas de crecimiento de la etapa de posguerra estuvieron entre las más elevadas de la historia soviética. En aquellos años, algunas de las inversiones de preguerra empezaron a dar frutos, con un enorme incremento en las áreas metalúrgicas y mineras de los Urales-Siberia occidental. En buena medida, las industrias soviéticas cruciales se pusieron a la altura de los estándares mundiales. Nació una gigantesca industria nuclear, en este momento con fines esencialmente militares pero con la planificación necesaria para la generación de energía y otros usos civiles en el futuro. Lo que no hubo fue una inversión proporcionada en bienes de consumo o agricultura, esta última lastrada por la fascinación del líder por fantasías agronómicas como el sistema de rotación «pastizales-praderas cultivadas». El alojamiento se recuperó solo hasta el nivel de preguerra, y la mayoría de la gente vivía (en el mejor de los casos) en apartamentos comunales. Una curiosa mejora de los años de posguerra fue la de la medicina: el número de médicos creció en un 75 por 100, y la hambruna de 1946 no provocó epidemias masivas, como había ocurrido en 1932-1933.

La insistencia de Stalin en la disciplina centralizada y su presunción de que todo desacuerdo enmascaraba una

subversión política generaron una serie de incidentes entre los líderes que aterrorizaron hasta a los aliados de Stalin. El primer signo fue la degradación del mariscal Zhúkov en 1946 a comandante de un distrito militar local. Este y posteriores incidentes se produjeron en un periodo de intensas campañas ideológicas, que no solo afectaban a la vida cultural. Junto a las reprobaciones a los compositores, poetas y biólogos, el partido orquestó campañas para homenajear la cultura rusa y su importancia (así como aspectos selectos de las culturas no rusas) como parte del bloqueo a la influencia occidental. Tras la creación del Estado de Israel en 1948, las autoridades rusas lanzaron de repente una campaña contra el «cosmopolitismo». De hecho, estaba dirigida contra los muchos judíos prominentes en la cultura soviética y el aparato del Estado. La operación se aplacó pronto, pero no sin causar bajas. El Comité Antifascista Judío de tiempos de la guerra fue disuelto y sus principales miembros —poetas en yidis, científicos judíos y cargos del partido— fueron arrestados y fusilados. Por orden de Stalin, las fuerzas de seguridad mataron al famoso actor y director del teatro estatal judío de Moscú, Solomon Mijoels, en un falso accidente de circulación en Minsk. Fue durante estos años cuando los viajes y la correspondencia con el extranjero se volvieron casi imposibles para los ciudadanos soviéticos. La ironía de estas campañas y medidas represivas fue que después de que la guerra confiriese por primera vez a la Unión Soviética legitimidad a los ojos de millones de personas, en lugar de explotar esta recién ganada legitimidad, el partido apretara los tornillos.

Potencialmente, el asunto de Leningrado en 1949 fue aún más grave. Surgido en torno a una vieja disputa sobre

una feria comercial celebrada en Leningrado, derivó en la expulsión de varios miles de miembros del partido en la ciudad y el procesamiento en secreto de 9 líderes locales, falsamente acusados de traición. Seis fueron ejecutados y tres enviados a campos de trabajo. Su delito había sido (a ojos de Stalin) convertirse en una especie de feudo local, que no consultaba al liderazgo central. Otra víctima fue Nikolái Voznesenski, que había encabezado la planificación soviética desde 1938. Tangencialmente implicado en el asunto de Leningrado, su auténtico delito parece ser haberle ocultado a Stalin información sobre el plan de 1949, algo que el envejecido dictador no podía dejar sin castigo. Voznesenski también sucumbió. En 1956, Stalin convocó un Congreso del Partido, el primero desde 1939, en el que Georgi Malénkov presentó el informe principal sobre los logros soviéticos, incluyendo una valoración delirantemente imprecisa del supuesto progreso de la agricultura. Este tipo de espectáculo ofrecía cierta apariencia de unidad en el liderazgo del partido, pero en realidad el comportamiento de Stalin empezaba a preocupar a sus camaradas. En 1951, las fuerzas del ministro de Estado detuvieron a más de una docena de cargos del partido, acusándoles de nacionalismo y espionaje para Occidente («el caso mingreliano»), que tuvo como resultado el exilio de más de 10.000 georgianos. A finales de 1952, apareció una nueva «conspiración», un supuesto complot de médicos del Kremlin, en su mayoría judíos, para asesinar a Stalin. El horizonte se iba oscureciendo.

En el trasfondo de estos siniestros y sombríos acontecimientos, el liderazgo del partido empezaba a darse cuenta de que eran necesarios algunos cambios. Malénkov y otros dirigentes sabían perfectamente que la agricultura no

estaba prosperando. Las explotaciones colectivas producían lo básico para alimentar al pueblo a un nivel pobre pero suficiente. Cada cosecha seguía siendo una apuesta, y la carne y los productos lácteos procedían mayoritariamente de las parcelas privadas de los agricultores. Otro motivo de crisis era el Gulag. En 1950, los asentamientos especiales albergaban a dos millones y medio de personas, en su mayoría pertenecientes a varias minorías nacionales deportadas por su falta de fiabilidad: alemanes, pueblos del norte del Cáucaso, tártaros de Crimea, así como algunos kulaks supervivientes. El sistema de campos tenía otros tantos, en este caso sobre todo rusos, incluyendo prisioneros políticos de la década de 1930, colaboradores reales o míticos de los nazis, y una gran mayoría condenada por delitos no políticos, como asesinos y ladrones comunes. Para la administración del Gulag, el problema era que la mano de obra reclusa había dejado de ser económicamente eficaz. Aunque los prisioneros representaban alrededor de un 10 por 100 de la fuerza de trabajo en la tala y la construcción, y eran utilizados en proyectos en los que la mano de obra corriente se consideraba en exceso onerosa, los costes eran muy altos. Los gastos en administración y cientos de miles de guardias eran demasiado elevados, y para empeorar las cosas, el sistema de trabajo carcelario se basaba en mano de obra no especializada. Incluso en la tala, la mecanización empezaba a penetrar en la industria soviética, y los presos carecían de capacidad y motivación para usar el nuevo equipamiento. En 1952, los funcionarios de los gulags y el propio Beria estaban estudiando la introducción de algunos cambios en el sistema.

Entonces, Stalin murió en su dacha el 5 de marzo de 1953. La respuesta del círculo interior fue proclamar el

liderazgo conjunto, con Kruchev (ahora, primer secretario del partido) y Malénkov (nombrado presidente del Consejo de Ministros) como figuras principales. Desde 1946, Beria no encabezaba la policía política, el Ministerio de Seguridad del Estado ni el de Asuntos Exteriores, pero gozaba de la atención de Stalin. Además, era la cabeza visible del Comité Especial, interior a la red de defensa que estaba a cargo de la cada vez más importante industria nuclear, que entonces funcionaba exclusivamente con objetivos militares. En el nuevo reparto del poder tras la muerte de Stalin, Beria obtuvo el unificado Ministerio de Asuntos Interiores y Seguridad del Estado. De nuevo, como en 1938, estaba a cargo de todas las competencias policiales. La primera crisis política del nuevo régimen llegó a finales de junio, cuando Malénkov cuestionó a Beria ante el Presidium del partido (Presidium era el nuevo nombre del Politburó). La reunión del 26 de junio era, en realidad, una conspiración, ya que a Beria nadie le había advertido de que su destino estaba en la agenda del día. En plena sesión, Zhúkov y un grupo de oficiales le arrestaron. Una semana después, Malénkov y Kruchev explicaron sus actos al Comité Central, afirmando que Beria intentaba controlar el partido a través de la policía secreta y aspiraba a obtener un poder supremo. Era un intrigante que había envenenado la mente de Stalin contra los demás líderes y, en última instancia, un agente del imperialismo occidental. Se presentaba a sí mismo como reformista para crear una base política para el partido. Tras un juicio a puerta cerrada, Beria fue ejecutado en un búnker militar junto al río Moscova.

La eliminación de Beria no solventó más que un problema. Incluso antes de su detención, los nuevos líderes sabían que eran necesarios algunos cambios. La agricultura

estaba en una situación penosa y la agitación en Alemania occidental generaba un conflicto en Europa del Este. Kruchev impulsó una serie de reformas agrícolas, precios de compra más elevados para los koljoses e impuestos más bajos para los huertos privados de los campesinos. A la muerte de Stalin, Kruchev había ascendido al cargo de primer secretario del Partido Comunista, pero Malénkov era el primer ministro y Molotov seguía siendo un poderoso ministro de Exteriores. Ambos estaban en el Presidium y todos sus miembros, con Kruchev dirigiendo el coro, proclamaban que el país tenía al fin un liderazgo colectivo. Para sacar adelante sus planes, no obstante, Kruchev tenía que eliminar a rivales en potencia. Primero consiguió convencer a sus colegas para cesar al primer ministro, hacerle ministro de Electrificación y sustituirle por Bulganin. Luego maniobró para marginar a Molotov, aunque este siguió siendo ministro de Asuntos Exteriores. Cuando llegó la Conferencia de Ginebra de 1955, estaba ya claro que el más poderoso era Kruchev, no Bulganin ni Molotov.

Estas maniobras en el Kremlin iban aupando a Kruchev, que llevaba a cabo, en secreto, una revisión completa de las políticas represivas de la era de Stalin. La noticia del fallecimiento de Stalin y las primeras reformas provocaron revueltas en los gulags en diciembre de 1953 y 1954, que fueron sofocadas por los militares, pero comenzó el proceso de liberación, tanto de los campos y colonias de trabajo como de los asentamientos especiales. Casi un millón de personas habían sido liberadas en 1955. Igualmente importantes fueron las diversas investigaciones promovidas por las autoridades bajo la égida del Tribunal Supremo de la URSS para examinar los casos más célebres de ejecuciones y



encarcelamientos, que se remontaban a la década de 1930. En el caso de estas víctimas, los hallazgos concluyeron «ausencia de los componentes de un delito» (*otsutsvie sostava prestupleniia*), lo que condujo a su puesta en libertad o a la rehabilitación póstuma de los desaparecidos. La rehabilitación no fue meramente simbólica, ya que supuso que sus familiares dejaran de ser enemigos del Estado, y las familias que habían languidecido en los campos fueron liberadas. En toda la Unión Soviética, cientos de miles de personas se encontraron con un billete para volver a casa y documentos que les permitían llevar una vida normal, regresar con familias que llevaban 15 o 20 años sin ver, y otras que ni siquiera sabían que estaban vivas. La liberación y rehabilitación de los prisioneros y los muertos se desarrolló en el mayor silencio. No apareció mención alguna en los periódicos.

A finales de 1955, Kruchev convenció a sus colegas, también a los asociados más próximos a Stalin como Molotov y Kaganovich, de que establecieran una comisión para examinar las «violaciones de la legalidad socialista», en particular el exterminio de la mayor parte de la elite del partido en 1937-1938. A la cabeza de esta comisión estuvo P. N. Pospélov, anterior editor de *Pravda* y, según todas las apariencias, un ferviente estalinista. El informe de su comisión se convirtió en la base del famoso «discurso secreto» de Kruchev ante el XX Congreso del Partido Comunista en febrero de 1956, con añadidos propios y editado por otro ideólogo del partido, M. M. Súslov, cerró el Congreso. Cuando todo el mundo estaba preparando el equipaje para volver a casa, los comunistas soviéticos y extranjeros recibieron la notificación de que se celebraría una sesión

adicional. En ella, Kruchev leyó su discurso durante cuatro horas (con un breve descanso) ante una estupefacto y silencioso auditorio. En él culpó de todos los crímenes de la década de 1930 a Stalin personalmente, reservando alguna responsabilidad para Beria. Se centró, principalmente, en la destrucción del Comité Central en 1937-1938, un 75 por 100 de cuyos miembros habían muerto, y en la dirección de la guerra por Stalin. Ninguna de sus afirmaciones era plenamente justa, ya que al culpar a Stalin del terror omitió el papel desempeñado por Molotov y otros líderes, él mismo incluido. No mencionó, ni remotamente, a los miles de entusiastas denunciadores, saboteadores y espías presentes entre la población. La descripción de Kruchev del papel de Stalin en la guerra era simple y llanamente falsa, y dio lugar a numerosas leyendas que solo fueron refutadas a partir de 1991. Apenas aludió a la colectivización, que en última instancia había afectado a más gente y causado más muertes que el terror. El objetivo real era adjudicar a Stalin las culpas del pasado y subrayar la importancia del liderazgo colectivo del partido para evitar «el culto a la personalidad» que había rodeado a Stalin durante su vida. Para evitar una recurrencia de tales horrores, eran necesarios un liderazgo colectivo y la preservación de la «legalidad socialista».

La cúpula debatió hasta qué punto hacer público el discurso, y el resultado fue un compromiso. No fue publicado en la Unión Soviética (no apareció hasta 1989), pero circuló entre las organizaciones-miembro, donde fue leído en su totalidad a los integrantes del partido, unos siete millones de personas, y la totalidad del Konsomol, más de 18.000.000. Cuando llegó a Occidente a través de Polonia, fue rápidamente impreso en varios idiomas. Las siniestras

descripciones de Kruchev de torturas y ejecuciones (tomadas directamente del informe de Pospélov) supusieron una terrible conmoción para izquierdistas extranjeros, en especial en Occidente, aunque en otros lugares las reacciones fueron más heterogéneas. En China, Mao Zedong jamás lo aprobó y las obras de Stalin siguieron siendo canónicas en el Partido Comunista Chino. En la propia Unión Soviética, produjo motines estudiantiles multitudinarios en Tblisi y Gori, en su Georgia natal, en favor de Stalin. No obstante, al pueblo le preocupaba más el precio de la carne y aceptó las nuevas políticas, aunque algunos albergaran una visión más positiva del pasado soviético que la propagada por Kruchev.

Los principales efectos del discurso secreto se produjeron en Europa del Este, donde motivó rebeliones en Polonia y propició la Revolución húngara en otoño de 1956. Kruchev sobrevivió con su poder intacto a estas amenazas y siguió adelante con más proyectos de reforma. A finales de la década de 1950, la liberación de prisioneros y colonos especiales se convirtió en una avalancha. Las nacionalidades deportadas del norte del Cáucaso regresaron a sus hogares, restauradas sus repúblicas autónomas. (Los tártaros de Crimea, alemanes del Volga y algunos otros grupos no lo hicieron, pese a haber sido restaurado legalmente su estatus personal.) En 1960, se acabó el Gulag. Había más cambios en marcha. La industria soviética estaba funcionando mucho mejor que la agricultura, pero la presión para construir una sociedad plenamente moderna, ahora compitiendo con Estados Unidos, obligaba a un mayor progreso tanto en las manufacturas como en la agricultura. Kruchev hizo un llamamiento público a los agricultores soviéticos para que sobrepasaran la producción estadounidense tanto en carne

como en productos lácteos. Para la industria, la solución adoptada por Stalin a comienzos de 1957 fue descentralizar la economía, creando «Consejos Económicos Nacionales» a nivel regional, en sustitución de los ministerios de Industria centrales que llevaban gestionando la economía desde la década de 1930.

Antes de que pudiera implantarse este plan, surgió una nueva crisis, en esta ocasión en el liderazgo central del partido. Molotov, Malénkov y Kaganovich llevaban algún tiempo descontentos con Kruchev. Molotov no se sentía satisfecho con la reconciliación parcial con Tito, las crecientes conversaciones sobre la coexistencia pacífica con Occidente y la consideración prioritaria de la agricultura y los bienes de consumo. Sus aliados compartían sus dudas y también estaban en contra del creciente poder de Kruchev. Detrás de estas preocupaciones estaba la ominosa cuestión de la desestalinización: ¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar Kruchev? La lección de Hungría significaba que el proceso podía írseles de las manos, y como destacados supervivientes de la vieja guardia de Stalin eran personalmente muy vulnerables. En los primeros meses de 1957 formaron un *lobby* de miembros del Presidium, obteniendo siete votos –los de ellos tres, los del anciano Voroshílov, Bulganin y dos importantes gestores económicos– de los 11 precisos para expulsar a Kruchev del poder. Los confabulados dijeron a Kruchev que debían reunirse para discutir una aparición conjunta en Leningrado con motivo de la celebración del aniversario de la ciudad, pero el 18 de junio se enteró de que pretendían reemplazarle como líder del partido. Se desató un enfurecido debate y Mikoyan, el único integrante de la vieja guardia que apoyaba a Kruchev, salió rápidamente en busca

de Leonid Brézhnev y Elena Furtseva (la única mujer que ocupó un papel relevante en el liderazgo soviético), ambos candidatos a miembros del Presidium. Les dijo que se pusieran en contacto con el ministro de Defensa y otro candidato al Presidium, Zhúkov, que estaba ausente porque los conspiradores le habían alejado asignándole unas maniobras. Brézhnev corrió al teléfono y convocó al mariscal, que llegó al Kremlin mientras el altercado seguía aún rugiente. Molotov contaba con sus siete votos, pero todos menos uno de los miembros candidatos se solidarizaron con Kruchev. Mikoyan y otros también se habían puesto en contacto con los miembros del Comité Central (CC) radicados en Moscú o cerca de la capital. De acuerdo con los estatutos del partido, el árbitro definitivo para tales decisiones era el Comité Central. Al principio, Molotov y los demás se negaron a reunirse con los miembros del CC, pero no tardaron en darse cuenta de que no tenían otra opción, en especial dada la implacable oposición a sus planes de Zhúkov. Él había sido el hombre que había detenido a Beria y contaba con la lealtad de las fuerzas armadas. El pleno del Comité Central se celebró el 22 de junio de 1957, en el decimosexto aniversario de la invasión de Hitler.

Todos estos sucesos se habían desarrollado en secreto y solo unos pocos estaban al corriente de que se tramaba algo. Durante una semana, el CC, con alrededor de 200 miembros, acusó a Molotov y sus aliados de políticas erróneas, de dividir al partido, de intentar tomar el poder, de ignorar al Comité Central y de ensalzar el comportamiento de Molotov y Kaganovich durante el gran terror. La elite no deseaba un retorno al miedo y el despotismo de la etapa de Stalin. Uno de los más desinhibidos fue Brézhnev, un líder

provincial del partido en Ucrania, que acababa de incorporarse a las filas de la elite central del partido. Finalmente, Kruchev y los suyos denunciaron a los tres principales conspiradores de «grupo antipartido» y los expulsaron del mismo, reemplazándolos por Brézhnev y Furtseva. En tiempos de Stalin, los conspiradores no podrían haber esperado otra cosa que la muerte: en su lugar recibieron nombramientos menores. Molotov fue designado embajador en Mongolia. Él y sus aliados habían subestimado estúpidamente a la nueva elite del partido que había ascendido al poder desde la década de 1930, gente con gran experiencia en tiempo de guerra y en gestión económica, aterrada ante la perspectiva de un regreso al estalinismo. Aquellos jóvenes eran la base de Kruchev en el partido y habrían de permanecer en el poder hasta la década de 1980.

Molotov había criticado a Kruchev por intentar imponer un nuevo «culto a la personalidad» y encargarse él de todo, pero el Comité Central había tomado tal acusación como mera demagogia. Se demostraría hasta qué punto se equivocaban en los años por venir. Solo unos meses después, Kruchev degradó al mariscal Zhúkov, acusándole de ignorar el control del partido sobre las fuerzas armadas y de conducta despótica. Estos cargos tenían algo de cierto, pero su desaparición del Ministerio de Defensa y el Presidium limpió la cúspide de rivales de Kruchev. No era un dictador como Stalin, pero se había quedado solo en el pináculo del poder en la URSS.

Kruchev utilizó su poder para emprender una política exterior que implicaba superar las crisis a base de faroles, alternando una diplomacia cautelosa con riesgos demenciales, el más famoso de los cuales fue la crisis de los misiles cubanos

en 1962. Además, se enfrentó a la creciente desintegración del bloque soviético, al convertirse Albania y Rumanía en Estados estalinistas independientes y, por encima de todo, al alejarse inexorablemente China de Rusia, encaminándose a la Revolución cultural. Mao y sus aliados en el movimiento comunista veían a Kruchev como la encarnación del «revisionismo», un alejamiento del verdadero camino revolucionario. Los camaradas de Kruchev en el Kremlin no compartían, con toda seguridad, la visión de Mao, aunque opinaban que Kruchev había exacerbado el problema por la torpeza de su estilo personal. Todos estos acontecimientos minaron su posición ante la elite del partido, pero las políticas económicas que aplicaba eran igualmente conflictivas.

El problema aquí no eran los objetivos de Kruchev. La elite del partido estaba claramente de acuerdo con la idea de que el país necesitaba una mejora radical en su agricultura. A finales de la década de 1950, la población urbana seguía viviendo en gran medida de pan negro, salchichas, cuando las había, y lo que pudieran permitirse del mercado campesino. Los bienes de consumo estaban mucho más disponibles que antes, pero eran difíciles de obtener en la práctica. De ahí que el deseo de Kruchev de invertir más recursos en la agricultura, los bienes de consumo y la vivienda gozara de gran popularidad no solo entre el pueblo, sino entre los líderes del partido. Eran conscientes de que no podrían mantener la estabilidad si los estándares de vida no mejoraban radicalmente.

El tema más importante era la agricultura. Una de sus primeras medidas fue abolir las estaciones de máquinas y tractores creadas en la década de 1930 y transferir la

maquinaria a los koljoses, un movimiento que conferiría mucha mayor autonomía a las explotaciones agrícolas. Y todavía quedaba más. En su viaje a Estados Unidos en 1959 despertó un considerable alboroto con sus visitas a las granjas de Iowa y sus reuniones con agricultores norteamericanos. Esta experiencia le reafirmó en su creencia en el cultivo a gran escala con mejor tecnología, ya que la agricultura estadounidense estaba pasando de las granjas familiares al agronegocio, o agricultura industrial. Se dio cuenta de que la URSS iba muy por detrás en la producción y uso de fertilizantes químicos. El modelo de industrialización estalinista había favorecido conscientemente a la metalurgia y el carbón, más apropiados para el nivel de desarrollo en aquel momento y más importantes para la producción de defensa, por encima de los productos químicos y el petróleo. Aquella decisión produjo un aumento en la producción agrícola a partir de la década de 1930 mediante la mecanización, la hibridación de plantas y una rotación de cultivos más sistemática, en vez de por el uso de fertilizantes o pesticidas. Ninguno de estos métodos hizo más que mantener el ritmo de la siempre creciente urbanización. Para empeorar las cosas, Stalin y sus responsables agrícolas habían aceptado varios proyectos demenciales en la agronomía. Era una idea aceptada por las autoridades desde finales de la década de 1930 que los cereales para alimento debían rotarse con hierbas, en vez de alfalfa u otras plantas que contribuyen a la fijación del nitrógeno. Esto se convirtió en un serio inconveniente para Kruchev, que exigía que la agricultura soviética siguiera los patrones de rotación aceptados en el sistema agrícola estadounidense y de otros países. En 1963, se salió con la suya.



Por desgracia, los programas de Kruchev combinaban una sólida planificación con dudosos esquemas, como el proyecto de las tierras vírgenes. Kruchev, que se consideraba una especie de experto agrícola debido a sus años en Ucrania, era consciente de que había una gran extensión de suelo sin cultivar en Siberia occidental y Kazajistán. Pare él, la solución era evidente: el bajo rendimiento de la Unión Soviética en la producción de cereales podría resolverse enviando a miles de colonizadores a esas regiones para someter la estepa con el arado. El resultado fue una movilización al estilo de 1930, con el Konsomol a la cabeza: se envió a jóvenes a vivir en tiendas, mientras sembraban grano y construían viviendas. El tamaño global de la cosecha soviética creció con rapidez como resultado, pero el programa también arrebató recursos a la modernización de las granjas colectivas. Y resultó que buena parte de los terrenos eran, en efecto, fértiles, aunque demasiado áridos para un cultivo continuado. La consecuencia inevitable fue una degradación medioambiental, con un descenso en la producción. El liderazgo kazajo había advertido a Kruchev de que no había mucha tierra cultivable nueva, pero él se limitó a reemplazar a sus opositores por sus colegas de Kiev y Moscú.

Junto a las tierras vírgenes, su otra obsesión agrícola era el maíz. Ya antes de su viaje a Norteamérica, Kruchev sabía que el maíz era un importante componente del pienso para animales en todo el mundo, y decidió que la Unión Soviética produjera maíz. La mayoría de los agrónomos opinaban que no era una cosecha apropiada fuera de algunas pequeñas áreas del remoto sur del país, pero Kruchev no estaba de acuerdo. Intentó obligar a las autoridades de las repúblicas bálticas a que cultivaran maíz, en lugar de las cosechas más

tradicionales. Se invirtieron mucho tiempo y dinero en busca de un híbrido que prosperara bajo diferentes condiciones, pero el proyecto no pasó de ser una campaña central más, sin resultados dignos de mención. Kruchev se negaba a darse por vencido.

El saldo de Kruchev en la industria tuvo dos caras. La década de 1950 fue un periodo con tasas de crecimiento muy elevadas, incluso tras el final de la reconstrucción de posguerra. Los logros soviéticos en tecnología, como la construcción de una industria nuclear y cohetes capaces de alcanzar el espacio, eran símbolos visibles de un Estado moderno. La mayor parte del desarrollo nuclear seguía siendo secreto, pero el lanzamiento del *Sputnik* en 1957 fue un acontecimiento de resonancia mundial. Aún más espectacular fue el vuelo al espacio de Yuri Gagarin en 1969, seguido de toda una serie de viajes espaciales. Hasta el alunizaje estadounidense en 1969, los soviéticos parecían ir muy por delante en la carrera espacial. Junto con estos logros totalmente reales, había problemas persistentes. El nuevo sistema de gestión descentralizada no era mejor que el viejo, y en muchas áreas no hacía sino añadir otra capa más de burocracia. Más prometedora fue la decisión, que Kruchev apoyaba con entusiasmo aunque no hubiera sido suya, de dedicar enormes recursos a la industria química y la producción de petróleo y gas natural. Ambas iniciativas estaban relacionadas, ya que buena parte de la materia prima para la industria química eran subproductos del petróleo. La Unión Soviética contaría con plástico. A ojos de Kruchev, consciente ya de que el maíz y las tierras vírgenes no eran suficiente, la industria química había de ser también una panacea para la agricultura.

Por desgracia, ninguno de estos planes abordaban cuestiones inmediatas. Las decisiones tomadas en 1959-1960 sentaron las bases de sucesivos desarrollos masivos, que desplazaron la base energética del carbón al petróleo y el gas y crearon una gigantesca industria química, aunque a corto plazo había pocas evidencias. Quizá su programa de mayor éxito de cara al ciudadano medio fueran los primeros intentos de alojamiento masivo, las pequeñas casas de apartamentos de cinco pisos (sin ascensor) que surgieron como setas en torno a Moscú y otras grandes ciudades. No se trataba de apartamentos comunales y, pese a que eran pequeños, disponían de los habituales servicios modernos.

Kruchev siguió tonteando con la agricultura y pregonando grandes objetivos. En 1961 convocó otro Congreso del Partido para anunciar que la Unión Soviética iba a «construir el comunismo», la segunda fase de Marx tras el socialismo, en la que el Estado se iría desvaneciendo en medio de una abundancia universal de todos los bienes y servicios posibles. Para una población que todavía luchaba contra la escasez de productos, largas colas en los almacenes y altos precios en el mercado campesino, el programa sonaba a megalomanía. El año siguiente, las autoridades tuvieron que enfrentarse a una revuelta en la ciudad sureña de Novocherkas, una rebelión por causas exclusivamente económicas que fue duramente reprimida.

Después de la crisis de los misiles cubanos, los problemas económicos eran cada vez más turbadores. Para remate, Kruchev sí parecía estar instaurando un «culto a la personalidad». Se hicieron películas que constituían una crónica de sus viajes al extranjero con amorosos detalles y títulos como *Nuestro Nikita Sergeyévich*. Con el respaldo de su

verno Alekséi Adzhubei, director de *Izvestia*, uno de los dos grandes periódicos, sus actividades eran difundidas por todo el país. Aparecía en reuniones con escritores y artistas, dándoles conferencias sobre la política y el arte, la más famosa de las cuales fue su intervención en una exposición de arte moderadamente modernista en 1962, donde dijo a los artistas que su trabajo lo había pintado la cola de un burro. El liderazgo del partido no estaba necesariamente en desacuerdo, pero le desagradaba la costumbre de abordar estos asuntos de manera improvisada y sin consulta previas. Se parecía demasiado a las incursiones de Stalin en los campos de la economía y la lingüística. Kruchev se ganó también el antagonismo de gran número de personas mediante una nueva campaña contra la religión. Con el reconocimiento de la Iglesia ortodoxa y la mayoría de las demás religiones al finalizar la guerra, las Iglesias empezaron a adquirir una posición modesta en la sociedad soviética. Kruchev decidió cambiar las cosas y se embarcó en otra oleada masiva de persecuciones. Afortunadamente, no tuvo las consecuencias mortales de la de la década de 1930, pero provocó el cierre de muchas iglesias, detenciones y la proscripción, a todos los efectos, de la religión en la vida soviética. No es que la elite del partido estuviera a favor de la religión pero, como Stalin, no la consideraba una cuestión importante, y prefería simplemente controlarla. La campaña de Kruchev, resultado de la imposición de sus manías personales a la totalidad del país, fue innecesaria.

Irónicamente, la gota que colmó el vaso en favor de Brézhnev y los demás líderes del partido fue un choque entre la agricultura y la ciencia, durante largo tiempo uno de los puntos dolorosos del sistema soviético. Kruchev, a pesar de su

antiestalinismo, era un convencido partidario de Trofim Lysenko y su condena, patrocinada oficialmente en 1949, de la genética moderna. Lysenko tenía su propio feudo en la red de institutos de investigación agrícola, pero la Academia de la Ciencias mantuvo fuera a la mayoría de sus colegas. A comienzos de 1964, Kruchev intentó que una serie de ellos fueran admitidos en la Academia de Ciencias, pero los físicos, encabezados por Andréi Sajárov e Ígor Tamm, movilizaron tal grado de oposición que los aspirantes fueron rechazados. Kruchev se puso furioso, a pesar de que su propia hija, científica, intentara convencerle de que el trabajo de Lysenko estaba equivocado. En una reunión plenaria del Comité Central en julio, tras un largo y desmadejado discurso sobre agricultura, Kruchev proclamó de pronto que parte del problema eran los científicos. Tal como él lo veía, Sajárov y la Academia se estaban metiendo en política al rechazar a Lysenko y sus teorías. Después anunció que se debía abolir la Academia como una reliquia del siglo XIX.

Brézhnev y los suyos decidieron que el momento había llegado. El asunto de la Academia era solo uno de muchos, pero fue demasiado. Mientras luchaban por modernizar la sociedad soviética, su líder pretendía destruir la principal fuente de innovación, su única esperanza de ponerse a la altura de Occidente. En octubre de 1964, el Comité Central fue convocado de nuevo y presentó toda una lista de cargos contra Kruchev, incluyendo el tema de la Academia y su obsesión con el maíz. Él continuó defendiendo su actuación en la crisis de los misiles cubana («el riesgo era inevitable») y en las diversas crisis sobre Berlín. El Comité votó por expulsarle, situando a Brézhnev como cabeza visible del partido y a Alekséi Kosygin, un gestor económico, en el

puesto de primer ministro.

El nuevo régimen conservó en buena medida las políticas de Kruchev, pero sin el estilo errático de este. Los Consejos Económicos regionales fueron desmontados rápidamente, y las campañas agrícolas más exóticas, descartadas. No hubo un retorno a los métodos de gobierno del estalinismo. Stalin se volvió innombrable en la mayoría de los contextos, aunque algunos generales de la Segunda Guerra Mundial describieron aspectos de su liderazgo, en su mayor parte negativamente, en sus memorias. En los textos de historia y los pronunciamientos públicos, los logros de la era de Stalin fueron atribuidos «al partido y el pueblo», y la narración de sus crímenes quedó como se había presentado en 1964. No hubo ulteriores revelaciones. La medida despertó cierta inquietud entre los intelectuales, pero Stalin ya no representaba un problema para la mayoría de la población. En todo caso, la estima popular por el anterior «gran líder de los pueblos» era mayor que la de la línea oficial. La era Brézhnev trajo consigo una verdadera liberalización en dos aspectos importantes. Se puso fin a la campaña contra la religión, estableciendo un *modus vivendi* con las diversas religiones de la Unión Soviética hasta 1980: no se alentaba, pero no estaba prohibida, y la herencia artística ortodoxa en iconos y arquitectura se convirtió en objeto de estudios extensivos por primera vez. En el terreno científico, el nuevo régimen renegó por completo de Lysenko y reincorporó la genética a la biología soviética. El último resto de la ciencia estalinista había desaparecido.

La primera década de Brézhnev, aproximadamente, fue un periodo de enorme crecimiento económico. Los planes trazados bajo Kruchev dieron su fruto al entrar en producción

vastos yacimientos de gas natural. En 20 años, la producción de gas se multiplicó por 10: la mitad procedía de Siberia y un cuarto de Turkmenistán y Uzbekistán. Surgieron nuevas ciudades, como Navoi en Uzbekistán, bautizada, al estilo típico ruso, en honor a un poeta medieval de Asia central. Se abrieron nuevos campos petrolíferos, sobre todo en Siberia occidental, y en la década de 1980 la producción casi se había duplicado. La Unión Soviética puso en marcha un enorme programa de energía nuclear, empezando por la central de Beloyarsk en los Urales. Previamente, en la década de 1950, se había construido en Moscú un reactor en gran medida experimental. Empleaba un reactor de neutrones lento, un diseño no utilizado posteriormente en la Unión Soviética, y produjo electricidad por primera vez en 1964. Con el tiempo, la Unión Soviética construiría casi 50 centrales nucleares con agua a presión o moderadores de grafito, las últimas de las cuales correspondían a la versión que produjo el desastre de Chernóbil. En la década de 1980, los reactores nucleares producían alrededor de la cuarta parte de la electricidad del país.

El enorme crecimiento del sector energético marcó un cambio de las fuentes de energía basadas en el carbón a las basadas en el petróleo y la energía nuclear. También alteró la distribución de la energía entre las repúblicas: el carbón se había extraído sobre todo en Ucrania hasta la Segunda Guerra Mundial, después cada vez más en la República Rusa y Kazajistán, aunque Ucrania seguía produciendo casi la mitad del carbón soviético. En cierta medida, la energía nuclear reequilibró la situación, ya que la política era construir centrales nucleares allí donde faltaban otros recursos o estos estaban en declive. El reactor con moderadores de

grafito de Chernóbil empezó a generar electricidad en 1977. Ucrania llegó a depender de la energía nuclear para obtener la mitad de su electricidad, por contraste con solo un 20 por 100 en el caso del conjunto de la URSS. La ciudad de Zaporozhe, en el sur de Ucrania, alojó la mayor instalación nuclear de Europa, cuyos reactores se conectaron a la red en 1985. Afortunadamente, se trataba de reactores de agua a presión, más seguros. Otra consecuencia del masivo incremento en la base energética fue que la Unión Soviética empezó a exportar petróleo y gas a Europa del Este y al mundo en general. El comercio con Occidente, así como Asia, aumentó rápidamente en la década de 1950, pero las exportaciones de petróleo y gas eran otro asunto. En Europa del Este, las nuevas exportaciones aceleraron la transición, inaugurada bajo Kruchev, en la que los países satélite soviéticos subsidiaban a la URSS a precios bajos a lo contrario. En la década de 1960, el gas y el petróleo soviéticos llegaba a los «fraternales» países socialistas a un precio considerablemente inferior al del mercado. La exportación de petróleo a Occidente compensaba estos subsidios y aportaba gran cantidad de divisas que permitieron a los soviéticos realizar compras muy necesarias de tecnología y grano en el extranjero.

Como en otros lugares, la industria nuclear estaba vinculada con la producción militar, lo que colocó a la Unión Soviética prácticamente a la par con Estados Unidos a finales de la década de 1960 por primera vez. La base de esta paridad fue el desarrollo de submarinos nucleares y de misiles balísticos intercontinentales (ICBM en inglés), que podían llegar a Estados Unidos desde la URSS en caso de guerra. Los bombarderos de largo alcance dejaron de ser necesarios. El



resultado fue una carrera de armamentos cada vez más gravosa, que absorbía enormes cantidades de capital y personal cualificado, que la URSS apenas podía permitirse, al contrario que su rival norteamericano. La carrera armamentista fue solo parte del coste social y ecológico de las últimas décadas de industrialización soviética. Ríos y bosques quedaron contaminados con residuos nucleares, lo que acarreó graves problemas de salud en las zonas afectadas. Los campos de petróleo y gas alteraron la frágil ecología subártica, y la energía hidroeléctrica supuso la inundación de enormes áreas, desplazando a sus habitantes y produciendo todo tipo de cambios en el entorno, algunos de ellos totalmente imprevistos. No era simplemente responsabilidad de funcionarios arrogantes que forzaran a científicos e ingenieros a construir destartaladas plantas en la prístina naturaleza: los científicos estaban convencidos de que sus diseños eran perfectamente seguros y sus efectos ecológicos serían mínimos. De hecho, eran los físicos quienes más insistían en la creación de nuevas plantas energéticas, convenciendo a funcionarios del partido a los que preocupaba su gigantesco coste.

En los primeros años de Brézhnev, también la agricultura soviética experimentó una transformación radical, al menos en su tecnología. Las mismas granjas colectivas que llevaban décadas funcionando sin suficientes fertilizantes ni pesticidas, estaban usando de tres a cinco veces más que los cultivos norteamericanos a finales de la década de 1970. En 1966, las autoridades abolieron el sistema del día laboral y los campesinos de la explotaciones colectivas recibieron su parte de la producción en forma de dinero. La producción agrícola se expandió rápidamente, liberando a millones de

campesinos para el trabajo en la industria. La emigración hacia las ciudades en los últimos 30 años de poder soviético había sido tan grande que extensas áreas, en especial en el centro y el norte de Rusia, empezaron a despoblarse, dejando miles de aldeas abandonadas salpicadas por todo el paisaje. Por primera vez en la historia de Rusia, la población urbana superaba a la de residentes rurales, ascendiendo a más de dos tercios del total en la URSS al llegar 1990.

Estos masivos incrementos de producción, la creación de una industria nuclear y una industria química más o menos modernas, inundaron la calle de bienes de consumo por primera vez en la etapa soviética. Las tiendas de comida empezaron a mostrar cierta variedad, tanto de productos soviéticos como de productos enlatados importados de Bulgaria y otros países. Los productos lácteos exhibían un modesto surtido. Para cubrir la necesidades de forraje y grano, la Unión Soviética importaba maíz de Canadá y Estados Unidos con regularidad. El resultado fue una inmensa mejoría, pero no una prosperidad universal. Los suministros eran irregulares y todos los años había déficit de uno u otro alimento. Las zanahorias desaparecían durante varios meses y reas parecían cuando los almacenes se vaciaban de remolachas. La distribución en los centros de trabajo continuó, aunque a menor escala, para el suministro de artículos difíciles de encontrar, como los pollos. La electrónica de consumo se volvió prácticamente universal en las ciudades y la televisión hizo su aparición en las aldeas. Adquirir un televisor era una operación complicada. Los teléfonos provenían en su mayor parte de Polonia, a cambio de gas soviético barato, y eran notoriamente poco de fiar. La crisis de la vivienda fue cediendo al rodear las ciudades

soviéticas de altos edificios prefabricados. La mayoría de los habitantes de las ciudades abandonaron las casas comunales a cambio de apartamentos con su propio baño y su propia cocina. Por desgracia, las otras instalaciones necesarias, como colegios y almacenes, a menudo tardaban décadas en aparecer en los nuevos barrios. La producción experimentó un auge, pero la distribución permaneció en un estado de caos permanente. Pese a las dificultades, no obstante, los primeros 10 años de Brézhnev constituyeron el punto culminante de la Unión Soviética. No solo había alcanzado el estatus de superpotencia, sino que la población había adquirido al fin los elementos básicos de un estándar de vida moderno. Dicho estándar planteaba dos problemas. Uno fue el *boom* de posguerra en Europa y Norteamérica, que implantó un nuevo nivel de vida en todo el mundo, y la noticia se filtró a través de las fronteras. La URSS perseguía un objetivo en movimiento. El otro problema fue que la mejora en el estilo de vida soviético se atascó a partir de mediados de la década de 1970. Había más viviendas, pero prácticamente todos los bienes de consumo entraron en una fase de déficit permanente, lo que significaba: estaban disponibles, pero eran cada vez más difíciles de encontrar. La lucha cotidiana era el telón de fondo del malestar que se asentó en la sociedad soviética.

Este malestar no era explícitamente político, fuera de pequeños grupos disidentes de la intelectualidad. Los primeros disidentes habían aparecido en la década de 1960, cuando quedó definitivamente claro que oponerse abiertamente al sistema soviético supondría el acoso y hasta la cárcel en algunos casos, pero no la muerte o un encarcelamiento prolongado. Bajo Yuri Andrópov, la KGB

cambió su modo de funcionamiento. Ya no buscaba grupos de oposición organizados vinculados con emigrados al extranjero. Pasó a intentar controlar el sistema mediante una combinación de persuasión y uso selectivo de la fuerza. La mayoría de la gente que vivía al margen de los gustos del sistema era convocada a una «conversación» mediante la que se informaba de las posibles consecuencias en caso de persistir en su actitud, y lo dejaban correr. Una minoría de intelectuales continuó protestando, y acabaron en la cárcel o en hospitales psiquiátricos. Los disidentes, en su mayor parte, provenían de posiciones de gran privilegio en la sociedad soviética. Los intelectuales seguían teniendo casa, acceso privilegiado a mercancías, y unos pocos y selectos, posibilidades de viajar al extranjero. Los escritores vivían en dachas en Peredelkino y otras colonias de escritores, mientras que los ciudadanos corrientes se enfrentaban a largas colas y viviendas de construcción en masa. Los científicos, en especial los de áreas estratégicas como la física, vivían en lugares similares, y su relación con el poder se basaba en su utilidad para la industria nuclear militar y civil. Como era de esperar, algunas personas se sentían irritadas, aunque impotentes, ante estas situaciones de privilegio. En 1968, Andréi Sajárov pasó de criticar las pruebas de armas nucleares y la biología de Lysenko a cuestionar la totalidad del sistema y formular ideas de convergencia, capaces de producir una sociedad más parecida a Occidente que la Unión Soviética. Aleksandr Solzhenitsin dejó de escribir obras de ficción y no ficción sobre los gulags estalinistas para adoptar una postura nacionalista rusa, que censuraba por igual a las sociedades occidental y soviética en favor de un Estado religioso autoritario solo para los pueblos eslavos de la URSS. El

fenómeno más próximo a la disensión generalizada fue la emigración de casi un millón de judíos soviéticos, alrededor del 40 por 100 de la población judía, entre 1970 y 1990. La primera oleada estaba compuesta de sionistas más o menos comprometidos, que se trasladaron a Israel. En la década de 1980, esa fuente se había reducido ya a un goteo, y la mayor parte de los emigrantes judíos se habían mudado a Estados Unidos y Alemania en busca de mejores condiciones económicas.

Los disidentes despertaron enorme atención en Occidente durante la Guerra Fría, y sus ideas y escritos eran bien conocidos por la *intelligentsia* soviética. Algunos intelectuales les apoyaban, pero no contaban con respaldo popular. No obstante, las autoridades los veían como una amenaza para su concepción utópica de una sociedad unificada. En 1974 exiliaron a Solzhenitsin a Occidente y a Sajárov a Gorki (Nizhni Nóvgorod), al este de Moscú. Sus obras eran publicadas solo clandestinamente o en Occidente, y nunca se mencionaban en público. Más grave era la sensación de que el país recorría de algún modo un camino equivocado, una percepción que cristalizó en la invasión soviética de Afganistán en 1980. La reacción más generalizada a la invasión no fue patriótica ni de indignación, sino la impresión de que los líderes habían cometido un grave error. Para la mayoría de la gente, la Unión Soviética seguía siendo un Estado legítimo, pero estaba, sin lugar a dudas, en manos de líderes incompetentes y miopes.

En 1982 murió Leonid Brézhnev. La generación a la que representaba, la de los jóvenes líderes del partido de finales de la década de 1930, era ahora un grupo de ancianos que no alcanzaban a entender por qué las cosas no habían

salido como esperaban, ni siquiera la razón por la que la situación seguía siendo tan pésima para la mayoría del pueblo. El mundo había cambiado también fuera de la URSS y no lograron comprender el desafío creado por la prosperidad masiva, no solo en Estados Unidos sino también en la Europa y el Japón de posguerra. Tras la muerte de Brézhnev, el Comité Central nombró en su lugar a Yuri Andrópov, director de la KGB desde 1967. Con casi setenta años y mala salud, Andrópov no tuvo tiempo para formular una política nueva, aunque llevó a Moscú a Aleksandr Yakóvlev, Mijaíl Gorbachov y otros futuros reformadores. A la muerte de Andrópov, en 1984, el CC designó como su sucesor a Konstantín Chernenko, de setenta y dos años. Chernenko había sido el director de personal de Brézhnev durante décadas, y el nombramiento se produjo, supuestamente, en contra de los deseos de Andrópov. Si Andrópov prefería realmente a Gorbachov, sus deseos se hicieron realidad en 1985, cuando Chernenko falleció y Gorbachov se convirtió en secretario general del Partido Comunista. Sería él quien presidiera sus honras fúnebres.

## La cultura soviética

Con el final de la NEP y mucho antes de la guerra, la Unión Soviética entró en un nuevo periodo de su historia con profundas implicaciones culturales. La primera fase de ese nuevo periodo, de alrededor de 1928 a 1932, experimentó grandes tormentas en todas las áreas de la cultura, la ciencia, el arte, la literatura y las disciplinas humanísticas. Fue una «Revolución cultural» según el término de la época, aunque no fuera ni tan profunda ni tan metódica como la muy posterior Revolución cultural china, que tomó el mismo nombre. Para los afectados fue, sin duda, traumática, ya que no se trató meramente de una campaña ideológica más. En aquellos años, las autoridades del partido emprendieron un ataque sistemático contra los líderes de prácticamente todos los campos de la cultura. Se les acusaba de ser incapaces de estar a la altura de la «construcción socialista», de sentir nostalgia por el viejo régimen y hostilidad por el nuevo. Estas diatribas se publicaban en la prensa y se pronunciaban en mítines celebrados en diversas instituciones y lugares de trabajo, donde se animaba a los jóvenes y entusiastas comunistas a atacar a sus mayores y maestros en nombre de la revolución. Además, el OGPU (Directorio Unificado Político del Estado) efectuaba redadas sistemáticas entre los principales intelectuales: historiadores, ingenieros, escritores y algunos científicos. En su mayoría, fueron acusados de pertenecer a diversas, y presumiblemente míticas, organizaciones clandestinas, cuya meta era minar o incluso derribar al poder soviético. En comparación con otros tiempos, el tratamiento fue relativamente suave: algunos fueron ejecutados, otros enviados a campos de prisioneros,

muchos simplemente exiliados a ciudades de provincias para dar clases o trabajar en instituciones locales. Algunas profesiones sufrieron más que otras: los científicos eran víctimas menos habituales, pero también padecieron las consecuencias. A la vez que eran eliminadas las viejas autoridades, alcanzaron fama y dominancia todo tipo de ideas radicales supermarxistas, junto con las de varios chiflados que se presentaban a sí mismos como nuevas voces del proletariado.

La Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP) y su líder, el crítico Leopold Averbach, prácticamente ostentaron durante esta fase el monopolio literario. Los proletarios acusaron a casi todos los grandes autores de la década de 1920 de contrarrevolucionarios, en especial a los de la *intelligentsia* prerrevolucionaria y los «compañeros de viaje». Muchos de ellos, incluidos Evgeni Zamiatin y Mijaíl Bulgákov, fueron objeto de furiosas invectivas. Zamiatin recibió permiso para abandonar el país, pero Bulgákov no, y durante un tiempo no tuvo oportunidad de trabajar. Otros escritores, como la poeta Ajmátova y Pasternak, se libraron de los insultos porque apenas publicaron nada durante esos años. Los proletarios fueron casi igual de despiadados con los escritores comunistas que no seguían la línea de Averbach. Lo que buscaban los Proletarios era una literatura que se entregara a la lucha por la construcción del socialismo. En este sentido, algunos de sus propios textos eran bastante críticos con la burocratización y la pasividad por parte del partido y el Estado. Su novela ideal presentaba a héroes trabajadores, que superaban tremendos obstáculos para levantar una nueva ciudad o colectivizar una aldea, transformándose a sí mismos en el proceso. En la práctica,



estas historias rara vez tenían éxito. Los únicos trabajos dignos de ser leídos producidos por el movimiento versaban sobre la guerra civil, y en su mayor parte habían sido escritos antes de 1929. El mejor, con diferencia, era *El Don apacible*, libro que incomodaba a los líderes de la RAPP.

También la música tuvo sus proletarios radicales, que atacaron al joven Shostakóvich y a prácticamente todos los demás compositores, cualquiera que fuera su estética. Para la Asociación Rusa de Música Proletaria, la única cultura musical «proletaria» tenía que consistir en «canciones de masas», interpretadas por coros de semiaficionados idealmente integrados por obreros. Los músicos proletarios dependían de la red de clubes de las fábricas y otras organizaciones de aficionados para difundir sus obras y sus doctrinas. Sin embargo, la mayoría de sus composiciones no fueron del agrado de los trabajadores, que preferían un repertorio más tradicional. Aunque se permitió a los proletarios gobernar los conservatorios durante un tiempo, en 1932 el partido puso fin a su monopolio, igual que hizo con los escritores.

En el campo de las ciencias, las reuniones (que habrían de tener ominosas consecuencias) se celebraban en institutos de investigación. En el Instituto Botánico de Nikolái Vavilov, los estudiantes radicales cuestionaron su liderazgo, sus opiniones políticas y su trabajo científico. Estos ataques no eran aún fundamentalmente ideológicos. La principal acusación era que los científicos estaban «aislados de la vida» y no prestaban suficiente atención a las implicaciones de su trabajo tecnológico y, por tanto, a la «construcción del socialismo». Fue en esta época cuando Trofim Lysenko, un criador de plantas ucraniano, llamó la atención del público y

las autoridades con sus teorías acerca del cultivo de variedades de trigo que fueran resistentes al frío. No contaba con la formación científica necesaria para desarrollar sus ocasionales ideas prácticas. Al principio era considerado una especie de chiflado, pero no tardó en aprender a disfrazar sus afirmaciones con referencias a sus orígenes plebeyos, y a que la suya era una biología «proletaria». Las autoridades del partido le escucharon porque sus descubrimientos, reales e imaginarios, pa recían prometer cosechas mucho mayores muy deprisá, algo que la Unión Soviética necesitaba desesperadamente.

Tras varios años de caos en múltiples campos, la campaña tuvo un abrupto final en 1932. Los científicos e historiadores exiliados volvieron a sus puestos, algunos regresaron de los campamentos, y terminaron los ataques públicos generalizados contra la intelectualidad. Así comenzó una nueva fase en la que el liderazgo del partido, que cada vez más significaba Stalin y solo él, construyó el marco de desarrollo para lo que consideraban una cultura soviética. En la literatura, los proletarios se habían alienado de los líderes del partido. En 1932 se prohibieron todos los grupos literarios, un movimiento dirigido básicamente contra Averbach y sus Proletarios. Se redujo la presión sobre escritores no pertenecientes al partido, como Bulgákov y Pasternak. Bulgákov trabajó para el Teatro del Arte de Moscú, escribiendo obras originales y adaptaciones que a menudo eran prohibidas. En la intimidad escribía su obra maestra, *El maestro y Margarita*. Pasternak publicó prosa y poesía durante esos años, convirtiéndose en uno de los poetas más conocidos del país, a pesar de ir a contrapié respecto a la ideología soviética. En la nueva situación, Stalin creó la

Unión de Escritores, que se reunió por primera vez en un Congreso de Escritores Soviéticos en 1934. Había de incluir todo tipo de autores, desde no miembros del partido a comunistas en un grupo, otra iniciativa dirigida a domesticar a los proletarios. La Unión de Escritores fue el prototipo de una serie de sindicatos de intelectuales creativos, compositores, pintores, arquitectos y otros, que dominaron la vida cotidiana de la cultura literaria y artística soviética hasta el final, en muchos sentidos de modo paralelo al de la estructura para las ciencias naturales y sociales de la Academia de Ciencias. La Unión de Escritores tenía dos funciones. Una de ellas era aportar dirección ideológica y artística a los escritores. En la dirección del sindicato había un comité, cuyos miembros eran elegidos por el aparato cultural del Comité Central y confirmados por el propio Stalin. Estos eran los hombres que debían definir e imponer la línea del partido en el arte. Su otra función era atender las necesidades cotidianas de los artistas. La Unión de Escritores controlaba apartamentos y dachas en el campo, tenía un privilegiado centro de distribución de bienes de consumo escasos y el mejor restaurante de Moscú. Su cuartel general estaba en un palacio del siglo XIX en Moscú, que supuestamente era el prototipo de la casa de los Rostov en *Guerra y paz* de Tolstói. Se formaron uniones de pintores y compositores, que desempeñaban funciones similares.

El partido pretendía dotar a la literatura y el arte de unas directrices firmes. Stalin dijo a los escritores que eran «los ingenieros de almas humanas», pero no les entregó los planos de estas. Eso llegaría de la mano del «realismo socialista» y el primer Congreso de Escritores, en 1934. A. A. Zhdánov y Máximo Gorki, asistidos por los anteriores

opositores Bujarin y Radek, intentaron definir qué significaba dicho concepto. El objetivo era «reflejar la realidad en su desarrollo revolucionario». La implicación era que el escritor tenía que mostrar los grandes cambios en la vida soviética, evitando concentrarse en errores o limitaciones, y mostrar cómo la sociedad iba avanzando. El resultado fue la demanda de una especie de optimismo público muy difícil de justificar en la práctica, ya que daría personajes planos y conflictos poco convincentes. La otra cara del realismo socialista era que tenía que ser accesible, porque había de convertirse en el arte del pueblo. Este asunto alcanzó su punto culminante en 1936, no en torno a la literatura, sino como resultado de la puesta en escena de la ópera de Dmitri Shostakóvich, *Lady Macbeth de Mtsensk*. Él creía haber compuesto una buena ópera rusa, basada en una narración de Nikolái Léskov, que describía el mundo oscuro y opresivo de la Rusia prerrevolucionaria. Tuvo que hacer frente a salvajes críticas por su adopción del lenguaje musical modernista, similar al usado en Occidente en aquella época. En opinión de sus críticos, la obra era cacofónica e incomprensible. Era «formalista», término que se convirtió de inmediato en una de las acusaciones más graves a las que podía enfrentarse un artista. Los escritores comprendieron las implicaciones del ataque contra Shostakóvich y se dieron cuenta de que tendrían que cambiar su estilo. Muchos de ellos, incluso los partidarios más leales de la revolución, habían recurrido a estilos y técnicas innovadoras y modernas en la década de 1920, pero ahora se suponía que debían construir una novela en buena medida como había hecho Turguénev en el siglo

XIX.

Además de mostrarles la dirección correcta, el liderazgo

del partido decidió expandir y subsidiar a las instituciones artísticas a finales de la década de 1930, de hecho, a la intelectualidad en su conjunto. Los grandes teatros, el Bolshói en Moscú y el Marinski (Kírov) en Leningrado, ya no tenían que apañárselas con presupuestos pequeños. La ópera y el ballet se erigieron en elementos centrales de la cultura soviética, y, aunque estaban concentrados en las dos grandes ciudades, no estaban restringidos a ellas. Las ciudades más antiguas, como Kiev y Tbilisi, también ampliaron sus presupuestos. En las capitales de provincias y las nuevas capitales republicanas aparecieron grandes teatros para espectáculos musicales. Se alentaba a las grandes compañías a que realizaran giras por provincias. Aumentaron los presupuestos para los teatros, así como su número en capitales provinciales y republicanas. Los teatros y orquestas sustentaban a muchos actores y músicos, y lo hacían con un estilo que empezó a distanciarse cada vez más del de la población soviética. De hecho, la Unión de Escritores dedicó la mayoría de sus esfuerzos en la década de 1930 no a temas ideológicos, sino a asegurarse el control de buenas viviendas en las ciudades y los distritos de dachas, llegando incluso a construirlas cuando podía. Pasternak logró comprar una casa de dos pisos en Peredelkino —una aldea de dachas para escritores cerca de Moscú—, que sería su hogar durante el resto de su vida. Los escritores tenían acceso a servicios vedados de distribución de bienes de consumo y alimentos. Cuando llegó la guerra, Shostakóvich tenía una casa con muchas habitaciones, sirvientes y un coche con chófer. Así, la elite artística llegó a igualar a los científicos en su estándar de vida, solo ligeramente inferior al de la propia elite del partido.

Quizá, la principal forma artística de la década de 1930 fuera el cine. Durante la NEP, no existían los recursos necesarios para la producción en masa y distribución de las películas, y las producciones de Hollywood llenaban las salas. La Revolución cultural intentó darle la vuelta a la situación, pero las obras de la época eran tan superficiales y de vida tan corta como lo fueron otras formas de arte y, para colmo, objeto de feroces críticas. En el transcurso de la década de 1930 la industria cinematográfica soviética cambió radicalmente. El Estado destinó sumas crecientes a la producción cinematográfica y los estudios de rodaje, y compró caros equipos en el extranjero, como la totalidad de la tecnología necesaria para el cine sonoro a Estados Unidos. Al contrario que las demás artes, el cine era una industria estatal sometida al comité estatal de cine, que respondía directamente ante el gobierno central, no una rama más de la industria. Como correspondía a su papel central, recibió la atención personal del propio Stalin. La mayor parte de las películas nuevas se exhibían en el Kremlin en presencia de los grandes de la industria cinematográfica, que recibían extensos comentarios del líder. Los gustos de Stalin respecto al cine eran sorprendentemente sofisticados: la mayoría de las primeras películas sobre temas revolucionarios o políticos resultaban aburridas, y dijo a los cineastas que el país necesitaba más comedias. Aquello era un encargo peliagudo: los guionistas y directores temían satirizar las instituciones soviéticas, siquiera tibiamente, aunque Stalin les dijera directamente que debían hacerlo. Al final, el resultado fue una serie de comedias musicales realmente populares, muchas de ellas protagonizadas por Liubov Orlova, la actriz favorita del líder.

La ampliación de la base institucional en el cine y el teatro planteó exigencias mucho más ideológicas respecto a las artes. Toda forma de arte debía de ser accesible, además de políticamente correcta. El ataque de 1936 contra el formalismo condujo a estilos particulares de producción. En cuanto a la danza, las numerosas escuelas experimentales de la década de 1920 cerraron y en su lugar surgieron las grandes compañías, que ofrecían coreografías esencialmente clásicas, pero con nuevos tipos de ballets. Hubo intentos de darles un contenido «revolucionario», pero la danza se decantó rápidamente por la historia. A menudo, los montajes se basaban en clásicos literarios con música escasamente memorable: *La fuente de Bajchisarái* (de Pushkin) con partitura de Borís Asafes era el más popular de todos. Shostakóvich adoptó estilos musicales más accesibles, y otro tanto hizo Sergéi Prokófiev, de vuelta en la Unión Soviética desde 1935. Su música para *Romeo y Julieta* aportó al repertorio al menos un ballet que encajaba en la estética requerida, pero añadía gran música, al igual que la que compuso para las dos obras maestras cinematográficas de Eisenstein, *Alejandro Nevski* e *Iván el Terrible*. Nadie estaba libre de críticas: a Eisenstein le prohibieron dos películas en la década de 1930 y solo volvió a ganarse el favor de los poderes, en 1938, con *Alejandro Nevski*.

Los científicos —la mayoría de ellos— estaban en mejor posición. Sus institutos recibieron un incremento en la financiación aún más generoso que el de las artes. Esta nueva situación tenía un precio: a principios de 1930 se exigió a los institutos científicos la elaboración de planes quinquenales como los de la economía. En parte, esta medida estaba pensada para aumentar su utilidad para la industria. Sin

embargo, el medio final fue la creación de una red de institutos especializados para diferentes ramas de la tecnología, mientras la investigación básica seguía en manos de institutos más antiguos. Poco a poco, toda la investigación básica pasó de estar centralizada en la Academia de Ciencias a ser controlada por el partido durante la Revolución cultural, y por último directamente subordinada al gobierno central, que prescindió de los diversos Comisariados Populares. La Academia tuvo que abandonar su sede en Leningrado para trasladarse a Moscú, a una serie de nuevos institutos científicos que rivalizaban con los de Leningrado. En 1934, el gobierno soviético aprovechó la visita del físico Piotr Kapitsa desde Inglaterra para forzarle a permanecer en el país. A continuación, creó el Instituto de Problemas de Física de Moscú bajo su dirección. La Unión Soviética contaba ya con dos institutos de investigación en física de nivel mundial. Además, los científicos eran con menor frecuencia objetivos de campañas ideológicas después de la Revolución cultural. Abram Ioffe recibió fuertes críticas en 1935, pero solo se le acusaba de que su Instituto Físico-Técnico no hacía lo suficiente para aportar nueva tecnología a la industria. La década fue, en muchos aspectos, la gran era de la física soviética. Alrededor de seis premios Nobel acabaron en manos de físicos y químicos soviéticos, todos ellos por descubrimientos realizados en los institutos de Moscú y Leningrado durante la década de 1930. La biología era otra cosa. Durante toda la década, Lysenko no dejó de atacar a sus adversarios usando como punta de lanza a su portavoz ideológico, Isaak Prezent. La campaña culminó con la promoción de Lysenko a la dirección de la Academia Agrícola, pero el partido no proclamó sus doctrinas como la



única verdad. La genética clásica sobrevivió, aunque amenazada por nubes de tormenta, hasta 1984.

El terror de 1937-1938 golpeó a las artes de modo desigual. Al parecer, los músicos y compositores fueron quienes salieron mejor librados. De los críticos relacionados con el partido, como Leopold Averbach y sus proletarios, sobrevivieron relativamente pocos. Lo sorprendente es que los escritores de este grupo tuvieron más suerte, aunque muchos, incluido Shokolov, vivieron esos años con miedo. Stalin no realizó una purga masiva de escritores, pero él y sus agentes detuvieron y encarcelaron a muchos de ellos. Cualquiera que fuera la razón, muchas de las víctimas más famosas fueron detenidas en los momentos finales: Osip Mandelstam en 1938, seguido de Isaac Babel y después Meyerhold. Mandelstam murió en prisión, mientras que Babel y Meyerhold fueron fusilados. Pasternak dedicó ese periodo a sus traducciones de Shakespeare en su dacha de Peredelkino. Bulgákov siguió en el Teatro del Arte y murió de un fallo renal en 1940. Las ciencias estuvieron sometidas a procesos similares. En general, los físicos salieron bien librados: los pocos miembros del partido que había entre ellos murieron, y unos pocos científicos no pertenecientes al partido fueron arrestados, entre ellos Lev Landau. Estuvo meses en la cárcel antes de ser liberado sin explicación alguna. Kapitsa había intercedido en su favor, pese a lo cual su Instituto sobrevivió intacto. La biología planteaba un caso diferente. Una denuncia del portavoz de Lysenko, Present, motivó la detención de Nikolái Vavílov, el más grande biólogo de la Unión Soviética. Murió en la cárcel, como otros genetistas importantes. Las vísperas de la guerra constituyeron un periodo sombrío, tanto en la URSS como en Europa. En

1938, Stalin había decidido que la Unión Soviética necesitaba una enseñanza ideológica fundamental, el comienzo de una política nueva y aún más intrusiva en el campo de la cultura. La base de la nueva campaña ideológica habría de ser el *Curso breve*, en el que el capítulo sobre el marxismo había sido escrito por el propio Stalin. No obstante, la cercanía del conflicto proyectaba su sombra incluso sobre los esfuerzos ideológicos. Los planes anuales de la industria cinematográfica soviética ponían el acento en el «tema de la defensa», obras épicas sobre la historia de la revolución y la guerra civil. Las películas sobre la «construcción del socialismo» y la «amistad entre los pueblos» fueron pocas en número y de bajo presupuesto.

Cuando estalló la contienda, creó una situación enteramente nueva. Stalin tuvo que adaptarse rápidamente a ella. La preservación de las instituciones culturales fue una prioridad. Según avanzaban los alemanes, llegaron órdenes de evacuación de las instituciones culturales y las fábricas. Los institutos de investigación científica, las compañías de ballet y los escritores fueron evacuados hacia el este. Eisenstein fue a parar a Alma-Ata, y Shostakóvich a Kubyshev, junto al Volga. El propósito era proteger al personal de la cultura soviética y preservar algún tipo de normalidad durante la guerra. Los intelectuales secundaron el esfuerzo bélico con resultados magníficos, como la sinfonía «Leningrado» de Shostakóvich, interpretada por primera vez en la ciudad sitiada. Los físicos presionaron a Stalin en favor de la bomba atómica, aparte de dedicar sus energías a armas más convencionales en plantas e institutos de investigación. Muchos ingenieros llevaron a cabo su tarea bélica como prisioneros en laboratorios de la NKVD: los más famosos

fueron el diseñador aeronáutico Andréi Tupolev y el posterior diseñador de cohetes Sergéi Koroliov. La guerra planteó problemas ideológicos al liderazgo del partido. Movilizar a toda la gente posible significaba incluir a sectores de la población a los que no había llegado la ideología oficial o que estaban en contra de ella. La respuesta fue el nacionalismo. Tras los tempranos elogios de Stalin a las virtudes de la clase obrera alemana, la línea oficial empezó a hacer hincapié en los héroes rusos y sus logros. Los historiadores desempolvaron manuscritos sobre Pedro el Grande o Kutúzov, hasta entonces no publicables. Eisenstein filmó una de sus películas clásicas sobre la vida del zar *Iván el Terrible*, una película concebida para glorificar las conquistas del zar y retratarle luchando por la unidad de las tierras. Hasta hubo que repensar el marxismo: en 1943, los principales periódicos del partido declararon que hasta entonces se había puesto demasiado énfasis en Hegel como base del marxismo y era necesario eliminar ese énfasis. El resultado fue una versión imprecisa del pensamiento de Marx, pero hizo que el marxismo pareciera menos alemán. Para buena parte de la intelectualidad, la nueva línea cultural representó más espacio para respirar, y muchos de ellos confiaban en que perdurara tras la guerra. Sus esperanzas se verían frustradas. Incluso mientras rugía la batalla, hubo incidentes: Mijaíl Zóschenko, un popular escritor satírico, vio prohibida su introspectiva novela autobiográfica *Antes del amanecer* después de la publicación de los primeros capítulos en una de las principales revistas literarias.

Hubo un rápido retorno a la ortodoxia tras la guerra. Los años transcurridos desde la victoria hasta la muerte de Stalin fueron los más sombríos y siniestros en la historia de la

cultura soviética. La primera señal fue el ataque lanzado en 1946 por Andréi Zhdánov, uno de los colaboradores más próximos a Stalin, contra Zóschenko y la poetisa Ana Ajmátova. El propio Stalin leía con regularidad las publicaciones literarias y los juicios emitidos eran, esencialmente, los suyos. En palabras de Zhdánov, el trabajo de Zóschenko era banal y carente de ideas, y la novela escrita tras la guerra era «repugnante» y carecía de relación alguna con el conflicto contra Hitler. La poesía de Ajmátova era pesimista, orientada al pasado, una reliquia de la decadente cultura aristocrática de salón. Se suponía que la literatura soviética tenía que educar al lector y convertirlo en un miembro plenamente concienciado de una sociedad socialista, que no se dedicaba a darle vueltas a problemas y limitaciones o detalles de la psicología individual. Tampoco debía imitar a la literatura occidental: de hecho, Stalin no quería que se tradujera demasiado. «¿Por qué hacerlo?», preguntó en una de sus reprimendas a los escritores. «Da la impresión de que nosotros, el pueblo soviético, somos de segunda categoría y de que los extranjeros son la única gente de primera clase.» El resultado fue una larga serie de tediosas crónicas acerca de la vida soviética, fantasiosas en su descripción idealizada de la existencia cotidiana. Hasta Stalin era consciente de que eran aburridas, pero siguió culpando a los escritores por su falta de talento y maestría en su arte.

En 1948 les llegó el turno a los compositores Prokófiev y Shostakóvich, atacados por su música supuestamente disonante, demasiado alejada de la música popular e inaccesible para las masas. Esta nueva campaña, en muchos aspectos una repetición del ataque de 1936 contra el formalismo, tenía detrás tanto a los escritores de canciones

populares, rivales de los compositores serios, como a las autoridades del partido. El mismo año, Lysenko consiguió coronar su larga lucha por el poder en la biología en una comparecencia ante sus colegas en una «discusión» sobre genética. Proclamó que sus ideas eran progresistas y «materialistas» y la genética una ciencia reaccionaria e «idealista». Stalin intervino directamente en este asunto. Lysenko le envió su discurso para que lo comentara y el secretario general lo leyó con atención. Originalmente, Lysenko quería confrontar su propia biología «proletaria» con la biología «burguesa» de los genetistas y concluir con un pronunciamiento general de que el pensamiento científico reflejaba intereses de clase. Stalin tachó ese pasaje, escribiendo en el margen: «Ja, ja, ¿qué hay de las matemáticas?». Pidió a Lysenko que abandonara la terminología de clase y sustituyera «progresista» y «reaccionaria». La consecuencia fue el hundimiento de la genética durante casi 20 años y enormes daños para la biología soviética. Había planes de celebrar una «discusión» similar con el fin de aportar un marco ideológico para la física, pero jamás se materializó.

En los últimos años de vida de Stalin, la ideología soviética oficial era una extraña mezcolanza de marxismo dogmático y nacionalismo. Se montaron campañas para probar los logros científicos rusos, la más famosa de las cuales fue la afirmación de que el ingeniero ruso Alek sandr Popov había inventado la radio en 1900 (realmente, era uno de varios pioneros en este campo). Los escritores, compositores y artistas rusos prerrevolucionarios se convirtieron en objeto de minicultos, con incontables estatuas, películas y publicaciones en su honor. La promoción estaba en gran

medida dirigida a Occidente, para demostrar que la cultura rusa era igual, si no superior a la occidental. A la vez, los líderes del partido promocionaban a héroes de la cultura de las demás nacionalidades soviéticas. El Politburó ordenó que se homenajeara el trabajo de poetas musulmanes medievales que, afirmaba, eran antecesores de las nacionalidades soviéticas, Alisher Navoi (Ali-Shir Nava'i) en Uzbekistán y Nizami de Gandzha (o Ganjavi) en Azerbaiyán. Poetas rusos recibieron dinero por traducir sus obras y fueron objeto de alabanzas oficiales en la prensa central. En estos años, Shevchenko o el poeta medieval Shotá Rustaveli eran figuras más enaltecidas que Shakespeare o Goethe. En todas las repúblicas soviéticas las autoridades asignaron a compositores, usualmente rusos o caucásicos, la tarea de ayudar a los talentos locales a producir ballets y óperas «nacionales» para aportar repertorio y prestigio a los teatros recién abiertos. Mientras se producía esta actividad en la periferia, en Moscú y Leningrado el ballet pugnaba con las restricciones de la estética soviética. El enorme genio de bailarines como Galina Ulanova lo mantenían vivo. La campaña emprendida contra los judíos en 1948 no hizo más que envenenar, aún en mayor medida, la atmósfera cultural, dado que gran número de músicos, escritores y artistas eran judíos. Los principales escritores en yidis fueron encarcelados o fusilados. La intelectualidad recordaba la década de 1930 y las diversas campañas ideológicas parecían conducir a otro episodio de terror en masa. No llegó a materializarse y el número real de detenciones entre los intelectuales de aquellos años fue pequeño, pero el miedo de aquellos años fue muy real para Shostakóvich o Ajmátova.

La muerte de Stalin cambió la atmósfera. En cuestión

de pocos meses empezaron a regresar los prisioneros de los campos y la *intelligentsia* fue consciente de las posibilidades. Ilyá Ehrenburg, conocido sobre todo como corresponsal de guerra y autor de novelas moderadamente modernistas situadas en la Europa occidental de la década de 1920, fue el autor de una obra corta llamada *El deshielo*, que dio nombre a todo el periodo. El villano de la historia es el director de una fábrica, el clásico jefe estalinista. Atacada inicialmente, la historia sentó el tono de toda una serie de libros que pretendían tratar sobre el pasado, si bien dentro de límites definidos. El discurso secreto de Kruchev dio un empujón adicional a este tipo de literatura, además de relajar las demandas de la ortodoxia en la música y el arte. A comienzo de la década de 1960 habían aparecido una serie de obras describiendo el sistema de campos que acababa de llegar a su fin: la más famosa, *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Aleksandr Solzhenitsin. La historia se publicó en la revista literaria *Novyi Mir*, que se ganó una enorme popularidad por acoger muchos tra bajos que simpatizaban con el programa de desestalinización. Algunos escritores, en particular poetas jóvenes como Evgeni Yevtushenko, alcanzaron una gran fama en aquellos tiempos, llegando a leer su poesía en estadios llenos a reventar. Shostakóvich se inspiró en el poema de Yevtu shenko «Babi Yar», sobre la masacre de judíos por los nazis, para su *Decimotercera sinfonía*. La conclusión de las políticas culturales de posguerra y la rehabilitación de escritores encarcelados o ejecutados representó un gran impulso para la reedición de la literatura de la década de 1920, de estilos frecuentemente modernistas. Los editores soviéticos sacaron una oleada de traducciones de autores occidentales. La ópera y el ballet soviéticos se alejaron del

canon estalinista hacia estilos menos narrativos y más innovadores, un compromiso que aún requería complejos decorados y más «interpretación» de lo que era común entonces en Occidente, en el momento cumbre de la fascinación por lo abstracto en todas las artes. Sin embargo, en la era de Kruchev, no todo fue liberalismo. La renovada campaña contra la religión afectó a muchas áreas de la cultura de forma indirecta, haciendo imposible la reedición de clásicos del siglo XIX como algunas obras de Dostoievski o la plasmación de temas religiosos. El gran acontecimiento de la década fue el escándalo por la concesión del Premio Nobel a Pasternak por su novela *Doctor Zhivago*, una narración claramente antisoviética de la revolución y la guerra civil. Fue un gigantesco éxito propagandístico para Occidente: la obra fue prohibida en la URSS y Pasternak se convirtió en objeto de ataques en la prensa y de la condena oficial. Ya no era la etapa de Stalin, no obstante, y Pasternak siguió viviendo apaciblemente en su dacha de Peredelkino.

Quizá la reliquia más chocante del estalinismo en tiempos de Kruchev fuera su negativa a aceptar la genética moderna. Lysenko continuó siendo el rey de la biología debido al apoyo que le prestaba Kruchev. Al mismo tiempo, la ciencia se expandió enormemente en estos años. Durante la década de 1960, solo Estados Unidos iba por delante de la URSS en la cantidad de publicaciones sobre ciencias naturales, y en la de 1980, la Unión Soviética contaba con el mayor número de científicos naturales per cápita del mundo. Las ciencias tenían a su disposición complejos enteros, como Akademgorodok (Ciudad Academia), cerca de Novosibirsk, en el oeste de Siberia. Su construcción comenzó en 1958 por iniciativa de los científicos de la Academia. Esta ciudad,



levantada completamente desde cero, llegó a albergar a 50.000 científicos y sus respectivas familias, con viviendas nuevas y cómodas (dentro de los estándares soviéticos) y un acceso privilegiado a toda una gama de bienes de consumo. Para el liderazgo del partido, la ciencia era la base de una «visión científica» del mundo, la clave del crecimiento económico, el camino de la victoria en la rivalidad con el mundo capitalista. La capacidad para concentrar recursos en áreas cruciales había traído consigo espectaculares éxitos en la coherencia y la industria nuclear, tanto militar como civil. La idea era ampliar la base para garantizar una modernización más completa de la industria y la agricultura.

Con la eliminación de Kruchev, el nuevo liderazgo se apresuró a poner fin a las campañas antirreligiosas y permitieron a las iglesias seguir existiendo modestamente y fuertemente supervisadas, situación que duró hasta la década de 1980. Lysenko perdió finalmente su monopolio del poder en la biología, su trabajo fue repudiado y la genética resurgió como disciplina reconocida. Hasta el fin de la Unión Soviética las relaciones entre las autoridades y la comunidad científica eran corteses y de colaboración, aunque no faltaban tensiones bajo la superficie. Para los escritores, no obstante, el nuevo régimen fue menos positivo. En los últimos meses del liderazgo de Kruchev, el joven poeta Joseph Brodski había sido exiliado al norte por «parasitismo», y en 1972 la KGB le expulsó del país por publicar sus trabajos en el extranjero. Brézhnev jamás repudió la condena de Stalin, pero erradicó la tolerancia y el apoyo a la literatura, histórica o de ficción, que versaba sobre las represiones de esa etapa. Así, la obra de Solshenitzin dejó de ser publicable y apareció solo en Occidente, lo que llevó a su expulsión de la Unión Soviética.

La política cultural quedó congelada en el tiempo: continuaron saliendo obras de muchos escritores reprimidos bajo Stalin, pero no las de Bulgákov o *Doctor Zhivago*. No dejaban de publicar traducciones de literatura occidental, pero los escritores importantes como Marcel Proust (publicado en la Unión Soviética en la década de 1930) o James Joyce no fueron traducidos. Los escritores soviéticos eludían los temas clásicos del realismo socialista y empleaban un estilo moderadamente modernista. Vasili Belov y otros trabajaban en diferente dirección, bajo la influencia de Solzhenitsin. Elaboraban románticas descripciones de la vida rural con un fuerte componente nacionalista, transmitiendo la idea de que el campesinado había custodiado en tiempos los auténticos valores rusos, patriarcales y religiosos, que el orden soviético había destruido. Se mostraban muy críticos con los koljoses y en sus narraciones históricas describían una aldea armoniosa destruida por urbanitas, a menudo judíos, en la década de 1930. El filo acerado y el tono nacionalista les dio gran popularidad entre los intelectuales en los años finales de Brhéznev. Los escritores rurales y su ideología se fueron difuminando en el movimiento disidente, marcadamente nacionalista en su perspectiva, aunque una minoría de ellos compartían el enfoque más occidentalizado de Andréi Sajárov. Ambas tendencias eran bien conocidas entre la elite de la intelectualidad a través de manuscritos clandestinos, pero más que los disidentes eran los «bardos», cantantes como Bulat Okudzhava y Vladímir Vysotski, quienes acompañándose de la guitarra interpretaban sus canciones y reflejaban con mayor precisión el estado de ánimo de la gente educada. Vysotski rara vez ofrecía conciertos en público, ya que ninguna agencia estatal lo

permitía, pero sus temas interpretados en pequeñas reuniones o en pisos de Moscú se extendían rápidamente por todo el país en forma de grabaciones en cinta y en actuaciones de aficionados, también a puerta cerrada. Pese a que no eran suficientemente políticas para ser consideradas antisoviéticas, las canciones y sus letras transmitían una especie de alienación introspectiva típica de la época. En la Unión Soviética solo se publicaron grabaciones legales de las canciones de Okudzhava a finales de la década de 1970, y una grabación de Vysotski salió a la luz poco después de la muerte de este en 1980.

Los cineastas soviéticos siguieron las mismas tendencias. *Andréi Rublev*, de Andréi Tarkovski, reflejaba la penetración del cristianismo y el nacionalismo rusos en el cine soviético en 1966. Pocas veces proyectada en la Unión Soviética, la película retrataba al pintor de iconos del siglo xv, Rublev, como un hombre que sobrevive a las penalidades de su tiempo gracias a la fe y el arte. Tarkovski abordó temas más psicológicamente introspectivos, habitualmente con resonancias religiosas, en posteriores trabajos como *Stalker* (1979), más o menos ciencia ficción. Aunque la película fue exhibida en la Unión Soviética, el número de proyecciones fue muy limitado. Tarkovski ya había tenido suficiente: se mudó a Occidente, muriendo en París en 1986. Otros directores de cine repartían su tiempo entre historias épicas (*Siberiada*, también rodada en 1979 por el director Andréi Konchalovski) y películas moderadamente modernistas sobre la vida privada de la intelectualidad soviética.

Una de las más llamativas características de la vida soviética a partir de la década de 1960 fue la aparición de la cultura popular. Sus comienzos se remontaban a la era de

Stalin y, en reducida medida, estaba presente antes de la revolución. En esos años, el público de la cultura popular lo componía, sobre todo, la delgada capa media de la sociedad urbana, con algunas prolongaciones entre la clase trabajadora. Los principales ejemplos eran los escenarios (*estrada* en ruso) que acogían bandas rusas de *jazz*, cómicos y películas. Las fronteras con la cultura de la intelectualidad eran fluidas: Prokófiev y Shostakóvich escribieron música para películas, y grandes escritores guiones. Algunos autores hicieron ciencia ficción e historias de detectives, aunque ambas cosas resultaban sospechosas a mediados de 1930. La atmósfera más liberal de la era de Kruchev trajo consigo un renacimiento de la ficción popular, en especial de la ciencia ficción, y el *jazz* volvió a la radio y los teatros musicales. Sin embargo, lo que realmente transformó la cultura popular rusa fue la televisión, así como el acceso a música popular occidental (además de *jazz*, algunos tipos de *rock and roll*). La televisión trasladó la música popular de los teatros a los hogares de todo el mundo. Si bien la televisión soviética emitía algunos programas culturales, eran los de entretenimiento los que obtenían una audiencia masiva. Un ejemplo era la historia de espías durante la Segunda Guerra Mundial de Julián Seménov, *Diecisiete momentos de la primavera*, una miniserie de 1973 de éxito espectacular y que tanto impresionó al joven Vladímir Putin.

El caso de la música popular era complejo. Como en otros lugares, el público del *jazz* se volvió más elitista a partir de la década de 1960, y el *rock* norteamericano ocupó su lugar. La juventud soviética oía música *rock* en emisoras de radio extranjeras, aunque comenzaron a circular cantidades gigantescas de grabaciones en cinta, algunas caseras, al

aparecer en el mercado las grabadoras y los reproductores. El régimen de Brézhnev no prohibió la música *rock*. Intentó restringir lo que consideraba las versiones más eróticas y salvajes, pero mucho circulaba abiertamente y el Estado empezó a patrocinar grupos de *rock* y cantantes populares con estilos eclécticos. Algunos de ellos, como Alla Pugacheva, eran increíblemente populares. En paralelo a estas versiones, más oficialistas, de la música popular, existían bandas clandestinas, o *underground*, como Aquarium, en Leningrado. Durante largo tiempo, su música se distribuyó en grabaciones en cinta, pero en 1980 habían adquirido cierto reconocimiento estatal. Toda esta música popular tardía soviética derivaba de modelos occidentales, aunque con un toque local, y también imitaba a Occidente en la creación de una serie de subculturas generacionales en continua evolución. Cada momento, desde el *jazz* hasta la locura por la música disco de finales de la década de 1970, tenía su propio público, que a menudo no se extendía a oyentes con solo unos pocos años menos. La cultura popular soviética, al menos las variantes musicales, tenían ya poco que ver con la «realidad soviética». Igualmente, tenía poco que ver con la cultura de la intelectualidad, oficial, crítica o disidente, aunque sí compartía la sensación de alienación de buena parte de la *intelligentsia*. Compartían, además un trasfondo social, ya que muchos músicos populares, incluso rockeros, provenían de familias privilegiadas de la intelectualidad o incluso de la elite del partido.

Llegada la década de 1980, la mayoría de los grandes escritores y artistas de los tiempos soviéticos habían desaparecido ya: Pasternak murió en 1960, Shostakóvich en 1975, y Sholojov en 1984. Casi toda la primera marea de

cineastas y actores de la década de 1920 habían fallecido. La nueva generación de escritores y artistas no estaba a la altura de sus predecesores, no más que sus homólogos en Occidente estaban a la altura de Proust o de Joyce. Los escritores y artistas soviéticos soportaban la carga adicional de una política cultural fosilizada pero obligatoria, que ya no atraía a las nuevas generaciones de la intelectualidad. Aunque los disidentes parecieran a muchos un grupo estridente y poco convincente, su propia visión del sistema soviético era poco entusiasta. La línea cultural oficial y sus productos se convirtieron cada vez más en un mundo de fantasía que el público bien leía o presenciaba. Para la intelectualidad, la Perestroika de Gorbachov fue un terremoto –un terremoto bienvenido, ya que estaban seguros de que la libertad política y una economía de mercado traerían consigo un gran florecimiento de la cultura—. Estaban convencidos de que había llegado la hora de la intelectualidad. No tardarían en saber lo equivocados que estaban.

## La Guerra Fría

La Guerra Fría abarcó la totalidad de los últimos 46 años de la historia soviética. Fue una competencia épica, que implicaba al mundo entero, desde Berlín y Pekín a los lugares más remotos de África y Latinoamérica. Durante buena parte de ese tiempo, dio la impresión de que la Unión Soviética tenía probabilidades de «ganar» en algunos aspectos. De hecho, sus más histéricos adversarios estaban convencidos de que era inmensamente poderosa. En realidad, la Unión Soviética iba a remolque y nunca estuvo cerca de derrotar a su nuevo enemigo, Estados Unidos. La mayor parte del tiempo, luchó por mantenerse a la par y sobrevivir con su recién hallado poder más o menos intacto.

Al final de la Segunda Guerra Mundial las dos potencias parecían relativamente emparejadas. Ambas eran potencias industriales y su población era similar: en Estados Unidos, 151 millones de habitantes, frente a los 182 millones de la Unión Soviética. Esta cifra, sin embargo, era una ilusión: en el caso de la Unión Soviética, era el resultado de la ocultación de bajas de guerra y puede que rondara 167 millones. La industria soviética ocupaba el tercer puesto en 1940, por detrás de Estados Unidos y Alemania, y buena parte del país estaba en ruinas. La devastación de la URSS no tenía paralelo, ni siquiera en Alemania; Estados Unidos no había sufrido daño alguno durante la guerra, aparte de Pearl Harbor y las islas Aleutianas. El conflicto había devuelto la prosperidad a Estados Unidos tras la depresión y supuso un enorme impulso para su tecnología e industria, como demostró el rápido éxito del proyecto atómico. Por aquel

entonces, Stalin estaba convencido de que, después de la guerra, las «contradicciones» entre Estados Unidos y otras potencias occidentales crecerían, en especial dado que preveía un veloz crecimiento y rearme de Alemania y Japón. Llegado el momento, habría otra guerra entre las potencias occidentales. Dentro de la jerarquía soviética, hubo quienes pusieron en duda este enfoque. Señalaban que Gran Bretaña, pese a sus diferencias con Estados Unidos, dependía fundamentalmente del dinero y el poder estadounidenses, y otro tanto ocurriría con Alemania y Japón. Stalin se limitó a suprimir tales disensiones.

A pesar de su evaluación optimista del mundo, Stalin no corrió riesgos. Al principio, durante la contienda había prestado escasa atención a la construcción de la bomba atómica, no obstante las repetidas advertencias de los científicos soviéticos, preocupados tanto por Alemania como por Estados Unidos. Los servicios de información soviéticos habían adquirido datos muy valiosos en Gran Bretaña a comienzos de la guerra, pero permanecían en los archivos de Beria, ignorados. Como siempre, Beria temía que se tratara de astuta desinformación. Los físicos soviéticos formaron un grupo de presión para empujar a Stalin a tomar una decisión. Eran conscientes de que los norteamericanos estaban trabajando en una bomba (todas las publicaciones de físicos relevantes habían desaparecido de las revistas científicas) y temían que los alemanes fueran los primeros en desarrollarla. Finalmente, en 1943, Stalin instauró una unidad de investigación para construir un reactor y colocó al frente a Ígor Kurchatov, uno de los físicos de talento salidos del Instituto Físico-Técnico de Ioffe en Leningrado. Kurchatov y su grupo lograron hacer el reactor en un pequeño edificio del



sur de Moscú, pero solo las noticias sobre Hiroshima convencieron a Stalin para poner la directa en el proyecto de la bomba. Montó un laboratorio al sur de Moscú, llamado Arzamas-16, en los edificios del famoso monasterio del siglo XIX de Sarov. Beria estuvo a cargo de este proyecto, así como de la industria nuclear en su conjunto, que estaba extrayendo y procesando uranio en la URSS, Alemania del Este y Checoslovaquia. Quedaba el problema del diseño exacto de la bomba. En esta ocasión, la información transmitida por Klaus Fuchs en Los Álamos y el triunfo estadounidense ayudó a los científicos a ganar al menos un año de tiempo. En 1949, los soviéticos probaron su primera bomba atómica en secreto. El gobierno de Estados Unidos solo descubrió que se había producido la explosión mediante el análisis de la lluvia radiactiva atmosférica.

La construcción de la bomba, una hazaña tecnológica inmensa para un país relativamente atrasado, se logró a un coste igual de inmenso en inversiones de capital. La mera existencia de la bomba no resolvió todos los problemas militares soviéticos. Ninguno de sus bombarderos de la época, los únicos medios disponibles para transportarla, era capaz de volar desde la Unión Soviética para atacar a Estados Unidos. El hecho de que los soviéticos no tuviesen motores de aviación lo bastante grandes para mover un bombardero de gran tamaño empeoraba las cosas. Estados Unidos mantenía una red de bases en Europa occidental y Turquía, desde la que los aviones podían atacar prácticamente cualquier blanco importante en la URSS, pero la única respuesta o acción preventiva habría sido usar como blanco esas bases, no los propios Estados Unidos. La fuerza aérea soviética había sido, fundamentalmente, de apoyo a tierra,

tras haber abandonado los bombardeos estratégicos para construir bombarderos de menor tamaño en respaldo de su infantería. Así que Stalin tuvo que ordenar la creación de una red de defensa aérea para proteger las principales ciudades objetivo soviéticas, lo que supuso gastos colosales. En el momento de su muerte, los cimientos ya estaban colocados.

Sin menospreciar la potencia militar, Stalin y su círculo eran conscientes de que su mayor ventaja estaba en la esfera política: era el prestigio de haber derrotado a Hitler y del movimiento comunista en el mundo en general. Asumían que extender el mandato comunista y el sistema socialista incrementaría el poder soviético. Como es natural, el primer escenario con posibilidades era Europa del Este, liberada de los nazis y ahora bajo ocupación soviética.

Los soviéticos habían recibido a muchos exiliados políticos en Moscú durante la guerra, y entraron en contacto con los grupos clandestinos mientras avanzaban por Europa del Este. La estrategia desarrollada por Stalin, y que exigía que siguieran los comunistas locales, era la instauración de un régimen de «democracia popular». El Partido Comunista debía establecer una coalición en cada país con otros grupos izquierdistas o agrarios, en vez de asumir el poder en su propio nombre. Habría que redactar nuevas Constituciones con nuevos gobiernos electos (un cambio respecto a las dictaduras prebélicas). En el único país anteriormente democrático, Checoslovaquia, se restauró la vieja Constitución. Stalin no renunciaba a la oportunidad de controlar el territorio que brindaba una victoria electoral. En todos los países liberados, los comunistas habrían de ser un socio relevante en el gobierno; si no podían serlo honradamente, debían hacerlo manipulando las elecciones.

Los comunistas de todas partes se hicieron cargo de los Ministerios de Interior, que controlaban a las diversas fuerzas policiales, y esos ministerios estaban, en realidad, controlados por las fuerzas de seguridad soviéticas. Más aún, los comunistas locales consultaban a las autoridades soviéticas, bien al embajador o directamente a Moscú, sobre prácticamente todas las cuestiones de importancia.

Este arreglo no era estable a largo plazo. Planteaba los mismos problemas que el Frente Popular durante la Guerra Civil Española: la incompatibilidad en métodos y objetivos de los partidos comunistas con sus «socios» de coalición. La desastrosa situación económica de la mayoría de los países del este de Europa añadía inestabilidad. Complicaba todavía más las cosas el residuo de violencia y odio que la guerra había dejado a su paso. Hasta los embajadores soviéticos se sintieron conmocionados por el manifiesto antisemitismo en Checoslovaquia y otros países en la posguerra, y se mostraban nerviosos ante la explotación de este por los comunistas locales. Como llegaron a comprender, el nacionalismo estaba justo bajo la superficie incluso entre los comunistas. Todos los países del Este tenían una historia moderna en la que predominaban los movimientos nacionalistas, no liberales ni socialistas, y la guerra no había hecho más que exacerbar la situación. Los partidos de coaliciones no comunistas estaban empeñados en no ceder todo el control a los comunistas, algo que cada vez les resultaba más difícil. Por último, por mucho que hubieran derrotado a Hitler, los soviets no eran populares en todos lados. Los yugoslavos y las poblaciones de Checoslovaquia acogieron al Ejército Rojo como liberadores, pero no Hungría y Rumanía. Ambas eran estridentemente antisoviéticas y antirrusas y en las dos las dictaduras

nacionalistas habían sido populares hasta que Hitler empezó a perder la guerra. En Polonia, los comunistas representaban una minoría en un movimiento masivo de resistencia también anticomunista y antirruso, y la sublevación de Varsovia continuó siendo un tema controvertido. Alemania resultaba particularmente compleja. El apoyo a Hitler había sido casi universal y el victorioso Ejército Rojo se había comportado como conquistador con los civiles alemanes, no como liberador, saqueando las casas y violando a las mujeres.

Un punto de inflexión se produjo en 1947, cuando Stalin creó la Oficina de Información de los Partidos Comunistas (Kominform), sucesora a menor escala de la Komintern, dejando patente su intención de conservar el control formal sobre sus camaradas. En febrero de 1948, una crisis de gobierno en Checoslovaquia impulsó a los comunistas de Klement Gottwald a constituir «comités de acción» y, con algo de aliento soviético, a tomar el poder. El presidente constitucional, Edvard Benes, no tardó en dimitir, y los comunistas lograron el control absoluto. Con ayuda de diversos mecanismos, los comunistas se hicieron con el control en todos los demás países del Este europeo. Los nuevos gobiernos fueron mucho más allá de los eslóganes de «democracia popular» (aunque el término siguió siendo el oficial), hacia la plena nacionalización y colectivización de la agricultura. También desplegaron todo su arsenal de terrorismo contra sus oponentes, con ejecuciones y encarcelamiento de cientos de miles de personas. Los juicios-farsa de líderes comunistas presuntamente disidentes, como el de Rudolf Slanski en Checoslovaquia, fueron una copia de las purgas soviéticas. Una vez arrinconada la oposición, los Estados pusieron en marcha gigantescos proyectos de

construcción de acuerdo con el modelo soviético. Confiaban en un genuino entusiasmo por el socialismo, en especial entre los jóvenes, pero en ningún lugar se aproximaron a un nivel de respaldo suficiente como para mantenerse por sí mismos sin la amenaza de la fuerza y el auxilio de la Unión Soviética.

La única excepción a muchas de estas reglas fue Yugoslavia, un desafío a Stalin desde dentro del movimiento comunista que jamás logró aplastar. Al contrario que sus vecinos, Josip Broz Tito había llegado al poder con un considerable aval de las masas, fruto de sus años de dirigente partisano contra la ocupación alemana e italiana. En la posguerra, Tito fue más estalinista que Stalin y hubo desacuerdos tácticos sobre la estructura balcánica de posguerra y la Guerra Civil griega. Stalin puso fin a la ayuda a los comunistas, lo que desencadenó la furia de Tito. En 1948, Stalin condenó las «desviaciones» de Tito y pretendió aislar a Yugoslavia, sin gran éxito dado el apoyo tácito occidental. Después, Tito planteó la idea de que sus industrias socialistas estarían «autogestionadas» para diferenciarlas de la práctica soviética. El punto fundamental era, sencillamente, que Tito no dependía de los soviéticos para su supervivencia y no veía motivo para seguir sus órdenes.

Otro tema que frustró a Stalin, al menos en parte, fue Alemania. La ocupación por las cuatro potencias concedió a los soviéticos el control del este de la nueva Alemania y el este de Berlín. Como en Europa del Este, los soviéticos instauraron en su área una democracia popular con los comunistas en el centro. Por lo demás, era la única semejanza. Alemania era un país industrializado, con buena parte de esa industria en la zona soviética. Los comunistas

alemanes anteriores a Hitler habían sido una fuerza política importante: la diminuta resistencia antinazi en Alemania había sido fundamentalmente comunista. Al mismo tiempo, casi todos los defensores de los comunistas de antes de 1933 acogieron con entusiasmo a Hitler. El nuevo líder comunista alemán, Walter Ulbrich, y sus camaradas eran generales sin ejército. Stalin quería resolver el problema de Alemania en su conjunto, no limitarse a montar un falso Estado comunista, por lo que todas las decisiones sobre la zona este eran medidas provisionales. Al parecer, esperaba que se creara una Alemania neutral unida, en la que la influencia soviética fuera importante. Parte de su razonamiento era que una política semejante sería una buena medida propagandística, aunque también parecía temer que una Alemania neutral tendría intereses distintos a los de Gran Bretaña y Estados Unidos, e incluso podría resultar conflictiva para ambos países. Molotov prosiguió con esta política hasta mucho después de la muerte de Stalin. No fue hasta que Alemania occidental empezó a coaligarse –a partir de 1947 con el Plan Marshall, después con la introducción de una moneda común en la zona oeste, el fracaso del bloqueo de Berlín (1948-1949) y la fundación de la República Federal en el oeste– cuando Stalin aceptó lo inevitable. Permitió a Ulbrich fundar la República Democrática Alemana en 1949, un tanto provisional hasta entrada la década de 1950.

Europa quedó dividida en 1949. Stalin había abandonado a los comunistas griegos, del mismo modo que Occidente abandonó a los suyos en Europa del Este. Ambos bandos eran conscientes de que el poder soviético y el occidental eran invulnerables en sus respectivas esferas de influencia. Stalin desalentó toda aventura por parte de los

comunistas italianos y otros exaltados de Europa occidental, diciéndoles que su objetivo era mantener intactas sus estructuras y luchar por la paz frente a la posibilidad de un ataque occidental contra la Unión Soviética. Entretanto, en Asia estaban produciéndose acontecimientos que harían sombra a los asuntos europeos.

Stalin no había prestado gran atención a Mao Zedong y los comunistas chinos desde hacía tiempo. Después de la derrota de estos en 1927, el partido había dedicado años a formar una base de guerrillas en torno a Yenán, lejos de los centros del país. La invasión había llevado a una especie de Frente Popular con los nacionalistas de Chiang Kai-shek. En el transcurso de la guerra, los comunistas incrementaron inmensamente su número y su fuerza. Con la derrota de Japón, las tropas de Chiang avanzaron hacia el norte de China y Manchuria, donde los comunistas tenían sólidas bases en el campo. Inicialmente, Stalin dio por supuesto que los comunistas no podrían enfrentarse militarmente al ejército profesional de Chiang y eran políticamente demasiado débiles para que importaran. Sin embargo, en 1947, Mao había demostrado su capacidad de detener a fuerzas enemigas aparentemente superiores. Los soviéticos aumentaron su apoyo y Stalin empezó a enviar a los chinos un telegrama tras otro, con consejos sobre cómo organizar el poder así como respuestas a preguntas sobre ideología marxista. En 1948, resultó evidente que los comunistas iban ganando, pero incluso Mao pensaba que la victoria tardaría de tres a cinco años. Ni siquiera él esperaba las decisivas victorias comunistas, que concluirían con la derrota sin paliativos de las tropas de Chiang en la gigantesca batalla de Huaihai a final de año. Destrozado el corrupto e

incompetente régimen, el Ejército de Liberación del Pueblo entró en Pekín en 1949 y continuó hacia el sur de China. Mao proclamó la República Popular China el 1 de octubre. El mundo comunista había más que duplicado su tamaño.

Una de las primeras consecuencias internacionales del triunfo de Mao se manifestó en Indochina. Desde 1940, los comunistas vietnamitas habían adoptado una variante de la estrategia de la democracia popular. Ponía el acento en el gobierno colonial y la reforma agraria, más que en una transición inmediata al socialismo. Las bases de Ho estaban en el Norte y, con la victoria de los comunistas chinos, se alió con China, una fuente asequible de suministros. Los franceses no dejaron de combatir, pero en 1954 cometieron un error fatal: establecer una base en el montañoso noroeste para cortar los vínculos de Vietnam con Laos. El ejército vietnamita, que ya no era una simple guerrilla y ahora estaba equipado con artillería pesada, rodeó a los franceses y forzó la capitulación de la guarnición tras un asedio de varios meses. El acuerdo de Ginebra dividió el país por el paralelo 17 y la República Democrática de Vietnam pasó a ser dueña del norte. Vietnam llegaría a desempeñar un papel clave en la Guerra Fría, pero la consecuencia inmediata más destacada de su victoria se produjo en Corea.

En Corea, los acontecimientos se habían desarrollado en buena medida como en China y Vietnam. Las tropas soviéticas ocuparon brevemente el norte, impulsando a los comunistas de Kim Il Sung. También Kim se atuvo a la línea de la democracia popular en vez de la dictadura del proletariado, pero se vio frenado en el sur, ocupado por tropas norteamericanas. En 1948, unas elecciones patrocinadas por Estados Unidos desembocaron en la



fundación de la República de Corea, bajo el despótico Syngman Rhee. El año siguiente, Kim presionó a Stalin para que le permitiera invadir el sur, donde había activas guerrillas comunistas y la victoria parecía al alcance de la mano. Stalin, al principio muy escéptico, cambió de opinión, en parte debido a la revolución china y en parte como respuesta a la formación de la OTAN ese mismo año. Mao albergaba dudas similares, pero dio su aprobación al plan. La Unión Soviética proporcionó a Corea del Norte ayuda militar masiva. En junio de 1950, las tropas de Kim invadieron Corea del Sur, derrotando con rapidez a las tropas norteamericanas y coreanas. La confianza soviética en la victoria era tal que mantuvo el boicot en el Consejo de Seguridad en torno a la política estadounidense respecto a Taiwán, que les permitía librar una guerra bajo la bandera de la ONU. Stalin siguió en detalle el avance de la guerra, enviando con regularidad consejos e instrucciones, hasta el desembarco norteamericano en Incheon en septiembre de 1950, que cambió el sentido del conflicto en perjuicio de los comunistas. Todo parecía indicar que Kim caería derrotado, ya que Stalin no tenía la menor intención de enviar tropas soviéticas. La petición de tropas a China fue rechazada, lo que sorprendió tanto a Stalin como a Kim. Stalin ordenó al líder coreano que se preparase para una guerra de guerrillas y evacuara a su gente hacia la Unión Soviética. Entonces, los chinos cambiaron de parecer, supuestamente en respuesta al belicoso anuncio del general Douglas MacArthur de «redoble de tambores» (recurso a las armas atómicas) y la amenaza que implicaba para China. Los «voluntarios» chinos atravesaron en tromba la frontera, haciendo retroceder a los norteamericanos y sus aliados hasta el paralelo 38, más o menos el punto de partida. En 1951, la

guerra había llegado a un empate que solo se resolvería mediante la tregua alcanzada pocos meses después de la muerte de Stalin. Aunque Kim no logró conquistar el sur, los ejércitos de China y Corea del Norte, salidos apenas de sus propias revoluciones y con economías atrasadas (y algo de ayuda soviética), habían mantenido al ejército estadounidense a raya durante tres años.

A la muerte de Stalin en 1953, la Unión Soviética tenía mucho de lo que enorgullecerse en el escenario internacional desde la Segunda Guerra Mundial. Ahora había un «bloque socialista» que incluía China, Corea del Norte, Vietnam y la mayor parte de Europa del Este. La Unión Soviética poseía la bomba atómica y estaba a punto de hacerse con la de hidrógeno. Estos mismos éxitos fueron los que galvanizaron a la oposición occidental, desmintiendo la confianza de Stalin en lo inevitable del conflicto entre potencias occidentales. Estados Unidos, plenamente comprometido para impedir cualquier triunfo comunista, poseía recursos que la Unión Soviética no podía igualar. Además, Europa del Este era una bendición envenenada. Ninguno de los nuevos regímenes, salvo (irónicamente) Yugoslavia, contaba con el respaldo popular suficiente como para permanecer en el poder sin el apoyo soviético, y el problema alemán seguía sin solventar. La RDA no había sido capaz de generar una economía estable y la frontera abierta con Occidente significó que miles de personas, en su mayor parte profesionales con elevada formación, la abandonaran año tras año. La emergente Guerra Fría impidió la resolución final de los muchos conflictos causados por la ocupación de Alemania por cuatro potencias, el más explosivo de los cuales era el estatus de Berlín.

Detrás de los vaivenes de la diplomacia de la Guerra Fría, con sus crisis periódicas, se cernía la cuestión más grave del potencial militar soviético. La mera posesión de una bomba atómica no hacía invulnerable al país, y mucho menos lo equiparaba a Estados Unidos. En 1953, los soviéticos habían recorrido un largo camino para frenar la potencial amenaza de bombardeos estratégicos estadounidenses, pero el mundo no se había detenido. Estados Unidos comprendió que la siguiente fase sería la construcción de misiles y, por tanto, estaba trabajando ya en ellos. Los científicos y planificadores militares soviéticos habían llegado a la misma conclusión, así que la construcción de misiles siguió adelante, si bien lentamente. El lanzamiento del primer satélite, el *Sputnik* en 1957, creó la impresión de que los soviéticos podían ir por delante en el diseño y fabricación de misiles, y desencadenó una búsqueda frenética sobre la capacidad soviética por parte de la CIA. En realidad, el cohete que lanzó el *Sputnik* fue un gran éxito, pero inútil para fines militares. Precisaba una rampa de lanzamiento enorme y un tiempo de preparación de varios días, además de ser demasiado caro como para producirlo en grandes cantidades. Los soviéticos no tendrían siquiera 20 o 30 ICBM hasta comienzos de la década de 1960: solo alcanzaron una paridad relativa con Estados Unidos tras la caída de Kruchev. No obstante, Estados Unidos no supo esto hasta una fecha relativamente tardía. El famoso vuelo del U-2 de 1960, un intento de averiguar exactamente qué tenían los soviéticos, fue un fracaso, aunque desveló el alcance de la defensa antiaérea soviética. En 1961, después del despliegue de sus primeros satélites espía, el gobierno estadounidense pudo determinar hasta qué punto era endeble el programa de

misiles soviético. Durante la mayor parte de la década de 1950, Kruchev pudo superar una serie de crisis a base de faroles.

La incapacidad de alcanzar territorio continental de Estados Unidos en esos años no eliminaba la complicación creada por las armas nucleares. Los soviéticos podían, desde luego, destruir Europa occidental en cualquier intercambio nuclear, y Washington no estaba seguro de que algunos tipos de armas pudieran llegar todavía más lejos. Afortunadamente, tanto en la Unión Soviética como en Estados Unidos, los líderes políticos, militares y científicos comenzaban a temer que estas armas fueran demasiado destructivas como para desplegarlas de modo fácil o incluso útil. Stalin se había resistido a esta conclusión, pero una vez desaparecido, hasta su círculo más próximo empezó a tener dudas. Cuando Eisenhower señaló en un discurso a finales de 1953 que las armas atómicas podían poner fin a la civilización, hasta Malénkov se hizo eco de la idea de una cooperación en el desarrollo de usos pacíficos de la energía atómica. Para los científicos encabezados por Kurchatov, la bomba de hidrógeno soviética de 1955 fue otro punto de inflexión. Siendo aún jefe del proyecto nuclear soviético, empezó a hablar en favor de la coexistencia pacífica y a advertir sobre los peligros de la guerra nuclear. Él y los demás físicos presionaron también para obtener mayor contacto con sus colegas occidentales. Los físicos soviéticos y estadounidenses empezaron a reunirse con bastante regularidad. Esto fue importante para la ciencia: la participación de tantos científicos del este y el oeste en programas de armamento hizo que se creara un canal informal respecto a cuestiones nucleares. Antes de la prueba de la bomba de hidrógeno,

Kruchev pidió que el mariscal Zhúkov mencionara la posibilidad de una coexistencia pacífica en su discurso del Día del Trabajo de 1955, pese a las objeciones de Molotov. A través de la Conferencia de Ginebra de 1955, la limitación del armamento nuclear se convirtió en una parte fundamental de la diplomacia soviética, preocupación compartida por Eisenhower y la mayoría de los líderes occidentales. La ulterior proclama de Kruchev en el XX Congreso de 1956, que la guerra no era inevitable y era posible la coexistencia pacífica entre el capitalismo y el socialismo, tenía muchas dimensiones, pero una de ellas era justificar la necesidad y posibilidad de conversaciones sobre limitaciones armamentísticas y desarme. Las continuas crisis de la Guerra Fría chocaban con poderosas reacciones en contra tanto en Estados Unidos como en la URSS, que empujaban a ambas partes hacia algún tipo de acuerdo sobre armas nucleares. Finalmente, todo ello llevaría al tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares, que puso fin a las pruebas atmosféricas y subterráneas de armas nucleares.

Con el conocimiento de que su arsenal nuclear era inferior al estadounidense y de que la doctrina militar norteamericana era de ataque preventivo, Kruchev se encontró en una posición difícil. Los temas que más le importaban, al menos al principio, eran las cuestiones europeas centradas en Alemania. Para los soviéticos, había tres problemas básicos. En primer lugar, las dificultades económicas en Alemania oriental y su secuela de crisis políticas, empezando por los desórdenes del 17 de junio de 1953 en Berlín oriental, que fueron reprimidos por la fuerza. En segundo lugar, estaba la posición de Berlín occidental, un auténtico dolor de cabeza para los soviéticos, y la RDA,

aparte de una enorme incomodidad para la OTAN. Por último, estaba el asunto de Alemania occidental. Tras la muerte de Stalin, los líderes soviéticos comprendieron que la República Federal no iba a volverse contra Estados Unidos. De hecho, a comienzos de 1955 se adhirió a la OTAN y comenzó a crear un ejército. La reacción soviética fue la formación del Pacto de Varsovia con sus aliados del este de Europa, que puso fin a toda expectativa de una Alemania neutral. Aunque Molotov permanecía fiel a la política previa, carecía de apoyos en el Politburó. A partir de ese momento, el liderazgo soviético quedó comprometido con la división de Alemania y el pleno apoyo a la RDA.

El concreto, los temores respecto a Alemania eran en gran medida una reliquia de la Segunda Guerra Mundial, así como de la incapacidad de Kruchev y muchos de su generación para darse cuenta de cuánto había cambiado Europa, Alemania incluida, desde 1945. El canciller alemán de la época, Konrad Adenauer, aunque categóricamente anticomunista, tampoco estaba interesado en provocar conflictos. Buscaba unas relaciones comerciales mucho mejores con la URSS que las que sus aliados norteamericanos estaban dispuestos a permitirle. Berlín occidental era motivo de irritación inmediata para los soviéticos, sobre todo porque representaba una amenaza contra la RDA, donde estaban estacionadas la mayoría de las tropas soviéticas que se enfrentaban a la OTAN. Para empeorar las cosas, no era viable ninguna solución definitiva a las cuestiones más importantes de la ocupación o cualquier otro tema relacionado con Alemania, que no incluyera a Berlín, asunto en el cual los puntos de vista soviético y estadounidense eran completamente incompatibles. En cierto sentido, en 1961 se

presentó una opción: Walter Ulbrich pidió desde Alemania ayuda urgente a Kruchev a causa de otra crisis económica más, que provocó un gran incremento de la emigración desde el este. Ulbrich sugirió que cerraran la frontera y Kruchev propuso levantar un muro en torno a Berlín occidental. El resultado fue el Muro de Berlín, construido al amanecer del 13 de agosto de 1961. Kruchev se aseguró de que el acceso de soldados de las potencias occidentales no se vería afectado, eliminando así el incentivo para que Kennedy respondiera con algo más que una condena, y más ayuda. Aunque fue un duro golpe para el prestigio del bloque socialista, el muro desactivó el problema de Berlín la siguiente década.

Los asuntos europeos habían sido el centro de la atención soviética durante la mayor parte del tiempo desde 1945, pero, con el paso de los años, China y lo que llegó a llamarse el Tercer Mundo ocuparon un espacio mayor. El Tercer Mundo englobaba a la inmensa mayoría del planeta, que era aún parte de algún imperio europeo o (en el hemisferio occidental) estaba bajo dominio de Estados Unidos. Fue en él donde la Unión Soviética logró desafiar progresivamente a Occidente con una creciente influencia hasta la década de 1970. Los soviéticos habían asumido que, antes o después, encontrarían aliados en el mundo colonial. Sus propias políticas en Asia central eran, a su modo de ver, una revolución anticolonial. El primer congreso de la Komintern en 1919 había proclamado la alianza de los comunistas con los nacionalistas antiimperialistas, pero la política tuvo poco impacto fuera de China, y allí fue considerada un probable fracaso en 1927. La Segunda Guerra Mundial lo cambió todo, no solo en China, sino también entre sus vecinos. Los comunistas no eran fuertes en

la mayoría de los países colonizados, mientras que prácticamente en todos lados los movimientos nacionalistas eran mucho más poderosos que antes de la guerra, lo que debilitó tanto a Gran Bretaña y Francia que ninguno de los dos países pudo oponer gran resistencia. En 1948, la joya del Imperio británico, India, se declaró independiente. En la década de 1950, estuvo claro que Gran Bretaña tendría que renunciar a su imperio. Francia combatió en Indochina hasta 1954, y después en Argelia, pero también allí sufrió una derrota. Nació toda una hueste de nuevos Estados. Aunque Stalin contemplaba a estos con escepticismo, sus sucesores no fueron tan recelosos.

El primer país del Tercer Mundo que se ganó el favor de la Unión Soviética fue el Egipto de Nasser en 1955: hito de la primera entrada importante de la URSS en Oriente Medio. Tras cierto debate entre los líderes, Kruchev acordó suministrar a Nasser tanques y aviones. Cuando Nasser nacionalizó el canal de Suez, Kruchev le apoyó en la subsiguiente crisis, aunque realmente tenía poca influencia que esgrimir en el área. La semana en que la crisis de Suez llegó a su culmen, el liderazgo soviético estaba inmerso en un asunto mucho más grave en Europa del Este. Los comienzos de la desestalinización en la URSS tuvieron un rápido eco en Polonia, donde una serie de tumultos auparon a Władysław Gomułka como líder del partido. Gomułka, que había sido víctima de las purgas de Stalin en Polonia, orientó al país en una dirección leal a Moscú, pero que difería en sus políticas sociales y otras. La más notable consistió en que los agricultores polacos recibieron tierras al desmontarse los colectivos, tierras que conservaron como propietarios después de la caída del comunismo. En Hungría, el desafío era más



grave. Allí, los estalinistas locales intentaron aferrarse a sus asientos, provocando la caída del régimen y la aparición de un nuevo líder: Imre Nagy. Nagy anunció que en Hungría se celebrarían elecciones con libertad de partidos y que el país abandonaría el Pacto de Varsovia. Los líderes soviéticos, Kruchev incluido, titubearon. Acercaron tropas a Budapest, por si eran necesarias. Solo tras días de indecisión entraron finalmente en la ciudad y suprimieron la revuelta, instalando a Janos Kadar como nuevo líder del partido. Nagy fue trasladado a Rumanía y ejecutado.

A partir de 1956, las relaciones con todos los hermanos socialistas fueron complicándose cada vez más. Kadar mantuvo las explotaciones colectivas, pero permitió y hasta incentivó la creación de pequeños negocios. Polonia y Hungría (pasada la represión inicial) toleraron que los opositores tuvieran voz, normalmente modesta, cosa nunca vista en la URSS ni en ningún otro lugar bajo el dominio soviético. Otros países del este de Europa empezaron a mostrarse cada vez más independientes, aunque no necesariamente más liberales en sus políticas. Enver Hoxha, que se había opuesto a la desestalinización desde el principio, fue construyendo gradualmente un mini-Estado soviético con programas económicos delirantes. Rumanía se volvió crítica con Kruchev y el liderazgo soviético en general, y también avanzó en una dirección mucho más autoritaria que la de la URSS. Esta actitud iba acompañada de programas de superindustrialización, que en la década de 1980 habían empobrecido al país. Ninguno de estos cambios en Europa del Este, no obstante, fue tan significativo como el creciente distanciamiento de China. A Mao Zedong no le había gustado el discurso secreto de Kruchev: proclamó, más

adelante, que Stalin había sido un 70 por 100 bueno y un 30 por 100 malo. Con cierta ambigüedad, respaldó a los soviéticos en Hungría, pero sus relaciones se deterioraron en los años siguientes. El Gran Salto Adelante (1958-1961) reflejó la radicalización de la política china, con la creación de gigantescas comunas en vez de granjas colectivas al estilo soviético y la promoción de pequeños altos hornos para hacer acero. Mao mostraba también su desagrado hacia los intentos de Kruchev de llegar a una coexistencia pacífica con Estados Unidos, a su modo de ver, una imposibilidad fundamental. Kruchev, como en otros lugares, exacerbó la tensión con su torpe diplomacia, aunque en el núcleo de la disputa lo que había eran dos visiones totalmente distintas del socialismo. La Unión Soviética había gastado muchísimo dinero en ayuda a China, sobre todo a partir de 1953, y enviado multitud de consejeros sobre diversos temas. En julio de 1960, Kruchev ordenó su regreso inmediato. La ruptura final se produjo con la crisis de los misiles cubanos de 1962, porque Mao interpretó la solución a la crisis como una rendición ante Estados Unidos. Las polémicas abiertas en la prensa china, que tildaban de «revisionistas» las políticas soviéticas, evidenciaron ante todo el mundo la división, que continuó durante hasta el inicio de la Revolución cultural en China (1967). El liderazgo chino declaró que se había producido una restauración del capitalismo en la Unión Soviética y se zambulló en su propio delirio. Los choques fronterizos empeoraban las cosas, pero China estaba demasiado absorta en su propio levantamiento como para crear problemas a los rusos. Sin embargo, el único aliado importante de la URSS en la Guerra Fría había desaparecido justo en el momento en que Moscú había alcanzado la paridad estratégica con Estados

Unidos.

La rivalidad con Estados Unidos fue convirtiéndose progresivamente en el centro de la política de la Guerra Fría. Kruchev siguió esforzándose por potenciar el entendimiento, esfuerzo simbolizado por su viaje a Estados Unidos en 1959. El líder soviético hizo algo más que visitar granjas, ya que realizó una extensa gira por el país: conoció actores y estrellas (aunque se le impidió ver Disneylandia), habló con Eisenhower y otros cargos estadounidenses. A pesar del problema berlinés, pareció haber cierto avance y se programaron más encuentros en Europa. Entonces, en 1960, la defensa aérea soviética detectó a un avión espía U-2 sobre Sverdlosk y lo derribó, poniendo fin a toda esperanza de conversaciones sobre el control de armas o el alivio de tensiones, al menos temporalmente. La construcción del muro al año siguiente tampoco fue precisamente de gran ayuda, pero Kruchev tenía en mente planes aún más arriesgados.

La Revolución cubana de 1959 tuvo una tibia acogida en Moscú. Fidel Castro no era miembro del Partido Comunista Cubano, que, de hecho, se había opuesto a su movimiento hasta el último minuto. La orientación de Castro, con todo, era contraria a la dominación estadounidense y favorable al socialismo. Las muchas intervenciones de Estados Unidos contra Cuba, la invasión de Bahía Cochinos en 1961, operaciones encubiertas y las palabras amenazadoras del congreso estadounidense convencieron a los soviets de que debían prestarle su apoyo. Kruchev pensó que podría matar dos pájaros de un tiro instalando misiles soviéticos en Cuba. Uno de los problemas era que disponía solo de media docena de ICBM. El resto de

sus misiles no tenían todavía potencia suficiente como para alcanzar Estados Unidos desde la Unión Soviética, lo que dejaba a su país en grave desventaja. El otro objetivo era dotar a Castro de una defensa seria contra una posible invasión. Kruchev tomó la decisión en gran medida solo, con pocas consultas con la elite soviética. Cuando Estados Unidos detectó los misiles mediante vuelos espía de U-2, Kennedy decidió que debían ser retirados. El resultado era inevitable, dado que la URSS carecía de armamento nuclear del tamaño y el alcance del de Estados Unidos. La única concesión estadounidense (la retirada de misiles de Turquía) se mantuvo en secreto. La humillación fue absoluta y las repercusiones internas marcaron el comienzo de la caída de Kruchev.

Con la llegada de Leonid Brézhnev, se acabaron los faroles y la asunción de riesgos. La URSS se concentró en potenciar sus fuerzas militares, de modo que jamás pudiera repetirse la debacle cubana. Sus relaciones con Estados Unidos continuaban siendo cruciales, pero como los norteamericanos estaban más preocupados por Vietnam, Brézhnev dispuso de algo de espacio para respirar. Desde luego, lo necesitaba, ya que la declaración en China de la Revolución cultural vino seguida, en 1968, por una crisis en Checoslovaquia. En muchos aspectos, la «Primavera de Praga» fue una repetición de lo de Hungría con idénticas consecuencias: las tropas soviéticas restauraron un gobierno del Partido Comunista más de acuerdo con la concepción soviética del socialismo. Al final, no fue Europa del Este, sino Vietnam, el foco de atención de la Guerra Fría durante una década.

El liderazgo soviético nunca había visto Vietnam como

un frente importante de la Guerra Fría, y consideraba a Estados Unidos demasiado poderoso en el sudeste asiático como para desafiarlo. En general, los comunistas vietnamitas apoyaban a China desde 1956, en parte porque la política de coexistencia pacífica socavaba su proyecto bélico en el sur para reunificar su país. Kruchev prácticamente los ignoraba. Apenas tuvo tiempo para reaccionar ante el incidente del golfo de Tonkín de 1964, ya que no tardó en perder su puesto. Brézhnev decidió responder rápidamente a la escalada bélica norteamericana con el envío de ayuda soviética en grandes cantidades, entre otras cosas misiles antiaéreos capaces de derribar a los bombarderos norteamericanos sobre Vietnam del Norte, incluidos los B-52. Al contrario que el quijotesco respaldo a líderes nacionalistas del Tercer Mundo, como Nasser o Patrice Lumumba, que supuso un fiasco internacional, el apoyo a Vietnam del Norte condujo a la mayor derrota de Estados Unidos en toda la Guerra Fría. En 1975, los últimos norteamericanos huían desde el tejado de su embajada y los comunistas vietnamitas gobernaban todo el país, aunque fuera un país devastado por una guerra prolongada con un millón y medio de muertos.

La victoria de los comunistas vietnamitas y la alianza ininterrumpida con Cuba fueron indudables éxitos, aunque ninguno de los dos países representaba una gran diferencia en el equilibrio geopolítico. En Europa, la posición soviética parecía estable. Los problemas económicos de Polonia se reequilibraron con el restablecimiento de relaciones con Alemania occidental, fruto de la Ostpolitik de Brandt en la década de 1970. Esta aproximación desactivó el conflicto potencialmente más grave de la Guerra Fría en Europa: el

problema alemán. El nuevo giro de Brandt fue posible porque el comunismo ya no era una cuestión a debate en Europa occidental. El auge económico de posguerra, combinado con un sólido sistema de bienestar social, trajo una generación de consumidores satisfechos, muy alejada de las desesperadas masas de la primera mitad del siglo xx.

Aunque nadie lo supiera entonces, la victoria de los vietnamitas fue el último éxito comunista. Los esfuerzos del Che Guevara no consiguieron despertar ninguna revolución en Latinoamérica, y el reformista moderado Salvador Allende fue derribado en un golpe de Estado que la mayoría de sus coetáneos creía propiciado por la CIA. En África, el régimen radical del coronel Mengistu de Etiopía (1974-1991) era aliado de los soviéticos, aunque su reforma agraria no lo convertía exactamente en un país socialistas a ojos de Moscú y, en todo caso, era un país demasiado pobre y pequeño como para marcar diferencias. África, como la mayor parte del Tercer Mundo, evolucionó de diferentes maneras – algunos países con economías capitalistas relativamente prósperas, otros cayendo en una pobreza cada vez mayor–, pero ninguno tendió hacia el socialismo tal como Moscú lo entendía. La retórica de la liberación popular de los soviéticos sonaba cada vez más hueca.

La primera reacción norteamericana a su derrota en Vietnam fue buscar algún tipo de acomodo: la política que recibió el nombre de *détente* o distensión. La administración Nixon, consciente de la casi paridad de los soviéticos en armamento nuclear y debilitada por la guerra de Vietnam, decidió responder a sus propuestas sobre limitación de armamento. El SALT (Strategic Arms Limitation Treaty) [Tratado de Limitación de las Armas Nucleares] limitaba el

número de armas estratégicas. La siguiente fase fue el acuerdo de Helsinki de 1975: reconocía por primera vez las fronteras establecidas tras la Segunda Guerra Mundial e incluía generalidades sobre consultas mutuas y derechos humanos. Estos últimos se transformarían a corto plazo en tema de debate. Las conversaciones se prolongaron a lo largo de la década, culminando en el SALT II de 1979, que restringía el número de vehículos portadores de armas nucleares.

Si bien limitaron y redujeron el ritmo hasta entonces frenético de construcción de arsenales nucleares, y con ello los riesgos de aniquilación, estas acciones no acabaron con la Guerra Fría, ni era ese su objetivo. En muchos aspectos, la jugada más importante fue la aproximación a China que Nixon y Kissinger pusieron en marcha en 1971. Con la visita de Nixon a China el año siguiente, la Unión Soviética se encontró enfrentada tanto a China como a Estados Unidos. China aún experimentaba los espasmos de la Revolución cultural, con sus efectos mortales y su caos político. El acuerdo entre Estados Unidos y China coincidió con el ascenso de la Banda de los Cuatro, que gobernó China por medio del terror hasta la muerte de Mao en 1976. Solo entonces logró Deng Xiaoping restaurar cierto grado de normalidad, con lo que China pudo ofrecer a Estados Unidos importantes apoyos. En estos años, Estados Unidos y China intercambiaban información sobre la Unión Soviética. En público, Estados Unidos denunciaba el exilio de disidentes judíos y las restricciones a la emigración judía en la URSS, guardando silencio sobre los miles de personas que perecieron en China en las últimas fases de la Revolución cultural. Los soviéticos condenaban el imperialismo estadounidense, mientras se aliaban con países del Tercer Mundo cuyo

socialismo, incluso su nacionalismo, era meramente nominal. Poco a poco, después de jugar Estados Unidos su «carta china», la competición estadounidense-soviética dejó de ser una lucha por el socialismo o un capitalismo democrático y se convirtió en una nueva rivalidad entre superpotencias.

El envejecido liderazgo que rodeaba a Brézhnev no percibió los profundos cambios en la sociedad y la política mundiales. Vivía aún en un mundo de luchas revolucionarias y de construcción del socialismo, por mucho que su orientación táctica significara que las revoluciones en el extranjero rara vez fueran prioritarias. Su último movimiento en esta lucha habría de ser fatal: la entrada en Afganistán. La URSS había mantenido siempre relaciones con su vecino, y ocasionalmente aportó y consideró varios planes para manipular y orientar la política afgana, pero el país era demasiado pobre, demasiado tradicional y demasiado marginal respecto a los conflictos entre las grandes potencias, en especial tras el fin de la India británica. Entonces, en 1973, un golpe militar derribó la monarquía, y cinco años más tarde fue derrocado por otro grupo de oficiales con perspectivas más o menos marxistas. Los nuevos líderes dictaron varias medidas para superar el «feudalismo», las muchas tradiciones que veían como «opresivas», generando un descontento generalizado. El liderazgo soviético se tomó en serio al gobierno afgano, como una forma de comunismo que se movía hacia una sociedad basada en el modelo soviético, y veía el desafío al régimen como una revuelta patrocinada por EEUU, una vez más. Esto último era cierto, ya que la CIA había empezado a ayudar a los rebeldes a mediados de 1979, en parte con la esperanza de que los soviéticos se vieran obligados a intervenir. Para empeorar las



cosas, los soviéticos temían que los líderes afganos pudieran ponerse del lado de Estados Unidos o China. Así, el 27 de diciembre de 1978, las tropas soviéticas tomaron Kabul, instauraron un gobierno más leal, y comenzó la invasión. Estados Unidos equipó a los rebeldes a través de Pakistán, sentando así la base del extremismo islámico. Esta lucha llevó a una destrucción y bajas masivas, y a la muerte de alrededor de 14.000 soldados soviéticos. Durante los siguientes seis años, hasta el ascenso de Mijaíl Gorbachov, la guerra afgana fue el tema principal de la Guerra Fría además de constituir un gasto enorme moral y de recursos de la URSS. También aceleró el colapso del orden soviético.

## Epílogo

### El fin de la URSS

El derrumbe de la Unión Soviética y la reaparición de Rusia fueron acontecimientos trascendentales, difíciles de describir con un mínimo de profundidad. Los perfiles generales están claros, dado que gran parte del hundimiento se desarrolló en público, bajo el atento escrutinio de la población rusa, la prensa local e internacional, y los gobiernos del mundo. Sin embargo, muchas decisiones cruciales se tomaron a puerta cerrada y son demasiado recientes como para ser objeto de estudio de los historiadores. Muchos de los grandes sucesos de la época han caído ya en el olvido; otros, probablemente, se hayan exagerado en la comunicación popular y en los contados intentos académicos de análisis. Apenas hay fuentes reales, y las crónicas sensacionalistas y fragmentos de información difícilmente pueden componer una buena historia. Las cosas se complican aún más, porque las percepciones de los acontecimientos fuera y dentro de Rusia, y entre la mayor parte de la población anteriormente soviética, difieren profundamente. La única posibilidad es ofrecer un esquema de lo sucedido y de algunas de las tendencias sociales, políticas y económicas más obvias en un cuarto de siglo de agitación, con la pretensión añadida de comprender esos acontecimientos y tendencias tal como los vivieron los rusos.

Mijaíl Gorbachov se convirtió en secretario general del Partido Comunista en marzo de 1985, unas horas después de morir de Chernenko. Se llevó consigo su equipo, que comprendía, entre otros, a Alek sandr Yakóvlev como consejero y a Borís Yeltsin, a quien puso a cargo de la

organización del partido en Moscú. Gorbachov pertenecía a una nueva generación: nacido en 1931, se licenció en Derecho en la Universidad de Moscú en 1955. El último líder con educación universitaria había sido Lenin. Tras abandonar la universidad, Gorbachov se convirtió en jefe del partido de su Sebastopol natal, un distrito agrícola en la llanura norte del Cáucaso. En 1979 entró en el Politburó. Yakóvlev era mayor, nacido en 1923, y había ascendido a través de la red de propaganda del partido a lo largo de la década de 1950. Pasó 1958 en Nueva York, en la Universidad de Columbia, como parte de un intercambio, y fue embajador en Canadá de 1973 a 1983. Estos dos hombres encabezarían el intento de reforma del orden soviético. Su némesis fue otro jefe de partido provincial, Borís Yeltsin. Yeltsin, nacido el mismo año que Gorbachov, se licenció en la Universidad Técnica de Sverdlovsk, también en 1955. Acabó como jefe del partido de la región de Sverdlovsk, una de las zonas industriales clave de la URSS. Conservó este puesto desde 1976 hasta que Gorbachov le llamó a Moscú.

Durante un año, más o menos, la aparición de Gorbachov no aportó ningún cambio visible. De hecho, el acontecimiento más espectacular de su primer año en el gobierno fue la explosión del reactor de Chernóbil en abril de 1986. El país que había lanzado al primer hombre al espacio no podía garantizar la seguridad de sus reactores. Gorbachov exigió una mejoría radical de la economía en la conferencia del partido de 1986, pero no consiguió nada. Andréi Sajárov obtuvo permiso para regresar a Moscú más entrado el año, aunque la mayoría de los debates políticos seguían teniendo lugar tras las puertas cerradas de las asambleas del partido. En

1987, Gorbachov empezó a pedir una «reestructuración» (perestroika), e incluso publicó un libro para promocionar su punto de vista. No tardó en añadir el término glásnost, que significaba algo así como ‘apertura’ o ‘transparencia’. La propuesta consistía, simplemente, en que las grandes cuestiones debían formar parte del debate público, no ser discutidas a puerta cerrada por la elite del partido. Al mismo tiempo, una serie de medidas empezaron a abrir la estructura económica a las empresas no gubernamentales. El primer ejemplo importante fue la ley que permitía el funcionamiento de «cooperativas», en realidad, pequeños negocios privados como restaurantes. Aunque pasaron prácticamente desapercibidos en aquel momento, el liderazgo también dio pasos para acelerar la economía movilizando al Komsomol, Liga Comunista de la Juventud. La organización, fundada en la guerra civil como medio para movilizar a la juventud en torno a los objetivos del partido, se había transformado en algo esencialmente burocrático, un apéndice inservible al partido. Se fomentó la creación de «Grupos Científico-Técnicos Juveniles» a los que se permitía dedicarse a tareas empresariales sin impuestos, esencialmente en torno a la electrónica y los automóviles. Fue en estos grupos donde los posteriores oligarcas dieron sus primeros pasos.

Igual de importante que estos cambios de actitud y política fue la retirada soviética de Afganistán. Al parecer, Gorbachov tomó una decisión sobre este movimiento casi de inmediato, pero no anunció la retirada hasta 1988. En el plazo de un año, los soviéticos estaban fuera de Afganistán, donde estalló de inmediato una guerra civil. Los siguientes años de perestroika fueron políticamente emocionantes, ya que surgieron nuevas publicaciones en Moscú, Leningrado y

otras ciudades del país. Los temas de la era de Stalin y otras zonas oscuras de la historia soviética eran objeto de apasionada discusión. Antiguos disidentes, como Sajárov, se convirtieron por un instante en héroes nacionales. No todo este bullicio era fruto de una libertad recién recuperada: el primer artículo crítico con Lenin en aparecer fue escrito por orden de las autoridades, y los historiadores que cuestionaban sus conclusiones nacionalistas recibieron como respuesta que no era un asunto abierto a discusión. En partes del país, como Ucrania o Asia central, la prensa permaneció en modalidad soviética. No obstante, en la mayor parte de la prensa moderada, el cine, la literatura, el teatro y las comidas de la gente corriente, se desataban grandes discusiones y ya nadie tomaba en consideración lo que pudieran pensar o hacer. La excitación del debate político, el primero de su tipo en 20 años, corría paralela a una economía en rápido deterioro. Las primeras reformas económicas de Gorbachov eliminaron muchos mecanismos de la economía soviética, pero sin reemplazarlos por nada. Todavía no existía un mercado real. El suministro de bienes de consumo, ya muy escaso a comienzos de la década de 1980, cayó catastróficamente. Además, el Estado empezó a perder el control sobre la periferia. En 1988, Armenia comenzó a plantear demandas sobre Na gorno Karabaj, un enclave armenio en la vecina Azerbaiyán. Moscú era incapaz de resolver la disputa y Armenia rechazaba la autoridad soviética.

El ritmo de los cambios fue en aumento. En la sombra, los «emprendedores» del Komsomol habían acumulado sumas ingentes. Pronto se les unieron bancos soviéticos y ministerios industriales, que se transformaron en «firmas» orientadas

hacia el creciente mercado. En 1989, el Ministerio de la Industria del Gas Natural pasó a llamarse Gazprom, una de muchas organizaciones similares. Esencialmente, se estaba produciendo una privatización a puerta cerrada. Otros cambios fueron públicos. La política de Gorbachov en todo el país fue sustituir la jerarquía de los despachos del partido por despachos «soviéticos», es decir, gubernamentales. En muchos casos, el jefe local del partido solo tenía que cruzar la calle para dirigir el gobierno, pero esto significó que el partido se volvió de repente irrelevante. Dentro del partido aumentaba la oposición a la perestroika. Entonces, Gorbachov anunció que el antiguo Soviet Supremo, el legislativo nominal de la URSS, sería reemplazado por un «Congreso de Diputados del Pueblo». Las elecciones al nuevo congreso serían reales y abiertas: habría más de un candidato para cada escaño. Hubo unas elecciones más o menos libres, las primeras desde 1917, con resultados mixtos. Gorbachov quería que el nuevo Congreso fuese el vehículo para llevar adelante el proceso de liberalización económica, así como el de «democratización», recientemente introducido en la agenda de la reforma. Para su desdicha, en el nuevo Congreso se produjo un empate. Como se esperaba, Moscú y Leningrado eligieron a diputados claramente reformistas, la mayoría de ellos pertenecientes a la intelectualidad, al igual que muchas ciudades de provincia y distritos rusos. Sin embargo, Ucrania, aún bajo el poder del jefe del partido Leonid Kravchuk, y las repúblicas de Asia central votaron a diputados conservadores contrarios a las reformas. Las repúblicas bálticas, barridas por una oleada de nacionalismo, estaban más interesadas en su separación que en la reforma, y las repúblicas transcaucásicas andaban centradas en sus

propias querellas. Las elecciones también atrajeron la atención hacia Borís Yeltsin. En 1987, por falta de confianza de Gorbachov, había sido depuesto de su cargo en Moscú. Ahora, como diputado al Congreso, aprovechó esa plataforma para criticar el ritmo y alcance de la reforma. También proclamó la necesidad de que la República Rusa se ocupara de sus propios derechos y necesidades, sin depender de las autoridades centrales o soviéticas. El año 1989 fue testigo del hundimiento del poder comunista en toda Europa del Este, que alcanzó su clímax en noviembre con la caída del Muro de Berlín. Hasta los comunistas antisoviéticos de Rumanía fueron depuestos. Gorbachov aceptó todo esto, al parecer con la esperanza de que condujera a mejores relaciones con Occidente.

El año siguiente, Gorbachov se convirtió formalmente en jefe de Estado de la URSS, completando la transferencia del poder formal del partido a las instituciones estatales. No le sirvió de gran ayuda. Durante los meses sucesivos, el creciente nacionalismo de las repúblicas bálticas y Georgia planteó una nueva serie de problemas. En Georgia, fue elegido presidente el brillante escritor disidente Zviad Gamsajurdia en 1990, lo que provocó un conflicto inmediato con Abjasia y Osetia del Sur. El gobierno georgiano había intentado imponer el idioma georgiano a las dos minorías, prohibido los partidos locales y abolido, poco después, su autonomía. Fue necesario enviar tropas soviéticas para separar a las partes contendientes. Así pues, las tres repúblicas transcaucásicas se hallaban en plena ebullición. Gorbachov iba perdiendo el control sobre el país. La efervescencia nacionalista en Lituania derivó en un violento enfrentamiento con tropas soviéticas y muchas muertes en

enero de 1991. En junio, Yeltsin ganó las elecciones al liderazgo de la República Rusa por gran mayoría, en buena medida porque no existía oposición real contra él.

En 1991 la economía parecía estar alcanzando su nadir, y la autoridad del Estado estaba en el nivel más bajo de todos los tiempos. No obstante, la política pública seguía girando en torno a la batalla de la reforma frente a la defensa del sistema soviético. Los defensores públicos de la reforma, provenientes en su mayoría de la intelectualidad, se mostraban cada vez más impacientes con Gorbachov, al que veían como demasiado lento e inclinado a buscar compromisos. Los defensores del viejo sistema procedían de las filas de la elite del partido, cada vez más amenazadas por las reformas de Gorbachov, tanto las económicas como las políticas. En el fondo, e ignorados por todos, se estaban formando nuevos grupos al acecho, clanes políticos y unos cuantos nuevos emprendedores, buena parte de los cuales trabajaban en el seno de la estructura soviética, pero la utilizaban para crear empresas. El empeño de los comunistas en preservar el sistema contribuyó involuntariamente a crear la oportunidad de destruirlo.

En agosto de 1991, mientras Gorbachov se tomaba unas breves vacaciones en Crimea, el vicepresidente, los ministros de Interior y de Defensa y varios altos cargos más, decidieron declarar el estado de emergencia y tomar el poder para revertir en su totalidad el proceso de reformas. Desplazaron varios regimientos de tropas a la ciudad, pero no obtuvieron grandes apoyos. Con la esperanza de resistir, los líderes del golpe mantuvieron a Gorbachov aislado en su dacha de Crimea, pero fue todo inútil. Al cabo de unos días de confrontación, casi incruenta, se rindieron.



El resultado fue el colapso de la Unión Soviética. Gorbachov regresó a Moscú, pero el país era un caos. Mientras él se esforzaba en mantenerse, Yeltsin se reunía con los líderes de Bielorrusia y Ucrania en un refugio para cazadores del bosque bielorruso de Belovezha. Entre los tres abolieron la Unión Soviética. No hubo consultas a otras repúblicas: las bálticas y Georgia habían declarado ya su propia independencia, pero los grupos líderes de Asia central se sintieron conmocionados ante tal perspectiva. Tampoco hubo consulta popular: a comienzos de 1991, se habían celebrado referendos sobre el estatus de la unión. La mayoría de la gente, Ucrania incluida, había votado a favor de una mayor autonomía pero también de preservar la unión. Este, por supuesto, había sido el deseo del liderazgo local en Kiev y otros lugares. Yeltsin había alcanzado el poder y los líderes cambiaron de opinión. Al cabo de 74 años de existencia, la Unión Soviética llegó a su fin.

La primera consecuencia, visible ya a las pocas semanas del golpe, fue una versión de la autonomía distinta a todo lo anteriormente discutido en público por los principales grupos reformistas. Una parte de la política de privatización estaba prácticamente completada: la transformación de unidades de producción del Estado y los bancos en empresas privadas. Muchas, o la mayoría de ellas, gozaban de un monopolio sobre una u otra área de la economía, y constituían la crema del sistema financiero y la economía «real». La segunda parte fue la «privatización por acciones». En teoría, todo el mundo recibiría acciones sobre propiedades en el nuevo sistema, pero esos vales carecían de valor en la práctica. Hubo gente que empapeló con ellos las paredes de sus cuartos de baño. El Estado simplemente entregó los recursos que le quedaban a

«hombres de negocios» recién llegados a precios de saldo. Los negocios privados reales existían solo en el nivel de las pequeñas empresas, que tenían una fuerte carga impositiva y consiguientemente realizaban negocios en gran medida al margen de la ley.

El papel central del Estado y las conexiones de los nuevos propietarios con importantes personajes del gobierno no significaron que la transformación del poder en propiedad fuera un proceso ordenado. Clanes rivales de empresarios intrigaban con poderosos clanes políticos en busca de privilegios. Los gánsteres eran elementos habituales de los negocios rusos, y luchaban unos contra otros con bandas armadas. Todos los años aparecían en los parques de Moscú coches caros con sus ocupantes llenos de balas de ametralladora. Las bandas chechenas y cau cáscicas controlaban los mercados campesinos y otras lucrativas fuentes de beneficio.

Mientras veía la luz una nueva elite de oligarcas, el estándar de vida de la población se vino abajo. La hiperinflación acabó con los ahorros de la gente corriente. Los médicos, profesores, mineros del carbón y trabajadores de fábrica pasaron meses, incluso años, sin cobrar su salario. Muchas personas vivía de una economía de intercambio, y los antes más afortunados cultivaban patatas en los jardines de sus dachas. Un rublo sobrevalorado hizo que Rusia se convirtiera en el vertedero de bienes del mundo. El vodka barato entraba a raudales en el país desde Bélgica y Alemania, con etiquetas con la cara de Rasputín. La barrita dulce Snickers llegó a ser tan ubicua que los economistas usaban su precio como indicador de la inflación. La infraestructura, ya frágil debido a los años de abandono,

comenzó a derrumbarse. La cultura desapareció. Los grandes teatros y orquestas vivían de lo obtenido en giras por el extranjero. Se hicieron pocos filmes y los cines proyectaban «películas de acción» norteamericanas. Los científicos emigraron o intentaron conseguir financiación extranjera. La *intelligentsia*, por primera vez desde mediados del siglo XIX, dejó de desempeñar un papel importante en la vida rusa. La emigración se multiplicó, no solo la judía, sino también la de otras minorías étnicas o religiosas y la de muchos rusos corrientes. Solo Moscú y unas pocas zonas más conservaron cierto grado de prosperidad, alimentada por los nuevos negocios y la rápida expansión de la burocracia estatal. Mientras que a ojos occidentales los años de Yeltsin pudieran parecer una era de «democratización» y de transición a la economía de mercado, para la mayoría de los rusos fue una oscura noche de anarquía, pobreza y futuro absolutamente impredecible.

El colapso en curso de la economía tuvo su paralelismo en el hundimiento del poder del Estado. Las repúblicas nacionales, como Tataristán, empezaron a demandar derechos «soberanos», aunque nadie supiera qué significaba eso exactamente. Los gobernantes locales de las regiones puramente rusas, en su mayor parte miembros del viejo aparato soviético, habían conseguido salir elegidos y desafiaban a los poderes centrales. Yeltsin respondió, en muchos casos, cesándolos en sus cargos y reemplazándolos él mismo, pero las legislaturas locales eran más difíciles de controlar. Sin embargo, el problema político más grave para Yeltsin era el parlamento ruso, el Soviet Supremo del Congreso de los Diputados en Moscú. El nuevo presidente no fue capaz de transformar sus victorias electorales en una

mayoría segura en el Soviet Supremo, sobre todo porque jamás logró crear un partido político al servicio de sus objetivos. El resultado fueron una serie de bloqueos y una creciente oposición a Yeltsin. La desesperación popular ante los efectos de la reforma económica produjo un vacío político y ofreció al Soviet Supremo la ocasión de intentar impedir ulteriores medidas de privatización. El vicepresidente de Yeltsin, Aleksandr Rutskoi, elegido junto a él en 1991, se unió a sus adversarios, como hizo también el portavoz del Soviet Supremo, Ruslan Jasbulátov, checheno de nacimiento. Cuando Yeltsin ordenó la disolución del Soviet Supremo, saltándose la Constitución, el Soviet Supremo le destituyó y proclamó presidente a Rutskoi. En respuesta, partidarios de Rutskoi se manifestaron y levantaron barricadas ante el edificio del parlamento, la «Casa Blanca soviética», se apoderaron del despacho del alcalde y después de la torre de televisión. El día siguiente, Yeltsin apareció con tanques, momento que fue visto en todo el mundo a través de la televisión. Yeltsin proclamó falsamente que opositores y líderes —ambos antiguos aliados suyos— intentaban restaurar el comunismo, impostura que supieron percibir algunos reporteros extranjeros. La mayoría consideraba el conflicto una lucha sin principios por el poder y las palancas de la privatización. El presidente de Estados Unidos, Clinton, se posicionó en favor de Yeltsin y aceptó su descripción de los acontecimientos. La opinión pública rusa sobre Estados Unidos alcanzó abismos de los que nunca se recobró. Yeltsin reescribió la Constitución para dar mayor poder al presidente y rebautizó como Duma al legislativo de Rusia en recuerdo de los tiempos zaristas.

Todavía quedaban cosas peores por venir. En el norte

del Cáucaso, el presidente checheno Dzhojar Dudáyev se mostró por completo inaccesible a los intentos de Yeltsin de llegar a un acuerdo. Dado que Chechenia era un importante centro de producción petrolífera, había mucho en juego. En octubre de 1994, Yeltsin envió tropas a tomar Grozni, la capital chechena. El resultado fue un ignominioso fracaso: los bombardeos del gobierno mataron a miles de civiles, muchos de ellos rusos residentes en la ciudad. Los combates continuaron hasta 1996, cuando la fuerza aérea soviética consiguió dar con la posición de Dudáyev y matarle con un ataque con misiles. Grozni estaba en ruinas.

Los tiempos de Yeltsin fueron también los de la aparición de una docena de oligarcas, muchos de ellos procedentes de las redes del Konsomol de 1987-1988. Llegaron a dirigir gigantescos imperios de negocios privados, habitualmente centrados en los bancos, a controlar las inmensas plantas de producción y los principales medios electrónicos e imprentas. Todos ellos tenían contactos próximos con el gobierno, pero actuaron cada uno por su cuenta y en feroz competencia los unos con los otros. Para la gran masa de la población, el nivel de vida siguió descendiendo. La tasa de mortalidad se disparó, en buena medida como resultado de un elevado consumo de vodka, fruto a su vez de la enorme desesperación y la importación de licor barato. La natalidad cayó muy por debajo de la necesaria para renovar la población. A pesar de todo esto, Yeltsin salió reelegido en 1996. Para su victoria fue decisivo el trabajo de Anatoli Chubais, el jefe del programa de privatización, que estaba bien conectado con oligarcas rusos y fuentes de financiación extranjeras. Otro factor crucial fue la ausencia de otro candidato que no fuera Gennadi Ziugánov,

cabeza del Partido Comunista Ruso. Ziugánov, que predicaba una extraña mezcla de ideología soviética, nacionalismo ruso y pura y simple excentricidad, encontró apoyo entre los mayores y los trabajadores de provincias, así como en los votos de protesta. Yeltsin accedió a su segunda legislatura, enfermo del corazón y afectado por su tendencia a beber demasiado, ebriedad que llegó a exhibir en público. Los gobiernos y empresas occidentales penetraron en las antes repúblicas soviéticas de Transcaucasia y Asia central en busca de nuevos yacimientos de petróleo y gas. Aunque hubo un respiro en Chechenia, Rusia estaba en su punto más bajo.

La inflexión se produjo como consecuencia de la crisis financiera asiática de 1997-1998, que tuvo repercusiones en Rusia. En agosto de 1998, el Banco del Estado dejó caer bruscamente el valor del rublo. Los resultados no se hicieron esperar: en cuestión de semanas, las mercancías rusas empezaron a reemplazar las importaciones en las tiendas. La decrepita estructura financiera, que constituía el eje de los imperios empresariales oligopólicos, se derrumbó y la industria rusa comenzó a re vivir. A los pocos financieros que quedaron de la década de 1990 se sumó un creciente número de oligarcas, cuyas fortunas se basaban en la industria y la extracción de recursos. El incremento de los ingresos por la venta de petróleo y gas natural, especialmente a la Unión Europea, saneó de nuevo las finanzas rusas. La Guerra de Chechenia se reavivó en 1999, pero esta vez en favor de Rusia. A raíz de una serie de atentados con bomba contra bloques de apartamentos en Moscú y otras ciudades rusas, que fueron atribuidos a militantes chechenos, el ejército ruso penetró en Chechenia, esta vez despacio pero con deliberación. En primavera había caído Grozni y la mayor

parte de la zona. Se instauró un nuevo gobierno encabezado por Ahmad Kadirov, un clérigo musulmán antaño partidario de Dudáyev.

Repentinamente, exhausto por los años de turbulencias, una ingesta de alcohol excesiva y su mala salud, Yeltsin dimitió y designó a su primer ministro, Vladímir Putin, como sucesor el último día de 1999. Nadie sabía por qué Yeltsin había escogido a Putin, ni siquiera si la voz decisiva en su nombramiento había sido la suya. Putin había servido 25 años en la KGB, cinco de ellos en Alemania del Este, pero después se había unido al equipo político del alcalde reformista de San Petersburgo, Anatoli Sobchak. En 1996 viajó a Moscú, y en algún momento logró atraer la atención de Yeltsin. Mucho más joven, ascético en comparación con Yeltsin y de personalidad colorista, atrajo la atención del mundo y se hizo rápidamente popular entre la abrumadora mayoría de los rusos. Fue elegido como presidente dos veces consecutivas, hasta 2008.

Putin construyó enseguida un nuevo orden. Heredó una presidencia constitucionalmente fuerte gracias a la reescritura de esta por Yeltsin en 1993. Y, lo más importante: su equipo logró formar un partido político progubernamental, que apoyaba al presidente en la Duma. Regularizó la práctica de designar a los gobernadores provinciales, y nombró a oficiales y a algunos de sus antiguos camaradas de la KGB jefes de importantes departamentos. El presidente Putin era mucho más poderoso que su predecesor, aunque la mayor parte de los rusos seguían viendo al Estado no como instrumento del presidente, sino de los cada vez más numerosos oligarcas. La Guerra de Chechenia se fue apagando poco a poco, aunque hubo ataques terroristas esporádicos, como el asesinato de

Ahmad Kadirov y el secuestro de escolares en Beslán, ambos en 2004. Los corresponsales extranjeros veían todos estos cambios como un avance subrepticio hacia la dictadura, pero la población rusa era de la opinión de que se trataba de un regreso al orden. Una nueva prosperidad era tan importante como el orden y la estabilidad relativa. Moscú y otras grandes ciudades se entregaron a una orgía de mejoras domésticas. Emergió una nueva clase media que reemplazaba viejos cachivaches soviéticos por lavadoras y lavavajillas Siemens o Bosch. Todos los días se producían gigantescos atascos debidos a la compra de millones de coches: antiguos Volkswagen usados y SUV japoneses nuevos y relucientes. Cientos de miles de ciudadanos salieron de vacaciones al extranjero, a Europa y Oriente Medio, en busca del sol. La costa turca de Anatolia se saturaba de rusos año tras año. La tasa de natalidad aumentó ligeramente, acercándose a la de reposición de la población por primera vez en décadas. La cultura revivió, con gastos enormes en proyectos como la reconstrucción del Teatro Bolshói en Moscú. Las editoriales florecieron, espoloadas por el nuevo mercado de masas para historias de detectives y de amor, muchas de ellas traducidas o copiadas de modelos occidentales. Periodistas serios y aprendices de escritores publicaban inacabables biografías y «revelaciones» sobre políticos en activo, además de narraciones pseudohistóricas sobre la historia rusa. Los historiadores siguieron sacando a la luz series cada vez más gruesas de documentos sobre la historia soviética, concentrándose en la era de Stalin, aunque llegarían hasta la década de 1950. Al cabo de unos pocos años, quedó claro que la nueva prosperidad no era simplemente el resultado de los ingresos por la venta de petróleo a la Unión Europea: el



mercado interior empezaba a crecer y el floreciente comercio con China resucitó viejas fábricas de la era soviética. La prosperidad fue extendiéndose más allá de Moscú y las regiones productoras de petróleo, hasta San Petersburgo y ciudades de provincias. Las pequeñas empresas pasaron a formar parte normal de la economía cuando el gobierno de Putin suprimió el punitivo impuesto de la etapa de Yeltsin. Verbalmente, Rusia empezó a desafiar la hegemonía estadounidense sobre el mundo. Aunque todavía aislada de la mayoría de las organizaciones económicas mundiales, y con solo un aliado de facto en China, Rusia se reincorporó a la política mundial tras una década de ausencia.

El fin de la Unión Soviética dejó a la nueva Rusia muchos dilemas pendientes. Uno de ellos muy elemental: ¿Qué es Rusia y cuál ha de ser el ideal político aglomerante del Estado? En los años de Yeltsin, el gobierno batalló, en gran medida solo, con esta cuestión, porque la sociedad estaba esencialmente hundida, desesperada meramente por sobrevivir. En teoría, la ideología del nuevo régimen era la democracia, pero para la mayoría de los rusos eso solo significaba los anuncios públicos realizados por quienes ocupaban el poder. Cuando la fuerza aérea rusa bombardeó Grozni en 1994, uno de los ancianos rusos residentes contó a los periodistas: «Sobreviví a los nazis, ahora he sobrevivido a los demócratas». Toda una variedad de intelectuales y grupos de izquierdas intentaron encontrar nuevas ideologías que reemplazaran el marxismo, pero en la mayoría de los casos se trataba de un nacionalismo ruso similar al propagado por Ziugánov y Vladímir Zhirinovski. El gobierno de Yeltsin comprendió que, para los rusos corrientes, «democracia» significaba sencillamente cleptocracia y anarquía, y procuró

llenar el vacío, a menudo con resultados hilarantes. Los canales de televisión, entonces por completo en manos de oligarcas progubernamentales, emitían inacabables programas sobre la dinastía de los Romanov, y con frecuencia sobre tradiciones imaginarias anteriores a 1917. Yeltsin no solo rebautizó el parlamento como Duma en reconocimiento a la institución de 1906-1917, también restauró el águila bicéfala como símbolo del Estado ruso, un emblema dinástico de la autocracia, no de la democracia. El gobierno decidió que Rusia necesitaba una «ideología estatal» y nombró un comité encabezado por un matemático nacionalista para que la desarrollara. Transcurrido un año, el comité se autodisolvió porque no conseguía trazar ningún plan razonable.

La presidencia de Putin heredó un Estado con poca legitimidad entre la población. Tras la guerra, la Unión Soviética había sido legítima para la mayoría: puede que pensarán que las políticas estaban equivocadas, pero seguía siendo su Estado. La nueva Rusia no era el Estado de nadie, aunque la mayoría de la gente aprobara a Putin. Muchos rusos pensaban que la nueva elite estaba más alejada de la población de lo que lo habían estado los comunistas. Si preguntaban a la gente de a pie por lo que estaba haciendo la nueva elite, contestaba: «No nos lo preguntan». Con el paso de los años, la población comenzó a recordar con mayor afecto el periodo soviético. El gobierno de Putin respondió con homenajes póstumos a héroes soviéticos de la guerra o la carrera espacial, y sugiriendo que los textos de historia fueran menos negativos respecto a esa parte del pasado de Rusia. Segmentos siempre crecientes de la población estaban mejor desde 2000, pero ¿en qué país vivían? ¿Qué era Rusia? Las fronteras que se hundieron en 1991 no habían sido creadas

por los soviets, sino por el Imperio ruso siglos antes. No eran preguntas abstractas. Millones de personas mantenían vínculos personales con Ucrania, Georgia, Armenia, Kazajistán y lugares aún más remotos. Todavía vivían bajo los términos del espacio aéreo soviético, no solo ruso. El estrecho nacionalismo ruso resultó un fracaso sin eco entre la población, joven o vieja. La nueva Rusia no reflejaba los valores sociales de estratos sustanciales de la población. Al menos, el nuevo Estado no se había convertido en un etno-Estado, como la mayoría de las demás exrepúblicas soviéticas. En la presentación de Putin de 2000, los clérigos ortodoxos rusos estaban sentados entre el público, junto a rabinos e imanes, un acuerdo que, de alguna manera, conservaba las tradiciones tanto del Imperio ruso como las de la Unión Soviética. Aunque el Cáucaso siguiera planteando un problema, la terminología oficial incluyó a todos los ciudadanos rusos en «rossiane» (a grandes rasgos, pueblo de Rusia), no solo «russkie» (rusos, en el sentido étnico), algo imposible de traducir pero altamente significativo como intento de ser inclusiva.

En la era de la perestroika, circulaba un chiste que afirmaba que la Unión Soviética era el único país que tenía un pasado impredecible: un comentario sobre la ideología histórica soviética, y la velocidad y superficialidad de su sustitución. De hecho, Rusia había sido una tierra de bosques poco poblados durante los primeros 8 o 9 siglos de su existencia, pero se convirtió en uno de los países más populosos y sigue teniendo la superficie más grande del mundo. Era el quinto poder industrial en 1914, cuando era aún abrumadoramente rural. Después se embarcó, o los bolcheviques lo embarcaron, en un proyecto utópico que

pretendía materializar un nuevo orden socialista en la sociedad, una sociedad sin clases ni explotación. Al mismo tiempo, intentó transformarse en un Estado moderno plenamente industrializado. Este último objetivo se alcanzó en gran medida, aunque a un coste colosal. Durante un breve periodo, la Unión Soviética fue una superpotencia, o estuvo a punto de serlo. A lo largo de la mayor parte del siglo xx fue, además, una potencia mundial de la ciencia y la literatura, aunque nunca a la altura de la era de los zares. El sino del sueño socialista es más una ironía que una tragedia: tras 70 años de esfuerzo, el partido gobernante, que debía crear el nuevo orden, decidió que la riqueza era mejor que el poder y la desigualdad mejor que la igualdad, y se privatizó a sí mismo. El resultado ha sido una sociedad híbrida, con negocios privados, que no son del todo privados, e instituciones de gobierno no del todo gubernamentales. El Estado más pequeño y menos poderoso, pero (para muchos) más rico que sucedió a la Unión Soviética apareció en escena imitando a la vieja Rusia, con una posición ambigua de cara al mundo y a ojos de su pueblo. Queda por ver si puede plasmar el potencial creado por el anterior milenio de historia rusa (y soviética).

## Lecturas recomendadas

La historia de Rusia nunca ha tenido la suerte de contar con trabajos accesibles y abundantes sobre su historia y su cultura en inglés. Buena parte de la literatura existente está anticuada y no se renueva con rapidez. Por ello, el siguiente listado no pretende ser exhaustivo; más bien es un intento de ofrecer al lector, cuando es posible, textos de fácil comprensión, aunque ocasionalmente aparecen estudios académicos. Obras de referencia, como la *Cambridge History of Russia*, 3 vols. (2006), incluyen una bibliografía completa.

### RUS Y LA RUSIA TEMPRANA

La situación es grave en lo concerniente a los tiempos más remotos de la historia rusa, hasta la época de Pedro el Grande. La mejor introducción general a los primeros siglos es J. Martin, *Medieval Russia 980-1548*, 1995. *History of the Russian Church to 1448*, 1995, cubre el periodo medieval. Las traducciones de devocionarios y otros textos de la Rusia medieval proceden de S. Zenkovski (ed. y trad.), *Medieval Russia's Epics, Chronicles, and Tales*, 1974, y M. Klimenko (ed.), *Vita of St. Sergii of Radonezh*, 1980. El Nóvgorod medieval no ha inspirado los textos que merecería, en especial tras décadas de excavaciones arqueológicas. Sirva como introducción H. Birnbaum, *Lord Novgorod the Great*, 1981. En cuanto a la invasión y el dominio mongoles, está C. Halperin, *Russia and the Golden Horde*, 1985.

Para las políticas de los siglos <sup>xvi</sup> y <sup>xvii</sup>, véanse L. I. Fennell, *Ivan the Great of Moscow*, 1963; A. Pavlov y M. Perrie, *Ivan the Terrible*, 2003; el viejo pero aún útil S. P. Platónov, *The Time of Troubles*, 1970; Philip Longworth, *Alexis, Tsar of All the Russias*, 1984; y L. Hughes, *Sophia:*

*Regent of Russia 1657-1704*, 1990. I. Thyret, en su *Between God and Tsar: Religious Symbolism and the Royal Women of Muscovite Russia*, 2001, ofrece una nueva perspectiva sobre la dinastía reinante. La evolución de la Iglesia y la religión se aborda, sobre todo, en monografías académicas como P. Bushkovitch, *Religion and Society in Russia, the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, 1992, y P. Meyendorff, *Russia, Ritual and Reform: the Liturgical Reforms of Nikon in the Seventeenth Century*, 1991. La narración de la vida del patriarca Nikon en el siglo <sup>xvii</sup>, K. Kain y K. Levintova (trad.), *From Peasant to Patriarch*, 2007, y también Kenneth Broston (trad.), *Archpriest Avvakum, the Life Written by Himself*, 1979.

#### EL SIGLO XVIII

La historia política y cultural del periodo de Pedro el Grande y el siglo <sup>xviii</sup> está bien documentada. En cuanto a Pedro el Grande, el mejor estudio general continúa siendo el de R. Wittram, *Peter der Grosse, Czar und Kaiser*, 1964. Otros enfoques más modernos son L. Hughes, *Russia in the Age of Peter the Great*, 1998, y P. Bushkovitch, *Peter the Great 1671-1725: The Struggle for Power*, 2001. Existe una versión abreviada de ambos: L. Hughes, *Peter the great: a Biography*, 2002, y P. Bushkovitch, *Peter the Great*, 2001. Las emperatrices entre Pedro y Catalina no han atraído gran atención, pero véanse E. Anisimov (trad.) y J. T. Alexander, *Empress Elizabeth: Her Reign and her Russia 1741-1761*, 1995; y K. Carol (trad.), *Five Empresses*, 2004. I. de Madariaga, *Russia in the Age of Catherine the Great*, 1981 [*Catalina la Grande*, Espasa-Calpe, 1994], y J. T. Alexander, *Catherine the great: Life and Legend*, 1989, son obras de gran vitalidad sobre la emperatriz y su corte, mientras que el enorme S. S. Montefiori, *Prince of Princes: the Life of*

*Potemkin*, 2000, se centra en un personaje crucial. La correspondencia entre Catalina y Potemkin ha sido traducida por D. Smith como *Love and Conquest: Personal Correspondence of Katherine the Great*, 2004. Respecto a las políticas de la corte y otros temas, véase de D. L. Ransel, *The Politics of Catherinian Russia: the Panin Party*, 1975, y J. T. Alexander, *Emperor of the Cossacks: Pugachev and the Frontier Jacquerie of 1773-1775*, 1973. Entre los intentos influyentes de analizar el Estado ruso, se encuentran M. Raeff, *The Well-Ordered Police State: Social and Institutional Change Through Law in the Germanies and Russia 1600-1800*, 1983, de y J. P. LeDonne, *Absolutism and Ruling Class: the Formation of the Russian Political Order 1700-1825*, 1991. La historia social está peor representada en inglés, pero véanse D. Ransel, *A Woman's Kingdom: Noblewomen and the Control of Property in Russia 1700-1861*, 2009, y *A Russian Merchant State: the Life and Adventures of Ivan Alekseevich Tolchenov, Based on his Diary*, 2009. Entre los estudios importantes sobre la política exterior y el imperio están J. Lukowski, *The Partitions of Poland 1772, 1793, 1795*, 1999; A. W Fisher, *The Russian Annexation of Crimea 1772-1783*, 1970; y M. Khodarkovski, *Where Two Worlds Meet: The Russian State and the Kalmyk Nomads 1600-1772*, 1992.

En el siglo XVIII, Rusia entró en el mundo de la cultura europea y la Ilustración. James Cracraft hace una crónica de los tiempos de Pedro en *The Petrine Revolution in Russian Architecture*, 1988, y *The Petrine Revolution in Russian Culture*, 2004. Las mejores introducciones a la cultura rusa desde Pedro hasta 1800 son las de M. Ritzarev, *Eighteenth Century Russian Music*, 2006; W. G. Jones, *Nikolay Novikov: Enlightener of Russia*, 1984; D. Fonvizin (trad.) y M. Kantor,

*Dramatic Works*, 1985; W. Gleason (trad.), *Political and Legal Writings*; y la de A. Radíshchev (trad.) y L. Wiener, *Journey from St. Petersburg to Moscow*.

Respecto a las etapas de Pablo y Alejandro I, R. E. McGrew, *Paul I of Russia*, 1992, intenta defender la reputación del zar, mientras que J. M. Hartley, *Alexander I*, 1994, resulta más conciso y equilibrado. Las guerras rusas están bien dibujadas en N. E. Saul, *Russia and the Mediterranean 1797-1807*, 1970, y el magistral D. Lieven, *Russia and Napoleon: the Battle for Europe 1807 to 1814*, 2009. En lo relativo a la política interior del imperio durante la primera mitad del siglo XIX, véanse M. Raeff, *Michael Speranski: Statesman of Imperial Russia 1772-1839*, <sup>2</sup>1969; B. Lincoln, *Nicholas I: Emperor and Autocrat of All the Russias*, 1989. Existe una introducción a la revuelta de los decembristas, aunque algo envejecida, de A. G. Mazour, *First Russian Revolution, 1825: the Decembrist Movement: its Origins, Development and Significance*, 1967. Otras perspectivas más modernas de las figuras principales incluyen P. O'Meara, *K. R. Ryleev: a political Biography of the Decembrist Poet*, 1984; G. Barrat, *Rebel on the Bridge: a Life of the Decembrist Baron Andrey Rozen 1800-1884*, 1985; y Ch. Sutherland, *Princess of Siberia: the Story of Maria Volkonski and the Decembrist Exiles*, 1984. Los debates internos de la *intelligentsia* desde 1825 hasta la Guerra de Crimea quedan reflejados en los libros de A. Walicki, *The Slavophile Controversy: the History of a Conservative Utopia in Nineteenth Century Russian Thought*, H. Andrews-Rusiecka (trad.), 1975; y de E. H. Carr, *The Romantic Exiles*, 1933. El mejor retrato de la era es la autobiografía de A. Herzen, *My Past and Thoughts*, C. Garnett (trad.), 4 vols., 1968. La evolución del



pensamiento en los círculos de gobierno es el tema que abordan C. Whittaker, en *The Origins of Modern Russian Education: an Intellectual Biography of Count Sergei Uvarov 1783-1855*, 1984, y W. B. Lincoln, *In the Vanguard of Reform: Russia's Enlightened Bureaucrats 1825-1861*, 1936.

#### DE LAS GRANDES REFORMAS A 1917

Una introducción a la etapa reformista puede ser W. B. Lincoln, *The Great Reforms: Autocracy, Bureaucracy and the Politics of Change in Imperial Russia*, 1990. Por desgracia, no hay ninguna biografía completa de Alejandro II ni de ningún otro personaje importante del gobierno. El movimiento revolucionario de la época ha atraído más atención. N. Chernyshevski, *What is To Be Done?*, Michael R. Katz (trad.), 1989, influyó en toda una generación. Véase también I. Paperno, *Chernyshevski and the Age of Realism: A Study in the Semiotics of Behavior*, 1988. Otra influencia importante fue la de Herzen, cuyos escritos traducidos son *From the Other Shore* y *The Russian People and Socialism*, M. Budberg y R. Wollheim (trads.), 1979. I. Turguénev, *Fathers and Sons*, es un brillante retrato de la época [*Padres e hijos*, Akal, 2011]. La exposición más completa del movimiento la hallamos en F. Venturi, *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*, Francis Haskell (trad.), 1960.

S. Harcave, en *Count Sergei Witte and the twilight of Imperial Russia: a Biography*, 2004; T. Emmons, en *The Formation of Political Parties and the First national Elections in Russia*, 1983; A. Ascher, con *The Revolution of 1905*, 2 vols., 1992-1998; y Stolypin en *The Search for Stability in Late Imperial Russia*, 2001, abordan las políticas de la última generación anterior a 1917. S. U. Witte, *Memoirs of Count*

Witte, S. Harcave (trad.), 1990, ofrece un vívido, aunque poco objetivo, análisis del movimiento.

La Primera Guerra Mundial es un tema absolutamente abandonado. Sobre el trasfondo, véase D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, 1983; y respecto a la propia guerra, Norman Stone, con *The Eastern Front 1914-1917*, 1975, sigue siendo el único cronista. Véase además P. Garrell, *Russia's First World War: a Social and Economic History*, 2005. A. K. Wildman, en *The End of the Russian Imperial Army*, 2 vols., 1980-1987, estudia la transición a la revolución. La revolución en sí fue plenamente retratada por W. H. Chamberlain en *The Russian Revolution*, 2 vols., 1987 (originalmente, 1935). La mejor historia breve es la de S. A. Smith, *The Russian Revolution: a very short introduction*, 2002. J. Reed, en *Ten Days that Shook the World* (originalmente, 1919), presenta una imagen de aquel octubre propio de un norteamericano simpatizante [*Diez días que estremecieron al mundo*, Hiru, 2001]. Respecto a la Revolución de Febrero, T. Hasegawa, *The February Revolution: Petrograd*, sigue siendo insuperable. Sobre la Revolución de Octubre, encontramos el trabajo de A. Rabinovitch, *The Bolsheviks Come to Power: Petrograd 1917*, 1976. Respecto a la Guerra Civil rusa, véanse E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, 1987, y J. D. Smele, *The Civil War in Siberia: the Anti-Bolshevik Government of Admiral Kolchak 1918-1920*, 1996.

#### HISTORIA ECONÓMICA, SOCIAL Y RELIGIOSA

Los trabajos sobre la historia económica rusa son, en su mayoría, antiguos y poco numerosos. Una excepción es P. Gatrell con su *The Tsarist Economy 1850-1917*, 1986. El mayor grupo en la sociedad rusa, el campesinado, no ha sido

objeto del interés de muchos estudiosos en el mundo anglófono, pero cabe recomendar a D. Moos, con su *The Russian Peasantry 1600-1930: The World the Peasants Made*, 1999; S. L. Hoch, *Serdom and Social Control in Russia: Petrovskoe, a Village in Tambov*, 1986; y Ch. Worobec, *Peasant Russia: Family and Community in the Post-Emancipation Period*, 1991. La transformación de los mercaderes y comerciantes en hombres de negocios modernos tiene entre sus historiadores a A. Rieber, *Merchants and Entrepreneurs in Imperial Russia*, 1982; y T. C. Owen, *Capitalism and Politics in Russia: a Social History of the Moscow Merchants 1855-1905*, 1981. La clase obrera, su primera gran huelga y su actividad política fue, en su momento, tema de gran interés. R. Zelnik, con *Labor and Society in Tsarist Russia: the Factory Workers of St. Petersburg 1855-1870*, 1971, y W. Sablinski, con *The Road to Bloody Sunday: Father Gapon and the St. Petersburg Massacre of 1905*, 1976, fueron los pioneros. La mujer, la familia y la sexualidad son las cuestiones en las que se centran B. Engel en *Between the Fields and City 1861-1914*, 1994, y *Mothers and Daughters: Women of the Intelligentsia in Nineteenth Century Russia*, 1983; R. Sites, *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism 1860-1930*, 1978, y L. Engelstein, *The Keys to Happiness: Sex and the Search for Modernity in Fin-de-siècle Russia*, 1992. No hay ninguna panorámica de la historia de la religión en la Rusia moderna para ningún periodo, pero disponemos de monografías útiles al respecto, como las de V. Shevzov, *Russian Orthodoxy on the Eve of the Revolution*, 2004; N. Kizenko, *A prodigal Saint: Father John of Kronstad and the Russian People*, 2000; y la de P. Valliere, inclinado a la teología, *Modern Russian Theology: Bukharev, Soloviev,*

POLÍTICA EXTERIOR E IMPERIO

El estudio de Rusia como un imperio ha florecido en los últimos años. Los trabajos más antiguos veían Rusia como un conglomerado de minorías nacionales: A. Kappeler, con su *The Russian Empire: a Multiethnic History*, A. Clayton (trad.), 2001; R. Suny, *The Making of the Georgian Nation*, <sup>2</sup>1994; M. Hrushevski, *History of Ukraine*, 1941; M. B. Olcott, *The Kazakhs*, <sup>2</sup>1995, y E. C. Thaden (ed.), *Russification in the Baltic Provinces and Finland*, 1981. Sobre los judíos en Europa, las obras de H. Rogger, *Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia*, 1986, y B. Nathans, *Beyond the Pale: The Jewish Encounter with Late Imperial Russia*, 2002, ofrecen algunas perspectivas novedosas. Otras obras más modernas asumen el punto de vista del imperio: R. Crews, *For Prophet and Tsar: Islam and Empire in Russia and Central Asia*, 2006; D. R. Brower, *Turkestan and the Fate of the Russian Far East 1840-1865*, 1999; y D. Wolff, *To the Harbin Station: the Liberal Alternative in Russian Manchuria 1898-1914*, 1999. Algunos historiadores combinan la política exterior y la visión imperial, como D. Schimmelpenninck en *Towards the Rising Sun: Russian Ideologies of Empire and the Path to War with Japan*, 2001. El punto crucial de la política exterior rusa en el siglo XIX fue su implicación en los Balcanes con el Imperio otomano y los eslavos. Véase B. Jelavich, *Russia's Balkan Entanglements 1806-1914*, 1991; y D. Goldfrank, *The Origins of the Crimean War*, 1994.

LA ERA SOVIÉTICA

En cuanto a la era soviética, probablemente las obras más accesibles sean las recientes biografías de líderes

soviéticos. La trilogía de R. Service, *Lenin*, 2000 [*Lenin: una biografía*, Siglo XXI, 2010], *Stalin*, 2004, y *Trotsky*, 2009 [*Trotsky*, Ediciones B, 2010], puede ser un buen comienzo. W. Taubman, en su *Khrushchev: the Man and his Era*, 2003, aborda los primeros años de su sujeto de estudio, tanto en la etapa de Stalin como durante sus años en el poder. R. Suny, *The Soviet Experiment: Russia, the USSR, and the Successor States*, <sup>2</sup>2001, es un estudio más amplio y añade abundante bibliografía.

Las décadas de 1920 y 1930 son el tema de muchas monografías recientes. Algunas de las más útiles son las de J. Smith, *The Bolsheviks and the National Question 1917-1923*, 1999; L. Siegelbaum, *Soviet State and Society between Revolutions 1918-1929*, 1992; M. Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power: a Study of Collectivization*, 1968; S. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times – Soviet Russia in the 1930's*, 1999, y su *Stalin's Peasants Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, 1996; W. Goldman, *Women, the State, and Revolution: Soviet Family policy and Social Life 1917-1936*, 1993; y T. Martin, *Master of the House: Stalin and His Inner Circle*, N. S. Fvorov (trad.), 2009.

#### COLECCIONES DOCUMENTALES

La Unión Soviética no fue simplemente otra dictadura. También constituyó un intento de cambiar la totalidad de la sociedad, y hasta los mejores historiadores suelen enfrentarse a dificultades a la hora de transmitir cómo era la vida durante esos años. Desde 1991, los historiadores rusos han aportado una vasta e ininterrumpida riada de documentos sobre la época, muchos de los cuales han sido traducidos al inglés. Un examen de los volúmenes de la serie de la Yale University

Press, *Annals of Communism*, satisfará al lector no especializado. Los más útiles son: J. A. Getty y O. Naumov (eds.), *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks 1932-1936*, 1999; O. V. Khlevniuk *et al.* (ed.), *History of the Gulag: from Collectivization to the Great Terror*, Steven Shabad (trad.), 2003; L. T. Lih, O. V. Naumov y O. V. Khlevniuk (eds.), *Stalin's Letters to molotov 1925-1936*, C. A. Fitzpatrick (trad.), 1995; L. Viola *et al.* (eds.), *War Against Peasantry 1927-1930*, Steven Shabad (trad.), 2005.

#### LA GUERRA

La guerra soviética contra la Alemania nazi ha generado una abundantísima literatura, que no cesa de ampliarse con una nueva comprensión acerca de los dos bandos. La mejor historia general es la de E. Mawdsley, *Thunder in the East: the Nazi-Soviet War, 1941-1945*, 2005. R. Braithwaite, *Moscow 1941: a City and its People at War*, es un terrible retrato de Moscú en los fatídicos días de 1941. Para quienes tengan especial interés en una historia militar detallada, los muchos trabajos de D. Glanz, como *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler*, 1995, serán referencia obligada. Para entender el lado alemán de la guerra, el punto de inflexión fue el estudio del general K. Reinhardt, oportunamente titulado *Moscow – the Turning Point: the Failure of Hitler's strategy in the Winter of 1941-1942*, K. B. Keenan (trad.), 1992 (original en alemán, 1972). Reinhardt fue el primero en señalar que las bajas y pérdidas de material de la Wehrmacht habían sido tan cuantiosas a finales de 1941 que Alemania estaba, a todos los efectos, condenada. Ofrece más información sobre este tema A. Tooze, *The Wages of Destruction: the Making and Remaking of the Nazi Economy*, 2006. Respecto a las políticas de exterminio y explotación,

véase G. P. Megargee, *War of Anihilation: Combat and Genocide on the Eastern Front, 1941*, 2006. La mucha literatura dedicada al Holocausto ofrece, también, un atisbo de cuáles eran las políticas alemanas en los territorios ocupados de la Unión Soviética.

#### LA GUERRA FRÍA Y EL FIN DE LA URSS

Solo ahora empiezan a estudiarse los últimos años de Stalin. Es fundamental Y. Gorlitzki y O. V. Khlevniuk, *The Cold Peace: Stalin and the Soviet Rusling Circle 1945-1953*, 2004. En relación con la Guerra Fría en sí, D. Holloway, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy 1939-2956*, 1994, es una lectura absorbente. A. Fursenko y T. Naftali exponen la visión soviética de la Guerra Fría en *Khrushchev's Cold War*, 2006, con abundantes revelaciones para quienes la vivieron. Otra obra fundamental es *Khrushchev: the Man and his Era*, 2003. No es fácil encontrar trabajos fiables sobre los últimos años de la Unión Soviética y la Rusia postsoviética. S. I. Zhuk nos regala una fascinante introducción a la vida en las provincias, la cultura popular y los orígenes de la oligarquía post-1991 en su *Rock and Roll in the Rocket City: the West, Identity and Ideology in Dnepropetrovsk, 1960-1995*, 2010. La mejor narración general sigue siendo la de S. Kotkin, *Armageddon Averted: the Soviet Collapse 1970-2000*, <sup>2</sup>2008. Las perspectivas occidentales típicas quedan reflejadas en A. Brown, *The Gorbachev Factor*, 1996; T. J. Colton, *Yeltsin: a Life*, 2008; y R. Sakwa, *Putin: Russia's Choice*, 2008.

#### CULTURA

Una magnífica introducción a un componente clave en la cultura rusa es el libro de R. Brumfield, *History of Russian Architecture*, 1993. En cuanto a la música, los estudios de R.

Taruskin sobre Músorgski y Stravinski son fundamentales, pero temibles para quien no sea músico. Respecto a otros compositores, véanse R. J. Wiley, *Tchaikovski*, 2009; S. Walsh, *Stravinski: a Creative Spring, Russia and France 1882-1934*, 1999; H. Robinson, *Prokofiev*, 2002; y L. E. Fay, *Shostakovich: a Life*, 2000. El interés en el arte ruso ha surgido en tiempos recientes entre los académicos anglo-hablantes. Las pioneras son C. Gray con su *The Russian Experiment in Art 1863-1922*, 1986, y E. Valkenier, con *Russian Realist Art: the State and Society: the Peredvizhniki and their Tradition*, 1989, así como sus *Ilya Repin and the World of Russian Art*, 1990, y *Valentin Serov: Portraits of Russia's Silver Age*, 2001. Otra fuente es D. Jackson, *The Russian Vision: the Art of Ilya Repin*, 2006. En lo referente a la aparición del modernismo, véase J. Bowlt, *Moscow and Saint Petersburg 1900-1920: Art Life and Cultures of the Russian Silver Age*, 2008. Sobre S. Diáguilev y los Ballets Russes, véase S. Scheijen, *Diaghilev: a life*, 2010. La mejor introducción a la literatura rusa es leerla. En su defecto, véanse J. Frank, *Dostoyevsky*, 2010, y E. J. Simmons, *Leo Tolstoy*, 1946.

Sobre la cultura de la era soviética, un buen punto de partida es R. Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, 1989, y *Russian Popular Culture; Entertainment and Society Since 1900*, 1992. El mejor intento de comprender el realismo socialista es el realizado por K. Clark, *The Soviet Novel: History as a Ritual*, 2000, y en el campo de las artes visuales, *Socialist Realist Painting*, 1998, de M. C. Bown. El cine fue uno de los principales empeños culturales de la URSS. El estudio clásico sigue siendo el de J. Leyda, *Kino: a History of the Russian and Soviet Film*, 1983 (última edición). En relación con



Eisenstein, véase D. Bordwell, *The Cinema of Eisenstein*,<sup>2</sup>2005. Buena parte del drama en la historia de la cultura soviética se expone en K. Clark y E. Dobrenko (eds.) con Andréi Atizov y Oleg Naumov, *Soviet Culture and Power: a History in Documents: 1917-1953*, 2007. En cuanto a la física rusa, véase P. R. Josephson, *Physics and Politics in Revolutionary Russia*, 1991; A. B. Kojevnikov, *Stalin's Great Science: the Times and Adventures os Soviet Physicists*, 2004; para el campo de la biología y el asunto Lysenko, véanse D. Joravski, *The Lysenko Affair*, 1970, y N. Roll-Hansen, *The Lysenko Effect: the Politics of Science*, 2005. P. R. Josephson aborda la conexión entre ciencia y tecnología en *Red Atom: Russia's Nuclear Power Program from Stalin to Today*, 2000.

-

# Índice

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| Cubierta                                  | 2   |
| Portadilla                                | 4   |
| Contra                                    | 5   |
| Legal                                     | 6   |
| Abreviaturas                              | 7   |
| Agradecimientos                           | 8   |
| Prólogo                                   | 10  |
| Mapas                                     | 16  |
| Rusia antes de Rusia                      | 23  |
| Moscú, Nóvgorod, Lituania y los mongoles  | 49  |
| El nacimiento de Rusia                    | 74  |
| Consolidación y revuelta                  | 105 |
| Pedro el Grande                           | 134 |
| Dos emperatrices                          | 166 |
| Catalina la Grande                        | 189 |
| Rusia en la era de la revolución          | 218 |
| La cima de la autocracia                  | 242 |
| Cultura y autocracia                      | 266 |
| La era de las grandes reformas            | 285 |
| De la servidumbre al capitalismo naciente | 315 |
| La Edad de Oro de la cultura rusa         | 344 |

|                                            |     |
|--------------------------------------------|-----|
| Rusia como imperio                         | 373 |
| El declive de la autocracia                | 405 |
| Guerra y revolución                        | 435 |
| Compromiso y preparación                   | 471 |
| Revoluciones en la cultura rusa            | 493 |
| La construcción de la utopía               | 516 |
| La guerra                                  | 545 |
| Crecimiento, consolidación y estancamiento | 577 |
| La cultura soviética                       | 607 |
| La Guerra Fría                             | 631 |
| Epílogo: El fin de la URSS                 | 658 |
| Lecturas recomendadas                      | 677 |
| Publicidad                                 | 690 |